



THE UNIVERSITY OF  
THE STATE OF NEW YORK  
THE STATE UNIVERSITY OF  
THE STATE UNIVERSITY OF

STATE UNIVERSITY OF  
STATE UNIVERSITY OF

STATE UNIVERSITY OF

# DEDICADO A LA MEMORIA DE CARL ENGLUND

*Soldado del ejército australiano, con número de servicio 3304,*

*3.ª división australiana, 11.ª brigada, 43.º batallón de infantería.*

*Tomó parte en las batallas de Messines y Passchendaele en 1917.*

*Muerto en combate a las afueras de Amiens*

*El 13 de septiembre de 1918.*

*Se desconoce el lugar de su sepultura.*

# AL LECTOR

Es este un libro sobre la Primera Guerra Mundial. No es, sin embargo, un libro sobre qué fue esa guerra —es decir, sobre sus causas, su progreso, su final y sus consecuencias—, sino un libro sobre cómo fue. Lo que el lector encontrará aquí no son tanto factores como personas, no tanto procesos como impresiones, vivencias y estados de ánimo. Lo que he intentado reconstruir, más que el curso de unos acontecimientos, es un universo emocional.

El lector seguirá de cerca a veinte individuos, personajes reales todos, por supuesto (no hay en este libro nada ficticio, su contenido se basa en los documentos de diversa índole que dichas personas dejaron), rescatados del anonimato o del olvido, situados en las capas más bajas de la jerarquía. Y aunque en la conciencia colectiva la Primera Guerra Mundial haya pasado a convertirse —no sin razón— en sinónimo del barro de las trincheras del frente occidental, muchos de estos protagonistas se hallan en otros campos de batalla, como son el frente oriental, los Alpes, los Balcanes, África del Este o Mesopotamia. Mayoritariamente se trata de gente muy joven, hombres y mujeres de unos veinte años nada más.

De esta veintena de personajes dos caerán en combate, dos serán tomados prisioneros, dos se convertirán en héroes homenajeados y dos acabarán siendo, físicamente, unas piltrafas. Varios de ellos reciben la guerra con los brazos abiertos pero aprenden a aborrecerla; algunos la aborrecen desde el primer día; otro la ama de principio a fin. Uno de ellos perderá literalmente la razón y dará con sus huesos en un hospital psiquiátrico; otro no llegará a oír ni un solo disparo. Y así sucesivamente. Pese a todas las diferencias en cuanto a destino, roles, sexo y nacionalidad les une el hecho de que a cada uno de ellos la guerra les robó algo: la juventud, las ilusiones, la esperanza, la humanidad; la vida.

La mayor parte de estas veinte personas vivirán experiencias dramáticas y atroces; sin embargo, lo que se pretende enfocar es el lado cotidiano de la guerra. En cierto modo este texto es un pedazo de antihistoria: lo que he querido es reencauzar a sus elementos más atómicos e ínfimos —es decir, al individuo y sus vivencias— un acontecimiento que, se mire por donde se mire, hizo época. Tal vez, en alguna otra parte, hable un día del escepticismo lleno de melancolía que me infunde esta mi profesión de historiador, cuyo impulso ha dado origen a dicha estrategia narrativa.

Lunes, 30 de junio de 2008

*Mientras la lluvia repica en los cristales*

**P. E.**

*«... pues todos los tormentos y todas las torturas llevadas a cabo en las plazas de ejecución, en las cámaras de tortura, en los manicomios, en las salas de operaciones, bajo los arcos de los*

*puentes en el otoño tardío: todo eso es una obstinada permanencia, todo subsiste y se aferra, celoso de cuanto existe, a su espantosa realidad. Los hombres querrían poder olvidar mucho; su sueño lima suavemente esos surcos del cerebro, pero los sueños lo rechazan y vuelven a trazar el dibujo. Y se despiertan, anhelantes, y dejan fundirse en la oscuridad el resplandor de una luz, y beben como agua azucarada esta media luz apenas calmante. Pero ¿en qué afilada arista se sostiene esta seguridad? El menor movimiento, y ya la mirada se hunde más allá de las cosas conocidas y amables, y el contorno, consolador un instante antes, se precisa como un reborde de terror.»*

*Rainer Maria Rilke,*

*extracto de Los apuntes de Malte Laurids Brigge, 1910*

*«Era un verano espléndido como nunca y prometía serlo todavía más; todos mirábamos el mundo sin inquietud. Recuerdo que en mi último día de estancia en Baden paseé con un amigo por los viñedos y un viejo viñador nos dijo: “No hemos tenido un verano parecido desde hacía mucho tiempo. Si sigue así, tendremos una cosecha nunca vista. ¡La gente recordará el verano de 1914!”.»*

*Stefan Zweig,*

*extracto de El mundo de ayer, 1942*

# DRAMATIS PERSONÆ

*Las edades indicadas marcan los años que los personajes tenían cuando estalló la guerra; las designaciones muestran su ocupación principal durante el tiempo que duró la contienda.*

ELFRIEDE KUHR — colegiala alemana, 12 años

HERBERT SULZBACH — artillero alemán, 20 años

RICHARD STUMPF — marinero de un acorazado alemán, 22 años

PÁL KELEMEN — oficial del ejército de austria-hungría, húngaro, 20 años

ANDREI LOBANOV-ROSTOVSKI — ingeniero del ejército ruso, 22 años

FLORENCE FARMBOROUGH — enfermera del ejército ruso, inglesa, 27 años

KRESTEN ANDRESEN — soldado del ejército alemán, danés, 23 años

MICHEL CORDAY — funcionario de un ministerio francés, 45 años

ALFRED POLLARD — infante del ejército británico, 21 años

WILLIAM HENRY DAWKINS — ingeniero del ejército australiano, 21 años

SOPHIE BOCHARSKI — enfermera del ejército ruso, 21 años

RENÉ ARNAUD — infante del ejército francés, 21 años

RAFAEL DE NOGALES — oficial de caballería del ejército otomano, venezolano, 35 años

HARVEY CUSHING — cirujano de campaña del ejército norteamericano, 45 años

ANGUS BUCHANAN — infante del ejército británico, 27 años

WILLY COPPENS — piloto de combate del ejército del Aire británico, 27 años

OLIVE KING — conductora del ejército serbio, australiana, 28 años

VINCENZO D'AQUILA — infante del ejército italiano, italoamericano, 21 años

EDWARD MOUSLEY — artillero del ejército británico, neozelandés, 28 años

PAOLO MONELLI — cazador de montaña del ejército italiano, 23 años



EDWARD MOUSLEY



ELFRIEDE KUHR



FLORENCE FARMBOROUGH



HERBERT SULZBACH



KRESTEN ANDRESEN (a la izquierda)



OLIVE KING





RAFAEL DE NOGALES



SOPHIE BOCHARSKI



VINCENZO D'AQUILA



WILLIAM HENRY DAWKINS



WILLY COPPENS

Partir a la guerra, no por el oro ni los bienes, no por el honor ni por la patria, tampoco para perseguir la muerte del enemigo; sino para fortalecer el carácter, fortalecerlo en cuanto a fuerza y voluntad, en cuanto a temple, disciplina y costumbres. Por eso quiero ir a la guerra.

# Cronología

28/6 Asesinato en Sarajevo del príncipe Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro, y de su esposa. 23/7 Ultimátum del Imperio Austrohúngaro a Serbia. 28/7 El Imperio Austrohúngaro declara la guerra a Serbia. 29/7 Rusia moviliza tropas hacia la frontera austrohúngara en apoyo de Serbia. 31/7 Alemania exige que Rusia detenga la movilización pero esta prosigue. 1/8 Movilización general en Alemania y en Francia, la aliada de Rusia. 2/8 Tropas alemanas penetran en Francia y Luxemburgo, tropas rusas entran en la Prusia Oriental. 3/8 Alemania exige que Bélgica permita el paso de las tropas alemanas. La exigencia es rechazada. 4/8 Alemania invade Bélgica. Gran Bretaña declara la guerra a Alemania. 6/8 Tropas francesas penetran en la colonia alemana de Togo. 7/8 Rusia invade la Prusia Oriental alemana. 13/8 El Imperio Austrohúngaro invade Serbia. Al cabo de un tiempo la empresa fracasará. 14/8 Tropas francesas se adentran en la provincia alemana de Lorena, pero son rechazadas. 18/8 Rusia invade la provincia austrohúngara de Galitzia. 20/8 Cae Bruselas. Tropas alemanas avanzan hacia el sur, rumbo a París. 24/8 Inicio de la invasión aliada contra la colonia alemana del Camerún. 26/8 Inicio de la batalla de Tannenberg. La invasión rusa de la Prusia Oriental es contenida. 1/9 Inicio de la batalla de Lemberg. El resultado es una importante derrota para el Imperio Austrohúngaro. 6/9 Inicio de la contraofensiva francobritánica junto al Marne. La marcha alemana sobre París es contenida. 7/9 Inicio de la segunda invasión austrohúngara de Serbia. 11/9 En occidente se inicia la denominada «carrera hacia el mar». 23/9 Japón declara la guerra a Alemania. 12/10 Tiene lugar la primera de varias batallas en Flandes. 29/10 El Imperio Otomano se suma a la guerra del lado de Alemania. 3/11 Rusia invade la provincia otomana de Armenia. 7/11 La colonia alemana de Tsingtao en China es conquistada por tropas japonesas y británicas. 8/11 Se inicia la tercera invasión austrohúngara de Serbia. 18/11 Se inicia una ofensiva otomana en el Cáucaso. 21/11 Tropas británicas ocupan Basora en Mesopotamia. 7/12 Inicio de la segunda batalla de Varsovia.

*Martes, 4 de agosto de 1914*

## ELFRIEDE KUHR PRESENCIA EN SCHNEIDEMÜHL LA PARTIDA DEL 149.º REGIMIENTO DE INFANTERÍA

Anochecer de verano. El aire es cálido. Suena una tenue música a lo lejos. Elfriede y su hermano están en el interior de su vivienda en la Alte Bahnhofstrasse número 17, a pesar de lo cual les llegan los acordes. Poco a poco el sonido aumenta en potencia, y ellos comprenden. Se lanzan a la calle en dirección al edificio ocre de la estación semejante a una fortaleza, ante el cual la plaza se ve negra de gente. La iluminación eléctrica está prendida; a Elfriede se le antoja que ese resplandor blanquecino y mate hace que las hojas de los castaños parezcan hechas de papel.

Elfriede escala la verja de hierro forjado que separa el edificio de la estación de la plaza abarrotada de gente. La música se oye más próxima. Ve un tren de mercancías que aguarda en la vía tres. Ve que la locomotora echa vapor. Ve que las puertas de los vagones están abiertas, y en ellas vislumbra a los reservistas de paisano que se disponen a ser movilizados. Los hombres se asoman, saludan con la mano y ríen. Al mismo tiempo la música va sonando más y más fuerte, propagándose con mayor nitidez y sonoridad en la tibieza del aire nocturno. Su hermano grita:

*—¡Ya llegan! ¡Los del Ciento cuarenta y nueve!*

Es a ellos a quienes todos aguardan: al 149.º Regimiento de Infantería, la unidad de la propia Schneidemühl. Se dirigen al frente occidental. «El frente occidental»: el concepto es nuevo. La guerra es por los rusos, todos lo saben; fue en respuesta a la movilización rusa por lo que se movilizó al ejército alemán, y los rusos atacarán pronto, todo el mundo lo sabe.<sup>1</sup> A los habitantes de Pomerania la amenaza proveniente del este es la que más les preocupa, en eso Schneidemühl no supone ninguna excepción. La frontera rusa se encuentra a menos de 150 km de aquí y, por si fuera poco, la gran vía principal Berlín-Königsberg atraviesa longitudinalmente la ciudad, lo cual hace prever que sea un objetivo natural del poderoso enemigo del este.

De los habitantes de Schneidemühl puede decirse más o menos lo mismo que de los políticos y generales que, a tientas, vacilantes y dando traspiés, han conducido a Europa a la guerra: la información existe, pero es casi siempre insuficiente u obsoleta, haciendo que para compensar la escasez de datos haya que recurrir a conjeturas, figuraciones, esperanzas, temores, ideas fijas, supuestas conspiraciones, sueños, pesadillas, rumores. Aquí en Schneidemühl, al igual que en decenas de millares de ciudades y aldeas de todo el continente, estos días se construye una imagen del mundo hecha de una materia efímera y fraudulenta: las habladurías. Elfriede Kuhr tiene doce años, es una niña inteligente e inquieta de trenzas rojizas y ojos verdes. Ha oído decir que unos aeroplanos franceses han bombardeado Núremberg, que un puente ferroviario ha sido atacado en Eichenried, que tropas rusas avanzan hacia Johannesburgo, que agentes rusos han intentado asesinar

al príncipe heredero en Berlín, que un espía ruso ha intentado hacer volar la fábrica de aeroplanos de las afueras de la ciudad, que un agente ruso ha intentado propagar el cólera a través de las aguas municipales y que un agente francés ha intentado volar los puentes sobre el Kudrow.

Nada de lo cual es cierto, pero eso no quedará claro hasta más adelante. En estos momentos la gente parece dispuesta a creerse lo que sea, cuanto más inverosímil mejor.

Para los habitantes de Schneidemühl, como para la mayoría de los demás alemanes, esta es, en última instancia, una guerra defensiva, una guerra impuesta desde el exterior que no hay más remedio que llevar a cabo. A ellos, tanto como a sus equivalentes de ciudades y aldeas similares en Serbia, el Imperio Austrohúngaro, Rusia, Francia, Bélgica y Gran Bretaña, los embarga el temor y la esperanza, pero sobre todo un ardiente y profundo sentido de la justicia, porque lo que se avecina es una fatídica lucha contra las tenebrosas fuerzas del mal. Sobre Schneidemühl, Alemania y Europa, se bate una poderosa oleada de emociones que se lo lleva todo y a todos por delante. Lo que nosotros percibimos como tinieblas es para ellos una luz.

Elfriede oye que su hermano la llama y no tarda en verlos por sí misma. Allí llegan, fila tras fila, los soldados con sus uniformes grises, sus botas cortas de cuero claro sin curtir, sus grandes mochilas y sus cascos prusianos con fundas de paño gris. Les precede una banda de música militar que, al aproximarse al edificio de la estación y a la masa de gente, toca con brío esa conocida melodía que todos se saben a la perfección. Los soldados entonan la letra y cuando llega el estribillo los espectadores se adhieren. El himno retruena imperioso y potente en la noche de agosto:

*Lieb' Vaterland, magst ruhig sein,*

*Lieb' Vaterland, magst ruhig sein,*

*fest steht und treu die Wacht, die Wacht am Rhein!*

*Fest steht und true die Wacht, die Wacht am Rhein!<sup>2</sup>*

*En el aire retruenan los tambores,*

*las botas militares,*

*los vítores y los cantos.*

Elfriede anota en su diario:

*Llegó finalmente el 149.º marchando hombro con hombro e inundó los andenes como una marea gris. Todos los soldados llevaban largas guirnaldas de flores colgando del cuello o atadas al pecho. De la boca de sus rifles salían ásteres, alhelíes y rosas, como si pensarán disparar con flores contra el enemigo. Los rostros de los soldados eran graves. Yo me había imaginado que reirían y gritarían de alegría.*

Pero Elfriede acaba descubriendo a un soldado que ríe: es un teniente a quien reconoce. Se llama Schön, le ve despedirse de sus familiares y luego le ve abrirse paso a codazos y alejarse por entre la muchedumbre. Ve que recibe de los que le rodean constantes golpes en el hombro, abrazos y besos. Le gustaría gritarle: «Hola, teniente Schön». Pero no se atreve.

Suena la música, sobre la masa humana se agita una capa de sombreros y pañuelos, silba el tren de los reservistas de paisano, se pone en marcha, todo el mundo vitorea, saluda con la mano o llama a alguien. Pronto también el 149.º partirá. Elfriede baja de un salto de la valla, pero la masa de gente la engulle y tiene la sensación de que van a aplastarla, a asfixiarla. Distingue a una anciana con los ojos enrojecidos por el llanto. La mujer grita de un modo que parte el corazón: «¡Paul! ¿Dónde está mi Paul? ¡Dejad por lo menos que vea a mi niño!». Anegada por ese mar de espaldas, barrigas, piernas y brazos que la zarandean, Elfriede no tiene modo de saber quién es Paul. Conmovida, o tal vez más bien agradecida por tener algo en que fijar su atención en medio de ese confuso y abrumador hervidero de imágenes, emociones y ruidos, Elfriede, entre apretujones, reza una breve oración: «¡Buen Dios, protege a ese Paul! ¡Condúcele de nuevo a su madre! ¡Por favor te lo suplico, por favor, por favor!».

Mira a los soldados que pasan de largo, y a su lado un chiquillo mete una mano anhelante entre las frías rejas de la valla de hierro. «¡Eh, soldado, adiós!» Uno de los portadores del uniforme gris coge aquella mano extendida, la estrecha. «¡Adiós, hermanito!» La gente se echa a reír, la orquestina toca *Deutschland, Deutschland, über alles*, algunos entonan el himno mientras un largo convoy de vagones adornados con flores resuella en el andén de la vía uno. Suena el toque de una trompeta, y en el acto los soldados comienzan a subirse al tren. Maldiciones, bromas, órdenes. Un soldado rezagado pasa corriendo frente a Elfriede, que observa tras la verja. Ella se arma de valor, alarga su mano hacia él y murmura un tímido: «¡Buena suerte!». Él la mira, sonrío y agarra al vuelo el puño de ella: «¡Hasta la vista, niña!».

Elfriede lo sigue con la mirada. Lo ve subirse a uno de los vagones de mercancías. Lo ve girarse y dirigirle una mirada. El tren se pone en marcha, al principio despacio, luego más y más deprisa.

Los vítores se convirtieron en alarido, los rostros de los soldados se apretujaban en las puertas abiertas, las flores volaban por los aires, y de repente muchas de las personas allí congregadas rompieron a llorar.

*¡Hasta la vista! ¡Nos veremos en casa!*

*¡No temáis! ¡Pronto estaremos de vuelta!*

*¡Celebraremos las Navidades juntos, madre!*

*¡Sí, sí, sí, vuelve sano y salvo!*

Y del tren en marcha se eleva un potente coro. Ella solo capta una parte del estribillo: «*In der Heimat, in der Heimat, da gibt's ein Wiedersehen!*».<sup>3</sup>

Luego los vagones se adentran en la oscuridad y desaparecen. El cielo de una noche de verano. El



aire tibio.

Elfriede está conmovida. Camina hacia su casa al borde de las lágrimas. Mientras anda sostiene ante sí la mano estrechada por el soldado, como si pudiese retener algo extremadamente preciado y a la vez muy frágil. Al subir por las escaleras mal iluminadas del inmueble de la Alte Bahnhofstrasse 17 se la besa, rápidamente.

Sábado, 8 de agosto de 1914

## HERBERT SULZBACH ES ADMITIDO EN EL 63.º REGIMIENTO DE ARTILLERÍA DE CAMPAÑA DE FRÁNCFORT

Han sido días de exaltación, de una gran exaltación. Y de cierta inquietud, aunque muy poca. Ya los últimos días de julio empezó a escabullirse de sus tareas en el banco para apretujarse entre la muchedumbre que se agolpaba frente a las oficinas de los diarios, y cuando más tarde se anunció la movilización él se sumó al júbilo general. El sentimiento de defenderse contra un ataque injusto llena a la gente de «una enorme fuerza. Por mucho que lo intente me resulta imposible referir el espléndido humor y el desenfrenado entusiasmo que nos embargaba a todos».

Su nombre es Herbert Sulzbach, un alemán de 20 años afincado en Fráncfort del Meno. Su familia es judía, pero de la alta burguesía, acomodada, asimilada, liberal. Se considera al abuelo paterno de Herbert uno de los fundadores del Deutsche Bank, y hasta se dice que el káiser le ofreció al abuelo un título nobiliario que él rechazó. De Herbert su familia espera que se involucre en el negocio familiar. En octubre estaba planeado que se mudara a Hamburgo para hacer «prácticas comerciales». Pero la guerra se interpuso.

Herbert, sin embargo, no se considera víctima de ninguna catástrofe. Ya antes del estallido de la guerra fantaseaba con la idea de desechar esa mudanza a Hamburgo, desechar la carrera que le espera dentro de la industria comercial y hacerse soldado. «Tengo 20 años, la mejor edad para hacerse soldado.» Al día siguiente del estallido bélico se alistó voluntario, esperando que el regimiento de Artillería de Campaña local, el 63.º, le aceptase.

Pero ¿y si no era así? La inquietud se debe principalmente a eso. Nada menos que 1.500 voluntarios han solicitado servir en ese regimiento. Solo hay plaza para 200.

Los letreros en idiomas extranjeros han empezado a desaparecer de las tiendas.

Hay toque de queda a partir de las once de la noche. Se dice que un avión enemigo ha sobrevolado la ciudad. El automóvil de la familia, de la marca Adler, ha sido confiscado por los militares. También Berthold, el sirviente, ha sido llamado a filas. De hecho, muchos de sus parientes y conocidos han sido ya movilizados. Pero ¿y si a él no lo aceptan?

Sin embargo, este es un día feliz para Herbert Sulzbach. Ha resultado ser uno de los elegidos:

*«Soy soldado por fin. Conmueve tanta afabilidad por parte de todo el mundo. Las chicas se muestran muy preocupadas todas, muy maternas».*

Se topa con varios de sus antiguos compañeros de colegio durante el reclutamiento. El reencuentro es feliz. Todos servirán en el mismo batallón. Los uniformes que les designan son azules.



*Jueves, 20 de agosto de 1914*

RICHARD STUMPF COPIA UN POEMA A BORDO DEL *SMS HELGOLAND*

Está indignado en lo más hondo. Una nueva declaración de guerra, una nueva nación que se adhiere a los enemigos de Alemania. Esta vez Japón. Los gobernantes de Tokio se han proclamado entre los primeros de una lista creciente de oportunistas bélicos que, en la fluctuante inestabilidad del momento, aprovechan para agenciarse algo, principalmente territorio. Japón acaba de entregar un ultimátum al Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín exigiendo que todos los buques de guerra alemanes abandonen Asia y que le sea cedida la colonia alemana de Tsingtao.<sup>4</sup>

La ira de Stumpf se desborda. Las invectivas racistas salen a borbotones: «Solo a esos perros amarillos de ojos torcidos se les podía ocurrir una exigencia tan ultrajante». Sin embargo, no duda de que las tropas alemanas de la lejana Asia les darán una buena tunda a «esa banda de monos amarillos».

Richard Stumpf es un marinero de la Flota de Alta Mar del Imperio Alemán, tiene 22 años de edad y, aunque oriundo de la clase trabajadora —antes de alistarse hace dos años se ganaba la vida de chapista—, es un católico ferviente, miembro de un sindicato cristiano y nacionalista declarado. Como a muchos otros le embriaga el júbilo por el estallido de la guerra, sobre todo porque eso implica que por fin ha llegado la hora de ajustar cuentas con los pérfidos ingleses; según él, la «verdadera causa» de que Gran Bretaña haya tomado partido en el conflicto se debe «a la envidia que sienten por nuestro progreso económico». Algunos hombres de uniforme saludan con un «*Gott strafe England*» (Que Dios castigue a Inglaterra) al entrar en una sala, en cuyo caso es de rigor contestar: «*Er strafe es*» (Que así sea).

Stumpf rebosa inteligencia, chovinismo, curiosidad y prejuicios. Tiene oído para la música y lee mucho. La fotografía muestra a un joven de pelo oscuro, rostro ovalado y ojos muy juntos con una boca pequeña y decidida. Este día Stumpf se halla en el mar, junto a la desembocadura del Elba, a bordo del gran acorazado *SMS Helgoland*; ha servido en ese buque desde que se enroló.<sup>5</sup>

Allí mismo se encontraba cuando estalló la guerra.

Richard recuerda que los ánimos estaban decaídos cuando el buque fondeó en el puerto debido a que las noticias que les habían ido llegando mientras navegaban en alta mar no eran nada excitantes; la gente se quejaba por doquier y decía: «Tanto revuelo para nada». Sin embargo, a nadie se le permitió desembarcar; al contrario, cargaron municiones y descargaron lo superfluo. Hacia las cinco y media se dio la señal de «todo el mundo a cubierta» y los hombres se apresuraron a formar. Después, uno de los oficiales de la nave, con mucha decisión y un papel en la mano, les hizo saber que esa noche tanto el ejército como la Armada serían movilizados: «Ya sabéis lo que eso significa: guerra». La orquesta del buque tocó con brío una melodía patriótica que todos entonaron con entusiasmo. «Nuestra alegría y excitación no tenían límite y duraron hasta muy entrada la noche.»

Pero en medio de todos esos vítores se barrunta ya una extraña asimetría. La energía desatada es

colosal y parece arrastrar a todo el mundo. Stumpf toma nota, entre otras cosas y no sin satisfacción, de que varios escritores radicales que se han hecho famosos por sus acerbas y reiteradas críticas a la era del káiser Guillermo II ahora redactan altisonantes soflamas de solemne patriotismo. Lo que queda anegado en este maremoto de emociones inflamadas es la cuestión de *por qué* hay que luchar. Son muchos los que como Stumpf creen saber de qué va la cosa «en realidad» y esa «causa real» está ya sepultada bajo el hecho de *estar* en lucha. La guerra muestra los primeros signos de convertirse en su propio objetivo. Pocos son ya los que mencionan Sarajevo.

Incluso Stumpf opina que mucha de la propaganda dirigida en contra del creciente número de países enemigos se pasa de la raya. Como esa vulgar postal que acaba de ver en una tienda en la que un soldado alemán está a punto de propinarle una azotaina en el trasero a un militar enemigo que tiene tendido sobre sus muslos al tiempo que les espeta a otros que hacen cola: «¡Sin empujar! A todos os tocará el turno». O como la rima que se ha hecho rápidamente popular, canturreada por los niños callejeros y garabateada con tiza en los vagones de tren que transportan a los soldados movilizados: «*Jeder Schuss ein Russ, Jeder Stoss ein Franzos, Jeder Tritt ein Britt*» («Cada disparo, un ruso; cada golpe, un francés; cada patada, un inglés»). Pero otras cosas le han conmovido profundamente, como el poema del popular autor Otto Ernst publicado en el diario nacionalista *Der Tag* que comenta justamente el hecho de que Alemania esté en guerra contra siete Estados. El poema le conmueve hasta tal punto que lo copia, sin saltarse una línea, en su diario. Dos de las estrofas rezan:

*O mein Deutschland wie must du stark sein  
Wie gesund bis ins innerste Mark sein  
Dass sich's keiner allein getraut  
Und nach Sechsen um Hilfe schaut.  
Deutschland wie musst du vom Herzen echt sein  
O wie strahlend hell muss dein Recht sein  
Dass der mächtigste Heuchler dich hasst  
Dass der Brite von Wut erblasst.*<sup>6</sup>

Y el final:

*Morde den Teufel und hol dir vom Himmel  
Sieben Kränze des Menschentums  
Sieben Sonnen unsterblichen Ruhms.*<sup>7</sup>

En realidad, la exaltada retórica y el exacerbado tono de la propaganda no son indicaciones de lo

mucho que está en juego, sino de todo lo contrario, precisamente. Y aunque si bien existen conflictos, ninguno es tan insoluble que haga necesaria la guerra, ninguno lo suficientemente acuciante como para hacerla inevitable. Esta guerra solo se volvió inevitable en el momento en que se consideró como tal. Cuando las razones son vagas y los objetivos difusos hay que echar mano de la energía que contienen las palabras sabrosas y chorreantes. Richard Stumpf se las traga a lengüetadas y después se pone a divagar, ebrio de lenguaje. Y a su alrededor el acorazado *SMS Helgoland*, indeciblemente pesado y pintado de gris, se mece entre las olas, aguardando. Del enemigo todavía no hay ni rastro. Se percibe cierta impaciencia a bordo.

*Martes, 25 de agosto de 1914*

## PÁL KELEMEN LLEGA AL FRENTE EN HALICZ

En un principio le costó desembarazarse de la sensación de que aquello no eran unas simples maniobras más. Todo comenzó en Budapest. Pál recuerda cómo le miraban los transeúntes al cargar su equipaje en un coche de punto y cómo él, vistiendo el uniforme de los húsares, con sus pantalones de color rojo, su capote azul, su dolmán de paño azul cielo con alamares y sus botas altas de cuero, se abrió paso a empujones entre el infinito mar de gente de la Estación del Este y a codazo limpio subido a un tren para acabar encontrando plaza de pie en un pasillo. Y recuerda cómo lloraban las mujeres: una de ellas se habría caído de no ser por un desconocido que la pescó al vuelo. Una de las últimas cosas en las que Pál se fijó mientras el tren se ponía en marcha poco a poco fue en un hombre mayor que corría tras los vagones intentando captar una última imagen de su hijo.

Tras el caluroso —si bien no demasiado incómodo— viaje en tren se presentó ante el regimiento de húsares de Szeben, como era lo habitual. Quien lo recibió no le dedicó ni una mirada siquiera, se limitó a decirle adónde debía dirigirse, y esa misma tarde, bajo un radiante sol de agosto, Pál se fue a Erfalu, donde tenía lugar la movilización, y tomó alojamiento en casa de un campesino, como era lo habitual.

A continuación, los procedimientos usuales se sucedieron uno tras otro: acuse de recibo de material, incluidos la silla de montar y el caballo; distribución de la paga; una larga, más bien interminable, exposición verdaderamente insoportable de tipo práctico en un local donde el calor era tan sofocante que más de uno cayó redondo, pero pese a lo cual el flujo de palabras siguió brotando sin parar.

A partir de aquí el patrón habitual empezó a degenerar.

Primeramente con la marcha nocturna hasta el lugar donde les aguardaba el tren. Después, mediante el lento trayecto en sí, ya que en cada estación eran recibidos por entusiastas muchedumbres, con «música, antorchas, vino, delegaciones, banderas, gritos de júbilo: “¡Hurra por el ejército! ¡Hurra, hurra!”». Luego, tras apearse, la primera marcha. De todos modos, todavía no se percibían las auténticas señales de una guerra, como cañonazos o sonidos semejantes; todavía podría haberse tratado de unas simples maniobras bajo un cielo cálido y azul, con olor a excrementos de caballería, sudor, paja.

Pál Kelemen tiene 20 años y nació en Budapest, donde fue a una academia de latín y estudió violín con el más tarde célebre director de orquesta Fritz Reiner. En muchos aspectos Kelemen es un producto típico de la Centroeuropa urbana de principios del siglo XX: cosmopolita, culto, aristocrático, irónico, refinado, distante, mujeriego. Ha estudiado en las universidades de Budapest, Múnich y París, y hasta ha tenido tiempo de pasar brevemente por Oxford. Cuando su regimiento entró a caballo en Stanislau, la capital de la provincia austríaca de Galitzia, siendo él un joven y apuesto teniente de húsares (¿habrá algo más atractivo que un teniente de húsares húngaro?), no fue la guerra sino las mujeres quienes ocuparon sus pensamientos en primer lugar. Dice que es posible

detectar en los rostros de esas féminas que esta es una ciudad de provincias: «Tienen el cutis blanco, están muy pálidas y sus ojos lanzan destellos de fervor». En contraposición a las mujeres de las grandes capitales, cuyas miradas parecen más cansadas, más veladas, según cree saber él.

Cuando la división llega a Halicz se hace trizas, finalmente, la ilusión de que tal vez pudieran ser unas simples maniobras más.

Por el camino se han topado con campesinos y judíos que huían. En la ciudad cunden el desconcierto y la ansiedad; se dice que los rusos no están muy lejos. Kelemen anota en su diario:

*Dormimos en tiendas de campaña. Hacia las doce y media de la noche, ¡alarma! Los rusos se aproximan a la ciudad. Creo que todo el mundo está un poco asustado. Me echo la ropa encima y salgo corriendo para unirme a mi pelotón. Los infantes forman filas a lo largo de la carretera. Retumban los cañones. A unos quinientos metros de distancia, aproximadamente, crepitar de fusiles. Automóviles a gran velocidad avanzan por el centro de la carretera principal. La luz que irradian sus faros de carburo se prolonga en una larga hilera por la carretera que sale de Stanislau en dirección a Halicz.*

*Paso de largo centinelas apostados y salto por encima de la valla provista de un seto, atravesando las zanjas de las cunetas. Mi pelotón me está aguardando, montado, y estamos listos para recibir nuevas órdenes.*

*Al amanecer la población huye de la ciudad en largas caravanas. Montados en carretas, a pie, a lomos de un caballo; todos hacen lo que pueden para salvarse, todos llevan consigo lo que pueden. Y en cada rostro se ve cansancio, polvo, sudor y pánico, un desánimo, dolor y sufrimiento terribles. En sus ojos hay espanto; en sus gestos, temor; un terror inmenso les domina. Es como si la nube de polvo que han levantado se hubiera pegado a ellos y no pudiera disiparse.*

*Estoy tumbado junto a la carretera contemplando este infernal caleidoscopio. Incluso se distinguen carros militares que forman parte [de la caravana de fugitivos], y en el campo se ven militares en retirada, la infantería huyendo presa del pánico, la caballería dispersa. No hay uno al que no le falte parte del equipo. La muchedumbre exhausta avanza por el valle, huyendo de regreso a Stanislau.*

Lo que él contempla tumbado en esa cuneta es el resultado de una de las primeras desordenadas y cruentas colisiones con los ejércitos invasores rusos. Él, al igual que el resto de los involucrados, posee una visión muy confusa de los acontecimientos, y habrán de pasar años antes de que alguien una las distintas impresiones en un relato titulado «La batalla de Lemberg». Sin embargo, para entender que la situación ha desembocado en una derrota tan aplastante como inesperada por parte del ejército austrohúngaro, para entender eso, digo, no se necesitan prolijos documentos redactados por el Estado Mayor central.



*Miércoles, 2 de septiembre de 1914*

## ANDREJ LOBANOV-ROSTOVSKI OBSERVA UN ECLIPSE DE SOL EN MOKOTOV

Ahora les toca a ellos entrar en acción. Los informes son contradictorios. Arriba, en la Prusia Oriental, algo parece haber ido decididamente mal con la invasión rusa. Por lo visto, el ejército de Rennenkampf se bate en retirada y el de Samsonov se está dando a la fuga. Cuesta creer que sea verdad. Abajo en la región de Galitzia las cosas parecen irles mejor a las tropas invasoras rusas. Lemberg caerá cualquier día de estos. Pero aunque los refuerzos se necesitarían arriba en el norte, contra los alemanes más que contra los austríacos en Galitzia, es al frente sur a donde destinan a la brigada de tiradores de Lobanov-Rostovski. Deberán tomar parte del hostigamiento de las ya fugitivas divisiones austrohúngaras en las inmediaciones de la frontera polaca.<sup>8</sup>

En estos momentos están de reserva en Varsovia, acampados en un gran campo en Mokotov. Andrej Lobanov-Rostovski es zapador<sup>9</sup> del ejército ruso y teniente de la guardia, grado obtenido más por su linaje que por inclinación propia, pues se trata de un sensible y bibliófilo joven de 22 años, lector incansable no solo de novelas francesas sino también de libros de historia. Lobanov-Rostovski posee una buena formación (ha estudiado derecho en Petrogrado y también en Niza y en París), tiene un carácter con tendencia a la angustia y una complexión no muy robusta. El padre es diplomático.

El estallido de la guerra fue para él una experiencia extraña. A cada rato libre se lanzaba a la calle para unirse al resto de la exaltada muchedumbre que se agolpaba frente a las oficinas de los periódicos y allí leer los titulares y los telegramas expuestos. La exaltación alcanzó su punto culminante con la noticia de que Belgrado había sido bombardeada, formándose espontáneas manifestaciones en apoyo de la guerra en las mismas calles por las que tan solo hacía unos días se habían visto pasar espontáneas columnas de huelguistas. Lobanov-Rostovski fue testigo de cómo la masa detenía tranvías y sacaba a los oficiales de su interior para mantearlos entre vítores; y recuerda especialmente al obrero borracho que se abrazó a un oficial que pasaba por allí y le plantó un beso, provocando las carcajadas de todo el mundo. Agosto ha sido un mes polvoriento de calor excepcional, y pese a que él, como los demás oficiales, ha realizado las largas marchas a lomos de un caballo, una insolación casi lo tumba.

Todavía no ha tomado parte de un combate propiamente dicho. Lo peor que ha visto hasta la fecha tuvo lugar hace un tiempo, cuando se acantonaron en una pequeña ciudad polaca y se produjo un gran incendio a raíz del cual los soldados movilizadas, delirantes de excitación y de temor a los espías, mataron a ocho judíos so pretexto de que estos intentaban impedir la extinción del fuego.<sup>10</sup> En general ha reinado un clima de nerviosismo.

A las dos la brigada al completo está formando en el campo, frente a la masa de pequeñas tiendas. Es hora de la misa, y en mitad del oficio sucede algo extraño. El sol, ya turbio por la calima, brilla a media luz. Al alzar la vista comprenden lo que pasa: eclipse parcial. A la mayoría les da cierta grima, mientras que a los soldados más supersticiosos el fenómeno les causa «una fuerte impresión».

Inmediatamente después de acabada la misa se procede a desmontar el campamento. Todas las unidades de la brigada empiezan a cargar el tren que espera. Como es habitual, la operación dura más de lo calculado. Cuando le toca el turno a la unidad de Lobanov-Rostovki ya es de noche. Y no es que la cosa se acelere tras tenerlo todo cargado. El tren avanza por la oscuridad rumbo al sur con una apabullante falta de empuje. Este es el denominador común de todos los viajes en tren del año 1914: la lentitud. En ocasiones los vagones llenos de soldados se desplazan a la misma velocidad que la de un ciclista.<sup>11</sup>

Las líneas ferroviarias rebosan de trenes, trenes que durante esta fase de la guerra a menudo se desplazan en una misma dirección y con un solo objetivo: ir hacia delante. Hacia el frente.<sup>12</sup>

No es la primera vez que Lobanov-Rostovski se encuentra atrapado en una línea de ferrocarril en la que los convoyes con tropas avanzan literalmente en fila india. Para desplazarse veinticinco kilómetros tardan veinticuatro horas. El rítmico traqueteo del tren es extraordinariamente lento. Habría sido bastante más rápido ir a paso de marcha, pero las órdenes son órdenes.

Este mismo día, el 2 de septiembre, Herbert Sulzbach anota en su diario:

*Diana a las 3.45 horas; después una misa solemne y a las 8.00 horas la largamente anhelada partida tras apenas cuatro semanas de instrucción militar. Somos los primeros de entre el puñado de voluntarios que llegarán al frente. Embarcamos en la estación de mercancías y una extraña sensación me sobrevino, era una mezcla de felicidad, exaltación, orgullo, la emoción de las despedidas y la conciencia de la importancia del momento. Éramos tres baterías y desfilamos en formación cerrada por la ciudad entre los vítores de sus habitantes.*

*Septiembre de 1914*

## FLORENCE FARMBOROUGH VE UN MUERTO POR PRIMERA VEZ EN MOSCÚ

«Quería verlo; quería ver a la Muerte.» Así lo explica ella misma. Nunca antes se había encontrado ante una persona muerta; de hecho, hasta hace muy poco ni siquiera ante un adulto enfermo que guardara cama, lo cual quizá resulte algo extraño teniendo en cuenta que tiene 27 años; seguramente la explicación se halle en que hasta agosto de 1914 llevó una vida muy protegida. Florence Farmborough nació y se crio en una zona rural de Inglaterra, en el condado de Buckinghamshire, pero ha vivido en Rusia desde 1908, trabajando como institutriz de las hijas de un reputado cardiólogo-cirujano de Moscú.

La crisis internacional desarrollada durante finales del hermoso y tórrido verano de 1914 le pasó prácticamente desapercibida, ya que en esa época ella estaba junto a sus anfitriones en la dacha que estos poseen en las afueras de Moscú. Una vez de vuelta a la capital se dejó arrebatarse por el mismo «entusiasmo juvenil» de tantos otros. Ambas patrias, la antigua y la nueva, acababan de unirse para luchar contra un enemigo común, Alemania, y esta joven enérgica y decidida no tardó en ponerse a considerar cuál sería la mejor manera de contribuir al esfuerzo bélico. La respuesta fue casi inmediata: haciéndose enfermera. Su empleador, el reputado cirujano, consiguió convencer a los responsables de los hospitales militares que se estaban instalando en Moscú de que aceptaran a sus dos hijas y a Florence como voluntarias. «Nuestro entusiasmo no podía expresarse en palabras. También nosotras, a nuestro modo, íbamos a poder contribuir a la causa de nuestro país.»

Fueron días maravillosos. Al cabo de un tiempo empezaron a llegar los heridos, dos o tres a la vez. Muchas cosas le resultaron desagradables al comienzo, incluso tuvo que echarse atrás al enfrentarse a una herida abierta de aspecto singularmente horrible. Pero con el tiempo se ha ido acostumbrando. Además, el ambiente se ha vuelto muy agradable. Se ha creado una atmósfera de afinidad, de consenso, sobre todo entre los soldados:

*Entre ellos reina siempre un notable compañerismo: los bielorrusos se relacionan con los ucranianos en los términos más amigables, los caucásicos hacen lo mismo con gente de los Urales, tártaros con cosacos. En general, se trata de hombres tolerantes y sufridos que agradecen los cuidados y atenciones que reciben; nunca o casi nunca se quejan.*

La mayoría de los heridos están impacientes por volver al frente cuanto antes. También el optimismo es grande, tanto entre los soldados como entre el personal sanitario. Pronto se habrán curado las heridas, pronto volverán los soldados a estar de servicio, pronto se ganará la guerra. Por lo general, el hospital solo acoge a heridos leves, lo cual podría explicar por qué Florence, pese a haber trabajado allí tres semanas, todavía no ha visto ningún muerto.

Esta mañana, cuando llega al hospital, pasa delante de una de las enfermeras de noche. A Florence le parece que está «cansada y tensa», y la otra le dice como si nada: «Vasili ha muerto temprano esta madrugada». Vasili era uno de los pacientes que Florence ha estado atendiendo. Era militar, aunque solo el mozo de cuadra de un oficial, e irónicamente su herida no era una «auténtica» herida de guerra. Un caballo asustado e inquieto le había dado una mala coz en el cráneo y, tras ser operado, una segunda ironía se sumó a la primera: resultó que padecía un tumor cerebral incurable. Vasili pasó las tres últimas semanas postrado y mudo en su cama, un hombre rubio y bajito de aspecto frágil que no hacía más que enflaquecer día a día ya que le costaba comer, pero, en cambio, siempre pedía agua. Y acababa de morir sin dramatismo alguno, tan solo y callado como lo estuvo en vida.

Florence toma la decisión de ver el cuerpo. A escondidas entra en la sala que sirve de morgue y cierra con cuidado la puerta tras de sí. Un gran silencio. Ahí está Vasili, o lo que era Vasili, tendido en una camilla. Se ve

*...tan flaco, demacrado y encogido que más que un hombre adulto parecía un niño. Su semblante rígido tenía una blancura grisácea, nunca antes había visto yo un color tan extraño en un rostro, y sus mejillas se habían hundido hasta formar dos concavidades.*

Sobre los párpados hay colocados dos terrones de azúcar que los mantienen cerrados. Ella siente malestar, no tanto por aquel cuerpo inerte sino por esa quietud, ese silencio. Piensa: «La muerte es una inmovilidad horrible, tan silenciosa, tan distante». Reza una breve oración por el difunto y después se marcha apresuradamente de allí.

*Sábado, 26 de septiembre de 1914*

## RICHARD STUMPF PARTICIPA EN LOS PREPARATIVOS PARA ENTRAR EN COMBATE DEL ACORAZADO *HELGOLAND*

En este día de otoño la diana suena ya a las cuatro de la madrugada. El barco y su tripulación se desperezan para hacer frente a una mañana de frenética actividad. El cometido principal es descargar 300 toneladas de carbón con la máxima rapidez posible. Como de costumbre, los oficiales no les explican nada, pero se rumorea que la flota inglesa ha zarpado. Alguien dice que ya están en el estrecho danés de Storebælt. Stumpf observa que los escuadrones primero y tercero también han entrado en el puerto. «Se prepara algo gordo.»

Stumpf supone que la descarga del carbón tiene como finalidad aligerar el barco a fin de que pueda atravesar el canal de Kiel lo más rápido posible.<sup>13</sup>

Escribe en su diario:

*Toda la tripulación ha trabajado duro esta mañana. Hacia el almuerzo, tras descargar 120 toneladas de carbón, el buque insignia del escuadrón nos hizo señales: «Cesen los preparativos». Por enésima vez una decepción tremenda. ¡Malditos ingleses! No obstante, parece que estamos muy bien informados en cuanto a los movimientos de su flota.*

Y después de esto añade: «Durante los siguientes días y semanas no ocurrió nada digno de mención».

*Lunes, 28 de septiembre de 1914*

## KRESTEN ANDRESEN APRENDE A VENDAR HERIDAS DE BALA EN FLENSBURGO

Pronto será la hora. Puede pasar un día, tal vez dos o hasta incluso tres, pero no tardarán mucho en partir también ellos. Y no se trata de las usuales habladurías de patio de cuartel. Porque el aire va siempre cargado de rumores: adivinanzas elevadas a probabilidad, esperanzas convertidas en hechos, temores disfrazados de aseveraciones. La incertidumbre es el alma de la guerra, la lo icognoscible su medio.

Pero no, también hay signos claros, evidencias. Todos los permisos se han cancelado y está prohibido abandonar el cuartel. Ese día tampoco les han dado ejercicios ni instrucciones de tipo teórico. Al contrario, les han enseñado puras estrategias de supervivencia, por ejemplo cómo vendar una herida de bala, o el reglamento referente a las provisiones de emergencia (la denominada Porción de Hierro), o cómo actuar durante el transporte ferroviario, o lo que les está reservado a los desertores (la pena de muerte). La vida del recluta se halla resumida en la siguiente cuadratura: combate, artículos de primera necesidad, desplazamientos, coacción.

Kresten Andresen está preocupado, intranquilo y tiene miedo. No siente por el frente ni una pizca de anhelo. Pertenece a una de esas pequeñas minorías nacionales que, sin tener arte ni parte, se ven arrastradas de repente a una gran guerra que, en realidad, no les incumbe para nada; que enmudecen de perplejidad ante la negra energía de la guerra, que se encuentran al margen de la retórica nacionalista que ha originado la guerra y de las insensatas aspiraciones que la guerra crea. Son muchos los que en estos días se disponen a morir y a matar por un país por el que solo sienten un superficial parentesco: alsacianos y polacos, rutenos y cachubos, eslovenos y fineses, sudtiroleses y sajones de Transilvania, lituanos y bosnios, checos e irlandeses.<sup>14</sup>

Andresen también pertenece a uno de estos grupos: es de habla danesa y nacionalidad alemana, residente en los antiguos territorios daneses del sur de Jutlandia que desde hace más de medio siglo quedaron dentro de las fronteras del Imperio Alemán.<sup>15</sup>

Todos los países con grandes minorías nacionales son plena y agudamente conscientes del problema y de las dificultades que pueden surgir en tiempos de guerra. No obstante, se considera una cuestión eminentemente policial. También en los territorios alemanes de habla danesa se han notado los efectos: nada más clavarse la orden de movilización en los muros de las ciudades, cientos de daneses considerados cabecillas o, al menos, cabecillas en potencia, fueron arrestados. Uno de ellos —a quien se llevaron de noche, en un automóvil cubierto— es el padre de Andresen.<sup>16</sup> Por ende este fue el clima que se vivió las primeras semanas: júbilo teñido de histerismo, expectación mezclada con terror, miedo sublimado en agresividad. Y después, desde luego, rumores, rumores y más rumores.

También en su caso el estallido de la guerra fue una experiencia extraña. Acababa de darle los últimos retoques a un manuscrito: «Un libro de primavera y juventud». Se trataba de un largo poema

en prosa sobre la vida cotidiana, la naturaleza y el amor juvenil (quizá, más bien, sobre el anhelo de amor juvenil). El manuscrito en sí era ya una especie de acto de amor, con sus tapas azul cielo, sus viñetas pulcra y vivamente coloreadas y sus letras capitulares caligráficas, todo realizado por él mismo. Remataban la obra estos versos finales: «Enmudece una campana, y otra, y otra más; las campanas enmudecen día a día; más y más débil suena su tañido, agonizando; hasta que calla por completo. Muerte, ¿dónde está tu botín? Infierno, ¿dónde está tu victoria?». Y en el mismo instante en que acababa de escribir las últimas palabras entró su padre en el cuarto para explicarle que se había iniciado la movilización. Así que Kresten, a toda prisa, añadió algunas líneas en el fondo de la última página en blanco de su manuscrito: «¡Ay, que Dios se apiade de los que hemos de partir, y sin saber cuándo volveremos!»

Andresen lleva ya siete semanas vistiendo el uniforme alemán. Cuando se incorporó al desbordado cuartel de Flensburg le dijeron que recibiría cuatro semanas de instrucción y que después sería enviado a Francia. Esa misma noche oyó partir a un batallón equipado para el combate que marchaba cantando *Die Wacht am Rhein*. A continuación vinieron días de interminables ejercicios de instrucción bajo un sol de justicia; el tiempo era realmente formidable. Andresen se ha adaptado mejor de lo que se había atrevido a esperar. Desde luego que no son muchos los de habla danesa en su compañía, pero aun así no se siente discriminado. Y aunque hay mandos subalternos que se dedican a vejar a los soldados, por lo general los oficiales les paran los pies. Lo que más le molesta es el hecho de que incluso en su tiempo libre no se hable de otra cosa que de «guerra y más guerra», de modo que hasta él, que desea fervientemente poder librarse, ha acabado haciéndose a la idea de que es justamente eso lo que les espera. Su puntería es bastante buena. En su primera serie obtuvo dos dieces y un siete.

A estas alturas ya son varios los contingentes que han partido, marchando hacia inciertos destinos con un himno en los labios. Que Andresen todavía permanezca en el cuartel se explica primeramente por algo tan banal como la falta de equipamiento de los reclutas, pero también por el hecho de que se da prioridad a los voluntarios. Y como él preferiría librarse, nunca ha pertenecido a esa categoría, claro. Cuando en el día de hoy la compañía forma tras la instrucción, se les anuncia sin ambages que pronto va a ser enviado al frente un nuevo contingente. ¿Quiénes se apuntan voluntarios?

Todos levantan el brazo, todos menos tres. Andresen es uno de los que intentan zafarse. Es interrogado acerca de sus motivos pero al final le dejan en paz. Más tarde y acompañado de otro danés, visita a un amigo y juntos se comen «con gran solemnidad» una gallina que la madre de Andresen le ha enviado por correo. De noche Andresen escribe en su diario:

*Es tal nuestro aturdimiento que partimos a la guerra tan tranquilos, sin lágrimas ni espanto, y eso que todos sabemos que nos envían al puro infierno. Pero ceñido por un rígido uniforme el corazón no late con libertad. Uno deja de ser uno mismo, apenas es un ser humano, a lo sumo un autómatas que funciona convenientemente y que hace lo que le dicen sin recapacitar demasiado. Ay, Dios mío, ¡ojalá pudiéramos volver a ser personas!*

El hermoso y cálido veranillo de San Martín reinante desde el estallido de la guerra ha acabado

por claudicar ante los aires de otoño. Un gélido y potente viento del norte se abate sobre Flensburg. Crepita el follaje. Las castañas caen a ráfagas de los árboles.



*Domingo, 4 de octubre de 1914*

## ANDREI LOBANOV-ROSTOVSKI PARTICIPA EN LA BATALLA DE OPATOV

A la grisácea luz del alba la artillería abre fuego una vez más. Andrei Lobanov-Rostovski se despierta enseguida con el retumbar y los temblores de las detonaciones, algo entumecido por el cansancio ya que solo ha dormido unas cuantas horas. Se pone en pie con paso vacilante. Desde la elevada altura donde han acampado durante la noche ve cómo florecen a lo lejos las hileras de nubes blancas que levantan las explosiones. Las ve extenderse por las bajas colinas en dirección al sur y al oeste. Ve las relampagueantes masas de humo que se alejan meciéndose con un movimiento fluido, como si de un río de lava se tratase. Ve el fuego nutrido avanzando hacia la ciudad; ve cómo la alcanza. Civiles presas del pánico corren en círculos por las calles. Prácticamente toda Opatov acaba sumergida en el humo de las granadas detonadas y las casas ardiendo. Al final, solo el campanario de una iglesia despunta por encima de las nubes rodantes.

El fuego artillero se intensifica. Potentes oleadas de sonido se abaten sobre ellos desde ambos flancos: detonaciones de granadas, traquidos de fusil, crepitar de ametralladoras. No ven casi nada y a ellos mismos no les afecta, pero a juzgar por el fragor del combate, en estos momentos se está librando una batalla «en semicírculo a nuestro alrededor». Su compañía aguarda en la cima, siguiendo las órdenes: «Permanezcan en el sitio y aguarden instrucciones». A las once llegan nuevas: hay que retroceder un trecho.

Al cabo de media hora Lobanov-Rostovski mira hacia atrás. En el cielo de octubre ve una enorme columna de humo: Opatov se está consumiendo en las llamas. Y no solo Opatov: todas las aldeas a ambos lados de ellos han comenzado a arder. Cada vez les cuesta más avanzar por la carretera debido a la oleada de hombres, mujeres y niños que lo abarrotan presas del pánico y que corren desordenadamente arriba y abajo en intervalos regidos por la intensidad del estruendo que los envuelve. Es ahí, en algún lugar, donde la compañía se detiene.

¿Qué ha sucedido, en realidad? Pues que la persecución por parte del ejército ruso de los austríacos al sur de Cracovia se ha interrumpido. Los motivos son el barro otoñal, problemas con los suministros (cómo no, suele ser la principal razón para que un bello y veloz avance se atasque de repente y se detenga) y también la inesperada aparición de tropas alemanas.<sup>17</sup>

Hacia las doce la compañía de Lobanov-Rostovski se encuentra rodeada de un «círculo completo de fuego». Lo que en verdad ocurre todavía nadie lo sabe. A juzgar por los sonidos, se están librando combates también detrás de ellos, en la ruta de Sandomierz. Ellos aún no se han visto en medio del fuego, pero los estallidos de las granadas detonadas suenan cada vez más próximos. Una sección de ametralladoras transportadas a caballo pasa de largo. Tras una breve deliberación con un oficial del Estado Mayor a quien no conoce Lobanov-Rostovski recibe órdenes de tomar el mando de los veinte carros de un tiro de la compañía, que van cargados de explosivos y otro equipamiento, y de seguir la sección de ametralladoras hacia la retaguardia hasta salir del cerco. Se le asignan veinte soldados para asistirle. El resto de la compañía se queda allí.

De modo que Lobanov-Rostovski se pone en marcha: él a caballo, veinte hombres conduciendo veinte carros de un tiro, además de —quién iba a pensarlo— una vaca, cuyo destino real es ser sacrificada para la cena pero a la que los inesperados acontecimientos han concedido una pequeña tregua. Lobanov-Rostovski está muy preocupado ya que la sección de ametralladoras transportadas por caballos se mueve con tanta agilidad que pronto se quedan a la zaga. Más tarde explicaría: «No tenía mapas ni la menor noción de lo que estaba pasando, ni tampoco de dónde me encontraba». En un puente donde confluyen tres caminos quedan atrapados en un gigantesco atasco de refugiados, ganado, caballos y ambulancias tiradas por caballos que van llenas hasta los topes de heridos. Lo que ha bloqueado el puente es una carreta de refugiados siniestrada, dos de cuyas ruedas quedan suspendidas sobre el agua. Mientras unos soldados se esfuerzan por levantarla de nuevo empiezan a explotar granadas *shrapnel*<sup>18</sup> por encima de sus cabezas:

*La confusión entre los campesinos era indescriptible. Mujeres y niños chillaban de terror, los hombres intentaban contener el pánico de sus animales de carga, y una mujer histérica se agarró a mi caballo mientras gritaba: «Señor oficial, ¿qué camino es el más seguro para salir de esto?», algo que yo, por motivos obvios, no podía responder de otra forma más que haciendo un gesto vago en un sentido cualquiera. Un hombre que iba empujando tres vacas muy reacias a seguir adelante logró meterlas por un camino secundario el tiempo justo para descubrir que también ese era bombardeado con granadas. Entonces dio la vuelta para tomar otro camino, pero también ahí descubrió que le alcanzaba el fuego, por lo que al final perdió el juicio y salió disparado de regreso a su pueblo en llamas.*

Tras cruzar el puente, Lobanov-Rostovski encuentra la carretera tan colapsada por los fugitivos civiles y sus carretas que decide conducir a su reducido grupo a campo través. Los tiradores de ametralladoras, montados a caballo, desaparecen en la lejanía. De nuevo Lobanov-Rostovski no tiene ni idea de dónde se encuentra. Intenta orientarse con la ayuda del estruendo del combate. De vez en cuando caen granadas a su alrededor, de vez en cuando ráfagas de ametralladoras lejanas. Avanza guiándose únicamente por la intuición.

Cuando van bajando hacia un nuevo puente estallan unas *shrapnel* muy bajo sobre la pequeña columna. Aterrorizado, el hombre que va a la cabeza empieza a azuzar al caballo que arrastra su carro, llevándolo a toda velocidad por la peligrosa pendiente que conduce al puente. Para evitar que cunda el pánico Lobanov-Rostovski se lanza al galope tras él y hace algo que nunca ha hecho antes ni nunca soñó hacer: azota al aterrorizado soldado con su fusta. Se reinstaura el orden; consiguen cruzar la corriente y prosiguen su camino por el fondo de un escarpado barranco.

En el barranco reina el caos. Unos artilleros intentan por todos los medios remolcar tres cañones atollados. Un número creciente de heridos desciende por las pendientes buscando ponerse a salvo; Lobanov-Rostovski pregunta lo que pasa y a qué unidad pertenecen. Los hombres, sangrando, están demasiado aturdidos y confusos para dar respuestas cuerdas. Un oficial que ha rescatado un estandarte del regimiento y lo tiene echado sobre la montura pasa de largo a galope tendido —un atisbo de los atavismos de 1914: no solo el combate con la bandera en alto sino también la casi sagrada cuestión de honor consistente en no permitir jamás que las propias insignias caigan en manos

enemigas—. El oficial del estandarte es recibido con alentadoras aclamaciones: «¡Tenga cuidado!». A ambos lados del barranco se escuchan detonaciones de granadas. En el aire flota polvo, y huele a cordita y a humo.

Tras avanzar por la quebrada un poco más, brújula en mano y seguido no solo de su sección sino también de 300 a 400 heridos, Lobanov-Rostovski comprende conmocionado que están... atrapados. Bien es verdad que el camino que siguen lleva fuera del barranco y desemboca en la carretera principal de Sandomierz. El problema es que una batería de artillería alemana se ha apostado en las inmediaciones, y enseguida empieza a disparar sobre el grupo de rusos a la que estos asoman por el barranco. Lobanov-Rostovski y los demás no tienen más remedio que retroceder corriendo. Por si fuera poco, más allá, a la derecha de la carretera principal, se vislumbran más baterías alemanas. Lobanov-Rostovski se siente abatido, perplejo.

Entonces ocurre algo remarcable aunque nada inusual.

Los cañones alemanes más próximos a ellos son bombardeados por sus propios compatriotas, quienes se hallan al otro lado de la carretera y los han tomado por rusos. Las baterías alemanas inician así un salvaje duelo entre ellas. Mientras tanto, Lobanov-Rostovski y los demás rusos tienen ocasión de escabullirse y pasar de largo. Los artilleros alemanes descubren pronto su error, claro, pero para entonces el enemigo ya ha alcanzado la carretera de Sandomierz y se halla bastante a salvo. De todas las carreteras secundarias se les suman unidades en retirada. Al final forman parte de «una única cinta negra de carros llenos de heridos, de baterías de artillería desmontadas y de otros representantes de los distintos ejércitos».

Es hora entonces del siguiente atavismo: un regimiento de caballería en perfecta formación de combate cabalga hacia la carretera; una bella estampa de la época de las guerras napoleónicas. ¿Alemanes? No, húsares rusos. Los oficiales cabalgan hasta ellos. La calma de sus sonrisas contrasta vivamente con el desconcierto y el pavor que domina a los que se están retirando. Resulta que la caballería pertenece a otro cuerpo totalmente distinto, así que no tienen ni idea de lo que ha ocurrido ni de lo que está a punto de ocurrir.

Cuando hacia el anochecer Lobanov-Rostovski y su pequeña columna divisan Sandomierz parece que lo peor haya pasado. Una nueva y fresca división de tiradores acaba de llegar y se está atrincherando a ambos lados de la carretera principal. Pero cuando la columna intenta introducirse en la ciudad, Lobanov-Rostovski descubre que las calles son demasiado estrechas y están demasiado abarrotadas, así que hace esperar sus veinte carretas en un costado de la carretera. Constata que la vaca todavía sigue con ellos; parece haber salido del apuro la mar de bien. El cielo está nublado.

De entre la deshilachada hilera de unidades que les pasan de largo reconoce a una. Es el regimiento de infantería con el que tropezó la noche anterior, mientras yacían durmiendo al raso por las calles de Opatov, un único hormiguero de cabezas y piernas inmóviles que el intenso claro de luna teñía de blanco. Esta mañana se contaban 4.000 hombres; de estos quedan ahora 300 y seis oficiales. El regimiento está prácticamente exterminado, pero no abatido. Siguen sosteniendo sus estandartes en alto. Y se repliegan en buen orden.

Al anochecer empieza a llover. Es ahora cuando Lobanov-Rostovski cae en la cuenta de que no ha pegado bocado en todo el día; con los nervios y la excitación no ha tenido hambre. Hacia las once aparecen los restantes miembros de la compañía, muy maltrechos, eso sí, pero algo es algo. Por fortuna traen consigo las cocinas rodantes. Ahora todos podrán comer. A lo lejos los cañonazos van

remitiendo. Finalmente, se hace un silencio total. La que más tarde se conocerá como la batalla de Opatov ha terminado.

La lluvia sigue cayendo a raudales. El reloj marca alrededor de la medianoche.

Lobanov-Rostovski y algunos más se acurrucan debajo de las carretas aparcadas para poder dormir guarecidos. En un principio lo consiguen, pero los regueros de lluvia no tardan en abrirse paso bajo los carros.

El resto de la noche él y los demás miembros de la compañía la pasan sentados junto al camino, callados, vigilantes, con una paciencia animal, esperando la luz de la aurora.

*Martes, 6 de octubre de 1914,*

## HERBERT SULZBACH VIVAQUEA A LAS AFUERAS DE LILLE

Van sin afeitarse y no se han podido desvestirse en varios días; todavía llevan sus uniformes azules de tiempos de paz. Tampoco han tenido ocasión de desenjaezarse a los caballos. Hace dos días recibieron su bautismo de fuego dentro de Lille. Podría haber acabado muy mal.

Malos cálculos o una sobreestimación de la capacidad propia hizo a alguien enviar a la batería de Sulzbach, junto con peones de infantería, derechos a la ciudad. Allí no tardaron en verse atrapados en unas confusas escaramuzas callejeras. El estruendo era indescriptible, haciendo casi irrealizable la comunicación. El humo negro de los incendios acaparaba el aire. Cayeron en una emboscada: resultaba imposible distinguir desde dónde les disparaban. En las angostas calles las unidades chocaban unas con otras: el tránsito de hombres y vehículos se atascó en un caos devastador. Finalmente se vieron obligados a batirse en retirada de la ciudad. Posteriores intentos de tomarla a base de tiros también fracasaron.

Tienen ya sus primeras cifras de muertos y heridos.

Ahora se han retirado de la línea de fuego, y vivaquean en un prado. Con su interés por las personas, su carácter abierto y su don de gentes, Sulzbach no ha tardado en hacer nuevos amigos. Uno de ellos es un cadete de la academia militar de su misma edad, alto, apacible, se llama Kurt Reinhardt. Mientras van a buscar agua para los caballos hablan sin parar. Y hablan absolutamente de todo. Menos de la muerte, de eso nunca.

Después se marchan juntos en busca de algo de comer y de beber. Llegan a una casa solariega abandonada. Tristemente, el lugar ha sido objeto de actos vandálicos; todo está destrozado y destruido. En la bodega, sin embargo, Sulzbach encuentra unas botellas de un vino excelente. Él y Reinhardt caminan de regreso al vivac con el botín. Numerosas bodegas de vino francesas han sido saqueadas durante los combates de este otoño. Numerosos son los combates que se han librado con las mentes aturdidas por el alcohol, o por el agotamiento, o por las dos cosas a la vez.

Sulzbach está tumbado entre los caballos escribiendo en su diario. Todavía se siente afectado por las experiencias vividas hace dos días, aunque concluye que podría haber sido peor. Deben alegrarse de haber podido salir de aquella terrible ratonera. También siente indignación por el comportamiento del enemigo, que no dio la cara y peleó como los hombres sino que «insidiosamente se dedicó a dispararnos desde un escondite seguro». Pero está orgulloso de los elogios que ha recibido de su capitán. Y está orgulloso de poder contarse entre los que están aquí, donde suceden cosas importantes. En su diario escribe: «Todavía tienes la sensación de que es maravilloso ser uno de los millones de hombres que pueden luchar, sientes que eres necesario».

Pronto realizarán un nuevo intento de tomar Lille. Y dentro de un día o dos inhumarán a los caídos en los combates del domingo. Sulzbach canta a menudo. Las noches empiezan a ser largas y frías.

*Sábado, 10 de octubre de 1914*<sup>19</sup>

## ELFRIEDE KUHR ESCUCHA ANÉCDOTAS DE LA GUERRA DURANTE UNA TERTULIA EN SCHNEIDEMÜHL

Hojas de otoño. Cielo de octubre. Frío en el aire. El maestro trae a la clase un telegrama y lo lee: hace dos días cayó la ciudad de Amberes, y ahora el último baluarte acaba de capitular, lo cual significa que el prolongado asedio ha concluido y que el avance alemán a lo largo de la costa hacia Flandes puede proseguir. Elfriede apenas oye las últimas palabras del informe, ya que toda la clase se ha puesto a chillar de alegría.

En su escuela se ha convertido en un ritual eso de berrear a grito pelado cada vez que les notifican un triunfo alemán. Elfriede cree que muchos dan esos gritos solo porque esperan que la victoria se celebre con un día de fiesta. O que el director, un señor alto y severo, que lleva quevedos y una barba blanca y puntiaguda, se encandile tanto con el juvenil patriotismo de sus alumnos que, al menos, les permita librarse de las últimas lecciones. (Cuando les anunciaron el estallido de la guerra el director estaba tan emocionado que lloraba, y a ratos no le salían las palabras. A él se debe la prohibición de utilizar palabras extranjeras en la escuela. Los transgresores pagan una multa de cinco pfennings. Hay que decir «*Mutter*» y no «*Mama*», «*Auf Wiedersehen*» y no «*Adieu*», «*Kladde*» y no «*Diarium*», «*fesselnd*» en vez de «*interessant*», etcétera.) Por su parte, también Elfriede celebra la caída del Fuerte de Breendonck con unos sonoros berridos, no porque crea que a lo mejor les dan el día libre sino, simplemente, porque le divierte: «Es maravilloso poder vociferar con todas tus fuerzas en un edificio en el que, por lo demás, siempre hay que andar callando». En el aula hay un mapa en el que se registran meticulosamente todas las victorias alemanas mediante agujas provistas de pequeñas banderas con los colores negro, rojo y blanco. El clima en la escuela y en toda Alemania es agresivo, arrogante, chovinista y triunfal.

Después de las clases Elfriede asiste a una tertulia de señoras. Sus padres están divorciados. Con su padre no tiene contacto alguno, y su madre trabaja dirigiendo una pequeña academia de música en Berlín. Por esa razón ella y su hermano viven con su abuela materna en Schneidemühl.

Como de costumbre la conversación acaba versando sobre la guerra. Alguien ha visto un nuevo transporte de prisioneros rusos en la estación. Al principio impresionaban mucho, «con sus largos gabanes pardos y sus pantalones rotos», pero ahora apenas nadie les mira. A medida que los ejércitos alemanes continúan avanzando los periódicos hacen sonar nuevas cifras de prisioneros capturados, como en una especie de valor bursátil de la guerra; la cotización del día es de Suwałki 27.000 y al oeste de Ivangorod 5.800. (Sin descontar otros símbolos palpables de la victoria: este mes los diarios cuentan que han sido necesarios 1.630 vagones de tren para transportar el botín obtenido tras la gran victoria de Tannenberg.) ¿Qué hacer con ellos? La señorita Ella Gumprecht, una maestra solterona de opiniones firmes, mofletes carnosos y el pelo bien ondulado, conoce la solución: «¿Por qué no fusilarlos a todos y listo?». A las demás señoras la idea les parece horrible.<sup>20</sup>

Los adultos intercambian anécdotas bélicas. La señorita Gumprecht cuenta una sobre un hombre al

que unos cosacos encierran en una casa en llamas pero que consigue huir, montado en bicicleta, gracias a que se pone ropas de mujer. Los niños replican con una historia que les ha contado su mamá por carta:

*Un sargento alemán en la reserva, que en la vida civil era catedrático de lenguas románicas en Göttingen, tiene la misión de escoltar a un grupo de prisioneros franceses desde Mauberge a Alemania. A lo lejos se escucha el fragor de los cañones. De repente el teniente que está de servicio descubre que su sargento se ha involucrado en una violenta discusión con uno de los franceses. El francés gesticula indignado con las manos, mientras que tras los anteojos del sargento los ojos le relampaguean de ira. El teniente, temiendo que se llegue a la violencia, cabalga hacia allí. Separa a los hombres maldiciendo. Entonces el airado sargento explica que el prisionero francés, que lleva unas botas rotas reparadas con cordones, era anteriormente catedrático de la Sorbona. Los dos caballeros se han enzarzado en una pelea por no ponerse de acuerdo sobre el uso del subjuntivo en la poesía provenzal arcaica.*

Todos ríen, a la señorita Gumprecht le da tanta risa que se le atraganta un pedazo de chocolate con avellanas. La abuela, en cambio, se vuelve hacia Elfriede y su hermano: «Niños, decidme, ¿no es una vergüenza y una lástima que dos catedráticos tengan que dispararse? Los soldados deberían tirar sus rifles y decir: “No queremos continuar con esto”. Y después irse a sus casas». La señorita Grumprecht se indigna y habla con voz estridente: «¿Y qué me dice de nuestro káiser? ¿Y de nuestro honor alemán? ¿Y del buen nombre de los soldados alemanes?». La abuela alza la voz cuando contesta: «Todas las madres deberían presentarse ante el káiser y decir: “¡Paz ahora!”».

Elfriede se queda de piedra. Sabe que la abuela recibió la noticia de la movilización con amargura, pues ésta es su tercera guerra: primero vivió la de los Ducados, contra los daneses, en 1864; después otra contra los franceses en 1870. Y aunque la abuela, como todo el mundo, tiene el firme convencimiento de que Alemania, una vez más, saldrá victoriosa de la contienda y de que, una vez más, la victoria será rápida, no es capaz de entender lo que sucede como algo bueno. ¡Pero de ahí a hablar de esa manera! Elfriede nunca ha oído nada parecido.

*Martes, 13 de octubre de 1914*

## PÁL KELEMEN PERNOCTA EN EL PASO DE LUZUNA

Adelante y atrás y luego adelante otra vez. Primero los fogosos avances contra Galitzia de los meses iniciales de la guerra, yendo al encuentro de los rusos invasores, con todas las cruentas batallas que eso conllevó (la batalla de Lemberg o más bien la batalla *junto a* Lemberg), después la retirada y el retroceso en confusa carrera, precipitándose de río en río, hasta que de pronto se encontraron en los Cárpatos y en la frontera de Hungría. Tremebundo. A continuación una tregua, silencio, nada. Después órdenes de un nuevo avance, salir de los desfiladeros de los Cárpatos, descender hacia las llanuras del nordeste y la sitiada Przemyśl. El número de bajas ha sido tremebundo.<sup>21</sup>

El invierno llega de un modo inesperado y prematuro. Se estrena con una fuerte tormenta de nieve que de repente ha hecho intransitables los caminos, por lo que las unidades austrohúngaras no pueden avanzar, ni retroceder tampoco, claro. La división de Pál Kelemen está atrapada en uno de estos pasos de montaña cerrados por la ventisca. Alrededor de los caballos la nieve arremolinada por el cortante viento se acumula en elevados montones. Soldados ateridos por el frío se acucillan alrededor de ínfimas y débiles fogatas o dan vueltas pateando el suelo y golpeándose los costados para entrar en calor. «Nadie habla.»

Pál Kelemen anota en su diario:

*En el paso hay un solo edificio en pie, una pequeña posada situada en la frontera.*<sup>22</sup>

Hay instalado un aparato telegráfico de campaña en la primera sala, en la otra se alojan los oficiales de Estado Mayor del cuerpo de caballería. Llego aquí a las once de la noche y envío un mensaje al cuartel general en el que comunico que, de momento, es imposible proseguir. Después me echo en una esquina, sobre un colchón, y me tapo con una manta.

El viento aúlla y azota el desvencijado tejado y hace temblar los cristales de las ventanas. Fuera está negro como boca de lobo. Aquí dentro la única luz proviene de la trémula llama de una bujía solitaria. El telégrafo trabaja sin parar, pasando órdenes para el ataque de mañana. En el vestíbulo y en el desván yacen hileras de soldados que no han podido incorporarse a sus unidades: son los débiles, los enfermos, los heridos leves, que mañana empezarán a retroceder hacia la retaguardia.

Estoy tumbado dormitando, exhausto; a mi alrededor unos oficiales descansan sobre montoncitos de paja. Los hombres que tiritando y temblando rodean la cabaña han hecho una fogata con las planchas del establo vecino, y las llamas que lamen la oscuridad de la noche atraen a más soldados extraviados.



Un sargento entra y pide permiso para entrar a uno de sus compañeros; el hombre en cuestión está semiinconsciente y de permanecer en la helada intemperie, sin duda, moriría. Lo tumban junto a la puerta sobre unos puñados de paja, yace doblado, el blanco de los ojos parcialmente visible, su nuca enterrada muy hondo entre los hombros. En varios sitios su abrigo ha sido atravesado por las balas, y el borde está chamuscado por las llamas de algún fuego de campamento. Sus manos están ateridas de frío y cubre su rostro macilento y atormentado una barba desaliñada e hirsuta.

Me vence el sueño. El «titi-tata» del telégrafo se vuelve un zumbido lejano.

Al alba me despierta el alboroto de los hombres que se preparan para seguir la marcha, entumecido y medio mareado echo un vistazo a la miserable dormida. Por los bajos ventanucos, cubiertos de flores de escarcha, penetra una luz grisácea que inunda cada rincón del cuarto con rayos mortecinos. Únicamente aquel soldado al que entraron anoche sigue en el suelo, con el rostro caído, vuelto hacia la pared.

La puerta de la cámara interior se abre, y uno de los edecanes, el príncipe Schönau-Gratzfeld, hace su entrada. Va recién afeitado, en pijama, echando soplos del humo de su largo chibucú turco en el aire rancio y viciado de nuestra sala.

Repara en el soldado que yace inmóvil en un rincón, dirige sus pasos hacia él y luego retrocede con un rebote de espanto. Muy indignado da órdenes de que el cadáver de ese hombre, con evidentes signos de haber muerto de cólera, sea retirado de inmediato. A continuación vuelve a encerrarse en la cámara interior con expresión airada. Tras él dos soldados rasos trajinan una bañera portátil de caucho, adornada con un escudo nobiliario y llena hasta los bordes de agua caliente.

Este mismo día, el 13 de octubre, la batería de Herbert Sulzbach entra en una Lille que ha caído pero que todavía arde. Una banda militar toca *Die Wacht am Rhein* (El centinela del Rin). En su diario escribe:

*La experiencia de entrar en la ciudad y el pensar en nuestra primera bien merecida victoria colma a cada uno de nosotros de satisfacción. Vuelvo a tener una larga charla con mi amigo Kurt R. Divagamos sobre la vida civil, contamos anécdotas de la niñez, y todo aquello que antes dabas por sentado resplandece ahora con paradisiaca belleza.*

Domingo, 25 de octubre de 1914 <sup>23</sup>

### MICHEL CORDAY TOMA UN TREN DE REGRESO A BURDEOS

A ratos se desenvuelve entre la gente como si viniera de otro planeta y estuviese rodeado de absurdas incongruencias. ¿Es este realmente su mundo? En un sentido, no. Michel Corday es un funcionario de 45 años empleado en el Ministerio de Comercio y Correos pero también es socialista, pacifista y literato. Escribe sobre literatura y política en diarios y revistas y hasta ha publicado varias novelas, de las cuales algunas han gozado de un éxito pasable. Ha sido militar, y varias de sus obras reflejan ese pasado — *Intérieurs d'officiers*, publicada en 1894, y *Coeurs de soldats*, publicada en 1897— mientras que otras versan sobre penurias sociales o sentimentales.

En un principio Michel Corday era su *nom de plume*,<sup>24</sup> y en un aspecto este hombre retraído, que usa bigote, es un típico ejemplo del intelectual de doble vida de la *belle époque*: no se puede ganar el sustento con la escritura sino que depende de su empleo en el Ministerio. Sin embargo, la distancia entre ambas formas de vida no es abismal: se ha cambiado el apellido, y también su personaje de funcionario se llama ahora Corday. A todo el mundo le consta que escribe. Y es gran amigo de Anatole France.

Los primeros días de septiembre, cuando realmente daba la impresión de que los alemanes eran imparables, el gobierno huyó de París, y el personal de los ministerios con él. Por medio de automóviles salieron de una ciudad donde cundía el pánico —«en la estación los refugiados se pisoteaban unos a otros como si estuvieran atrapados en un teatro en llamas»— para refugiarse en Burdeos. El ministerio de Corday se ha alojado en el interior de una institución para sordomudos de la Rue Saint-Sernin. Y ahora, cuando hace ya más de un mes que se consiguió detener a los alemanes en el Marne, cada vez son más los que opinan que es hora de que el gobierno y los ministerios regresen a la capital. La familia de Corday fue evacuada a Saint-Amand. Esta noche él viaja de regreso a Burdeos después de haber ido a visitarles.

Para Corday el estallido de la guerra es una vergüenza y una derrota, y todavía no ha conseguido hacerse a la idea. Por esos días se hallaba enfermo en un lugar de veraneo junto al mar, razón por la que todas las noticias le llegaban únicamente a través de los periódicos y el teléfono. Tardó mucho tiempo en tener una visión de conjunto. Durante un tiempo intentó entretenerse con la lectura, pero en balde. «Cada pensamiento y cada acto que el estallido de la guerra originaba se convertía en un golpe amargo y letal contra la gran convicción que anidaba en mi corazón: la idea de que el progreso es constante y de que evolucionamos hacia un mayor grado de felicidad. Hasta entonces nunca creí que algo como esto pudiera ocurrir. Significó el derrumbe de mis creencias. El estallido de la guerra marcó el despertar de un sueño que he alimentado desde que empecé a tener uso de razón.» En la playa los niños jugaban a la guerra: las niñas eran enfermeras y los varones heridos. Desde su ventana vio marchar a una tropa de artilleros, que se alejaban cantando, y entonces Corday se echó a llorar.

De entre el regocijo y la confusión de aquellos calurosos días de agosto ha surgido un mundo

distinto, en verdad muy extraño.

Por un lado, en su apariencia externa: cuántas son las mujeres que han dejado de utilizar cosméticos por «patriotismo»; cuántos los uniformes que se ven por todas partes, pues el uniforme se ha convertido en el último grito en moda; cuán largas las colas que se forman ante los confesionarios y para asistir a misa; cuán incesante el flujo de refugiados cargados de bultos; cuántas las calles oscurecidas por los apagones; cuántas las numerosas barreras de control custodiadas por despóticos milicianos excesivamente celosos de su deber; cuántos los transportes de tropas, unos con soldados sanos rumbo al frente, otros con los heridos que vuelven de allí.

Por otro lado, el cambio es interior: el bombardeo constante de diversas fórmulas patrióticas, todas ellas tan altisonantes como obligatorias; el nuevo rechazo a aceptar cualquier compromiso: «amabilidad, humanidad; todo eso ha sido barrido de golpe»; el tono histérico, que se impone tanto en la propaganda oficial como en las conversaciones del hombre de la calle sobre la guerra (una mujer le ha dicho que no hay que llorar por los que marchan al frente, es de los hombres que no pueden tomar parte en el combate de quienes hay que tener lástima); la desconcertante mezcla de generosidad y egoísmo; la repentina incapacidad de matizar: «No te atreves a hablar mal de la guerra. La guerra se ha convertido en Dios». Sin embargo, Corday cumple con su deber de buen funcionario.

Durante el viaje de ida el tren es asaltado por mujeres ansiosas de endosarle a todo hombre uniformado algún tipo de fruta, o leche, café, sándwiches, chocolate y cigarrillos. En una ciudad ve a unos rapaces con cascos de policía actuando de camilleros. Resulta imposible encontrar una sala de espera en ninguna de las estaciones: todas han sido transformadas en hospitales provisionales para heridos o en almacenes de equipamiento militar. En el viaje de vuelta, en algún punto entre Saint-Pierre y Tours, escucha una conversación entre dos familias: «Ambas dieron cuenta de sus caídos con una resignación horripilante, como si solo estuviesen hablando de las víctimas de una catástrofe natural».

En Angulema suben a un hombre tendido sobre una camilla y lo colocan en el compartimento contiguo. El hombre padece heridas de metralla en la columna. Ha quedado parálítico. Lo acompaña en el viaje una enfermera que le examina la herida, y también una mujer rubia; Corday deduce que se trata de la esposa del parálítico o bien de su amante. Escucha a la mujer decirle a la enfermera: «Se niega a creer que todavía le quiero». Cuando la enfermera, tras el examen, se retira para lavarse las manos, la mujer rubia y el hombre parálítico empiezan a besarse con pasión. Cuando la enfermera regresa hace como que no lo ve, y se pone a observar la noche por la ventana.

En el compartimento del propio Corday se halla un suboficial de baja estatura que acaba de regresar del frente. Charlan. Hacia las cuatro de la madrugada el tren se detiene en una estación y el suboficial bajito se apea. Una niña se abalanza sobre él y se le abraza al cuello. Corday: «Y pensar que hasta el día de hoy tanto amor, el amor de todas las madres, hermanas, esposas y novias, se ha mostrado impotente frente a todo este odio».

En los quioscos de las estaciones por las que pasan se ven hileras de gacetas ilustradas, que, sin embargo, llevan la fecha de impresión de los primeros días de agosto. Desde entonces no han salido más números. Es como si ahora se rigieran por una cronología distinta.

*Miércoles, 4 de noviembre de 1914*

## PÁL KELEMEN RESULTA HERIDO AL NORTE DE TURKA

La noche es hermosa, hay claro de luna, un cielo estrellado y frío. Su caballo se resiste a salir de la cálida cuadra para exponerse al viento glacial y cortante. Una vez más, el ejército se bate en retirada: adelante y atrás, adelante y atrás nuevamente. Sus órdenes consisten en asegurarse de que las unidades que se están replegando no se encallen y queden paradas. Resulta que se está formando una nueva línea defensiva. Hacia las dos de esta misma madrugada tiene que estar lista y, con suerte, dotada de infantería fresca, que en estos momentos está subiendo por el paso de montaña. La misión que se le ha encomendado a Kelemen y a sus húsares es prácticamente imposible, porque es difícil formarse una visión de conjunto en la oscuridad. En el camino reina ya la confusión. Cabalgan poco a poco contra la lenta y grisácea corriente de hombres, caballos, carros, cañones, carretas de munición y asnos de carga.

Ve algo que a la luz de la luna le parecen rayas negras sobre la nieve blanca: las trincheras recién excavadas. Oye el sonido de fuego de fusil: los rusos que están presionando más adelante. Constata que el número de soldados en retirada va menguando pero que todavía llegan pelotones dispersos de fugitivos. Kelemen y sus hombres les enseñan adónde ir. El camino helado resbala como una pista de hielo. Se ven obligados a desmontar y guiar sus monturas a pie. Kelemen anota en su diario:

*Mientras tanto la artillería rusa ha abierto fuego a lo largo de todo este sector del frente. Vuelvo a montar y cabalgo en dirección al estruendo de los cañones. La luna está menguante, y en el crudo frío el cielo se está nublando. Plomizas bocanadas del humo de las granadas y las shrapnel se deslizan bajo las nubes.*

*Se ven carros del ejército abandonados por el camino sin hombres ni animales de tiro. Nada más pasarlos de largo noto un fuerte golpe cerca de mi rodilla izquierda, al tiempo que mi caballo se inquieta. Pienso que, en la oscuridad, he chocado con algo sin darme cuenta. Me toco la pierna y por instinto me llevo la mano enguantada a la cara. La mano está caliente y húmeda, y ahora siento un dolor agudo y punzante.*

*Mogor cabalga junto a mí y yo le digo que creo que me han dado. Se me acerca y descubre que también mi montura tiene una herida, una muy pequeña, en el anca. Pero tanto el jinete como la caballería pueden seguir adelante. De todos modos aquí sería inútil desmontar: no hay ninguna enfermería cerca. Y llegarse hasta la estación de primeros auxilios de la infantería de la primera línea sería mucho más peligroso que cabalgar de vuelta porque se hallan bajo la barrera de fuego.*

*Mogor intenta desviar mi atención de la herida de múltiples maneras, todas simples pero amables. Me consuela asegurándome que, sin duda, pronto nos cruzaremos con una tropa de a pie entre los que se encontrará algún médico.*

*Clarea de forma constante. El sol se alza por el este con un resplandor muy vivo. El cielo se vuelve radiante, las montañas nevadas se perfilan con nitidez contra el verde oscuro del bosque de coníferas. Tengo la sensación de que mi pierna crece, como si se me alargara más y más. El rostro me arde, y la mano con que sostengo las riendas está tiesa. Mi caballo, este animal inteligente y exquisito, sorteando los montículos de nieve del camino con paso todavía firme.*

*Al final alcanzamos la pendiente sur del paso. Aquí, resguardado del viento, el suelo no está tan helado, y cuando el sol, con todo su esplendor, inunda de luz el valle que se extiende ante nosotros, divisamos las primeras casas apartadas de una aldea.*

*En la plaza abierta del mercado nos encontramos a Vas, que muy intranquilo nos pregunta por qué nos hemos demorado tanto y luego muestra signos de pánico cuando Mogor le cuenta lo sucedido. Durante la noche la escuela del pueblo se ha reconvertido en una improvisada enfermería, y con Vas a un costado y Mogor al otro, cabalgo hasta la verja del patio de la escuela.*

*Ahora mi vista se vuelve borrosa. Ya no consigo desmontar por mí mismo; mi pierna izquierda está entumecida. Dos enfermeros se ayudan entre sí para bajarme de la montura al tiempo que Mogor se lleva el caballo. Con mucho cuidado me ponen en tierra. Al tocar el suelo mi pie izquierdo se escucha el chapoteo de la sangre acumulada dentro de mi bota. No me tengo en pie. Con la inconsciencia característica de la juventud Vas sostiene su espejo de bolsillo ante mí, y en él, en lugar de mi rostro, contemplo el rostro envejecido y macilento de un extraño.*

*Domingo, 8 de noviembre de 1914* <sup>25</sup>

## ALFRED POLLARD CAVA UNA TRINCHERA EN LAS AFUERAS DE LA BASSÉE

En realidad, aquí no se les necesita, y esto de enviarles a la primera línea para zapar es más bien un modo de mantenerles ocupados a la espera de que lleguen las órdenes de iniciar una nueva marcha.<sup>26</sup> Nadie les dice que tengan cuidado.

Son muchas las novedades y lo que no saben. A estas alturas la línea del frente occidental se ha estancado de verdad, y solo arriba en Flandes se libran todavía auténticos combates: la primera batalla de Ypres. Ambos bandos están más ocupados atrincherándose, lo cual no siempre es tan fácil como pueda parecer. Como nadie ha previsto esta extraña guerra de posiciones existe muy poca formación en la materia, y en cuanto a experiencia, aún menos. Más tarde Pollard constatará que «en 1914 las trincheras eran atroces»: ni los desagües ni la recogida de basuras funcionan, y tampoco hay refugios ni búnkeres, únicamente unas pequeñas secciones con tejado que, en el mejor de los casos, protegen de la lluvia y nada más. Sí, todo este paisaje de la guerra de posiciones es nuevo, máxime su fraudulento vacío. Porque, de hecho ¿dónde está el enemigo? Por aquí no se ve. ¿Y dónde la guerra misma, en medio de todo este silencio?

Así que se dirigieron tan tranquilos hacia aquel punto, situado a apenas un kilómetro de la línea del frente, constatando que no había ningún enemigo a la vista y que, por tanto, tampoco ningún peligro razonable los amenazaba, y se pusieron a cavar. El primer día los alemanes los dejaron hacer a su aire, dale que te pego al pico y a la zapa, sin camuflaje (por otra parte, inexistente), totalmente a la vista, a pleno sol. Llegado el segundo día parece que los alemanes pensaron que era suficiente.

Este es el tercer mes que Pollard pasa en el ejército. A las cinco de la tarde del día 8 de agosto salió de la compañía de seguros de la calle St. James donde trabajaba de oficinista para nunca más volver. Decidirse fue fácil. Unos días antes se encontraba entre la muchedumbre agolpada frente a uno de los grandes cuarteles del ejército en Londres viendo desfilan una sección de soldados de la guardia que marchaban hacia la guerra. El gentío los aclamaba y vitoreaba, también él; sin embargo, al ver a los soldados marcando el paso todos a una y balanceando los brazos rítmicamente, las lágrimas le hicieron un nudo en la garganta. No lloraba de orgullo, como muchos de los otros; tampoco se trataba de que la súbita solemnidad del momento le hubiese emocionado, ni de que comprendiera de pronto que su país se había visto obligado a lanzarse a una guerra sin anunciar (a una guerra importante, además, porque, desde luego, aquello no era una de esas reiteradas escaramuzas que se producían en las lejanas colonias, sino una guerra inmensa que amenazaba con poner el mundo patas arriba; de hecho, más que una amenaza se trataba de una promesa, por eso muchos gritaban hurra: la guerra traía consigo la promesa de un gran cambio radical). Con todo, no era tampoco eso lo que le afectaba hasta el punto de hacerle llorar. Sus lágrimas las producía la envidia. Cuánto le gustaría ser uno de aquellos soldados. «¿Por qué no he podido ir yo?»

Sí, para muchos la guerra significaba una espléndida promesa de cambio; a Pollard le atrae por varios motivos. Entre otras cosas está bastante hastiado de su trabajo, incluso ha sopesado la

posibilidad de emigrar. En lugar de eso ha llegado la guerra. Tiene 21 años.

Casi tres horas estuvieron haciendo cola. Cuando por fin se abrieron las cancelas de la caja de reclutamiento él y otro hombre —un conocido del club de tenis— entraron a base de empujones y codazos, y luego corrieron a más no poder para llegar los primeros al edificio principal. Porque imaginaban que el número de plazas era limitado. Y que todo podría terminar antes de tener la oportunidad de llegar al frente. (Su hermano se alistó como voluntario en la misma unidad pero desertó enseguida para poder alistarse bajo una supuesta identidad en otra unidad simplemente porque, según algunos cálculos, esa sería de las primeras de entrar en combate.)

A Pollard le encantaban los ejercicios de instrucción, las largas marchas le parecían «divertidas», cuando le dieron su fusil a duras penas consiguió controlar su excitación: «Estaba armado. Aquello era un arma hecha para matar. Yo quería matar». A menudo jugaba a escondidas con su bayoneta, sobando el filo: «Mis deseos de ir al frente se habían convertido en obsesión». Desfilaron a través de Londres al compás de una banda militar de instrumentos de viento. La instrucción armamentística consistió en disparar quince tiros. La orden de partir llegó tan de repente que no halló el momento de comunicárselo a sus padres. Cuando el tren hacia Southampton pasaba por una estación lanzó una breve nota por la ventana, dirigida a su madre. La nota llegó.

Después de tanto esperar Pollard se halla finalmente en el frente. Zapando. Los trabajos van por el segundo día. En el aire flota un olor a tierra y a hojas descompuestas. De pronto se oye un sonido «como de un tren expreso circulando a increíble velocidad», seguido de un estampido de tono metálico. La explosión despliega una nube ondulante y creciente de humo a unos pocos metros del terreno que se extiende frente a ellos. Pollard se apoya en la pala, mira con ojos «fascinados»:

*Me hallaba realmente bajo el fuego. El pulso me latía muy fuerte por la excitación. Una segunda granada siguió a la primera. Después cayó una tercera. Algo provocó un gran alboroto un poco más abajo de la línea. Algunos hombres corrían de aquí para allá. Alguien pasó corriendo pidiendo un médico. Un tiro certero. Teníamos nuestro primer herido.*

*Viernes, 13 de noviembre de 1914*

## WILLIAM HENRY DAWKINS SE HALLA A BORDO DEL ORVIETO ESCRIBIÉNDOLE A SU MADRE

Calor, brisas marinas. La vida a bordo del buque de transporte de tropas es deliciosa. Seguramente nunca haya disfrutado de tantas comodidades como ahora. Aunque William Henry Dawkins no sea más que un teniente recién licenciado, no deja de ser un oficial y, por tanto, se le ha asignado un camarote de primera clase para él solo en lo que hasta hace poco más de un mes era el barco más moderno y mejor de la compañía Orient. Así que dispone de ducha y bañera con agua caliente, y a pocos pasos se encuentra el hermoso comedor donde se sirven tres opíparas comidas al día: «La comida que nos dan es mejor que la que sirven en los mejores hoteles de Melbourne». El barco tiene incluso su propia orquestina, que toca para los pasajeros uniformados.

Lo único que enturbia ese paraíso es el tufo de los caballos abajo en la bodega. Y el calor, que va aumentando a medida que el *HMAT*<sup>27</sup> *Orvieta* y los demás buques del gran convoy cruzan el océano Índico rumbo al norte bajo un sol abrasador. Muchos de los soldados rasos, esperando estar más frescos, duermen de noche en la cubierta. Tras zarpar de Australia, Dawkins cumplió 22 años. Una fotografía tomada poco antes del embarque muestra a un joven de sonrisa dulce y rostro ovalado, nariz delgada y mirada despierta e inquisidora. Se está dejando bigote y, con indolente descuido, lleva la corbata de su uniforme al sesgo.

Pero aunque él y los demás oficiales vivan literalmente en camarotes de lujo, su existencia no está dominada por la pereza. Por lo general se levantan a las seis menos cuarto de la mañana, ocupando la jornada el entrenamiento físico, la instrucción de la tropa, las competiciones deportivas y los cursillos sobre materias como el boxeo o el francés. (El plan es enviarle a él, a los 20.000 australianos y a los 8.000 neozelandeses del convoy al frente occidental.)

*Le prochain train pour Paris part à quelle heure?*

Al principio la guerra estaba muy lejos.<sup>28</sup> Primero los buques navegaban con toda la iluminación de los tiempos de paz, lo que en el caso del bello crucero de lujo *Orvieta* significaba que de noche se encendían miles de bombillas de vivos colores. En cambio, ahora se tiene mucho cuidado en oscurecerlos; incluso está prohibido fumar en cubierta tras la puesta de sol por temor a los cruceros alemanes, que hacen corso por el Índico y que en sus fantasmagóricas incursiones de aquí para allá han llegado a hundir casi una veintena de buques mercantes aliados. Además, el convoy partió con retraso de Australia al conocerse que una escuadra de cruceros alemanes se hallaba en las inmediaciones.<sup>29</sup> Ahora navegan rumbo al noroeste, rodeados de una escolta de buques de guerra aliados; cuando Dawkins echa un vistazo por estribor ve el crucero japonés *Ibuki*, cuyas anchas chimeneas, por alguna razón, despiden un humo mucho más denso que el que flota por encima de las naves británicas o australianas. La visión del convoy, con sus 38 naves, resulta de lo más imponente. Este día Dawkins está en su camarote escribiendo una carta a su madre:



*Es maravilloso contemplar el poderío marítimo de Gran Bretaña. El enorme convoy navega hacia delante sin parar, a su propio ritmo y siguiendo el rumbo que le place. De vez en cuando aparece un barco aislado, como el correo Osterley, en su ruta de ida y vuelta a Australia. En cualquiera de los puntos cardinales y a cualquier hora del día se observan cruceros en cuyos mástiles ondea nuestra bandera.*

*Todo esto prueba el completo dominio que ejercemos sobre el mar. Hoy nos llegaron noticias de la caída de Tsingtao, por lo que tuvo lugar un bonito intercambio de cumplidos entre nosotros y el acorazado japonés.*

En realidad William Henry Dawkins iba a ser maestro. Su familia carecía tanto de dinero como de tradición académica (cuando él nació su madre era modista y su padre obrero), pero sus padres supieron ver que tenía buena cabeza para los estudios. Gracias a una beca pudo seguir estudiando en un internado de Melbourne. Con solo dieciséis años, Dawkins obtuvo una plaza temporal como maestro auxiliar<sup>30</sup> en una escuela que estaba a unos 40 kilómetros de su casa. Tal vez habría sido feliz dedicándose al magisterio (que le gustaba mucho), de no ser porque, casualmente, leyó en el periódico que se iba a inaugurar una academia de cadetes en Duntroom. Envío una solicitud, hizo las pruebas de acceso y, para su propia sorpresa, le admitieron.

El edificio de la academia de cadetes no estaba acabado cuando él y la primera hornada de aspirantes a oficiales se incorporaron. También el aspecto externo de la institución resultó bastante decepcionante: estaba en un lugar árido, frío y aislado, y los alumnos se alojaban en barracones de cemento de una sola planta austeramente amueblados. No obstante, la formación que recibieron fue buena, y el ambicioso Dawkins obtuvo la máxima nota, tanto en las asignaturas teóricas como en las prácticas. Pero era bajo de estatura, unos 167 centímetros aproximadamente, y de complexión enjuta, y es obvio que esta circunstancia, sumada a su talento para los estudios, conspiraron para llevarle hacia el tipo de actividades en las que el cerebro cuenta más que la fuerza bruta. La mayor parte de los 37 miembros de la promoción de 1914 solicitó plaza en infantería o en caballería, mientras que él y otro cadete de gran capacidad fueron destinados a las tropas de ingenieros. Probablemente, esa es el arma que congenia más con su temperamento: aunque Dawkins se alegre de formar parte del Cuerpo Expedicionario australiano y aunque él, al igual que todos los demás, aclamara con hurras los éxitos británicos, resulta obvio que no sufre la forma más agresiva de embriaguez bélica. La figura que se va perfilando a través de sus cartas es, por el contrario, la de un joven ambicioso, tranquilo y algo prudente, un maestro de escuela vestido de uniforme. Le gusta ir a misa, es el mayor de seis hermanos: las gemelas Zelma y Vida son las dos menores, Dawkins siempre se ha ocupado mucho de ellas y las quiere mucho.

A Dawkins el estallido de la guerra no le cogió completamente por sorpresa, dado que vino precedido de rumores. Por otro lado, fueron pocos los que se tomaron esos rumores en serio; si algo tenía que pasar, pasaría, literalmente, en las antípodas, y además solo afectaría a unos lugares extraños cuyos nombres muy pocos conocían y que aún menos sabían cómo pronunciar. Cuando finalmente les llegó la notificación y comprendieron que, de algún modo inescrutable, también su país se había visto arrastrado a aquella guerra, Dawkins y sus compañeros cadetes vivieron en la incertidumbre unas confusas jornadas. Porque ¿qué sería de ellos? ¡Si aún les quedaban cuatro meses

para acabar la carrera! Al final les comunicaron que los licenciaban con antelación para que pudiesen formar parte del Cuerpo Expedicionario que se estaba organizando. Muy contentos, hicieron las maletas y regalaron o vendieron aquellas pertenencias que les parecieron superfluas. La ceremonia de fin de curso se celebró con una emotiva cena en su honor. Y ahora, por fin, estaban en marcha.

Europa todavía queda muy lejos pero Dawkins ya ha visto algo de la guerra. O casi. Cuando hace cuatro días pasaron frente a las islas Coco, el convoy tomó la ruta del este en vez de la del oeste, más utilizada; pretendían evitar el riesgo de toparse con el más temido y reputado de los corsarios alemanes, el crucero ligero *Emden*.<sup>31</sup> Estas medidas de precaución resultaron justificadas porque, efectivamente, el *Emden* estaba al acecho. Un telegrama advirtió al convoy, y este lo envió al mayor de los acorazados que lo escoltaban. A las 10.25 el *Orvieto* recibió un mensaje: «Ataque al enemigo». Y a bordo, algunos pasajeros creyeron oír el retumbar de distantes cañonazos. Los disparos hicieron trizas el *Emden*, notablemente inferior, que luego embarrancó.

En estos instantes corren rumores de que los heridos y prisioneros de esta batalla naval de 25 minutos de duración serán llevados a bordo del buque donde se encuentra Dawkins, lo cual a él le llena de expectación y curiosidad. Se aproximan a Ceilán; allí espera poder echar la carta que está escribiendo a su madre. Finaliza así:

*Espero que te encuentres de veras muy bien. Yo estoy requetebién, y mi salud es perfecta. Espero de todo corazón que la tía Mary se recupere. Da mis mejores saludos a todos aquellos que quieran saber cómo estoy.*

*Aquí termino, espero con ansias encontrar tu carta cuando llegemos a Colombo. Cariñosos saludos a todos de Willie [y] xxxxxxxxxxxx a las niñas.*

*Jueves, 19 de noviembre de 1914*

## KRESTEN ANDRESEN REPASA SUS PERTRECHOS EN VISTAS A SU IDA AL FRENTE FRANCÉS

Uno tras otro los amigos de Andresen se han marchado. Como él se ha guardado muy bien de apuntarse voluntario ha podido permanecer en el cuartel todavía un tiempo, llevando una vida retraída e insegura en espera de lo inevitable. Sin embargo, que los demás se hayan marchado le afecta, el último de ellos ha sido su tocayo Thöge Andresen. A diferencia de Kresten, Thöge se ha alistado voluntario para servir en el frente. ¿La razón? Quiere «mostrar su hombría a través del bautismo de fuego». Y no es que Kresten Andresen no entienda la manera de pensar de Thöge y de los demás. En su diario escribe:

*Partir a la guerra, no por el oro ni los bienes, no por el honor ni por la patria, tampoco para perseguir la muerte del enemigo, sino para fortalecer mi carácter, fortalecerlo en cuanto a fuerza y a voluntad, en cuanto a temple, disciplina y costumbres. Por eso quiero ir a la guerra. Pero no pienso aprender voluntariamente esa lección, ya que opino que el objetivo puede alcanzarse por otros medios.*

*Andresen sabe que ya no puede faltar mucho. Pero agradece el tiempo extra que ha ganado.*

*Ayer les vacunaron contra el tifus y el cólera. Hoy les dan inyecciones contra la difteria. Repasa el inventario de su equipo, que ahora está completo:*

*Uniforme gris con rebordes rojos y botones de bronce.*

*Capote oscuro de paño de estameña.*

*Casco Pickelhaub con funda verde, R 86.*

*Gorra de uniforme gris.*

*Botas propias, compradas en Vejle.*

*Botas de cordones amarillas, del ejército.*

*Mochila de cuero de piel de ternera.*

*Cinturón belga amarillo.*

*Cartuchera ídem.*

*Tela de cuero y correas ídem.*

*Tienda de campaña y piquetas.*<sup>32</sup>

*Batería de cocina de aluminio.*

*Vasos ídem.*

*Cantimplora ídem.*

*Pala.*

*Guantes grises.*

*Bolsa de pan.*

*Dos botes para café.*

*Un bote para guardar grasa para armas.*

*La Ración de Hierro, consistente en dos bolsas con galletas, un bote de carne en conserva y un paquete de guisantes.*

*Dos vendas de primeros auxilios.*

*Fusil modelo 97.*

*Cordón para limpiar el fusil.*

*Dos jerseys de lana.*

*Dos camisas.*

*Dos pares de calzoncillos, uno de ellos azul.*

*Jersey grueso de color negro azulado.*

*Bufanda gris.*

*Un manguito.*

*Dos cinturones.*

*Dos rodilleras.*

*Un par de manoplas.*

*Una placa de identidad. ANDRESEN, KRESTEN K.E.R.R. 86.*

*Cuatro pares de calcetines, de los que un par son finos y calados (dádiva).*

*Capucha.*

*Brazal blanco para el combate nocturno.*

*Un paquete de sal con cinta de seda.*

*Medio kilo de jamón.*

*Medio kilo de mantequilla.*

*Un bote de manteca de fruta.<sup>33</sup>*

*El Nuevo Testamento.*

*Hjortens Flugt.<sup>34</sup>*

*Postales de campaña, 30 unidades.*

*Papel de carta.*

*Was für die Feldgrauen, Annisolie.*<sup>35</sup>

*Esparadrapo.*

*Avíos de coser.*

*Mapa.*

*Tres cuadernos de notas.*

*Una bandera danesa. (Falta de momento.)*<sup>36</sup>

*Bayoneta.*

*150 cartuchos con bala.*

*Medio kilo de carne de cerdo.*

*Una salchicha de tocino.*

*Un pan de munición.*

El bagaje pesa en total alrededor de 30 kilos, con lo cual (según anota Andresen en su diario) «hay de sobras». Los periódicos hablan de unidades de jóvenes estudiantes que han atacado Langemarck cantando *Deutschland, Deutschland, über alles*. El invierno está cerca.

El mismo día, el 19 de noviembre, Herbert Sulzbach escribe en su diario:

*A última hora de la tarde llega el correo, y entre otras cosas, recibo una dádiva de mi antigua escuela. Después nos leemos unos a otros los periódicos en voz alta. Entre tanto, en la batería se han dedicado a hacer más acogedoras las instalaciones. En los refugios subterráneos hay mesas y estufas y en uno incluso han puesto un piano.*

*Ahora llevamos un mes entero en esta posición. Diariamente intercambiamos saludos con los ingleses en forma de granadas, a la larga todo acaba convirtiéndose en un hábito.*

*Sábado, 28 de noviembre de 1914*

## MICHEL CORDAY ALMUERZA CON DOS MINISTROS EN BURDEOS

La tertulia consta de seis personas, que hablan de esto y de lo otro.

La conversación, sin embargo, se desliza constantemente hacia el tema de la guerra, tal es la fuerza de gravedad de este suceso. Comentan, por ejemplo, que existe una palabra para designar a una mujer que ha perdido a su marido («viuda») pero ninguna para designar a la mujer que ha perdido a un hijo. O que es muy posible que los zepelines alemanes alcancen y bombardeen París. O que en Londres han comenzado a colocar pantallas especiales en las farolas de las calles y que quien las ha ideado es el conocido coreógrafo Loie Fuller. O el asunto de la curiosa carta en cadena con unas plegarias que ha empezado a circular y en la que se exhorta al destinatario a copiar la plegaria que ha recibido y enviarla a otras nueve personas, porque de lo contrario «caerá la desgracia sobre ti y tus seres queridos».

Sí, es muy difícil eludir el tema de la guerra, máxime cuando dos de los caballeros sentados a la mesa forman parte del gobierno.

Uno es Aristide Briand, ministro de Justicia y veterano animal de la política donde los haya, hombre astuto y pragmático (algunos dirían oportunista), vagamente rojo y declaradamente anticlerical; la influencia del elocuente Briand en la política va en alza, y muchos de los otros ministros le envidian por el hecho de que él ya ha visitado el frente. También es él quien este mes ha lanzado una idea especial: puesto que la guerra parece haberse estancado en el oeste, ¿por qué no enviar un ejército francobritánico a otra parte, a los Balcanes, por poner un ejemplo? El otro es Marcel Sembat, ministro de Obras Públicas, abogado, periodista y uno de los dirigentes del Partido Socialista Francés. Ambos mencionados forman parte del gobierno de coalición que entró en funciones tras el estallido de la guerra. Que Briand entrase a formar parte del gobierno no ha sorprendido a casi nadie: es un arribista notorio, está acostumbrado al poder, a sus condiciones y oportunidades. El nombramiento de Sembat, en cambio, ha cogido a casi todos por sorpresa, especialmente a los radicales; en esa facción hay muchos que consideran el hecho una traición del mismo calibre que la cometida por los socialdemócratas alemanes al aceptar los créditos de guerra.<sup>37</sup>

A medida que avanza la conversación se va haciendo patente que ni siquiera los ministros saben con exactitud cuántos soldados hay en el ejército. Por un lado, debido a que los altos mandos —que con frecuencia muestran abiertamente su desprecio por los civiles en el poder— tienen fama de andarse con tapujos y, por otra, porque todavía no se ha puesto orden a los registros y plantillas del ejército tras la gran movilización de finales de verano y las colosales bajas sufridas durante el otoño, que culminaron en la batalla del Marne. (Cuántos han muerto es un secreto y lo seguirá siendo hasta el final de la guerra.) Tampoco hay ministro civil que ose alzar la voz contra los generales: en todos los países contendientes estos siguen gozando del estatus de infalibles superdioses. Sí se ha conseguido, sin embargo, presentar una estimación aproximada a partir de las cifras de las

cantidades totales de raciones de rancho que se sirven diariamente en el ejército. Partiendo de este dato se calcula cuántas botellas de champán habrá de distribuir el gobierno entre las tropas por Nochebuena.

Después del almuerzo Corday siente una pizca de aflicción tras ver a su antiguo ídolo Sembat tan a gusto en su nuevo papel de ministro, tan *encantado* con su título. Corday anota en su diario:

*Las excepcionales circunstancias le han permitido llegar a disfrutar de una posición de poder que él antes, por principios, rechazaba: pero cuán triste resulta ver a estos hombres ahora, verles viajar de aquí para allá en sus automóviles, ver lo estirados que van en sus trenes especiales, lo feliz y abiertamente que se regodean ejerciendo su poder.*

*Viernes, 11 de diciembre de 1914*

## KRESTEN ANDRESEN ES TESTIGO DEL SAQUEO DE CUY

Cuando salieron de Flensburg la ciudad estaba cubierta por una capa de nieve húmeda recién caída. El ritual era el de siempre: unas mujeres de la Cruz Roja le ofrecieron a él y a los otros soldados chocolate, pastas, nueces y cigarrillos a manos llenas y también metieron flores en las bocas de sus fusiles. Él agradeció las dádivas pero rechazó tajantemente las flores para su arma: «Aún no estoy listo para que me entierren». El viaje en tren duró 96 horas, de las cuales no fueron muchas las que pasó durmiendo; en parte debido al desánimo y la preocupación, en parte por mera curiosidad. Estuvo más que nada sentado mirando por la ventana de su compartimento (se libraron de viajar en vagones de ganado como muchos otros, menos mal) absorbiendo todo lo que veía con la mirada: los campos de batalla en torno a Lieja, en la que prácticamente cada casa aparecía manchada de hollín o rasguñada tras los duros combates de agosto (fue la primera gran batalla del frente occidental); el dramático paisaje y los numerosos túneles del valle del Mosa; las hermosas llanuras de un verde invernal del noroeste de Bélgica; el horizonte deshilachado por los fogonazos y los relámpagos de las explosiones; aldeas y ciudades completamente intactas por la guerra y sumidas en la más profunda quietud, y aldeas y ciudades gravemente marcadas por la guerra y llenas de sus espectros. Al final desembarcaron en Noyon, en el noroeste de Francia, y marcharon hacia el sur con claro de luna, siguiendo un camino por el que piezas de artillería, carros y automóviles habían pasado antes chirriando, todo mientras el fragor de lejanas explosiones iba aumentando de volumen.

El regimiento ocupa ahora posiciones a lo largo de un terraplén en las inmediaciones de la pequeña ciudad de Lassigny, en la Picardía. Para alivio suyo, Andresen ha podido constatar que, descontando una gran cantidad de fuego artillero,<sup>38</sup> desagradable pero inefectivo, este es un sector tranquilo. El servicio exigido no es demasiado duro: cuatro días en las embarradas trincheras, cuatro días de descanso. Todo es hacer guardias y esperar y, de vez en cuando, pasar una noche en vela rondando entre las líneas como escucha. Los franceses están a unos trescientos metros de allí. Los combatientes están separados por simples barreras de alambre espinoso,<sup>39</sup> además de por un campo llano en el cual se pudren las gavillas marchitas de la siega de 1914. Aparte de esto no hay nada más que ver. En cambio, sí hay mucho que escuchar: el «chi» y el «chu» de las balas de fusil, el «taterá-taterá» de las metralletas, el «pum-chiu-u-I-u-u-pum» de las granadas.<sup>40</sup> El rancho es excelente. Les dan dos comidas calientes al día.

Algunas cosas son mejores de lo que temía; otras peor de lo que esperaba. La Navidad se acerca, y Andresen siente añoranza de su hogar, añoranza que la acuciante falta de cartas de su familia profundiza y agrava. La pequeña ciudad donde están acantonados entre los servicios en primera línea se halla bajo casi constante fuego de granadas y por ese motivo sus habitantes la han ido abandonando. Hoy les han gritado la noticia de que abandonaban sus hogares los últimos franceses. Apenas habían salido de sus casas aquellos civiles cuando los militares alemanes entraron a saco.

La regla es que se coge lo que se quiere de los edificios abandonados y desiertos. Tanto los



campamentos de la retaguardia como los refugios de las trincheras están, por tanto, abigarradamente decorados con el botín de los hogares franceses, hay allí desde estufas de leña y camas mullidas hasta utensilios domésticos y bonitos tresillos.<sup>41</sup> (Los búnkeres suelen estar decorados con irónicas consignas. Una muy popular: «Los alemanes solo tememos a Dios y a nuestra propia artillería».) Cuando quedó claro que los últimos hogares estaban a punto de ser abandonados, se procedió según el orden de rigor: primero se permitió a los oficiales coger lo que quisieran, después a la tropa.

Andresen ha llegado allí junto con una decena de hombres, todos bajo el mando de un sargento mayor. Lassigny ofrece un panorama cada vez más deprimente. Donde antes se podían ver altas casas blancas con persianas en las ventanas ahora solo quedan informes montones ennegrecidos por la lluvia de grava, ladrillos y madera astillada. Por las calles se ven balines de *shrapnel* y fragmentos de metralla. Lentamente la pequeña ciudad de provincias queda demolida a ras de suelo. La iglesia es solo una carcasa acribillada y hueca. En su interior la antigua campana hace equilibrios sobre unas vigas que se han venido abajo, en cualquier momento se estrellará contra el suelo y se resquebrajará con un último y desafinado tañido. Sobre la fachada de la iglesia pende un gran crucifijo, partido en dos por el impacto de una granada. Andresen se conmueve:

*¡Qué cruel y brutal es la guerra! Se pisotean los más altos valores: el cristianismo, la moral, el hogar y la patria. A la vez vivimos en un tiempo en que no se hace más que hablar de la cultura. Te vienen ganas de perder la fe en la cultura y en [otros] valores si este es todo el respeto que merecen.*

Llegan hasta las casas recién abandonadas. El sargento mayor, que en lo civil es maestro, entra primero. Husmea afanosamente cada uno de los armarios y recovecos. Pero ahí no hay mucho que valga la pena. Ya lo han vaciado casi todo. El desorden es indescriptible. Andresen se queda un poco rezagado, con las manos en los bolsillos de sus pantalones, sintiéndose cada vez más desolado pero sin decir nada.

En el umbral de una tienda recién desvalijada les sorprende una mujer bien vestida aunque sin sombrero, llevando un chaquetón con cuello de piel. Se dirige a los soldados, les pregunta que dónde puede encontrar a su marido. Andresen dicen que no lo sabe y le sostiene la mirada. La de ella es oscura y a Andresen le cuesta distinguir si expresa desesperación o desprecio. Él, por su parte, se avergüenza, se avergüenza y desea con todas sus fuerzas poder «salir corriendo de allí» y esconderse muy lejos.

*Martes, 15 de diciembre de 1914*

## ELFRIEDE KUHR AYUDA A DAR DE COMER A LOS SOLDADOS EN LA ESTACIÓN DE SCHNEIDEMÜHL

Nubes escarchadas, nieve blanca, un frío que pela. Muchos de los niños más pequeños tienen tanto frío que ya no quieren seguir jugando a soldados. Elfriede, que es la mayor, encuentra un buen argumento para seguir con la instrucción de mentirijillas. Es cuestión de curtirse: «Bien mirado, las tropas que están en el frente tienen muchísimo más frío que nosotros». Sin embargo, el pequeño Fritz Wegner está muy acatarrado. Elfriede se ve obligada a sonarle la nariz cada dos por tres, lo cual ella considera algo muy por debajo de su dignidad de oficial del grupo.

Más tarde va a la estación de ferrocarril. Su abuela trabaja ahí casi cada día como voluntaria de la Cruz Roja. Por lo general colabora a la hora de dar de comer a los soldados que hacen un alto en el camino. Continúan rodando los trenes de transporte, noche y día: vagones cargados de jóvenes sanos que se van cantando hacia el frente del este y hacia las batallas que allí se libran todavía, de allí los vagones vuelven con hombres callados, sangrando. Este día van a llegar varios trenes-hospital, así que seguro que habrá mucho que hacer.

Elfriede también ayuda cuando —pese a que lo tienen prohibido— da de comer a los 300 trabajadores civiles que llegan en un tren de Prusia Oriental, donde han estado construyendo trincheras y otras fortificaciones. Observa cómo comen esos hombres hambrientos, taciturnos y temerosos de que les pillen: la sopa, el pan y el café; rápidamente se zampan los 700 bocadillos para después escabullirse de vuelta al tren que les aguarda. Elfriede ayuda a hacer más bocadillos a toda prisa. El embutido se ha acabado, así que untan el pan con manteca, y la sopa de garbanzos con tocino se tiene que aguar, pero cuando llega el tren con los heridos no reciben ninguna queja.

Al atardecer la mandan a comprar más embutido. Tiene que ir a dos carnicerías antes de poder reunir la cantidad necesaria. De vuelta se cruza con Gretel, una de sus amigas:

*Para protegerse del frío iba abrigada con tanta ropa que solo se le veían la nariz y los ojos azules. Le colgué toda una ristra de salchichas con ajo alrededor del cuello y le dije: «Ayúdame a cargarlas, así no enfermarás de gandería».*

*Las dos se ponen a ayudar en la estación de ferrocarril, cargando grandes cafeteras de un lado para otro. Hacia las diez de la noche reciben su recompensa: bocadillo de salchichón y sopa de garbanzos con tocino. Después se van a su casa, exhaustas pero muy satisfechas. Fuera ha empezado a nevar, profusamente. «Era bonito ver los copos de nieve girando en remolinos a la luz de las farolas de gas.»*

*Martes, 22 de diciembre de 1914*

## MICHEL CORDAY PRESENCIA LA SESIÓN DE APERTURA DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS EN PARÍS

El gobierno y los ministerios han regresado a la capital, y la cámara de los diputados se reabre. Como el alto funcionario de uno de los ministerios que es, Corday puede seguir la sesión desde uno de los palcos. No ha sido fácil organizarla. Una de las cuestiones que se han debatido, muy vivamente, hasta nivel gubernamental, es la de si se les permitiría a los diputados comparecer de uniforme —todos los que pueden quieren lucir un uniforme militar— o si todos deben vestirse de civil. Al final se decide imponer el uso obligatorio de levita.<sup>42</sup> Corday se espanta al oír los discursos y ver el efecto que tienen sobre los oyentes: «Ay, ¡cómo se deja hechizar por las palabras esta gente!». Observa que cuanto más afianza uno de esos charlatanes su decisión de aguantar «hasta el amargo final», más exagerados se vuelven sus gestos y su voz.

Más tarde, en los pasillos, se cruza con un hombre que ahora es asistente de un gran general pero que Corday conoce en la vida civil como director de la Opéra Comique. El hombre le cuenta que cada noche se quedan sin entrada unas 1.500 personas; tal es la afluencia de público. Y en los palcos se ven mayoritariamente mujeres de luto: «Vienen para llorar. Solo la música mitiga y alivia su dolor».

El hombre también le cuenta una historia de sus meses como oficial de Estado Mayor. Había una mujer que de ninguna manera quería separarse de su marido, un capitán, y lo siguió en su viaje hacia el frente. Estaba decidido que en Compiègne se irían cada uno por su lado, ya que él debía dirigirse a la línea de fuego, pero la esposa se negó con obstinación, sin dar su brazo a torcer. Desde luego, la prohibición de que los civiles visiten las zonas de combate incluye a las mujeres cuyos esposos están en primera línea, de hecho, las incluye específicamente; se considera que su presencia sería causa de distracción. (La única excepción la constituyen las prostitutas, a las que se les otorga salvoconductos especiales para ejercer su oficio; circunstancia que, al parecer, es aprovechada por algunas mujeres muy desesperadas que encuentran así un modo de ponerse en contacto con sus maridos.) El mando dictaminó que en un caso como este no quedaba otra solución que cancelar el servicio en el frente del capitán y enviarlo de vuelta al lugar donde le movilizaron. ¿Qué hizo entonces el hombre ante tal amenaza? Asesinó a su esposa.

*Sábado, 26 de diciembre de 1914*

## WILLIAM HENRY DAWKINS LE ESCRIBE A SU MADRE A LOS PIES DE LAS PIRÁMIDES

De expectación a hastío, y de desencanto a expectación otra vez: así han sido los altibajos emocionales de las tropas australianas que viajan en el gran convoy con destino a Europa; o, por lo menos, hacia lo que ellos creían que sería Europa. Cuatro semanas y pico en alta mar han podido con gran parte del entusiasmo inicial, al tiempo que muchos de los jóvenes soldados, que nunca han estado apartados de sus familias tanto tiempo, sienten ya una gran añoranza de sus hogares. (El servicio postal, explicablemente, es irregular y poco fiable.) El aburrimiento a bordo aumenta por momentos; el agua se acaba en medio de un calor cada vez más sofocante, y cuando les anuncian que tampoco en Adén bajarán a tierra, el descontento se vuelve general. Tampoco es menor la decepción cuando, unos días más tarde, les comunican que se interrumpe el viaje y que todo el cuerpo, en vez de ir a Europa, desembarcará en Egipto. Muchos, como Dawkins, contaban con pasar las Navidades en Inglaterra.

El principal motivo del cambio de planes fue la entrada en la guerra del Imperio Otomano. Desde un primer momento los aliados temieron que este nuevo enemigo atacara un punto estratégicamente tan importante como el canal de Suez, así que obligando a las tropas australianas y neozelandesas a atracar en Egipto se creaba una considerable fuerza de reserva para ser utilizada en caso de que ocurriera lo peor. Además, los que gobernaban desde Londres planeaban aprovechar la guerra para convertir Egipto,<sup>43</sup> nominalmente parte del Imperio Otomano, en un protectorado británico, por lo que esos 28.000 soldados irían muy bien si esa circunstancia provocaba alborotos, quejas y protestas entre los egipcios.<sup>44</sup>

El anuncio de que van a desembarcar en Egipto también desilusiona lo suyo a William Henry Dawkins, pero no tarda en recuperarse de su decepción al descubrir las ventajas de lo ocurrido. Su gran campamento se halla literalmente a los pies de las pirámides, está bien organizado, tiene abundante comida y su propio abastecimiento de agua, además de sus propias tiendas, su propio cine y su propio teatro. El clima es de lo más agradable para la estación. A Dawkins le recuerda la primavera del sur de Australia pero con menos viento y lluvia. Además, un tren local va y viene de la frenética ciudad de El Cairo, que solo está a unos quince kilómetros de distancia. El tren suele ir repleto de soldados ávidos de entretenimiento, y con frecuencia se ven pasajeros sentados sobre los techos de los vagones. De noche las calles de la inmensa ciudad están llenas de soldados australianos, neozelandeses, indios y británicos.

Dawkins comparte una gran tienda de campaña con cuatro oficiales de menor grado que él. Cubren el suelo de arena vistosas alfombras, hay camas, sillas y una mesa con mantel. Cada uno tiene guardarropa y estantería propios. Junto a la tienda hay una bañera. En las cálidas noches unas bujías y la zumbante llama de una lámpara de acetileno iluminan la tienda. Este día Dawkins se encuentra ahí sentado escribiéndole a su madre una vez más:

*Ayer fue Nochebuena, y nuestros pensamientos estaban en Australia. Algunos de mi grupo se dieron un fabuloso banquete de alrededor de seis platos. Decían que con solo cerrar los ojos ya estaban en casa. Tenemos muchas orquestinas por aquí, y al alba de ayer tocaron villancicos. Madre, ¿quién iba a imaginar que celebraríamos las Navidades a los pies de las pirámides? Bien mirado, es muy extraño.*

*Lo que les espera después no lo sabe nadie. Ocupan el tiempo haciendo instrucción y cursillos, cursillos e instrucción. Por el momento Dawkins y sus soldados ingenieros se ejercitan en la excavación de trincheras y galerías subterráneas, tarea nada fácil en la inestable arena del desierto. Dawkins da frecuentes paseos a caballo. Y aunque la larga travesía le ha hecho perder la crin y el pelo, su montura está bien de salud. Dawkins concluye su carta:*

*Bueno, mamá, aquí termino esperando que hayas pasado unas felices Navidades y que hayas recibido mi telegrama.*

*Siempre tu hijo afectísimo, Willie.*

*Xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx a las niñas.*

El mismo día, el 26 de diciembre, el batallón de Herbert Sulzbach es trasladado a la Champaña. La nieve se derrite pero hace frío. En su diario anota:

Desde Ripont subimos por empinadas pendientes sobre un terreno medio congelado hasta nuestra nueva posición de fuego, en la cual nos instalamos a las 6.00 horas. Y así es nuestro día de San Esteban, nuestro «segundo día de Navidad». Los avantrenes se quedan al fresco en la noche escarchada, nosotros junto a los caballos, pero nos vamos relevando para calentarnos en los refugios del 16.º, a cuyo 2.º Batallón pertenecemos ahora (8.º Cuerpo de Reserva del Ejército). La Navidad de 1914 se acabó.



El *SMS Helgoland*, el buque de Richard Stumpf: «En este día de otoño la diana suena ya a las cuatro de la madrugada. El barco y su tripulación se desperezan para hacer frente a una mañana de

frenética actividad.» Fragmento 7 (Fuente: Bundesarchiv)



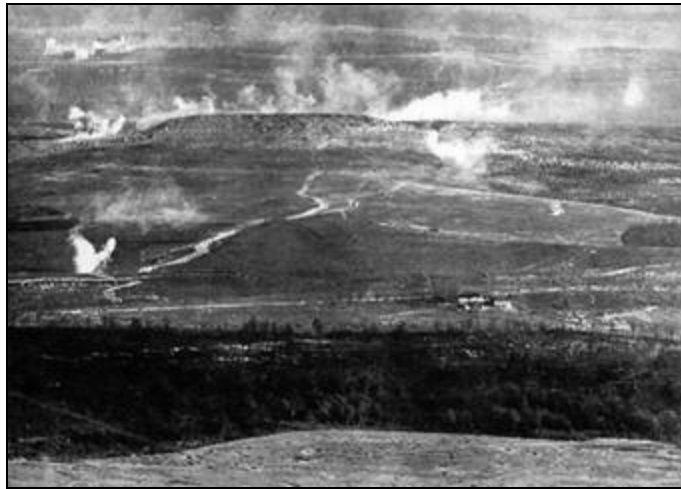
Una columna de soldados de infantería belgas en la playa de Le Panne, 17 de octubre de 1916: «Coppens se halla en esa franja de territorio belga trufada de trincheras, que no ha sido ocupada y que se extiende desde Nieuwpoort, a orillas del canal de la Mancha, hasta Ypres y Messines, en la frontera francesa.» Fragmento 38 (Fuente: SPA)



Vista panorámica de Kiel, con la base naval al el fondo, 1914: «Cuando fondean en Kiel ya ha anochecido. Stumpf constata que se han empezado a relajar las antes tan estrictas normas para el oscurecimiento del barco.» Fragmento 65 (Fuente: Ullstein)



*Sanctuary Wood* en octubre de 1914: «Los alemanes han detonado una gran mina bajo las líneas británicas en un bosque de Zillebeke, a las afueras de Ypres, conocido como *Sanctuary Wood* por los británicos y, a continuación, han tomado el enorme cráter lleno de cadáveres resultante de la explosión.» Fragmento 60 (Fuente: IWM)



El Fuerte Douaumont en Verdún bajo fuego intenso, 1 de abril de 1916: «Arnaud se derrumba con la cabeza entre las rodillas. “*Estaba en el campo de batalla de Verdún al tiempo que apenas era consciente de este hecho*”.» Fragmento 101 (Fuente: Ullstein)



Una calle de Lens: «Bajan los proyectiles silbando de todas partes. Un objeto especialmente contundente le da a una casa situada un trecho enfrente de Andresen, y él ve cómo la mayor parte del tejado se levanta una decena de metros en el aire.» Fragmento 68 (Fuente: Bundesarchiv)



Portadores de agua en Zonnebeke, agosto de 1917: «Subiendo por la carretera hacia Zonnebeke se apretujan enfangados soldados canadienses entre camiones, cañones y asnos cargados de munición.» Fragmento 172 (Fuente: Ullstein)





Un puente demolido en Villers-Cotterets, septiembre de 1914: «Cuando este día alcanza él su destino le comunican que el regimiento sigue allí, en Villers-Cotterets. Un camión con carne le lleva el último trecho.» Fragmento 205 (Fuente: IWM)



Escena en una playa de Boulogne, mayo de 1918: «Por la tarde Cushing está ya de vuelta en el gran chalet de la playa donde ahora se alojan. A través de la ventana abierta entra a raudales el cálido aire primaveral. Su vista se extiende por el canal de la Mancha.» Fragmento 197 (Fuente: IWM)



Péronne, finales de marzo de 1918: «En estos momentos Pollard viaja en tren en dirección a Péronne, donde espera que alguien del batallón le reciba. Tirita de frío y sigue mortificado por las pesadillas febriles.» Fragmento 221 (Fuente: Ullstein)



Marineros congregándose en vistas a una manifestación en Wilhelmshaven, principios de noviembre de 1918: «En honor de este día Stumpf se pone el uniforme de gala. Después se une a los demás para ir a la manifestación. La actitud de los oficiales indica que los marineros podrían salir triunfantes.» Fragmento 225 (Fuente: Ullstein)

Las experiencias personales de esto que llamamos guerra consisten, en el mejor de los casos, en reavivar los recuerdos de un sueño casi incomprensible y confuso. Algunos sucesos individuales destacan con más nitidez que otros, con la claridad que les confiere la fiebre del peligro de muerte. Después, incluso las situaciones más peligrosas se vuelven cotidianas y los días parecen pasar sin contener nada de interés, a excepción de la permanente proximidad de la muerte. Pero también esa idea, por mucho que se destacase al principio, acabamos reprimiéndola, ya que de tan omnipresente se vuelve anodina.

# Cronología

1/1 Se inicia la tercera batalla de Varsovia, que acaba siendo una victoria marginal para los rusos. ENERO Prolongadas batallas en Galitzia y los Cárpatos entre rusos y austríacos; duran hasta abril. 4/1 Se interrumpe la ofensiva otomana del Cáucaso tras el desastre de Sarikami. 14/1 Tropas británicas invaden el sur del África del Este alemana. 3/2 Tropas otomanas asaltan el canal de Suez. El ataque resulta fallido. 8/3 Ofensiva británica en Neuve Chapelle que dura una semana. Insignificantes logros. 22/3 La ciudad de Przemyśl, en Galitzia, capitula ante sus sitiadores rusos. 25/4 Fuerzas británicas desembarcan en la península de Galípoli con el objetivo de abrir el Bósforo. ABRIL En el Imperio Otomano se inician extensas masacres de armenios. 28/4 Se inicia una gran y victoriosa ofensiva germanoaustríaca en el este. 7/5 El buque americano de pasajeros *Lusitania* es torpedeado por un submarino alemán. 23/5 Italia le declara la guerra a Austria-Hungría, invade el Tirol y Dalmacia. 23/6 Se inicia la primera ofensiva en el Isonzo. Logros muy modestos. 9/7 Capitulación del África del Este alemana. 15/7 Rusia inicia una vasta operación de retirada en el este. 18/7 Se inicia la segunda ofensiva italiana en el Isonzo. Insignificantes logros. 5/8 Tropas alemanas ocupan Varsovia. 19/9 Se inicia la invasión germanoaustríaca de Serbia. 25/9 Se inicia una gran ofensiva francobritánica en occidente. Logros modestos. 26/9 Comienzo del avance de un cuerpo expedicionario británico por el curso del Tigris. 3/10 Desembarca en Salónica un ejército francobritánico para ayudar a los serbios. 9/10 Cae Belgrado. Comienza el desmoronamiento serbio. 11/10 Bulgaria declara la guerra a Serbia invadiéndola poco después. 18/ 10Se inicia la tercera ofensiva del Isonzo. Ningún logro. 10/ Se inicia la cuarta ofensiva del Isonzo. Logros modestos 22/11 La batalla de Ktesifon. El avance británico hacia Bagdad se interrumpe. 5/12 El cuerpo de ejército británico que no pudo tomar Bagdad es sitiado en Kut al-Amara. 10/12 Se inicia la evacuación de las fuerzas aliadas en la península de Galípoli.

*Domingo, 17 de enero de 1915*

## RICHARD STUMPF LIMPIA LA CUBIERTA DEL ACORAZADO *HELGOLAND* FRENTE A LA ISLA DE HELIGOLAND

Un mar frío y plomizo. La expectante tensión se ha deshecho en un bostezo. Ni una sola vez han entrado en combate, ni una sola vez han visto al enemigo. Durante la batalla naval frente a las costas de Helgoland de finales de agosto *escucharon* el distante fragor de los cañones pero nunca tuvieron la ocasión de intervenir. Stumpf lo califica de «día funesto» para él y para el resto de la tripulación. La situación más próxima a un combate que han vivido fue cuando, el día de Navidad, *oyeron* el ruido de los globos dirigibles británicos. Debido a que el *SMS Helgoland* estaba envuelto en una espesa capa de niebla no les atacaron, pero a poca distancia de ellos uno de los zepelines soltó sus bombas contra un crucero y un carguero consiguiendo que se declarara un incendio en uno de los dos. El buque de Stumpf disparó en la dirección de donde provenía el ruido, a ciegas, claro, y precisamente por eso, tanto mayor era su vehemencia.

No es cuestión de que el *SMS Helgoland* ni los otros buques de la Flota de Alta Mar alemana se escabullan. La estrategia de esta consiste en elegir a conciencia las batallas que quiere librar contra la numerariamente muy superior Real Armada Británica. Son los submarinos los encargados de realizar el trabajo sucio y cotidiano de estrangular los suministros a las islas británicas y así debilitar poco a poco al adversario.<sup>45</sup>

Hasta ahora las batallas navales no han sido ni grandes ni impresionantes; los almirantes de ambos bandos son vivamente conscientes de que podrían perder esta guerra en una sola tarde. La falta de triunfos en el mar, sin embargo, se ve compensada en Alemania por otros relatos. Al estallar la guerra la Marina alemana tenía desperdigados por los siete mares unos escuadrones ligeros que, por lo general, se hallaban en las proximidades de alguna de las colonias del Segundo Reich. Muy pronto se iniciaron una serie de juegos del gato y el ratón entre estos escurridizos corsarios y los pesados vapores de la Armada británica.<sup>46</sup> Así pues, hasta la fecha, la Flota de Alta Mar alemana se ha contentado con patrullar sus propias aguas a fin de proteger su país de desembarques enemigos, amén de realizar esporádicos ataques puntuales contra la costa inglesa del mar del Norte.<sup>47</sup>

Desde las Navidades el acorazado *Helgoland* ha estado patrullando cada dos días, una tarea fatigosa que a menudo comporta pocas horas de sueño. Para colmo, es de una monotonía apabullante. Stumpf anota en su diario: «No ocurre nunca nada digno de mención. Si yo cada día anotara mis tareas siempre pondría lo mismo».

También este día está dominado por la rutina.

Primero Stumpf y los otros marineros friegan la cubierta. A continuación pulen todos los detalles de bronce hasta dejarlos como el oro. Finalmente, se pasa una pedante revista a los uniformes. Sobre todo esto último saca de quicio a Stumpf. En su diario escribe:

*Pese a que debido a la escasez de lana no hemos podido sustituir las prendas gastadas del almacén, el jefe de División<sup>48</sup> se dedica a examinar cada arruga y cada mancha de nuestros uniformes. Cualquier intento de explicación es rechazado siempre con la misma frase: «¡Nada de excusas!». ¡Por el amor de Dios, actitudes como esta me hacen aborrecer la Marina! La mayoría ya no se inmuta. Nos contentamos con pensar que no todos los oficiales son de esa manera.*

*Stumpf hace de tripas corazón durante la «odiosa revista» pero para sus adentros ruega que aparezca un aeroplano enemigo y «suelte una bomba sobre la coronilla del viejo». También se consuela pensando en que esa tarde libra.*

*Entonces llega una orden. El acorazado Helgoland tiene que dar media vuelta hacia Wilhelmshaven para ir a dique seco. «Mierda —escribe—. Otro domingo fastidiado.» La guerra sigue desafiando las expectativas de Stumpf. La tarde se pierde en complicaciones con las esclusas. En el azulado crepúsculo se interrumpen los intentos de seguir adelante, y echan amarras para pernoctar.*

*Viernes, 22 de enero de 1915*

## ELFRIEDE KUHR RECIBE EN SCHNEIDEMÜHL LA VISITA DE UN APRENDIZ DE PANADERO

Es tarde. Suena el timbre de la puerta. Elfriede abre. Afuera, en medio de la helada noche invernal, está el aprendiz de panadero, vistiendo su ropa blanca de trabajo, calzado con zuecos, rebozado de arriba abajo en el polvillo de la harina. Le alarga un cesto tapado. Dentro hay panecillos recién salidos del horno, todavía calientes. Les suelen llevar el pan fresco cada mañana pero esto, ¿a qué viene? Si es de noche. El mozo suelta una carcajada: «No, ya no, señorita». Y le explica que debido a las nuevas restricciones estatales en lo que respecta al uso de harina ya no está permitido hacer pan de noche, cosa que a él no le apena en absoluto: ahora podrá dormir como las personas normales. Después se aleja con prisa; a gritos le dice: «¡Es por la guerra!».

A su abuela le parece muy bien. De todos modos, los alemanes comen demasiado pan. En los periódicos se leen severas advertencias contra el uso de cereales como forraje para el ganado: «Quienquiera que alimente a animales con grano comete un pecado contra la Patria y puede ser castigada por ello». El sustento de la población alemana está a las puertas de un cambio radical: en lugar de que las calorías pasen dando un rodeo por el sistema digestivo de los animales de consumo humano hay que aumentar el consumo en su forma original, la vegetal. (Comiendo cereales se obtienen cuatro veces más calorías que si estos primero tienen que convertirse en carne.) Las verduras, y no la carne, dominarán la mesa alemana del futuro. En esta región dos tercios de los habitantes son labriegos. Pero eso no significa que todos vivan en las mismas condiciones. Los labrantines y los obreros agrícolas ya han empezado a notar los malos tiempos, mientras que los grandes agricultores se las apañan la mar de bien. Elfriede ha oído hablar de granjeros ricos que, pese a todas las prohibiciones, han seguido dando grano a sus vacas y caballos; eso se nota en las carnes que echan y en el pelo, que se les ve muy brillante.

No, a los grandes agricultores y a los terratenientes todavía no les afecta la guerra:

*Cada mañana para desayunar se comen uno de esos maravillosos panes blancos, a veces con pasas y almendras dentro, acompañado de huevos, salchichas, queso, jamón y oca ahumados, una variedad de mermeladas y confituras y quién sabe cuántas cosas más. Aquel a quien le apetece leche fresca se la toma, a quien le apetece café o té se lo sirven. En el té hasta echan cucharadas enteras de gelatina de fruta.*

Pero la indignación y la envidia que las costumbres de los granjeros ricos provocan en Elfriede abarcan hoy una punzada de mala conciencia. También ella peca contra la Patria, al menos, en cierto sentido. Elfriede siente una gran debilidad por los caballos y, a veces, cuando se cruza con uno saca a escondidas la manzana o el trozo de pan que se esté comiendo y se lo da al animal. Sin embargo, ya

no se ven tantos caballos como antes de la guerra; los que no se precisan para las labores del campo han sido requisados por el ejército.



*Sábado, 23 de enero de 1915*

## HERBERT SULZBACH SE VE EXPUESTO AL FUEGO ARTILLERO FRANCÉS EN RIPONT

Acaba de nevar. Cuando el fuego artillero cesa alguna vez el paisaje blanco y ondulado tiene algo de apacible, casi idílico. El problema es que eso no sucede a menudo. Lo normal son las constantes explosiones.

Desde hace un par de semanas los franceses están efectuando avances por diversos puntos de esta parte del frente occidental: en Argonne, en Alsacia y aquí, en la Champaña. Aunque los logros franceses hayan sido muy moderados, se acompañan del peor fuego artillero jamás visto por Sulzbach hasta la fecha. Y con frecuencia el fuego ha sido dirigido hacia el lugar donde están emplazadas sus piezas, que actualmente es un colador lleno de hoyos de granadas. De momento, sus cañones de 7,7 cm, convenientemente atrincherados, se han salvado. La antigua costumbre de colocar a los caballos de tiro y los avantrenes en las inmediaciones de las piezas ha tenido que desecharse, obviamente. Pero como los traslados se han vuelto cada vez más inusuales, no importa. En las líneas posteriores se ven hileras de destartaladas chabolas y cuadras levantadas a toda prisa que, a medida que pasa el tiempo, van adquiriendo un cariz más estable.

Al igual que la guerra misma. Sulzbach es uno de los cientos de miles que salieron en desfile de sus ciudades convencidos de que todo el asunto habría concluido en unas pocas semanas —de ahí la prisa enmascarada de entusiasmo—, pero por Año Nuevo no tuvo más remedio que constatar decepcionado que distaba mucho de vislumbrarse el final. Esto, además de las granadas, el frío, la humedad, y sobre todo el barro, que se mete por todas partes y en cualquier sitio y todo lo cubre, le ha hecho perder su buen humor. Sulzbach ya no canturrea tanto como antes. Se ha hecho cargo de un perro abandonado: una pequeña hembra blanca de raza mestiza. Otra de las bendiciones es su amigo Kurt Reinhardt. Con él puede conversar sobre cualquier cosa.

Este día los franceses los someten una vez más a un intenso fuego artillero. Desconfiando de sus recién construidos refugios subterráneos o solo por el temor de que los entierren vivos, prefieren salir al aire libre y echarse boca abajo sobre el barro helado. Los estampidos, las ondas expansivas y los gases liberados por las explosiones se levantan en torno a ellos desde los cuatro costados. Más tarde anota en su diario:

*Por suerte, no podemos pensar demasiado, pero a la que tienes un poco de tiempo para hacerlo siempre te imaginas marchando triunfante de vuelta al cuartel de tu regimiento, allá en tu ciudad. Aunque no es hora de flaquear, ahora somos «soldados veteranos» pero ¿acaso volverá haber una verdadera paz algún día?*

*Unos cuantos soldados más de la batería han resultado heridos, y dos de los caballos están muertos.*



*Miércoles, 3 de febrero de 1915*

## MICHEL CORDAY CONOCE A UN HÉROE EN PARÍS

Un nuevo almuerzo. El invitado más ilustre de la reunión es, sin duda, el célebre escritor, aventurero, viajero y miembro de la academia Pierre Loti,<sup>49</sup> y el más excéntrico un tal teniente Simon, en la vida civil profesor de francés en Inglaterra y traductor. Traductor, sí: Simon ha traducido *un* libro del inglés al francés, pero no ha resultado nada popular, por la sencilla razón de que versa sobre un alemán (Goethe). Pese a sus escasos méritos literarios el teniente defiende su lugar en el cenáculo. Es nada menos que veterano de la batalla del Marne, donde perdió un ojo y fue herido en un brazo. Al otro lado de los cristales: el viento cortante de París.

La batalla del Marne aparece envuelta en una aureola especial. El motivo es, en parte, obvio: fue en esa ocasión cuando las aparentemente incontenibles tropas alemanas fueron contenidas, París se salvó y se logró eludir una inminente derrota. (Además, el triunfo del Marne ha servido para tapar un chasco realmente grande, es decir, la fracasada y singularmente costosa ofensiva contra la Lothringen alemana en la fase inicial de la guerra.) Y aún existe una razón más: el simple hecho de que el campo de batalla sea totalmente accesible. Lo normal es que las zonas de combate sean zonas herméticamente reservadas, a las que ningún civil tiene acceso y para las que incluso una conferencia telefónica requiere un permiso especial. (Hasta los altos políticos se topan con obstáculos cuando quieren visitar el frente, cosa que les gusta mucho, ya que causa buena impresión y les da la oportunidad de vestir originales creaciones de corte parecido a un uniforme. Una vez que Briand visitó el frente algunos lo tomaron por el chófer del grupo.) En cambio, los lugares donde se libró la batalla del Marne están abiertos a cualquiera y se encuentran, además, a una cómoda distancia de París. Por eso se han convertido en un destino popular para hacer excursiones. La gente se desplaza hasta allí, recoge los restos de los combates que todavía cubren profusamente el campo de batalla y luego se los llevan a su casa como recuerdo: cascos Pickelhaub, gorras, botones, cápsulas de cartucho, fragmentos de granada, balines de *shrapnel*. Y quien no pueda o a quien no le apetezca hacer la excursión puede comprar auténticos *souvenirs* en ciertos mercados de París, hay cestos repletos de objetos recién cogidos.

El teniente Simon empieza a describir sus vivencias durante la batalla y lo que sucedió cuando fue herido. Para gran consternación suya, Corday se da cuenta de que los otros comensales se distraen y casi dejan de escucharle por completo. Hay ya inflación de héroes y de dramáticos relatos de la guerra. Corday recuerda a un oficial a quien le amputaron las dos piernas y dijo: «Sí, en estos momentos soy un héroe. Pero dentro de un año no seré más que un tullido más».

Sigue siendo imposible decir que se desea la paz. Los que escuchan comentarios de este tipo responden invariablemente con abucheos: «¡Escandaloso!». Los restaurantes vuelven a estar llenos de gente.<sup>50</sup>

*Sábado, 6 de febrero de 1915*

## WILLIAM HENRY DAWKINS LE ESCRIBE A SU MADRE AL PIE DE LAS PIRÁMIDES

«Mi querida madre —comienza—, por desgracia no hemos recibido cartas esta semana debido a que faltan vapores correo.» Ciertamente, el correo de las tropas australianas destinadas en Egipto es muy caprichoso. Hace tres semanas tanto él como los demás recibieron la correspondencia que habían estado esperando desde noviembre: 176 sacos. Antes de eso, nada. Lo que llegó ese día, demasiado (algunos apenas tuvieron tiempo de responder todas sus cartas). Ahora, otra vez nada.

Dawkins ha obtenido, por fin, noticias sobre cómo están las cosas en su casa: sabe ahora que todos están bien de salud; que su madre ha llevado a las gemelas al dentista; que las flores que intentó enviar a una amiga, por desgracia, no llegaron; que los precios han subido en Australia. Por su parte, él está de bastante buen humor. Aunque ha empezado a cansarse, tanto de la situación como de Egipto; continúan las incesantes instrucciones y han vivido su primera tempestad de arena. Todavía no saben qué ocurrirá a continuación, si proseguirán rumbo a Europa o si se quedarán en Egipto.

La guerra se va aproximando lentamente, pero aún no se encuentra a una distancia ni audible ni visible. Hace una semana aviones de reconocimiento británicos detectaron unidades otomanas que se movían por el desierto del Sinaí en dirección al canal de Suez, y hace tres días tuvo lugar el ataque que esperaban ansiosamente desde hacía tiempo. Se enviaron dos batallones australianos de infantería de refuerzo al punto más amenazado, Ismailia, y enseguida lograron hacer retroceder a los atacantes.<sup>51</sup> Dawkins, y muchos con él, sienten bastante envidia de los que marcharon hacia el canal, y en los comentarios que le hace a su madre se adivina cierta dosis de la filosofía de la raposa:

*Ha habido bastante jaleo en el canal, aunque tú en casa ya lo sabrás, sin duda, por los informes y demás cosas que se publican allí. El jueves fue un día memorable para nosotros, puesto que partieron las primeras unidades destinadas a la defensa del canal. Eran los Batallones 7.º y 8.º. William Hamilton<sup>52</sup> está en el 7.º y también mi antiguo jefe, el comandante McNicholl [sic]. Todos les tenían envidia pero yo no creo que disfruten de los días que pasen allí ya que resulta monótono esperar a los turcos, quienes, sin lugar a dudas, no tienen madera de buenos soldados.*

Por su parte, Dawkins ha dedicado la mayor parte del tiempo a construir, derribar y transportar pontones.<sup>53</sup> Hoy, en cambio, les han dado el día libre. Junto con un oficial colega suyo han cabalgado hasta la antigua Menfis, ciudad en ruinas. Lo que más le impresionan son las dos estatuas gigantes de Ramsés II. En su carta escribe: «Estaban magníficamente esculpidas y deben de haber necesitado montones de años para acabarlas.» Ahora anochece y él está sentado en su tienda:

*Seguramente cuando recibas esta carta ya habréis pasado la peor parte del verano. Espero que tras la cosecha se vuelva más barato adquirir productos como trigo y harina. Estoy bastante cansado, así que, por ahora, termino enviando cariñosos saludos a todos de vuestro Will [y] xxxxxxxxx a las niñas.*

*Viernes, 12 de febrero de 1915*

## FLORENCE FARMBOROUGH REPASA EN MOSCÚ SU ROPA DE VIAJE

Ahora ya lo tiene todo superado: los seis meses en un hospital militar privado de Moscú, los perseverantes estudios para sacarse el título de enfermera —la parte de prácticas la dominaba bien; lo que le costó fue la teoría, impartida en un ruso complicado—, la graduación, la ceremonia de clausura en una iglesia ortodoxa —donde el sacerdote tuvo problemas en pronunciar su nombre: «Floronz»—, sus intentos de que aceptasen su solicitud de servir en el nuevo hospital de campaña móvil número 10 —lo que consiguió gracias, una vez más, a la intervención de su antiguo patrón, el célebre cirujano cardiólogo—.

Farmborough escribe en su diario:

*Estoy en plenos preparativos para mi marcha. Me siento muy impaciente por partir, pero todavía queda mucho por hacer, y la unidad en sí todavía no ha entrado en funcionamiento del todo. Mis uniformes de enfermera, delantales y cofias ya están terminados, y me he comprado una chaqueta de cuero negro con forro de franela. Hace conjunto con ella un grueso chaleco de piel de cordero, para el invierno, cuyo nombre en ruso, duschegreyechka, significa «calienta-almas». He oído decir que nuestra unidad estará estacionada en el frente ruso-austríaco de los Cárpatos y que tendremos que montar a caballo; así que he añadido a mi guardarropa unas botas altas y pantalones de montar de cuero negro.*

*Sábado, 13 de febrero de 1915*

## SOPHIE BOCHARSKI VUELVE A VER EL CEMENTERIO DE GERARDOVO

Escarcha, cielo encapotado de invierno. Comprenden que la batalla ha terminado porque el estruendo de las explosiones está menguando y el flujo constante de heridos también. Una semana de trabajo casi ininterrumpido ha llegado a su fin. Bocharski y las demás enfermeras están rendidas. Su jefe lo sabe perfectamente y le da a ella y a otro par de enfermeras un cometido que las alejará del improvisado hospital. Deberán dirigirse a la 4.<sup>a</sup> División, que está en las inmediaciones, para repartir regalos entre los soldados, los cuales han llegado por correo enviados por particulares desde Rusia y que durante los combates han quedado amontonados en un rincón.

Un automóvil las espera. Suben a él y se ponen en marcha. La helada carretera las conduce fuera de la pequeña ciudad. Pasan por delante del cementerio militar que Sophie vio el día en que por primera vez llegó a Gerardovo. Observa que ha aumentado tres veces de tamaño, que se ha convertido en «un bosque de cruces de madera». No se sorprende.

Ha pasado una semana y con ella toda una era para esos muertos y, en cierto sentido, también para ella. Antes solo era una entre muchas jóvenes de clase alta, inexpertas, idealistas y algo arrogantes, que, ebrias de patriotismo y ardor bélico, se habían presentado como voluntarias para servir en la asistencia sanitaria. Y eso que donde ella estaba el estallido de la guerra no se recibió con júbilo, precisamente. Sophie recuerda al hombre que llegó al galope hasta la cancela de su finca para entregar un papel. Recuerda que a la mañana siguiente se llevaron los caballos al pueblo muy temprano para seleccionar a los más capaces para servir en la guerra. Recuerda que los mozos de la finca, vestidos de domingo, bajaron cantando por el camino y que sus madres y esposas caminaban junto a ellos; que las mujeres, para mostrar su dolor, se echaban los delantales por encima de la cabeza una y otra vez, y que sus quejumbrosas voces se elevaban y se hundían en el aire de finales del verano. Recuerda haber extendido la vista por el valle, el río y el inmenso bosque, y que en todos los caminos se veían grupos de gente, caballos y vehículos en marcha, todos yendo en la misma dirección: «Hasta donde alcanzaba la vista había tal cantidad de gente que era como si la tierra misma hubiese cobrado vida».

Bocharski fue destinada a una de las unidades de la Cruz Roja. El uniforme de enfermera se consideraba *chic*. En realidad no sabía nada. Cuando un día le mandaron limpiar el suelo del quirófano se quedó de piedra porque no había fregado un suelo en su vida. La mayor parte del tiempo ella y sus compañeras permanecían ociosas en una espera que se volvía cada vez más apática. Hasta que hace catorce días se inició la ofensiva alemana.

Fue entonces cuando por primera vez vivió la experiencia de una barrera de fuego a distancia: las distintas detonaciones que se funden unas con otras, el gruñido atronador y continuo que las acompaña, las sacudidas del suelo, el temblor de los cristales de las ventanas, el cielo nocturno rajado por incandescentes rastros luminosos. Tras una semana más de espera con este sordo decorado acústico de fondo, una gélida tarde la destinaron, a ella y a unas cuantas más, a Gerardovo.

Por el camino pasaron interminables columnas de trineos tirados por caballos cargados de heridos. Algunos yacían sobre paja, otros sobre abigarrados almohadones, fruto del pillaje de alguna casa. Los cocheros caminaban al lado; saltaban y correteaban para entrar en calor bajo las heladas temperaturas de enero. Finalmente, Bocharski y las demás llegaron a una gran fábrica. El patio estaba abarrotado de vehículos de todas las clases imaginables y la ambulancia en la que habían llegado ellas tuvo que detenerse frente a la verja.

Tras derrotar a las fuerzas rusas que invadieron Prusia Oriental, el alto mando alemán había realizado varios intentos de abrirse paso hacia el sur, en dirección a Varsovia y las llanuras entorno al Vístula. Esta empresa no estaba teniendo demasiado éxito pese al uso de gas de combate por primera vez en la historia.<sup>54</sup> El último ataque, efectivamente, fue abortado casi de inmediato, y las cosas podrían haber quedado ahí de no ser porque el equivalente ruso de la parte atacante se dejó inspirar por esa interrupción para efectuar una serie de contraataques que comportaron gran número de bajas.

Estas fueron tan cuantiosas que el aparato sanitario ruso se derrumbó. A las puertas de la fábrica se amontonaron las camillas con los heridos a los que no se había dado cabida en el interior, quienes tuvieron que quedarse fuera y perecieron congelados durante la noche. Dentro de la fábrica los heridos yacían por todas partes, incluso en las escaleras y entre las máquinas, la mayoría en camillas o sobre balas despedazadas de algodón. El poco personal que trabajaba allí dentro apenas tenía tiempo de retirar los cuerpos de los que habían muerto a consecuencia de sus heridas. Un ligero hedor a putrefacción hirió las fosas nasales de Bocharski nada más entrar. Casi se desmaya. Estaba muy oscuro. Había regueros de sangre por el suelo. De todos los rincones se oían voces suplicantes que la solicitaban, manos que se agarraban a su falda. La mayoría de los heridos eran jóvenes, y estaban asustados y confusos, lloraban, tenían frío, la llamaban «mamita» aunque ella tuviera la misma edad que ellos. Algunos parloteaban frenéticamente. En las grandes salas los focos de las linternas iban de un lado a otro «como ojos errátiles».

Y así día tras día.

Uniendo los relatos fragmentados de los heridos, Sophie Bocharski consiguió hacerse una idea general de lo ocurrido. Uno dijo: «Hermana, todavía veo aquel campo. No había dónde guarecerse, ni siquiera un árbol; tuvimos que cruzar ese terreno abierto y llano, y había tantas ametralladoras alemanas que no se podían ni contar». Otro: «Ordenaron a mis hombres que atravesaran ese campo abierto, sin bayonetas; ¿en qué estarían pensando?». Un tercero: «Cada día llenaban nuestras trincheras de nuevos reemplazos, y cada día, al caer la noche, solo quedaban unos pocos». Un cuarto: «Nosotros no podemos tirar granadas como los alemanes, lo único que podemos hacer es derrochar vidas». Algunos de los peores combates se han librado en torno a una gran destilería de aguardiente en cuyo patio se amontonan los cadáveres de los numerosos caballos muertos por el intenso bombardeo de granadas.

El automóvil se desvía por una carretera secundaria. Bocharski ve árboles talados. Ve que el terreno se abre hacia la derecha. Un campo cubierto de nieve lleno de los cráteres parduscos de las granadas. El oficial que cumple las funciones de acompañante señala un punto a lo lejos: allí está la funesta destilería, allí. Ella mira por unos prismáticos. Escucha un «silbido profundo» seguido de una detonación. Ve formarse un surtidor que arroja tierra a la derecha del coche. Después vuelve a oírse un estampido. Ahora a la izquierda. El viaje prosigue a toda velocidad, subiendo por una arboleda, en dirección a una casa solariega no muy grande. Entran, atraviesan un vestíbulo ocupado por



telefonistas, se introducen en una sala inmensa y vacía donde dos altos mandos se hallan inclinados sobre una gran mesa.

Les traen té. A Sophie le toca sentarse junto al que resulta ser el jefe de división, el muy correcto y elegante general Mileant. Este se muestra satisfecho, declara que la batalla es «una gran victoria para el ejército ruso». Y añade: «Solo en mi división he perdido 6.000 bayonetas». Sophie da un respingo, ya que ella «nunca habría imaginado que las bajas se contaran en términos de bayonetas, sino de hombres heridos y agonizantes». La atmósfera se anima con la llegada de un comandante de artillería cuya esposa es una antigua conocida de Sophie y «la mujer más elegante de Petrogrado». La reunión acaba siendo bastante agradable. En el aire flota una sensación de alivio. En general, porque todos tienen la impresión de haber vivido algo que puede denominarse éxito. En el caso de Sophie Bocharski, probablemente, por la satisfacción de haber sabido estar a la altura de las circunstancias. Llegan a reírse bastante mientras toman el té.

*Domingo, 28 de febrero de 1915*

## EN SOMME RENÉ ARNAUD SE HACE UNA IDEA DE LA LÓGICA QUE SIGUE LA HISTORIOGRAFÍA

Una fría madrugada de primavera. El sol todavía no ha salido, pero el alférez René Arnaud ya está despierto. En la penumbra, hace su ronda de rigor por la trinchera, yendo de centinela en centinela, controlando que todos cumplan sus turnos de vigilancia de dos horas y vigilando asimismo al enemigo, que no esté tramando algo. Es sabido que ésta es la mejor hora de la jornada para un ataque sorpresa. Aunque no es que ese tipo de ataques sean muy frecuentes aquí en el Somme.

Este es un sector tranquilo. Los peligros son pocos. Puede que pase zumbando alguna que otra granada alemana, pero en ningún caso de las pesadas sino, de vez en cuando, una del 77 con su característico «shooooo...boom». Después están los francotiradores, claro, apostados para disparar contra cualquier despistado, y las rondas por ese ramal de aproximación que discurre por lo alto de una colina y que en un punto descubre el fuego de la ametralladora alemana que esté al acecho. Fue allí donde mataron a su predecesor, una bala de esa ametralladora le dio en la cabeza. Por cierto, que fue la primera vez en su vida que Arnaud vio un caído. Cuando se llevaron el cuerpo en una camilla, con la cabeza y los hombros cubiertos por un pedazo de lona y los pantalones rojos del uniforme tapados por un mono azul, Arnaud, pese a su falta de experiencia, no se sintió especialmente conmovido. «Me sentía tan lleno de vida que me resultaba imposible ponerme en su lugar, imaginarme allí tendido en una camilla con ese aire de indiferencia que siempre tienen los muertos.»

Arnaud fue uno de los que vitorearon el estallido de la guerra. Tenía 21 años recién cumplidos, pero por su aspecto se diría que acababa de cumplir los 16. Su único miedo era que la guerra terminase antes de que él llegara al frente: «¡Qué humillante sería no poder vivir la mayor aventura de mi generación!».

Esa última hora de oscuridad que se disuelve lentamente pone a prueba los nervios del novato:

*Cuando me detenía frente al parapeto de la trinchera y oteaba la tierra de nadie ocurría que me imaginaba que las estacas de nuestra fina red de alambrada eran las siluetas de una patrulla alemana que estaba allí en cuclillas, lista para lanzarse hacia adelante. Yo miraba fijamente esas estacas, las veía moverse, oía el sonido de las guerreras rozando el suelo y el tintineo de las vainas de las bayonetas... y entonces me volvía hacia el soldado que estaba de guardia, y su serenidad me tranquilizaba. Mientras él no viera ni oyera nada, allí no habría nada, solo mis propias y angustiosas alucinaciones.*

*Llega, por fin, el momento en que el horizonte empalidece, los primeros pájaros empiezan a trinar y las formas del paisaje se revelan imperceptiblemente bajo la lechosa luz del alba.*

*Oye un disparo. Después otro más, dos, varios. En menos de un minuto el fuego de fusilería restalla a lo largo de toda la trinchera. Arnaud corre a despertar a los que duermen. En el umbral del refugio se topa con soldados que ya están a punto de salir, las armas en la mano, intentando simultáneamente colocarse las mochilas. Ve un cohete de señalización rojo elevarse desde las líneas enemigas y sabe lo que significa: es una señal para la artillería alemana.<sup>55</sup> Pronto llega la consecuencia: un huracán de granadas que estallan delante, encima y detrás de la trinchera francesa. El borde del parapeto se perfila contra el torrente de fuego de las detonaciones. El aire se llena de «trayectorias, silbidos y explosiones». El olor a gases explosivos es picante.*

*Me latía el corazón, seguramente estaba muy pálido, y temblaba de miedo. Por instinto encendí un cigarrillo, suponiendo que eso me ayudaría a calmar los nervios. Me fijé en la tropa, que se acurrucaba en el fondo de la angosta trinchera con las mochilas encima de sus cabezas, a la espera de que cesara la preparación artillera.*

*Arnaud cae en la cuenta de que tal vez los alemanes ya estén en marcha, cruzando la tierra de nadie. A grandes zancadas salta por encima de las espaldas de los soldados tirados en el suelo, en dirección a un ángulo curvo de la trinchera desde donde sabe que se domina la línea enemiga. El aire cruje, ulula, silba. Cuando llega a ese punto enseguida enfoca toda su atención en vigilar a los alemanes: «Mi concentración en lo que había que hacer me liberó del miedo». Mira impertérrito la pendiente que separa las posiciones alemanas y francesas. Nada.*

Poco a poco el fuego mengua, se extingue.

El polvo se va posando. De nuevo reina el silencio. Empiezan a llegar los informes. Dos muertos en la sección contigua, cinco en la compañía de la derecha.

Paulatinamente consigue componer una imagen de lo sucedido. A dos de los hastiados centinelas se les ocurrió disparar contra una bandada de aves migratorias, a todas luces unos zarapitos reales que iban de camino a Escandinavia para aparearse. Sus disparos indujeron a unos cuantos centinelas más a temer algún peligro invisible, así que uno de ellos empezó a disparar. Después fue cuestión de un instante antes de que el pánico se propagara por toda la trinchera. Por lo visto, los inesperados disparos habían hecho temer a alguien de la línea alemana que se avecinaba un ataque, por lo que había convocado a su propia artillería a sumarse al tiroteo.

Oficialmente, las consecuencias llegaron al día siguiente. En un comunicado del ejército francés pudieron leer: «En Bécourt, cerca de Albert, nuestro fuego ha aplastado completamente un ataque alemán». El comentario del propio Arnaud: «Es así como se escribe la historia».

El mismo día, el 28 de febrero, William Henry Dawkins le escribe a su madre:

*Esta semana he recibido tu carta con fecha del 26 de enero, la cual puede muy bien ser la última que reciba en Egipto ya que estamos a punto de trasladarnos. Nadie sabe adónde. Durante el día de hoy se han marchado los regimientos 3rd Bde, 3rd Fd Amb, 1st Fd Coy y 4th ASC rumbo a Alejandría, y en el plazo de 14 días nosotros los*

*seguiremos. Imagino que nuestra destinación son los Dardanelos, pero también podría ser algún lugar de Francia, Turquía, Siria o Montenegro. En cualquier caso, nos trasladan y podremos, por fin, empezar a hacer algo.*

Y el mismo día Herbert Sulzbach anota en su diario:

*Los ataques franceses siguen sin remitir, hundiendo nuestra ya deprimida moral. Nuestros nervios y fuerzas están casi extenuados, ya que estos ataques y batallas de la guerra estática parecen más pesados de lo que serían en la guerra móvil. ¿Dónde se habrán metido los refuerzos? Dicen que la 1.<sup>a</sup> Guardia de la División de Infantería está de camino.*

*Miércoles, 3 de marzo de 1915*

## ANDREI LOBANOV-ROSTOVSKI Y LA GRAN TORMENTA DE NIEVE EN LOMZA

El invierno va tocando a su fin, al igual que la ofensiva alemana de febrero. No obstante, ambos fenómenos son de esos que, pese a las leyes de la meteorología y los planes de los estrategas, nunca se dejan predecir enteramente. Por ese motivo, cuando el regimiento de Lobanov-Rostovski recibe órdenes de realizar el último —o tal vez el penúltimo— ataque a fin de rectificar algún pequeño segmento de la línea del frente o de eliminar alguna posición peligrosa o de solventar alguna otra cuestión que solo se distingue claramente en los abstractos planos a escala 1:84.000 del Estado Mayor, entonces, digo, lo hace en medio de una gran tormenta de nieve.

El invierno aquí en el noroeste de Polonia ha sido terrible en muchos sentidos. La última ofensiva de Hindenburg no ha tenido grandes efectos.<sup>56</sup> El frente ruso del noroeste de Polonia se ha desplazado ligeramente a un lado y a otro, pero ha resistido.

Andrei Lobanov-Rostovski pertenece a una división de la Guardia, la clase de unidad de élite en la que se puede confiar y a la que se recurre como si de un cuerpo de bomberos se tratara, convocándola ora aquí ora allá, según sea mayor el peligro. Una vez más, Lobanov-Rostovski ha podido eludir los combates más duros. Primero estuvo enfermo, en Varsovia, y después pasó varios días subiendo a o apeándose de algún tren o, sencillamente, viajando en ferrocarril en uno u otro sentido; entre tanto, los generales intentaban decidir dónde se necesitaba su división con más urgencia. «Estas oscilaciones en nuestra ruta de viaje demostraban que la situación variaba minuto a minuto.» Al final, desembarcaron en Lomza. La división se puso en marcha rumbo a una línea, tirada sobre un mapa, situada al noroeste de la ciudad. «Y cuando el enemigo se aproximó esto se convirtió en el frente.»

El invierno debería haber pasado, así como las batallas de invierno. Esta es una batalla que, como decíamos, solo tiene un «interés local». Así que a la ventisca no se le concede impedir el ataque ruso, que, por tanto, arranca según lo planeado. Una vez más, a Lobanov-Rostovski le toca desempeñar el papel de espectador; como es zapador, en realidad no se le necesita en situaciones como esta. Presenciar cómo la guerra —o mejor dicho, los generales— rehúsan doblegarse ante los elementos lo vuelve todo, según él, aún más pavoroso: «El fragor de la preparación artillera y de los fogonazos de los cañones se mezclaban con los aullidos del viento y los torbellinos de nieve». Incluso utilizando esta guerra como rasero, el número de bajas resulta extraordinariamente elevado porque la mayoría de los heridos perecen congelados en el mismo sitio donde han caído. Y los heridos que, a pesar de todo, logran sobrevivir la ventisca, la nieve y las temperaturas bajo cero suelen tener las extremidades gravemente dañadas por la congelación. Los hospitales se llenan de hombres con miembros amputados.

Andrei Lobanov-Rostovski no se encuentra demasiado bien. Son sobre todo los largos intervalos de ociosa espera en la retaguardia los que minan su ánimo. La pasividad y la falta de actividades le resultan «muy deprimentes». La monotonía solo se rompe cuando aeroplanos alemanes, por lo

general al alba o al anochecer, vuelan sobre ellos y arrojan unas cuantas bombas.

*Viernes, 5 de marzo de 1915*

## HERBERT SULZBACH ECHA CUENTAS EN RIPONT

Han pasado ya diez semanas. Diez semanas de casi ininterrumpidos combates. Pronto tendrán un nombre: la batalla de Invierno de la Champaña. El frente apenas se ha desplazado.

La lista de heridos y muertos ha seguido creciendo. Bode está muerto. También Fabian, que a sus diecisiete años era el más joven de los voluntarios. Entre los heridos se cuenta el jefe del pelotón de las piezas, su estimado alférez Reinhardt. Uno de los amigos de Sulzbach ha sufrido un ataque de nervios. Y hoy cae otro de los voluntarios, Zobel. Sulzbach, sin embargo, escribe que, aunque se conduelen por cada camarada caído, algo ha pasado con sus sentimientos, o mejor dicho, con la intensidad de los mismos. Ya no se indignan del mismo modo, ya no les afecta tanto ver cómo es retirado, una vez más, un cuerpo cubierto de fango. Su sensibilidad empieza a embotarse. Ya nadie llora. Tal vez sea inevitable.

Se está abriendo una fractura entre sus expectativas y sus experiencias. En su diario Sulzbach escribe:

*Solo puedes tomar breves notas, no hay tiempo para largas reflexiones y nunca puedes darles a los que se han quedado en casa, en caso de que leyeran estos diarios bélicos más adelante, una descripción realista de lo que estamos viviendo, ni de lo que tenemos que aguantar, ni de cuánta es la determinación y el espíritu de lucha que embarga a cada uno de nosotros.*

Lo que salva el día es que su amigo Kurt Reinhardt esté de vuelta en la batería. Tienen montones de cosas que contarse.

La intensidad de los combates puede traducirse a cifras estadísticas. Durante las batallas de Flandes la batería utilizó 3.200 granadas. Ahora en la Champaña, durante más o menos la mitad de tiempo, han disparado 17.200. Todos esperan que les releven pronto.

*Domingo, 7 de marzo de 1915*

### KRESTEN ANDRESEN DIBUJA UN ASNO EN CUY

En sus sermones el capellán castrense les ha felicitado por vivir en estos tiempos tan ricos en acontecimientos. Después han cantado el himno *Poderosa fortaleza es nuestro Dios* pero omitiendo la segunda estrofa, porque podría interpretarse que pone en duda la fuerza de las armas.<sup>57</sup> Qué meses tan extraños. Los combates han sido pocos y lejanos. Durante todo el tiempo en que Andresen se ha encontrado en el frente solo ha efectuado tres disparos, y está bastante seguro de que los tres se incrustaron en algún lugar de la barrera antiasalto que hay frente a su posición. En ocasiones, en medio de una calma total, le ha sobrevenido la misma sensación de irrealidad que tarde o temprano invade a todos los combatientes, haciéndoles difícil entender que realmente estén viviendo una guerra.

¿Son acaso la calma y el silencio los que últimamente le han inducido a sentir —porque se trata más que nada de una sensación— que la situación, de algún modo insondable, se encamina hacia un desenlace? Por lo menos él fantasea a menudo con la idea de la paz. Además, Andresen ha tenido sueños extraños, como el de anoche: soñó que caminaba por las calles de Londres vistiendo sus mejores galas de confirmando, después el sueño de repente se trasladaba al hogar en que vivía de niño, donde él se dedicaba a poner la mesa para la cena.

Trinar de pájaros, el cielo extiende su cálido azul sobre un paisaje donde, en medio de todo lo reseco y amarillento, empiezan a verse pinceladas de un verde muy vivo. La primavera ha llegado a la Picardía. Florece el azafrán, en el bosque brotan las violetas y las calas, y entre las ruinas recientes, Andresen ha encontrado rosas de Navidad y campanillas de invierno. Normalmente, esta es la época de la siembra, pero no aquí ni ahora. Bien es cierto que a Andresen le llegan los golpes de una trilladora a vapor desde alguna callejuela del pueblo. Pero el grano que escupe la máquina no lo aprovechará el campesino francés: a este una prohibición le impide arar su propia tierra siquiera, prohibición que se ha vuelto aún más amarga por el hecho de que se notificó en plena época de la siembra, cuando casi todo estaba ya sembrado: completamente en vano, pues.

Andresen siente auténtica lástima de la población civil francesa que todavía permanece en los pueblos inmediatamente detrás de la línea de fuego. Su alimentación es

...increíblemente uniforme. El alcalde les da unos panes redondos, del tamaño de una rueda de carreta normal, hechos con una harina mitad de trigo mitad de centeno. Por lo general se lo comen solo, a veces con un trocito de carne o un par de patatas asadas. Aparte de esto viven de leche, judías y remolachas.

Al ser él mismo oriundo de un medio rural, a Andresen le resulta fácil identificarse con el sufrimiento de los campesinos franceses, tanto como le cuesta soportar el irreflexivo derroche que es un aspecto implícito y cotidiano de la guerra. Los primeros días de estar aquí cada noche usaban trigo sin trillar, recién cogido de los campos, para preparar su dormida, y allá en el bombardeo Lassigny el pavimento de algunas calles está cubierto por una gruesa capa de avena sin trillar que



amortigua el ruido de las ruedas de las carretas.

Tal vez también sea el labriego que hay en él quien le ha hecho prendarse de *Paptiste*, un asno joven que pertenece a una de las granjas de Cuy. Aunque esa ternura no es en absoluto recíproca: el animal emite una especie de gruñidos cuando alguien se le acerca y luego muestra señales de querer darle una coz. Sin embargo, a Andresen la estupidez y pereza natural del jumento le resultan irresistiblemente cómicas, y este domingo, mientras el asno disfruta del cálido sol primaveral allá en su patio, él aprovecha para dibujarlo. Cuando acabe el retrato Andresen lo enviará a su casa.

*Paptiste* no es el único contacto que ha establecido con los lugareños. En Cuy ha conocido a dos mujeres francesas, una rubia y otra morena. Son refugiadas de una aldea vecina que han quedado atrapadas en tierra de nadie. Seguramente su relación se haya visto facilitada por el hecho de que él no es alemán sino danés. La mujer morena tiene una hija de once años, Suzanne, apodada Sous, que llama a Andresen «Kresten le Danois» (Kresten el Danés). La mujer morena no ha sabido nada de su marido desde finales de agosto. «Está muy apesadumbrada.»

El otro día me preguntaron cuándo volvería la paz, pero la respuesta la conocía yo tan poco como ellas. Las consolé lo mejor que pude; lloraban por tanta desgracia. Normalmente nunca se las ve llorar, pese a tener todos los motivos para ello.

Andresen ha ayudado a la mujer morena a redactar una carta dirigida a la Oficina de Ayuda de la Cruz Roja en Ginebra para obtener información sobre su esposo desaparecido. También le ha regalado a Sous una muñeca, bautizada con el nombre de *Lotte*, que la niña lleva a pasear alegremente en una caja vacía de cigarros. Andresen decide intentar construir un cochecito para la muñeca.

*Viernes, 12 de marzo de 1915*

## RAFAEL DE NOGALES LLEGA A LA GUARNICIÓN DE ERZURUM

Lo que más le impresiona durante la larga y dura marcha sobre las montañas nevadas es la ausencia de árboles. Y de aves. Imaginaba que allí, al menos, habría cuervos o buitres u otros carroñeros, porque hacia el final de la marcha ha podido ver los restos del gran desastre de Sarikamiş en forma de miles de cadáveres de caballos y camellos petrificados por el frío. «¡Desgraciadas las tierras de las que huyen hasta las aves de rapiña!»

Con todo, no hay ni rastro de arrepentimiento en él. Esto es lo que quería.

Cuando en agosto estalló la guerra fueron muchos los que por lejanos e intrincados vericuetos hallaron el modo de llegar a Europa para alistarse como voluntarios. Cabe preguntarse si el camino seguido por Rafael de Nogales no es uno de los más largos. Que es el más intrincado de todos, eso desde luego. Si alguien se ha ganado a pulso el título de «aventurero internacional», es él. Nació en Venezuela, en el seno de una familia de conquistadores y corsarios (su abuelo paterno luchó por la independencia de su país), se crio y educó en Alemania y vive dominado por una sed de aventuras fuera de lo corriente.

A Rafael Inchauspe de Nogales Méndez no le mueve ni el nacionalismo exaltado ni las pseudoutópicas energías que han puesto en marcha a millones. A estas alturas de su vida tampoco tiene nada que demostrar, ni ante sí mismo ni ante nadie. Hace ya mucho que él, hombre temerario, inquieto y despreocupado, escogió un tipo de vida en movimiento constante. Así pues, luchó en la guerra de Cuba de 1898; tras la guerra civil venezolana de 1902 tuvo que huir al exilio al pertenecer al bando de los vencidos; se alistó voluntario en la guerra ruso-japonesa de 1904 (donde fue herido); ha sido buscador de oro en Alaska (y se considera uno de los fundadores de la ciudad de Fairbanks) y trabajado de *cowboy* en Arizona. Rafael de Nogales tiene ahora 36 años, es un hombre intenso, con duende, orgulloso, ventajista, culto, moreno y de baja estatura, rostro ovalado, las orejas salidas y los ojos muy juntos. El aspecto externo de De Nogales recuerda a un Hércules Poirot a la latina: viste sin tacha y lleva un pequeño bigote perfectamente recortado.

Tan pronto tuvo conocimiento del estallido de la guerra tomó en la Martinica el vapor correo de Cayena rumbo a Europa, firmemente resuelto a tomar parte en la contienda. Cuando tras una sinuosa travesía finalmente llegó a Calais, el desembarco fue dramático. Las calles estaban abarrotadas de refugiados, principalmente mujeres y niños que cargaban a cuestas con «lo poco que habían logrado salvar durante su fuga». Cada vez que pasaba una tropa de soldados o una ruidosa batería de artilleros, la muchedumbre se apretujaba contra las fachadas de las casas. En sentido contrario venían automóviles repletos de heridos que vestían distintos uniformes. «Al parecer, se estaba librando una batalla Dios sabe dónde.» Recordaba dos ruidos en especial. Primero, el zumbido fatal de los aviones que, una y otra vez, giraban por encima de sus cabezas, «cual águilas de acero». En segundo lugar, el «claqueteo incesante de los zuecos sobre el empedrado». Todos los hoteles estaban completos. La primera noche, De Nogales tuvo que dormir en un sillón.

Sus orígenes le inclinaban a tomar partido por las Potencias Centrales, pero la noticia de que tropas alemanas habían invadido uno de sus vecinos más pequeños le impulsaron a «sacrificar mis simpatías personales y ofrecer mis servicios a la pequeña pero heroica Bélgica». Pero esto no resultó todo lo fácil que había esperado, porque la pequeña pero heroica Bélgica rehusó el ofrecimiento; educadamente, eso sí. Ni corto ni perezoso De Nogales se dirigió a las autoridades francesas, que le denegaron la solicitud de entrada en el ejército regular; dolido y airado, recibió el consejo de probar suerte en... Montenegro. Al final la iniciativa acabó con su arresto, en la cumbre de una montaña, acusado de espionaje. También representantes de las autoridades serbias y rusas rechazaron su oferta, si bien de la forma más cortés imaginable. El diplomático ruso con el que se entrevistó en Bulgaria sugirió que probara suerte con los japoneses, «ellos, a lo mejor...». A estas alturas la indignación y decepción de De Nogales eran tan mayúsculas que, en medio del hermoso vestíbulo de la embajada rusa en Sofía, casi pierde el sentido.

Rafael de Nogales no sabía ya a qué atenerse. Regresar a su casa estaba descartado. Tampoco podía quedarse «y no hacer nada, lo cual sería mi fin; de inanición tal vez no muriese pero sí de hastío». Un encuentro fortuito con el embajador turco en Sofía decidió la cuestión: De Nogales decidió alistarse en el bando contrario. A comienzos de enero se registró en el ejército turco, y tres semanas más tarde abandonaba Constantinopla<sup>58</sup> para dirigirse al frente del Cáucaso.

Han dejado atrás las montañas blancas, cabalgan pasando de largo los fortines que conforman la parte exterior de la fortificación. El cielo es gris, suspendido «como una tapa de plomo sobre este paisaje dejado de la mano de Dios». Ora aquí ora allá ven trincheras recién excavadas (¿o acaso son fosas comunes?). Ve cuerpos cubiertos de escarcha, y perros que los despedazan. (Más tarde les explican que una epidemia de tifus está causando estragos.) El contingente entra en Erzurum. La ciudad no ofrece un panorama nada alentador; las angostas calles están llenas de nieve. Pero pese al frío Erzurum es un hervidero tanto en el bazar, donde los mercaderes están sentados en fila, abrigados con pieles y las piernas cruzadas, fumando sus «sempiternas pipas de agua», como en la guarnición, donde secciones de soldados, grupos de portadores y caravanas que cargan con el material van y vienen sin parar. Este es el cuartel general del Tercer Ejército, o al menos, de lo que aún queda de él.

Por la tarde De Nogales se presenta ante el comandante en jefe de la plaza fuerte, un coronel.

Se ha hecho un alto en la guerra a causa del frío y de la profunda nieve. Además, nadie se atrevería, a tan pocos meses de la terriblemente costosa derrota de fin de año, en la que 150.000 hombres salieron marchando en formación y solo 18.000 volvieron, a iniciar una segunda campaña de invierno. También los rusos, más que satisfechos de su rotunda e inesperada victoria, aguardan en sus casi inexpugnables posiciones de montaña frente a Köprüköy.

De vez en cuando se oye el fragor lejano de la artillería rusa. El hueco retumbo reverbera entre las laderas circundantes, y hay veces en que los disparos provocan «albos aludes en las plateadas cumbres del monte Ararat»: las enormes masas de hielo «se iban deslizando y despeñando de cresta en cresta y de laja en laja hasta estrellarse con formidable estruendo sobre las silenciosas márgenes del Araxes».

*Jueves, 18 de marzo de 1915*

### PÁL KELEMEN ENTRA EN UN AULA VACÍA EN LOS CÁRPATOS

La herida que recibió aquella noche en el desfiladero no era grave. Después de pasar un tiempo hospitalizado en Budapest y tras un periodo de convalecencia como responsable de las remontas<sup>59</sup> de la ciudad fronteriza húngara Margita —donde también tuvo tiempo de iniciar, aunque no de consumir, una aventura con una de las muy bien vigiladas señoritas de la burguesía, una joven de notable altura y esbeltez—, ha vuelto al frente.

Las acometidas a uno y otro lado de los diversos pasos de montaña de los Cárpatos han proseguido con agotadora previsibilidad y una igual de agotadora falta de verdaderos resultados. Durante los últimos meses ambos bandos han ganado algún tramo aislado de territorio al mismo tiempo que han perdido enormes cantidades de hombres, principalmente debido al frío, las enfermedades y la falta de suministros.<sup>60</sup> Kelemen ha percibido el hedor que flota sobre estos parajes, cuando a los viejos cadáveres que se descongelan bajo el sol primaveral se les suman los cuerpos de los nuevos caídos. Son ya una minoría los que confían en un rápido desenlace.

La unidad de Kelemen cumple ahora su servicio en la retaguardia, por lo general como una especie de policía suplementaria con la misión de proteger y ayudar a las largas y sinuosas columnas de suministros con las que siempre es posible cruzarse por los embarrados caminos. Es un trabajo fácil. Y seguro. Y tampoco es que sienta mayor anhelo por volver a la primera línea de fuego. Él y sus húsares se alojan a menudo en las escuelas vacías de las aldeas húngaras. También hoy. Pál Kelemen escribe en su diario:

*En las aulas destrozadas, convertidas en sucias cuadras por la paja allí traída, los desperdigados pupitres parecen manadas de animales aterrados, dispersos, azuzados unos contra los otros, mientras que los tinteros son como botones arrancados a una prenda de recreo y están tirados como basura por los rincones y los vanos de las ventanas.*

*En la pared se ve el texto y la música del himno nacional y un mapa de Europa. La pizarra ha caído boca abajo sobre la cátedra del profesor. En los estantes de libros yacen en desorden cuadernos de caligrafía, libros de lectura, plumas y lapiceros. Son puras bagatelas, pero aun así resultan sugestivas, al menos para mí, que durante horas seguidas he tenido que soportar cosas repugnantes. Cuando en estos cuadernos escolares leo esas palabras simples —tierra, agua, aire, Hungría, adjetivo, sustantivo, Dios—, de algún modo recupero el equilibrio sin el cual durante tanto tiempo he ido dando bandazos de aquí para allá, como un barco de contrabandistas, sin timón, por mares desconocidos.*



*Sábado, 3 de abril de 1915*

## HARVEY CUSHING HACE UNA LISTA DE CASOS INTERESANTES EN UN HOSPITAL MILITAR DE PARÍS

Gris, negro y rojo. Esos eran los colores que constantemente tenía ante los ojos mientras él y sus colegas, hace dos días, iban en autobús desde la Gare d'Orléans, cruzando el río y pasando por la Place de la Concorde, en dirección al hospital que les aguardaba en las afueras, en Neuilly. Con curiosidad o incluso avidez, sus ojos habían ido barriando las calles. Grises eran todos los vehículos militares, pintados siempre en el mismo invariable matiz: coches de Estados Mayores, ambulancias, carros blindados; el negro pertenecía a las muchas personas de luto: «Todo aquel que no va de uniforme parece vestir de negro»; de color rojo eran los pantalones de los militares y las cruces de las ambulancias y los hospitales. Su nombre es Harvey Cushing, médico americano de Boston, y ha venido a Francia para estudiar cirugía bélica. Dentro de unos días cumplirá 46 años.

Este día Cushing se encuentra en el Lycée Pasteur de París, o como se lo denomina ahora: Ambulance Américaine.<sup>61</sup> Es un hospital militar privado, puesto en marcha al declararse la guerra por unos emprendedores americanos afincados en Francia y financiado mediante distintas colectas. Los que trabajan allí son principalmente ciudadanos estadounidenses, voluntarios de las facultades de medicina de diversas universidades que están de servicio durante periodos de tres meses. Algunos han venido por motivos puramente idealistas, otros, como Cushing, más que nada por interés profesional: aquí tiene la oportunidad de tratar un tipo de heridas que casi nunca se dan en su país, tan neutral y tan aislado de la política mundial. Y siendo Harvey Cushing neurocirujano, muy hábil además,<sup>62</sup> espera encontrar mucho que ver y que aprender en la Francia en guerra. De hecho, no ha tomado un partido muy definido en lo referente a la misma. Siendo un hombre sensato y culto, la atención que presta a los numerosos, vivos y muy detallados relatos de terror sobre cómo son los alemanes y lo que hacen y han llegado a hacer, reviste una irónica incredulidad. Cree estar en situación de calar todo lo que destila huerdo patetismo. Harvey Cushing es rubio, bajito y delgado. Al mirar entorna los ojos, escudriñadores, y tiene la boca pequeña y fina. Da la impresión de ser un hombre acostumbrado a salirse con la suya.

Ayer, Viernes Santo, fue su primer día de trabajo en el hospital. Y Cushing ya se ha empezado a formar una idea de lo que supone su labor. Visitó a los heridos, con frecuencia hombres pacientes y taciturnos, de cuerpos rotos y deformados y laceraciones infectadas que tardarán mucho en curarse. Lo que se extirpa de estas heridas no son solo balas y fragmentos de metralla, sino también lo que en lenguaje técnico se denominan proyectiles secundarios: pedazos de ropa, piedras, trozos de madera, cascos de cartucho, detalles del equipo, fragmentos anatómicos de otras personas. Ya ha detectado algunos de los problemas principales. Primeramente: la gran cantidad de soldados con pies doloridos, azulados, congelados y prácticamente inservibles que, al parecer, son la consecuencia de pasar día tras día de pie en un lodazal de agua helada —el término «pie de trinchera» todavía no se ha acuñado—. En segundo lugar: los simuladores y los que por vergüenza o por vanidad exageran sus males. Por añadidura: «la cirugía de *souvenir*», el hecho de extirpar, mediante intervenciones

quirúrgicas no carentes de riesgo, proyectiles que en realidad podrían haberse dejado incrustados en los cuerpos de los heridos, pero a quienes se opera, entre otras cosas, porque los heridos mismos desean que les saquen la bala o el fragmento de metralla a fin de ostentarlo con orgullo, como un trofeo. Cushing sacude la cabeza.

Hoy es Sábado Santo. El tiempo frío pero despejado de los últimos días ha dado paso a una lluvia pertinaz.

Cushing dedica la mañana a recorrer las salas medio llenas y a hacer una lista de los pacientes más interesantes desde el punto de vista neurológico. Como allí se dan pocos casos de traumatismos craneales realmente graves, también incluye diferentes tipos de lesiones nerviosas. Los pacientes provienen casi exclusivamente de las zonas del sudeste del frente. La gran mayoría son franceses; unos cuantos, soldados negros de las colonias<sup>63</sup> y un puñado de ingleses. Estos últimos suelen ser transportados a los hospitales del canal de la Mancha o bien hasta sus hogares. Al final la lista está completa. Dice lo siguiente:

*Once casos de lesiones nerviosas en los miembros superiores, variando desde heridas en el plexo braquial a leves contusiones en la mano, cinco de los cuales incluyen parálisis muscular dorsal con fracturas complicadas.*

Dos lesiones nerviosas con neuralgia en la pierna; Tauer las ha operado con sutura.

Tres parálisis faciales. Uno de ellos tenía incrustado en la mejilla un *morceau d'obus*<sup>64</sup> grande como la palma de una mano y la ostentaba orgullosamente, la metralla, quiero decir.

Una parálisis cervical en el sistema nervioso simpático en un hombre que recibió un disparo en la boca abierta.

Dos fracturas de columna, uno terminal, el otro recuperándose. Una viga que sostenía el refugio se le cayó encima cuando la explosión de una granada que aterrizó en las inmediaciones destruyó el tramo [de trinchera] en el que se encontraba.

Un solo traumatismo craneal grave; es el caso de un tal Jean Ponysigne, herido hace cinco días en los Vosgos y, por algún motivo inexplicable, traído en ambulancia hasta aquí.

Durante el almuerzo uno de los enfermeros le cuenta a Cushing que hace un par de días vio a un veterano de la guerra de 1870-1871 que había perdido las dos piernas levantarse tambaleando sobre sus muletas para hacerle los honores a un hombre 45 años más joven que él, una de las víctimas del conflicto actual que también había perdido las dos piernas. Por la tarde Cushing visita el pabellón de cirugía odontológica y queda muy impresionado con los nuevos, ingeniosos y efectivos métodos que existen. «Es extraordinario comprobar hasta qué punto se ha conseguido reinsertar los dientes y el maxilar de un pobre diablo a quien le habían volado gran parte de la cara.»



*Viernes, 9 de abril de 1915*

## ANGUS BUCHANAN ESPERA UN TREN EN LA ESTACIÓN DE WATERLOO

Otro día de lluvia. Al caer la noche, la ciudad de Londres se vuelve gris y húmeda. Ha estado esperando en el andén número 7 desde las seis de la tarde, y todavía no hay ni rastro de su tren. Es una multitud la que aguarda allí de pie. El andén está atestado de gente, no solo hombres de uniforme caqui, sino también largas colas de civiles: son los familiares y amigos que han venido a la estación de Waterloo para decir adiós. Puede que el tiempo sea gris y triste, pero el ambiente entre los corros de gente que espera está muy animado. Si alguien pierde la paciencia por el retraso no lo demuestra.

Los convocados en el andén forman el grueso de un batallón de voluntarios, el 25th Royal Fusiliers (el 25.º Batallón Real de Fusileros), que está a punto de iniciar su largo viaje a África del Este. Es sabido ya que a las unidades europeas no les resulta fácil actuar en esta zona del continente africano, pero la parte más nutrida de los uniformados tiene ya experiencia en climas tórridos o terrenos problemáticos. Esta «legión de exploradores de senderos y hombres de la frontera» proviene de lugares tan dispares como Hong Kong, China y Ceilán, Malaca, India y Nueva Zelanda, Australia, Sudáfrica y Egipto; entre ellos hay exploradores del polo, así como antiguos vaqueros. En lo que respecta a Buchanan, cuando estalló la guerra se hallaba en la región más septentrional del territorio salvaje de Canadá, muy ocupado en la tarea de recolectar ejemplares de la flora y fauna árticas, y por eso no le llegaron noticias de lo acaecido en Europa hasta finales de octubre. Nada más enterarse enseguida puso rumbo hacia el sur. Alcanzó el primer asentamiento de importancia en Navidad, pero siguió adelante sin pausa con el propósito de alistarse.

La compañía de Buchanan la dirige precisamente Frederick Courtney Selous, un gran aficionado a la montería con mucha experiencia en la caza mayor, conocido por ser autor de dos libros muy populares sobre África.<sup>65</sup> Selous es una especie de encarnación del explorador victoriano clásico: intrépido, optimista, desconsiderado, ingenuo, desaprensivo y curioso. Lleva una barba corta y blanca y tiene 64 años, pero se mueve con la agilidad de un treintañero. (El batallón ha establecido una edad máxima de 48 años, pero bastantes de los voluntarios la sobrepasan, de modo que, obviamente, han tenido que mentir sobre su edad, lo cual dice mucho sobre el nivel de entusiasmo general).<sup>66</sup>

Desde su creación el batallón irradia una aureola de elitismo, se dice que son una unidad de aventureros selectos. Lo cierto es que entre los que esperan en el andén hay unos cuantos que acaban de desertar de otros batallones a fin de poder unirse al 25th Royal Fusiliers. También es harto elocuente el hecho de que ésta sea la única unidad de todo el Cuerpo Expedicionario Británico que no ha recibido ningún tipo de instrucción militar: tan experimentados se les considera que algo semejante, más que innecesario sería un insulto para estos hombres, para estos *gentlemen adventurers* (caballeros aventureros). No es de extrañar, pues, que esta tarde flote en el aire «*a spirit of romance*».<sup>67</sup>

La mayoría de los hombres no se conocen entre sí, y a casi todos estos individualistas tan



peculiares les resulta extraño tener que ocultar de repente su originalidad —normalmente tan palpable— bajo un uniforme. Están muy ansiosos por conocerse. Por su parte, Angus Buchanan, de 28 años, es naturalista, botánico y zoólogo especializado en aves. Cuando disponga de tiempo libre tiene la intención de recopilar ejemplares de la flora y fauna de África del Este.

Pasan las horas. El murmullo de voces y risas continúa elevándose de los numerosos corrillos de gente. Hacia las once los familiares y amigos, cansados ya de esperar, empiezan a marcharse del andén y se van abatidos, en grupitos de dos o tres. Pasada la una de la noche en el andén 7 solo quedan personas de uniforme. Llega el tren y los hombres suben a bordo. Justo en el momento de partir aparecen agentes de policía que registran concienzudamente los vagones en busca de desertores. Sin embargo, estos estaban sobre aviso y se escabullen velozmente por el lado opuesto de los vagones. Ahí se mantienen ocultos hasta que los policías se van.

A las dos de la noche el tren sale de la estación de Waterloo. Su destino es Plymouth. Allí les aguarda un vapor de nombre *HMTS Neuralia* que los llevará hasta África del Este.

*Jueves, 15 de abril de 1915*

## WILLY COPPENS DIVISA UN ZEPELÍN A LAS AFUERAS DE LA PLAYA DE DE PANNE

Majestuosa y apenas audible, la aeronave surca con su cuerpo alargado y enorme el cielo crepuscular. La visión es a la vez aterradora e impactante, se diría que raya lo sublime. Que la nave sea enemiga es irrelevante en este contexto. Su contemplación no hace más que reavivar el antiguo anhelo del granadero Willy Coppens de ser piloto, anhelo que, curiosamente, nació aquí, en De Panne, más o menos en el lugar exacto en que está ahora observando el zepelín alemán mientras este pone rumbo al canal de la Mancha.

En esa otra ocasión tenía cinco años de edad. Veía su primera cometa elevarse entre las dunas y quedar suspendida en la brisa del mar. Más tarde pensaría que esa cometa de papel «poseía algún tipo de poder oculto, que de un modo irresistible e inexplicable me impelía hacia la infinitud del cielo». Mientras el hilo se tensaba sonando como una música en el viento él temblaba de excitación y de miedo.

Willy Coppens es un soldado del ejército belga, de lo que queda de él tras la invasión alemana del mes de agosto del pasado año, esa invasión del territorio de un Estado neutral que proporcionó a la Gran Bretaña el pretexto que necesitaba oficialmente para declararse en guerra.<sup>68</sup> Se halla en esa franja de territorio belga trufada de trincheras que no ha sido ocupada y que se extiende desde Nieuwpoort a orillas del canal de la Mancha hasta Ypres y Messines en la frontera francesa. Sus padres y hermanos se encuentran en el otro lado del frente, en Bruselas. Cuando le llegó la orden de movilización en agosto del año pasado tuvo que ponerse el uniforme del 2.º Regimiento de Granaderos, 3.er Batallón, 3.ª Compañía con el número de servicio 49.800. Después tuvo que demorarse en el lugar de movilización. La incertidumbre de la espera acabó resultándole tan «espantosa» que «la declaración de guerra, cuando finalmente llegó, supuso un gran alivio».

El hecho de que su país haya sido atacado y su ciudad natal ocupada es algo que, por supuesto, le llena de energía y motivación. En cambio, los crímenes cometidos por los alemanes en aquellas semanas de agosto (las masacres de Dinant, Andenne y Tamines,<sup>69</sup> la devastación de Louvain, etcétera) y que la propaganda aliada no cesa de recordar una y otra vez, ilustrando, dramatizando y decorando las narraciones hasta tal punto que los horrores originales han empezado a disolverse bajo un manto de abigarrados clichés, esos, digo, nunca los menciona. Tal vez Coppens sea uno de los que han llegado a la conclusión de que esos relatos, a pesar de todo, seguramente no sean más que propaganda. ¿O acaso pesares nuevos, más palpables y privados, ocupan ya el lugar de estos horrores referidos y manidos? ¿O es que lo que prevalece es el espíritu de aventura? Después de todo, solo tiene 22 años.

Pero claro que también hay amargura y un intenso odio hacia los alemanes. Más tarde, cuando Coppens recuerde el episodio del zepelín sobrevolando De Panne, diría que «siempre lamenté que no me encomendasen la misión de bombardear al enemigo en su propia tierra». Sin embargo ahora, en este atardecer de abril, mientras contempla el zepelín cuando este desaparece sobre el mar, no

piensa así. Los hombres que están a bordo no son tanto objeto de su odio como de su envidia, pues cuando observa la aeronave que se pierde en la luz menguante del anochecer, piensa en «la maravillosa sensación que deben de sentir sus tripulantes».

Y ciertamente, Coppens ya ha solicitado el traslado de infantería a aviación. Lo hizo en enero. Pero todavía no ha obtenido respuesta.

Al zepelín ya se lo ha tragado la oscuridad cuando aparecen dos aviones belgas zumbando en pos del gran dirigible. Coppens constata que se trata de «dos biplanos de la era prehistórica, completamente inservibles en tiempos de guerra». Asimismo sospecha que los han enviado para elevar la moral de combate, un puro simulacro teatral, pues; algo hay que hacer. Por otro lado, ningún piloto ha conseguido hasta la fecha abatir un zepelín;<sup>70</sup> siguen envueltos por una aureola de invulnerable tecnología punta y brutalidad. También es ese el motivo por el cual los alemanes utilizan estas aeronaves, pese a ser tan vulnerables ante la artillería antiaérea y demasiado sensibles a los factores climáticos. Causan terror. Son las primeras armas terroristas.<sup>71</sup>

El zepelín que Coppens ve desaparecer sobre el canal pertenece a un grupo de tres que esta noche va a atacar el sudoeste de Inglaterra. El dirigible *L7* hace un amplio rodeo por la costa de Norwich, pero no halla nada que merezca la pena bombardear. El dirigible *L5*, al mando del *Kapitänleutnant* Böcker, está a la cabeza del ataque y deja caer sus bombas sobre Henham Hall, Southwold y Lowestoft, pero sin dar en ningún blanco.

El único de los dirigibles que esta noche consigue causar daños es el *L6*, al mando del *Oberleutnant* Freiherr (teniente coronel y barón) von Buttlar. Su nave llega a tierra firme al nordeste de Londres, pero como por entonces todavía existe la estricta prohibición de atacar la capital británica, Von Buttlar lanza cinco bombas de explosión y treinta bombas incendiarias sobre Maldon y Heybridge. Acto seguido da media vuelta y pone rumbo al mar.

Tras él quedan una casa con destrozos y una niña herida.

*Viernes, 16 de abril de 1915*

## WILLIAM HENRY DAWKINS LE ESCRIBE UNA CARTA A SU MADRE DESDE EL PUERTO DE LEMNOS

Por fin en marcha. Y ahora no cabe la menor duda de la destinación: el estrecho de los Dardanelos. Desde febrero han flotado en el aire los rumores acerca de una operación. En ese mes les llegó la noticia de que un buque de guerra aliado había atacado, sin pena ni gloria, las baterías artilleras otomanas que bloquean el estrecho, un ataque que por otro lado se reanudó el mes pasado con la misma sensacional falta de éxito.<sup>72</sup> Ya a finales de marzo desapareció el grueso de la brigada de Dawkins en un barco con el que cruzaron el Mediterráneo hasta la isla de Lemnos, en el extremo norte del mar Egeo. Por su parte, Dawkins permaneció un tiempo más en el gran campamento de las afueras de El Cairo, aunque no por eso se le escapó que se estaba fraguando algo importante. En una carta anterior dirigida a su familia escribió: «Según los rumores formaremos parte de un ejército colosal —francés, ruso, balcánico [*sic*] y británico— con la misión de, primeramente, doblegar a Turquía y después, avanzar contra Austria».<sup>73</sup>

Ya es hora de que suceda algo. Los meses de inactividad —si es que la instrucción militar puede calificarse de inactividad— han tenido un efecto nocivo sobre la moral de combate y aún más sobre la disciplina. Los australianos son cada vez más irrespetuosos con los oficiales británicos, mientras que soldados de todas las nacionalidades se comportan de un modo cada vez más ingobernable en la ciudad de El Cairo. La situación culminó hace dos semanas, el Viernes Santo, al producirse severos disturbios en el barrio chino de la ciudad. El Cairo tiene fama de ser una de las urbes más pecaminosas del mundo, con múltiples burdeles y salas de juego en las que quienes buscan diversión pueden solazarse con todo lo que va desde drogas hasta bailarinas desnudas. Y según la eterna ley de la oferta y la demanda, esto no ha hecho más que aumentar con la súbita afluencia de decenas de miles de jóvenes soldados que disponen de cantidades considerables de dinero. Parte de los alborotos se deben a la erosionada disciplina, y otra parte a la creciente desavenencia entre los militares y la población civil.<sup>74</sup>

Así pues, el Viernes Santo un centenar de soldados rabiosos, principalmente australianos y neozelandeses, armaron un cisco en una de las calles del barrio chino. En su desenfrenado arrebató destrozaron bares y burdeles, tiraron el mobiliario a la calle y le prendieron fuego. La violenta y escandalosa turba fue creciendo a medida que más y más soldados llegaban al lugar. La policía militar intentó intervenir, fue bombardeada con botellas y respondió con disparos hiriendo a cuatro soldados. Se pidieron refuerzos a los militares británicos, que llegaron con las bayonetas caladas, pero fueron desarmados y sus rifles se convirtieron en pasto de las llamas. También fracasó un intento de sofocar los alborotos con la caballería. Al cabo de un rato la situación se apaciguó por sí sola. Dawkins estuvo allí y cooperó haciéndose cargo de la barrera de control de una de las calles. Durante los días que siguieron fueron incendiados una cantina y un cine del campamento a manos de más soldados violentos y airados.

Hace algo más de una semana también la unidad de Dawkins abandonó Egipto con alivio. Para entonces el puerto de Alejandría estaba lleno de buques de transportes de tropas; dos días más tarde atracaron en Lemnos. La isla es demasiado pequeña para darles cabida a todos, así que muchos de los soldados han tenido que permanecer en las naves que los han traído hasta allí. Este día William Henry Dawkins se encuentra a bordo del *Mashobara*, que fondea en el puerto de Lemnos, escribiendo a su madre:

*Aquí hay unos antiguos molinos muy curiosos que se utilizan para el grano. Son grandes edificios de piedra con grandes alas hechas de lona. El lugar está impecable y lo mismo puede decirse de las personas, gracias a Dios, un verdadero contraste. Todo está cubierto de hierba fresca, y los campos son muy bonitos, llenos de amapolas rojas y de margaritas. Ayer fuimos todos a tierra: me llevé a la compañía para hacer un poco de ejercicio y de turismo, es la mejor manera de resumir lo que hicimos. La gente de por aquí es exactamente igual que la de otros lugares e intenta beneficiarse al máximo a costa de los soldados. Como no hay grandes tiendas dimos un paseo y nos dedicamos a mirar a la gente. Uno llevaba un queso redondo bajo el brazo, otro un puñado de higos, un tercero tenía los bolsillos llenos de nueces, un cuarto una bolsa de panecillos secos... todos procuraban venderse lo que llevaban unos a otros. Pasamos un rato muy agradable.*

*Dawkins sabe que pronto seguirán su camino, y también sabe qué clase de tarea les tienen reservada a él y a su compañía cuando llegue el momento: responder del abastecimiento de agua de la brigada. A bordo del *Mashobara* hay montones de bombas, tubos y taladros, así como pertrechos de excavación y herramientas. Además se está reconvirtiendo uno de los buques en algún tipo de nave especial: entre otras cosas se están cargando grandes rampas de desembarco en la proa del barco. Les han dado mapas del lugar donde hay que colocarlas. Se llama Galípoli y es una península estrecha y alargada que guarda la entrada del mar de Mármara. Sobre esto, sin embargo, no escribe nada en su carta.*

Remata diciendo:

*Como no se me ocurre nada más que contar termino aquí. Os envío a todos mis más cariñosos saludos. Tu hijo afectísimo Willi.*

*Xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx a las niñas.*

*Domingo, 25 de abril de 1915*

## RAFAEL DE NOGALES VE CÓMO SE DESTRUYEN DOS DE LOS MAYORES SANTUARIOS DE VAN

Amanece. Se despierta del sueño acostado en una locura de plumas y seda de color verde Nilo. La estancia que lo rodea está decorada en la misma línea que el lujoso lecho: del cielo raso pende una lámpara árabe de cristales de colores encuadrados en bronce, en el suelo hay alfombras anudadas a mano y un soporte para espadas y sables de adorno forjados en acero damasquino. También hay valiosas figurillas de porcelana de Sèvres. Esto era antes el dormitorio de una mujer; lo ha deducido por los lápices de ojos y las barras de carmín que hay tirados en una mesilla.

A lo lejos la artillería turca empieza a cobrar vida. Las baterías van abriendo fuego una tras otra. Sus penetrantes explosiones se suman al tapiz cada vez más denso de ruidos hasta que todo vuelve a sonar como de costumbre: estampidos, estallidos, cañonazos, golpes, truenos, disparos, chillidos.

Más tarde monta en su caballo y se va. Esta mañana inspeccionará el sector oriental.

Rafael de Nogales se encuentra extramuros de la antigua ciudad armenia de Van, situada en una de las provincias del nordeste del Imperio Otomano, muy próxima a Persia, y cuya frontera con Rusia se encuentra a solo unos 150 kilómetros en línea recta hacia el norte. En la ciudad se ha organizado una rebelión. De Nogales pertenece a una de las fuerzas designadas para sofocarla.

La situación es complicada. Los rebeldes armenios han tomado el antiguo casco amurallado de la ciudad, y también el suburbio de Aikesdan. Las fuerzas del gobernador turco han hecho suya la ciudadela en lo alto del peñasco que domina la ciudad, además del resto de la zona edificada circundante. Y en algún lugar en dirección norte hay un cuerpo de ejército ruso, momentáneamente detenido en el casi intransitable paso de montaña de Kotur Tepe pero que, teóricamente, está a menos de un día de marcha de distancia. En ambos bandos los ánimos oscilan entre la esperanza y la desesperación, entre el terror y la confianza. Los armenios cristianos no tienen otra opción; saben que deben resistir hasta que lleguen los refuerzos rusos. Y sus contendientes musulmanes saben que deben ganar la batalla antes de que los rusos aparezcan por el horizonte y sitiadores y sitiados intercambien sus roles.

Esto explica, en parte, la extraordinaria brutalidad de los combates. Ninguno de los dos bandos toma prisioneros. Durante toda su estancia en Van, De Nogales solo verá a tres armenios vivos de cerca: un camarero, un intérprete y un hombre hallado en el fondo de un pozo en el que, tras huir de los suyos por motivos desconocidos, había pasado nueve días. Este último es interrogado y alimentado hasta que recobra medianamente las fuerzas; acto seguido es fusilado «sin mayores preámbulos». Las crueldades también tienen su origen en el hecho de que el grueso de los contendientes son soldados irregulares, es decir, entusiastas, voluntarios, civiles a quienes de repente se les han entregado tanto armas como una ilimitada capacidad de ajustar viejas cuentas —reales o imaginarias— y de impedir ofensas futuras —reales o imaginarias—. Entre las fuerzas que De Nogales tiene a su mando se incluyen grupos de guerreros kurdos, gendarmes locales, oficiales turcos

en la reserva y *ashiretes* de Circasia, amén de simples bandas de malhechores.<sup>75</sup>

La guerra proporciona excusas y pretextos, crea rumores, interrumpe la transmisión de noticias, simplifica el pensamiento, normaliza la violencia. Hay cinco batallones de voluntarios armenios luchando en el bando ruso, y también se está agitando con el fin de desencadenar una rebelión general contra el gobierno otomano. Además, reducidos grupos armados de activistas armenios llevan a cabo actos de sabotaje y asaltos de menor envergadura. Y ya desde finales de 1914 se están repitiendo las masacres contra armenios desarmados, bien como ciegas represalias por los actos cometidos por los activistas, bien como advertencia al resto de armenios, bien para resarcirse de los fracasos en el frente.<sup>76</sup> O simplemente porque es posible hacerlo. Mediante las últimas masacres el alto mando local turco, en su obtuso cinismo, ha desatado la gran rebelión que precisamente esas medidas, fruto de oscuros planteamientos, tenían que impedir.

Rafael de Nogales ya ha oído lo que se rumorea, y escuchado los temores, visto los rastros (refugiados, iglesias quemadas, grupos de cadáveres mutilados de armenios al borde de la carretera). En efecto, en una pequeña ciudad de camino a Van vio con sus propios ojos cómo una turba perseguía durante hora y media a todos los armenios varones de la localidad, a todos menos a siete que él mismo salvó a punta de pistola.<sup>77</sup> Eso le ha dejado mal sabor de boca, sin duda. Aquí en Van, sin embargo, la situación es diferente, más fácil. Es oficial del ejército otomano y tiene que sofocar una rebelión armada. Y hacerlo rápido, antes de que cedan las compuertas de Kotur Tepe. Además, a De Nogales no le gustan los armenios. Si bien admira su fidelidad a la fe cristiana, en general le parecen ladinos, avariciosos y desagradecidos. (No es que judíos y árabes despierten en él un gran entusiasmo. No le cuesta nada, en cambio, sentir aprecio por los turcos, «los caballeros de Oriente». Y a los kurdos los respeta, pese a que considera que no son de fiar: los llama una «nación joven y vital».)

La misión de someter a Van es molesta. Los armenios se defienden con la valentía desesperada y salvaje propia de los que saben que muerte y derrota son palabras sinónimas, a la vez que muchos de los voluntarios que constituyen la compañía de De Nogales son indisciplinados, inexpertos, tercos y, en parte, completamente inútiles en verdaderos combates. Para colmo, el casco antiguo de Van es un auténtico laberinto de callejuelas, bazares y casas de adobe, donde es tan difícil obtener una visión de conjunto como penetrarlo. Por tanto, se ha delegado el sometimiento de la ciudad a la artillería otomana. Es verdad que la mayoría de los cañones son piezas de museo, antiquísimas lombardas que se cargan por la boca y disparan bolaños,<sup>78</sup> pero De Nogales ha descubierto que estas toscas bolas tienen, a menudo, mayor efecto sobre las casas que las granadas modernas, las cuales, con su potencia, suelen atravesar una pared de barro para salir por otra.

A fuerza de cañonazos, pues, van abriéndose camino por el entresijo de callejuelas y calles, manzana a manzana, casa a casa «con el pelo chamuscado y los rostros ennegrecidos por la pólvora, medio sordos por los chasquidos de las ametralladoras y el restallar de fusiles disparados a corta distancia». Cuando una casa ha sido reducida a escombros y sus defensores a cadáveres se le pega fuego a las ruinas para impedir que los armenios regresen a ella al amparo de la oscuridad. Día y noche las gruesas columnas del humo de los incendios se elevan por encima de la ciudad.

Cabalgando por el sector oriental, De Nogales descubre un cañón de campaña semienterrado bajo los humeantes escombros de una casa derruida. Desmonta. Con un arma en la mano y corriendo un gran riesgo, consigue que le remolquen la pieza. Un cabo que estaba a su lado recibe un impacto de



bala en la cara.

Una hora más tarde se halla en lo alto del parapeto de la ciudadela. Desde allí sigue con sus prismáticos un ataque contra una de las aldeas fortificadas del extrarradio de Van. Junto a él se encuentra el gobernador provincial, Djeveded Bey, un caballero en la cuarentena que gusta de conversar sobre literatura, cuya indumentaria se rige por la última moda de París y que por la noche saborea su cena con traje y corbata blanca y una flor recién cortada en el ojal; en otras palabras, se diría que es un hombre muy refinado. Los estrechos lazos que mantiene con el gobierno de Constantinopla y lo despiadado de su carácter lo convierten, sin embargo, en uno de los principales arquitectos de la tragedia. De hecho, en el bestiario del incipiente siglo representa un nuevo espécimen: el genocida locuaz de profundas convicciones ideológicas que, sin una arruga en su bien planchada indumentaria, perpetra sus carnicerías sentado tras un escritorio.

De Nogales está de pie junto al gobernador y observa el asalto de la aldea. Ve que trescientos kurdos a caballo les cortan todas las vías de escape a los armenios. Ve que los kurdos pasan cuchillo a los sobrevivientes. De repente unas balas rozan silbantes el aire junto a De Nogales y el gobernador. Los disparos provienen de un grupo de armenios que han escalado la gran catedral de San Pablo en el casco viejo de Van. Hasta este momento ambos bandos han respetado el antiguo santuario, pero ahora el gobernador da la orden de que lo hagan pedazos. Cosa que, efectivamente, ocurre. Se necesitan dos horas de fuego con bolaños para que la elevada y ancestral basílica se derrumbe en medio de una nube de polvo. A estas alturas francotiradores armenios también se han encaramado al minarete de la gran mezquita. Esta vez el gobernador es menos rápido en dar la orden de fuego. De Nogales, sin embargo, no vacila, sino que sentencia: «La guerra es la guerra».

«De esta guisa —relata de Nogales— fueron destruidos en un solo día los dos templos principales de Van, los cuales durante casi novecientos años constituyeron sus más renombrados monumentos históricos.»

Ese mismo día William Henry Dawkins baja a tierra en Galípoli.

Ya a las cuatro de la madrugada se despierta y se da un baño de agua caliente. Entre tanto, el buque avanza hacia el noreste con las luces de situación apagadas. Cuando el sol rompe por el horizonte echan anclas: a su alrededor las sombras de otros buques, ante ellos la silueta alargada de la península de Galípoli, una forma difusa como pintada a la acuarela. A continuación el desayuno y los preparativos para el desembarco. Entonces empiezan a rugir los cañones del acorazado. Dawkins y sus hombres pasan primero a un destructor, que los aproxima a tierra. Del destructor pasan a unas grandes balandras de madera tiradas por lanchas motoras.

Oleaje. Un cielo al alba. Estridentes explosiones. Ve sus primeros heridos. Ve los balines de las *shrapnel* que al explotar caen a chorro perforando con cientos de pequeños surtidores la superficie del agua. Ve la playa cada vez más cerca. Salta de la embarcación. Ve que el agua le llega a los muslos. Oye el sonido de fuego de fusilería procedente de algún lugar tras las empinadas laderas de la playa. La costa es pedregosa.

A las ocho todos los hombres forman en la orilla con las bayonetas caladas. Dawkins anota en su diario:

*Esperamos en la playa aproximadamente una hora. El general<sup>79</sup> y su Estado Mayor*



*pasan de largo. El primero parece estar de excelente humor, lo cual es un buen augurio. Nadie sabe exactamente lo que ha pasado. El resto de nuestra compañía desembarca. Después yo y una patrulla recorreremos la playa en dirección sur en busca de agua. Encontramos un hoyo lleno en las proximidades de una choza turca, dentro de la cual las pertenencias de sus moradores están desparramadas por todas partes. Cruzamos la cresta de una colina y bajamos por un profundo barranco, pero unos infantes detrás de nosotros se ponen a gritar y tenemos que volver. Envío una escuadra a cavar un pozo en las proximidades de la choza, otra a cavar un pozo tubular en el mismo barranco, una tercera para mejorar el caudal de un pequeño manantial que hay junto a la playa. En el barranco próximo a la choza aterrizan enjambres de balas proyectadas demasiado alto que no han dado en el blanco. Los infantes de la colina de enfrente no dejan de advertirnos con gritos frenéticos que nos están disparando. Vaya si nos disparaban.*

Y así continúa. Dawkins y sus soldados corren de un lado a otro bajo los haces de balines de las *shrapnel*, cavan, taladran, pasan tubos. Dos de sus hombres resultan heridos: uno en el codo, el otro en el hombro. El temporizador de una *shrapnel* le da a él en la bota pero sin producir herida. Hacia las diez de la noche escucha el fragor de un intenso tiroteo —«un sonido magnífico»— proveniente de las lomas que se elevan en la playa: un contraataque turco.<sup>80</sup> De las elevadas pendientes que mueren en la playa baja un fino pero constante reguero de heridos. Dawkins ve a un coronel con evidentes signos de padecer algún tipo de neurosis bélica dando órdenes de abrir fuego contra unas colinas mantenidas por sus propias tropas. Luego ayuda a descargar municiones de una lancha.

Hacia las nueve de la noche se va a acostar, «muerto de cansancio». Al cabo de una hora y media, un comandante le despierta comunicándole que la situación es crítica. Durante lo que queda de noche Dawkins se dedica a llevar refuerzos y municiones hasta la muy presionada infantería de la primera línea. El tiroteo dura la noche entera. Dawkins se acostará de nuevo hacia las tres y media de la madrugada.

*Sábado, 1 de mayo de 1915*

## FLORENCE FARMBOROUGH OYE COMO SE DERRUMBA EL FRENTE DE GORLICE

Como para millones de personas más, la despedida en la estación de ferrocarril había sido la experiencia más sublime de todas; para la mayoría fue también la única sublime. La aglomeración en la estación Alexander de Moscú era enorme. Se cantó el himno nacional ruso, se repartieron bendiciones y advertencias, se intercambiaron abrazos y buenos deseos, se distribuyeron flores y chocolate. Luego el tren se puso en marcha, en medio de un mar de vítores, manos diciendo adiós y rostros marcados por la incertidumbre y la esperanza. En cuanto a ella, la invadió «una alegría salvaje. ¡Estábamos en marcha, camino del frente! Mi alegría era tan abrumadora que me quedé sin habla».

Ahora se halla estacionada junto con su unidad en Gorlice, una pequeña y paupérrima ciudad de provincias de la Galitzia austrohúngara, ocupada por tropas rusas desde hace algo más de seis meses. Gorlice está muy cerca del frente. La artillería austríaca bombardea la ciudad diariamente, de un modo algo distraído, más por principio que siguiendo un verdadero plan. Parece no importarles en absoluto que la mayoría de las víctimas de su fuego sean, al igual que ellos mismos, súbditos del emperador que reside en Viena. La torre de la gran iglesia está partida en dos. Muchas casas no son más que un montón de escombros. Antes de la guerra la ciudad tenía 12.000 habitantes, en cambio, ahora solo son un par de miles los que han optado por no salir huyendo, y estos viven agazapados en sus sótanos.

Hasta el momento, Farmborough y demás personal del hospital de sangre se han dedicado principalmente a aliviar las necesidades de la población civil, en primer lugar, distribuyendo comida. La carestía de alimentos es grave. El paisaje tiene un agradable verdor primaveral.

El hospital de campaña móvil número 10 consta de tres secciones. Por un lado dos unidades volantes capaces de desplazarse fácilmente allá adonde más se las necesite, cada una de las cuales dispone de un oficial, un suboficial, dos médicos, un auxiliar de médico, cuatro enfermeros, cuatro enfermeras, treinta conductores de ambulancia, dos docenas de ambulancias de dos ruedas tiradas por caballos (con cruces rojas pintadas en las lonas) amén de la misma cantidad de cocheros y mozos de cuadra. Por otro lado, una unidad base donde hay más camas, en la que están los almacenes y que también dispone de aún más recursos para el transporte, concretamente dos automóviles. Florence pertenece a una de las dos unidades volantes. Han improvisado un hospital acondicionando una casa abandonada, la han limpiado a fondo, pintado y montado un quirófano y una farmacia.

Como decíamos, Gorlice está tocando al frente, a los pies de los Cárpatos, y las granadas caen a diario en medio de las casas. Con todo, este ha sido un sector tranquilo durante bastante tiempo y últimamente los militares rusos han empezado a dar muestras de una cierta apatía. Eso lo aprecia cualquiera que se adentre hasta la primera línea. Aquí no se ven fortificaciones tan sólidamente construidas como las que ahora ya son regla en el estático frente occidental.<sup>81</sup> Por el contrario, aquí las trincheras son construcciones poco profundas y hechas de cualquier manera que más bien parecen

zanjas a las que amparan unas cuantas estrechas hileras de alambrada. Obviamente, durante el invierno era difícil cavar la tierra, pero tampoco ahora que la costra de tierra helada se ha fundido se están acelerando los trabajos de excavación, esto se debe en parte a la desidia, en parte a la falta de palas.

La artillería rusa no suele responder a los bombardeos austríacos, tan poco sistemáticos. Se dice que eso se debe a la falta de municiones, pero lo cierto es que hay gran cantidad de granadas en depósitos de la retaguardia. Los burócratas uniformados que dirigen estas cosas prefieren guardarlas ahí, a la espera de algo gordo. El ejército ruso planea una nueva ofensiva más al sur, hacia los famosos pasos de los Cárpatos (¡el portal de Hungría!), hediondos y sembrados de cadáveres desde las duras pero infructuosas batallas del invierno; mejor destinar los recursos allí, donde son más necesarios. Cabe preguntarse si esta apreciación, realmente, es correcta. Durante varios días la inquietud ha invadido las unidades rusas estacionadas en Gorlice, se rumorea que las tropas austríacas que tienen enfrente han recibido refuerzos en forma de infantería alemana y artillería pesada.

Este sábado Florence y demás personal de la ambulancia se despiertan antes del alba por el ruido del fuego de artillería pesada.

Se levanta trastabillando de la cama. Por suerte se acostó completamente vestida. Todos — exceptuando tal vez a Radko-Dimitriev, jefe del Tercer Ejército Ruso— barruntaban que se estaba tramando algo. Estallidos de diversa potencia y tono aumentan de frecuencia a medida que la artillería rusa circundante responde al fuego. Los balines que salen volando de las *shrapnel* repiquetean contra los tejados y el pavimento de las calles.

A través de los temblorosos cristales Florence vislumbra el juego de luces sobre el cielo todavía oscuro. Ve las grandes e instantáneas llamaradas de los fognazos salpicadas por los amortiguados relámpagos de las explosiones. Ve resplandor de focos y la luz chillona y multicolor de las bengalas que se mezcla con los amortiguados reflejos al rojo vivo de repentinos incendios. Ellos se quedan dentro, acurrucados. Tiemblan el suelo y las paredes.

Luego empiezan a llegar los heridos:

Al comienzo podíamos ayudarlos a todos; después su número nos desbordó. Llegaban a centenares y de todas direcciones; algunos iban por su propio pie, otros reptaban o se arrastraban por el suelo.

En esta desesperada situación al personal sanitario no le queda otro remedio que efectuar una brutal selección. Los que se tienen en pie se quedan sin auxilio; a estos simplemente se les exhorta a que sigan hacia la retaguardia y se dirijan a alguna de las unidades estacionarias. Los que no pueden andar son tan numerosos que hay que tenderlos fuera, al aire libre, donde primero les dan analgésicos y después les curan las heridas. «Era lastimoso oír los gritos y gemidos de los heridos.» Florence y demás personal hacen cuanto está en su mano para ayudar, pese a tener la sensación de que todo es en balde, porque el flujo de cuerpos desgarrados y rotos parece no menguar nunca.

Así se suceden las horas, una tras otra. De vez en cuando se produce un intervalo de silencio.

La luz diurna pierde intensidad, cae la noche.

Atendiendo gritos y llamadas, las sombras de sus siluetas se mueven de aquí para allá, iluminadas por rachas de una luz áspera y lejana.

A las seis de la mañana siguiente, aproximadamente, Florence y demás personal oyen un nuevo y espantoso sonido: el fragor súbito y vibrante, como de catarata, producido por las más de 900 piezas de artillería de todos los calibres imaginables que abren fuego simultáneamente: hay una pieza por cada cincuenta metros de frente. Segundos más tarde llega el prolongado y desflecado eco de los impactos. El estruendo de las explosiones metálicas sonando en diferentes tonalidades se densifica hasta formar una muralla de ruido, el fragor crece, elevándose en torbellinos como si de una fuerza natural se tratara.

Hay una nueva e inquietante regularidad en este fuego artillero, en el modo en que se abate sobre la trinchera frontal rusa. El término técnico es *Glocke*, campana. La barrera de fuego oscila adelante y atrás, lateralmente y hacia el fondo, recorriendo las líneas rusas y los ramales de aproximación. Esto no tiene nada que ver con los descuidados bombardeos realizados al buen tuntún de los austríacos, ni siquiera con los potentes truenos del sábado. Esto es artillería como ciencia, calculada en segundos y kilogramos para producir el máximo efecto. Esto es algo completamente nuevo.

Primero les llega la palabra, la reciben con desconfianza: «Retirada».

Después le sigue el fenómeno en sí: largas e irregulares columnas de soldados cubiertos de lodo y expresión cansada pasan de largo. Finalmente llega la orden: partida inmediata, hay que abandonar el equipo y a los heridos. ¿Abandonar a los heridos? ¡Sí, abandonar a los heridos! «¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Los alemanes están a las puertas de la ciudad!»

Florence coge su abrigo y su mochila y sale corriendo del edificio. Los heridos chillan, suplican, llaman y maldicen. «No nos dejéis, por el amor de Dios.» Alguien se agarra al borde de la falda de Florence, y ella desengancha esa mano por la fuerza. Luego desaparece con los demás por la carretera de hoyos. Es un cálido y radiante día de primavera, pero algo extraño lo enturbia. Las cisternas de petróleo del extrarradio han empezado a arder, y en el aire flota un humo grasiento y negro.<sup>82</sup>

*Miércoles, 12 de mayo de 1915*

## WILLIAM HENRY DAWKINS CAE EN GALÍPOLI

Cabe preguntarse qué ocupó más su atención: si las arduas tareas en la playa o el dolor de muelas. Con toda probabilidad lo primero. Dawkins era realmente un hombre cumplidor y muy resuelto. Sus frecuentes visitas al dentista, sin embargo, dan testimonio de que el dolor de muelas debió de acompañarlo como un constante zumbido de fondo, una distracción, un filtro,<sup>83</sup> y su vivencia de estos días debió de ser una curiosa mezcla de lo exaltadamente épico y lo estrictamente privado —suele ser—, a la que podríamos añadir una especie de zona intermedia hueca: probablemente enseguida perdió la noción de cosas tan simples como saber qué día de la semana era.

Desde que desembarcaron hace ahora algo más de dos semanas, el tiempo ha sido bueno, aunque de noche refresca. Hace dos días, sin embargo, empezó a caer una llovizna gris. Y así están. Debido a la gran cantidad de personas y animales que van y vienen de la playa a las trincheras excavadas en lo alto de las escarpadas colinas, la tierra pisoteada de los senderos es un pegajoso barrizal, y cuesta desplazarse sobre la arcilla húmeda y resbaladiza de los barrancos. William Henry Dawkins duerme con su cabo en una grieta cubierta de la pendiente que muere en la playa. El único mobiliario existente es un viejo sillón arrojado por el mar hace unos días, en el cual Dawkins a veces se sienta para dar sus órdenes. Esta mañana se despierta en medio de una lluvia torrencial.

A nadie se le escapa que la grandiosa operación ha entrado en punto muerto.

En realidad, los aliados solo han conseguido establecer firmes cabezas de puente en dos lugares. Uno es el vértice del extremo sur de la península y el otro aquí, en el lado oeste de Galípoli, en Gaba Tepe.<sup>84</sup> Con todo, Dawkins y los suyos se han equivocado al desembarcar, están a más de un kilómetro al norte del punto predeterminado. Esto, en cierto modo, es una suerte, ya que donde desembarcaron las defensas otomanas eran anormalmente débiles. La explicación está en el terreno, tan accidentado que sus defensores juzgaron altamente improbable que los aliados fueran a intentar un desembarco justo en ese lugar.<sup>85</sup> Como consecuencia, los atacantes lograron vadear hasta la orilla sin mayores bajas, pero una vez allí, solo a costa de grandes esfuerzos podían moverse por el desconcertante laberinto de empinados barrancos cubiertos de matas y abruptas colinas que caían en picado sobre la playa. Cuando la infantería turca, enviada allí a toda prisa, llegó al lugar e inició el primero de una larga serie de furiosos contraataques, las compañías de australianos y neozelandeses habían avanzado dos kilómetros tierra adentro. Y por allí se habían quedado, como un irónico reflejo del estancado frente occidental. También al igual que en Francia y en Bélgica, los ataques y contraataques se habían ido alternando, hasta que ambos bandos, exhaustos y resignados, comprendían que, de momento, no había forma de mover al adversario, y se sumergían de nuevo en la rutinaria monotonía de la guerra de trincheras.

Una de esas monótonas rutinas consiste en el avituallamiento, en el suministro de comida y agua. Por extraño que parezca, el alto mando había hecho provisiones. Que conseguir agua sería un problema —especialmente al entrar, como ahora, en la estación más calurosa del año—, eso se

sabía. Por tanto, al desembarcar traían consigo unas gabarras cargadas de agua traída de Lemnos para cubrir las necesidades más inmediatas, hasta que las tropas de ingenieros pudieran poner en funcionamiento los pozos. Dawkins y sus hombres han trabajado de prisa, construyendo un buen número de pozos y acondicionando varios lugares donde tanto animales como hombres pueden saciarse con el vivificante líquido.

Pero eso no significa que el agua abunde. No hay, por ejemplo, suficiente agua dulce para lavarse. De la higiene personal hay que cuidarse mediante baños en el mar. Por el contrario, todo el mundo tiene prohibido utilizar el agua salada para el cepillado de los dientes: el motivo es la gran cantidad de cadáveres de animales e inmundicia de los barcos anclados cerca de la playa que flota en el mar. Otro de los problemas es la gran cantidad de agua dulce que se pierde debido a que las tuberías que conducen el agua desde las bombas de los pozos resultan perforadas con mucha frecuencia, o bien por fuego artillero o bien debido a la negligencia de los soldados que hacen pasar carros o cañones por encima de los frágiles tubos. Por eso, desde hace algún tiempo, Dawkins y sus hombres han estado ocupados enterrando cañerías.

Es una mañana corriente, aunque gris y lluviosa. Dawkins hace formar a sus soldados como de costumbre y reparte las tareas del día entre los distintos grupos. Una de ellas es continuar enterrando tubos de agua. Poco gloriosa, sí, en absoluto un tema para los vistosos artículos de las revistas ilustradas, pero aun así necesaria. Por azar, varios de los peores camorristas de la compañía han ido a parar al pelotón de Dawkins. La gravedad de la situación unida al talento de este para el mando — que incluye una sincera preocupación por sus hombres— han contribuido a apaciguar los recalcitrantes ánimos, de modo que entre esos maleantes y refunfuñones aparentemente incorregibles y su joven y amable capitán se ha ido desarrollando un considerable sentimiento de solidaridad.

Todavía es temprano cuando se ponen en marcha.

Llueve.

Esta mañana a uno de los grupos le espera una etapa más peligrosa de lo normal. Es fácil ver dónde: a lo largo de un trecho de unos cien metros yacen una treintena de mulas muertas, abatidas por granadas otomanas. La zanja, sin embargo, ya está cavada. Se hizo de noche. Ahora solo queda colocar los tubos en el fondo de la zanja y acoplarlos. De momento todo está tranquilo y en calma. La artillería turca guarda silencio. Lo único desagradable son esos animales muertos con sus panzas infladas y las patas tías en el aire. La zanja pasa delante de los cadáveres, junto a ellos, por debajo, en algunos tramos hasta los atraviesa. Los siete soldados se manchan de sangre. Dawkins está con ellos. Son las diez menos cuarto.

Entonces se oye el silbido de una granada.

Es la primera granada del día, la primera de todas. El silbido crece a alarido. Este se disuelve en un estampido duro y estridente. El proyectil explota justo encima de las cabezas de los soldados agazapados que sostienen los tubos, pero como se trata de una *shrapnel* se salvan: la carga de balines esféricos cae unos quince metros más allá.<sup>86</sup> Uno de los soldados, un hombre llamado Morey, se gira justo a tiempo para ver cómo cae al suelo William Henry Dawkins, del modo particular que caracteriza a los heridos graves, cuando no es la mecánica usual del cuerpo la que rige la caída sino la simple ley de la gravedad. Corren hacia él. Le han dado en la cabeza, la garganta y el pecho. Lo levantan del suelo mojado, se alejan para ponerse a cubierto. Tras ellos explota otra granada con un estampido seco y breve. Lo tienden en el suelo. La sangre se mezcla con la lluvia. Él no dice nada.

Muere ante sus ojos.

Al atardecer del mismo 12 de mayo, Herbert Sulzbach parte de Fráncfort del Meno tras una estancia de dos días de permiso en la casa paterna. En su diario escribe:

*En realidad te imaginabas una despedida así, para volver a la guerra, de un modo muy distinto, y también en esto se nota que te vas embotando: no sientes que se trate de un acontecimiento, no tienes ni la idea ni la sensación de que tal vez no vuelvas, simplemente partes como partías en las vacaciones de verano cuando eras un colegial. Mucho peor resulta la despedida para los que se quedan en casa, claro.*



*Viernes, 14 de mayo de 1915*

## OLIVE KING FRIEGA SUELOS EN TROYES

El día es frío y ventoso. Para variar, podríamos decir, porque últimamente el tiempo ha sido de lo más agradable. Incluso han podido dormir a la intemperie en una pineda cercana, acostadas en las camillas que aún están por estrenar. Pero no es el calor el que las ha llevado a dormir al aire libre sino el simple hecho de que la pequeña casa solariega confiscada a su cuenta, Château Chanteloup, está sin muebles y bastante sucia. Además, la mayor parte de su equipo se ha extraviado. Desprovistas de tienda de campaña y de una cocina en condiciones no pueden acoger heridos. La mansión, si bien da a la carretera, está bellamente situada y posee un hermoso huerto de frutales y hortalizas, varios prados extensos y un encantador bosquecillo en las inmediaciones.

Como de costumbre, Olive King ha madrugado. Ya a las ocho y cuarto de la mañana está sentada tras el volante de su ambulancia. Su meta es encontrar bancos y mesas como mobiliario. Va acompañada de su superiora, Mrs. Harley, jefa de transporte. Olive May King es una australiana de 29 años, nacida en Sídney e hija de un próspero hombre de negocios. En muchos sentidos, también es una niña de papá, más que nada porque su madre murió cuando King solo tenía 15 años.

Creció y se educó siguiendo las pautas convencionales (acabando sus estudios en Dresde, donde las clases de música y pintura en porcelana formaban parte de las asignaturas), pero no ha sido así la vida que ha llevado a continuación. En ella conviven en tensión el sincero e ingenuo anhelo de casarse y tener hijos, por un lado, y por el otro, un temperamento enérgico e inquieto. Durante los años previos a la guerra viajó mucho, por Asia, América y Europa, siempre acompañada de una carabina, por supuesto. Es la tercera mujer del mundo que ha escalado los 5.452 metros de altura del volcán Popocatepetl, al sudeste de Ciudad de México, y la primera que se atrevió a descender a su humeante cráter. Pero algo le falta. En un poema que escribió en 1913 le pide a Dios: «Envíame una pena [...] que despierte mi alma de su absorbente sopor». Es una más de aquellos para quienes el evangelio de la guerra se llama cambio.

Por esa razón no es de extrañar que al poco de estallar el conflicto King hallara la manera de pasar de espectadora a contendiente; a eso la condujo tanto su temple aventurero como su ferviente patriotismo. Escogió el único camino abierto a las mujeres en 1914: la asistencia sanitaria. Al mismo tiempo, es revelador el hecho de que King no quisiera convertirse en enfermera, sino que al enrolarse escogiera el papel mucho más inusual de conductora, llevando el volante de una gran ambulancia de la marca Alda que se compró ella misma, aunque con el dinero de su padre. Saber manejar un vehículo a motor es todavía una habilidad de lo más exclusiva, máxime para personas de su sexo. La organización para la cual trabaja King se llama The Scottish Women's Hospital (Hospital Femenino Escocés). Es una de las muchas unidades sanitarias privadas que se instauraron durante los fervores del otoño de 1914, pero esta tiene de especial el haber sido creada por sufragistas radicales y estar dirigida únicamente por mujeres.<sup>87</sup>

La ambulancia que King conduce esta mañana es la suya. El número de matrícula es el 9862, pero



ella siempre la llama *Ella*, abreviatura de *Elefante*. Y la ambulancia, efectivamente, es muy grande, más bien un minibús: caben nada menos que dieciséis pasajeros sentados. La parte de atrás destinada a la carga es pesada, y rara es la vez que King consigue que *Ella* supere los cuarenta o cuarenta y cinco kilómetros por hora.

Pasadas las diez y media están de vuelta. Con la ayuda de otra de las conductoras, Mrs. Wilkinson, King descarga los bancos y mesas que han encontrado y los colocan en el jardín. A continuación King y la señora Wilkinson se cambian de ropa y empiezan a fregar la caseta destinada al alojamiento de las conductoras. Ambas utilizan a fondo el cepillo y la esponja, cambian el agua varias veces y no dejan de restregar hasta que los suelos están impecablemente limpios. También se les ocurre la idea de cambiar el papel de las paredes de uno de los cuartos, pero eso tiene que posponerse.

La cena consiste en espárragos, es la temporada y además son buenos y baratos. Como de costumbre, tienen público a la hora de comer. La ventana del comedor da al camino, y allí los curiosos se detienen a mirar a estas extrañas mujeres que han viajado hasta aquí voluntariamente para contribuir al esfuerzo bélico y que, por añadidura, se las apañan muy bien sin hombres. Después, ella y varias compañeras más se retiran a sus habitaciones a escribir cartas; el correo sale mañana por la mañana. King le comunica a su hermana:

*No creo que falten muchos meses para que termine la guerra. El fracaso, gracias a Dios, de ese maldito gas venenoso acabará convirtiéndose en un gran revés para Alemania. ¿No es estupendo que las nuevas máscaras antigás den tan buenos resultados? ¡Gracias, Dios bendito! Dios debería hacer que esas horribles granadas de gas explotasen por sí solas y matasen a 500.000 alemanes. Sería una maravillosa manera de vengar la carnicería de nuestros pobres soldados, y ojalá que Él enviara incendios o inundaciones que destruyeran o hiciesen saltar por los aires todas las fábricas de munición alemanas.*

King escribe esto en su cuarto recién fregado, recostada en la camilla rota que en estos momentos le sirve de cama. Por lo demás, descontando una silla y una gramola, la habitación está vacía. El cuarto también tiene una chimenea con repisa de mármol; allí tiran las colillas, las cerillas y otras basuras. El papel de las paredes le gusta mucho, tiene un diseño de loros de color pardo que picotean nueces en unos rosales. Le entra frío. Y sueño. ¿Cuándo empezará en serio su guerra?

*Miércoles, 26 de mayo de 1915*

#### PÁL KELEMEN COMPRA CUATRO BARRAS DE PAN BLANCO EN GLEBOVKA

Los rusos se están replegando, no cabe duda. Ha tenido oportunidad de constatarlo los últimos días, al cabalgar de un pueblo maltrecho a otro y ver todo lo que el enemigo ha dejado a su paso al batirse en retirada, desde las basuras y despojos en las carreteras, pasando por los soldados muertos o moribundos, hasta los postes indicadores recién levantados con ininteligibles nombres en caracteres cirílicos. (Hace un año la carretera conducía a Lemberg; ahora lleva a Lvov; pronto volverá a ser la de Lemberg.)<sup>88</sup>

A Kelemen no le sabe mal reanudar la marcha, y aún menos hostigar a las fuerzas invasoras rusas. La noticia de la gran brecha abierta en Gorlice, sin embargo, ha sido recibida con mucho menos entusiasmo por parte de la tropa de lo que sería de esperar. «Todos se han vuelto indiferentes — anota en su diario—. Tienen los nervios desgastados por la constante tensión.»

Desde ayer se encuentran en la pequeña ciudad de Glebovka. Al entrar a caballo en la ciudad con los demás húsares le sobresaltaron dos cosas. La primera: una casa en la que los cristales de las ventanas estaban intactos y tras los cuales vislumbró unos visillos blancos de encaje. La segunda: una muchacha polaca —la mirada de Kelemen siempre va en busca de mujeres jóvenes— que caminaba entre un montón de soldados y prisioneros de guerra rusos y cuyas manos estaban enfundadas en unos guantes blancos. Le cuesta mucho olvidar esos guantes y esos visillos de encaje, olvidar ese blanco immaculado en medio de un mundo lleno de barro y suciedad.

Hoy se ha enterado de que se puede conseguir pan blanco. Y harto como está de los chuscos del ejército, que o bien están mal cocidos o bien reseco, también él ha decidido conseguirlo. Compra cuatro barras grandes de pan blanco. Kelemen anota en su diario:

*Corto una rebanada de una de las barras. Todavía no se ha enfriado. Su aroma espeso y penetrante invade mi nariz. Muy despacio, con algo similar a la veneración, doy el primer bocado, intentando captar el sabor con la mayor nitidez posible. Me digo que este es el mismo pan que yo solía comer antes de la guerra.*

*Mastico y me concentro. Pero mi paladar no reconoce el gusto, así que saboreo este pan blanco como si de algún alimento nuevo se tratara, uno cuya reputación y sabor fueran completamente desconocidos para mí.*

*Más tarde comprendí que el pan realmente era el mismo que había en casa. Soy yo quien ha cambiado; a ese pan blanco tan bueno que antes daba por sentado, la guerra le ha dado un sabor nuevo y extraño.*

*Lunes, 31 de mayo de 1915*

## SOPHIE BOCHARSKI ES TESTIGO DEL USO DE GAS FOSGENO EN WOLA-SZYDLOWIECKA

No es el fuego de fusilería el que las despierta. A ese ruido hace ya mucho que se acostumbraron. No, es el «ruido sordo y atronador» del fuego nutrido.<sup>89</sup> Ella y las demás enfermeras se levantan de la cama sin recibir orden alguna, mirándose con preocupación y desconcierto las unas a las otras. Ese ruido siempre es inquietante, de mal agüero. Significa ataque; significa heridos; significa muerte. Se visten y se reúnen con los soñolientos estudiantes de medicina en una sala grande. La atmósfera está tensa. Alguien intenta hacer una broma, pero sale mal. En silencio observan «la grisácea luz del alba que penetra en la habitación».

Luego su jefe irrumpe en la sala, les comunica que, una vez más, los alemanes bombardean Wola-Szydlowiecka, el mismo lugar en que se libraron tan duros combates en febrero: «Se espera un ataque». Entonces ocurre algo inesperado. Sophie Bocharski conoce el sonido del fuego nutrido, sabe lo que implica, sabe también que rara es la vez en que no se prolonga hora tras hora, en ocasiones, un día tras otro. Sin embargo, mientras están allí de pie discutiendo, se hace un súbito silencio. El eco de las detonaciones se extingue. ¿Qué está pasando? Bocharski y compañía salen de la casa a la grisácea luz del alba, otean la carretera en dirección al frente. Ese abrupto silencio da casi tanto miedo como el fragor del fuego.

¡Allí! Unos cuantos soldados llegan corriendo por la carretera. Al cabo de un rato también del bosque cercano salen figuras. Cada vez aparecen más hombres corriendo presas del pánico. Sophie Bocharski y los demás dan por supuesto que vienen a su hospital de campaña, pero cuando los soldados llegan a su altura pasan por su lado sin girarse siquiera. Bocharski los ve correr ciegamente en estampía. Ve que los rostros tienen un tono azulado, algunos casi amarillo. Ve que a muchos hombres les salen espumarajos por los labios, ve que otros vomitan. Una ambulancia tirada por caballos aparece entre crujidos por la carretera, el carruaje se bambolea y da bandazos debido a la gran velocidad. En el pescante hay dos enfermeros, «sin sus gorras y con las bocas desencajadas por el espanto». Tampoco la ambulancia se detiene, pero uno de los hombres sentados en el pescante, al pasar de largo, grita algo así como que «todos están muertos». Después esos dos también desaparecen. Al final, uno de los que huyen se detiene a medias y como respuesta a sus preguntas dice chillando: «¡Nos envenenan como a ratas, los alemanes nos han echado encima una niebla que nos persigue!».

También entre el personal del hospital cunde el pánico. Sophie Bocharski y los demás corren hacia un bosque donde han visto desaparecer a muchos fugitivos. Solo una persona se queda en el hospital de sangre, un niño que en vez de huir quiere pelear y que para ello ha cogido un fusil. Cuando se giran lo ven de pie en el umbral. Con los dedos el chico va comiéndose la mermelada de un bote que se ha metido en el bolsillo de la chaqueta.

Tras un largo rato de espera en el bosque, rodeados de hombres despavoridos y vomitando,

Bocharski y los demás reciben órdenes de dirigirse a las trincheras. El silencio sigue siendo total. Se ponen en marcha en sus ambulancias a motor, atraviesan Wola-Szydlowiecka, que ahora solo consta de «chimeneas que despuntan entre montones de ladrillos», pasan campos arados por las granadas, vislumbran una tierra de nadie «quemada y descolorida». No ven ni una sola persona, al menos ninguna que se mantenga en pie. El silencio y la quietud les conminan a avanzar. El único ruido que se percibe es el de los motores de las ambulancias. Llegan hasta la franja de arabescos trazados en la tierra de las trincheras, normalmente una empresa de lo más insensata; ahora, en cambio, también las líneas alemanas están sumidas en un silencio extraño, anormal.

En el aire flota un olor raro.

Bocharski desciende a una trinchera. Allí ve cuerpos, gran cantidad de cuerpos, algunos vistiendo el uniforme pardo del ejército ruso, otros enfundados en la tela gris del uniforme de campaña alemán. Ha visto cadáveres antes, pero esto es nuevo. Porque estos cuerpos están tumbados en posiciones «tan retorcidas, tan torturadas y anormales que a duras penas pudimos separar un cuerpo del otro». El mismo gas venenoso que les quitó la vida a los soldados rusos segó las de los atacantes alemanes. Bocharski y los demás van rebuscando de aquí para allá, encuentran más cadáveres en los refugios, otros en los ramales de aproximación adonde han huido despavoridos antes de que el gas les atrapara. Acurrucado tras una ametralladora cubierta de un polvo rojo hallan a un enfermero. Al tocarlo el hombre se desmorona, muerto.

A los que dan señales de vida se les traslada y agrupa en un campo. Sophie Bocharski y los demás les van quitando las guerreras, que apestan a gas, pero aparte de eso poco es lo que pueden hacer por ellos. En el anterior ataque con gas venenoso aquí en el este<sup>90</sup> los alemanes utilizaron bromo acetona, conocida como *T-Stoff*, una especie de gas lacrimógeno muy irritante pero no letal. Esto, en cambio, es algo completamente distinto: esto es un gas clorado.<sup>91</sup> Bocharski y demás personal sienten que entre ellos está a punto de cundir el pánico. ¿Qué hacer? El desconcierto es general. A alguien se le ocurre la idea de inyectar una disolución de cloruro sódico a las torturadas víctimas. Como único resultado los sujetos fallecen al instante. A Bocharski y sus colegas no les queda otro remedio que presenciar impotentes cómo los hombres, con sus azulados semblantes, mueren «esas muertes horribles», todos ellos totalmente conscientes hasta el final, pugnando en vano por respirar mediante silbantes y prolongadas aspiraciones. El color oscuro de los rostros hace que sus ojos —mejor dicho el blanco de sus ojos— destaque con inquietante claridad.

Se les acerca una mujer, les explica que anda buscando a su hijo. La dejan que busque. Bocharski la observa mientras se va desplazando más y más lejos por el campo, yendo de una silueta tumbada a la otra. La mujer busca entre los vivos y entre los muertos. Nada. Pide entonces ser llevada hasta las trincheras, lo cual, contra toda previsión, se le concede; tal es el clima de caos y resignación: ¿qué daño podría causar en una situación como aquella? La mujer se marcha en una ambulancia junto con un enfermero. Al cabo de un rato ven el carruaje de vuelta. La mujer está sentada en la ambulancia, y arremolcado a su lado, va el cuerpo de su hijo muerto.

«Toda la noche —explica Sophie Bocharski— caminamos entre ellos con faroles en las manos, sin poder hacer nada, entre los enfermos y los que se estaban asfixiando.» Hacia el amanecer llegan órdenes de que a los enfermos se les inyecte aceite de alcanfor, una sustancia que suele utilizarse en casos de envenenamiento o colapso. Los enfermos tendidos en aquel campo que a estas alturas todavía viven reciben diez gramos cada uno. Eso parece aliviar un poco sus molestias.

*Domingo, 6 de junio de 1915*

## KRESTEN ANDRESEN ES EVACUADO DEL HOSPITAL DE NOYON

¿Será tal vez el azar, el caprichoso azar, el que se encargará de salvarle? Una noche oscura de principios de mayo, Andresen cayó en una de las estrechas zanjas de los ramales de aproximación produciéndose una fractura de la tibia derecha, justo por encima de la articulación del pie. Desde entonces ha pasado la mayor parte del tiempo en el hospital, acostado en una gran sala que anteriormente había sido un teatro, cuidado por unas monjas francesas, aburrido por la falta de lectura y harto de la mala comida —no se considera que los enfermos necesiten tanto alimento como los soldados del frente—,<sup>92</sup> pero aun así muy satisfecho. Seis semanas como mínimo, le ha dicho el doctor. Con un poco de suerte tal vez pueda mantenerse lejos de la línea de fuego hasta julio; y a lo mejor, a lo mejor, quién sabe si la guerra no habrá terminado para entonces.

Tendido en su cama y siguiendo su costumbre, Andresen ha estado fantaseando mucho sobre la guerra y sobre lo que pueda ocurrir pronto, y también sobre la paz y sobre lo que podría suceder en caso de producirse. Durante el mes de mayo Italia ha declarado la guerra a las Potencias Centrales, los británicos han atacado arriba en Flandes y los franceses han realizado perseverantes asaltos en Arras; en la meseta llena de cráteres de Loreto se están librando unos combates singularmente violentos y corren rumores acerca de que Estados Unidos, junto con varios Estados balcánicos, pronto se sumará a los adversarios de Alemania. Andresen se ha sorprendido de la seguridad con que muchos alemanes han reaccionado a las crecientes amenazas: dicen que seguramente la guerra se alargue, pero que la victoria acabará correspondiendo a Alemania de todos modos. Por su parte, él espera que dichas complicaciones en la escena política internacional —reales o imaginarias— conduzcan a la paz. Él sabe perfectamente lo que hará en ese caso. Antes de agosto de 1914 estuvo trabajando durante medio año de maestro en Vinding, y cuando termine la guerra quiere continuar haciéndolo, seguir dedicándose a la enseñanza pública y a las actividades para gente joven. Y sueña con construirse una casita, una casita que no sea más grande que «el gallinero de la tía Dorothea pero que sea muy romántica tanto por dentro como por fuera».

En los últimos días la situación se ha recrudecido en torno a Roye, que está situada a unos diez kilómetros de la sección del frente mantenida por su regimiento. El fuego artillero les ha llegado noche y día, y se habla de que la infantería francesa ha abierto una brecha. Él se libra de esa batalla, gracias a Dios. Pero no es solo eso. Como pronto se van a necesitar más camas donde meter a los numerosos heridos, todos los convalecientes van a ser evacuados, a Alemania, según se cree.

De momento Andresen ignora todo esto por completo. Gran parte del domingo lo pasa tumbado sobre la hierba fresca que crece bajo un peral, mientras el aire cálido se llena del retumbar amortiguado y sordo de distantes cañones. Y por la tarde se va a escuchar un concierto. No es hasta que regresa cojeando al hospital que se entera de lo que está en camino. Recoge sus cosas de inmediato. ¡A Alemania! Las armas y la mayor parte del equipo militar van a parar a un montón, sus pertenencias privadas a otro. Pasan lista, se les entregan documentos de viaje, y a cada uno de ellos

se le anuda un cartelito de cartón —con datos como su nombre, unidad, enfermedad, etcétera— en el pecho. A las once llega la orden de ponerse en marcha.

Les hacen subir a unos automóviles, cinco hombres en cada uno, que después se alejan rugiendo en la noche estival. Por el camino pasan de largo de unos altos mandos que, situados al pie de la cuneta, estudian un horizonte chisporroteante por los fogonazos y los relámpagos de las explosiones, por los rastros luminosos de los proyectiles y los cohetes de señalización que descienden lentamente por el aire. Pero todo esto ya no le afecta.

Nos vamos todos a Alemania, y la verdad es que no sé cómo expresar mi alegría. Nos vamos lejos de los combates y las granadas; pronto no oiremos los cañones, nuestro vehículo atraviesa tierras fértiles y sonrientes aldeas. Yo viajo radiante de alegría, envuelto en la paz del domingo y el tañido de las campanas. A casa, a casa y más allá.

Está previsto que en Chauny hagan un trasbordo. El resto del viaje tiene que efectuarse por ferrocarril, claro está. Los reúnen en un gran parque, y allí un médico examina nuevamente a los que esperan. Cuando el médico llega a Andresen estudia sus papeles y después le arranca el cartel del pecho. No va proseguir el viaje. Por lo que a él respecta, Andresen está suficientemente recuperado para poder volver al frente en cuestión de unos días.

Kresten se aparta del grupo sumido en una honda decepción; de repente todo es «negro y más que negro».

Cuando finalmente regresa al parque ve a todos los demás formando, y varios le llaman. Leyeron su nombre cuando pasaban lista. ¡Sí, irá a Alemania, después de todo! Tan pronto se coloca en la fila descubren que no cuelga ningún cartel de su pecho. Una vez más le ordenan que salga. «¡Adiós permiso! ¡Adiós hogar; vuelvo a partir a la guerra!»



*Viernes, 11 de junio de 1915*

## FLORENCE FARMBOROUGH OYE HABLAR DE LA BRECHA ABIERTA EN EL SAN

Está en su tercera semana en Molodych. Ahora esa primera y despavorida retirada tras la brecha abierta en Gorlice está ya olvidada, o por lo menos, casi. Desde esos primeros días de comienzos de mayo el Tercer Ejército ha perdido la inconcebible cifra de 200.000 hombres, de los cuales 140.000 han desaparecido en calidad de prisioneros; sin embargo, ahora han alcanzado una posición nueva y aparentemente fuerte a lo largo del ancho río San. Por fin llegaron los refuerzos. Y órdenes de la máxima autoridad: aquí, justamente aquí, hay que detener a alemanes y austríacos de una vez por todas: ¡basta de retiradas!<sup>93</sup> A lo largo del río se han librado encarnizados combates, y ambos bandos han realizado asaltos de menor envergadura.<sup>94</sup> Una noche, Farmborough vio por primera vez un gran número de prisioneros de guerra con uniforme gris, alemanes; venían a pie por una carretera a la luz de la luna, tocados con sus característicos cascos Pickelhaub, vigilados por cosacos a caballo. Corre el rumor de que hay grandes bajas entre las filas enemigas. La esperanza renace.

Allí donde se encuentra Farmborough, en la práctica, no se producen combates, lo cual aumenta la sensación de que, probablemente, la crisis esté superada. Ha habido tiempo para hacer muchas cosas, como lavar a orillas del río y celebrar la entrada de Italia en la guerra o el día de su propia onomástica. Por su parte, ella ha dado muchas caminatas por los silenciosos y reverdecientes bosques mientras cogía algunas de las flores de las que hay sobreabundancia a principios de verano. Descontando los casos normales de tifus y cólera, ha habido tanta calma que varias de las enfermeras han empezado a impacientarse y a hablar de traslados a otras unidades donde pudieran ser más útiles. Su jefe ha intentado tranquilizarlas insinuando que su unidad, de todos modos, iba a ser trasladada muy pronto, al Octavo Ejército abajo en Lemberg, o quizás hasta el Cáucaso. (De este último frente llegan buenas noticias de la índole que todo el mundo quiere oír: unidades rusas han empezado a avanzar hacia el sur, pasando la frontera otomana, animadas a ello por los rumores sobre rebeliones y alborotos tras las líneas turcas.)

El reloj marca ahora las tres de la tarde. Florence Farmborough está sentada frente a su tienda, descansando tras su jornada laboral. Reina la calma de costumbre. Ve a cuatro camilleros trasladando difuntos para enterrarlos en el cementerio improvisado del campo contiguo. Escucha el crotoreo de un par de cigüeñas que se han hecho un nido sobre el tejado de paja de una granja. Un hombre de la segunda unidad volante se le acerca y le entrega una carta dirigida a su médico. Ella le pregunta de pasada cómo van las cosas por su unidad y el hombre le cuenta con «excitación contenida» que durante la mañana han caído balines de *shrapnel* en las inmediaciones y que se preparan para partir. ¡Los alemanes han cruzado el San!

La noticia le produce una conmoción, pero aun así no tiene claro que realmente sea verdad. Cierto es que de lejos llega el estruendo de artillería pesada; sin embargo, cuando hacia el mediodía empieza a consultar con incredulidad a los demás, estos se muestran tan perplejos como ella. Después de comer vuelve a su sofocante tienda, donde encuentra a Anna, otra de las enfermeras.

Anna, cansinamente, se lo confirma. Los rumores de una irrupción en el San son ciertos:

*Dicen que el flujo de soldados es enorme y que nada los puede parar. Nosotros tenemos efectivos pero carecemos de recursos. Se dice que hay regimientos enteros sin una sola bala en su haber, y que son contadas las baterías de artillería que están en disposición de disparar.*

*La enfermera Anna añade: «Nuestros ejércitos serán masacrados, y estamos a un solo día de marcha de la frontera rusa». Luego evoca la imagen de una Rusia invadida y desolada, y esta imagen puede con ella. Se tira sobre el camastro, se tapa el rostro con los brazos y solloza. Con cierta torpeza, Florence Farmborough intenta detener sus lágrimas: «Annuschka, para ya; esto es indigno de alguien de tu naturaleza». La compañera levanta los brazos y clava en Farmborough una mirada sombría: «¿Qué naturaleza ni qué niño muerto? —Las palabras le salen a borbotones—. ¿Está en la naturaleza de Dios permitir tanta destrucción? ¡En este baño de sangre más que la naturaleza lo que se pierde es el alma!» Su compañera sigue llorando. Farmborough calla. «No intenté consolarla; no conseguí hallar nada que hubiese podido consolarla.»*

*Después les llega la confirmación definitiva, en forma de una orden de levantar el campamento. Empiezan a recoger las cosas, labor que se ve interrumpida cuando un numeroso grupo de heridos llega inesperadamente:*

*Al verles comprendimos que lo peor que nos pudiésemos imaginar se había hecho realidad; estaban aturcidos, y los rostros reflejaban una zozobra tan grande que ahogaba el acuciante dolor, y había algo en sus ojos que hacía imposible las preguntas.*

Cae la noche. El fragor de lejanos cañones se va amortiguando, mengua, se extingue. Una batería con sus piezas de artillería se mete en un campo contiguo y, una vez desenganchadas las piezas de los carros, las colocan en disposición de hacer fuego. Farmborough y los demás levantan sus tiendas al amparo de la neblina nocturna. En esas se escuchan ruidos en la carretera. Al aproximarse Farmborough ve que está llena de jinetes, cosacos. Ve a un muchacho campesino pasar corriendo con la cabeza baja y desaparecer en el bosque. Oye gritos y jaleo. Los cosacos registran las granjas sistemáticamente, una a una; reúnen todo el ganado que pueden llevarse, como cerdos, vacas y gallinas; también reúnen a todos los varones y los atan.<sup>95</sup> Farmborough ve que unos cosacos derriban a un hombre joven mientras una mujer chillaba con estridencia.

Después los cosacos se pierden por la carretera arrastrando su botín de bípedos y cuadrúpedos. Los gritos de las mujeres suenan aún, sin pausa. Cuando más tarde Farmborough y los demás miembros de la unidad montan en sus carretas llenas hasta los topes y se alejan en la oscuridad, siguen oyéndose sus lamentos.

La noche es hermosa, estrellada.



*Martes, 15 de junio de 1915*

### ALFRED POLLARD ESPERA QUE AMANEZCA EN HOOGE

Es un día caluroso y sin viento. Llevan el equipo de combate al completo y les quedan 12 kilómetros de marcha antes de alcanzar el punto de partida de la incursión. Al principio la marcha por la siempre muy transitada carretera que va de Poperinghe a Ypres les resulta fácil. Tienen que hacer sitio a otras unidades que van a pie, pequeñas y grandes, y a «carros tirados por caballos, carros tirados por mulas, interminables columnas de municiones, artillería pesada y obuses, cadenas de camiones, ordenanzas en motocicletas». Y comprenden que van a participar en un ataque sonado e importante porque incluso la caballería está ahí, lista para el combate y esperando la famosa brecha en las líneas alemanas que les permitirá avanzar con los sables en alto, los banderines ondeando pintorescamente, cabalgar con poses de un agradecido dramatismo y, de ese modo, conseguir que la guerra vuelva a ser móvil.

Este es el primer asalto de Alfred Pollard. Está lleno de entusiasmo, más bien se diría que es feliz. Los largos meses de frustración y desengaño han tocado a su fin. Hasta este preciso momento la guerra no se ha presentado en absoluto según sus expectativas. Enfermó de ictericia, se le ha acusado de ser un simulador (¡él!, ¡un simulador!), ha sido asistente de un oficial y ha trabajado de cocinero. La mujer de la que está enamorado rara vez le escribe. La guerra que soñaba no se ha materializado, y menos aún los actos heroicos de sus fantasías. Pero ahora, en cambio, ha llegado su momento, por fin.

La atmósfera entre los hombres del grupo se transforma notablemente a medida que se acercan al frente. Pollard conoce ese fenómeno:

*Al abandonar la línea de fuego e ir alejándose a cada paso de las balas y las granadas, el ambiente suele estar muy animado: se oyen canciones, se intercambian bromas, la risa es frecuente. Pero de camino hacia allí la cosa cambia por completo. Entonces la atmósfera reinante es grave, los comentarios se responden con monosílabos, la mayoría de los hombres callan, absortos en sus propios pensamientos. Algunos ríen y parlotean para demostrar que no tienen miedo o para impedir que su imaginación se desboque; otros lo hacen para dar ánimos a compañeros más débiles cuyo valor se tambalea. Solo unos pocos se comportan con naturalidad.*

Justo antes del célebre punto de la carretera conocido por Hell Fire Corner (Rincón del Fuego Infernal), la masa de hombres que avanzan con paso firme se desvía del camino para adentrarse en los campos de tierra recalentada por el sol. Todavía no puede decirse que sea cuestión de ningún bombardeo, sin embargo, una granada solitaria cruza silbando el cielo azul, estalla y derriba de su montura al edecán del batallón. Esto es el comienzo. En las filas reina un silencio total. «Íbamos a

vivir algo que ninguno de nosotros conocíamos por experiencia. Ninguno de nosotros podía estar seguro de si sobreviviría a la prueba a la que iban a someternos.»

Al final hacen un alto en un campo donde esperan a que se ponga el sol. Durante la espera aparecen las cocinas rodantes y a los soldados se les sirve té caliente. Inmediatamente después del reparto de té las cocinas tiradas por caballos retroceden de nuevo a la seguridad del campamento. Mientras Pollard ve alejarse los carros se pregunta cuántos de sus compañeros querrían, en realidad, marcharse con los cocineros y alejarse del peligro. Después le da la vuelta a su pregunta, piensa que algunos de aquellos que ahora se alejan tal vez envidien a los que tienen que quedarse.

Tras la puesta de sol se reanuda la marcha. Ordenados en una única fila se adentran en la penumbra, resiguiendo a trompicones unos raíles de ferrocarril que les guían hacia adelante. Las trincheras que les reciben al final del trayecto están recién excavadas, son estrechas y poco profundas. Allí les hacen esperar, «apretujados como sardinas en lata», con el equipo puesto, sentados en posiciones incómodas. Fuman, hablan. Tiradas por ahí, como aguardando, se ven escaleras de mano bastas y simples; el número de travesaños es de tres. Aunque hasta el amanecer no va a pasar nada, y pese a que el sueño es el único bien realmente fiable que se les concede a los soldados de esta guerra, Pollard no halla la manera de conciliar el sueño:

*No solo estaba demasiado incómodo en esa posición, sino también demasiado excitado. Al cabo de unas horas iba a ir a la carga por primera vez. No sentía el menor signo de miedo o de nerviosismo siquiera, sólo me sentía impaciente por comenzar. Las horas me resultaban eternas. ¿Es que nunca iba a hacerse de día?*

Una hora antes del ataque envían a Pollard a la primera línea para cumplir la función de enlace en la primera oleada. Está muy satisfecho. Ni se le ocurre que eso pueda incrementar el riesgo de que le hieran o le maten, y no es una cuestión de ignorancia. (En marzo —durante la que más tarde se conocería como batalla de Neuve Chapelle y que estuvo a punto de terminar en decepción y pérdidas sangrientas para los británicos— Pollard vio, de cerca y en un estado de desesperada impotencia, caer prácticamente hasta el último hombre de una unidad de asalto bajo el fuego cruzado de las ametralladoras alemanas Maxim.) Más bien se trata de su ingenuidad infantil, puesta de manifiesto una vez más: Pollard piensa que la muerte es algo que solo afecta a sus prójimos, nunca a él. Por otra parte, esta vez les han prometido un fuego de cobertura masivo (aquella otra vez, en marzo, la contribución de la artillería británica fue de tipo simbólico). A esto hay que añadir que la misión que le han encomendado aumentará sus oportunidades de hacer lo que lleva tanto tiempo anhelando: usar su arma. «Con un poco de suerte podré hincarle la bayoneta a un huno.»

Se abre el fuego nutrido. «¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Swisch, swisch, swisch, swisch! ¡Crump! ¡Crump! ¡Crump! ¡Crump! ¡Crump!»<sup>96</sup> Pronto se vuelve tan intenso que ya no basta con hablar en voz alta para hacerse oír; hay que gritar directamente en la oreja de la persona con la que se esté hablando. Que los alemanes también los bombardean a ellos Pollard lo nota en los puñados de tierra que le van cayendo sobre la cabeza. Los soldados a su alrededor manosean nerviosamente su equipo. En medio del fragor, el capitán se gira, forma con los labios la frase: «Solo falta un minuto». Todos se ponen en pie. Las cortas escaleras se colocan en su sitio; los soldados ocupan sus puestos junto a

ellas, con el pie listo en el primer travesañ y el fusil con la bayoneta calada a la espalda. El capitán baja la mano para dar la señal, sube por la escala. Pollard se le engancha detrás.

El ataque tiene éxito. El número de bajas es atroz.

*Viernes, 18 de junio de 1915*

## RAFAEL DE NOGALES ES TESTIGO DE LA MASACRE DE SAIRT

Llegan un poco demasiado tarde, de lo cual seguramente se alegra. Desde lejos el paisaje que se extiende ante sus ojos es idílico. «Rebaños de ganado y negros búfalos pacían tranquilos en la llanura circunvecina, mientras un grupo de lanudos dromedarios soñoleaba bajo el cielo turquino.» La ciudad de Sairt transmite calma: un laberinto de oblongas casas encaladas de la que se elevan seis esbeltos minaretes, «como agujas de alabastro».

Cabalgan más cerca.

Entonces la mirada de De Nogales se posa en la colina.

Esa mañana un grupo de oficiales turcos compañeros suyos le han explicado sin ambages, más bien satisfechos, que los preparativos estaban listos en Bitlis y que allí solo esperaban órdenes de arriba, que en Sairt la matanza estaba a punto de iniciarse en cualquier momento. Así que si quería presenciarla tenían que darse prisa.

Pero no llegan a tiempo.

La colina se halla junto al camino principal. Está cubierta de... algo. No tarda en distinguir lo que es. La ladera está

...coronada de millares de cadáveres medio desnudos y ensangrentados, amontonados unos sobre otros o entrelazados en el postrer abrazo de la muerte. Padres, hermanos, hijos y nietos yacían allí conforme habían caído bajo las balas y los yataganes de sus asesinos. De más de un montón de aquellos sobresalían las extremidades temblorosas de los agonizantes. De más de una garganta abierta de una cuchillada se escapaba la vida en medio de bocanadas de tibia sangre. Bandadas de cuervos picoteaban por doquiera los ojos de los muertos y de los agonizantes, que en sus miradas rígidas parecían reflejar aún todos los horrores de una agonía indecible, en tanto que los perros carroñeros clavaban sus afiladas dentaduras en las entrañas de seres que palpitaban todavía bajo el impulso de la vida.

El terreno sembrado de cuerpos se extiende hasta el camino, y para poder avanzar no tienen más remedio que hacer saltar a los caballos por encima de «los montones de cadáveres que obstruían el paso a nuestras bestias». Conmocionado y anonadado, De Nogales entra a caballo en Sairt. Allí la policía y la población musulmana de la ciudad están plenamente ocupadas saqueando las casas de los cristianos. De Nogales se encuentra con algunas de las autoridades de la provincia, entre ellos el jefe de la gendarmería local que ha dirigido personalmente la masacre. Una vez más, se le confirma a De Nogales que la matanza de todos los varones cristianos mayores de doce años no ha sido, como anteriormente, fruto de un pogromo espontáneo sino, por el contrario, el resultado de una operación bien planeada y dirigida desde el centro.

Le asignan alojamiento nocturno en uno de los edificios saqueados. De Nogales comprende ahora

que el ataque no solo afecta a los armenios, sino también a otras minorías cristianas. Al parecer, la casa pertenecía a una familia siria. Está completamente desvalijada, a excepción de unas sillas hechas añicos. De sus antiguos dueños no hay ni rastro, solo halla un diccionario de inglés y una pequeña imagen de la Virgen María que encuentra escondida en un rincón. En los suelos y las paredes se ven salpicaduras de sangre.

Más tarde, en la terraza del casino militar de la guarnición, formando parte de un corrillo de oficiales, todos muy afables y simpáticos, las atrocidades continúan desplegándose ante sus ojos. Él se horroriza pero no hace nada para impedir las. Valiéndose de una sonrisa forzada adopta una actitud de entendimiento. Frente a ellos pasa una turba arrastrando los cuerpos de unos niños y unos hombres ancianos. Los cráneos de los muertos van rebotando inertes contra el empedrado. Los transeúntes escupen o maldicen al paso de los cadáveres. De Nogales también ve un piquete de gendarmes que conducen a un anciano de aspecto venerable:

*Su negra túnica y birrete morado revelaban claramente su categoría de Obispo nestoriano.<sup>97</sup> De una herida en la frente le brotaban gotas de sangre, que al deslizarse por sus pálidas mejillas parecían convertirse en rojas lágrimas de martirio. Y al pasar junto a nosotros se me quedó mirando, como adivinando que yo también era cristiano; pero siguió adelante, en dirección a la colina aquella donde, al llegar, se paró con los brazos cruzados en medio de su rebaño, que le había precedido ya en el camino de la muerte, y cayó hecho trizas bajo el hierro de sus asesinos.*

Al ponerse el sol De Nogales abandona Sairt en compañía de su asistente albano, el alto y bien parecido Tasim, junto con siete gendarmes montados. De Nogales teme por su vida. Circulan rumores de que hay órdenes de arriba de eliminarlo, pues se han levantado sospechas acerca de su lealtad. La cabalgada se efectúa a campo través, en dirección al sur. Él quiere ir a Aleppo. Allí piensa darse de baja del ejército otomano.

*Miércoles, 14 de julio de 1915*

## MICHEL CORDAY CELEBRA LA FIESTA NACIONAL EN PARÍS

Es un encapotado día de verano, pero de vez en cuando los rayos del sol atraviesan las nubes. Michel Corday anota en su diario:

*Muchedumbres silenciosas. Hombres heridos, algunos con miembros amputados, soldados de permiso vistiendo descoloridos gabanes. Hay tantos postulantes como espectadores, y lo que piden son ayudas para distintos fines benéficos. Los regimientos pasan desfilando con sus bandas de música. Y pensar que todos estos hombres van de camino al matadero.*

En la Place de l'Étoile ve llegar al ministro de Asuntos Exteriores Delcassé en un automóvil descapotado. Delcassé es tal vez quien más se ha esforzado para conseguir que Italia se sume a la contienda, y parece evidente que espera ser recibido con aclamaciones y vivas.<sup>98</sup> Sin embargo, la muchedumbre sigue silenciosa. Corday interpreta su silencio como una protesta inconsciente contra la guerra, pero al mismo tiempo sospecha que, de haber alguna victoria que ostentar, ahora se verían entusiastas muestras de júbilo. (Uno de los camareros del ministerio descubrió hace un tiempo que los banderines que marcan la línea del frente en el mapa bélico de la oficina tenían telarañas.) En el aire suenan los acordes de *La marsellesa*, y pobre de aquel que no se quite el sombrero. Arriba en el cielo pasan zumbando los aeroplanos.

Habla el presidente Poincaré. Una vez más, ofrece un discurso agresivo, sensiblero y lleno de tópicos altisonantes sobre que hay que luchar «hasta el amargo final». (La cargada retórica de Poincaré es notoria. En mayo se publicó un artículo con su firma y muchos, debido a la gran banalidad del texto, lo tomaron por una parodia; sin embargo, resultó ser auténtico.) El presidente señala la finalidad suprema de esta guerra, a saber, «eliminar esa pesadilla que suponen los delirios de grandeza alemanes». Corday: «Implícitamente, se advierte el aciago resultado que conllevaría una paz unilateral. En ese caso está sentenciando a nuestro país a una lucha tan prolongada que bien pudiera ser mortal».

Por una vez, también en París casi se nota que hay una guerra. Casi.

*Jueves, 29 de julio de 1915*

## ELFRIEDE KUHR PERCIBE UN CANTO NOCTURNO EN SCHNEIDEMÜHL

Aire cálido. Oscuridad. Una noche de finales de verano. Sin saber por qué, se despierta. ¿Será por el brillante claro de luna? Debido al sofocante calor duerme en un diván fuera en la galería. Todo está en silencio, un silencio total. Lo único que se oye es el reconfortante tictac del reloj de caja de la sala de estar. De repente, proveniente de la estación de ferrocarril próxima a su casa, Elfriede oye el canto, débil pero armonioso, de unas voces. Agudiza los oídos, no reconoce la melodía pero intenta captar las palabras. Oye que cada vez son más las voces que cantan. La canción aumenta de volumen: «*Es ist bestimmt in Gottes Rat, dass man vom Liebsten, das man hat, muss scheiden*».<sup>99</sup>

El canto se va elevando con fuerza creciente, la entonación cada vez más clara asciende hacia el cielo estrellado, mientras que ella, en cambio, se hunde por momentos, cada vez más y más hondo. Siempre dejamos la niñez a regañadientes y por etapas, y Elfriede, en estos instantes, acaba de hacer un descubrimiento a los que un niño nunca se sobrepone del todo, y que luego, en la edad adulta, siempre lamenta. Por eso ahora ella se acurruca en su diván y llora:

*¿Por qué cantaban los soldados de esa manera en mitad de la noche? ¿Por qué esa canción, precisamente? No era ninguna canción de soldados. Pero ¿realmente eran soldados los que cantaban? Tal vez lo que pasó es que llegó a nuestra ciudad un transporte del ejército con los ataúdes de los caídos. ¿Había madres y padres, viudas, huérfanos y novias en aquel tren? ¿Lloraban como lo hago yo?*

Luego oye ruidos en el dormitorio de su abuela, los de alguien que se está sonando. Elfriede se levanta, va de puntillas hasta allí y dice suplicante: «¿Puedo meterme un ratito en tu cama?». Al principio la abuela vacila, pero después levanta la colcha: «¡Va, entra!». Elfriede se acuesta entre los brazos de su abuela, hunde la cabeza en su pecho y solloza. La abuela presiona su frente contra el pelo de Elfriede, quien nota que aquella también llora.

Ninguna de las dos explica sus motivos, no se dan excusas ni se hacen preguntas.

*Sábado, 7 de agosto de 1915*

## SOPHIE BOCHARSKI ABANDONA LA CERCADA VARSOVIA

Le cuesta conciliar el sueño, así que junto con una amiga y el oficial de transportes del hospital de campaña sale a dar un paseo al filo de la noche. Las calles de Varsovia están vacías y silenciosas. Podría ser una buena señal. Sin embargo, le cuesta sacudirse la visión que ha tenido que soportar hace pocas horas.

Como de costumbre, le ha costado comprender los acontecimientos. Los alemanes estaban presionando, eso lo sabía todo el mundo, pero ¿hasta qué punto era peligrosa la situación realmente? Su amiga había recibido un telegrama, muy conciso y algo críptico, de su prometido, en el que se despedía de ella deseándole que su camino fuera fácil. La amiga no entendió nada. ¿Qué intentaba decirle?

Cenaron en un hotel de categoría. En las mesas de su alrededor se veían parejas de enamorados. Después, parloteando alegremente en el ascensor, subieron a la torre del hotel para disfrutar de las famosas vistas. Pero en el momento en que llegaron arriba se quedaron mudos de golpe. La amiga emitió una especie de quejido, «yendo de aquí para allá como si estuviese atrapada en una jaula» y gritó: «¡Vámonos, no quiero verlo, quiero irme!». Por una vez se les ofrecía una visión de conjunto, y el panorama era estremecedor:

*Varsovia estaba cercada por una herradura de fuego y humo. Durante la retirada nuestro ejército había provocando incendios, y una banda ancha e irregular de destrucción rodeaba casi toda la ciudad. Vimos la abertura por la que tendríamos que pasar, y el olor de madera quemada nos llenó las fosas nasales. Estaba todo muy callado, en el aire flotaban unas pocas nubes de humo producidas por las explosiones de shrapnel.*

Aun así esperaron.

El trío da un paseo hasta el Vístula, observan que se han cavado trincheras en la orilla. En la oscuridad de la noche estival un oficial se les aproxima sorprendido y les explica que los alemanes se acercan. Pronto se van a volar los puentes sobre el río.

Vuelven corriendo al campamento. Les toma diez minutos dar la alarma a los demás. Resulta que la tranquilidad de los otros era fingida, puesto que todos se habían acostado completamente vestidos. Justo antes de marcharse aparecen dos oficiales acompañados de quien se supone que es la esposa de un alto funcionario, y preguntan si la mujer puede acompañar su transporte fuera de la ciudad. Bocharski toma nota, no sin disgusto, de que la mujer va maquillada.



Entonces ocurre. Una estridente explosión en la estación de ferrocarril de enfrente rompe los cristales de las ventanas. El vidrio sale disparado tintineando por el aire. Le siguen más explosiones. ¿Son bombas lanzadas desde algún dirigible? Bocharski registra que una torre de agua se eleva por el aire al estallar y, un segundo después, cae pesadamente con un clamoroso estrépito. El reflejo de las llamas tiñe la habitación de rojo. En un rincón la mujer recién llegada se empolva la cara.

Las calles antes tan desiertas están ahora llenas de gente. Todos se mueven en el mismo sentido: hacia el nordeste. Con sus vehículos motorizados Bocharski y los demás pueden adelantar rápidamente la interminable fila de carros y carretas de tiro, pero a medida que se aproximan a la salida la aglomeración aumenta, y su propia velocidad disminuye.

Son aproximadamente las cinco de la madrugada cuando salen de Varsovia. Se cruzan con los campesinos que, como de costumbre, van a la ciudad para vender sus productos en el mercado: allí hay vacas, terneros y cerdos, mujeres con ocas vivas en el regazo, montones de quesos. Un estampido formidable resquebraja el aire. Todas las miradas se vuelven hacia la ciudad rodeada de humo. Es la voladura de los puentes. A regañadientes los campesinos dan media vuelta y se dejan absorber con sus carretillas por el denso mar de carruajes.

El día se levanta con buen tiempo, un día de agosto de mucho calor.

Hacia las tres de la tarde llegan a Novominsk, donde Bocharski y los demás alcanzan a dormir dos horas. Después los despiertan. Contraórdenes. La unidad tiene que regresar al oeste para instalar su hospital de campaña en un determinado punto a medio camino de Varsovia. Regresan, encuentran el sitio. En una casa situada junto al ferrocarril desempaquetan su equipo y el instrumental. La sala más grande se destina a quirófano.

El sol se pone. Se encienden las estrellas en el cielo sin nubes. De momento no llegan heridos, así que esperan frente a la casa, observando en la penumbra el flujo de soldados en retirada. Ven pasar la artillería, momentáneamente iluminada por los fugaces conos de luz de los automóviles con los que se cruzan. «Los cañones, tirados por sus seis caballos, con la tripulación sentada sobre los carros de municiones, componían unas siluetas extrañas.» En el cielo nocturno de poniente aparece un artefacto oblongo en forma de cigarro flotando despacio, muy despacio, en su dirección: un zepelín. ¿Cuánto medirá de largo? Por lo menos 150 metros, tal vez 200. Los aeroplanos corrientes son vistos por muchos como una curiosidad, demasiado frágiles para ser utilizados para otra cosa que para la vigilancia y demasiado pequeños y técnicamente inseguros como para poder constituir una verdadera amenaza. Los zepelines, en cambio, dan miedo: por su poder de carga, su alcance<sup>100</sup> y sobre todo, por su tamaño. Además, tienen el don de deslizarse sin hacer el menor ruido y de poder parar y mantenerse suspendidos mientras la tripulación lanza sus bombas. Hay quienes los llaman Monstruos de la Noche.

Al final, el dirigible se aproxima tanto que Bocharski distingue la góndola que cuelga bajo el enorme globo alargado. Cae la primera bomba. Bocharski percibe la onda expansiva de la explosión, una súbita ráfaga de aire comprimido. A su alrededor cunden la confusión y el pánico. Por la columna se pide a gritos: «¡Apagad! ¡Apagad todas las luces!». Algunos empiezan a disparar sus fusiles pero un oficial los contiene. No vale la pena.

El zepelín desaparece en la oscuridad dejando a su paso el caos.

Esa noche Bocharski duerme en una de las mesas de operaciones desocupadas. Antes de dormirse

oye crujido de pasos, pisadas de cascos, rugidos de motores, chirridos de carros y cañones. En su mente las ideas giran revueltas, mitad plegaria y mitad loca esperanza: «A lo mejor interrumpen la retirada. Pueden llegar órdenes de atacar Varsovia. Tal vez la guerra se acabe».

Este mismo día Andrei Lobanov-Rostovski se halla a un trecho de Varsovia en dirección nordeste. (Su compañía salió de la ciudad ayer, sin ninguna baja, pese a tener que transitar por calles próximas al río que estaban al alcance del fuego de las ametralladoras alemanas. Al observar que los alemanes evitaban disparar contra civiles, Lobanov-Rostovski alquiló unos carruajes civiles tras los cuales ocultar sus propios vehículos.) Es un día tranquilo que se destina

...a descansar y a conseguir una visión de conjunto, tanto de nuestra posición como del material del que disponemos. El Estado Mayor nos ha explicado que el enemigo ha cruzado el Vístula por varios puntos pero que, de momento, no ha molestado a nuestras fuerzas, exceptuando unas reducidas patrullas de caballería que han aparecido por aquí cerca. Sin embargo, los dos cuerpos que nos envolvían a ambos lados se han retirado más rápidamente que nosotros, de modo que, desde el punto de vista estratégico, parece que nos hallamos en el fondo de un saco.

*Domingo, 8 de agosto de 1915*

## VINCENZO D'AQUILA ES OBJETO DE BURLA EN PIACENZA

Olor a humo de carbón. Un sol de justicia. Polvo. Nadie les viene a recibir cuando el tren se detiene en la estación. La ciudad entera parece haberse quedado sin un alma. Se diría que todo el mundo se ha metido en su casa para eludir las peores horas de sol. A través de callejuelas estrechas y bochornosas van buscando el camino hasta el cuartel militar para alistarse.

Desde luego que le defrauda bastante no ser recibido, si bien no con entusiasmo, sí al menos con una pizca de gratitud. D'Aquila y el resto han desafiado el Atlántico y todos los submarinos alemanes que merodean por allí con la única finalidad de arriesgar sus vidas «por la grandeza de Italia». Una mañana temprana y clara de verano D'Aquila se escabulló del hogar paterno en Nueva York, escondiéndose en el recibidor hasta que salió el padre, y después se fue al puerto. Allí le esperaba el buque que lo llevaría a Europa. Y no solo a él, ciertamente, pues no era sino uno de los casi mil quinientos italoamericanos que pretendían enrolarse en el ejército italiano. Recuerda que entre los que se apretujaban en el barco había todo tipo de gentes: «Locos y cuerdos, fuertes y débiles. Todas las clases sociales estaban representadas: médicos y charlatanes, abogados y leguleyos, trabajadores y holgazanes, aventureros y vagabundos». También había constatado, no sin asombro, que en su frenesí bélico muchos ya se habían equipado con armas, como navajas, pequeñas pistolas automáticas y escopetas de perdigones con los cañones recortados. Había estado dando vueltas muy impaciente en la cubierta recién fregada esperando que la sirena de niebla tocara la señal para zarpar, la señal para que diera comienzo la aventura. Vincenzo d'Aquila tiene el pelo espeso, oscuro y rizado, su rostro es de líneas abiertas, la nariz recta, la boca floja. Causa la impresión de ser inseguro y tímido.

Sintió las primeras dentelladas del desengaño nada más desembarcar en una Nápoles bañada por el sol mediterráneo. Esperaba ser recibido con entusiasmo, esperaba «un vitoreo frenético, bandas de música y bellas vírgenes napolitanas tirándonos flores». En vez de eso les condujeron sin ceremonia alguna a un edificio de la aduana, achicharrante como un horno, donde les hicieron esperar medio día hasta que apareció un abogado de traje claro y sombrero panamá que se subió a un baúl y les soltó un discurso. Eso fue todo. A nadie parecía importarle lo más mínimo.

No mejoró la situación al descubrirse que parte de sus documentos se habían perdido por vías burocráticas, ni cuando, de entrada, los funcionarios del ejército se negaron a enrolarlo siquiera. No era el único con ganas de echarse atrás. A estas alturas, no pocos de los que viajaron en el barco con él se habían arrepentido, bien desapareciendo a la francesa, bien haciendo las maletas y volviendo a Nueva York. D'Aquila no ha llegado a este extremo. Sigue lleno de curiosidad por «saber cómo es una guerra de verdad». (Aunque en el fondo de su ser concite la esperanza de que todo haya terminado cuando él llegue al frente, cosa que le permitiría regresar a su hogar en Estados Unidos sin haber tenido que aportar nada para conseguir el estatus de héroe.)

Justo cuando D'Aquila, tras semanas de espera, estaba a punto de desistir le notificaron que habían

hallado los datos que faltaban. Tras un breve examen médico le inscribieron en el Cuerpo de Infantería y le metieron en un tren para Piacenza, lugar en el que recibiría la instrucción militar básica. En uno de los apeaderos en que se detuvo el tren durante el viaje vio que bajaban al andén un simple ataúd de madera con el cuerpo de un soldado caído. Los demás voluntarios bebían vino y cantaban tonadillas obscenas.

Tampoco en los barracones del 25.º Regimiento de Piacenza hay casi ni un alma. Al final encuentran algunos individuos de uniforme que están ahí sentados sin hacer nada. Él y el resto de voluntarios les explican por qué han venido, con cierto orgullo, se supone; los uniformados se les ríen en la cara. Para ellos es incomprensible, o más bien, estúpido, mejor dicho, de dementes, abandonar voluntariamente una vida pacífica al otro lado del globo solo para tirarse de cabeza en «la locura que se ha apoderado del Viejo Mundo». A los recién llegados les cae encima una granizada de insultos: «idiotas», «burros», «gilipollas». Por su parte, los que van de uniforme piensan hacer *lo que sea* para eludir las trincheras. Y desde su punto de vista, de bienvenidos nada. Al viajar hasta aquí lo único que consiguen los voluntarios es prolongar esta guerra injusta y todos sus tormentos.

D'Aquila está ahora más que defraudado. Tras la larga racha de desengaños los ramalazos de la duda sacuden su temperamento emocionable y apasionado. «La burbuja de la petulancia, inflada hasta los topes, empezaba, por fin, a romperse.» Él y su amigo Frank, un joven alegre e ingenuo que ha conocido durante la travesía, se van a dar una vuelta por la ciudad. D'Aquila entra en una barbería donde le afeitan. Al anochecer vuelve al cuartel. Un suboficial le recibe. Ya es demasiado tarde para arrepentirse. Esa noche duerme en un vasto dormitorio de tropa sobre un colchón relleno de paja.

*Jueves, 12 de agosto de 1915*

## A ANDREI LOBANOV-ROSTOVSKI SE LE PEGAN LAS SÁBANAS EN LAS INMEDIACIONES DE TJAPLI

En realidad el cabo tendría que haberles despertado a todos a la una. Cuando ellos dos y el resto de la compañía se acostaron en la granja su intención era aprovechar unas pocas horas de oscuridad para descansar y después reanudar la marcha cuanto antes. Saben que la retaguardia va a seguir replegándose hacia las dos, y que después de esa hora ya no habrá nada entre ellos y los alemanes que les hostigan.

Solo iban a ser unas horas.

La verdad es que están rendidos de cansancio. Si a Lobanov-Rostovski antes le torturaba la falta de actividad, su preocupación ahora es todo lo contrario. En la gran operación de retirada la compañía de zapadores faena de sol a sol; cuando no les mandan volar puentes, pegarle fuego a un edificio o arrancar raíles, los ponen a ayudar a las distintas unidades a construir trincheras, con todo lo que eso comporta, ya que no solo es cuestión de cavar y minar la tierra con dinamita; sino también despejar campos de tiro e instalar barreras de alambrada (aunque alambre de espino propiamente dicho ya no hay, como tampoco hay planchas de madera o clavos, ni siquiera munición, pero de todos modos, suelen clavar estacas, que al menos de lejos pueden hacer creer a los alemanes que la posición es más fuerte de lo que es en realidad). Las últimas 48 horas las han dedicado a construir trincheras para un regimiento de infantería, gran parte del tiempo bajo la lluvia, un trabajo de esclavos. Consiguieron afianzar la posición justo a tiempo para recibir la orden de abandonarla.

Prosigue la retirada.

El sensible Lobanov-Rostovski no solo está cansado, sino también deprimido. Hace solo unos días lo reconoció sin preámbulos ante su jefe, Gabrielovich: «Mis nervios no dan para mucho más». Con indiferencia, Gabrielovich le dio la vuelta al asunto, dijo que su teniente no estaba deprimido, sino solo cansado, y luego cambió de tema. A Lobanov-Rostovski sus libros, que por lo general reposan en el fondo de su saco de dormir, le tienen bastante preocupado. Se trata de unas cuantas novelas francesas y de varios gruesos volúmenes de historia. Anton, el fiel asistente de Lobanov-Rostovski, no comprende el sentido de cargar con ellos de un lado para otro, máxime cuando casi siempre es él quien tiene que hacerlo. Lobanov-Rostovski vigila que Anton no haga desaparecer algún libro. El asistente le tiene especial ojeriza a la gran obra en tres volúmenes del historiador francés Albert Vandal sobre Napoleón y el zar Alejandro, los cuales a menudo coloca en el macuto de modo que puedan caerse durante la marcha.

En fin, solo unas horas. Después continuarían la marcha hacia atrás.

Lobanov-Rostovski se despierta el primero. Enseguida comprende que algo anda mal. Fuera es pleno día. Mira su reloj. Son las seis. Se han dormido. Cinco horas de más.

Despierta, no sin esfuerzo, a Gabrielovich. Este le ordena que espabile a la tropa que duerme fuera

en el patio junto a las carretas, y que haga entrar a los hombres al granero con el máximo sigilo. Después tiene que comprobar cautelosamente si los alemanes ya han tomado la aldea.

Resulta que... no.

Se marchan inmediatamente.

Ahora su problema es que al mismo tiempo que sufren la amenaza de la caballería alemana, que saben se encuentra en algún lugar *detrás* de ellos, también corren el riesgo de ser tiroteados desde las unidades rusas que se repliegan *delante* de ellos. Una tierra de nadie en todos los sentidos. Además, saben por experiencia propia que los puentes se vuelan o se les prende fuego. ¿Habrá algún modo de que puedan cruzar el río?

A fin de reducir en algo el primer peligro invierten el orden habitual de la marcha haciendo que las carretas con los explosivos y los pertrechos —y los libros— vayan a la cabeza y los soldados caminen detrás. Probablemente la estrategia funciona, porque consiguen alcanzar el río sin ser atacados por los suyos. De los alemanes no ven ni rastro. Y cuando ya están junto a la orilla de las verdes aguas descubren para su gran dicha que todavía queda un puente en pie: «Unos soldados de un regimiento desconocido estaban atareados en los preparativos para destruirlo, y nos miraron con los ojos como platos».

Hacia las once llegan a la vía férrea que discurre hasta Białystok que también está a punto de ser destruida. Un gran tren blindado recorre por etapas la vía marcha atrás, entre tanto unos soldados van a la zaga arrancando los railes a su paso. La unidad de Lobanov-Rostovski sigue el tren. Primero vuelan un puente, y más tarde hallan una estación de ferrocarril. Le prenden fuego por simple rutina.

Las llamas lamen ya las paredes de madera del edificio cuando Lobanov-Rostovski descubre un gato. Aterrorizado, el felino anda por el tejado profiriendo desvalidos maullidos. Él busca una escalera y trepa por ella para salvar al gato:

*En su terror el animal me clavaba las garras de un modo que habría resultado peligroso intentar descender con él en brazos, así que lo tiré desde una altura de un segundo piso. Dio dos volteretas en el aire, aterrizó con las cuatro patas y desapareció entre los matorrales con el rabo tieso en vertical.*

*Domingo, 15 de agosto de 1915* [101](#)

## HERBERT SULZBACH ESCUCHA EL BEL CANTO DE UN ENEMIGO EN EVRICOURT

Ha sido un verano tranquilo, especialmente si se compara con los comienzos del año. Su batería se halla en Evricourt, a las afueras de Nyon. Prácticamente no se libran combates. Muchas de las casas están intactas, y la población civil permanece en sus pueblos, en algunos casos a un par de cientos de metros de distancia de las trincheras. Si tienes unos prismáticos puedes ver a los soldados franceses moverse más o menos abiertamente en sus posiciones. La batería está agrupada en una pradera que hace pendiente.

Sulzbach ha pasado casi un mes ingresado en un hospital a causa de una pierna inflamada. Y por segunda vez ha estado en Fráncfort del Meno de permiso, saliendo a restaurantes y salas de baile. Además, le han ascendido a *Gefreiter* (cabo artillero). Y ha adquirido una pequeña cámara fotográfica de la marca Goerz que lleva consigo a todas partes. Ha recibido las buenas noticias provenientes del frente oriental con gran satisfacción. La ansiedad que le sobrevino durante los combates de principios de año ha desaparecido como por ensalmo. La perrita blanca mestiza se perdió.

Con frecuencia, Sulzbach va a las trincheras de la primera línea para asistir al director de tiro artillero. También hoy. Ha caído la noche. Está en un refugio subterráneo junto con un teniente de la batería cuando entra un soldado mayor, se dirige al oficial y dice: «Mi teniente, otra vez el francés ese que canta tan bien». Suben a la trinchera. Es una noche estrellada de finales de verano. De las líneas francesas, el aire tibio transporta un bel canto. La fabulosa voz de tenor está interpretando un aria de *Rigoletto*. En torno a Sulzbach, los soldados la escuchan de pie, callados, atentos.

Aunque parezca extraño, se dan muy pocas muestras de odio en las trincheras. Por el contrario, muchos se afanan por manifestar su respeto hacia el adversario, al menos cuando se lo ha ganado. El mismo Sulzbach lo pudo comprobar hace tan solo un par de días. Durante una excursión a caballo — para visitar a su amigo Kurt Reinhardt, que ha sido trasladado a otro regimiento—, en una encrucijada a las afueras de Roye se topó con un monumento en memoria de los franceses que cayeron durante los combates de septiembre. Lo habían levantado soldados alemanes (con los cilindros vacíos de las granadas como material de construcción) y estaba provisto de una inscripción en francés: AUX BRAVES SOLDATS FRANÇAIS/ TOMBÉS POUR LEUR PATRIE (A los valientes soldados franceses/ Caídos por su patria).

Cuando dejan de sonar las últimas notas del aria todos los soldados alemanes empiezan a aplaudir con énfasis. Sulzbach anotará más tarde en su diario:

*¡Vaya contradicción! Nos disparamos, nos matamos, y cuando de pronto un francés se pone a cantar, la música nos hace olvidar toda esta guerra; se diría que la música se eleva por encima de cualquier diferencia. En fin, esa ha sido una experiencia más bella*

*de lo que se pueda expresar en palabras.*



*Lunes, 23 de agosto de 1915*

## ANGUS BUCHANAN VIGILA EL FERROCARRIL EN MAKTAU

Madrugada. Con el fuerte monzón que sopla del sudoeste les entra frío a los que están de guardia. Hacia las cinco y media amanece. Se levanta una niebla húmeda que cubre la llanura de monte bajo que se extiende a sus pies. Las líneas del paisaje se vuelven tenues, vagas, borrosas. La visibilidad raya a cero. Todo está en silencio, a excepción de los graznidos de las pintadas, los cálaos y otras aves que saludan al sol naciente con voces y trinos.

Buchanan y los otros centinelas del puesto provisional están ahí para vigilar el ferrocarril ugandés, que en su recorrido desde Mombasa, en la costa, hasta Kisumu, en la orilla norte del lago Victoria, pasa por este lugar. Ha sido una noche tranquila. Podría decirse que para variar. Durante la última semana los enfrentamientos con patrullas alemanas que intentan sabotear el tráfico ferroviario desde el otro lado de la frontera se han producido casi a diario. Sin ir más lejos, ayer los alemanes consiguieron volar un tramo de la vía y un tren descarriló.

La guerra en África del Este es así, al menos de momento: nada de grandes batallas, solo patrullas, escaramuzas, exploraciones a tientas, emboscadas más o menos logradas e incursiones puntuales a uno y otro lado de las fronteras. Las distancias son colosales.<sup>102</sup> Alrededor de unos 10.000 hombres armados se buscan mutuamente en un área cuya superficie se corresponde con la mitad oeste de Europa pero cuya red de comunicaciones no se corresponde con nada. Lo más difícil no es vencer al enemigo, lo más difícil es llegar hasta él. Cada desplazamiento requiere montones de porteadores.

Tanto el clima como la naturaleza hacen gala de una variedad apabullante y difícil de dominar. Hay allí desde una húmeda selva tropical y cordilleras nevadas a tórridas sabanas y lo que, por simple rutina, se denomina simplemente «el monte» (*bush*) pero que, de hecho, incluye tanto llanuras abiertas semejantes a parques como densos bosques casi impenetrables. Además, los combatientes se desplazan sobre fronteras que, en muchos sentidos, no son más que abstracciones, límites trazados con tiralíneas, un rotulador de anilina y mucha arrogancia en alguna lejana mesa de negociaciones de Europa sin que, en ningún momento, se tomaran en cuenta ni los pueblos del territorio, sus lenguas y culturas, ni tampoco las limitaciones de la propia naturaleza.

Con todo, estos combates de aquí —por muy limitados que sean— significan que la lógica colonialista que una vez creó estas extravagantes fronteras ha sido desbancada por la lógica creada por la guerra misma. Los días del otoño de 1914, en que los gobernadores locales hacían lo posible por impedir toda actividad bélica, son historia. Ahora no sirve de nada invocar viejos acuerdos ni argumentos tales como que una guerra entre blancos socavaría, indefectiblemente, su supremacía sobre los negros del continente.<sup>103</sup> Franceses y belgas han entrado ya en Camerún y Togo, y los rápidos éxitos conseguidos con esta última invasión han inclinado la balanza: también el África del Este alemana debe conquistarse. Y del mismo modo que la Armada británica, desde un primer momento, ignoró los ucases decretados por los funcionarios coloniales respecto a una paz africana, también un militar del bando alemán —el pronto legendario Paul von Lettow-Vorbeck— ha hecho

caso omiso del obstinado pacifismo de su propia administración civil armando un vapor y enviándolo a guerrear al lago Tanganika, además de realizar agresivas incursiones en Rhodesia y el África del Este británica.

Por estas razones Angus Buchanan y los demás soldados acaban de pasar una fría noche en vela, apostados en la cima de una colina en Maktau. En algún lugar de la neblinosa llanura acechan las patrullas alemanas, pero esta noche, precisamente, se han mantenido a distancia. Por cierto, eso de «alemanas» es un decir. Los mandos de esas pequeñas unidades sí son alemanes, dotados de los habituales atributos del colonizador: uniforme claro, casco tropical de corcho y una actitud autoritaria; los soldados, en cambio, son todos *askaris*, guerreros profesionales nativos que reciben la misma instrucción y armamento y disfrutan de la misma confianza que los soldados blancos, cosa que a los gobernadores británicos les parece completamente demencial. Estos últimos piensan evitar a toda costa armar a los africanos y esperan llevar a cabo la guerra con la ayuda de compañías de Sudáfrica y la India, voluntarios blancos y unidades transportadas desde Europa.

Hasta la fecha, Buchanan no ha entrado en combate, exceptuando una espectacular incursión en la que participó en el mes de junio. Fue cuando atacaron la pequeña localidad portuaria de Bukoba, en la orilla opuesta del lago Victoria. Les tomó una jornada y media atravesar el lago en barco, dos días —a intervalos bajo la llovizna y las tormentas— ahuyentar a los defensores alemanes y unas pocas horas saquear la ciudad. Militarmente hablando, la acción no tenía ninguna importancia. Sin embargo, elevó la moral de combate y quedó bien en los periódicos. Al igual que muchos otros acontecimientos de esta guerra, el objetivo primordial de la acción era convertirse en texto.

A las nueve de la mañana llega el relevo. Buchanan y los demás centinelas toman sus armas y su equipo y vuelven al campamento caminando bajo el juego de sombras del ondulante follaje.

La vida en el campamento se reproduce idénticamente de un día a otro. A las 5.30 diana, a las 6.30 formación y revista, donde se pasa el parte de las bajas por enfermedad, después faenas de atrincheramiento y fortificación del campamento hasta la hora del desayuno, que se sirve a las 8.00 y se compone generalmente de té, pan y queso. A continuación, nueva formación a las 9.00 y más labores de atrincheramiento y fortificación. Como explica el propio Buchanan:

*Trabajaban sin parar bajo un tórrido calor, maldiciendo y bromeando (creo que un soldado siempre bromea, incluso en el infierno bromearía) y sudando, con la cara y la ropa cubiertas de la arenilla de lava roja que siempre volaba por el aire, o bien por efecto de los picos y las palas o por las constantes ráfagas de viento que soplaban de las zonas abiertas del campamento.*

Las excavaciones prosiguen hasta la hora del almuerzo, consistente en la misma comida de la mañana, solo que en vez de queso les dan confitura. En el ardiente cielo africano a esta hora el sol alcanza su cénit y el calor imposibilita cualquier trabajo físico, por lo que todo queda parado. Algunos intentan dormir «bajo la asfixiante lona de las tiendas», otros lavan ropa, se bañan desnudos o juegan a las cartas a la sombra. Las abundantes moscas están siempre por todas partes. A las 16.30 vuelven a formar, a lo que le sucede un nuevo periodo de excavaciones de hora y media. La cena se sirve a las 18.00 y consiste

*...siempre en un estofado muy mal guisado, plato que nunca varía y que pronto se vuelve terriblemente monótono al paladar; muchos de los hombres han acabado por no comérselo, ya que este nada apetitoso revoltijo sin condimento alguno les da náuseas.*

En ocasiones consiguen variar la dieta gracias a los paquetes que les mandan de casa o a la caza de algún animal. De vez en cuando aparecen comerciantes de Goa, aunque sus mercancías son, definitivamente, muy caras, al menos comparadas con los precios corrientes en Gran Bretaña: medio kilo de té, que en Inglaterra se vende por un chelín y diez peniques, aquí vale dos chelines y seis peniques; por una botella de salsa Worcester, que en casa cuesta nueve peniques, aquí se pagan dos chelines. La mala salud se ha extendido a un ritmo asombroso durante los últimos meses. Según la opinión de Buchanan, al menos la mitad de las bajas por enfermedad se deben a una alimentación deficiente.

Tras la cena hay que seguir cavando, actividad que solo se ve interrumpida cuando la luz diurna se extingue en un crepúsculo que vacía el mundo de color. En estas latitudes la puesta de sol es muy rápida. El resto de la jornada consta de luz de luna, el vuelo silbante de los mosquitos, el olor de basuras ardiendo y la arenilla de lava roja.

*Jueves, 9 de septiembre de 1915*

## MICHEL CORDAY TOMA EL TREN PARA PARÍS

Mañana de otoño. Aires otoñales. Michel Corday viaja en tren hacia París. Como de costumbre le cuesta no prestar oídos a las conversaciones de los demás pasajeros. Algunos hojean sus periódicos recién comprados. Una persona pregunta: «¿Alguna novedad?». La sucinta respuesta es: «Una victoria rusa». Corday se queda pasmado. ¿Acaso no saben que los rusos se están replegando desde mediados de mayo, tras la brecha que abrieron los austrohúngaros en Gorlice y Tarnów? Esos dos laconismos son, además, lo único que se expresa sobre la guerra durante todo el viaje desde Fontainebleau a París.

Le viene a la memoria otro viaje en tren. En una estación vio a una mujer con un periódico recién comprado que, tras hojear el comunicado oficial de guerra, exclamó muy satisfecha: «¡Hemos avanzado 400 metros!» y después, sin más, cambió de tema. Corday comenta: «Eso les basta. Les satisface plenamente».

Una vez en su despacho habla por teléfono con Tristan Bernard, buen amigo suyo y aclamado autor de vodeviles. Bernard comparte el escepticismo de Corday respecto a la guerra y siempre tiene a punto algún acerbo comentario sobre lo que ocurre. Precisamente sobre el progreso en el frente oriental ha dicho que los rusos «siempre se retiran en buen orden, mientras que los alemanes avanzan desordenadamente pero con éxito». (Hablando de los ataques realizados en dos lugares bien distintos, Tout-Vent y Moulin-sous-Touvent, ha dicho que uno de los ataques ocurrió por error debido a que alguien del cuartel general simplemente confundió los nombres, y que fue el ataque que nunca debió llevarse a cabo el que tuvo éxito.)

Los dos saben, al igual que mucha otra gente, que arriba en Artois y en la Champaña se realizan preparativos para una importante ofensiva aliada. Una gran mayoría tiene enormes esperanzas puestas en ella. Siendo ambos conscientes de que la línea puede estar intervenida, han desarrollado un código particular para poder discutir la futura acción. Fingen estar escribiendo una obra de teatro a cuatro manos, y las preguntas acerca de las fechas se disimulan tras preguntas sobre el número de páginas. Así que cuando Bernard quiere saber si el manuscrito se ha alargado o recortado lo que en realidad pregunta es si la fecha del ataque se ha pospuesto o adelantado. (Una vez corrió el rumor de que la operación estaba cancelada. Entonces su pregunta fue: «¿Es verdad que el manuscrito es pasto de las llamas?».) Hoy Bernard quiere saber cuántas páginas tiene el manuscrito actualmente. Corday responde que son quince.

Más tarde, Corday lee una circular del ministro de Educación que ha sido distribuida por todas las escuelas en vistas al inminente inicio del nuevo curso escolar. En ella se conmina a los profesores de forma categórica a que se aseguren de que los alumnos tengan presente la guerra en todas y cada una de las asignaturas y que se haga especial hincapié en los «ejemplos heroicos, y en las nobles enseñanzas que se pueden extraer de ellos».

Este mismo día Florence Farmborough escribe en su diario:

*A las siete de la mañana me he levantado tambaleando de la cama. Mi turno comenzaba a las siete y media, y al bajar la escalera tenía la cabeza pesada y a cada paso parecía que iban a doblármese las rodillas. Ekaterina, a quien iba a relevar, estaba pálida y con ojeras por la falta de sueño; se había sentado a las puertas de la sala donde se suelen vendar los pacientes y estaba dándole caladas a un cigarrillo. «Gracias a Dios —ha dicho con brusquedad—. Por fin puedo irme a la cama», y después ha tirado la colilla. Le habían faltado heridos con quienes mantenerse ocupada; no me extraña que la espera se le hiciera larga.*

*Viernes, 10 de septiembre de 1915*

## ELFRIEDE KUHR VISITA EL CEMENTERIO DE GUERRA EN LAS AFUERAS DE SCHNEIDEMÜHL

A las afueras de la ciudad hay un cementerio de guerra que durante los últimos seis meses ha aumentado considerablemente de tamaño. El camino hasta allí atraviesa un sombrío pinar y un portal bellamente adornado. Hoy Elfriede y una compañera de clase han decidido visitar el camposanto. En su mano Elfriede sostiene un ramo de rosas.

Ven una fosa vacía, recién excavada. Junto a ella esperan seis palas. Elfriede tira el ramo de rosas en el hoyo y le dice a su amiga: «Cuando aquí entierren a un soldado reposará sobre mis flores». En ese instante un pequeño cortejo fúnebre cruza el esculpido portal: primero un grupo de soldados con el fusil al hombro, después un capellán castrense y la carreta fúnebre que lleva un sencillo ataúd negro. Por último un reducido séquito carga con una gran corona de flores. La pequeña procesión se detiene ante la sepultura abierta. Los soldados forman debidamente.

Descargaron el féretro del coche fúnebre y lo llevaron hasta la fosa. Sonó la voz de mando: «¡Atención! ¡Firmes!». Los soldados parecían estatuas clavadas en el suelo. Despacio deslizaron el féretro en la tierra. El capellán castrense rezó una oración; los soldados se quitaron los cascos. Una nueva orden: «¡Apunten! ¡Listos! ¡Fuego!». Tres veces dispararon los soldados sobre la sepultura. A continuación seis hombres se adelantaron, cogieron las palas y echaron tierra sobre la tapa del ataúd. Se produjo un sonido sordo y hueco.

Elfriede se queda ahí de pie intentando imaginar cómo el hombre tendido en el féretro desaparece lentamente bajo las paladas de tierra: «Ahora le han cubierto la cara... ahora el pecho, ahora el vientre».

Después las niñas preguntan al sepulturero quién era el difunto que acaban de enterrar. «Un suboficial de la aviación —contesta—. Por lo visto fue un accidente. Pero nunca se sabe. A veces beben demasiado.»

*Sábado, 25 de septiembre de 1915*

## RENÉ ARNAUD PRESENCIA EN LA CHAMPAÑA EL ARRANQUE DE LA GRAN OFENSIVA

Viento del sudoeste. Nubes bajas y grises. Lluvia. Como un día cualquiera de otoño, pero no es un día cualquiera de otoño. Aquí en el sudeste de la Champaña y también más al norte, arriba en Artois, este es el Día con D mayúscula, *le Jour J*. En la Champaña dos ejércitos franceses —el Segundo de Pétain y el Cuarto de Langle de Carys— no tardarán en ir al ataque a lo largo de un frente de unos quince kilómetros para presionar a los alemanes hacia arriba siguiendo el Mosa, en dirección a Bélgica; ese es uno de los ejes de la ofensiva. Simultáneamente, en Artois, británicos y franceses atacarán los alrededores de Loos y la colina de Vimy; ese es el segundo eje.

Es verdad que algo parecido ya se intentó la primavera pasada, y en los mismos sitios aproximadamente. Y también es verdad que entonces los éxitos fueron pocos y las bajas enormes,<sup>104</sup> pero esta vez es diferente, esta vez los preparativos se han hecho mucho más a conciencia, las cifras de soldados atacantes y de cañones de apoyo son mucho mayores; 2.500 piezas están destinadas a la Champaña. Nadie opina que las armas de las que se dispuso entonces se utilizaran de manera equivocada; la única solución concebible es emplear más armas, más cañones, más granadas. La solución de la ecuación se llama peso y masa.<sup>105</sup> La meta de esta doble ofensiva es, además, extraordinariamente ambiciosa. No se trata aquí de ganar unos palmos de tierra. No, el objetivo es nada menos que «expulsar a los alemanes de territorio francés» (por citar la orden del día, con el número 8.565, que Joffre, el comandante en jefe del ejército francés, hizo enviar a las tropas que ahora están a punto de iniciar el ataque). La idea es que la consigna les sea leída a los soldados en voz alta. Por otro lado, la inminente operación solo es el comienzo. Una vez abierta la brecha en las líneas alemanas aquí en la Champaña y arriba en Artois, se emprenderá una ofensiva general.

Son las ilusiones de 1914 manifestándose de nuevo: el sueño de la victoria fácil, para ser más exactos.<sup>106</sup> Las expectativas están a la altura tanto de los preparativos como de los objetivos: también son enormes. Si Joffre cumple su promesa, ¡la guerra habrá acabado antes de Navidad!

Uno de los que tienen grandes esperanzas puestas en la ofensiva es René Arnaud. A él también le impresionan la escala y la meticulosidad de los preparativos, el peso y la masa: esos grandiosos desplazamientos de tropas, el alto número de ramales de aproximación recién construidos, los colosales depósitos de granadas, la gran acumulación de artillería, tanto ligera como pesada, toda esa caballería dispuesta y a punto, sin olvidar el «rugido constante de aeroplanos amarillos y pardos sobre nuestras cabezas, inútilmente hostigados por granadas enemigas, cuyas volutas de humo florecían de pronto en el cielo como flores japonesas de papel tiradas al agua, a las que de inmediato seguía el ruido amortiguado de la explosión». También Arnaud está firmemente convencido de que han llegado al punto de inflexión. Confía en el testimonio de sus propios ojos y en las promesas de Joffre. En una carta escribe:

*El modo en que nuestros superiores nos prometen triunfos hace pensar que ellos tienen que estar completamente convencidos de ello. Porque si fracasamos, ¡vaya decepción, vaya crisis para la moral de todos los combatientes!*

Entre los preparativos también se cuenta la distribución de un tipo totalmente nuevo de accesorio: el casco de acero. Es bastante ligero y de color azul (para que haga juego con el uniforme, también nuevo, de un azul grisáceo claro), y está adornado con una pequeña cresta en la coronilla y una granada de metal grabada en la cara anterior. El ejército francés es el primero en introducir esta innovación. Al igual que muchas otras «novedades» del equipo (como los escudos de acero de las trincheras, o como las mazas guarnecidas con clavos de hierro de las tropas de choque y las espadas afiladas de la infantería, o como la gran variedad de granadas de mano) despierta asociaciones con siglos pasados y también la paradójica idea de que lo ultramoderno puede dar pie a un retorno. Los cascos son imprescindibles en las trincheras. Se ha observado que las lesiones en la cabeza representan una parte desproporcionadamente grande de las heridas producidas en combate y que este tipo de lesiones es, además, mucho más mortal que cualquier otro.<sup>107</sup> Y aunque los cascos tal vez no puedan resistir el impacto de un proyectil de fusil, detienen sin problemas los balines de las granadas de fragmentación o *shrapnel*. Con todo, a Arnaud y a sus soldados les cuesta tomarse en serio esos chismes, parecen tan, tan... poco militares. «Nos partíamos de la risa mientras nos los probábamos, ni que fueran gorros de carnaval.»

El regimiento de Arnaud espera en el flanco derecho del ataque. Se hallan en un bosque. Ante sí tienen un riachuelo poco profundo. Al otro lado del riachuelo se extiende otro bosque, el Bois de Ville. Se dice que allí están los alemanes; pero ellos, prácticamente, no han visto ni oído a sus adversarios. (Como de costumbre, el campo de batalla está desierto. Allí no se ve ni un alma.) Y ese bosque es su primer objetivo; es decir, una vez que el ataque principal haya asegurado las primeras líneas de fuego alemanas, momento en que la defensa alemana a ambos lados de la brecha empezará a replegarse. Cuando las líneas enemigas «se desmoronen» ellos empezarán a «hostigar al adversario que se estará batiendo en retirada, apoyados por la caballería» y etcétera, etcétera. Pronto. Peso y masa.

Llevan ya cuatro días siguiendo de lejos la preparación artillera, y no puede negarse que es espectacular:

*A intervalos fijos nuestras granadas del 155 caían con un estampido terrible en la linde del Bois de Ville. Protegidos por el elevado desnivel que teníamos detrás, una batería disparaba, una tras otra, sus cuatro piezas de 75 mm, lo que hacía vibrar el aire como por el redoble de cuatro campanas. Las granadas pasaban silbando por encima de nuestras cabezas, y después, tras un breve silencio, se escuchaban los cuatro estampidos secos de los impactos. Nos imaginábamos que bajo tal avalancha de fuego artillero las líneas enemigas deberían estar hechas cisco.*

Van pasando los minutos. El inicio del ataque está planeado para las 9.15. Arnaud entorna los ojos



para penetrar la grisácea neblina que produce la lluvia, hacia ese punto en el que sabe que tendrá lugar el primer asalto.

Finalmente, la operación se pone en marcha. Arnaud apenas ve nada. Solo «formas oscuras que avanzan despacio en filas rotas». Esos puntos avanzan hacia la trinchera alemana de primera línea, que está cubierta de humo. Luego el humo se traga a los asaltantes y ya no se les ve más.

No tardan en correr rumores sobre una gran victoria, que la caballería ha abierto una brecha. La excitación es grande. Pero ¿por qué no recibe el regimiento de Arnaud la orden de atacar? Ellos permanecen apostados en el bosque, esperando. ¿Qué ha pasado?

Tres días más tarde, el martes 28 de septiembre, se suspenden todos los asaltos. La ofensiva ha sido contenida por la segunda línea enemiga junto con los reemplazos alemanes, que no se han demorado nada en llegar. (Queda demostrado una vez más: es más rápido desplazar tropas en tren que a pie.) Los franceses han ganado aproximadamente tres kilómetros de terreno al precio de más de 145.000 bajas, entre muertos, heridos, desaparecidos y prisioneros. El regimiento de Arnaud nunca llega a atacar el Bois de Ville.

*Jueves, 30 de septiembre de 1915*

## ALFRED POLLARD RESULTA HERIDO A LAS AFUERAS DE ZILLEBEKE

No sabe qué sentir. Pollard está deprimido y con resaca, además de avergonzado por la tremenda bronca que le ha soltado el coronel debido a que, con las prisas, había olvidado ponerse las polainas de vendas. Pero también está muy excitado por la misión que le acaban de encomendar. Lleva mucho tiempo anhelando la oportunidad de lucirse. Y ahora tiene la ocasión.

No se trata de que hasta la fecha se haya dedicado a gandulear. El jefe de la compañía hace tiempo que ha echado el ojo a este muchachote de 22 años, corpulento, agresivo y de lo más arrojado, que aprovecha cualquier oportunidad de entrar en combate, que nunca deja escapar la ocasión de apuntarse voluntario a cualquier misión peligrosa y que, a veces, realiza incursiones en la tierra de nadie por su propia cuenta. Durante una de ellas Pollard halló, en el fondo de un cráter, una gabardina Burberry apenas rasguñada por la metralla y, junto a la gabardina, una cabeza suelta en posición vertical sin ningún cuerpo en las inmediaciones, visión que se le antojó «tronchante y conmovedora» a la vez. La gabardina la usa cuando hace mal tiempo. La cabeza suele ser objeto de sus fantasías. ¿Era amigo o enemigo? ¿Era un hombre valiente, que murió «mientras corría hacia delante yendo al combate con verdaderas ganas de luchar», o era uno de esos que «se escaqueaban, muertos de miedo»?

Pollard acaba de ser nombrado sargento y jefe en funciones del pelotón de granaderos del batallón,<sup>108</sup> de cuyo entrenamiento se ha encargado él mismo y al que, con su habitual empeño, ha estado instruyendo en el arte del lanzamiento de granadas.

Ahora ha llegado la hora. Hace cinco días se inició la gran ofensiva británica en Loos, bien planeada y ejecutada con numerosas fuerzas; sin embargo, una vez más, los esfuerzos no han comportado resultados dignos de mención, aparte de un colosal número de bajas en el propio bando. (En el transcurso de unos pocos días, dos de las divisiones involucradas han perdido, entre muertos y heridos, la mitad de sus hombres.) También como de costumbre, los combates se han visto desplazados a otros sectores del frente (la palabra técnica para ello es «descargado»). Los alemanes han detonado una gran mina bajo las líneas británicas en un bosque de Zillebeke, a las afueras de Ypres, conocido como *Sanctuary Wood*<sup>109</sup> por los británicos y, a continuación, han tomado el enorme cráter lleno de cadáveres resultante de la explosión. El pelotón de granaderos tiene órdenes de reconquistar el hoyo.

El pelotón está dividido en dos secciones, una bajo el mando de Pollard y la otra a cargo del jefe del pelotón, Hammond. El plan consiste en que ambas secciones, saliendo cada una por un lado, vayan avanzando por las trincheras que rodean al cráter hasta encontrarse de nuevo. Su armamento principal son las granadas, que cargan en sacos. Los soldados rasos llevan también mazas para el combate cuerpo a cuerpo. Pollard no siente ningún temor ante lo que le espera. Por el contrario, está lleno de gratitud por haber recibido esta misión. A su juicio, además, el asunto es más bien una carrera; está firmemente decidido a que su sección del pelotón llegue antes que la de Hammond.

Pero en la mente de Pollard no solo hay expectación y entusiasmo. Durante bastante tiempo ha estado en contacto con una mujer cuya familia conoce, una mujer que le ha enviado regalos y cartas que quieren ser amables y darle ánimos. Él está enamorado hasta la médula de ella, la llama My Lady, «el ser más divino y maravilloso que ha pisado la capa de la tierra», y espera —a propósito de aquella cabeza cortada— que, si su vida corriera la misma suerte, la última palabra que brotara de sus labios fuera su nombre. (Por cierto que se llama Mary.) Hace unas semanas le escribió una carta donde le pedía su mano.

Ayer Pollard recibió la contestación. En su carta la mujer se mostraba consternada ante su propuesta y le comunicaba que si alguna vez pensara en casarse, él sería, sin duda, el último hombre con quien lo haría. Conmocionado y deprimido, Pollard se fue directo al bar de una aldea cercana y ahogó sus penas en champán. Todavía estaba borracho cuando le despertaron con la noticia de su misión.

A las tres se inicia el breve bombardeo preliminar y, poco después, el grupo arranca a correr en medio del fragor a lo largo de la trinchera. A su alrededor se elevan árboles altos y frondosos. Tras unos cincuenta metros les corta el paso una elevada barricada de sacos de arena. Empiezan a arrojar granadas de mano contra ella. «¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Sunc! ¡Sunc! ¡Sunc!» Al cabo de tres minutos llega la reacción, en forma de una lluvia de granadas de mango alemanas. Más «bang» y «sunc». Y así pasa el tiempo, hasta que Pollard pierde la paciencia. Según el procedimiento que ha aprendido en la escuela de granaderos, él, como jefe, debe ocupar el quinto puesto en el grupo, pero en cambio, ahora se pone a la cabeza.

Después de que tres soldados hayan tirado cinco granadas cada uno a un ritmo muy seguido, él y seis hombres más salen trepando de la trinchera para rodear la barricada. Al parecer los alemanes lo esperaban, porque el grupo queda inmediatamente atrapado bajo el fuego cruzado. Cuatro de los seis caen. Sin embargo, Pollard sobrevive, salta de nuevo al interior de la trinchera. Allí lo recibe el estallido de una granada de mano alemana. La onda expansiva lo lanza de espaldas contra la barricada. Por todo su cuerpo distingue los puntitos rojos de los orificios por los que ha penetrado la metralla. Se levanta.

Derriban la barricada. El grupo reanuda su carrera por los meandros de la trinchera. Continuamente van lanzando granadas de mano hacia delante. Los alemanes que tienen ante sí retroceden, mientras que otros situados a los lados trepan a los árboles y desde una distancia de menos de cuarenta metros empiezan a disparar contra el grupo de Pollard. Uno tras otro, sus hombres van cayendo. Él se vuelve para darle una orden a uno de sus soldados y en ese mismo instante, una bala atraviesa la garganta del hombre. Pollard entra en un extraño estado de conciencia, parecido al sueño:

*Era como si mi espíritu se hubiese liberado de mi cuerpo. Mi cuerpo físico se había convertido en una especie de máquina que realizaba su cometido con fría precisión, mientras mi espíritu lo dirigía. Algo fuera de mí mismo parecía indicarme lo que tenía que hacer, y no hubo un instante en el que yo vacilara. Por otro lado, siempre estuve seguro de que sobreviviría.*

Alcanzan una segunda barricada de sacos de arena, que superan del mismo modo que la primera.

Pollard se vuelve hacia uno de los soldados que le quedan, a fin de entregarle un saco con granadas de mano, cuando el hombre se derrumba. Al mismo tiempo, Pollard nota que su brazo derecho cae hacia abajo y que el saco se le escurre de la mano. Una bala ha traspasado al soldado que Pollard tenía delante, luego la bala ha girado sobre sí misma continuando su trayectoria encarada por el extremo romo hasta penetrar en el hombro de Pollard, donde se ha detenido. Mareado, Pollard ve crecer una mancha roja en la manga de su guerrera. Las rodillas se le doblan. Alguien le da a beber una mezcla de agua con ron. Se levanta con paso vacilante, exhorta a sus hombres a que sigan.

Entre lo último que recuerda está la idea de que no puede desmayarse: «Solo las chicas se desmayan». Después se desmaya.

*Domingo, 3 de octubre de 1915*

### VINCENZO D'AQUILA DISPARA SU ARMA EN COMBATE POR PRIMERA VEZ

La orden es a un tiempo clara e incomprensible. Esa misma mañana él y los otros han sido enviados a las trincheras, como tropa de reemplazo del 25.º Regimiento, 2.º Batallón, 7.ª Compañía. Están empapados después de haber pasado la noche al sereno. La trinchera en sí está en la primera línea, con vistas al cónico monte Santa Lucia junto al río Isonzo. D'Aquila va a parar a uno de los salientes colaterales del ramal de aproximación. Un valle profundo de empinadas vertientes separa las líneas italianas de las posiciones austríacas, situadas más arriba. Su jefe de compañía es un alférez apellidado Volpe.

Los novatos reciben instrucción. Al ponerse el sol todos tendrán que abrir fuego. Todos. Y el fuego se mantendrá toda la noche. La finalidad es, por una parte, molestar al adversario; por otra, prevenir eventuales ataques sorpresa al amparo de la oscuridad.

En el horizonte se apagan los últimos rayos quebrados del sol, el paisaje va del gris al azabache. Comienza el tiroteo. A lo largo de todo el frente del batallón se encienden instantáneos fogonazos. D'Aquila se asombra: de esa manera de disparar sin ton ni son contra la noche, del formidable despilfarro de municiones (ha oído hasta la saciedad lo mal preparada que estaba Italia para esta guerra, que falta de todo, desde dinero y comida a cañones y municiones, etcétera), de que él, por improbable que parezca, tal vez esté a punto de quitarle la vida a otra persona. Como en el caso de muchos otros voluntarios, hasta el momento, sus pensamientos han girado en torno a su propia muerte, y no sobre el hecho de que de él se espera que mate.

D'Aquila observa el cielo. Es una noche estrellada. No, no quiere, no puede. Pero ¿qué sucederá si se niega a obedecer las órdenes? D'Aquila toma una decisión. Está aquí por voluntad propia; él mismo se lo ha buscado. Y no se negará a ir al ataque cuando llegue la hora; si le dicen que abandone la trinchera, que asalte las que parecen inexpugnables posiciones austríacas en lo alto de aquel monte bajo, pues él lo hará. Asumirá las consecuencias. Pero de matar nada. Ni hablar. Ni ahora ni nunca. Puede que entonces la Providencia vea su gesto y le haga una señal con la cabeza en reconocimiento y que, a cambio, en nombre de la simetría, lo redima a él de todo mal. D'Aquila levanta su fusil cargado, apunta contra el cielo ennegrecido, aprieta el gatillo. Durante la noche dispara centenares de balas de este modo inefectivo e insensato.

Hasta el alba no empieza a remitir el tiroteo. Mientras se levantan los brumosos velos de la mañana el silencio desciende nuevamente sobre los colores otoñales del valle, grabados a la *mezzotinta*.

El mismo día Pál Kelemen se halla en la frontera serbia y anota en su diario:

*Estamos acantonados en una llanura interminable. Todo son militares y caballos. Unas plomizas nubes grises flotan muy bajo por encima del horizonte. Aquí comienzan las ciénagas del Danubio; la fértil llanura húngara muere en un inmenso cañaveral.*

*Retumban los pasos de la infantería alemana que marcha hacia el sur. Los tallos de las juncias se inclinan suavemente en el viento, como si necesariamente todo tuviera que temblar bajo los pesados cañones que retruenan junto al Danubio.*

*Miércoles, 6 de octubre de 1915*

## FLORENCE FARMBOROUGH ABANDONA MINSK Y SE VE AQUEJADA DE DOLOR DE MUELAS

Hay un rigor nuevo en el aire. Las noches se hacen más largas, más frías. Desde hace un tiempo una muela ha estado emitiendo vagas pero inconfundibles llamadas de dolor en la boca de Farmborough. Sin embargo este día las señales pasan a ser nítidas punzadas. Está sentada en el carro, silenciosa y reconcentrada, con el rostro oculto bajo el velo que suele llevar durante las marchas para protegerse del polvo y del sol.

Hace tres días salieron de Minsk, ciudad con las calles rebosantes de gente uniformada y los escaparates llenos de costosos artículos. La ciudad fue como una aparición, sobre todo por sus resplandecientes tonos blancos y rosas, colores de cuya existencia ella y los demás, después de vivir constantemente entre los infinitos matices pardos de la tierra, el camino y los uniformes, casi habían olvidado. Avergonzadas y orgullosas a un mismo tiempo, Florence Farmborough y las demás enfermeras habían tenido ocasión de compararse a sí mismas —con sus ropas descoloridas que no les sentaban bien, la piel gruesa, enrojecida y descamada de sus manos, y sus rostros cansados y curtidos por el sol— con las señoras bien vestidas y perfectamente maquilladas de la alta sociedad de Minsk. Así que se marcharon de allí con una extraña euforia por volver al familiar ruido sordo del fuego artillero y al zumbido vacilante de los aeroplanos, atravesando campos todavía verdes y bosques de tonalidades en oro, cobre y óxido.

En la práctica, la gran operación de repliegue rusa ha llegado a su fin. En vistas al invierno, ambos bandos han empezado a atrincherarse. Ahora la unidad de Farmborough se desplaza a un ritmo mucho más lento. Un día corriente la larga y tambaleante columna de carros de tiro recorre, en el mejor de los casos, 30 kilómetros. Pero se conforman porque ya no huyen; una vez más, han renacido sus esperanzas de que tarde o temprano, la situación dé un giro.

Sin embargo, en los campos y cunetas que les rodean todavía hay huellas de su retirada. Yacen allí montones de animales muertos, ganado de todo tipo que arrastraron consigo para que no cayera en manos del enemigo pero que, previsiblemente, había sucumbido extenuado por las largas marchas. Farmborough ve vacas muertas, cerdos muertos, ovejas muertas. Y le viene a la memoria una imagen:

*Recordé que una vez durante los primeros meses de la retirada vi caer a un caballo; creo que fue en esos terribles caminos de arena de Molodych. Los hombres se apresuraron a cortar los arreos que lo uncían al cañón y lo dejaron tirado en la cuneta sin ni siquiera una palabra con la que lamentar lo ocurrido. Cuando pasamos delante recuerdo que los costados del animal se movían y que sus ojos nos observaban y que esos ojos tenían la misma expresión que la de un ser humano al que se abandona y se deja para que sufra y muera en soledad.*

De pronto se detienen. La larga columna se para de golpe. Han llegado a un lugar donde la carretera cruza un atolladero poblado de abetos. Unos carros de la segunda unidad volante se han atascado. Despacio, consiguen liberar carro tras carro. Luego cubren el camino con ramas de abeto para hacerlo algo más seguro.

Después vuelven a ponerse en oscilante movimiento, y Florence Farmborough se hunde de nuevo en la soledad de su mundo, donde no existe casi nada más que el dolor de esa muela. Solo una vez alza el velo: al entrar de repente en una zona donde el hedor es particularmente denso. Escucha voces indignadas e interrogantes. Resulta que están pasando junto a una pila de unos veinte cadáveres de animales, entre ellos varios caballos, que llevan allí tirados infestando el aire varias semanas ya.

Lo que va a pasar a continuación nadie lo sabe con exactitud. La última orden dice que hay que incorporarse a la 62.<sup>a</sup> División, que se encuentra en algún lugar de las inmediaciones.



*Jueves, 28 de octubre de 1915*

## VINCENZO D' AQUILA OBSERVA EL FALLIDO ASALTO DEL MONTE SANTA LUCÍA

Es como tener una butaca en platea. Y la verdad es que no es una metáfora. El lugar en el que D'Aquila se encuentra está realmente pensado como un puesto de observación desde el cual seguir los asaltos con los prismáticos. Para variar, el tiempo está despejado. No tendrán problemas para ver las columnas de asalto corriendo ladera arriba.

El puesto de observación está dotado de camareros, asistentes y demás. El camuflaje de ramas ha sido meticulosamente reparado tras el vendaval de la pasada noche, también se han sacado mesas y butacas y se ha comprobado el funcionamiento de los teléfonos de campaña. En el aire flota una hirsuta capa de ruidos, en la que el estampido de una explosión apenas ha tenido tiempo de extinguirse cuando se produce otra. Del otro lado del valle llega la traca final del fuego nutrido con el que los italianos bombardean las Dos Hermanas; las nubes blancas del humo de las explosiones coronan las boscosas laderas de las dos montañas, el monte Santa Lucía y Santa María. Se traen prismáticos y jerez.

En alguna trinchera de ahí abajo, la 7.<sup>a</sup> Compañía espera la orden de asalto. D'Aquila no está entre ellos. Gracias a la inesperada ayuda de su superior ha conseguido un puesto en el que no corre el riesgo ni de matar ni de morir: es asistente del Estado Mayor porque con su formación americana domina una novedosa técnica, la mecanografía. De la conmoción sufrida su primera noche en la trinchera aún no se ha recuperado. Por el contrario, D'Aquila parece estar atravesando algo parecido a una embrollada crisis religiosa, la cual se manifiesta de dos maneras. Por un lado, a través de sus cavilaciones sobre lo que puede permitirse un cristiano en su situación; por el otro, en la esperanza de que su fe, de algún modo, le salve, esperanza que su mente, cada vez más exaltada, está elevando a confianza ciega. Dos veces ha patrullado de noche la tierra de nadie, y las dos, pese a grandes peligros, ha vuelto ileso. ¿Acaso es él un elegido? También su inesperado destino en el Estado Mayor de la Brigada es interpretado por él como una intervención de la Divina Providencia.

Sin embargo, sus vivencias durante su destino en el Estado Mayor no alivian su ansiedad ni sus sentimientos de culpa, más bien al contrario.

Los oficiales del Estado Mayor salen de su guarecida caseta. Acaban de tomarse un desayuno consistente en chocolate y pan tostado, regado todo ello con vino. Bajan al refugio. Enseguida todos los colaboradores les dejan paso y hacen un rígido saludo militar. Los altos oficiales responden distraídamente al saludo y acto seguido ocupan sus asientos. Unos camareros les empujan las sillas, les ofrecen prismáticos.

Todo está listo para que empiece la función.

Cesa el bombardeo preliminar. Cortan el aire frío las últimas granadas, descendiendo con un silbido sobre las Dos Hermanas. El humo blanco se disipa en el viento.

Se hace el silencio.

El silencio se prolonga.

Por fin, se distingue cierto movimiento en las trincheras frontales italianas. Unas ralas cadenas de soldados con uniformes caquis empiezan a moverse en dirección a las empinadas laderas. Uno de esos racimos de hombres que se encaraman, trepan, se arrastran y saltan es la 7.<sup>a</sup> compañía la de D'Aquila. Avanzan con lentitud. Así, a distancia, sus posturas y movimientos hacen pensar en gente que esté buscando algo. Irrumpe entonces el martilleo hueco de las ametralladoras austríacas, las Schwarlose. Una tras otra van abriendo fuego desde lugares abrigados e invisibles en lo alto de las boscosas cimas: no, la artillería italiana no ha conseguido silenciarlas, pese a las largas jornadas de bombardeo artillero. Actualmente, los tipos de armamento que dominan los campos de batalla son dos: la artillería y las ametralladoras. Los peones de infantería se han ido transformando más y más en sus sirvientes y víctimas. Su función es ocupar el terreno que la lluvia de granadas ha barrido de gente y proteger las ametralladoras mientras estas realizan su faena. Como aquí. Crepitan las ametralladoras. Las líneas de hombres se van haciendo menos pobladas, más lentas, caen al suelo, dan media vuelta.

Abajo en el valle el procedimiento espasmódico e incongruente se repite sin parar. Sale una compañía de sus trincheras, avanza un tramo por la pendiente, cae de bruces bajo el azote del fuego de las ametralladoras y retrocede huyendo y diezmada; pasado un tiempo vuelve a la carga, también esta vez en vano, porque ahora hay menos hombres que la anterior; tras esto las diversas compañías, en grupos cada vez menos densos, lo intentan de nuevo hasta acabar dándose a la fuga, y así sucesivamente.

D'Aquila está horrorizado, no solo por entender que algunas de esas manchas oscuras e inmóviles de la vertiente opuesta son sus compañeros, sino también por la frialdad de los altos mandos y por la evidente falta de delicadeza de la táctica que emplean. A estas alturas todos los países beligerantes han comprendido que la potencia artillera de los ejércitos se ha vuelto tan poderosa que atacar implica, indefectiblemente, un gran número de bajas. Aun así, muchos generales se aferran a la vieja ilusión prebélica de que la potencia artillera puede compensarse con pura voluntad, voluntad de querer seguir adelante bajo la lluvia de proyectiles, no importa a qué precio. Pero la voluntad, ¿de quién? Hacia el final del día D'Aquila oye una conversación que tiene lugar a través del teléfono de campaña. El capitán de una compañía de cazadores de montaña llama y suplica que su gente sea eximida de realizar más asaltos. Quince veces han asaltado la ladera sus soldados de élite, y quince veces los han repudiado. De doscientos cincuenta hombres quedan apenas veinticinco. El comandante en jefe dice que no y le pide al que sostiene el auricular que le recuerde al capitán el juramento hecho a la Corona y a Italia.

La compañía de cazadores de montaña realiza un último asalto. También este fracasa. El capitán no se cuenta entre los supervivientes. Corren rumores de que se ha suicidado.

El 30 de octubre D'Aquila, sentado frente a la máquina de escribir, pasa a limpio una orden de que cesen todos los asaltos hasta nuevo aviso. Lo que posteriormente se denominará la tercera batalla de Isonzo toca a su fin. Ni uno sólo de los objetivos de la ofensiva ha sido alcanzado.<sup>110</sup>

Pocos días después, el ejército italiano celebra el día de Todos los Santos con especial énfasis. Más tarde, a D'Aquila le llega la noticia de que uno de los caídos durante la malograda ofensiva era su buen amigo Frank.

*Domingo, 31 de octubre de 1915*

## PÁL KELEMEN PRESENCIA EL AHORCAMIENTO DE UN GUERRILLERO SERBIO

La invasión de Serbia por las Potencias Centrales transcurre conforme al plan, a nivel nacional la opinión pública opina que ya va siendo hora. El año pasado el ejército austrohúngaro fue al ataque tres veces contra el país vecino y tres veces fue repudiado. No así esta vez. El 6 de octubre los ejércitos alemán y austrohúngaro fueron al ataque conjuntamente, el 8 de octubre tomaron Belgrado (por cierto, por tercera vez desde agosto de 1914), el 11 de octubre también el ejército búlgaro entró en Serbia. Ahora las derrotadas tropas serbias se baten en retirada intentando eludir el inminente cerco. Y no solo las tropas: enorme cantidad de civiles los acompañan en la incierta huida hacia el sur.<sup>[111](#)</sup>

Entre los perseguidores se encuentran Pál Kelemen y sus húsares. Avanzan con rapidez bajo el húmedo cielo de octubre. Hay veces en que transcurren varias jornadas sin que hayan podido desmontar. Cabalgan frente a casas saqueadas y en llamas, cabalgan por caminos atestados de fugitivos, principalmente mujeres de todas las edades imaginables y niños. Cabalgan sin parar hacia el sonido lejano de tiroteo.

Este domingo el escuadrón se halla junto a las ruinas de una posada serbia. Alrededor del edificio se han concentrado cientos de heridos que están acostados sobre el suelo enfangado. Se están librando combates con la retaguardia del enemigo en retirada, pero no aquí, sino dos crestas de montaña más lejos. Por ese motivo llama la atención que durante la tarde llegue un soldado al que han disparado en la pierna desde una cabaña. Hora y media después llega otro soldado herido desde el mismo lugar; este ha recibido un impacto en el vientre.

Envían una patrulla para investigar. Al cabo de un rato la patrulla vuelve. Consigo traen a un hombre harapiento de estatura media con las manos atadas a la espalda. Les sigue una cola de quienes, a todas luces, son familiares y vecinos del detenido: mujeres, niños y algunos hombres mayores. Pál Kelemen anota en su diario:

*A través de un intérprete se interrogó al hombre, y también se les tomó declaración a los testigos principales. Por lo visto, pese a repetidas advertencias por parte de los demás habitantes del pueblo, se ha dedicado a disparar indiscriminadamente contra nuestros soldados. Al barrer con la vista a la muchedumbre que se ha concentrado en el lugar, el hombre tiene el aire de un ser semisalvaje, como trasladado aquí desde otro mundo.*

No tarda en pronunciarse la sentencia: el guerrillero habrá de morir en la horca.<sup>[112](#)</sup> Uno que sirve de cocinero en la guarnición, un matarife de cerdos vienés, asume con alegría el papel de verdugo.

Va a buscar una cuerda larga y consigue, además, una caja vacía que le proporcionará la altura necesaria para la caída. Al guerrillero serbio se le concede rezar sus últimas plegarias, pero él responde que no las necesita. Las mujeres lloran, los niños gimen con los ojos muy abiertos, tiesos de espanto; entre tanto, los soldados empiezan a juntarse alrededor del árbol, despacio y sin ademanes de ningún tipo, pero con un brillo de excitación en los ojos.

Dos soldados levantan al guerrillero serbio. Él no exhibe ninguna emoción específica, pero observa a su alrededor con una mirada agresiva, como si estuviera loco. Le colocan la soga al cuello y retiran la plataforma sobre la que se apoyan sus pies. Resulta que la soga es demasiado larga y el matarife, con un fuerte estirón, la ajusta. El rostro del hombre se va desencajando lentamente. Unas espasmódicas convulsiones recorren su cuerpo. Muere. La lengua se le retuerce y sale de la boca mientras todo él oscila adelante y atrás con los miembros cada vez más rígidos.

Al caer la tarde los espectadores se dispersan: primero desaparecen los militares, después los civiles. Más tarde, Kelemen observa dos soldados que vienen andando por el camino. Descubren el cuerpo que se mece en el viento otoñal, se acercan y ríen haciendo befa. Uno de ellos le da un violento golpe con la culata de su fusil, a continuación ambos hacen el saludo militar y se marchan.

*Domingo, 7 de noviembre de 1915*

## RICHARD STUMPF VE DOS ACTOS DE LOHENGRIN EN KIEL

Es un agradable día soleado de noviembre. El acorazado *Helgoland* enfilea el canal de Kiel, y enseguida empiezan a circular rumores entre los marineros. Acaban de librarse duras batallas terrestres en los alrededores de Riga: ¿acaso se dirigen al Báltico para dar apoyo? ¿O tal vez los ingleses estén ahora atravesando el estrecho de Storebælt? ¿O es que la neutral Dinamarca está a punto de declarar la guerra? ¿O quizá se trata de un... mero ejercicio en el tiro de torpedos? Stumpf apuesta por esto último, «así no volveré a llevarme un chasco».

El clima a bordo es pésimo. Stumpf y el resto de la tropa están hartos de no hacer nada, hartos de la comida cada vez más mala, hartos de la férrea disciplina, hartos de las sistemáticas vejaciones de los oficiales. En el barco hay un comando disciplinar, y cada día se ven de 20 a 30 marineros corriendo alrededor del buque con su fusil y el equipo de combate al completo. Las faltas que hay que cometer para ser sometido a un castigo son ínfimas: un lavabo sucio, un calcetín tirado, la utilización de los aseos estando de servicio, un comentario desagradable. Stumpf anota en su diario:

*La moral de combate de la tripulación ha caído tan bajo que a todos nos encantaría que nos metieran un torpedo en el vientre. Eso es lo que todos les deseamos a nuestros despreciables oficiales. Si a alguien se le hubiese escapado un deseo de este tipo hace año y medio habría recibido una soberana paliza. Un espíritu maligno habita entre nosotros, y solo nuestra buena educación nos impide emular lo sucedido en aquella flota del Báltico.<sup>113</sup> Todos comprendemos que tenemos más cosas que perder que nuestras cadenas.*

Mientras se adentran por el canal, Stumpf observa la variación de matices de ocre, rojo y pardo que iluminan las lomas y los bosques de la orilla. La nieve no tardará en llegar.

Cuando fondean en Kiel ya ha anochecido. Constata que se han empezado a relajar las antes tan estrictas normas para el oscurecimiento del barco. ¿Obedece eso a algún motivo concreto? ¿O es solo una señal más de que la atmósfera de seriedad y entrega del primer año se ha ido desgastando lentamente? La tripulación baja a tierra. (No, no es un combate lo que les espera, sino unos días de instrucción en el uso de torpedos.) Richard Stumpf va corriendo a uno de los teatros de la ciudad, donde alcanza a ver los dos últimos actos de *Lohengrin* de Wagner. En su diario comenta más tarde:

*Es una lástima que no pueda ir a más eventos como este. Hacen que te sientas como un ser humano y no como un simple e ignorado animal de carga.*



*Viernes, 12 de noviembre de 1915*

## OLIVE KING Y LA LUZ DE GEVGELÍ

En realidad, habría preferido quedarse en Francia. En una carta a su madrastra de mediados de octubre deja que, por primera vez, se trasluzca algo parecido al desánimo:

*A veces dudo de que pueda volver a casa algún día, como si esta maldita guerra fuera a durar para siempre. En vez de terminar crece, cada vez son más los países arrastrados a ella, las cosas van de mal en peor. En cuanto a nosotras, no tenemos ni idea de adónde nos mandarán.*

Las mujeres del Scottish Women's Hospital habían oído que las iban a enviar en barco a los Balcanes, donde un cuerpo de ejército francobritánico al mando de Sarrail —que llegó muy deprisa pero prácticamente desprovisto de equipo— desembarcó en el puerto de Salónica, en la neutral Grecia, a comienzos de octubre, esperando poder ayudar a los serbios mediante la apertura de un nuevo frente.<sup>114</sup> Al principio King no quería ir. Su enorme ambulancia era demasiado pesada y su motor demasiado flojo para las precarias carreteras de la región.

Tres semanas necesitó el barco para transportar a King y a las demás mujeres del Scottish Women's Hospital a Grecia. Un barco-hospital que iba rumbo a la misma destinación fue hundido por un submarino alemán. En Salónica las esperaba una formidable confusión de índole militar, política, práctica. En aquel «mar de lodo negro» que eran las calles de la ciudad toda orden era seguida de una contraorden. En noviembre, finalmente, las enviaron en tren a Gevgelí, situado en la frontera entre Grecia y Serbia, donde tenían que instalar su hospital de campaña.

Esta vez han podido llevarse las tiendas, pero no las piquetas, y las que han tenido que improvisar rápidamente no se aguantan bien en el suelo montañoso. Día y noche hay que patrullar e ir repicando las estacas sueltas y tensando los vientos. Esa es una de sus ocupaciones principales. Otra es ayudar en la recogida de la ropa de los pacientes que después hay que lavar y desinfectar. Los piojos no la asustan demasiado; tampoco el frío es tal que impida lavarse en el río, tanto el cuerpo como la cabeza.

En su comedor tienen luz eléctrica, producida por un generador destinado al aparato de rayos X, pero lo apagan a las siete y media de la tarde, y como debido al riesgo de incendio no se les permite encender nada con llama viva en sus tiendas, quedan pocas opciones aparte de la de acostarse. Oscurece temprano: a las cinco de la tarde ya es noche cerrada. Sin embargo, también clarea mucho antes de las seis. King contempla cada día la salida del sol y disfruta del espectáculo. Las montañas del entorno son de terciopelo granate, y las cimas refulgen rosadas en la luz matinal.

Olive King se sorprende a sí misma siendo feliz. Este día le escribe una carta a su padre: «Este

lugar es una delicia, las montañas son fantásticas y el aire es puro y fortificante. Cada día trabajamos como gigantes y comemos como lobos».



*Domingo, 14 de noviembre de 1915*

## PÁL KELEMEN VISITA UN BURDEL DE OFICIALES EN UZICE

La campaña ha acabado en victoria. Serbia ha sido ocupada. Lo de Sarajevo está vengado. Los vencedores pueden empezar a cobrar su recompensa. Esta noche Kelemen y algunos de sus colegas visitan un burdel reservado a oficiales. Está en Uzice, una pequeña ciudad junto al río Detinja. Kelemen anota en su diario:

*Un recibidor en penumbra, alfombras, cuadros en las paredes. Un civil giboso martillea un piano. Cuatro mesas, una en cada rincón. Cuatro chicas en una sala. Dos de ellas se están revolcando con un teniente de artillería. En otra mesa unos oficiales de infantería toman café solo. Bajo una lámpara un alférez de los húsares de la milicia lee un periódico viejo.*

*Ésta es la escena que vemos al entrar. Nos sentamos a la única mesa libre y pedimos vino tinto, pero después de probarlo optamos por el café. En un rincón, Mohay, mi cadete, intenta arreglar la gramola sin ningún éxito. Seguramente tendrá algún muelle roto.*

*Una de las chicas abandona la sala, después vuelve. De un brinco pasa por encima de una silla y se sienta en las rodillas de nuestro cadete. La otra, una chica de pelo negro y vestido rojo, está tumbada en un banco mirándome a mí.*

*Va pasando el tiempo. El pianista de cara malévola sigue tocando. La pieza me suena: es la música que una vez alguien tocó para mí en mi país, en el cuarto de una chica el día que fui para despedirme. Hace una eternidad de eso, tan lejos de aquí.*

*Me levanto y me voy. Si piensan que el vino me ha puesto enfermo, se equivocan.*

*Sábado, 27 de noviembre de 1915*

## KRESTEN ANDRESEN VA A UNA FIESTA DE CUMPLEAÑOS EN LENS

Lluvia fría y viento. Árboles pelados, sin una hoja. Gris, gris, todo es gris: el tiempo, sus uniformes, el café cada vez más aguado. Pero hoy libra. Y no tiene que estar de vuelta hasta la noche, así que Andresen aprovecha para ver a unos amigos de su pueblo que están en la 2.<sup>a</sup> Compañía. Hace mucho que no habla danés con nadie. Se ha sentido solo.

El día, la noche; lo cierto es que la vida en las trincheras con frecuencia varía de carácter al ritmo de la luz. Él mismo lo ha podido comprobar durante este último destino. Se pasan horas cavando, sobre todo de noche y sobre todo al pie del tristemente célebre monte Loreto, que los franceses, finalmente, tomaron en su ofensiva de mayo. Pero ahora el frente está en calma. Durante el día tanto alemanes como franceses se mueven abiertamente, a la vista los unos de los otros. Y ninguno de los bandos dispara. (Dicen que los más valientes se llegan hasta las trincheras enemigas y las visitan.)

Este es un ejemplo del tácito acuerdo que se ha ido desarrollando en diversos lugares durante la guerra: vive y deja vivir; si no nos molestáis, nosotros no os molestaremos.<sup>115</sup> Pero esto es de día. Las noches son casi siempre más intranquilas, más bulliciosas, más horribles. La oscuridad produce incertidumbre, la incertidumbre produce miedo. Es, dice Andresen en su diario, como aquel relato «sobre el hombre que cambiaba de forma, de día era humano y de noche un animal salvaje». Si hay muertos, generalmente los han matado de noche.

En estos momentos están acantonados en Lens, una ciudad minera de tamaño mediano muy de su gusto, ya que hay más cosas para ver y hacer que en el campo. Andresen está subiendo por la Rue de la Bataille cuando sucede.

Granadas.

Bajan los proyectiles silbando de todas partes. Un objeto especialmente contundente le da a una casa situada un trecho enfrente de Andresen, y él ve como la mayor parte del tejado se levanta una decena de metros en el aire. Ve gente salir corriendo de la casa vecina. Ve el impacto de un gran fragmento de metralla contra el borde de la calzada. Ve salpicar el agua. Primero se queda paralizado pero después se dice a sí mismo: «Tienes que correr». Y corre, a través de las capas comprimidas y ardientes de las ondas expansivas, a través del estruendo de nuevas detonaciones que estallan encima de él por ambos lados. Hasta que encuentra un refugio.

Cuando se atreve a salir el sol está ya muy bajo. Vuelve a reinar el silencio. Se ve gente paseando por las aceras. En muchos lugares hay personas barriendo los cristales rotos de las ventanas. En un sitio observa a un soldado haciendo guardia junto a un montón de paja. Allí una granada ha matado a dos soldados y un caballo con un impacto certero que los ha hecho, literalmente, pedazos. Probablemente sea para ocultar la grotesca visión de sus restos revueltos por lo que han echado esa paja por encima. Sin embargo, Andresen observa que la fachada más próxima está salpicada de sangre. Se estremece, apresura sus pasos y está a punto de pisar algo... parecido a una lombriz que

está tirado en la acera.

Finalmente, Andresen llega al cuartel de la 2.<sup>a</sup> Compañía. Es el cumpleaños de uno de los daneses, Lenger, quien invita a café y pastas caseras. Por fin puede Andresen hablar danés. Lástima que tenga que irse enseguida.

A las diez de la noche salen en formación para realizar las excavaciones nocturnas. Al principio cree que van a ir a Angres, un pueblo donde han estado cavando las noches anteriores, pero la marcha no se detiene allí. Es una noche fría y despejada con un luminoso claro de luna. Al final, hacen alto en un sitio completamente distinto, no muy alejado de la colina de Vimy. Allí les ponen a cavar una trinchera nueva. De vez en cuando, a su izquierda, se elevan las bengalas. A la luz plateada de estas, la colina resplandece como si estuviera cubierta de nieve.

*Domingo, 28 de noviembre de 1915*

## EDWARD MOUSLEY SE CRUZA EN AZIZIE CON LAS FUERZAS BRITÁNICAS EN RETIRADA

El lugar, Azizie, no tiene nada de especial, el meandro de un río y un par de casas de barro, nada más. Ha viajado hasta aquí en un barco fluvial desde Basora, situada en la costa y envuelta en palmeras, subiendo por la corriente del Tigris. Ha pasado por Qurna, Qala Salih, Amara y Kut al-Amara. Más de una vez ha oído mencionar Azizie. Hay quien dice que es allí donde está el ejército británico de Mesopotamia (o la Fuerza D, como se la conoce oficialmente). Otros dicen que el cuerpo está a las puertas de Bagdad y que la temeraria operación de conquistar la gran ciudad está a punto de completarse.

Edward Mousley es teniente de artillería de campaña del ejército británico. Tiene 29 años, nació en Nueva Zelanda, ha cursado estudios de Derecho en Cambridge y hasta hace muy poco estaba destinado en la India. Como las operaciones en Mesopotamia son principalmente responsabilidad del gobierno colonial británico, resulta lógico que también los refuerzos se traigan de allí. (Por cierto, que la mayoría de los soldados del cuerpo británico son nativos de la India.) Porque eso es lo que son Mousley y el resto de los que están a bordo del barco fluvial: refuerzos, reemplazos de los militares caídos, heridos, desaparecidos o enfermos. Las fotografías muestran a un hombre seguro de sí mismo con los ojos muy juntos, un bigote mínimo, muy cuidado, una mirada intensa y una sortija de sello; tiene un aire de irónica distancia. Nunca ha servido en el frente con anterioridad, nunca le han disparado.

Mousley no se desvivió por entrar en combate, sino que lo llamaron por telegrama, que le fue entregado en mitad de unas maniobras. Enseguida empezó a prepararse para «cambiar el entrenamiento por la realidad». Su coronel le dio buenos consejos; los demás, bebidas fuertes. Su salud no era del todo buena, padecía todavía las secuelas de un ataque de malaria, pero no dejó que su mala salud le retuviera. Algunas cosas superfluas, como una motocicleta, las guardó en un almacén a la espera de la paz y del retorno, pero para gran alegría suya pudo llevarse su posesión más preciada: su caballo, el bellissimo *Don Juan*. Así pues, él y otros uniformados subieron a bordo de un pequeño barco correo en el que hicieron la travesía.

La marcha hacia el norte de la Fuerza D no está ni muy elaborada ni es realmente necesaria. Se trata más bien de una cuestión de magia nominal («Cae Bagdad», sería un estupendo titular en Londres y, como noticia, una sonora bofetada en Constantinopla, Berlín y Viena), y de la prepotente arrogancia de costumbre. Las operaciones británicas en el golfo Pérsico se iniciaron poco después del estallido de la guerra, ya antes de que el Imperio Otomano se sumara al bando de las Potencias Centrales, y en un comienzo tenía la única y muy específica misión de proteger los pozos petrolíferos del litoral.<sup>116</sup> Como tantas otras veces en tales contextos, el apetito se abre comiendo.

Una primera victoria en la costa por la que no tuvieron que realizar esfuerzo alguno despertó la tentación de un nuevo avance. Al salir bien también este, y al mostrar los otomanos una tendencia a

salir corriendo a la que se les sometía a un serio estímulo, se emprendieron nuevas embestidas río arriba hasta que el general Nixon, comandante en jefe de la zona, que se había quedado a la sombra de las palmeras de Basora, murmuró satisfecho frente a su mapa que, por el mismo precio, ¿por qué no aprovechar y conquistar Bagdad. Al fin y al cabo, la ciudad estaba a solo 400 kilómetros, *right?*

*Wrong.* Lo que en el mapa son 400 kilómetros parecen haberse estirado, esa es la sensación que tienen a medida que avanzan entre el zumbido de las moscas, bajo el abrasador calor y a través de cauces inundados. Por otro lado, la línea de suministros hasta Basora, en la práctica, se ha hecho más larga.

Mousley ya ha detectado signos de que la conquista de Bagdad tal vez no transcurra conforme al plan. Hace dos días les adelantó una balandra pesadamente cargada de armamento que transportaba a una unidad de Estado Mayor envuelta con una capa antibalas improvisada con algún tipo de fardos. Dicho de otro modo, el tráfico a lo largo del Tigris dista de ser seguro. Ahora el vapor en el que viaja Mousley vira hacia tierra firme, y él comprende al instante que algo muy grave ha sucedido. Ve que hay algo crispado en los gestos de los hombres. Ve que las caballerías están cansadas y sin cepillar. Ve que los carros y los arreos están cubiertos de polvo. Y ve batallones enteros de soldados que, con sus cascos de corcho para el clima tropical, duermen tirados directamente sobre el suelo, «en filas dispuestas de cualquier manera».

Camina entre los agotados hombres y animales hasta divisar un banderín que ondea en lo alto de una choza de barro indicando que allí se aloja el jefe de artillería del cuerpo. El oficial le explica a Mousley lo sucedido. Hace seis días se libró una gran batalla en Ktesifon, situada a solo 25 kilómetros al sur de Bagdad. En ese punto, el ejército otomano se había atrincherado. El cuerpo británico consiguió asaltar la primera línea defensiva, pero después quedó atascado. Ambos bandos sufrieron gran número de bajas, y como entre ambos empezó a correr el rumor de que el adversario estaba a punto de recibir importantes refuerzos, la batalla concluyó de un modo original aunque no del todo infrecuente: en su confusión los dos bandos se retiraron del abrasador campo de batalla, dejándolo polvoriento y sembrado de cadáveres.

Sea como fuere, la fuerza británica no está en condiciones de proseguir hacia Bagdad, ya que se halla desbordada por la gran cantidad de heridos. El cuerpo dispone de cuatro hospitales de campaña con capacidad para acoger 400 pacientes, pero tras la batalla se han visto obligados a cuidar de 3.500. En la batería en la que Mousley va a servir, la 76.<sup>a</sup>, están heridos todos los oficiales menos uno. A diferencia del cuerpo británico, al ejército otomano sí le han llegado refuerzos, de modo que acaba de dar media vuelta y está ahora alcanzando la retaguardia de los ingleses.

Al anoecer Mousley ayuda a construir fortificaciones de campaña, las cuales rodean Azizie como una media luna. Tiene la impresión de que el trabajo avanza más rápida y fácilmente de lo esperado. Como a tantos otros, todavía le cuesta quitarse de encima la sensación de que está viviendo unas simples maniobras en tiempos de paz. Sin embargo, basta con echar una ojeada a los carros rotos y desgastados, al número impar de caballos de tiro uncidos a las piezas y a los carros, y a las hurañas miradas de los soldados para captar que no es así.

A bordo de lanchas y barcos fluviales se evacúa a la mayor cantidad posible de heridos; también la impedimenta se transporta lejos de allí. Mousley es uno de los que aligeran su equipaje deshaciéndose de cosas superfluas como equipo de montar de repuesto, prendas y accesorios del uniforme y equipo de campamento.<sup>117</sup> *Don Juan*, su caballo, se queda con él, claro está.

Al oscurecer Mousley se acuesta junto a su batería, cuyas piezas están colocadas en posición de hacer fuego. En algún punto de la noche se oculta el ejército otomano. De vez en cuando suena un disparo. Mousley oye el ladrido de los chacales que, a la espera de dar con más cadáveres —humanos o animales—, han estado siguiendo al cuerpo de ejército británico desde Ktesifon. A medida que el cansancio se va apoderando de él, su «canto fantasmal» se vuelve más débil, más lejano. Al final, se queda dormido.

*Jueves, 9 de diciembre de 1915*

## OLIVE KING TOMA EL ÚLTIMO TREN DE GEVGELÍ

La orden que les dan es la confirmación definitiva de la derrota total de los serbios. Para Olive King supone asimismo el final de una época turbulenta pero también curiosamente feliz.

El trabajo en Gevgelí ha sido duro. El hospital de campaña disponía de 300 camas pero no tardó en acoger a 700 pacientes. El invierno ha llegado en serio. Durante el último mes han sufrido varias tormentas de nieve, y las ventiscas han llegado a arrancar los vientos de alguna tienda o se la han llevado por delante. Se ha hecho difícil dormir por las noches debido al frío. Así ha descubierto que la mejor manera de calentarse es cavando. La jornada laboral dura de 16 a 20 horas. Su principal misión consiste en cuidarse de las lámparas de queroseno que iluminan el interior de las tiendas: encenderlas, limpiarlas, recortar las mechas, llenarlas de combustible; ocupación que le parece mortalmente aburrida. Está empezando a aprender serbio. Los piojos se extienden. A su hermana le cuenta alegremente:

*Nunca nos llegan periódicos ni tampoco noticias de ningún tipo. Este país es magnífico y también es magnífica esta vida porque te mantiene en forma. No me he sentido tan estupendamente bien desde que estuve en Arizona.*

Ahora, sin embargo, les acaban de dar la orden, no del todo sorpresiva, de desmontar el hospital de campaña. Debido a que ya no existe una Serbia a la que socorrer, no tiene ningún sentido intentar abrirse camino hasta Belgrado. El Ejército de Oriente, nombre con el que se conoce ahora al cuerpo de ejército de Sarrail, está retrocediendo hacia la neutral Grecia con tropas búlgaras pisándole los talones. Acaba en chasco, pues, otro grandioso y singular plan aliado para romper el punto muerto de la guerra por vía indirecta.<sup>118</sup> King y las otras 29 mujeres del hospital de sangre tienen menos de 24 horas para evacuar a los pacientes, empaquetar el equipo sanitario y levantar el campamento.

La única manera que hay de salir de Gevgelí es por tren. Las carreteras están en pésimo estado o bajo control búlgaro. (13 ambulancias francesas han desaparecido en el intento, al parecer, en una emboscada.) Están a punto de quedar atrapadas en un callejón sin salida.

Ahora es medianoche. Olive King ve alejarse en un tren a la mayoría del personal del hospital de campaña. En el apeadero solo quedan ella y otras dos conductoras, junto con las tres ambulancias del hospital, para las cuales no había sitio. A su juicio, abandonar a *Ella* está totalmente descartado.

Los trenes que van en dirección sur se suceden, todos ellos repletos de gente y de material. Para tres mujeres sí hay sitio, pero para tres ambulancias, de las cuales una es más grande de lo normal, ni pensarlo. Esperan, sin perder la esperanza. Ven salir el sol. Oyen el eco de disparos que se propagan desde las montañas blancas, nevadas. Olive King: «Es un hecho curioso que ni una sola vez

pensáramos en el peligro que corrían nuestras vidas. Lo único que nos importaba eran nuestros valiosos vehículos».

Entonces llega el último tren.

Las tropas búlgaras están a menos de un kilómetro de distancia.

Y... sí. Ven tres vagones de plataforma vacíos; sin demorarse en obtener permiso, suben en ellos sus ambulancias. El tren sale de la estación. Gevgelí arde. Justo antes de que la ciudad desaparezca de su vista, King ve estallar una granada en el edificio de la estación.



*Lunes, 13 de diciembre de 1915*

## EDWARD MOUSLEY DIRIGE EL FUEGO ARTILLERO EN KUT AL-AMARA

Se levanta temprano, porque a partir de hoy se ocupa de una nueva tarea: dirigir el tiro artillero. Eso es a la vez arduo y peligroso, porque presupone adentrarse lo máximo posible en el arenoso sistema de trincheras que todavía es bastante primitivo; en algunos sitios él y su observador tienen que arrastrarse por lo que más bien parecen simples zanjas. Ya no lleva el casco tropical, es demasiado visible, sino un simple gorro de lana, prenda no muy cómoda en el caluroso clima.

El cuerpo de ejército británico ha detenido su retirada hacia el sur en la pequeña ciudad de Kut al-Amara. Aquí esperarán la llegada de tropas de refuerzo o, mejor dicho, de rescate, porque desde hace dos semanas cuatro divisiones otomanas los tienen cercados. El jefe del cuerpo, Townshend, ha dejado que su fuerza quedara cercada expresamente. Primero porque sus hombres están demasiado agotados para proseguir la retirada, y segundo porque es un modo de impedir que el enemigo siga avanzando hacia las bases y yacimientos petrolíferos del litoral. El ambiente en el interior del cerco, sin embargo, es bueno. Todos están convencidos de que su rescate es sólo una cuestión de tiempo. Aunque Mousley, al igual que muchos otros, tiene una opinión muy crítica de la atolondrada intentona de conquistar Bagdad con una fuerza insuficiente y unos preparativos muy mal elaborados, siente confianza. Todo saldrá bien.

Son seguramente varios los kilómetros que recorre a gatas a lo largo del día. De vez en cuando tiene que arrastrarse por entre hediondas nubes de putrefacción. Son aquellos lugares en los que a los caídos se les ha tirado sin más y por el parapeto o el borde de la zanja que ahora se pudren ennegrecidos e hinchados bajo un sol de justicia. En algunos puntos las trincheras enemigas están a tan solo 30 metros de distancia. Con considerable habilidad y gran satisfacción personal, dirige los tiros de las granadas, que vuelan unos cuatro o cinco metros por encima de su cabeza y cuyo impacto se produce a unos escasos veinte metros de él. Con este tipo de dirección de tiro artillero afirma pasárselo bomba, *great fun*.

Los francotiradores otomanos acechan por todas partes, y sus disparos son extraordinariamente certeros. En ocasiones, cuando el cable telefónico no alcanza, Mousley envía señales a su batería mediante banderines, y los adversarios aciertan incluso a estos. Se ha pasado todo el día bajo el fuego.

Algo más tarde anota en su diario:

*Las experiencias personales de esto que llamamos guerra consisten, en el mejor de los casos, en reavivar los recuerdos de un sueño casi incomprensible y confuso. Algunos sucesos individuales destacan con un poco más de nitidez que otros, con una claridad conferida por la fiebre del peligro de muerte. Después, hasta las situaciones más peligrosas se vuelven cotidianas y los días parecen pasar sin comportar nada de interés,*

*a excepción de la constante proximidad de la muerte. Pero incluso esa idea, por muy notable que pudiera resultar en un principio, acabamos reprimiéndola, ya que es un elemento que de tan omnipresente se vuelve insulso. Tengo la firme convicción de que es posible cansarse de un sentimiento. No se puede ir por ahí con miedo a morir indefinidamente o mantener un interés por la inminencia de la muerte sustentado en los escalofríos. La psique se harta y lo aparta a un lado. Yo he visto caer abatido a un hombre que estaba a mi vera mientras yo, sin inmutarme, seguía señalizando las instrucciones para dirigir el fuego. ¿Es que soy insensible? No, simplemente ya no me impresiono con tanta facilidad.*

*Miércoles, 15 de diciembre de 1915*

## WILLY COPPENS SE HOSPEDA EN UN HOTEL DE ÉTAMPES

La habitación es pequeña, o mejor dicho, curiosamente alargada y estrecha, pero la vista es bonita. Cuando Coppens mira por la ventana ve la plaza y la estación de ferrocarril y tras ella, por el telón de unos árboles deshojados, las ruinas de la Tour de Ginette. Esta habitación del Hôtel Terminus goza de otra ventaja: el célebre aviador francés Chevillard<sup>119</sup> se ha hospedado aquí; es algo de lo que alardear, al menos. De todos modos, era la única habitación libre del Hôtel Terminus. Y este es el único hotel de Étampes que dispone de baño, que, como es habitual, comparten todos los huéspedes.

Coppens ha llegado a Étampes, al sur de París, muy ilusionado. Acaba de completar, financiado por él mismo, un cursillo básico de vuelo en una escuela privada de aviación en Hendon, Inglaterra. Tras recibir instrucción de unos señores coléricos en unos aparatos tan minúsculos, frágiles y poco potentes que solo se utilizaban en calma chicha (todo vuelo se interrumpía inmediatamente a la que las hojas de los árboles se movían) realizó, hace ahora diez días, su primer vuelo en solitario. (Tras 30 lecciones y tres horas y 56 minutos en el aire.) Inmediatamente después realizó la prueba oficial, que consistía en trazar con el aeroplano una serie de ochos acostados y, a continuación, aterrizar con el motor apagado exactamente frente al instructor. Lo consiguió, y con el título de piloto número 2.140 del Royal Aeroclub en el bolsillo, Coppens se halla ahora en Étampes para comenzar la parte militar de su formación como piloto.

Hay un significativo contraste, sin embargo, entre el «desaforado entusiasmo» que le embargó al obtener el título y el recibimiento que le dispensaron cuando se apeó del tren en Étampes hace unas horas. No había allí nadie para recibirle, y la plaza y la pequeña ciudad de provincias se veían tan desiertas y tristes como la propia tarde de diciembre. Todo son «casas sin ningún interés habitadas por ciudadanos sin ningún interés». Los cafés están vacíos. Y eso que durante estos últimos meses la ciudad ha empezado a salir de su letargo, si bien a desgana, porque al igual que muchas otras poblaciones, la guerra, la casualidad y —sobre todo— la prolongación de las líneas férreas le han concedido un nuevo papel, en este caso, como centro de formación. En el extrarradio de Étampes se encuentran varios aeródromos militares. El aire está constantemente dominado por el rugido de los aeroplanos, menos los domingos, cuando reina el silencio y se suspenden todos los ejercicios. Un encuentro casual con un amigo de los años previos a la guerra —estudiaban mecánica y practicaban motociclismo juntos— le ha conducido al Hôtel Terminus. A su llegada no faltan los malos augurios. De lejos ha visto un cortejo fúnebre. El difunto resultó ser un piloto francés que acababa de perder la vida en un accidente de aviación.

A última hora de la tarde Coppens cena en el hotelito de al lado, que, a diferencia del Terminus, dispone de un comedor propio. Allí se reúne con su viejo amigo el motociclista y unos cuantos belgas más, quienes también están allí para formarse como pilotos de combate. La que les sirve es una joven altanera pero muy parlanchina. Se llama Odette.

El mismo día,<sup>120</sup> en Tel Armeni, fronteriza con Mesopotamia, Rafael de Nogales encuentra una vez

más rastros de las masacres de cristianos. Ocupado admirando el paisaje de singular belleza y romanticismo de unos restos arqueológicos a las afueras de la ciudad, percibe de repente un olor a putrefacción:

*Empecé entonces a investigar de dónde venía [el olor], y retrocedí horrorizado de unos pozos o cisternas llenas de cuerpos de cristianos, en un avanzado estado de putrefacción. Un poco más allá descubrí otro contenedor subterráneo que, a juzgar por el olor, también debía de estar lleno de cadáveres. Como si esto no bastara, por todas partes se veían cadáveres sin enterrar o cadáveres apenas tapados con montones de piedras debajo de las cuales asomaba aquí y allá, una trenza sangrienta o un brazo o pierna roídos por las hienas.*

*Miércoles, 22 de diciembre de 1915*

### EDWARD MOUSLEY Y EL SONIDO DE LAS BALAS

Es de noche. Está en el refugio, acostado pero despierto, bien abrigado en su saco de dormir Burberry. Lo único que rompe la oscuridad del habitáculo sin ventana es una solitaria bujía colocada en un nicho de la pared de tierra, la cual proyecta una sombra que corta el techo y el suelo. Edward Mousley mira hacia la puerta enmarcada por sacos de arena. Ve un carro de municiones. Ve fusiles. Ve unos binóculos de artillería. Ve un teléfono de campaña. Ve un muro con marcas de metralla. Ve hileras de hojas de palmera que cuelgan boca abajo, cortadas. El aire es frío. El viento está en calma.

Precisamente esta noche se ha extremado el estado de alerta en Kut al-Amara. Se teme un nuevo asalto nocturno de los otomanos, en cuyo caso la batería de cañones de campaña de 18 libras que Mousley tiene enterrados en un palmeral de datileras deberá abrir una barrera de fuego artillero. Afuera en la noche se oye de vez en cuando el crepitar de una ametralladora, o a veces el estridente estampido de las balas que dan al muro que tiene detrás de su cabeza. Todavía no ha transcurrido un mes desde que se incorporó a las fuerzas de Mesopotamia, y las sensaciones físicas del combate aún le interesan sobremanera. Como esto del sonido de las balas. En su diario escribe:

*Justo antes [del impacto de una bala] se oye un súbito chasquido que recuerda al sonido producido por un palo que de pronto se parte, y si eres novato y acabas de comenzar tu iniciación, indefectiblemente te agachas. No digo que uno se agache voluntariamente. Más bien, cuando caes en la cuenta, ya te has agachado. Al comienzo todo el mundo lo hace. No vale la pena explicarle a la gente que si la bala hubiese sido de las peligrosas le habría dado sin tiempo a oír el sonido de su impacto contra la palmera. Algunas personas continúan agachándose eternamente.*

La noche resulta tranquila. En una ocasión el fuego de la ametralladora otomana se intensifica con virulencia. Mousley abandona el calorcito de su saco de dormir y sale para ver qué pasa. Pero no sucede nada, descontando que mueren algunos caballos más, hieren a un cuidador de caballos indio y caen a balazos más hojas de las palmeras.

El mismo día Florence Farmborough, recién llegada de su permiso, escribe en su diario:

*Tan ansiosas estábamos por reanudar el trabajo que reñimos por ver a quién le tocaba el primer turno, pero como era el cumpleaños de Anna se falló en mi favor. Durante mi ausencia habían instalado un nuevo quirófano. Era un cuartito limpio, encalado y acogedor. Lo inspeccioné con orgullo. Al caer la noche, para mi sorpresa, descubrí que*

*no podía dormir. Me senté a leer junto a una bujía escuchando con atención todo ruido proveniente del exterior, aunque sabía que era muy improbable que llegasen heridos, porque el frente estaba tranquilo.*

*Viernes, 24 de diciembre de 1915*

## VINCENZO D'AQUILA RECIBE LA EXTREMAUNCIÓN EN UDINE

Primero oye el sonido de unas campanillas. Después divisa al reducido grupo avanzando por el pasillo. A la cabeza va el capellán vistiendo un alba; le flanquean dos monjas sosteniendo sendas velas encendidas. D'Aquila intenta calcular a cuál de sus hermanos de infortunio van a visitar esta vez.

Entran en su sala. Alguien va a recibir la extremaunción.

Vincenzo D'Aquila está ingresado en el hospital militar de Udine. Él, como muchos otros, padece tifus. Lo trajeron en ambulancia hace unos días, por carreteras resbaladizas a causa del hielo. Ocupaba una plaza en la camilla superior del vehículo. Cada vez que la ambulancia pasaba por un bache, su cabeza casi chocaba contra el techo. Cuando el transporte por fin llegó a su destino D'Aquila estaba en tan mal estado que los enfermeros le creyeron muerto. Por eso lo trasladaron al cuarto gélido de la morgue. Allí lo encontraron más tarde, tendido en una camilla en el suelo.

La enfermedad no ha hecho más que agravarse. Su cerebro ha estado bullendo por la fiebre. Ha delirado, llamando al emperador Guillermo para responsabilizarle personalmente de la guerra. Las enfermeras le colocaron algo en la frente que él tomó por una corona de oro; era una bolsa con hielo. Ha oído voces de una belleza supraterrrenal; ha oído una música.

Las campanillas, sin embargo, no pueden ser más reales. El capellán y las dos monjas atraviesan la sala. D'Aquila los sigue con los ojos, se compadece del pobre diablo para quien ha sonado la última hora. Ya es mala suerte morir en Nochebuena, «una noche pensada para que el mundo entero la celebre de la forma más alegre y dichosa posible».

El pequeño grupo pasa delante de las sucesivas camas. Tintinean las campanillas. En la sobrecalentada conciencia de D'Aquila es como si el tiempo se fuera prolongando, estirando, ralentizando. «El tiempo no cuenta. Toda la eternidad se condensa en un solo instante.» Los tres avanzan más y más cerca. Él no los pierde de vista.

Frente a su cama se detienen. Las monjas se arrodillan.

El que va a morir es él.

D'Aquila se niega, no quiere, no piensa hacerlo. El capellán musita sus oraciones y unge con el aceite la frente de D'Aquila, en cuya mente el gesto se convierte en el de un verdugo que mediante ese acto pretende quitarle la vida. D'Aquila, sin embargo, está tan débil que es incapaz de pronunciar una palabra. Su mirada se cruza con la del capellán. Una de las monjas apaga las velas. Le dejan solo.

Así describe el propio D'Aquila lo que sucedió a continuación:

*Me envolvía una total oscuridad, lo cual contribuía, me imagino, a crear una sensación muy extraña de estar flotando. Tenía la viva sensación de permanecer suspendido en el aire sin poder moverme ni a la derecha ni a la izquierda, ni adelante ni atrás, ni hacia arriba ni hacia abajo. Tampoco el éter se movía. ¡Era un estado de absoluta inmovilidad! [...] Abruptamente, después de una pesada dosis de inmovilidad en este medio impenetrable [...] apareció una membrana de luz cual una pantalla plateada contra el negrísimo fondo. Ante mis ojos se proyectó entonces lentamente una representación caleidoscópica y multicolor de mi completo ciclo vital en la tierra, desde mi nacimiento y mis primeros años hasta el instante en que se me impartía el sacramento de los moribundos.*

Todo se transforma. En vez de luchar contra la muerte D'Aquila le abre los brazos con alegría.

Las visiones continúan. Primero se convierte en una mujer que da a luz un niño. Luego vuela a través del cosmos, pasando frente a planetas, astros y galaxias, hasta que su trayectoria por el universo se curva y vuela de regreso a la Tierra, al norte de Italia, a Udine, al hospital de la Via Dante, y a través de un angosto ventanuco, a la sala del hospital y a ese objeto que bascula en el límite de la existencia, que es su propio cuerpo tendido y aguardándole.



*Navidad de 1915*

## PAOLO MONELLI RECIBE SU BAUTISMO DE FUEGO EN EL MONTE PANAROTTA

Ha sonado la hora. Su bautismo de fuego. Hacia la medianoche inician la marcha. Por la llanura nevada desfila una larga cadena de soldados y mulas de carga. Durante la marcha Paolo Monelli piensa en dos cosas. Una es su hogar; la otra, lo contento que se siente de poder narrar en el futuro aquello que está a punto de vivir. Hace frío, el cielo está despejado, las estrellas brillan mortecinas. El claro de luna incide sobre los centelleantes cristales de la nieve. Lo único que se oye es el chirrido de las botas claveteadas contra el hielo, el tintineo de las marmitas vacías, algún que otro juramento aislado, además de breves conversaciones, casi murmullos. Pasadas seis horas llegan a una aldea austríaca, saqueada y sin un alma. Descansarán allí durante el día y cuando oscurezca emprenderán un ataque sorpresa contra un destacamento austríaco situado en lo alto del monte Panarotta.

Paolo Monelli nació en Fiorano Modenese, en el norte de Italia. Primero se propuso seguir la carrera militar, pero en lugar de esto empezó a estudiar derecho en la Universidad de Bolonia. Allí confluyeron dos de sus pasiones: por un lado su afición al montañismo y a los deportes blancos, por otro la escritura. Así que durante sus años en la universidad ha escrito varios textos sobre estos temas, textos que luego han podido leerse en el periódico local *Il Resto del Carlino*. Cuando Italia le declaró la guerra al Imperio Austrohúngaro en mayo del presente año, él y sus compañeros de carrera consideraron algo incuestionable alistarse como voluntarios. En el caso de Monelli se trata de mucho más que un mero gesto, ya que es hijo único y, como tal, legalmente tiene derecho a eludir el servicio militar, circunstancia que él, en cambio, se ha guardado mucho de alegar. Por el contrario, su experiencia como montañista le ha facilitado la entrada en la unidad de los *alpini*, o cazadores de montaña, la infantería de élite italiana. Se alistó en junio, en Belluno.

Sin embargo, en el último momento deseó con toda su alma echarse atrás. La mañana de su partida le despertaron unos golpecitos en el cristal de su ventana y al instante le asaltó un débil pero estremecedor ramalazo de miedo. Y recuerda que esa sensación tenía rasgos comunes con los puntos de inflexión de la resaca, porque se había dormido en un estado de despreocupada euforia etílica y, en cambio, había abierto los ojos al día siguiente en medio de lúgubres consideraciones y lamentos. (La chica con la que había salido la noche anterior lloró, pero él no se tomó sus lágrimas muy en serio.) Negras imágenes de los tormentos que le aguardaban —grandes y pequeños— se proyectaron en su cerebro. Para él alistarse había sido natural, pero lo cierto es que no tenía muy claros los motivos. «¿Será que mi vida en tiempos de paz, tan vacía, me produce hastío? ¿Será que me atrae el riesgo que se vive en los picos? ¿Será que no soportaría quedarme fuera de los acontecimientos que otros relatarán más tarde? ¿O acaso solo sea un humilde y sincero amor por mi país lo que me arrastra con tan ávida aceptación a la vida del guerrero?» Y recuerda que cuando después partió la mañana era fría.

Con todo, su amargo arrepentimiento no tardó en mutar a emoción. Él mismo ha descrito esa «voluptuosa sensación de vacío —el orgullo de la juventud sana—, la emoción que producen unas

grandes expectativas». De momento, apenas ha visto nada de la guerra, y de vivirla, aún menos. (La primera vez que oyó el lejano sonido del fuego de fusilería asoció los estampidos al «*clic*» de las bolas de billar que chocan entre sí.) Las fotografías muestran un joven bastante enjuto, de hombros caídos, pelo oscuro y espeso, ojos hundidos en las cuencas y mirada llena de curiosidad, labios sensuales y un hoyuelo en el mentón. Aparenta ser más joven de sus 24 años. Metida en su guerrera lleva una edición de bolsillo de *La Divina Comedia* de Dante.

Para Monelli el día transcurre en una cabaña blanca, donde se estira a descansar en un diván bajo que hay en un dormitorio decorado al estilo rococó. Le cuesta calmarse. Tal vez le moleste el ruido de las muchas pisadas de los soldados que suben y bajan por la escalera de madera, o tal vez esté demasiado concentrado anticipando lo que se avecina. Posteriormente se lleva a cabo una revisión del plan para el asalto de la noche. Fácil no será. No saben muy bien cómo llegar a ese destacamento, y cuando más tarde están todos inclinados sobre el mapa ni siquiera encuentran su propia posición.

A las nueve de la noche forman y se alejan marchando. Es una noche estrellada y fría. Llegan a un denso bosque. El nerviosismo aumenta. El crujido de sus botas al pisar la costra de nieve retruena en sus oídos como un sonido fragoroso y delatador. Monelli tiene hambre. En esas que retumba el eco de una bala solitaria. «Ta-pum.» Alarma.

Un ramalazo de frío, el corazón se inquieta. La primera bala de la guerra: una advertencia que significa que la maquinaria se ha puesto en marcha y te arrastra de forma inexorable. Ahora estás dentro. Nunca más podrás salir. Tal vez antes no lo creyeras así; hasta ayer jugaste apostando tu vida pero como si al mismo tiempo estuvieras seguro de poder retirar tu apuesta cuando quisieras. Hablabas a la ligera de actos heroicos y de sacrificios sobre los cuales no sabías nada. Ahora te ha llegado el turno.

Monelli observa a uno de sus compañeros, su semblante ya no refleja la insondable expresión habitual sino una viva excitación interior. El compañero divisa a un par de austríacos que se alejan corriendo entre los troncos de los árboles que hay más abajo y pega dos tiros. «Entonces —relata Monelli— se me cae algo de encima, de mi angustia no queda nada, y me siento igual de sereno y lúcido como cuando me ejercitaba en el campo de instrucción.»

Después, nada.

Se envían patrullas de exploración.

Monelli y los demás esperan, amodorrados. Clarea. Aparece un teniente muy contento, el rostro enrojecido por el esfuerzo, da una orden, luego desaparece por la derecha. Se oye fuego de fusilería a lo lejos. Monelli capta el gemido de un hombre herido.

Después, nada.

Sale el sol. Empiezan a comer su desayuno.

Entonces suenan unas ametralladoras. El estruendo del combate crece, se propaga, se aproxima. Unos heridos leves pasan de largo. Ahí al frente, por alguna parte, se está librando una batalla.

El desayuno se interrumpe. Algunos maldicen. El pelotón forma en línea. Luego marchan sobre la nieve. Monelli: «¿Será esto la muerte, este caos de gritos y silbidos, estas ramas que se quiebran en el bosque, este continuo jadeo de las granadas en el cielo?».

Después, nada.

Calma. Silencio.

Durante la marcha de vuelta el ambiente está muy animado. Bien es verdad que ni siquiera han encontrado aquel destacamento que tenían órdenes de tomar, pero los soldados están contentos de haber salido ilesos y, por su parte, Monelli está satisfecho, mejor dicho, rayando la euforia tras celebrar su bautismo de fuego. Regresan a sus propias posiciones a través de un orificio que han abierto en la alambrada. Sin embargo, ahí, esperándoles, está el jefe de división, rígido, glacial y sombrío. Cuando el jefe del batallón de Monelli, un comandante, aparece entre la columna de hombres, el jefe de división le para y le echa una bronca. Deberían haber encontrado el destacamento. Deberían haber tomado el destacamento. El número de bajas es significativamente bajo. Etcétera. Después el jefe de división, muy tieso y con cara larga, se queda allí junto al sendero mirando a los soldados que desfilan ante él. Cuando está todo listo, el general se sienta en la parte trasera del automóvil que le está esperando y se va.

Al anoecer están de vuelta en la aldea deshabitada. Monelli entra en la cabaña blanca que se ha enfriado y extiende una vez más su saco de dormir sobre el bajo diván del dormitorio rococó. A través de los agujeros del techo ve brillar las estrellas.

*Domingo, 26 de diciembre de 1915*

## ANGUS BUCHANAN PATRULLA DE NOCHE EN TIETA

Los envuelve una oscuridad compacta, encima de ellos solo se ven las estrellas, la luna aún no ha salido. Buchanan y los demás llevan mocasines, ya que es prácticamente imposible andar sigilosamente por el monte calzando gruesas botas de marcha. Su misión es la de costumbre: impedir que patrullas alemanas saboteen el ferrocarril ugandés. Son alrededor de las diez de la noche. La escuadra se aleja rápidamente siguiendo un camino que les conducirá a ese punto, situado a unos ocho kilómetros, donde se ha decidido que tienen que permanecer apostados. Caminan en fila india con grandes intervalos entre sí. De vez en cuando se detienen y aguzan el oído.

Angus Buchanan acaba de ser ascendido a teniente. Su carrera en la 25th Royal Fusiliers ha sido meteórica, en el mes de abril todavía era soldado raso. No sin cierta pena abandona la vida del subalterno, que él define como «una existencia alegre, irresponsable y desordenada».

Al cabo de un rato de marchar en silencio oyen un súbito estrépito. Se detienen.

El ruido proviene del lado izquierdo del camino.

Les llega el sonido de ramas partidas y crujidos en el sotobosque. Las patrullas enemigas se mueven con más cautela. Y en efecto: lo que entreven es un rinoceronte. Los cuatro se paran en seco. Así a oscuras es imposible saber si la magnífica bestia da señales de ataque. Transcurren unos instantes de tensión. Los rinocerontes son animales corrientes en esta región y muy peligrosos, bastante más que los leones. Buchanan sabe ya que estos últimos solo van al ataque si están heridos. Durante el presente año treinta soldados británicos han resultado muertos por agresiones de animales salvajes en África del Este.

Con un trote corto el rinoceronte se pierde entre los arbustos. Ha pasado el peligro.

Los cuatro hombres siguen andando sigilosamente en la oscuridad.

A los pies de un gran mango encuentran los rescoldos de un fuego de campamento. En algún punto de esas tinieblas acecha el enemigo.

Sale la luna, cuya luz permite que vean sus sombras suspendidas como formas ingravidas sobre la polvorienta blancura del camino. No muy lejos de allí vislumbran los destellos del río.

Hacia la medianoche alcanzan un lugar desde donde se domina bien el ferrocarril. Se esconden entre los arbustos y esperan. Y esperan. Y esperan.

La noche transcurrió en calma, estorbada solo por sonidos africanos. Entre los altos árboles de la ribera, al otro lado del ferrocarril, de vez en cuando chillaban los monos, quebrando ramitas secas al saltar de rama en rama. Un búho solitario ululaba a lo lejos en medio de la oscuridad... A veces también delataba su presencia y sus merodeos algún depredador. En ocasiones, los profundos aullidos de las hienas y el ladrido de los chacales, semejante al de los perros, rompían el silencio helándote la sangre; aunque solo por unos instantes, ya que no tardaban en desvanecerse, cual

espectros, en la negrura sin fondo de la noche.

Al despuntar el día termina una noche más sin incidentes. Encienden un fuego y preparan té; después, al sol de la mañana, inician la marcha de regreso.

Alrededor del campamento los soldados están ocupados desbrozando amplias superficies de terreno, y también se ven grandes pilones de artículos de primera necesidad de todo tipo. Se rumorea que van a llegar numerosos refuerzos. Buchanan: «La idea de que tal vez pronto nos adentrásemos en territorio enemigo nos levantó el ánimo».



El Ejército ruso movilizado en San Petersburgo requisando caballos, 31 de julio de 1914: «La guerra es por los rusos, todos lo saben; fue en respuesta a la movilización rusa que se movilizó al ejército alemán, y los rusos atacarán pronto, todo el mundo lo sabe.» Fragmento 1 (Fuente: Ullstein)



Prisioneros de guerra rusos en el paso de Uzsoker, en los Cárpatos, primavera de 1915: «Las acometidas a uno y otro lado de los diversos pasos de montaña de los Cárpatos han proseguido con

agotadora previsibilidad y una igual de agotadora falta de verdaderos resultados.» Fragmento 35 (Fuente: Ullstein)



Transporte de prisioneros de guerra rusos capturados durante los combates de mayo y junio de 1915: «Finalmente llega la orden: partida inmediata, hay que abandonar el equipo y a los heridos. ¿Abandonar a los heridos? ¡Sí, abandonar a los heridos! “¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Los alemanes están a las puertas de la ciudad!”» Fragmento 41 (Fuente: Ullstein)



Caballería austriaca cruza el Vístula por el barrio de Praga en Varsovia, el 5 o el 6 de agosto de 1915: «El Estado Mayor nos ha explicado que el enemigo ha cruzado el Vístula por varios puntos pero que, de momento, no ha molestado a nuestras fuerzas, exceptuando unas reducidas patrullas de caballería que han aparecido por aquí cerca.» Fragmento 52 (Fuente: Ullstein)



Tropas alemanas en Minsk, 1918: «La ciudad fue como una aparición, sobre todo por sus resplandecientes tonos blancos y rosas, colores de cuya existencia ella y los demás, después de vivir constantemente entre los infinitos matices pardos de la tierra, el camino y los uniformes, casi habían olvidado.» Fragmento 62 (Fuente: Getty)



Posición alemana a orillas del lago Narocz, junio de 1916: «Que se planea una ofensiva rusa lo sabe todo el mundo con varias semanas de antelación y, como es lógico, ahí reside parte del problema. Porque si hasta los cocineros están en el ajo, el peligro de que esa misma información haya llegado a oídos de los alemanes resulta inminente.» Fragmento 93 (Fuente: Ullstein)



Tropas rusas abandonan Varsovia, principios de agosto de 1915: «Las calles antes tan desiertas están ahora llenas de gente. Todos se mueven en el mismo sentido: hacia el nordeste. Con sus vehículos motorizados Bocharski y los demás puede adelantar rápidamente la interminable fila de carros y carretas de tiro.» Fragmento 52 (Fuente: Ullstein)



Vistas sobre la Schneidemühl de Elfriede Kuhr, 1917: «Elfriede se dirige una vez más a la estación de ferrocarril. Va en busca de su mejor amiga, Dora Haensch, cuyos padres regentan la pequeña cantina que hay en el edificio de la estación.» Fragmento 97 (Fuente: AWM)





Manifestación frente al palacio de Táuride de Petrogrado, marzo de 1917: «Al entrar en la sala de las Columnas Blancas Bocharski comprende cuánto han cambiado las cosas. Fue precisamente en la magnífica sala de Catalina la Grande del palacio de Táuride donde su unidad sanitaria celebró la ceremonia de despedida antes de que partiera rumbo al frente en 1914.» Fragmento 143 (Fuente: Ullstein)



Un tren con soldados austrohúngaros que regresan a casa se detiene en Budapest noviembre de 1918: «Después, el paisaje que envuelve los vagones agujereados por las balas se va densificando. Han llegado a los suburbios de Budapest. El tren se detiene unos instantes en uno de los apeaderos de Rákos.» Fragmento 227 (Fuente: Ullstein)



La plaza Roja de Moscú, octubre de 1917. «No han pasado ni dos meses desde que estuvo en Moscú por última vez y, aún así, la ciudad acusa un notable cambio. Por las calles sin iluminación patrullan soldados prepotentes de gatillo fácil ostentando brazales rojos.» Fragmento 186 (Fuente: Ullstein)

# 1916

La guerra es esto. No es el riesgo de morir, ni los fuegos artificiales de la granada roja que te ciega al caer silbando, sino el presentimiento de ser una marioneta en manos de un titiritero desconocido, y hay veces en que ese presentimiento te hiela el corazón como si la muerte misma tirase de los hilos.

# Cronología

10/1 Inicio de una ofensiva rusa contra Armenia. Ciertos logros. ENERO Tropas rusas entran en Persia. 21/2 Se inicia una ofensiva alemana en Verdún. Grandes conquistas. Los combates duran hasta noviembre. 4/3 Gran Bretaña y Francia se reparten la colonia alemana de Camerún. 6/3 La batalla de Verdún se extiende hasta abarcar la orilla izquierda del Mosa. 9/3 Alemania declara la guerra a Portugal. (Ambos países se han enfrentado anteriormente en África). 17/3 Se aborta la quinta ofensiva italiana en el Isonzo. Logros insignificantes. 20/4 Estalla en Irlanda la denominada Rebelión de Pascua. 29/4 Capitulación del cuerpo de ejército británico sitiado en Kut al-Amara. 14/5 Ofensiva austrohúngara contra la meseta de Asiago en los Alpes. Ciertos logros. 31/5 La gran batalla naval de Skagerack. 1/6 Ofensiva otomana en Armenia. Duros combates con las fuerzas rusas durante todo el verano. 4/6 Comienzo de la ofensiva rusa de Brusilov en el este. Grandes conquistas. 1/7 Comienzo de la gran ofensiva francobritánica en el Somme, dura hasta noviembre. 6/8 Comienzo de la sexta ofensiva italiana en el Isonzo. Ciertos logros. 9/8 Conquista de la ciudad de Görz a orillas del Isonzo por tropas italianas. 14/8 Iniciativa papal de paz. No surte ningún efecto. 28/8 Rumanía declara la guerra al Imperio Austrohúngaro, lo que provoca la declaración bélica de Alemania. 29/8 Se inicia la ofensiva rumana en Transilvania. Pequeñas conquistas. 14/9 Comienzo de la séptima ofensiva italiana en el Isonzo. Ningún logro. 4/10 Inicio de la contraofensiva conjunta de Alemania y Austria-Hungría en Transilvania. 10/10 Comienzo de la octava ofensiva italiana en el Isonzo. Ningún logro. 1/11 Comienza la Novena ofensiva italiana en el Isonzo. Las conquistas son insignificantes. 27/11 Importantes triunfos del avance ruso en Persia. 5/12 La capital rumana, Bucarest, es ocupada por fuerzas alemanas y austrohúngaras. 12/12 Iniciativa de paz alemana. Es rechazada por los Estados adversarios.

*Sábado, 1 de enero de 1916*

## EDWARD MOUSLEY OBSERVA LA SALIDA DEL SOL EN KUT AL-AMARA

Lo llaman *The stack*, la Pila. Se trata de un montón de sacos de harina llenos, de más de cuatro metros de altura, en cuya cima hay un puesto de observación. La visibilidad desde allí es excelente. Se ve prácticamente toda la circunferencia del horizonte, y es posible seguir la mayoría de las actividades que emprenden los sitiadores otomanos al norte de la ciudad. La Pila se eleva en el centro del denominado Fuerte, una plaza extensa y amurallada en el extremo nordeste de las líneas defensivas británicas que hay en torno a Kut al-Amara.

Edward Mousley se encuentra en el Fuerte desde ayer, día en que le enviaron allí para reemplazar a un director de tiro artillero herido. El trayecto fue largo y peligroso. Tuvo que recorrer unos tres kilómetros de trinchera para llegar hasta allí. Por todas partes acechan francotiradores enemigos que disparan sobre todo lo que se mueve. Debido a su aislamiento la comida que les ofrecen en el Fuerte es peor de lo habitual, incluso utilizando el raseo de Kut; han tenido que empezar a matar a los animales de tiro y de carga (de momento aún no le ha tocado el turno a su querido *Don Juan*), y los soldados situados más cerca de la ciudad comen a menudo carne de caballo. Aquí eso sucede con menos frecuencia. El camino es demasiado largo.

Mousley ha estado despierto desde media hora antes de la salida del sol. Él y el otro director de tiro de la Pila se turnan para desayunar. Esta madrugada comen lo mismo de siempre: arroz y carne en conserva, que riegan con té; ya no queda mantequilla ni azúcar. A Mousley le gusta observar cómo sale el sol, cómo se levantan de la llanura del desierto las sombras nocturnas. Esta mañana el cielo que se ilumina ante sus ojos es de una belleza cegadora, hay matices de verde oscuro, lila y violeta proyectándose sobre un archipiélago de veloces nubes que navegan a la deriva en el viento sur. Tratándose del día de Año Nuevo quiere interpretarlo como un augurio, como el signo de que su destino, al igual que el de las veloces nubes, es progresar rápidamente hacia Bagdad. Todos en Kut al-Amara aguardan con tranquilidad que lleguen las fuerzas de socorro, las cuales, según los más optimistas, solo se hallan a unos pocos días de distancia, mientras que los pesimistas prefieren medir el tiempo en semanas. Se hacen apuestas. A veces juegan al fútbol. El calor es paralizante.

También le gusta el amanecer por otro motivo: a esa hora es cuando resulta más fácil disparar las piezas; a medida que se levanta el día empiezan a producirse los espejismos. También es más fácil, simplemente, porque el bombardeo artillero del enemigo es menos pesado. Las fuerzas enemigas han calculado que la artillería británica se dirige desde la Pila, lo que implica que a la que sus propias piezas abren fuego los proyectiles enemigos empiezan a repiquetear contra las paredes. (Así describe Mousley el sonido de una ráfaga certera: «r-r-r-rip».) Regularmente tienen que recomponer la doble capa de sacos, ya que el chorro de balas acaba royendo la capa exterior, con lo cual algunos disparos penetran en el refugio.

Más tarde ese mismo día Mousley divisa a través de sus binóculos como unos soldados otomanos han empezado a construir una posición artillera. Da la señal de alarma a una de las baterías, les

especifica las coordenadas y no tardan en sonar los cañonazos. Los soldados enemigos, sin embargo, no se dejan asustar fácilmente. Ve por los binóculos cómo se lanzan a cubierto a cada ráfaga que se aproxima silbando, pero enseguida vuelven a ponerse en pie, antes de que las nubes de humo de la explosión hayan tenido tiempo de disiparse siquiera, y siguen sin dilación cavando y picando. Tipos arrojados. Entonces Mousley varía el método de fuego. La batería disparará ahora por pelotones; de ese modo aterrizan menos granadas con más frecuencia. Parece surtir efecto. Al cabo de un rato ve llegar al lugar camilleros y personal sanitario con carretillas.

El Fuerte es uno de los pilares de la defensa de Kut al-Amara y está sometido todo él (como la Pila más específicamente) a un casi constante bombardeo artillero. (Cuando Mousley camina a lo largo de un muro, las balas entran sesgadas por las bajas aspilleras y se ve obligado a correr de aspillera en aspillera.) Por ese motivo los infantes que mantienen la posición están generalmente bajo tierra. Además, el sitio es un embrollo de trincheras de comunicación y refugios, amén de hoyos que se utilizan para almacenar artículos de primera necesidad y municiones.

Por la tarde Mousley visita uno de los baluartes del Fuerte. La infantería otomana intentó un asalto en Nochebuena, y después de liquidar las ametralladoras británicas penetraron el bastión, donde se libraron terribles peleas cuerpo a cuerpo. Al final, los atacantes huyeron. El bastión quedó repleto de muertos. Los soldados que rechazaron el asalto hace una semana todavía están en el puesto, y se sienten satisfechos de su actuación. Le enseñan a Mousley la gran cantidad de muertos otomanos que siguen esparcidos por doquier. Los cadáveres se encuentran en avanzado estado de descomposición y en ocasiones la pestilencia es atroz. Algunos de los soldados, pese al hedor y a la amenaza de los francotiradores enemigos, se han aventurado a deslizarse entre la alfombra de cuerpos en busca de *souvenirs*. Un soldado indio le muestra a Mousley sus hallazgos: tres cascos tropicales otomanos amén de un sable de oficial.

La cena resulta realmente apetitosa: patatas (una porción pequeña), filete de caballo, dátiles y pan. La sobremesa también es agradable. Un oficial le invita a un *cheroot*<sup>121</sup> birmano, y hacia las siete de la tarde Mousley se retira a su refugio para hacerle los honores.

En el refugio que comparte con el otro director de tiro artillero, un capitán, sobra espacio para dos personas: mide aproximadamente cinco metros por tres. Lamentablemente, el techo es tan bajo que resulta imposible caminar erguido. Mousley está tumbado en su cama y fuma con la vista fija en lo alto. Lo que ve es un techo sustentado por una estructura de vigas de 15 o 20 centímetros de diámetro que a su vez están cubiertas por una capa de arena de un metro de grosor. Mousley constata que el peso de la cobertura de arena ha provocado un arqueamiento de las vigas. Observa el techo hundido mientras intenta recordar una cita de Aristóteles, algo como: «Aunque algunos maderos sean más fuertes que otros, todos acabarán partiéndose en el momento en que el peso sea lo suficientemente grande».

Ese mismo día Paolo Monelli anota en su diario:

*¿Acaso no es esto lo que querías? Estar sentado al anochecer junto a una buena hoguera, en plena guerra, tras una exploración afortunada, mientras esperas misiones de mayor importancia. Las tonadas alegres y despreocupadas, la sensación de que esta es la mejor época de tu vida. Y habiéndose disipado los más morbosos temores.*



*Domingo, 2 de enero de 1916*

### VINCENZO D' AQUILA SALE DE SU DELIRIO FEBRIL EN UDINE

Nadie creía que iba a sobrevivir, sin embargo, una inyección de algo —¿opio, tal vez?— invirtió de un modo inescrutable el movimiento espiral de su caída hacia el abismo.» («¡Has renacido!») Pero renacido, ¿a qué?

Muy lentamente D' Aquila recuerda lo sucedido.

En un almanaque de la sala del hospital ve que la fecha del día es 2 de enero de 1916. Se siente perplejo. Tumbado allí, con la cabeza sobre una almohada blanca, intenta comprender. La guerra no ha terminado aún, hasta ahí llega. Pero ¿de qué modo, exactamente, consiguió ser rescatado de una muerte segura en las trincheras? ¿Tenía que agradecersele a su inteligencia o a su astucia? A ninguna de las dos, todo había dependido de su fe. No puede dejar de pensar en lo que dijo la enfermera acerca de su renacimiento. Le sobreviene una idea grandiosa: si su propia fe le ha salvado de la guerra, ¿acaso no podría hacer lo mismo por todos los demás soldados?

Una enfermera se acerca a su cama. Le sirve unas rodajas finitas de bizcocho y un vaso de leche caliente. Después de ingerirlo se reclina y cae en un sueño profundo y tranquilo.



*Lunes, 10 de enero de 1916*

## PÁL KELEMEN VISITA EN SARAJEVO EL LUGAR DE LOS DISPAROS FATALES

El último mes no ha traído casi nada más que servicios de patrulla, de ocupación. El montañoso paisaje está cubierto de nieve pero no hace mucho frío. Los restos del desmembrado ejército serbio han desaparecido tras las montañas de Albania allá en el sur y, al parecer, han sido transportados en barcos de la Entente a un exilio en Corfú. Las batallas regulares en Serbia han terminado. Ahora solo resta acabar con la guerra de guerrillas. En algunas zonas del país toda la población masculina ha sido deportada. Kelemen ha visto pasar una y otra vez las columnas de hombres de todas las edades: «Ancianos arrugados, tullidos por una vida de duro trabajo, se arrastran indefensos por las carreteras, resignados con su destino como animales condenados a morir. Y a la zaga caminan a empujones los lisiados, los retrasados mentales y los niños». Y conoce bien el rastro de caracol que dejan estas lamentables procesiones, en forma de escuálidos cadáveres que yacen tirados por las cunetas a cada dos kilómetros, y en forma de las agrias y pesadas nubes de pestilencia que emanan todos esos cuerpos sin lavar y que flotan en el aire aun después de que hayan desaparecido por el último recodo.

Para los que carecen de escrúpulos se presentan oportunidades que aprovechar. En las ciudades serbias abundan las mujeres que venden su cuerpo a cambio de comida, un poco de chocolate, tal vez o, simplemente, sal. En cuanto a él, no ha sido capaz de formar parte de toda esa sexualidad burda y desinhibida en la que se incurre en las ciudades ocupadas, prácticamente en plena calle. ¿Acaso es demasiado decente? ¿O, simplemente, demasiado vanidoso? Porque, ¿qué demostraría con algo ganado a tan bajo precio?

Desde finales de diciembre su unidad está estacionada en Bosnia, y hoy Kelemen se ha quedado solo en Sarajevo. En su diario anota:

*Falta poco para la medianoche. He abandonado a mis acompañantes para dar un paseo hasta casa siguiendo las márgenes del río. Ha dejado de nevar y todo está revestido de blanco. En la orilla opuesta, en el barrio turco de Sarajevo, la nieve reposa en capas espesas sobre las cúpulas de las mezquitas, y cuando una ráfaga de viento baja de las montañas, trozos de esa capa blanca se desprenden con un estampido que rompe el silencio de esta ciudad dormida.*

Las calles están vacías. Un sereno tocado con un turbante arrastra los pies hundidos en sus zapatillas de esparto. Llego a la orilla del río Miljacka y me detengo en la esquina donde se dispararon las balas fatales contra el príncipe heredero de la monarquía. Hay una placa de mármol en la fachada. 28 de junio de 1914.

Del centro urbano llega el delicado y musical tintín de los cascabeles de un trineo que se aproxima. Ahora ya veo el trineo, que dobla hacia la margen del río, es un vehículo ligero y leve tirado por dos pequeños caballos inmersos en una nube de vapor. A la suave luz de la farola adivino las formas de una mujer de miembros finos, envuelta en pieles, y la silueta del hombre que está a su lado. La visión se desvanece con un trote veloz. El trineo con los dos amantes ya ha doblado la esquina. El encantador sonido de los cascabeles se extingue, y yo me quedo solo a orillas del río, a los pies de una placa que marca el inicio de una tragedia mundial.

*Domingo, 16 de enero de 1916*

## FLORENCE FARMBOROUGH SIGUE DE CERCA UNA INCURSIÓN EN LA REGIÓN DE CHERTOVITSE

El frío y las abundantes nevadas son sus aliados más importantes. Tanto el ejército alemán como el ruso permanecen quietos en el fondo de sus mal cavadas trincheras y de sus superpoblados refugios. Florence Farmborough y el resto de la unidad sanitaria no tienen mucho que hacer. Sus pacientes padecen en su mayoría congelación de diversos grados o heridas de bala causadas por algún francotirador, esos especialistas en la caza humana cuya actividad alcanza sus más altas cotas en situaciones como la presente.<sup>122</sup>

Farmborough está bastante a gusto con su vida en estos momentos. Acaba de disfrutar de diez días de permiso en Moscú, y la verdad es que le encantó la visita: «Todo cuanto había añorado: la luz, los colores, el calor, todo estaba ahí». Fue a la ópera, vio un espectáculo de danza y hasta salió a bailar. También las tranquilas noches de cojines mullidos, canto y sonatas en el piano de cola en casa de sus anfitriones le reportaron un placer sin sombras; con todo, pasados unos días, le sobrevino un vago desasosiego. Le faltaba algo:

*Muy lentamente comprendí que esto de ser feliz mientras el mundo es infeliz, y de reír cuando los demás sufren, es muy contradictorio. De hecho resulta imposible. Comprendí que mi dicha equivalía a mi deber, y como enfermera de la Cruz Roja, sabía perfectamente dónde me aguardaba ese deber.*

Al final, empezó a contar los días que faltaban para poder ponerse el uniforme de nuevo y volver al frente.

No es únicamente Farmborough quien está de buen humor. La moral de combate está más o menos restablecida tras la larga operación de repliegue del verano y el otoño. El punto muerto de los últimos meses ha permitido que las destrozadas divisiones llenaran sus filas de nuevos reemplazos, la impedimenta de nuevas provisiones y sus arsenales de material nuevo. El ejército del zar dispone ahora de unos dos millones de efectivos en el frente, y casi cada uno de ellos está en posesión de su propio fusil, lo cual se considera un bien inusitado.<sup>123</sup> La célebre falta de granadas de la que tanto se hablaba el año pasado —y que en parte era puro mito— se ha solventado. Para cada pieza de campo hay ahora alrededor de mil proyectiles, lo cual se considera plenamente satisfactorio. Y todos han podido descansar a fondo.

Ante tal recuperación ha vuelto a florecer el optimismo en el ejército ruso. Prácticamente olvidado está el hecho de que en el último año y medio se hayan perdido unos cuatro millones de hombres.<sup>124</sup> Por el contrario, la mayoría espera —mejor dicho, cree a pies juntillas— que el nuevo año traerá

consigo ese famoso y buscado punto de inflexión en la guerra. Las inminentes ofensivas rusas están en boca de todos.<sup>125</sup>

También se detecta una nueva agresividad entre los soldados. Farmborough sabe desde hace un tiempo que en su sector del frente se prepara algún tipo de operación. Ayer, durante una cena, le informaron: se trata de un denominado ataque de exploración reforzado, que efectuarán dos batallones contra una parte importante de la línea defensiva alemana. La idea es comprobar la fuerza del adversario y, al mismo tiempo, hacerse con algunos prisioneros. Muchos de los que van a participar en el ataque son reclutas novatos, muchachos jóvenes que se han apuntado voluntarios para ir en la vanguardia. Deberán cortar sigilosamente boquetes en las alambradas de espino alemanas, una peligrosa misión que, con su falta de experiencia, ellos se toman como poco más que una emocionante aventura. (Se les ha proporcionado equipamiento especial consistente en trajes para la nieve de lona blanca.) Farmborough y parte de su unidad deberán esperar preparados en las inmediaciones de la primera línea para asistir a los posibles heridos.

A primera hora de la mañana ya están preparados para avanzar y montar un puesto de socorro, sin embargo, las horas transcurren en una enervante espera. Hasta las diez y media de la noche no les llega la orden de ponerse en marcha. Habían pensado utilizar tiendas pero para su alegría podrán montar su equipo en una choza que hay en un pequeño bosque a un kilómetro y medio de distancia tras las trincheras. El tiempo es nefasto: sopla un viento fuerte y frío y cae aguanieve.

Los médicos están nerviosos. ¿Quién sabe cómo responderán los alemanes a una incursión de este tipo? El frente sigue silencioso y en calma. No se oye ni un disparo, así que se sientan a esperar. Y esperan. Pasa la medianoche. Al cabo de un rato se presenta el jefe de división y le invitan a una taza de té. La espera continua. A las dos el jefe de división recibe un informe telefónico: malas y buenas noticias. La primera intentona de cortar la alambrada de espino alemana ha tenido que abortarse, pero acaba de iniciarse una segunda.

Más espera, más silencio. Entonces reciben una nueva llamada. Todo marcha según lo planeado. Los exploradores están abriéndose paso a través de los obstáculos. En la pequeña choza cunden los suspiros de alivio y se intercambian sonrisas.

Más espera, más silencio. El reloj marca las tres, luego las cuatro.

Entonces ocurre.

La calma se convierte en el rugido sordo y unísono de las piezas de artillería, las ametralladoras y los fusiles. Se supone que el asalto está en marcha, ¿no? El estruendo va machacando. Llega otro informe telefónico. Los exploradores han sido descubiertos en plena actividad y se hallan bajo pesado fuego artillero. El intento de abrir una brecha ha fracasado.

Empiezan a llegar los heridos, algunos en camillas, otros ayudados por sus camaradas, algunos por su propia cuenta, cojeando. Dos colores dominan la escena: el blanco y el rojo. La sangre destaca con aguda viveza en los trajes para la nieve de los soldados. Farmborough ve a un soldado en estado de *shock* que sostiene una granada y se niega a soltarla; a otro a quien le han dado en el vientre, de donde cuelgan los intestinos: ese ya está muerto; ve a un tercero con un derrame por herida de bala en los pulmones que se debate por respirar; ve a un cuarto al que le están administrando los Santos Sacramentos pero cuya agonía está ya tan avanzada que apenas es capaz de tragar la hostia. Blanco y rojo.

Cuando ha pasado todo, Farmborough sale a tomar el aire. Proveniente de un sector contiguo se oye el sonido de disparos dispersos, sin embargo aquí reinan la quietud y el silencio. El ataque de exploración reforzado ha fracasado: 75 hombres han resultado muertos y alrededor de 200 están heridos. El jefe del regimiento no aparece, dicen que ha caído gravemente herido y que yace por alguna parte bajo el alambre de espino y la oscura noche invernal.

*Martes, 18 de enero de 1916*

## MICHEL CORDAY VA EN METRO HASTA LA GARE DE L'EST

Aire cortante. Cielo de invierno. Esta mañana Michel Corday acompaña a un viejo amigo hasta una estación de ferrocarril. El amigo es oficial de ingenieros y está a punto de reincorporarse a su unidad. Los dos toman el metro en dirección a la Gare de l'Est. En el andén oye a un soldado de infantería que vuelve al frente tras un permiso y que le dice a un conocido: «Daría mi brazo izquierdo por no tener que volver». Al parecer no es una mera frase hecha, porque Corday no tarda en oírle contar a ese soldado que ya antes ha buscado que le hiriesen para escapar de la línea de fuego mediante el procedimiento de exponer su mano en la aspillera de la trinchera. Durante toda una hora sostuvo la mano ahí, pero fue en vano.

Otros temas de conversación este día: la guerra ha costado 3.000 vidas humanas y 350 millones de francos. Se trata de un promedio *diario*. Se habla de reducir los costes a fin de poder prolongar la contienda. Alguien utiliza la expresión «guerra a plazos». También despierta gran indignación el hecho de que Montenegro —el aliado que Serbia y Francia tenían en los Balcanes— capitulase ayer. Aunque en realidad no había otra elección. La pequeña nación montañesa ha sido ocupada por las mismas tropas germanoaustríacas que expulsaron al ejército serbio de su propio país. Alguien cuenta una anécdota del frente sobre un oficial alemán al que han hecho prisionero y, que, gravemente herido y agonizante, susurra: «¿No es verdad que Goethe... es el poeta más grande del mundo?». La frase es interpretada como una típica manifestación de la presunción alemana.

Cuando Corday y su amigo llegan a la Gare de l'Est son las diez de la mañana. Por todas partes se ven hombres uniformados. Se los ve sentados a centenares en las carretas del equipaje o en las balaustradas de piedra. Unos esperan sus trenes, otros a que suenen las once, pues está estrictamente prohibido servir cualquier bebida a hombres de uniforme antes de esa hora. Corday ha oído contar de un ministro que deseaba invitar a dos señoras y al prometido de una de ellas a tomar té: cortésmente se negaron a servirle debido a que el prometido iba de uniforme y la hora no era la adecuada. Entonces el ministro intentó encargar té exclusivamente para las señoras, pero también esto le fue denegado debido al riesgo existente de que el militar bebiese de lo que se le servía a las damas. El *maître*, señalando afablemente hacia la entrada, insinuó una solución: en ese momento un oficial que formaba parte de otro grupo abandonaba el salón de té a fin de que sus acompañantes pudiesen tomar algo.

También en el andén pululan los soldados que vuelven al frente después de un permiso. Junto a los vagones tienen lugar emotivas escenas de despedida. Las mujeres aúpan a sus pequeñines para que sus hombres, descolgándose de las ventanas bajadas, puedan darles un último beso. Corday observa todo esto con el *voyeurismo* que le caracteriza. Su mirada recae sobre un soldado cuyo rostro está congestionado, transformado en una máscara de dolor. El sufrimiento de ese hombre resulta tan evidente, tan claro y palpable, que Corday se apresura a apartar la mirada. Sin volver la vista atrás se marcha del andén.

*Miércoles, 26 de enero de 1916*

## VINCENZO D'AQUILA ES TRASLADADO AL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO SAN OSVALDO

Es temprano, y uno de los enfermeros trae su antiguo uniforme y le dice a D'Aquila que se cambie. Luego lo conducen a un despacho donde le espera un médico con traje de capitán, de nombre Bianchi. D'Aquila le hace un rígido saludo militar. El médico le recibe con cortesía, titubeando, incómodo con toda la situación. D'Aquila ve una pila de papeles ordenados y listos sobre el escritorio y consigue captar fragmentos de lo que pone en ellos. Es una orden de que sea trasladado «para observación y reclusión» en el hospital psiquiátrico San Osvaldo. «Síntomas: tifus cerebral de tipo maniático. Peligroso para sí mismo y para los demás.»

D'Aquila se ha vuelto loco. Al menos, los médicos opinan que se comporta como un orate. En el cerebro confuso y aturdido de D'Aquila, sus experiencias durante su enfermedad y su posterior y en apariencia milagrosa recuperación han avivado hasta límites extremos la idea de que es un elegido. Da rienda suelta al desatino de que ha regresado de entre los muertos en misión especial encomendada desde el más allá. ¿Qué misión? Poner fin a la guerra. Cree ver actos sobrenaturales en las salas del hospital. Se cree capaz de curar mediante ensalmos.

Y hombres que curar no faltan. Poco después de su reanimación lo trasladaron a un convento a las afueras de Udine, donde la autoridad militar ha confinado a soldados con diversos tipos de problemas mentales. Por otro lado, esos casos aumentan día a día. Los facultativos no saben realmente qué hacer con la gran cantidad de hombres que padecen extraños calambres, manías grotescas y parálisis inexplicables; hombres físicamente ilesos pero cuya razón parece haberse desmoronado. La cama que D'Aquila tiene a su derecha está ocupada por un joven que cada diez minutos, las veinticuatro horas del día, se incorpora y empieza a examinar su almohada en busca de piojos. Y en la misma sala hay un hombre que insiste en creer que sigue en el frente, que se tira de la cama y grita: «*Avanti Savoia!*», que se arrastra por el suelo helado agachando la cabeza para protegerse de balas imaginarias, yendo arriba y abajo sin parar hasta que pierde el sentido y los enfermeros lo levantan; después yace inconsciente hasta que comienza un nuevo ataque (tanto el clínico como el imaginario).

A falta de un término mejor lo llaman «neurosis de guerra».

D'Aquila ha visto todo eso y se ha horrorizado. Ese horror ha consolidado su firme convencimiento de que él debe y *puede* detener una locura mucho mayor: la guerra. Una noche tiene un sueño profético: a las puertas del hospital ve dos grupos de combatientes luchando, entonces él sale y se interpone:

*Con el brazo en alto les hice señas a los soldados para que dejaran de disparar. A continuación sentí un agudo dolor en mi costado derecho, donde me había dado una bala enemiga. Sin embargo, no vacilé, sino que, con toda calma, hurgué con mis dedos*

*en la herida y saqué la bala sosteniéndola a la vista de los combatientes para demostrarles mi invulnerabilidad. El fuego cesó de inmediato, los hombres tiraron sus armas al suelo y empezaron a abrazarse los unos a los otros mientras exclamaban: «¡La guerra ha terminado!».*

D'Aquila se considera un verdadero profeta y argumenta, no sin fineza, tanto con médicos como con sacerdotes. Le llaman loco, pero en realidad, ¿no es el mundo el que se ha vuelto loco? Tal vez suene a charlatanería esotérica cuando dice que quiere detener la guerra (él solito, un cabo sin nombre ni fama), pero alguien tendrá que empezar, ¿no? De modo que se ha dedicado a pasear de un lado a otro en su batín, predicando y debatiendo. Barrunta conspiraciones. Inscritos en sus calzoncillos ha creído descubrir mensajes secretos del más allá.

El capitán Bianchi siente un extraño embarazo, toquetea nerviosamente sus anteojos, se excusa en que son órdenes de sus superiores. Por enésima vez D'Aquila empieza a argumentar por su causa: la locura no la padece él sino el mundo. D'Aquila analiza, profetiza y pontifica: «¿Acaso Cristo no nos dijo que amáramos a nuestros enemigos?». Y así sucesivamente. El capitán le escucha con mucha paciencia, después le da un apretón de manos y le desea suerte antes de escoltarlo al patio. Allí le espera una ambulancia con el motor en marcha. Cuando D'Aquila sube a ella el motor tose y se para. ¿No se lo decía? ¡Otro signo de los cielos!

Al final, el conductor y un mecánico consiguen hacer funcionar el automóvil. A toda velocidad atraviesan Udine, en dirección a San Osvaldo. La mañana es clara y fría.



*Un día de febrero de 1916*

### PÁL KELEMEN OBSERVA UN TRANSPORTE EN UN DESFILADERO DE MONTENEGRO

Montenegro, uno de los países enemigos de las Potencias Centrales, aunque tal vez no sea de los más importantes, acaba de quedar fuera de combate. Pál Kelemen y sus húsares han participado en las operaciones, nuevamente sin presenciar batallas dignas de mención. Ahora vuelven a realizar sus antiguas y consabidas tareas: patrullar caminos y servicios de vigilancia. Él anota en su diario:

*Están trasladando el cuartel general. Ya que el puente del ferrocarril todavía no ha sido reparado, el servicio de suministros entre ambas estaciones se efectúa mediante camiones motorizados. Pese a que no hay suficientes vehículos de transporte para cargar las provisiones de comida necesarias durante la semana, todos los vehículos han sido requisados para ayudar en el traslado del cuartel general.*

*Columnas de camiones serpentean por las montañas, cargados hasta los topes de cajas de champaña, camas con colchones de muelles, lámparas de pie, utensilios de cocina especiales y cajas llenas de delicatessen. Las tropas están recibiendo una tercera parte de su ración diaria normal. Hace cuatro días que la infantería del frente se sustenta a base de mendrugos de pan; en cambio, en el comedor de los oficiales del Estado Mayor se siguen sirviendo los cuatro platos de costumbre.*

*Sábado, 5 de febrero de 1916*

## OLIVE KING ESPERA CON ANSIA SU DÍA DE PERMISO EN SALÓNICA

Comparte una tienda con tres mujeres más. Por las mañanas se preparan su propio desayuno en un pequeño hornillo portátil de campaña que se enciende con pastillas de metaldehído y es bastante ineficaz. Pero da para hacer café, y puede que para calentar una lata de salchichas. En Salónica, como siempre, no ocurre casi nada. El frente está tranquilo, tanto que los soldados de primera línea han empezado a plantar un huerto donde tienen pensado cultivar guisantes. Lo único que se ofrece como actividad bélica son los puntuales bombardeos efectuados por algún que otro zepelín alemán. El primer bombardeo serio se produjo a finales de diciembre, otro hace cuatro días. Los efectos de estos ataques han sido insignificantes.

Al igual que en otros frentes estancados los combates aéreos reciben una atención que no es proporcional a su significado real. Representan todas esas cosas que se esperaban de la guerra y que están resultando tan difíciles de encontrar: color, emoción y dramatismo, escenas en las que el valor y la habilidad del individuo cuentan. El otro día pasearon a bombo y platillo por toda Salónica un aeroplano alemán derribado. (Que su aterrizaje forzoso tuviese lugar justamente tras las líneas francesas fue más bien cuestión de casualidad. La máquina tenía un único orificio de bala, pero en el depósito de la gasolina.) King se encontraba entre los que fueron a mirar. A la cabeza del desfile iba la caballería aliada con gran repicar de cascos, seguida por unos automóviles llenos de pilotos aliados muy orgullosos; a continuación el aeroplano, desguzado en tres partes transportadas por sendos camiones motorizados; tras ellos más automóviles aliados, para acabar, una nueva columna de jinetes. Este día King cuenta lo ocurrido en una carta dirigida a su hermana:

*Era la procesión oficial, destinada a deslumbrar a los nativos,<sup>126</sup> que realmente miraban boquiabiertos; pero la parte más divertida fue la cantidad de camiones, ambulancias, coches, tranvías, carretas tiradas por bueyes, caballos de carga y cosas por el estilo que se habían visto detenidos por el desfile y que ahora renqueaban tras él.*

Afuera en la oscuridad cae la lluvia. King escribe la carta a su hermana tumbada dentro de la tienda, y resulta bastante corta porque solo le queda media bujía. Después se acuesta para dormir, lo cual siempre hace de prisa. Lo único que se quita son las botas y la falda, después se acurruca medio vestida bajo la manta y el abrigo. Mañana ella y las otras tres chicas de su tienda tienen el día libre, eso le hace ilusión. Empezará el día durmiendo hasta tarde. Para desayunar compartirán tres huevos que King compró hace unas horas.

*Domingo, 13 de febrero de 1916*

## RAFAEL DE NOGALES Y LOS PATOS SALVAJES DEL TIGRIS

El aire es frío. Hacia las once la lluvia matinal se convierte en una abundante nevada. El llano paisaje desértico que les rodea se tiñe de un blanco exótico. Rafael de Nogales se halla a bordo de un vapor que navega por las lodosas aguas del Tigris rumbo al sur y al frente. Una vez más, va en busca de la lucha y el peligro. Ayer abandonó su puesto en el Estado Mayor de Bagdad para servir en una brigada de caballería que toma parte de las duras batallas en torno a Kut al-Amara.

Si se prescinde del frío se trata de un crucero agradable, casi idílico:

*Lo único que ayudaba a atenuar un tanto la monotonía del paisaje eran los dyirts y las ruedas de agua girando lentamente a ambas orillas, en que recortaban a trechos sus perfiles polvorientos boscajes de palmeras y amarillentas aldeas. Y de cuando en cuando atravesaban el plomizo firmamento, con fuerte ruido de alas, bandadas de patos salvajes, ahuyentados quizá por la vela triangular de alguna dhau que sus tripulantes iban arrastrando río arriba al son de canciones lánguidas y tristes, y que antes que canciones semejaban quejidos prolongados y melancólicos como el horizonte del desierto.*

Cuando llegó a Aleppo, agotado y enfermo tras su largo y peligroso viaje a caballo desde Sairt, De Nogales solicitó realmente la baja del ejército otomano. Nada de lo que vio durante el trayecto le hizo cambiar de opinión, al contrario. Una y otra vez tropezó con vestigios de las matanzas de cristianos y vio columnas de armenios deportados, compuestas sobre todo de mujeres y niños, reducidos a «esqueletos sucios y harapientos», que eran forzados a marchar hasta la muerte bajo la estricta vigilancia de soldados otomanos.

Un telegrama del Ministerio de la Guerra de Constantinopla le comunicó, no obstante, que su solicitud había sido denegada, al tiempo que le ofrecían atención médica en el hospital del cuartel general. Esto último De Nogales no se atrevió a aceptarlo; como testigo de las masacres temía por su vida. Sin embargo, después de establecer estrechas relaciones con la delegación militar alemana en Aleppo se sintió lo suficientemente seguro como para —tras una convalecencia de un mes— solicitar un nuevo destino.<sup>127</sup> Esto le llevó primero a cumplir funciones administrativas en una población pequeña y alejada de la provincia de Adana. Allí estuvo librando una lucha desigual, pero con relativo éxito, contra el desorden, la corrupción y la penosa incompetencia de la infraestructura de transportes del ejército otomano, antes de que, en diciembre, un inesperado telegrama lo destinara a un nuevo puesto, esta vez como miembro del Estado Mayor del general alemán Von der Goltz, quien estaba al mando del Sexto Ejército otomano en Mesopotamia.

No sin cierta preocupación, pero deseoso de estar nuevamente en el ojo del huracán y contento de escapar del exilio interior de las rutas de las caravanas de Adana, De Nogales se ha puesto en camino hacia el sur, hacia el frente de Mesopotamia. La contención del avance británico contra Bagdad se considera un gran éxito, y tal vez aguarden éxitos mayores si se consigue que el cuerpo británico que se halla sitiado en Kut al-Amara capitule. En estos momentos se están librando duras batallas alrededor de la pequeña ciudad y también río abajo, donde unidades británicas están intentando abrirse paso hasta los sitiados.

Tras unas horas de navegación se produce un encuentro en el río. Los dos barcos se detienen uno junto al otro. De Nogales ve cruzar la pasarela tendida hasta su propia nave a un hombre bajito que viste el uniforme de coronel del ejército otomano, con barba puntiaguda y un porte «modesto a la par que fiero». Se trata de Nur al-Din, el hombre que no solo estaba al mando de las tropas que contuvieron a los británicos en Ktesifon, sino que también era el responsable del victorioso cerco del cuerpo de Townshend. Nur al-Din va ahora camino de Constantinopla, «destituido y humillado», despedido de su cargo por el gobernador de Bagdad, Halil. El gobernador, que no puede vanagloriarse de poseer un gran talento militar,<sup>128</sup> tiene, en cambio, contactos políticos de primera categoría.<sup>129</sup> Y ahora que flota en el aire el olor de una gran victoria, está ansioso de usurpar el papel de triunfador oficial.

Con sus meras proporciones esta guerra produce héroes a un ritmo trepidante; los periódicos van llenos de ellos. Y los consume con igual rapidez. La muerte o el olvido es lo que se les depara a la mayoría. La victoria de Ktesifon tiene también otro arquitecto: el general alemán Von der Goltz. Pese a su alto cargo, el alemán se encuentra más bien aislado y, además, está enfermo. Sus días transcurren en soledad metido en una tienda de campaña pequeña y sucia. A Colmar von der Goltz, de 72 años de edad, le quedan en estos momentos poco más de dos meses de vida, antes de que el tifus se la arrebatase.<sup>130</sup>

A última hora de la tarde De Nogales ve filas de tenues espirales de humo que «se elevan hacia un cielo color de plomo y oro». El frente está próximo. Han alcanzado el lugar donde la travesía en barco cambia a transporte terrestre. Aquí ve de cerca el engranaje que hace girar el enorme aparato que mantiene la guerra en marcha. En casi todos los ejércitos se requieren al menos quince hombres en la retaguardia para mantener a un solo soldado en las trincheras.

Mientras que durante los últimos cincuenta años el armamento ha experimentado grandes cambios y es cada vez más mortífero, los medios de transporte no han evolucionado en absoluto. Esta es una de las causas principales por las que la guerra tan a menudo se atasca, se detiene y se estanca. Una vez que los trenes han llegado a la estación de destino, los ejércitos avanzan del mismo modo que en tiempos de Julio César o de Napoleón, es decir, a base de la potencia muscular contenida en las piernas humanas y los lomos de los caballos. En cambio, la organización, cada vez más compleja, exige cada vez más equipamiento, y las armas que cada vez disparan más rápido consumen cada vez más municiones.<sup>131</sup>

La mayoría de las campañas —especialmente las que se llevan a cabo más allá del desarrollado sistema ferroviario occidental— vienen más determinadas por la logística que por la táctica. No importa lo valientes que sean unos soldados o lo avanzado del armamento que lleven: si la estructura de transportes que los mantiene es débil o está subdesarrollada, esas tropas indefectiblemente caerán en desventaja. Además, el conflicto bélico está degenerando cada vez más en una competición

económica, en una guerra de las fábricas. Y la logística es el talón de Aquiles del ejército otomano.

Durante sus meses de servicio De Nogales ha visto abundantes muestras de la desidia y corrupción otomanas; sin embargo, aquí en el frente de Mesopotamia se ha conseguido movilizar hasta el último hombre. Lo que De Nogales ve cuando su vapor se aproxima es, por un lado, impresionante. No cabe duda de la seriedad ni la energía de su empeño. Por otro, la escena tiene algo de atemporal:

*Y a medida que seguíamos avanzando, ibanse distinguiendo cada vez con mayor claridad una serie de vapores, dhaus, mahonas, terradas, cufas y keleks, amarrados a la orilla izquierda del Tigris, cargando o descargando provisiones y pertrechos de guerra que orlaban en forma de pirámides las verticales márgenes del río..., al tiempo que millares de camellos, búfalos y bestias de carga custodiados por pastores árabes pintorescamente ataviados, pacían tranquilos en torno a una mancha enorme de blancas tiendas, que se perdían de vista en el confín sombrío.*

Piquetes de caballería y pelotones de infantes cruzaban sin cesar y al son de músicas una uniformada muchedumbre, de la que emanaba un murmullo incesante, semejante al de un mar lejano, y que apenas interrumpían de vez en cuando el agudo relincho de las bestias, la ronca voz de alguna sirena, el canto de los imames llamando a la oración y las exclamaciones de los mercaderes persas, hebreos y árabes, ofreciendo con lujo de gesticulaciones tabaco, aceitunas y grasientas viandas a nuestros *askers*...

De Nogales pasa la noche a bordo de la cañonera inglesa *Firefly*, con su lastre de bolas y embadurnada de hollín, que cayó en manos otomanas durante los combates de Umm hace algo más dos meses. Ambos bandos mantienen en el Tigris flotillas de barcos con armamento pesado, principalmente debido a que hay que proteger los propios suministros de municiones y avituallamiento. Para ambos bandos el río —que este año es de una navegabilidad inusitadamente difícil debido a la sequía— es una arteria vital.

A intervalos se oye el ronco gruñido de explosiones distantes. Por la lejana línea del horizonte se eleva un humo espeso de entre unos palmerales. Allí dentro, en algún lugar, están Kut al-Amara y sus sitiados defensores.

Uno de los hombres que están allí, en la ciudad sitiada, es Edward Mousley. En estos momentos guarda cama enfermo de disentería. Esta mañana su despertar ha sido más desagradable de lo habitual. Aparte de la inevitable diarrea le duelen mucho la región sacra y la cabeza, y también tiene fiebre alta. Lo que los médicos prescriben es simple: régimen. Mousley comenta: «Al mismo precio podría haberme recetado un crucero por el mar». Las provisiones disminuyen por momentos en Kut al-Amara. Algunos de los que a toda costa quieren evitar caer en cama procuran mantenerse en pie a base de píldoras de opio u otros remedios caseros, como por ejemplo una mixtura de aceite de ricino y *Chlorodyne*, un popular medicamento analgésico patentado con sabor a menta y cuyos ingredientes activos son opio, cannabis y cloroformo.<sup>132</sup>

La situación en Kut al-Amara no ha variado. Todos se mantienen a la espera de nuevos intentos de rescate. La impaciencia va en aumento en el caso de algunos, mientras que otros se muestran más

reservados, rayando en la apatía, y han dejado de creer en una pronta acción de socorro. Se bromea acerca de la situación refiriéndose a ella con adjetivos de propio cuño como *siegy* y *dug-outish*.<sup>133</sup> Además, se le ha dado otra vuelta de tuerca: este día les bombardea un aeroplano enemigo. Mousley: «El círculo se completa. Nos bombardean por todos lados, incluso por arriba». La noticia que causa mayor conmoción del día es que la opinión pública en Gran Bretaña no sabe nada de lo que está a punto de suceder aquí en Mesopotamia; allí creen que el cuerpo expedicionario está simplemente sumido en una especie de letargo invernal.

Mousley anota en su diario:

*Hoy he terminado una novela. Al menos me ha hecho volver a añorar Inglaterra. Todos estamos llenos de anhelos de muy diverso tipo, y la mayor ventaja de la civilización es que nos proporciona los medios necesarios para satisfacerlos. ¡Dios bendito! ¡Qué no daría yo por un vaso de leche y un pudín de gelatina! Mi temperatura es de 39,4 grados, estoy temblando. Ahora procuraré dormir. Los pasos del centinela junto a mi techumbre hacen temblar la tierra. Este es el septuagésimo día del asedio.*

*Lunes, 14 de febrero de 1916*

## KRESTEN ANDRESEN ESTÁ EN MONTIGNY PENSANDO EN LA PAZ

Finales de invierno. Charcos de agua helada. Un paisaje teñido de marrón claro. Los últimos meses han sido tranquilos, cosa que le alegra. Andresen ha servido unas cuantas veces en la primera línea, pero no como combatiente sino como zapador. De día los han tenido sentados en algún sótano, escuchando el fuego granadero; por las noches los han hecho marchar hasta la trinchera frontal, cava que te cava. Sus posiciones han crecido ininterrumpidamente, en profundidad y a lo ancho, y la visión de un kilómetro tras otro de hondas trincheras y de unas franjas cada vez más gruesas de alambre de espino le causa menos impresión que desazón. Se ha dicho a sí mismo y a segundos y terceros que ya no es posible encontrar una solución mediante las armas: cuanto más tiempo pasa, más impenetrables son las líneas de combate. También ha oído decir que este sector del frente es uno de esos en el que los soldados alemanes y franceses han establecido una especie de acuerdo tácito de dejarse en paz en lo posible. Sin embargo, de vez en cuando estallan virulentos combates que luego remiten con la misma rapidez, todo siguiendo una lógica que no hay manera de que él entienda.

Descontando esas noches de excavaciones, Kresten Andresen ha disfrutado de una vida bastante plácida. Se ha librado de vivir horrores y grandes peligros. Con todo, ha seguido sintiéndose a disgusto y añorando su hogar. Andresen ha intentado mantenerse apartado de sus compañeros alemanes, ya que considera que beben demasiado, y de la vida diaria, que le resulta monótona y tediosa. A veces se gastan bromas los unos a los otros, como ponerse mutuamente pimienta en «los morros de cerdo», en el argot soldadesco las máscaras antigás. Siempre que puede busca la compañía de otros daneses con los que charlar y matar el tiempo. Ha leído a Molière y se ha hecho amigo de uno de los caballos de la impedimenta. La noticia de la capitulación de Montenegro ante la supremacía de Austria-Hungría bastó para desatar montones de especulaciones acerca de si este era solo el primer paso; pronto le seguirían otros, antes de que se instaurara la paz general por Pascua o algo más tarde. Y otras cosas por el estilo.

Andresen escribe en su diario:

*La ofensiva que se había emprendido aquí se ha detenido por completo, y ahora reina una calma total. Hace mucho que no se oyen cañones. Yo también creo que la guerra habrá terminado antes de agosto, pero eso no significa que nos manden a casa enseguida. Seguro que el caos en que se sumirá el viejo mundo será terrible. Creo que la vida se detendrá un tiempo para después florecer con renovado vigor.*



*Jueves, 2 de marzo de 1916*

## PÁL KELEMEN OBSERVA A UNA MUJER EN LA ESTACIÓN DE FERROCARRIL DE BOSNA BROD

La fiebre y el cansancio que ha sufrido últimamente tienen ya una explicación: malaria. No es del peor tipo, pero aun así necesita atención médica. Ni que decir tiene que está muy satisfecho de que la cama que le aguarda esté en un hospital húngaro. Bajo una tenue y cálida llovizna de primavera, Kelemen se despidió de sus colegas oficiales y de los soldados, y el adiós fue emotivo; su sargento hasta lloró. Después abandonó el campamento instalado en aquel campo pantanoso a las afueras de Cattaro y viajó en un barco de transporte militar hasta Fiume.<sup>134</sup>

Con las luces de situación apagadas navegaron a lo largo de la costa dalmata, en medio del gélido viento del bora, atravesando la zona más peligrosa del Adriático (ese mar es un saco, cerrado por una gigantesca barrera de minas anclada en Otranto). Por su parte a él le costaba entender la mal disimulada excitación de los tripulantes; le costaba «entender que todavía haya gente a la que le brillan los ojos ante la idea del peligro, sí, que todavía haya ese tipo de energía vital y rebelde». Mientras los demás oteaban nerviosamente en cubierta para detectar minas italianas, Kelemen se emborrachaba solo en el abandonado comedor de oficiales del barco a base de vino tinto de la marca Vöslauer Goldeck.

Hoy espera sentado en el intercambiador de Bosna Brod a que pase su tren. Como confluyen muchas líneas, la estación está atestada de soldados.<sup>135</sup> Por las calles los camiones van y vienen a todo gas, en la estación se ven locomotoras y vagones de todos los tipos y modelos imaginables. Las latas de conserva y las municiones se amontonan en grandes pilas por dondequiera que se mire. Unos soldados de leva, mayores, barbudos y con los uniformes sucios, se dedican a cargar y descargar. En la cantina de la estación pululan los militares y los funcionarios estatales de todos los rangos. Pero en una de las mesas está sentada una mujer joven, y toda la atención de Kelemen se concentra en ella:

*Lleva un vestido sencillo y gastado y una especie de estola de piel alrededor del cuello. No puedo dejar de estudiar a esta persona frágil y cansada, su cojín de viaje, su chal y su bolso de mano, las cajas apiladas en las sillas y el gabán que cuelga de un gancho.*

*Por un momento vuelve su rostro apático hacia mí, después regresa con total indiferencia a su tarea. Frente a ella hay una postal de campaña.<sup>136</sup> Hace rato que tiene un lápiz entre los dedos, pero no ha escrito una sola palabra. Tal vez se deba a que la observo, tal vez sea que el alboroto que arma una nueva compañía de camino al frente haya estorbado la línea de sus pensamientos. Al final se decide y escribe la dirección con trazos largos y decididos. Después su cabeza se hunde un poquito, inclinándose hacia la mano, y ella vuelve a quedarse completamente quieta y con la mirada vacía.*



*Ahora el tren de aquella compañía se pone en marcha. El eco de los gritos, llamadas y canciones reverbera en el interior de la cantina. Ella alza un poco la frente pero sin desviar la mirada por la ventana. Yo he abierto un periódico y al mirarla con disimulo a través de las hojas veo que sus ojos se inundan de lágrimas. No se da prisa en sacar su pañuelo; al final lo coge y roza suavemente sus mejillas con él. Luego toma el lápiz y escribe unas cuantas palabras más.*

*Entra el revisor procedente del andén, hace sonar la campana y anuncia con voz estentórea que el tren del norte va a efectuar su entrada. La muchacha paga, y con las complicaciones y el desamparo que caracterizan a una mujer que viaja sola, se pone el gabán y recoge sus numerosas y diseminadas pertenencias. De pronto sus ojos recaen en la postal escrita a medias, la coge y la rompe a trocitos; sus manos enguantadas tiemblan, a continuación tira los trozos sobre el mantel. Un mozo de estación la acompaña afuera, cargando con su maleta.*

*Sábado, 4 de marzo de 1916*

## RICHARD STUMPF VE EL TRIUNFANTE REGRESO A WILHEMSHAVEN DEL ACORAZADO MÖWE

Una clara noche de primavera. La Flota de Alta Mar alemana en su totalidad se mece suspendida en el cristal tornasolado del agua, a poca distancia de la desembocadura del Elba. ¿Acaso sea este el momento? Todo está amarrado y listo para el combate, incluso los camarotes lujosamente amueblados de los oficiales han sido vaciados de todo lo prescindible. Dichos oficiales llevan pistola, para poder «poner énfasis a sus órdenes», lo cual es algo nuevo y, en última instancia, tiene que ver con el creciente descontento de la tripulación.

En mitad de la noche los buques levantan anclas. Richard Stumpf reconoce los familiares ruidos, sobre todo las sacudidas de los tres motores de vapor que se propagan como un pulso vibrante por el metal del casco. En cambio, no reconoce el rumbo. En vez del habitual rumbo norte, que los conduciría al desolado mar Báltico, la gran masa de buques grises se desliza silenciosa y oscura hacia el noroeste, pasando de largo las islas Frisias orientales para ir resiguiendo el litoral. Qué raro.

La mañana se levanta calurosa, clara y soleada. Stumpf está de vigía en el puente del buque de guerra. Para variar se siente plenamente satisfecho, con el buen tiempo, con su misión, con la vida; o casi. Las razones no son únicamente el buen tiempo y que la flota dé, por fin, la impresión de querer *hacer* algo. Esta mañana, en el tablón de anuncios situado junto a la cabina de la radio, se ha clavado un telegrama, remitido por el jefe de la Flota de Alta Mar al *SMS Möwe*. El mensaje constaba de tres palabras: «¡Bienvenido a casa!».

El *SMS Möwe* es muy conocido. El *Möwe* representa lo que Stumpf y millones de otros alemanes creían que iba a ser la guerra naval: audaces operaciones por los siete mares, luchando contra los elementos y siendo siempre más listo que ese enemigo aparentemente superior, y con resultados finales de lo más palpables.

El vapor *Möwe* comenzó sus días bajo el nombre de *Pungo*, un buque mercante normal que al romperse la paz cargaba plátanos en la colonia alemana de Camerún. La guerra solo hacía unos días que acababa de estallar cuando fuerzas francesas, inmediatamente seguidas de otras inglesas, invadieron la colonia alemana.<sup>137</sup> También en este caso los atacantes albergaban la esperanza, que no tardó en frustrarse, de una victoria rápida. Tras una campaña torpe e interminable, prolongada por etapas durante todo el transcurso de 1915, los destacamentos alemanes han acabado por caer uno tras otro.<sup>138</sup> Debido a que no se tardó en llegar a la conclusión de que el comercio de plátanos se había ido a pique, al menos mientras durase la guerra, en el otoño de 1915 el *Pungo* experimentó su remodelación en el *Möwe*, uno de los llamados corsarios mercantes. La flota alemana dispone de una docena de barcos como este, los cuales tienen el aspecto exterior de buques de carga corrientes originarios de países neutrales (por lo general escandinavos), pero que van pesadamente armados con minas y cañones ocultos. Su objetivo principal son los barcos mercantes aliados. Han

conseguido crear un caos y un miedo que de ningún modo es proporcional a su número. Por otro lado, resulta bastante bochornoso, para todos los afectados, que estos insignificantes barcos de carga hayan conseguido hundir más buques que toda la Flota de Alta Mar junta, pese a ser esta última tan grande, costosa y poderosa.

El hecho de que muchos buques de guerra permanezcan casi siempre amarrados en un puerto ha provocado las burlas de muchos civiles: toda esta magnífica y costosa armada —antes de la guerra acaparaba una tercera parte del presupuesto del Ministerio de la Guerra— tan pasiva; algunos, por lo bajo, dicen tan inútil. Al antiguo comandante en jefe de la Marina, destituido finalmente debido a su cautela, solían lloverle los sarcasmos cuando iba por la calle, sobre todo por parte de las mujeres. En Wilhemshaven han aparecido escritos en las paredes o se han escuchado en boca de los niños callejeros los siguientes versos:

*Lieb' Vaterland magts ruhig sein*

*Die Flotte schläft im Hafen ein.*<sup>139</sup>

De modo que son barcos como el *SMS Möwe* los que en la presente situación han tenido que remediar el flagrante déficit de hazañas de la Marina. El *Möwe* zarpó en diciembre —bajo bandera sueca— y a estas alturas tiene en su haber un itinerario que cabría calificar, como mínimo, de atrevido. Minó las aguas próximas a la base naval más importante de Gran Bretaña, Scapa Flow, hundiendo, de ese modo, el buque *HMS King Edward VII*, un buque de guerra de modelo antiguo. Después rodeó Irlanda hasta el litoral francés, costó España y las islas Canarias, y finalmente cruzó el Atlántico hasta alcanzar la costa de Brasil. Y durante todo el trayecto estuvo sembrando minas o apresando buques mercantes. En tres meses ha capturado 15 naves: de las cuales 13 fueron hundidas y dos llevadas a puerto como botín.<sup>140</sup>

En el momento de sentarse para almorzar oyen gritos a babor. Mientras Stumpf y los demás corren hacia allí escuchan alborozo. Al salir afuera ven bajo el sol de marzo al pequeño vapor *SMS Möwe* avanzando entre las líneas de los grandes buques de guerra pintados de gris. De su mástil penden las banderas de los quince buques que ha capturado o hundido. El primer oficial lo vitorea y todos le secundan «furiosamente, con toda la potencia de nuestros pulmones». En la cubierta del mucho más bajo *SMS Möwe* está formada la tripulación, que contesta con su propia versión de los alegres vítores. Stumpf anota con pasmo que «en la cubierta se veían varios negros vistiendo camisas azules y gorras rojas que, cosa increíble, también vitoreaban».

Después tiene lugar un extraño ballet. A guisa de saludo el escuadrón en pleno realiza un giro coordinado:

*La escena era de una belleza indescriptible. La isla de Helgoland, a lo lejos, resplandecía bajo los rayos dorados del sol, el mar tenía un color verde oscuro, y alrededor del Möwe lo que parecían ser cincuenta monstruos prehistóricos realizaban una danza triunfal para celebrar su regreso. Fue una ocasión en que lamenté de veras*

*no tener una cámara.*

*Para variar, un triunfo. Más tarde todo el primer escuadrón regresa a Wilhemshaven. Allí repostan carbón hasta las ocho de la tarde. Enseguida vuelven a zarpar. Circula el rumor de que esta vez va en serio.*

Un par de días después Richard Stumpf anota en su diario:

*¡Una vez más nos quedamos sin batalla! Al escribir esto estamos de nuevo en la desembocadura del Jade, sanos y salvos y sin haber disparado un solo tiro. ¡Nunca volveré a dejarme llevar por las esperanzas! Nuestra moral de combate vuelve a estar por los suelos.*

*Miércoles, 8 de marzo 1916*

## EDWARD MOUSLEY OYE EL FRAGOR DE LA BATALLA DE DUJAILA

Por fin: ¡llegan en su rescate! Ya en plena noche comprenden que algo está a punto de suceder porque un enorme estampido les despierta. Alguien le dice a Mousley que probablemente se trate de una mina flotante, destinada para el puente de Shatt al-Hai situado a las espaldas de las fuerzas otomanas, que habrá explotado después de embarrancar. Por lo demás, todo está en silencio, así que Mousley vuelve a acostarse. Unas horas más tarde le despierta un nuevo sonido de fuego cercano. Mira al exterior. Amanece.

Mousley cree primero que se trata de artillería amiga en Kut al-Amara. Después piensa que seguramente sea la artillería otomana que bombardea la fuerza de rescate británica que, según los últimos informes, se halla a apenas 30 kilómetros de distancia, en la vertiente septentrional del Tigris. No obstante, trepa hasta el tejado y otea. Divisa entonces relámpagos a lo lejos. Son las piezas de la fuerza de rescate que machacan las líneas turcas en Dujaila, en la vertiente meridional. Eso solo está a unos doce o trece kilómetros de distancia. Es obvio que la fuerza de rescate ha cruzado el río a paso de lobo y que, tras realizar una marcha a oscuras, está intentando abrir una brecha.

La emoción entre los sitiados es enorme. Cuando la luz diurna se intensifica ven que las unidades otomanas se están desplazando hacia el punto amenazado a marchas forzadas. Mousley sabe que hay planes de apoyar a la fuerza de rescate mediante un ataque o bien por el norte o bien por el sur, todo según el lado del río por el que llegue. Y sin embargo, no oye orden alguna de que se ejecuten los planes. Hacia las nueve ve largas filas de cabezas moviéndose por las trincheras otomanas, todas en dirección al sudeste.

Entre tanto el fragor de la batalla se hace más denso, al tiempo que unidades otomanas continúan avanzando en tropel hacia Dujaila.

De repente no se oye nada. Ni se ven relámpagos en el horizonte.

Mousley piensa que el silencio se debe a que la infantería británica ha alcanzado su objetivo y que en estos momentos se están librando combates cuerpo a cuerpo con armas blancas.

Continúa todo callado. El nerviosismo se generaliza entre los sitiados. ¿Qué ocurre? ¿A qué se debe esta demora en atacar?

Pasan las horas. No sucede nada. Los cañones entorno a Dujaila siguen mudos.

Anochece.

El silencio es total.

*Jueves, 9 de marzo de 1916*

## EL PADRE DE WILLIAM HENRY DAWKINS RECIBE LAS PERTENENCIAS DE SU HIJO CAÍDO

Este día Arthur Dawkins acusa recibo de un paquete que a través de la firma Thomas Cook & Son se ha transportado en barco remitido por las autoridades militares australianas en Egipto. El paquete contiene los efectos personales de William Henry Dawkins. Que son:

*1 linterna con batería*

*1 Biblia*

*1 billetera de piel*

*1 libro en formato de bolsillo*

*1 diario*

*1 tijeras*

*1 cinturón*

*3 navajas*

El mismo día, a las tres de la tarde en Kut al-Amara, Edward Mousley escribe en su diario:

*La expedición de rescate no logró atravesar las líneas enemigas. Nos hemos enterado extraoficialmente. Todos sabemos que se trataba de «la gran tentativa» y no de una operación colateral. Aunque estamos defraudados ya nos hemos hecho a la idea, porque poca cosa hemos experimentado aparte de decepciones.*

*Sábado, 11 de marzo de 1916*

## ANGUS BUCHANAN Y LA NIEBLA DEL KILIMANJARO

Se abren camino sobre la marcha. Pero no es que lo construyan, sino que se va formando a su paso, por su propio peso. Y es que la columna consta de 4.000 a 5.000 efectivos, miles de mulas y caballos, multitud de cañones, carros de municiones y de avituallamiento de diversos tipos, y hasta algunos vehículos motorizados que van derrapando al final de la caravana. Lo que se dice rápido no avanzan.

Al comienzo de la marcha, cuando todavía se movían por la llana y arenosa planicie, Buchanan dirigió la vista atrás a través de los remolinos de polvo y observó el rastro que dejaban, semejante a «una delgada y sinuosa línea de hilo tirada sobre la superficie vacía de un mapa a medio trazar». Hasta el momento la vanguardia solo ha librado puntuales y breves enfrentamientos con el enemigo, el cual da la impresión de escabullirse. Han dado con un campamento alemán abandonado a toda prisa y le han prendido fuego.

Ahora van a conquistar el África del Este alemana.

Sobre los planos la operación resulta, sin duda, magnífica e impresionante. Al igual que en Europa, los alemanes van a ser atacados desde varios puntos simultáneamente: una fuerza británica atacará desde Rodesia del Norte, otra belga invadirá el territorio situado al norte del lago Tanganica, de los portugueses se espera —hace dos días que Alemania y Portugal se han declarado en guerra— que amenacen desde el sur. Sin embargo, la operación principal tendrá lugar en la esquina nordeste del África del Este alemana, en los alrededores del Kilimanjaro. El plan consiste en que las fuerzas principales enemigas sean rodeadas y destruidas según la táctica clásica de la tenaza. La columna a la que pertenecen Buchanan y el resto de la 25th Royal Fusiliers avanzará desde el norte haciendo de yunque y conteniendo a las fuerzas alemanas que se baten en retirada a fin de que el martillo —es decir, el contingente principal,<sup>141</sup> que cruzará la frontera por el oeste— pueda hacerles añicos. La meta de ambas columnas es Moshi. (La pequeña ciudad es la parada final de la larga vía de ferrocarril que los alemanes han construido desde el puerto de Tanga, en la costa.) Es la lógica de la Gran Guerra europea injertada en una geografía africana.

Avanzar desde el norte, sí, lo que se pensó como una rápida incursión por la espalda del enemigo ha degenerado en convulsos cabezazos a través de un terreno desconocido. Desde que han llegado al monte bajo la velocidad de la marcha ha disminuido considerablemente. Además, acaban de penetrar en territorio de la mosca tsé-tsé, y los caballos y mulas especialmente importados para la operación son muy sensibles a la enfermedad. Los animales mueren a un ritmo vertiginoso y en tremendas cantidades.<sup>142</sup> (¿A quién se le ocurrió la idea de utilizar mulas y caballos aquí? Desde luego, no debía de ser alguien con experiencia de esta parte de África.) Durante todo el día han ido pasando junto a monturas o animales de tiro muertos o agonizantes que yacían a un lado del camino que abrían sobre la marcha. Una vez muerto solo han de transcurrir 24 horas para que el cadáver de uno de estos animales se convierta en «un hervidero de larvas de moscardón, horroroso espectáculo». (Y los

soldados caídos igual, claro.) La pestilencia es abrumadora.

Otra mala noticia es que está en puertas el periodo de las lluvias. Anoche cayó una interminable llovizna. Por el momento se las tienen que apañar sin tiendas ni mantas (están empaquetadas en algún sitio de la lejana impedimenta), así que Buchanan y los demás solo han dormido tres horas, al raso, directamente en el suelo, ateridos de frío y empapados. Cuesta más perseverar que ser valiente.

Durante todo el día han marchado en dirección al sur, teniendo la blanqueada cima del Kilimanjaro a su izquierda. Hacia el atardecer se liberan por fin del *bush* y salen a campo abierto. Más o menos simultáneamente la columna entera se desvía hacia el este, rumbo a la gran montaña. Muy a lo lejos vislumbran por fin su meta, Moshi. El nombre significa «humo» en suajili y hace referencia a las nubes eternas que coronan la cima cupular de 5.895 metros de altitud de la montaña. Al ponerse el sol se oyen disparos. La marcha se detiene. La vanguardia acaba de toparse con unos exploradores enemigos. No tiene lugar un combate en regla sino que, como es ya habitual, los contrincantes se esfuman sin dejar rastro. Tras una breve espera la serpenteante columna vuelve a ponerse en movimiento.

Hacia las nueve de la noche plantan el campamento junto al río Sanja. A mucha distancia, perdidas en la oscuridad que se extiende entre sus propios vivacs y Moshi, se distinguen unas fogatas. En siete días han recorrido apenas 70 kilómetros. Durante la noche se escuchan los tiros puntuales que dispara algún que otro centinela nervioso. Aparte de eso reina la calma.

Poco a poco los que desempeñan el papel de yunque están ocupando sus posiciones. Pero ¿los que tenían que hacer de martillo dónde están?

Al día siguiente se hace evidente que las unidades alemanas han eludido la trampa escabulléndose hacia el sur, a marchas asombrosamente forzadas, en buen orden y sin mayores bajas. Toman Moshi. Pero la parte alemana de la población ha huido, solo quedan africanos, griegos y los sempiternos mercaderes de Goa. Por lo demás, la operación ha sido un fracaso.

El lunes llueve casi sin parar, el martes lo mismo.



*Miércoles, 15 de marzo de 1916*

SE LE ESCRIBE UNA CARTA A LA MADRE DE VINCENZO D' AQUILA

Sus familiares en Estados Unidos saben que D'Aquila está ingresado en un sanatorio, pero poca cosa más. Su madre no se cansa de enviar un telegrama tras otro con preguntas a los militares italianos y al hospital; quiere averiguar cómo se encuentra su hijo realmente, saber si acaso le permitirían viajar a Estados Unidos para ser atendido allí. Finalmente, recibe la siguiente respuesta de la dirección del San Osvaldo:

*Udine, 15 de marzo de 1916*

*Muy señora mía:*

*Siento comunicarle que no puedo satisfacer su petición puesto que las autoridades militares concertaron que fuese trasladado al hospital psiquiátrico de Siena, un traslado que, efectivamente, se realizó el 10 del presente.*

*Su estado físico es del todo satisfactorio; sin embargo, por otro lado, persiste en sus absurdos delirios de grandeza. Mucho me temo que nos enfrentamos a una larga enfermedad mental.*

*Firmado: el director*

*Sábado 18 de marzo de 1916*

## SOPHIE BOCHARSKI OYE EL ARRANQUE DE LA OFENSIVA DE EVERT JUNTO AL LAGO NAROCZ

Que se planea una ofensiva rusa lo sabe todo el mundo con varias semanas de antelación y, como es lógico, ahí reside parte del problema. Porque si hasta los cocineros están en el ajo, el peligro de que esa misma información haya llegado a oídos de los alemanes resulta inminente. Con todo, el ataque debe ejecutarse. La mayoría sabe que en el oeste se está librando una colosal batalla en Verdún y que el alto mando ruso ha prometido apoyar a los muy acosados franceses de este modo.

Pero no hay mal que por bien no venga. Sophie y el resto del personal del hospital de sangre han tenido mucho tiempo para prepararse. El fragor del fuego nutrido que empieza a propagarse por el aire los pilla dándole la última mano a la nueva y espaciosa ampliación del hospital de campaña, una ampliación de 500 camas. Y si estas no fueran suficientes, hay espacio para acomodar a los pacientes en camillas. Y si las camillas no fueran suficientes, hay paja donde acostar a los heridos. Por una vez da la impresión de que los preparativos se han hecho a conciencia. En la pequeña ciudad cubierta de nieve donde se encuentran se ven tiendas de campaña por todas partes; todo está a punto a la espera de que se inicie el ataque y los heridos empiecen a llegar. Y llegan.

Al comienzo la cosa va bien. Sophie es una de las que está en la entrada recibiendo y ayudando a descargar a los heridos de las ambulancias. No tarda en formarse una cola de vehículos; luego la situación se congestiona. Para dar abasto hay que solicitar la ayuda de los transeúntes. Pronto el hospital está lleno y desbordado: las camas, las camillas, la paja: todo.

Una vez más tienen que formarse una idea de lo sucedido a través de fragmentos de información, oídos por casualidad o pescados al vuelo en las salas. Lo que surge es la imagen de un caos espectacular. Una artillería que para variar dispone de abundante munición pero que tira a ciegas o contra los suyos. Desastrosas operaciones de exploración; nadie sabe con exactitud por dónde pasan las líneas de reserva alemanas. Coordinación nula; las unidades atacan cada una en un momento distinto. Confusión; la mitad de todas las órdenes son revocadas. Deficiencias en la línea de suministros; la retaguardia está colapsada por enormes cantidades de caballería que espera fútilmente a que se abra la brecha. «Creíamos que las granadas volarían las alambradas —explica un herido—. Pero el ataque ya se había iniciado y quienes volamos fuimos a nosotros.»<sup>143</sup> Bocharski trabaja todo el día y toda la noche.

El esquema habitual de ataque y contraataque se repite día tras día. «Iban y volvían como a golpes de martillo, nervios, carne y esperanzas humanas martilleadas una y otra vez como un «gong-gong».» A Bocharski le llega una carta de su primo Vladimir, el teniente, pero pasan unos días antes de que pueda reunir tiempo y fuerzas para leerla, así que la lleva metida en el bolsillo de su delantal. Un día la abre:

*¡Mi muy querida Sophie!*

*Esto no es un asalto, sino una carnicería. Ya sabrás que ha fracasado; no culpes a los soldados. Ellos se han portado bien. Tampoco les echés la culpa a los oficiales de primera línea. Toda la responsabilidad recae en el cuartel general. Para ser sincero, esta ofensiva me ha hecho perder las ganas de seguir adelante. He visto hombres arriesgar la vida de miles de personas por el afán de ganar alguna medalla. En estos momentos no hay ninguna posibilidad de romper la línea alemana. Tal vez pueda hacerse más tarde, cuando se hayan efectuado cambios en el Estado Mayor. Pero cambiemos de tema. Me hallo en la reserva, paso los días tumbado en el césped calentándome al sol y escuchando el trino de las alondras.*

El mismo día Paolo Monelli escribe en su diario:

*De repente va y te cae mierda del cielo, dos bombas detonan a cinco metros de ti, y tú ni sabes si te han dado. (Después de quedarte sordo una eternidad te llega de muy lejos la voz del compañero que está tumbado a tu lado, aplastándose contra el suelo: «Monelli, ¿estás herido?» «Es lo que estoy mirando.») Pero después piensas que la sensación de distancia es engañosa. En un ataque de rabia el médico militar lanza platos de cocina tras el persistente aeroplano.*

*Martes, 28 de marzo de 1916*

## KRESTEN ANDRESEN SIENTE LA PRIMAVERA Y EL DESCONTENTO EN MONTIGNY

Es primavera, aunque no del todo. Los arbustos y las hayas tienen gémulas verdes. Los manzanos están brotando. En el bosque ve anémonas y otras plantas en flor. Pero todavía hace frío. Sopla un viento cortante.

Andresen vive una mala racha: «Estoy harto y hastiado de todo esto y me cuesta mantener los ánimos». Y eso que, o tal vez debido a que, acaba de volver de pasar diez días de permiso con su familia; el primer permiso de que ha disfrutado desde que empezó la guerra. Nada más volver de su casa le ingresaron en el hospital, esta vez con una faringitis grave y fiebre. Todavía no ha participado en ningún combate verdaderamente intenso; en una carta a un familiar casi se disculpa por ese motivo, por no tener ninguna vivencia dramática que contar. (Sí, en cambio, ha enviado *souvenirs* a sus familiares, más que nada fragmentos de metralla.) En su caso no es tanto una cuestión de la atroz realidad de la guerra, sino del atroz hastío que provoca. Su servicio se reduce principalmente a tareas en la retaguardia o a excavaciones nocturnas.

Este es su vigésimo mes de uniforme, y sus antiguas esperanzas de una paz próxima se están esfumando. Recuerda, no sin amargura, que hace casi exactamente un año creía que la guerra estaba a punto de terminar. Esas esperanzas fallidas explican en parte su desánimo, claro.

No es en absoluto el único en sentir frustración con esta guerra que no hace más que prolongarse a un precio cada vez más alto. En todas las naciones contendientes se dan inflación y carestía de alimentos, pero las más afectadas —aparte de Rusia— son Alemania y Austria-Hungría. No se trata solo de que el bloqueo marítimo aliado esté demostrando una eficacia asesina:<sup>144</sup> los suministros también padecen los efectos de la frivolidad administrativa, la escasez de medios de transporte y el excesivo número de granjeros y agricultores reclutados para la milicia. Para colmo, los pocos que quedan en el sector agrícola a menudo caen en la tentación de vender sus productos en el mercado negro, donde los precios llegan a ser hasta diez veces más altos. (Entre otras cosas se ha calculado que la mitad de todos los huevos y de toda la carne de cerdo van a parar directamente al estraperlo.) A esto se le añade que los precios legales están en alza; rápida y continuamente la ecuación se vuelve imposible para la mayoría de las familias, sobre todo en las ciudades. Además, las curvas van por mal camino: enfermedad, desnutrición, mortandad infantil, descontento, criminalidad juvenil. Todas han empezado a subir.

Andresen ha hablado con otros soldados que han vuelto de sus permisos y ha oído historias asombrosas:

*Uno me habló de algo parecido a una rebelión desatada en Bremen, donde grandes masas de mujeres iban rompiendo lunas de escaparates y saqueando tiendas.*

*Mortensen de Skibelund conoció a un tipo de Hamburgo que se marchó de su casa cuando todavía le quedaban cuatro días [de permiso] debido a que su mujer ya no tenía comida para darle.*

*Sí, incluso ha habido un par de descontentos que por algún insondable motivo han vertido el cáliz de su ira sobre el mismo Andresen. Uno lo llamó «patriotero exaltado». Y hoy ha llegado un soldado procedente de Hamburgo empuñando el Vorwärts, órgano del partido socialdemócrata, y ha empezado a interrogarle sobre qué actitud adoptaban en realidad los parlamentarios de Jutlandia del Sur respecto a la guerra. «Aquí hay muchas personas con criterios propios.» También los soldados del frente han empezado a notar el problema de los suministros. Muy rara es la vez en que pueden untar mantequilla a su recio pan de munición; ha sido reemplazada por un nada apetitoso sucedáneo de mermelada sobre la que los soldados, a veces, inventan tonadillas difamatorias. (El humor soldadesco también ha acuñado varios nombres alternativos a esta confitura, como «crema Hindenburg» o «grasa conmemorativa del káiser Guillermo».)*

*El frente está tranquilo; apenas he oído un solo cañonazo durante la semana que ha pasado desde mi regreso. Todas las fuerzas se están concentrando abajo, en Verdún. Aquí vuelven a circular rumores de que ha caído un fuerte, pero son tantas las habladurías... ¿Y Rumanía, qué? A mí me parece que todo está tranquilo, pero debe de ser la calma que precede al temporal.*

*Jueves, 6 de abril de 1916*

## FLORENCE FARMBOROUGH COMENTA LA VIDA DE LA POBLACIÓN CIVIL DE CHORTKOV

Una vez más se encuentran en territorio enemigo. Chortkov, donde han estado acantonados el último mes, se halla en la zona austríaca de Galitzia. La ciudad sufrió graves desperfectos el año pasado cuando las unidades rusas esperaban ser expulsadas por la fuerza, debido a lo cual prendieron fuego a muchas de las casas. Gran parte de la población es judía. Farmborough escribe en su diario:

*La situación de los hebreos que viven en Chortkov es muy lamentable. Los tratan [los rusos] con una animosidad vengativa. Como ciudadanos austríacos disfrutaban de una casi total libertad y no tenían que padecer la cruel represión a que se ve sometido el judío ruso constantemente. Sin embargo ahora, con este nuevo régimen, sus derechos y libertades han desaparecido, y resulta evidente que aborrecen el cambio con toda su alma.*

*Cuando nieva —y este invierno ha nevado bastante— se obliga a un judío por domicilio a que salga a quitar la nieve de las calles, siempre bajo la supervisión de soldados rusos equipados con un azote, instrumento que no dudan en usar. Frente a la casa en la que se alojan Florence Farmborough y varias de las demás enfermeras hay un edificio en ruinas, donde vivía anteriormente uno de los rabinos de la ciudad. Junto a las ruinas hay una sinagoga; ha sido destrozada.*

*Esta mañana Farmborough recibe la visita de una modista judía que le ha confeccionado un vestido de algodón azul. La mujer está muy indignada. Cuando Farmborough le pregunta qué ha pasado la mujer le explica que anoche tres cosacos aporrearón su puerta exigiendo albergue. (Es el derecho de los soldados, y la mayoría se alojan en casa de familias judías, aproximadamente veinte o treinta hombres por casa. El hacinamiento es indescriptible.) La mujer, ateniéndose a la verdad, le contestó que todas sus habitaciones estaban ya llenas de soldados, pero aun así los tres hombres forzaron la entrada y empezaron a efectuar una especie de registro improvisado. No tardaron en encontrar lo que andaban buscando: un revólver que a todas luces colocaron allí ellos mismos. La modista y su marido protestaron, con indignación pero sobre todo con pánico, puesto que la tenencia de armas está severamente prohibida y contravenir ese reglamento puede castigarse con la muerte. Resultó ser una simple estratagema, ya que los cosacos enseguida se ofrecieron a olvidar el asunto a condición de que les pagasen diez rublos. La modista y su marido no tuvieron otro remedio:*

*Así que arañaron esos diez rublos y se los entregaron a los cosacos, que al marcharse fueron comentando en voz alta e indignada lo proclive que era la raza judía a la*

*traición. Relatos de injusticias así son corrientes en esta parte del mundo; parece ser que la mera palabra «judío» es un insulto para los soldados rusos.*

*Por lo demás, los últimos meses han sido tranquilos. Aparte de aquellos inefectivos ataques que costaron tan caros, llevados a cabo muy al norte, junto al lago Narocz a las afueras de Vilnius, nadie ha visto nada de esas ofensivas rusas de las que todo el mundo habla con tanta ilusión. Algo parecido al desengaño ha empezado a extenderse, e incluso Farmborough se siente frustrada con la dichosa espera.*

*Ya que el frente en estos momentos está muy tranquilo tienen pocos heridos que atender. En su lugar Farmborough y las otras enfermeras procuran ayudar a la población civil. Han tenido muchos casos de tifus y viruela. Las epidemias se agravan, primero por la extrema falta de espacio de las viviendas, lo que ocasiona que estas enfermedades contagiosas se transmitan con rapidez, y segundo por la escasez de alimentos. Las tiendas de la ciudad están bien surtidas en cuanto a bagatelas como corsés, zapatos de tacón alto, cintas de seda y guantes de gamuza. Pero es difícil conseguir artículos básicos como manteca, levadura y huevos, y cuando los hay están por las nubes.*

*El año pasado causó estragos una epidemia de tifus muy grave, y los que salieron peor parados fueron los niños pequeños. Durante un tiempo morían entre diez y veinte niños al día. A estas alturas Florence Farmborough ha tenido que presenciar muchas cosas. Sin embargo, escribe ella en su diario:*

*...a veces tengo la impresión de que ninguna de esas terribles heridas que vi y curé durante la retirada del año pasado me afectó tan profundamente como la visión del sufrimiento de estos niños, con sus caritas desfallecidas y sus cuerpecitos sin fuerzas.*

*Uno de los pacientes que cuida este día es un niño de cuatro años llamado Vasili. Proviene de una familia de campesinos del extrarradio, pobre de solemnidad, cuyo padre fue movilizado por el ejército austrohúngaro a comienzos de la guerra y ahora está desaparecido, y cuya madre vive de lavar la ropa de los soldados rusos. El niño enfermó de viruela el año pasado y debido a la enfermedad y la hambruna ha dejado de crecer. Cuando Farmborough lo coge en brazos sus miembros le parecen livianos como palitos.*

*Otra de las que solicitan su ayuda este día es una joven ucraniana. Dice que ha cumplido los dieciocho, pero tiene aspecto de ser más joven. Llegó ayer, hosca y asustada, para que la atendieran por unos problemas cutáneos. Empezaron por cortarles el pelo, que llevaba sucio y enredado. Después le dieron una pastilla de jabón con la que lavarse. «En su cuerpo, lleno de llagas, se leía una triste historia de prostitución.» La chica vive de venderse a los soldados. Hoy ha vuelto, menos apesadumbrada, porque ha comprendido que realmente quieren ayudarla.*

*Más tarde Farmborough se halla junto a la puerta cuando la muchacha sale. La ve darse la vuelta. La ve inclinar su cabeza ante el médico y murmurar gracias. Al pasar por delante de ella Farmborough ve «lágrimas asomando bajo unos párpados que apretaba con fuerza. También ella era una de las víctimas de la guerra».*





*Lunes, 10 de abril de 1916*

## EDWARD MOUSLEY ASISTE AL SACRIFICIO DE LOS ÚLTIMOS CABALLOS EN KUT AL-AMARA

Llevan ya mucho tiempo matando caballos y mulas de tiro, pero han conservado las monturas deliberadamente. Hasta hoy. Una nueva intentona de socorrerlos parece haberse frustrado: han llegado órdenes de que se maten los últimos caballos a fin de convertirlos en alimento para los sitiados, quienes pronto no tendrán qué comer. Mousley arranca un poco de hierba fresca y se dirige al lugar donde están alineados los animales. Su caballo *Don Juan* enseguida reconoce a su amo, claro, y le saluda con efusión, del modo en que él lo ha enseñado. Mousley le da la hierba para que se la coma.

Después empieza la matanza.

Un suboficial es quien se encarga de disparar. Van sonando estampidos. Uno tras otro los cuerpos pesados y grandes de los animales se desploman. Corre la sangre. Al principio Mousley mira, observando que los caballos siguen lo que sucede temblando mientras esperan su turno. *Don Juan*, como los otros, patatea nervioso, pero por lo demás se mantiene muy quieto. Cuando empieza a llegar la hora Mousley ya no puede seguir mirando. Le pide al suboficial que maneja el fusil que apunte con cuidado y que le avise cuando haya pasado todo. A continuación besa al animal en la quijada y se va. Alcanza a ver como el caballo gira la cabeza para seguirle con la vista.

Entonces suena un nuevo *estampido*.

Su cena de esa noche se compone del corazón y los riñones de *Don Juan*. (Estas partes del caballo siempre se reservan para el dueño; a Mousley también le han entregado la cola negra.) Por supuesto que es una sensación rara, pero a él no le parece que esté mal. En su diario escribe: «Estoy seguro de que él habría preferido que fuera yo quien lo hiciera y no otro».

*Martes, 25 de abril de 1916*

## ELFRIEDE KUHR PRESENCIA UNA ESCENA EN LA ESTACIÓN DE FERROCARRIL DE SCHNEIDEMÜHL

Elfriede se dirige una vez más a la estación de ferrocarril. Va en busca de su mejor amiga, Dora Haensch, cuyos padres regentan la pequeña cantina que hay en el edificio de la estación. Mientras está allí llegan dos soldados. Uno es un joven apuesto de rasgos bien proporcionados, el otro es ancho y corpulento y está muy borracho. El soldado borracho reclama cerveza a gritos, pero el rollizo señor Haensch se la niega. Entonces se inclina sobre la barra para servirse él mismo una jarra del barril, así que el señor Haensch lo agarra por los hombros y lo aparta de un empujón. En el acto el soldado borracho saca su bayoneta y se abalanza contra el señor Haensch. Este, con inesperada rapidez, corre hacia la trastienda. Dora y su mamá chillan. Varios clientes se ponen en pie levantando sillas a guisa de escudo o de arma. El compañero del soldado borracho, que entre tanto se ha apalancado a una mesa con las piernas estiradas, le dice con tranquilidad: «Vete, deprisa». Lo cual el borracho, efectivamente, hace.

A los pocos momentos vuelve el señor Haensch, seguido de un suboficial y de dos soldados de la Guardia. El suboficial se acerca al compañero del borracho, quien sigue en su silla hojeando tranquilamente un periódico, y le pregunta en un tono amable el nombre del fugitivo y a qué regimiento pertenece. El joven, que no ha dejado de leer el periódico, rehúsa revelárselo. El suboficial se acerca aún más y le dice algo que Elfriede no capta. El joven soldado se pone de pie, grita: «Es usted un granuja, suboficial. Yo no he buscado esta guerra de mierda, a mí me han obligado a jugar a los soldados. ¡Pues muy bien! Si quiere decirme algo, haga el favor de utilizar un tono militar. Por lo demás, puede usted torturarme cuanto le plazca; ¡no revelaré el nombre de mi camarada!».

La violenta discusión prosigue. El joven soldado se obstina en no delatar a su embriagado amigo y al final acaban arrestándolo a él. Elfriede ve como se lo llevan entre los dos guardias, cuyas relucientes bayonetas están caladas. El rostro del detenido está tan pálido que sus labios casi parecen blancos. Nada más cerrarse la puerta tras los cuatro hombres todo el mundo rompe a hablar. Llenan la cantina unas voces indignadas. Dora le dice a Elfriede que le ponga la mano sobre el corazón; late muy pero que muy fuerte.

Elfriede le dice a Dora que no puede decidirse por quién tenía razón: el suboficial o el hombre que se negaba a delatar a su amigo. El señor Haensch oye el comentario de Elfriede y le grita indignado: «¡Pero qué cosas dices! De eso no hay ninguna duda. El suboficial, quién va a ser. En el ejército tiene que prevalecer la obediencia, si no... si no se rebelarían». En su enojo el señor Haensch le suelta a Elfriede un fuerte manotazo en el trasero y acto seguido la echa de la cantina.

Desolada y confusa Elfriede se marcha a casa. En realidad los entiende a los dos, por un lado al joven apuesto que se negaba a delatar a su amigo, por el otro al suboficial que solo cumplía con su deber:

*Lo que más me dolía era yo misma. Nunca puedo acabar de distinguir lo que está mal de lo que está bien en esta guerra. Aclamo nuestras victorias al mismo tiempo que pensar en los muertos y los heridos me hace enloquecer. Ayer oí que en un sector del bosque hay un hospital militar donde viven soldados a quienes les han volado partes de la cara. Por lo visto tienen un aspecto tan horripilante que la gente normal no soporta mirarles. Cosas así me desesperan.*<sup>145</sup>

*Este día Elfriede cumple catorce años. Ha empezado a llevar el cabello de forma distinta, más adulta.*

La misma noche, en Kut al-Amara, se realiza un último intento de avituallar a la guarnición británica sitiada. Al amparo de la noche una embarcación fluvial revestida de placas de hierro, cargada de provisiones y tripulada por una unidad especial de voluntarios —compuesta de hombres solteros— ha remontado el Tigris en un desesperado esfuerzo por atravesar inadvertidamente las líneas otomanas y llegar a los cercados. Sin embargo, la embarcación, *Julnar*, es descubierta y bombardeada por los cuatro costados. Al final embarranca. Edward Mousley escribe en su diario:

*A solo unos pocos metros de distancia de aquí fue interceptada por las piezas turcas. Sus oficiales resultaron muertos, el teniente Crowley [sic]<sup>146</sup> fue hecho prisionero, y después la trajeron a la vista de nuestros soldados, que esperaban poder descargar su lastre en el Fuerte, y a la vista también del resto de la guarnición que la observaba desde los tejados de Kut. Ahí se encuentra ahora. Parece que este es el trágico aunque esperado final del radiante intento que era nuestra última esperanza. La comida que nos queda apenas alcanza hasta mañana.*

Y uno de estos días Herbert Sulzbach anota en su diario:

*Así que las Pascuas de 1916 las pasé en casa, pero por mucho que disfrutara de mis días de permiso no pude evitar cierta nostalgia del frente ni la inquietante sensación de que debería regresar junto a mi batería. Rememorar en el hogar los llamados tiempos de paz resulta bastante sentimental y eso no es lo que uno necesita, precisamente.*

*Domingo, 7 de mayo de 1916*

## KRESTEN ANDRESEN Y LA OCIOSA VIDA EN MONTIGNY

Verdor que anticipa el verano. Calor que anticipa el verano. Trinar de pájaros. En estos momentos es la pérdida de tiempo lo que más le molesta, los días se suceden, uno idéntico al otro, y no ocurre nada que no haya ocurrido antes, las rutinas son las mismas, al igual que las frases, y todo queda por hacer. Además le espanta haberse vuelto tan olvidadizo. En vano busca en su memoria cuanto había aprendido sobre historia o historia de la literatura. Apenas cierra un libro que ya lo ha olvidado. Como de costumbre está dispuesto a prestar oídos al menor rumor sobre una paz inminente, pese a haber salido defraudado tantas veces antes. El frente está completamente tranquilo, y eso le alegra.

Este día Andresen escribe una carta a casa:

*¡Queridos padres!*

*El mismo día en que os envié mi última carta desde este sitio me caí y me torcí la última articulación del dedo corazón de la mano izquierda, como quizá ya sepáis por Misse. El transporte en el que debería haberme marchado ya partió. Pero dentro de una semana seguro que el dedo se habrá recuperado, pues enseguida me lo pusieron bien. Me dedico a disfrutar de la vida y de la naturaleza. Mi lavandera me ha prestado una buena novela francesa, y cuando me canso de leer me siento a dibujar. Quiero enviaros un par de dibujos; uno se lo he enviado ya a la tía Dorotea. No es que tengan mucho valor; lo cierto es que uno ya no vale para nada, porque esta vida te embota a más no poder. No sé qué hacer al respecto. Aunque creo que este estado se debe, en gran parte, a que nunca te dan otra cosa [que comer] que sopa de avena, ¡siempre sopa de avena! Por no decir del pan de munición y la interminable mermelada.*

*Jueves, 18 de mayo de 1916*

#### ANGUS BUCHANAN PARTE DE MBUYUNI Y APRENDE ALGO SOBRE MULAS

Las peores precipitaciones ya han pasado. Después de casi dos meses de espera bajo la lluvia en los alrededores del Kilimanjaro es hora de proseguir la marcha en pos del elusivo enemigo. La conquista de Moshi fue un éxito, pero tampoco esa vez lograron vencer al adversario. Buchanan, al igual que muchos otros, siente una involuntaria admiración por sus contrincantes alemanes, especialmente por sus tropas de nativos, quienes han demostrado disciplina, habilidad y mucho valor. No será fácil. El enemigo se comporta ya como el ejército de guerrilleros en que se están convirtiendo, mientras que el cuerpo británico se mueve con la pesadez y la escrupulosa, parsimoniosa lentitud de un ejército regular.

Por la tarde la fuerza principal abandona Mbuyuni. Hoy Buchanan está provisionalmente al mando de la impedimenta del batallón, compuesta de animales de carga, unas mulas, ya que hay que volver a adentrarse en terreno infranqueable. Les envuelven los olorosos efluvios de las plantas húmedas abrasándose al sol.

Resulta, según sus propias palabras, «una marcha memorable». La mayor parte de los animales son nuevos, y algunos nunca han llevado una albarda en su vida, por lo que se resisten y forcejean. Continuamente hay mulas que consiguen romper o escurrirse de los arreos, a los que no están acostumbradas. Durante toda la tarde Buchanan y unos cuantos soldados más cabalgan columna arriba columna abajo persiguiendo animales fugitivos. De vez en cuando tienen que hacer un alto para arreglar jaeces rotos o para volver a ensillar «a las tercas y asustadas bestias, que no dejan de resistirse». La situación no varía en toda la noche.

Cuando finalmente instalan el campamento a Buchanan le consta que faltan cuatro de sus mulas. Aun así cuentan dos mulas de más en relación con las que había al comienzo de la marcha. En la oscuridad han ido capturando todos los animales sueltos que han pillado, y algunos de ellos, obviamente, pertenecen a otros batallones. Como de costumbre, deciden quedarse con los animales encontrados sin informar de ello a nadie.

*Martes, 23 de mayo de 1916*

## PAOLO MONELLI PARTICIPA EN LA RETIRADA DE LA CIMA UNDICI

Los llevaron al frente en camiones, a toda velocidad, y los conductores les contaron lo que sabían, que no era mucho, solo rumores sobre más repliegues. Desde el 15 de mayo se está librando una ofensiva austrohúngara en las montañas en torno a la meseta de Asiago; el enemigo ha celebrado grandes triunfos, al menos comparados con las infructuosas cornadas que ha estado proporcionando el ejército italiano en el Isonzo. Si no consiguen detenerlos alcanzarán la tierra baja, y en ese caso podrían seguir avanzando y llegar a la costa, a Venecia. De aquí a Vicenza solo hay unos treinta kilómetros. El batallón de cazadores de montaña al que pertenece Paolo Monelli se halla desde hace unos días en una montaña de la meseta de Asiago. De vez en cuando les han disparado con artillería. ¿Qué está ocurriendo? ¿Y por qué?

Monelli y los demás no reciben noticias. Aun así intentan comprender lo que está sucediendo, descifrar los signos, y los que ven son cualquier cosa menos alentadores. Su artillería se ha debilitado por momentos. Ayer noche desaparecieron las últimas piezas de su sector; era una batería con cañones de montaña ligeros. Aún peor resulta el hecho de que el fragor de la batalla, los fogonazos y los relámpagos de las explosiones se han ido desplazando poco a poco, primero aproximándose a ellos, después *pasándoles de largo*. Una de las compañías del batallón ya ha sido reclamada abajo en el valle. Esta mañana se despiertan en la cumbre completamente solos. Alguien dice que la Cima Dodici ha caído. ¿La Cima Dodici? Todos vuelven la cabeza. Pero si esa montaña está *detrás* de ellos. «Estamos atrapados como en una ratonera.»

Les llega la orden: tienen que quedarse aquí hasta que anochezca. Ellos son la retaguardia que mediante su resistencia proporcionará a los demás la oportunidad de escapar. «¿Qué nos ocurrirá a nosotros? ¿Y qué le ocurrirá a Italia?» Con sus propios ojos ven los batallones austrohúngaros descender en cascada por la montaña contigua. Lo único que pueden hacer es mirar, desvalidos, ya que sus adversarios se hallan fuera del alcance de sus fusiles, y los cazadores de montaña carecen de armas pesadas. Curiosamente les dejan en paz; es como si todos, hasta el enemigo, se hubieran olvidado ya de ellos. Se levanta el día, y a Monelli y su grupo no les queda más remedio que aguardar, incomunicados, aislados, «y el tormento de la espera es más amargo debido a que nos ha invadido una sensación de catástrofe».

A la hora del almuerzo Monelli escala hasta la cueva en la que se aloja el Estado Mayor. En la entrada se cruza con el jefe del batallón, un comandante cuyos ojos están enrojecidos por la falta de sueño. Este se mesa la barba; está borracho. «Ven aquí —le dice a Monelli, dándole vino—. ¿Te has confesado? Para esta noche estaremos rodeados.» El comandante ha recibido órdenes de resistir. «Y resistiremos, después nos cogerán prisioneros. Y cargaremos con la culpa y el escarnio».

El vino funciona. (El comandante lo llama «un amigo que no te defrauda».) Ligeramente embriagado, Monelli empieza a ver la situación con menos pesimismo. Dentro de unas horas anochecerá, tal vez tengan tiempo de escapar. Y si el enemigo ataca antes, la compañía hará cuanto

esté en su mano para ganar un poco de tiempo. «Y entonces la división tal vez alcance a poner sus papeles a buen recaudo.»

Ocurre el milagro. Nadie les ataca.

Cuando la noche se hace más densa empiezan a descender en pequeños grupos por la ladera, hasta el bosque.

Cae una lluvia fría. No lejos de allí una aldea está en llamas y su candente resplandor deforma el contorno de árboles y peñascos. Cruzan el río media hora antes de que sea volado el puente. En la otra orilla hacen un breve alto, beben agua (los tazones de metal tintinean al chocar con los cantos de la corriente), comen panecillos tostados. Antes de proseguir hasta la siguiente cresta aprovechan para enterrar al último caído del día, de nombre Giovanni Panato. Durante la escalada ha recibido fragmentos de metralla de una granada disparada fortuitamente. Eso pasa a menudo: causas fortuitas, efectos fortuitos. Panato ha soltado un grito al ser herido pero se ha empeñado en seguir adelante, y al cabo de un rato se desplomó, muerto.

Al recoger sus cosas (los tazones de metal tintinean al meterlos de nuevo en las mochilas) llegan las preguntas de los soldados. ¿Por qué retroceden? ¿Por qué no se quedan y luchan? Monelli tiene dificultades en hallar una respuesta.

Pero ¿qué saben ellos, qué se yo de lo que sucede? Nada. Peleamos, marchamos, hacemos un alto, meros números entre la masa que avanza en tropel, que hace maniobras por este frente montañoso envuelto en los hielos de los enormes Alpes Dolomitas. Y en el corazón un sordo resentimiento, una dolorosa sensación de no saber, de no ver.

Simultáneamente, en algún lejano castillo con mullidas alfombras en el suelo, están los que Monelli denomina «misteriosos dioses que tejen los hilos de nuestro destino». Es decir, «un oficial que redacta, un oficinista que copia, un edecán que sale de la habitación, un coronel que maldice».

La guerra es esto. No es el riesgo a morir, ni los fuegos artificiales de la granada roja que te ciega al caer silbando (*Quando si leva che intorno si mira / tuto smarrito della grande angoscia*),<sup>147</sup> sino el presentimiento de ser una marioneta en manos de un titiritero desconocido, y hay veces en que ese presentimiento te hiela el corazón como si la muerte misma tirase de los hilos.

Estar atrapado en la trinchera hasta que llega la orden de relevo, tan repentina como una andanada o una ventisca, atado al omnipresente peligro, a un destino marcado por el número de tu pelotón o el nombre de tu trinchera, sin poder quitarte la camisa cuando quieres, sin poder escribir a tu casa cuando quieres, viendo cómo leyes sobre las que no tienes ninguna influencia rigen hasta las más modestas de tus necesidades vitales: eso es la guerra.<sup>148</sup>

Continúan caminando a oscuras, cuesta arriba otra vez. Cada paso se vuelve pesado en la mezcla de lodo y nieve. Ve otra aldea en llamas. Por detrás le llega el ruido de fuego de fusilería y explosiones. Es la retaguardia, o mejor dicho, la retaguardia de la retaguardia, que está siendo atacada; es el pobre de Pèrigine y sus hombres.

La marcha se va haciendo más pesada, más vacilante y hueca, las pisadas cada vez más sordas y mecánicas. Al cabo de un rato ya no tienen fuerzas ni de quejarse. Monelli y los demás llevan ya varias noches sin dormir bien, y el cansancio les tortura, les aturde, tiene un efecto casi narcótico. Sumergidos en el sordo dolor llamado agotamiento, el mundo a su alrededor se les escapa poco a

poco, pierde sentido; ya no les importan las explosiones ni las casas ardiendo, apenas consideran el hecho de que les persiguen y de que pueden ser atacados en cualquier momento. Tampoco hacer un alto ayuda mucho, porque al despertar del breve y abrupto sueño (en el suelo, sobre la nieve) todavía te sientes más aturdido; el cansancio es, si cabe, aún más plomizo y desesperado.

Pasan la noche caminando por el bosque, hasta llegar a un amanecer pálido y frío. Para cuando alcanzan las propias líneas el sol ya despunta. Dos centinelas intentan detenerles, exigiendo una contraseña. Los extenuados soldados se despachan a gusto con los centinelas cubriéndolos de improperios mientras pasan de largo. Más adelante se cruzan con gente de otras compañías, otros batallones: se forma un revoltijo de soldados, carros y mulas inquietas, «el estridente repicar de las herraduras de los cascos contra la piedra». Cae una lluvia rala.

Y por fin el descanso. Por fin. Por fin. Monelli entra a gatas en una tienda pequeña. Se duerme apretando fuertemente los puños. En sueños prosigue la marcha, y es una marcha que nunca acaba.

El mismo día René Arnaud y su batallón continúan esperando en la aldea de Belval-en-Argonne. Oyen perfectamente el fragor de los cañones de Verdún. El nerviosismo es grande, porque suponen que pronto los enviarán a la gran batalla. Encontrarse en primera línea cuando el frente está tranquilo no deja de ser peligroso, aunque el coste en vidas humanas raras veces sea elevado (a veces tiene lugar alguna incursión, pero son más bien los británicos los que se dedican a esas cosas). En cambio, un destino en el frente en conexión con alguna gran ofensiva es harina de otro costal. Ahí sí se producen bajas, gran número de bajas:

*Íbamos pateando de un lado para otro, intercambiando rumores y discutiendo. Todavía recuerdo al médico del batallón, Truchet, de pie, medio inclinado, con las piernas abiertas y una expresión de desasosiego y preocupación, mientras con su mano izquierda se iba rascando la barba negra, más nerviosamente que nunca: «¡Esto es una vergüenza! ¡Habría que poner fin a esta matanza! Dejan que miles de hombres mueran masacrados solo para defender un montón de viejas y obsoletas fortalezas. ¡Es atroz! Ah, menudos generales tenemos».*



*Martes, 30 de mayo de 1916*

## RENÉ ARNAUD ALCANZA LA PRIMERA LÍNEA EN LA CRESTA 321 A LAS AFUERAS DE VERDÚN

«En tiempos de guerra la peor de las torturas mentales se da cuando tus pensamientos se desbocan y anticipan aquello que aún no has realizado o vivido», explica René Arnaud,

cuando le das rienda suelta a tu fantasía permitiendo que sopesen los peligros que se avecinan y los multiplique por cien. Es bien sabido que el miedo producido por la idea de un peligro tensa mucho más los nervios que la vivencia del peligro en sí, al igual que es más embriagador sentir deseo que satisfacerlo.

La gran batalla se ha estado librando prácticamente sin tregua desde finales de febrero, momento en que el ejército alemán inició su concienzudo ataque. Arnaud y sus hombres sabían, sin duda, que tarde o temprano les tocaría a ellos,<sup>149</sup> que también ellos tendrían que enfilear *la Voie Sacrée*, la vía sacra, nombre que se le da a la única carretera utilizable para avituallar esta sección del frente y en la que los camiones transitan a un ritmo medio de uno cada catorce segundos. La denominación se debe a una ocurrencia de Maurice Barrés, uno de los más célebres hombres de la política nacionalista, el periodismo y la demagogia, y es una ocurrencia que ha arraigado. Tal vez porque el apodo parece «evocar la Vía Dolorosa, “la vía del dolor”, y equipara a los soldados de Verdún y sus padecimientos y sacrificios con el recorrido de Cristo hasta su crucifixión en el Gólgota».<sup>150</sup>

También lo sentían así los que recibían órdenes de marchar hacia Verdún: lo hacían como en una procesión de penitentes. Arnaud ha oído hablar de las estadísticas. Un oficial recién llegado de Verdún se lo dijo sin ambages: «Es muy simple. Os relevarán cuando dos tercios de vuestros hombres estén fuera de combate. Es la cuota habitual».

Arnaud y el resto del batallón han pasado el día dentro de la ciudadela de Verdún, un inmenso engendro del siglo XVII compuesto de cuartos para el Estado Mayor, almacenes, corredores infinitos, casamatas subterráneas y dormitorios de tropa a prueba de bombas. Por todas partes se aspira el cálido olor a col, a pan mohoso y a desinfectante, a sudor y vino agrio. A través de las estrechas aspilleras de los muros de un metro de grosor se filtra el sonido de lejanas explosiones de granadas, como un gruñido que nunca cesa. Los alemanes disponen aquí de tres veces más piezas de artillería por metro de frente que en la gran brecha que lograron abrir en Gorlice; y, realmente, se nota.

El calor es asfixiante. Arnaud ha estado tumbado en su jergón de paja sopesando esos cálculos. Dos tercios. ¿Cuáles de sus hombres no volverán? ¿Cuántos de los quince oficiales del batallón conseguirán llegar al final de la semana sin que les maten o les hieran? Según las estadísticas, unos tres o cuatro. ¿Será él uno de ellos?

Por la tarde reciben sus órdenes:

*Esta noche el 6.º Batallón relevará al batallón del 301.º Regimiento emplazado en la cresta 321. El batallón abandonará la ciudadela a las 19.15 horas para encontrarse a las 21.00 horas en el punto de intersección de la carretera de Bras con el barranco de Pied du Gravier. El trecho que separará cada grupo será de 50 metros.*

Arnaud habla con sus hombres, quienes se dedican a meter en su bagaje latas de conserva, panecillos tostados, herramientas y municiones. Hay mucho nerviosismo en el aire. Él intenta calmarles, no soltando un discurso patriótico —sabe que eso nunca funciona en situaciones así—, sino ateniéndose al aspecto práctico: «Siempre hemos sido una compañía con suerte. Volveremos de Verdún».

Al caer la noche los grupos salen desfilando uno tras otro de las lóbregas y protegidas entrañas de la ciudadela, atravesando las ruinas silenciosas y desiertas de la población. De vez en cuando aterriza una granada pesada en las inmediaciones de la catedral. La larga cadena de hombres con su pesada carga cruza el río mediante un pontón. Los maderos reverberan bajo sus pies. Arnaud contempla el agua oscura y piensa: «Me pregunto cuántos de nosotros volveremos a pasar por este pontón».

En un alto un hombre «de rostro flácido e hinchado y mirada ladina» se aproxima a Arnaud y le muestra suplicante unos papeles. El hombre se propone lo que a todas luces es la última intentona de eludir el frente, afirma que es sastre y que nunca antes ha estado en primera línea puesto que padece una hernia. Los papeles lo certifican. Arnaud, amargado ya porque uno de los oficiales de carrera del batallón, en vísperas de su intervención en Verdún, de repente ha sido trasladado al mando de la impedimenta, lo despacha con malas maneras.

Sin embargo Arnaud, al verle marchar alicaído, cabizbajo y con los papeles aún en la mano, no puede evitar sentir lástima por ese hombre. Piensa que tal vez él hubiera intentado lo mismo de no ser por el distintivo que lleva cosido en la manga. Cuando al poco rato pasan ante un destacamento que está abandonando la línea de fuego, todos con la ropa embarrada y los ojos febriles, no puede evitar sentir envidia del joven teniente que está al mando: «¡Cómo me gustaría estar en su lugar!».

Empiezan a trepar por las altas y escarpadas pendientes del barranco que conduce al campo de batalla.

El fragor de la artillería aumenta de volumen, cada uno de los ruidos se funde con el resto. A su derecha el cielo está al rojo vivo. Por ahí caen las granadas sobre Fort Douaumont, conquistado por los alemanes el cuarto día de la batalla y ahora el punto central de los combates; en realidad es más que eso: un hito, un imán, una leyenda (para ambos bandos), un símbolo que, al modo habitual de los símbolos, se ha cargado de un significado que va mucho más allá de lo estratégico y militar: es una obsesión creada por propagandistas alemanes y franceses en feroz competencia, un rasero por el que se mide el éxito en unos tiempos en que la naturaleza del éxito se ha vuelto cada vez más abstracta, y los reveses demasiado concretos. Desde el inicio de los combates a finales de febrero, en el campo de batalla han aterrizado alrededor de 20 millones de granadas.

La oscuridad se vuelve más densa, y ellos continúan adentrándose en la noche, siguiendo un camino desierto. De súbito un relámpago encima de ellos, seguido de un estampido breve y estridente. Todos se agachan, por instinto. La primera granada enemiga. De vez en cuando hacen una pausa. Les

sorprende el pestilente hedor a carne podrida. Arnaud tiene miedo y su impaciencia crece por momentos. Al final encuentran a sus guías:

*Nos pusimos en marcha a paso ligero, atravesando un barranco, subiendo por unas escarpadas pendientes, doblamos por la derecha, giramos por la izquierda. Las granadas estallaban a ambos lados. Saltamos a una trinchera de comunicación, volvimos a trepar fuera de ella, saltamos de nuevo y volvimos a salir trepando una vez más. Yo iba a la zaga del último grupo y marchaba como un sonámbulo.*

Justo frente a una loma bombardeada por la artillería alemana hacen un alto. Los guías han desaparecido en la oscuridad. Arnaud se siente muy presionado. No tiene la más remota idea de dónde están, al tiempo que sabe que tienen que llegar a sus puestos antes de que salga el sol. Si para entonces no se han puesto a salvo, los directores de tiro artillero y los servidores de las ametralladoras del enemigo los descubrirán, y entonces estarán perdidos. Así que se pone al frente de la compañía, tras lo cual enseguida prosigue la marcha: descienden por una pequeña hondonada acribillada por las explosiones y llena de cráteres, pasando una cresta sobre la que caen de forma regular granadas de 15 cm que desgarran el aire con cuádruples ráfagas, hasta llegar a una trinchera de comunicación desierta. Arnaud se topa con dos oficiales que dormitan junto a una bujía encendida en un refugio improvisado. No tienen ni idea de dónde se encuentra la cresta 321.

Arnaud sigue adelante, prueba tomando por la derecha:

*Percibía ya los fríos ramalazos de aire que suelen anticipar el alba. Apreté el paso seguido de las oscilantes bayonetas y cantimploras. ¡Con tal de llegar antes de que clareara! A lo lejos comenzaban a distinguirse los contornos de la loma contra el cielo todavía negro. El bombardeo se intensificó, como siempre sucedía poco antes de la aurora. «¡Deprisa! ¡Deprisa!»*

Ahí, por fin, un refugio, unas siluetas negras. La cresta 321.<sup>151</sup> Arnaud localiza al jefe del batallón. Luego le otorgan un guía que les acompaña el último trecho y enfilan una pendiente que se les antoja infinita. Una vez en lo alto de la meseta les llueven encima montones de granadas, pero aun así siguen adelante, hasta que encuentran a un capitán, el jefe de la compañía que han venido a relevar. En la grisácea luz del alba la ceremonia de entrega no podría ser más simple. El capitán señala dónde están los alemanes, por dónde discurren las propias trincheras y remata con un escueto: «Esta es la trinchera frontal. Buenas noches».

Lo que en los mapas está indicado como una trinchera en la realidad no resulta ser más que una zanja de apenas un metro de profundidad. Sus hombres se tumban ahí y no tardan en quedarse dormidos, apoyados los unos en los otros. El mismo Arnaud está extenuado, tanto por el esfuerzo físico como por la enorme tensión. Se derrumba con la cabeza entre las rodillas. «Estaba en el campo de batalla de Verdún al tiempo que apenas era consciente de este hecho.»

*Miércoles, 31 de mayo de 1916*

## WILLY COPPENS RESUME LOS ACCIDENTES DE ESA PRIMAVERA EN ÉTAMPES

Se ha establecido un procedimiento especial para cuando ocurre un accidente mortal. Inmediatamente se cancelan todos los vuelos, los aeroplanos ruedan al interior de sus hangares y los alumnos se reúnen para velar los aplanados restos mortales, «deprimente tarea». El entierro tiene lugar al día siguiente, con presencia no solo de los aspirantes a piloto, sino también de la burguesía de la ciudad y de escolares de todos los cursos, que desfilan en procesión ante la tumba. (Los perocidos siempre reciben sepultura en el pequeño cementerio de Étampes.) A continuación se vuelven a abrir las puertas de los hangares y las lecciones de vuelo se reanudan.

Esta primavera el procedimiento se ha repetido varias veces, pues los accidentes se dan con frecuencia.<sup>152</sup> Son sobre todo sonidos lo que Willy Coppens retiene en su memoria. Primero los gritos de los espectadores. Después «ese terrible ruido de madera que se resquebraja». Finalmente el silencio, ese indescriptible silencio, cuando el motor se ha parado y los restos del aeroplano encuentran la posición de reposo y el cuerpo aterriza (con un crujido extraño, sordo); ese silencio hueco que dura algunos segundos y una eternidad.

El primer siniestro que Coppens vio con sus propios ojos tuvo lugar el 1 de febrero. Él y algunos más, abrigados con sus chaquetas de aviador forradas de piel, habían estado calentándose al débil sol invernal mientras esperaban su turno. En el aire se elevaban y descendían los zumbidos de los aviones que sobrevolaban en círculos el aeródromo. De repente oyeron como uno de los motores que revolucionaba plácidamente se aceleraba y alguien gritó: «Dios mío, se va a matar».

En el mismo momento en que alcé la vista vi un Farman bajando a tumba abierta, casi verticalmente y a una velocidad inexplicable y excesiva, por lo que se partió en el aire. El fuselaje estalló literalmente en pedazos, y la estructura alar, los estays y otras partes se esparcieron por los cuatro puntos cardinales. Pude distinguir la cola, el motor y el piloto; todo cayó en picado estrellándose en un campo delante de nosotros, a unos 400 metros de distancia.

Algunos de los espectadores corrieron hasta allí. Coppens no se contaba entre ellos. Prefería no verlo. Desde entonces los siniestros no habían dejado de producirse:

*El 8 de febrero enterramos al piloto francés Chalhoup.*

*El 6 de marzo Le Boulanger realizó un viraje demasiado corto, perdió velocidad y cayó en barrena contra el suelo. Estaba gravemente herido cuando lo sacamos de entre los restos.*

*El 14 de marzo enterramos a Clement, un piloto francés.*

*El 26 de abril Piret hizo un viraje en un Blériot, perdió velocidad y se precipitó de lado contra el suelo desde una altura de 90 metros. Una vez más se salvó con solo*

*heridas leves.*

*El 27 de abril Biéran de Catillon viró con un Henri Farman<sup>153</sup> de un modo que asustaba; a pesar de su caída logró salvarse sin heridas graves.*

*El 16 de mayo François Vergult estrelló un Maurice Farman sin que él sufriera daños.*

*El 17 de mayo Adrien Richard estrelló durante un aterrizaje otro Maurice Farman, y con los restos de los dos aviones nos construyeron un aeroplano nuevo.*

*El 20 de mayo De Meulemeester, un excelente piloto, entró en barrena tras realizar una maniobra bastante audaz. Aunque cayó desde una altura superior a la de Le Boulanger sus heridas no resultaron tan graves como las de este; sino que a los dos días ya se levantaba.*

*El 27 de mayo Evrard<sup>154</sup> se salió del lugar de aterrizaje con un B.E. 2:a*

*Hoy, el 31 de mayo, se produce un nuevo siniestro. Esta vez se trata de un piloto de nombre Kreyn; realiza un aterrizaje en un Maurice Farman con tan poca habilidad que la maniobra acaba en una chirriante caída. Sin embargo, se salva gracias a un objeto de reciente introducción: el casco de aviador. No son todos, ni mucho menos, los que lo llevan.<sup>155</sup> Algunos opinan que es demasiado feo y lo comparan con las gorras protectoras de fieltro con las que las madres de Flandes más temerosas suelen ponerles a sus hijos cuando les enseñan a andar.*

*Coppens tiene ganas de diplomarse. Entonces obtendrá un distintivo de alas doradas para la bocamanga de su uniforme, el grado de sargento y cinco louisdores más de sueldo al mes.*

El mismo día Richard Stumpf escribe en su diario:

*Por fin, por fin. Finalmente ha sucedido el colosal acontecimiento que durante 22 meses ha sido objeto de nuestros anhelos, nuestras emociones y nuestros pensamientos. Para esto fue que durante años albergamos esperanzas, trabajamos y nos ejercitamos con tanto fervor.*

*Se está refiriendo a la gran batalla naval de Skagerak, en la que 274 buques de guerra alemanes y británicos se enfrentaron durante toda la tarde y hasta el anochecer frente a la costa danesa. Al caer la noche, 14 buques de la Armada británica y 11 de la Flota alemana yacen en el fondo del mar; y más de 8.000 marineros han perdido la vida. Durante la batalla el buque de Stumpf, el SMS Helgoland, dispara 63 granadas. Por su parte, este recibe el impacto de solo una. La tripulación sale ilesa. Otra entrada en su diario con fecha de este día:*

*Estoy convencido de que resulta imposible describir los pensamientos y las emociones que cruzan la mente de una persona durante su bautismo de fuego. Si dijera que tuve miedo mentiría. No, era una indescriptible mezcla de gozo, terror, curiosidad, apatía y...*

*ganas de luchar.*

*La caótica confrontación no tarda en denominarse, y con razón, una victoria menor de Alemania. Pero sobre el conjunto de la guerra no tiene el menor efecto.*

*Jueves, 8 de junio de 1916*

### ANGUS BUCHANAN VA A LA CAZA DE COMIDA JUNTO AL RÍO PANGANI

En realidad preferiría dejarlo. En realidad le gustaría quedarse donde está, envuelto en el calor de las mantas. Encima, Angus Buchanan ve los puntos de luz de las estrellas, como lejanas cabezas de alfiler, pero el amanecer ya se intuye. «Solo cinco minutos más.»

«¡Va, venga!» Una llamada a media voz lo despierta, y él se incorpora. Ahora hay luz diurna. Junto a él, bajo un arbusto, está sentado el otro teniente, Gilham, anudándose las botas. Los dos hombres se sonríen con sorna, con secreta complicidad. Pese a que tienen prohibido cazar y no deberían siquiera salir del campamento, eso es precisamente lo que tienen intención de hacer. Están hartos del eterno guisado, preparado con esa asquerosa carne enlatada; además, los suministros han empezado a fallar y les han reducido las raciones. Ambos tienen hambre. ¿Cómo van a reponer fuerzas sin comida?

Muchos de los soldados se encuentran al límite de la desnutrición, y como consecuencia directa, con el calor la curva de las bajas por enfermedad sube, y es de lo más empinada. Los enfermos tienen que ser enviados a la retaguardia para recibir atención, lo cual absorbe gran parte de los pocos recursos logísticos de los que disponen. Además, como es natural, a los enfermos también hay que alimentarlos. Y los hombres que van rumbo a la retaguardia consumen gran parte de la comida que va en sentido contrario, hacia las unidades de combate, por lo que las raciones de los combatientes disminuyen todavía más. Es un círculo vicioso. Lo que una vez fueron regimientos se han reducido al tamaño de lo que más bien parecen compañías de 170 a 200 hombres.

En cambio, a las unidades alemanas que ellos persiguen por todo el monte bajo, la selva y los pantanos, los ríos, la sabana y las montañas, el clima y las enfermedades parecen no afectarles, cosa bastante natural considerando que la tropa se compone de negros que están acostumbrados a lo primero y son resistentes a lo segundo, y que además, a menudo saben dónde hallar cosas comestibles porque conocen el terreno y se mueven por él con una impresionante agilidad. Por si fuera poco, gracias a que reciben un buen trato y un buen sueldo también han desarrollado un alto grado de lealtad respecto a sus amos alemanes.

Los británicos han tenido que reconsiderar su antiguo rechazo a armar a los africanos y utilizarlos con fines bélicos. Y parte de la actual operación en la que están involucrados Buchanan y los demás, puesta en marcha al finalizar el periodo de las lluvias, consiste precisamente en impeler a los alemanes fuera de Tabora, la región en la que reclutan a sus mejores *askaris*. Por otro lado, Von Lettow-Vorbeck ha dado pruebas de ser un maestro de la improvisación. Si bien es cierto que ya no les llega avituallamiento procedente de Alemania, ha sabido organizar la fabricación propia de municiones, les ha enseñado a las tropas a confeccionarse sus propias botas y a conseguir artillería pesada remolcando las piezas del *Königsberg*, el acorazado que la flota británica ha perseguido hasta el delta del Rufugi.<sup>156</sup>

Buchanan y Gilham cogen sus fusiles militares y se escabullen del campamento, pasando de largo filas de hombres dormidos. Con ellos va también el sirviente africano de Buchanan, Hamisi. Primero



tienen que abrirse camino por el denso y seco monte bajo. Lo peor es la espinosa maleza, las matas y los árboles cubiertos de pinchos, y de entre todo lo espinoso se lleva la palma lo que los africanos llaman *mgunga*, cuyas púas son de una longitud inusitada e increíblemente afiladas y numerosas. Evitan esos arbustos las pocas veces que les es posible. Buchanan dice: «En lo que me queda de vida irá conmigo el recuerdo de los *mgunga*». Les sangran las manos, los brazos y las piernas.

Al cabo de una hora el paisaje empieza a abrirse ligeramente, y para entonces están tan lejos del campamento dormido que el ruido de un disparo no puede desbaratar su empresa. Buchanan y Gilham cargan sus fusiles. Avanzan sigilosamente. Hamisi retrocede un trecho y luego les sigue a distancia.

Tras recorrer aproximadamente un kilómetro salta ante ellos un antílope kudú, pero antes de alcanzar a dispararle el grácil animal desaparece dando brincos entre los arbustos. Buchanan maldice. Después de tres kilómetros no han hecho otra cosa que ver huellas, de impala y de jabalí verrugoso, amén de asustar a alguna que otra bandada de pintadas. Es hora de volver. El sol ha iniciado su singladura por un cielo pálido, y en el transcurso de una hora el calor será insoportable. Esta mañana la caza de los dos hombres en pos de una fauna veloz y esquivada ha sido tan infructuosa como lo es la caza en pos de las veloces y esquivas compañías de *Schutztruppen* (nombre con que se conoce al ejército colonial alemán) a la que se dedica su división.

*Para volver Buchanan, Gilham y Hamisi toman otro camino. Resultará venturoso. Primero tropiezan con una gacela jirafa o gerenuk, como se la conoce en suajili, contra la que los dos blancos disparan sin que ninguno de los tiros sea certero. Al cabo de un nuevo trecho la sabana se espesa de nuevo. Buchanan ha perdido de vista a Gilham, pero de repente oye un disparo, seguido de un grito triunfal. Su compañero ha abatido otro gerenuk. Ambos hombres gritan de alegría. ¡Carne! ¡Y carne de venado, además! Buchanan observa enternecido al animal que agoniza a sus pies. Pertenece a una especie que nunca antes ha visto:*

*De extremidades finas, con una preciosa constitución, el pelo áspero, espeso y brillante, de un color como de chocolate en el lomo hasta abajo en el vientre, donde una línea horizontal claramente marcada separaba la piel más oscura de arriba de la panza más clara.*

*Entre los tres descuartizan el cuerpo. Hamisi carga con la mayor parte de los sangrantes trozos, Buchanan y Gilham lo que él no puede llevar. Temerosos de ser descubiertos vuelven sigilosamente y con la mayor cautela al campamento.*

Este día comerán hasta saciarse.

El mismo día René Arnaud y sus hombres en la cresta 321 del frente de Verdún son objeto de un ataque de la infantería alemana. El fuego artillero aligera. Surgen figuras uniformadas de gris en el paisaje lunar que tienen delante:

*El restallar de los disparos y el olor a ajo del humo de la pólvora enseguida me*



*provocaron una especie de embriaguez: «¡Disparad a esos cerdos! ¡Disparad!». De repente vislumbré a un tipo con un gran corpachón que se movía ante mí, hacia la derecha; apunté, me sobrevino la intuitiva sensación del tirador que sigue a su objetivo, apreté el gatillo y mientras la culata me golpeaba el hombro el corpachón se perdió de vista. Más tarde estuve considerando si la bala certera fue la mía o la de otro cualquiera, o si sencillamente el hombre se tiró al suelo debido a la intensidad del fuego cruzado. Sea como fuere, es el único alemán en tres años y medio de guerra que creo haber «abatido».*<sup>157</sup>

*Al final, rechazan el asalto con la ayuda de granadas de mano.*

*Sábado, 10 de junio de 1916*

## RENÉ ARNAUD ABANDONA LA CRESTA 321 DE LA PRIMERA LÍNEA DEL FRENTE DE VERDÚN

Cuando le llega la noticia Arnaud ha perdido la noción de los días de la semana. No sabe cuánto tiempo llevan en lo alto de la amplia loma. (Más tarde calculará que se trató de diez jornadas completas.) Ha pasado tanto tiempo y han sucedido tantas cosas que Arnaud ha perdido la esperanza de un relevo; mejor dicho, ha perdido la esperanza en general. Está como aturdido por todos los días y noches bajo el fuego y tras haber rechazado dos ataques. Apenas se inmota ante el peligro, tampoco ante la visión de un caído más:

*Tal vez esta indiferencia sea el mejor estado en que pueda sentirse una persona que se halla en combate: actuar por hábito y por instinto, sin esperanzas y sin miedo. El prolongado periodo de sentimientos exacerbados acabó aniquilando la capacidad de sentir.*

Durante un instante no comprende por qué los hombres que ha enviado en busca de sus raciones de comida vuelven a la media luz del crepúsculo con las manos vacías. Pero ellos se apresuran a explicar: «Esta noche nos vamos». Todos empiezan a brincar de alegría. «¡Esta noche nos vamos!»

Una cosa queda por hacer, sin embargo. El capitán, que ha pasado la mayor parte de los diez días cogiendo borracheras de coñac, aparece diciendo que antes de que dejen la posición tienen que recoger a todos los caídos y reunirlos en una trinchera a medio cavar que tienen ahí detrás. Ahora que está a punto de llegar la compañía de reemplazo no pueden dejar a sus muertos tirados. La tropa rezonga, pero Arnaud les convence de que hay que hacerlo.

El desagradable trabajo se ejecuta a la luz de los cohetes de señalización y de las explosiones de las granadas. Levantan un cuerpo tras otro y los depositan sobre un pedazo de lona que hace las funciones de camilla provisional, y los acarrean hasta la improvisada tumba. Pese a que los muertos están «lejos y muy descompuestos» reconocen a todos y cada uno de ellos: Bérard (como tantos otros muertos por el fuego de esa ametralladora alemana situada en Le Ravin des Dames que barre su posición longitudinalmente), Bonheure (el enlace a quien le chiflaba el vino), Mafieu (el cocinero degradado a soldado de a pie como castigo por haber bebido estando de servicio), el sargento Vidal (con su barba negra y sus ojos tristes, abatido por una bala en medio de la frente mientras rechazaban el ataque alemán de anteayer), Mallard (ese que era de Vendée y tenía el pelo negro y los ojos azules, que por error se voló un pie con su propia granada de mano y después murió desangrado), Jaud (el viejo cabo de Arnaud, de cabello oscuro y tez bronceada, con sus dulces ojos de niño y una barba espantosa), Ollivier (el pequeño Ollivier, tan valiente y cumplidor, con su pelo liso y rubio), el sargento Cartelier (alto, delgado y reconocible siempre por las botas singularmente bajas que

llevaba, contraviniendo el reglamento) etcétera, etcétera, etcétera.<sup>158</sup>

Han sido días calurosos. El tufo a podredumbre se intensifica a medida que levantan los cuerpos y los transportan. De vez en cuando tienen que hacer una pausa y respirar aire fresco antes de proseguir con su tarea.

Terminan hacia las dos de la noche. Arnaud siente «una amarga satisfacción por haber hecho lo que debía hacerse». Ve pasar el relevo: hombres con un bagaje pesado que dejan tras de sí un rastro de sudor en el aire. El teniente que va a tomar el mando de la posición gruñe. De las barreras de alambre espinoso solo quedan espirales enredadas y retorcidas, el lugar de mando es un simple hoyo entre dos montones de sacos de arena. De entrada Arnaud se enfurece por las quejas: «¿Hemos padecido tanto para que venga un imbécil a pretender que no hemos cumplido con nuestro deber?». Pero luego se tranquiliza, se dice que el malhumorado teniente pronto sabrá lo que significa mantener la cresta 321 durante diez días y diez noches.

La marcha para salir de la primera línea se desarrolla con notable rapidez. El cansancio ha desaparecido como por ensalmo. Nadie quiere hacer un alto para descansar, sino salir de la línea de fuego antes del amanecer. El camino de vuelta pasa por el fuerte de Froidterre. Ahí se detienen a cubierto, justo a tiempo de cruzarse con un grupo que viene en sentido opuesto, rumbo a la batalla, el reflejo invertido de ellos mismos hace diez días: «Sus guerreras eran de un luminoso azul, sus pertrechos de cuero curtido todavía ocre, sus platos de campaña refulgían aún como la plata». Por su parte, Arnaud lleva una guerrera manchada de tierra, unos prismáticos colgando del cuello, las vendas de las polainas caídas alrededor de las pantorrillas, una barba de diez días y un casco roto; le volaron la cresta en un combate cuerpo a cuerpo el 8 de junio. La mayor parte de sus soldados no tiene mochila ni cinturón siquiera. A alguno no le queda ni el fusil.

Mientras Arnaud y sus hombres contemplan a los soldados de impecables uniformes una granada viene a caer en medio de los recién llegados. Ninguno de los hombres de Arnaud se inmuta, y enseguida reanudan la marcha. Enfilan una carretera lodosa. En la cuneta se ven personas y caballos muertos y hasta una de las ambulancias pintadas de gris abandonada. Los hombres caminan a marchas forzadas, con los ojos febriles y las caras sucias, con aspecto «atemorizado, en desorden, como si hubiesen huido de la batalla». No miran atrás, a excepción de cuando alguien ocasionalmente echa una mirada inquieta por encima del hombro para controlar el globo de observación suspendido en la luz del alba sobre las líneas alemanas que en cualquier momento podría barrerles con unas cuantas ráfagas. Esos cálculos de los que oyó hablar Arnaud cuando iba de camino a Verdún han resultado ser correctos, casi exactos: de los alrededor de cien hombres de la compañía quedan ahora 30.

Pasan por la misma encrucijada que hace diez días. Arnaud ve los resplandores rojos, blancos y silenciosos de Verdún bajo el sol de la mañana y piensa: «La guerra es bella, en las pupilas de generales, periodistas y eruditos».

Cruzan el río. Poco a poco van dejando los peligros del campo de batalla a sus espaldas. En un descanso junto a la linde de un bosque Arnaud ve a un sargento de la reserva leyendo un noticiero. Arnaud pregunta lo que ha pasado. El sargento refunfuña: «La misma vieja historia de siempre». Le entrega a Arnaud su periódico. Arnaud lee, exclama: «¡Somos nosotros, somos nosotros!». Sus hombres se colocan a su alrededor, y él lee en voz alta los fragmentos de los comunicados impresos:

*8 de junio, 23.00 horas... En la orilla derecha el enemigo realizó, tras un violento bombardeo, varios ataques contra nuestras posiciones al este y al oeste de la granja Thiaumont. Todos los ataques fueron rechazados por nuestras barreras de fuego y nuestras ametralladoras.*

*9 de junio, 15.00 horas... En la orilla derecha los alemanes continuaron lanzando violentos ataques a lo largo de un frente de casi dos kilómetros al este y el oeste de la granja Thiaumont. Todos los ataques occidentales fracasaron, y el enemigo sufrió cuantiosas bajas... [159](#)*

Uno objeta que los comunicados eluden a conciencia mencionar las propias bajas, pero los demás se muestran curiosamente conformes repitiéndose sin cesar —como un mantra de consuelo— la frase: «Esto habla de nosotros». Y quizás «esto», las breves notas sobre sus combates, sea una de las causas de peso que los han originado. Tal vez incluso sus acciones estuvieran destinadas desde un primer momento a convertirse en texto. Tal vez hayan padecido su martirio de diez días para que alguien pudiera decir de la cresta 321 (aunque militarmente no sea demasiado importante) que han conseguido mantenerla.

Del mismo modo, para los franceses la defensa de Verdún es más bien una cuestión simbólica, cuestión de que generales, políticos, periodistas y la ciudadanía puedan decirse mutuamente: «Pues claro, han mantenido la ciudad, la mantienen y la mantendrán». Sin embargo, no hay nadie que dedique verdaderos esfuerzos en sopesar lo que ese verbo transitivo francés, *tenir* (mantener), representa en realidad, pues significa una cosa para los más altos generales, otra para los megáfonos de la prensa nacionalista de París, una tercera para los mandos que hay en la posición y una cuarta para los soldados de a pie como Arnaud y sus treinta hombres. Los aspectos trágicos y crueles de la batalla no son, por tanto, únicamente la suma de toda la potencia destructiva de los contendientes. También es la suma de la confusión retórica y semántica de aquellos por quienes se libra.

Lo cierto es que se ha superado ya uno de los puntos más terribles y álgidos de la batalla. Durante la semana y pico que ha pasado los alemanes han realizado uno de sus ataques más contundentes desde febrero. Además, han tenido significantes éxitos. Entre otras cosas, ha caído un nuevo punto neurálgico francés, Fort de Vaux, tras combates extraordinariamente duros. (Poco después de que el batallón de Arnaud se retirara diezmado de los combates se reanudan los asaltos alemanes. La cresta 321, finalmente, cae.)

Más tarde Arnaud escucha el silbido proveniente de las estrechas vías de ferrocarril que serpentean entre Verdún y Bar-le-Duc. Cae en la cuenta de que, por extraño que parezca, se ha salvado:

*Pude bajar del cadalso del sufrimiento para regresar a un mundo de paz y vida. Creí que era la misma persona que había sido antes de pasar diez días cara a cara con la muerte. Me equivocaba. Había perdido mi juventud.*

Ese mismo día Florence Farmborough escribe en su diario:

*Era un día caluroso con bastante bochorno. Por la mañana Alexander Alexandrovich, uno de nuestros jefes de transporte, se ofreció a llevarnos a ver las trincheras que habían abandonado los austriacos. Con gran entusiasmo dijimos que sí. Una de ellas superaba a las demás en cuanto a lujo y comodidad. Imaginamos que debía de tratarse del búnker de un oficial de artillería. Contenía sillas y una mesa, y en las paredes armadas habían cuadros y libros, sí, hasta había un libro de gramática inglesa.*

*Domingo, 25 de junio de 1916*

## EDWARD MOUSLEY LE ROBA UN CASCO TROPICAL A UN HOMBRE MUERTO EN NUSAYBIN

La marcha continúa. Pronto habrán pasado dos meses desde que la guarnición británica acorralada en Kut al-Amara capitulara ante el ejército otomano y algo más de 13.000 hombres cayesen prisioneros.<sup>160</sup> Pese a las promesas otorgadas en sentido contrario, los prisioneros fueron víctimas de saqueos y los oficiales fueron separados de la tropa. Mientras que a los oficiales los metieron en embarcaciones fluviales para ser trasladados seguidamente a Bagdad, a los soldados rasos y a los suboficiales les obligaron a marchar todo el trayecto, pese a que muchos ya estaban en muy mal estado y pese a que acababan de entrar en la época más calurosa del año, con temperaturas de 50 grados a la sombra.<sup>161</sup>

Mousley yacía enfermo cuando tuvo lugar la capitulación, motivo por el cual tuvo que esperar un transporte fluvial especial hasta Bagdad. Irónicamente, la embarcación a bordo de la cual finalmente pudieron subir era el *Julnar*, el vapor utilizado en ese último y desesperado intento de socorro de finales de abril. Mientras lo subían a bordo, postrado en la camilla, tomó nota de que se veían orificios de bala por doquier. Durante la travesía, lenta e interminable, el barco se detuvo reiteradamente para descargar los cuerpos de los prisioneros fallecidos.

En Bagdad recuperó sus fuerzas justo a tiempo para la siguiente etapa. Debido a que tropas rusas se encontraban a menos de 200 kilómetros al norte de la ciudad, los dirigentes otomanos querían evacuar a toda costa de la zona a los prisioneros británicos para evitar su eventual liberación en caso de una ofensiva rusa. Primero los trasladaron por ferrocarril hasta Samarra. Desde allí tuvieron que marchar a pie bajo vigilancia, primero resiguiendo el Tigris hasta Mosul, después en línea recta hacia el oeste a través del desierto.

La columna de oficiales prisioneros que Mousley se ve obligado a seguir está en condiciones de cargar con su bagaje sirviéndose de asnos y camellos, y los más débiles pueden montar. Con todo, la marcha resulta desastrosa. Van dejando un rastro de enfermos y moribundos, de asnos reventados y equipamiento echado a perder. Y van viendo el rastro de los que les preceden, en forma de cadáveres, reseco por el sol abrasador. Árabes armados les han ido siguiendo, con ánimo de saquear y asesinar a los rezagados. Han sufrido el suplicio de las tormentas de arena, del calor, del hambre y sobre todo de la sed. Se han sustentado a base de higos, pan negro, té y especialmente pasas compradas a precios desorbitados en las poblaciones por las que han pasado. Al igual que los demás, Mousley ha perdido en gran medida la noción del tiempo. «Solo conocía dos estados — escribe él en su diario—: cuando marchábamos y cuando no lo hacíamos.» Tiene fiebre y está débil. Ha perdido unos 12 kilos de peso, sufre graves problemas de estómago y le duelen los ojos.<sup>162</sup>

Ahora acaban de llegar a la pequeña ciudad de Nusaybin, donde solo permanecerán una noche, máximo dos, puesto que deben continuar la marcha hasta Ras al-‘Ayn, donde al parecer les espera un convoy. Levantan el campamento a la sombra de un puente romano. La bóveda de un cielo abrasador,

sin nubes, se eleva sobre ellos y Mousley está más débil de lo habitual. Acaba de reponerse de una fuerte insolación, pues resulta que ayer perdió su *topee*, su casco tropical de corcho, en una tormenta de arena singularmente violenta, y la toalla que se ha anudado en la cabeza en su lugar no le ha sido de mucha ayuda.

Le acaban de informar de que, en algún lugar de la ciudad, donde se hallan concentrados los prisioneros enfermos, acaba de morir un teniente británico. Mousley decide ir ahí para intentar quedarse con el *topee* del fallecido; al hombre ya no le puede hacer ninguna falta. Pasa un largo rato buscando entre «callejuelas estrechas, barrios oscuros y patios traseros». Al final encuentra el sitio y cruza el pequeño portal, cubierto por una alfombra, que se abre en un muro y da paso a un patio abierto.

A lo largo de los muros interiores, bajo improvisados toldos contruidos con hierba y ramas cubiertas de follaje, yacen hileras de hombres escuálidos. La mayoría de las esqueléticas figuras están desnudas, a excepción de los paños de la entrepierna, y sus mejillas hundidas se ven recubiertas por una barba de siete días. Son soldados británicos de Kut al-Amara. No les han dado apenas nada para comer, solo unos pocos panecillos secos y negros. El agua se la han tenido que buscar ellos mismos, de una corriente situada a unos 200 metros. En el polvo y la arena están marcadas las huellas que han dejado los prisioneros al arrastrarse hasta ahí para beber.

Algunos están muertos, y los moribundos no son pocos.<sup>163</sup> Mousley ve a un hombre a quien en un principio cree fallecido acostado con la mandíbula caída y el rostro cubierto de insectos. Sin embargo, el hombre está vivo, y al moverse lo más mínimo de su boca abierta se levantan espesas nubes de moscas asustadas. No es la primera vez que ve las bocas de los moribundos vaciándose y llenándose de infinidad de moscas al son de los movimientos débiles de una persona; Mousley lo llama «el fenómeno de la colmena».

Localiza a ese teniente difunto. Halla el casco tropical, lo coge. A continuación da la alarma a los demás oficiales y juntos visitan al comandante de la ciudad para protestar. Después se llevan a todos los soldados que aún pueden moverse, y luego se organiza una colecta en beneficio de aquellos que están demasiado mal para resistir una marcha. Se obtienen sesenta libras que les son entregadas a esos infelices para que, al menos, puedan comprarse comida y cuidados.

Mousley regresa a su puente romano, donde escribe en su diario:

*Al atardecer, cuando se pone el despiadado sol, pateamos de arriba a abajo el reducido espacio que hay entre los puestos de vigilancia, fumamos el tabaco árabe que hayamos podido conseguir y lanzamos abundantes miradas de preocupación hacia el lado oeste del horizonte, porque allende esa línea, mucho más allá de ella, se encuentra Ras al-'Ayn, el punto terminal del ferrocarril. De aquí a allí nos separan muchas marchas a través de largas noches y días. ¿Seremos capaces de hacerlas?*



*Martes, 27 de junio de 1916*

## FLORENCE FARMBOROUGH ATIENDE A HERIDOS EN BOHACZ

Hoy la ofensiva Brusilov entra en su cuarta semana, y las buenas, sí, las sorprendentemente buenas noticias siguen llegando. Es precisamente el ejército al que pertenece ahora la unidad de Farmborough, el 9.º, el que ha conseguido los mayores éxitos: han empujado a sus adversarios austrohúngaros a la fuga en lo que tal vez sea una retirada dominada por el pánico o tal vez un pánico con aspecto de retirada.<sup>164</sup> Florence Farmborough y los demás están muy satisfechos. Sin duda, las grandes expectativas puestas en el nuevo año y en esa gran ofensiva de la que se hablaba tanto se han visto cumplidas. El tiempo es caluroso.

Florence ha visto ingentes cantidades de prisioneros (cosa que antes era excepcional);<sup>165</sup> se ha impresionado, muy a pesar suyo, con las bien construidas aunque acribilladas trincheras, y ha visto los aspectos menos ventilados del triunfo: fosas comunes llenas de cuerpos recientes (junto a los cuales están sentados los supervivientes, seleccionando de entre los montones de botas, cinturones y otros pertrechos pertenecientes a sus compañeros caídos) y vencedores que se tambalean por ahí (trompas a base de alcohol fruto del saqueo o de la conquista).

Ahora su unidad sanitaria se halla en Bohacz, una pequeña ciudad muy bonita que se extiende a horcajadas sobre el río Stripa. La población está hondamente marcada por la guerra y parcialmente desprovista de sus habitantes, pero la embellecen, no obstante, numerosas acacias en flor. Su unidad está ocupando una casa que anteriormente pertenecía al director austríaco de la escuela local, quien abandonó Bohacz junto a sus propias tropas. Cuando Farmborough y los demás entraron en el edificio ya lo habían saqueado. Por los suelos yacían esparcidos libros, cuadros, muestras geológicas y flores secas. A los austríacos que todavía permanecen en la ciudad se les ha ordenado que abandonen sus hogares para ser deportados hacia el este. Farmborough ha visto repetirse las escenas del verano pasado, con la única diferencia de que ahora son fundamentalmente gente de habla alemana los que huyen. Han desfilado a millares pobladores de todas las edades, azuzando a su ganado y con todos sus enseres amontonados sobre carretas sobrecargadas.

Pero no son solo las buenas noticias las que continúan llegando. Estas tienen un precio, por supuesto; son personas como Florence Farmborough las encargadas de intentar poner a salvo todo lo salvable de entre las masas de destrozadas y humilladas piltrafas humanas que continúan llegando a los hospitales de sangre.

Anoche ella asistió en el quirófano en dos operaciones por herida de bala en el vientre. Es esta una lesión de pésimo pronóstico, máxime porque es difícil evitar infecciones mortales una vez que el contenido intestinal se ha vertido en el abdomen. Quedó impresionada por la destreza con que el cirujano cortó los segmentos rotos de intestino para después recoser concienzudamente las partes aún servibles. Los de herida de bala abdominal son pacientes difíciles, no solo porque mueren con tanta frecuencia, sino porque no cesan de reclamar agua, si bien el riesgo de complicaciones impide que se les pueda dar ni una sola gota.<sup>166</sup> Terminadas las intervenciones Farmborough permaneció en el



improvisado quirófano, ya que, según había oído, se esperaban más heridos. Aun así se quedó dormida en la silla, y cuando se despertó era alrededor de la medianoche.

No será hasta las seis de la mañana cuando lleguen más heridos. Farmborough se cuenta entre los que se ocupan de recibirles, tarea que solo es interrumpida para tomar un desayuno temprano. Uno de los heridos es un joven soldado, apenas un chiquillo, con un impacto en el antebrazo izquierdo. Ella le extirpa la bala de la herida, lo cual puede hacer con inusitada facilidad debido a que la bala tenía tan poca fuerza que el extremo posterior sobresale. El chico llora y se queja sin pausa, incluso después de tener la herida limpia y vendada: «¡Hermanita<sup>167</sup>, cómo duele!». Otro tiene una lesión muy rara. También este ha recibido un impacto de bala, pero esta vez, el proyectil ha rebotado contra su omoplato virando entonces de rumbo, ha atravesado luego el costado derecho y bajado por la ingle hasta el muslo derecho, donde finalmente se ha detenido. Un tercer paciente, también un hombre joven, está cubierto de suciedad, polvo y sangre seca, y ella empieza por lavarle la cara:

*«Hermanita —dijo mi paciente intentando sonreír—, ¡deja estar la suciedad! Yo ya no voy a ir más de visita.» Primero creí que bromeaba conmigo y ya tenía una réplica en la punta de la lengua. Vi entonces la profunda herida de su cabeza y comprendí lo que quería decir.*

*Posteriormente vuelve a ver a uno de los pacientes con herida de bala abdominal a cuya operación asistió la noche anterior. Empeora. Su deseo de beber agua le atormenta de tal modo que para poder retener al herido en su jergón de paja Farmborough tiene que solicitar la ayuda de un enfermero. El paciente empieza a delirar. Grita que él y sus camaradas están junto al gran río y que ahora bebe, bebe, bebe.*

*Viernes, 30 de junio de 1916*

## KRESTEN ANDRESEN REPARA TRINCHERAS DE COMUNICACIÓN EN EL FRENTE DEL SOMME

El cielo azul. La hierba calentada por el sol huele a verano. Más excavaciones. Andresen ha pasado mucho más tiempo empuñando pico y zapa que su fusil y las granadas de mano, cosa que él de ningún modo lamenta. Estar de guardia en primera línea es peligroso, desagradable y agotador, especialmente ahora que los británicos están sometiendo a las líneas alemanas situadas a una veintena de kilómetros de aquí a un casi ininterrumpido fuego graneado, a todas luces en vistas a un ataque más importante. De vez en cuando el fuego de barrera llega hasta las trincheras de comunicación de Andresen, obligándoles a repararlas constantemente. El blanco suelo gredoso es duro de excavar. El resultado, sin embargo, son refugios estupendos.

El trabajo se rige por un horario establecido: ocho horas de zapa, con una pausa en medio bastante larga para el almuerzo. Después se puede hacer lo que a uno le apetezca. Una de estas trincheras de comunicación en la que está trabajando cruza los destellos de sol que revolotean en un bosque cuyo verdor todavía es joven, donde los árboles abatidos por el fuego artillero yacen dispersos por el suelo como mikados, discurre a lo largo de un arroyo y *atraviesa* un viejo molino de agua. Duermen en profundos refugios subterráneos: ahí están seguros pero hacinados. Los camastros son tan estrechos que tienen que dormir de lado; entre las láminas de madera del bastidor hay grandes espacios que hacen muy difícil encontrar una postura cómoda, y sus jergones están rellenos de virutas que se apelotonan. Por si fuera poco, el sistema de ventilación funciona solo regular:

*Si has pasado cinco o seis horas durmiendo ahí abajo sientes que tienes los pulmones esponjosos y el pecho te aprieta, como si fueras asmático; pero no tarda en pasar en cuanto sales al aire fresco y a la luz.*

*Andresen no está del todo bien. Su antiguo resfriado persiste, tiene problemas de vientre y también frecuentes dolores de cabeza. En lo alto de ese cielo azul claro de verano han visto librarse muchos combates aéreos. Da la impresión de que los ingleses dominan el aire. «Hace poco aquí derribaron al famoso aviador Immelmann. Yo dormía en el refugio, pero los que estaban arriba lo vieron.»*

*Como de costumbre, se traga ávidamente cualquier comentario sobre la paz. En estos momentos circula un insistente rumor según el cual la guerra terminará el 17 de agosto. Cae en jueves.*

*Domingo, 2 de julio de 1916*

### ANGUS BUCHANAN COMPRA UNAS CUANTAS GALLINAS EN KWADIREMA

Es domingo y para variar se respeta el día de descanso. Están acampados desde hace unos días a la espera, según dicen, de almacenar provisiones en cantidades suficientes como para poder proseguir la marcha. Últimamente ha escaseado la comida; de nuevo han pasado hambre.

Buchanan ni siquiera tiene que instruir a sus hombres en el manejo de las ametralladoras, el día se presenta completamente tranquilo, pero las consecuencias de ello, sin embargo, no solo son benéficas. En la bochornosa calma chicha del domingo si no tienes con qué distraerte te entra la morriña. A Buchanan le bastaría con saber cómo está su familia. Las noticias son raras aquí en la sabana y las cartas más raras aún. Hace semanas que no llega el correo.

Con todo, el día no resulta en absoluto desperdiciado. Aparte de descansar Buchanan tiene ocasión de alegrarse por haber llevado a puerto un buen negocio. De dos negros que conoció hace un par de días y que acaban de regresar de su aldea obtiene harina y trece gallinas; a cambio él les da algunas prendas de ropa. Qué gozo supone esta inesperada aportación de calorías: hoy habrá gallina para cenar. Sin embargo, el zoólogo que hay en él despierta de su letargo. (Aunque en realidad nunca se haya sumido en un sueño muy profundo. Tan pronto le sobra algo de tiempo y fuerzas Buchanan busca nuevos ejemplares para su colección de plantas, huevos y sobre todo pájaros. Cataloga todo lo que encuentra con la meticulosidad rayana al amor del científico. Su último hallazgo lleva fecha del 14 de mayo, con número de referencia 163, y es un martín pescador pigmeo africano, una hembra de la especie *Ispidina picta*.) Una de las gallinas tiene un penacho blanco en la cabeza. Por algún motivo él no es capaz de matarla sino que decide conservarla un tiempo. Le dará huevos, y quién sabe, a lo mejor hasta puede que se convierta en su animal de compañía.

*Viernes 7 de julio de 1916*

## EL BATALLÓN DE RENÉ ARNAUD SE PREPARA PARA UNA NUEVA ACCIÓN EN VERDÚN

La orden cae como una bomba en mitad del bochornoso verano. Les van a enviar a Verdún «con la finalidad de llenar un hueco». Ninguno de ellos habría imaginado que tendría que volver, máxime considerando el cuantioso número de bajas que han sufrido. Debido a las pérdidas los dos regimientos de la Brigada se han fundido en uno solo, y Arnaud y los demás han tenido que descoser la galleta con la cifra 337 de los parches de cuello para coser en su lugar el número 293. El 337.º Regimiento ha dejado de existir, desde esa acción en Verdún de hace un mes.

Arnaud hace lo posible para tranquilizar a los hombres de su compañía, pero no cree conseguirlo. Por su parte, él está consternado. Resulta evidente que todos piensan lo mismo que él: «Te puedes salvar una vez, pero dos ya es demasiado pedir». Al anochecer el jefe del regimiento hace un examen en uno de los cuartuchos subterráneos de la ciudadela de Verdún. Su unidad tiene que recuperar una franja de territorio que se acaba de perder entre Thiaumont y Fleury, no muy lejos del lugar que defendieron a principios de junio. El teniente coronel somete a sus oficiales al mismo tipo de arenga que Arnaud ya ha utilizado con sus hombres y con resultados igual de flojos. Arnaud se da cuenta de lo tenso que está el jefe del regimiento, de lo fuerte que aprieta las mandíbulas, de que el hombre ya no cree en sus propias palabras. No obstante, Arnaud se siente un poco más calmado; pues justamente su batallón, al principio, solo irá como reserva.

Cuando sale al pasillo ve a 50 hombres del batallón haciendo cola frente a otro cuarto. En su interior está el médico castrense auxiliar, Bayet, un hombre orondo de cabello muy corto y grandes anteojos. Los que hacen cola están ahí para darse de baja por enfermedad y de ese modo eludir el inminente purgatorio. Lo que se alega son toda suerte de males y razones: hernias, reuma, lesiones mal curadas. El médico castrense suda por el esfuerzo, rodeado como está de un puñado de hombres «que se aferraban a él como náufragos en torno a un salvavidas». Más tarde Arnaud oye decir que varios de los altos oficiales del batallón han hecho lo mismo: darse de baja. «En resumidas cuentas, se estaba produciendo una deserción general.»

A última hora de la tarde el propio Arnaud visita al médico del batallón y realiza un intento que, a su propio entender, plantea con astucia. Arnaud empieza lamentando que haya oficiales (uno de ellos muy condecorado) que se han dado de baja y deja entrever que él *nunca* lo haría, aunque de hecho *tenga* buenos motivos debido a sus problemas cardíacos. Como quien no quiere la cosa, Arnaud se desabrocha la guerrera y le pide al médico castrense que le ausculte. Arnaud alberga la loca esperanza de que el médico del batallón detecte algo y le envíe a la retaguardia como un caso más de mala salud. El médico le ausculta y dice después, con voz hastiada, que tal vez sí haya un soplo. Después no hace nada más. Avergonzado, Arnaud se abrocha la guerrera. «Esta muestra de debilidad me impidió en adelante juzgar al prójimo.»

Al caer la noche salen marchando de la ciudadela una vez más. Las cadenas de hombres pesadamente cargados vadean el río, serpenteando en dirección a las oscuras cimas que se destacan

contra las aureolas al rojo vivo de las explosiones. Después de escalar la primera de las empinadas lomas Arnaud se tumba boca abajo en el suelo con el corazón desbocado. «Estaba exhausto, más moral que físicamente. Creía que iba a desmayarme, tal vez tuviera la esperanza de hacerlo.» Tras una larga marcha a través de un angosto ramal de aproximación alcanzan un rudimentario refugio cuya cubierta consiste en una lámina de chapa ondulada. Ahí se duerme.

Al alba del tercer día tiene lugar el asalto. Que fracasa. Las bajas son muy numerosas. Uno de los caídos es el jefe del regimiento. La unidad de Arnaud no toma parte en el ataque, y él sobrevive.

*Un día de julio de 1916*

## RAFAEL DE NOGALES PRESENCIA EL FUSILAMIENTO DE UN DESERTOR EN LAS AFUERAS DE JERUSALÉN

Casi cada mañana penden dos o tres cuerpos nuevos de los postes de telégrafos o de otros improvisados cadalsos en los alrededores de la ciudad santa, en su mayoría de árabes que han desertado del ejército otomano. Se trata de hombres diametralmente opuestos a Rafael de Nogales, en el sentido de que ellos no buscaban la guerra sino que es la guerra la que ha ido en su busca; representantes de la taciturna mayoría de los que ahora van uniformados (sin importar el color de sus uniformes): no se han dejado arrastrar ávidamente por las sinergias, amenazas o ilusiones bélicas sino, por el contrario, están ahí forzosamente, a disgusto, cuestionando, sin ningún entusiasmo y —sobre todo— mudos.

No es que De Nogales los mire por encima del hombro. La verdad es que en cierto sentido, comprende a los desertores. Por enésima vez el ejército otomano ha sufrido desastrosos problemas de avituallamiento, debidos en alto grado a la corrupción, el desfalco y el robo organizado. Y por enésima vez la desnutrición ha abierto la puerta a las enfermedades, especialmente el tifus. Como la región entera se ve azotada por la carestía de alimentos —que afecta sobre todo a los numerosos judíos recién inmigrados a quienes, debido a la guerra, sus naciones de origen niegan cualquier ayuda—, el tifus está adquiriendo proporciones epidémicas. Juntos, por tanto, el hambre y la añoranza han conseguido que las deserciones en las unidades árabes se disparen.<sup>168</sup>

La epidemia de tifus y la desesperada falta de suministros en Palestina hace que la denominada Expedición de Pachá (un cuerpo de ejército compuesto de unidades turcas, por un lado, y de tropas alemanas y austríacas, por el otro, todas equipadas con considerables cantidades de artillería, camiones y otras modernidades) nunca (según lo planeado) se detenga para tomar un respiro tras su larga marcha a través de Asia Menor, sino que siga adelante en mitad del aplastante calor, rumbo al Sinaí. Van camino de participar en un segundo intento de cortar el canal de Suez.<sup>169</sup> De Nogales ha mirado muy impresionado el rugiente paso de las columnas con camiones motorizados y cañones recién salidos de las fábricas.

Los constantes ahorcamientos son la respuesta del comandante otomano a las deserciones; su efecto, en cambio, ha sido casi nulo. (De Nogales opina que el alto oficial, con sus draconianas medidas, quiere poner remedio a un mal que en parte él mismo ha contribuido a crear; se sabe que está involucrado en los fraudes con los artículos de primera necesidad que han originado la hambruna de los soldados.) Así pues, se ha tomado la resolución de que el próximo desertor sea ejecutado del modo más público y oficial, y muera ante los ojos de sus compañeros en la guarnición de Jerusalén.

Y eso es lo que está a punto de suceder.

El condenado es nuevamente un desertor árabe, esta vez se trata de un imán.

Una larga procesión va abriéndose paso por entre el sombrío hervidero de tejados y cúpulas. A la cabeza va una banda militar tocando la marcha fúnebre de Chopin, seguida de un grupo de militares y civiles de alto rango. A continuación viene el hombre que pronto habrá de morir, inesperadamente elegante con su luminoso turbante blanco y un caftán colorado. Tras él marcha el pelotón de ejecución. En último lugar viene la larga cola del cortejo: la guarnición de Jerusalén o, al menos, la mayor parte de ella. Entre ellos se cuenta Rafael de Nogales.

La larga sierpe humana se concentra alrededor de una colina baja coronada por una gruesa estaca, clavada en la tierra. Mientras leen la sentencia de muerte De Nogales estudia con curiosidad al hombre que está a punto de morir. Parece que «le importe muy poco el destino que le espera, porque fuma tranquilamente su *cheroot* con el desprecio a la muerte característico del musulmán». Tras escuchar dicha lectura el hombre se sienta sobre una alfombra, con las piernas cruzadas, frente a otro imán que tiene la misión de ser su guía espiritual. Pero esa misión no tarda en salirse de madre al enfrascarse ambos hombres en un debate teológico que se anima por momentos y que casi acaba en los puños.

El hombre que está a punto de morir tiene que ponerse en pie. Lo atan a la estaca. Le vendan los ojos. Mientras dura este procedimiento él sigue fumando con toda tranquilidad. Al sonar el «Apunten» y levantar el pelotón de ejecución sus fusiles en posición de hacer fuego y apuntar, el hombre se lleva rápidamente el cigarro a los labios. Estalla la salva, los dos matices de rojo confluyen, el del caftán y el del cuerpo, el hombre se desploma, «con la mano clavada a la boca por una bala».

*Jueves, 20 de julio de 1916*

## OLIVE KING DISTRIBUYE ROPA EN SALÓNICA

El día refresca. En el almacén de ropa hay nueve sacos alineados, y Olive King aguarda con impaciencia. En los sacos hay ropa, pertrechos y efectos personales pertenecientes a los nueve pacientes que este día van a zarpar de Salónica. La misión de King es distribuirlos correctamente entre sus dueños, pero de momento ninguno de ellos se ha presentado. Con las ganas que tiene ella de darse un baño en las tibias aguas del mar antes de que se cierren las puertas del campamento. Al final tiene que llegarse hasta el pabellón donde se hallan los nueve y pedirles que se den prisa. Por fin puede repartir los sacos. Uno de los pacientes abre el suyo y protesta; esas cosas no son suyas. Junto con el hombre en cuestión Olive King inicia una desesperada búsqueda del saco correcto.

Esa tarde se queda sin baño.

En su lugar termina una carta dirigida a su padre. En ella revela algo que hasta entonces ha tratado como «un profundo y tenebroso secreto», es decir, el hecho de que ya no lleva el pelo largo:

*Me corté el pelo al llegar aquí (ese es el motivo de por qué no te he enviado ninguna fotografía mía desde que llegué a este sitio), y el pelo corto es la mayor de las bendiciones imaginables, te ahorras un montón de tiempo y te permite ir siempre bien peinada y cómoda. Te aseguro que es bonito de veras. Mi cabello se ha vuelto muy espeso y el que ya no revuele frente a los ojos mientras conduzco es estupendo. Tan pronto como lo hice me pregunté por qué no lo habría hecho antes.*

El Ejército de Oriente de Sarrail permanece todavía en Salónica, en absoluto desacuerdo con la neutralidad griega y pese a que muy poco o nada parece ya poder ganarse con la empresa. La abarrotada ciudad está ahora rodeada de un cinturón fortificado casi tan ancho como los que existen en el frente occidental.<sup>170</sup> En otras palabras, estancamiento. Los verdaderos combates solo se libran arriba en Macedonia. Haciendo un juego de palabras los soldados británicos apodan al país «Muckedonia» (muck significa estiércol o porquería en inglés) debido a la gran cantidad de fango y suciedad. Ahora allí hace más calor que en la costa. Las enfermedades campan a sus anchas, en especial la malaria pero también el dengue. Las bajas en combate son escasas.

Olive King está considerando la posibilidad de alistarse en el ejército serbio. Por un lado debido a que está harta de las tareas banales, las largas esperas y la bien organizada inactividad del fortificado enclave de Salónica. Por otro, debido a que ha descubierto que las enfermeras en general y su nueva patrona en particular detestan a las mujeres voluntarias como ella misma. King manifiesta estar «harta de disciplina femenina, o mejor dicho, de la falta de ella»; prefiere trabajar en una organización auténticamente militar. Aunque cabe añadir un factor más a la ecuación, encarnado este



en un simpático oficial de enlace que ha conocido. Gran parte de lo que queda del ejército serbio ha sido enviado por barco a Salónica desde Corfú.

Las tardes pueden ser agradables, al menos si el viento no sopla fuerte llenando el aire de polvo. Ella lee o escribe cartas. A veces, junto a algunas amigas, reúne tortugas y organiza con ellas carreras a cámara lenta. En ocasiones también se deslizan por debajo de la valla para ir a un café que hay detrás del campamento. Casi siempre está vacío. Allí suelen tomar *lemon squash*<sup>171</sup> y bailar, durante horas y horas, al carrasposo son de un gramófono de manivela. Son dos los discos con música de baile: *Dollar Princess* y *La Paloma*, y ellas los ponen una y otra vez, sin parar.

*Jueves, 27 de julio de 1916*

## MICHEL CORDAY CENA EN EL RESTAURANTE MAXIM'S DE PARÍS

Es un verano cálido y hermoso el de este año en París. Los cafés están muy concurridos. Las mesas llenas de clientes se agolpan en las aceras. Cada domingo los trenes de cercanías que llevan a la verde campiña están abarrotados de excursionistas. Por las calles se ven grupos de muchachas vestidas de blanco que pasan volando en bicicleta. Encontrar una habitación de hotel vacante en alguno de los numerosos pueblos veraniegos de la costa atlántica resulta una falacia.

Michel Corday y un conocido están en el Maxim's, junto a los Campos Elíseos. De nuevo se sorprende del contraste entre lo que él ve que sucede y lo que él sabe que sucede. De nuevo piensa cuán infinitamente lejos parece estar la guerra. El restaurante es célebre por su buena cocina y por su lujosa decoración estilo Art Nouveau, la cual lo ha convertido en una especie de burbuja en el tiempo, en un asilo adonde huir del mundo contemporáneo, en un *souvenir* de días más felices, en una promesa de futuro. Sí, la guerra *está* muy lejos, pero aun así, presente, por más que intenten ocultar los fenómenos a través de los cuales se manifiesta aquí, es decir, el alcohol y el sexo; o tal vez sea mejor decir la embriaguez y la lujuria.

El restaurante está lleno de hombres uniformados, pertenecientes a diversas armas y de diversas nacionalidades. Están ahí también algunas caras conocidas, como el autor de farsas Georges Feydeau y el catedrático y pintor de batallas François Flameng, cuyas acuarelas pueden contemplarse en prácticamente todos los números del muy leído semanario *L'Illustration*. (Flameng es uno de esos civiles que no han podido resistir la fuerza gravitatoria de lo castrense y se ha hecho confeccionar un traje de corte militar. Esta noche lleva kepi y una guerrera de color caqui, polainas de vendas y varios pasadores con cintas en el pecho.) Hay allí también mujeres, algunas, tal vez la mayoría, prostitutas de la más alta categoría.

Esta noche se consumen en Maxim's cantidades ingentes de alcohol. Hay aviadores que no comen nada, sino que celebran lo que se denomina una cena de champán. El grado de embriaguez de la clientela es muy elevado. Incidentes que antes de la guerra habrían hecho apartar las miradas en muda turbación o provocado firmes reprimendas ahora se toleran o incluso despiertan carcajadas de aprobación entre los presentes. Corday observa a un grupo de oficiales británicos que han estado bebiendo con mucho denuedo; uno de ellos apenas se tiene en pie. El hombre intenta colocarse la gorra del uniforme pero, para evidente regocijo de los clientes que tiene a su alrededor, no acierta a dar con su propia cabeza. Otros dos beodos están de pie junto a sus mesas respectivas lanzándose vulgaridades de un extremo a otro del elegante local. Nadie se fija en ellos.

La alcahuetería se desarrolla prácticamente sin tapujos. Cuando algún huésped desea comprar los servicios de una prostituta solo tiene que dirigirse a uno de los jefes del restaurante. Corday escucha al empleado contestar expeditamente al probable cliente: «Sus servicios están disponibles esta noche». Tras lo cual le indica el precio, la dirección, el piso, si es la puerta izquierda o derecha, amén de lo que se conoce por «las condiciones higiénicas».

Incluso en Francia, donde el sistema permite desde antiguo los burdeles legales, la guerra ha conllevado un aumento notable del comercio carnal. Esto se debe fundamentalmente a que ha aumentado la demanda, y que al mismo tiempo las autoridades, animadas por el estamento militar, hacen con frecuencia la vista gorda ante el problema. Cada día van a París montones de soldados de permiso, mientras que las putas han ido llegando a la capital procedentes de todo el país. Los arrestos por prostitución ilegal se han incrementado en un 40 por ciento.

También las enfermedades venéreas como la sífilis han sufrido un notable incremento. (Por cierto, un personaje que antes de que termine la guerra se convertirá en una de las víctimas de esta enfermedad es uno de los dos clientes famosos de esta velada, Georges Feydeau.) Muchos ejércitos distribuyen de forma rutinaria condones entre los soldados que se van de permiso,<sup>172</sup> aunque no ayude mucho. De los soldados canadienses estacionados en Francia, el 22 por ciento padecía alguna enfermedad venérea el año anterior. Y de los soldados aliados que el próximo verano visitarán la capital francesa, el 20 por ciento la habrá contraído. Pero tampoco es verdad que todos intenten evitar el contagio. Periódicamente, las putas infectadas ganan más que las sanas, ya que atraen a los soldados que *desean* contraer un mal venéreo a fin de eludir su servicio en el frente. La expresión más grotesca de este fenómeno es el comercio existente con pus gonorreico; los soldados lo compran para untárselo en los genitales con la esperanza de ser ingresados en un hospital.<sup>173</sup> Los más desesperados se lo restriegan en los ojos; como consecuencia, suelen quedar ciegos de por vida.

Por otro lado, también las prostitutas aportan lo suyo al esfuerzo bélico. Hasta hace poco algunos burdeles acogían a refugiados sin techo, y Corday cree saber que todas las putas de alta categoría que esta noche están en Maxim's tienen lo que se denomina un ahijado. Eso significa que por motivos patrióticos han «adoptado» a un soldado, lo que a su vez significa que cuando este vuelva a casa de permiso, la mujer en cuestión tendrá relaciones sexuales con él de forma gratuita.

Va desarrollándose así la ebria algarabía en el restaurante. Explosiones de corchos, voces, risas, gritos, bramidos, tintineo de copas. Un oficial, luciendo un uniforme que le sienta de maravilla, ruge: «¡Abajo los civiles!».

Este mismo día Florence Farmborough escribe en su diario sobre un joven oficial herido cuya agonía ha podido seguir:

*Nos atormentaba el atroz hedor a putrefacción que acompaña este tipo de gangrena [la que padecía el oficial], pero sabíamos que no faltaba mucho. Justo antes de que llegara la Muerte a liberarle se sosegó un poco: estaba de nuevo en su hogar, junto a sus seres queridos. De repente se agarró a mi brazo y gritó: «¡Sabía que vendrías! ¡Elena, paloma mía, sabía que vendrías!».* Comprendí que en su delirio me confundía con la mujer que amaba. Yo me incliné y besé su rostro húmedo, ardiente, y él se calmó. Sumido todavía en este apacible estado vino la Muerte a llevárselo.

*Jueves, 3 de agosto de 1916* [174](#)

## HERBERT SULZBACH ESCUCHA EL FRAGOR DE LOS CAÑONES DEL SOMME

Tarde o temprano entrarán en acción. Él lo sabe. Durante más de un mes han estado oyendo el sordo rumor de las lejanas pulsaciones del fuego artillero inglés allá en el Somme. Ha leído los comunicados, ha discutido las habladurías: «La mayor batalla de la historia mundial», «Un intento de decidir la guerra», «No hay que ceder ni un metro de territorio», etcétera. Y también sabe que cuando entren en acción tendrán que enfrentarse a algo que será peor incluso que los atroces combates de invierno de hace un año y medio en la Champaña. Lo sabe.

Hace poco menos de un mes la batería de Sulzbach abandonó su antigua posición en Evricourt, donde habían pasado 11 meses. Con el tiempo les había empezado a gustar el lugar, sobre todo porque era muy bonito y apacible, aunque cuando se marcharon había adquirido ya el mismo aspecto de muchas otras aldeas que habían visto antes: bombardeada, desolada, plagada de cráteres; la usual topografía de la guerra. Ahora están en Loermont. También esto es muy bonito. Y apacible. De momento. Solo hay un inconveniente: ya no puede dar paseos a caballo para visitar a su amigo Kurt.

La batería se ha instalado en un sitio aislado, agrupándose en medio de una verde pradera de verano, tocando a un bosque. En uno de los árboles más altos hay apostado un vigía que da cuenta de las señales luminosas provenientes de las trincheras. Al atardecer el hombre suele cantar para ellos. Hay mucho que hacer aquí. Ni los refugios ni los lugares para emplazar las piezas están terminados. El segundo aniversario del estallido de la guerra llegó y pasó de largo, sin ceremonias. Sulzbach escribe: «Entretanto ha pasado el segundo aniversario del estallido de la guerra, aunque en realidad ya nunca piensas en que entramos en el tercer año de guerra, y aun menos en si, y en ese caso cuándo, volverá la paz». Sin embargo, no duda de que Alemania salga vencedora.

Lo que más le gusta a Sulzbach es hallarse en primera línea, ayudando al director de tiro artillero en el puesto de observación, tanto porque su ocupación allí goza de más independencia como porque le permite conocer a gente. Suele acompañar a los oficiales de infantería en sus rondas nocturnas por las trincheras, de puesto de guardia en puesto de guardia. Como otras veces, le embarga una fuerte sensación de afinidad. En su diario escribe:

*El modo en que estos valientes soldados de infantería, algunos de ellos antiguos miembros de la segunda reserva, hacen su trabajo y cumplen con su deber, cada uno de ellos tan firmes en sus puestos como un verdadero rocher de bronce, constituye la más alta realización personal de nuestro quehacer en la vida, la encarnación de la fe en lo justo de nuestra victoriosa causa!*

*Domingo, 6 de agosto de 1916*

## ELFRIEDE KUHR TOCA EL PIANO EN UNA RECEPCIÓN EN SCHNEIDEMÜHL

Son tiempos desconcertantes: de atrocidades y exaltación, de sufrimientos y seducciones, de angustia y felicidad. El mundo se transforma y Elfriede con él, tanto a consecuencia de los acontecimientos como con absoluta independencia de ellos. Una rueda gira dentro de la otra, en ocasiones en sentidos contrarios, pero aun así formando un todo.

Hubo un tiempo en que muchos ensalzaban la guerra como promesa y posibilidad, la promesa de realizar lo mejor del hombre y la cultura, la posibilidad de poner fin a la agitación social y las tendencias a la disolución que han podido observarse por toda la Europa prebélica.<sup>175</sup> Pero las guerras son, de una vez por todas, fenómenos paradójicos y profundamente irónicos que con frecuencia transforman aquello que se quería conservar, fomentan lo que se quería impedir, destruyen lo que se quería proteger.

Fenómenos que durante largo tiempo se han venido reuniendo bajo la expresión «peligrosa disolución» tienden, opuestamente a las expectativas de 1914, a ir en aumento, y en gran medida. A muchos les preocupa el contacto más libre que se da entre ambos sexos y la creciente inmoralidad sexual. Parte de la culpa se la lleva el hecho de que tantas mujeres —como la madre y la abuela de Elfriede— hayan tenido que, o se les haya permitido, ejercer tareas de las que antes se ocupaban los hombres, hombres que ahora visten uniforme. Bien es verdad que su aportación ha sido decisiva para el esfuerzo bélico y que por ello no debería provocar objeciones, pero aun así cuesta poco encontrar a quien sostenga que esta «masculinización» de las mujeres a la larga será fatal.<sup>176</sup> Otra parte de culpa se echa a la larga permanencia de los hombres en el frente, la cual hace que aumente drásticamente la insatisfacción sexual y origina a su vez un incremento de fenómenos que o bien han estado severamente prohibidos o han sido totalmente condenados, como el onanismo, la homosexualidad y las relaciones extramatrimoniales.<sup>177</sup> (Al igual que en Francia también en Alemania ha habido un aumento de la prostitución y las enfermedades venéreas.) Otra parte de culpa se atribuye al flujo constante de hombres uniformados que cruzan el país de un lado a otro y que en algunos lugares ha comportado un excedente de hombres jóvenes y sexualmente activos al tiempo que hay menos hombres con fuerzas o posibilidad de vigilar a las amas de casa. Es sobre todo de las poblaciones donde hay guarniciones de donde llegan los informes que acusan un evidente incremento de los embarazos fuera del matrimonio y de los abortos ilegales. Por supuesto que Schneidemühl no es ninguna excepción. La ciudad tiene por un lado un regimiento de Infantería, y por el otro, la famosa fábrica Albatros,<sup>178</sup> que produce aviones de combate y atrae grandes cantidades de jóvenes aviadores con sus cursos de formación.<sup>179</sup>

Hasta la fecha Elfriede ha observado este fenómeno a distancia, con curiosidad, confusa, expectante. Una niña de trece años ha sido expulsada de su escuela después de que un alférez la dejara embarazada. Y en una visita su madre ha observado con sorpresa «que ahora hay aquí una elegancia que no deja mucho que desear a la que se observa en la avenida Kurfürstendamm de

Berlín». Elfriede cree saber la razón:

*Se debe a todos los oficiales forasteros del 134.º Batallón de Reserva y de las Secciones de Reserva de la Aviación I y II. Por su causa las mujeres y las niñas dedican mucho tiempo a arreglarse.*

*A las niñas más mayores se las puede ver a menudo magreándose con los soldados, y en ocasiones también a mujeres adultas, que muchas veces lo hacen «por compasión», ya que los soldados «van camino del frente, y allí o bien les matarán o resultarán heridos». Está claro que la proximidad de la muerte y el volumen de los muertos han contribuido a relajar unas reglas que por lo general han sido muy estrictas.<sup>180</sup> En cuanto a Elfriede, ella aún no se ha dejado tentar, aunque nota perfectamente que los soldados se dirigen a ella de un modo distinto. A su entender se debe a que ahora usa una falda de verdad y lleva el pelo recogido como una mujer adulta.*

*La hermana mayor de una compañera de clase suele organizar pequeñas recepciones para jóvenes aviadores. Allí les invitan a café y pastas, y mientras Elfriede toca el piano las parejas charlan y, en fin, tal vez se besen un poco. Para Elfriede solo se trata de un juego que cosquillea su imaginación. En esas ocasiones finge ser «el teniente Von Yellenic», un personaje que ella suele encarnar cuando juegan a la guerra, que en esos momentos está en una cantina de oficiales donde ella/él toca música de fondo para sus amigos, «como en una novela de Tolstói».*

Cuando llega a la recepción de este día se topa en la escalera con un oficial de aviación joven, rubio, de ojos azules:

*Él se detuvo, me saludó y quiso saber si también yo «era una de las invitadas».<sup>181</sup> Dije que no; que solo era la que tocaba el piano. Entonces hizo una mueca y respondió: «Comprendo. Pero es una lástima». «¿Por qué es una lástima?», pregunté yo. Entonces él se echó a reír y entró en la sala.*

*Martes, 8 de agosto de 1916*

## KRESTEN ANDRESEN DESAPARECE EN EL SOMME

Ya no hace sol, solo hay niebla y bruma. La línea del frente no se ha desplazado casi nada desde mediados de julio; sin embargo, continúan librándose feroces combates. El paisaje es extrañamente incoloro. Los colores, sobre todo el verde, desaparecieron hace tiempo, y el bombardeo de granadas lo ha machacado todo dándole un mismo matiz parduzco y mate.<sup>182</sup> A ambos bandos las piezas de artillería se alinean de forma compacta, en algunos sectores las ruedas de un carro se tocan con las de los lados, y el fuego dura las veinticuatro horas del día. Hoy infantes británicos están atacando la población de Guillemont. Bueno, eso de población es un decir; semanas de bombardeos han reducido también este lugar a un erizado montón de piedra, vigas y desechos. En los mapas del cuartel general británico tampoco consta como población, sino como «una posición importante», que, por tanto, debe ser tomada, pero no ya porque eso vaya a romper las líneas alemanas, sino porque crearía un espacio para hacer maniobras. (Existen otros motivos tras el ataque británico. Este día el rey de Gran Bretaña va a inspeccionar sus tropas en Francia, y el comandante en jefe inglés Haig está ansioso de poder obsequiar a Su Majestad con una pequeña victoria.)<sup>183</sup>

El ataque británico está bien planeado. Se han cavado nuevos ramales de aproximación, que salen del exterminado bosque de Trônes, a fin de que la infantería disponga de un punto de partida para su asalto lo más cerca posible de las líneas alemanas; una división experimentada y curtida en el combate, la 55.<sup>a</sup>, ha sido la elegida para realizar el asalto; el bombardeo artillero de preparación ha sido tan prolongado como inexorable.

Uno de los soldados alemanes que recibirá el impacto del ataque será Kresten Andresen.

Su regimiento ha sido trasladado como refuerzo a uno de los sectores más expuestos del frente del Somme. Al lado de Guillemont están Longueval, a continuación el bosque de Delville, después Martinpuich, Pozières, Thiepval, Beaucourt, Beaumont Hamel, todos ellos lugares que se han hecho célebres debido a los comunicados militares del mes pasado, y a los que, a estas alturas, envuelve un tenebroso, horripilante halo que apesta a cadáver y a esperanzas perdidas. Dos días antes Andresen escribe a sus padres:

*Espero haber cumplido con mi parte aquí, al menos hasta el momento. Lo que nos depara el futuro nunca se sabe. Aunque nos trasladaran al lugar más remoto del mundo, es muy difícil imaginar que fuera peor que éste.*

Las bajas han sido cuantiosas, máxime entre sus amigos daneses. La mayoría de ellos han caído víctimas del constante fuego artillero:



*... que haya caído Peter Østergaard, tan buen y querido amigo, es algo que no consigo entender. Cuánto sacrificio. Rasmus Nissen está gravemente herido de las piernas. Hans Skau ha perdido las dos y tiene una lesión en el pecho. Jens Christensen de Lundgaardsmark está herido. Johannes Hansen, de Lintrup, herido de gravedad. Jørgen Lenger, de Smedeby, herido. Asmus Jessen, de Aarslev, herido. Ya no queda nadie. En cuanto a Iskov, Laursen, Nørregaard, Karl Hansen, todos caídos; yo soy casi el único que queda.*

El fuego nutrido ha sido atroz. Les han lanzado granadas de todos los calibres imaginables, sin descontar los más gruesos: 18, 28, 38 cm. Cuando estalla una brutalidad de estas es, dice Andresen, como enfrentarse «a un monstruo de cuento». De repente se hace un silencio total y todo se vuelve oscuro. Al cabo de unos segundos la polvareda y el humo se disuelven lo justo para tener un metro de visibilidad, y entonces llega el silbido de una nueva granada. En una ocasión un bombardeo pesado les pilló en una trinchera de comunicación que carecía de refugio.<sup>184</sup> Él y los demás soldados no pudieron hacer otra cosa que aplastarse contra el parapeto, apretar la cabeza cubierta por el casco de acero contra las rodillas y escudarse bajo la mochila en un penoso intento de proteger el vientre y el tórax. En una de sus últimas cartas a su familia escribió: «Al comenzar la guerra, pese a todo lo horrible, había cierta dosis de poesía. Ahora de eso no queda nada».

En estos momentos Kresten Andresen se encuentra en la primera línea. Ha estado buscando los lados buenos de su situación y cree haber encontrado uno. Conversando con un danés de otra compañía hace unos días dijo que «fácilmente caeremos prisioneros». Es probable que sea esto lo que él espera cuando se inicia la barrera de artillería enemiga y los soldados británicos de la 55.ª División salen trepando de sus trincheras situadas a un par de cientos de metros de distancia.

El asalto del lugar que los soldados ingleses pronuncian «Gillymong» se asemeja por su torpeza a tantos otros asaltos británicos en el Somme.

La artillería británica dispara lo que se denomina una «barrera de artillería rodante». En teoría implica que los peones avanzan tras una cortina de fuego, que se supone debe mantener a los defensores alemanes de la trinchera agazapados en sus refugios hasta el último momento. En la práctica los artilleros siguen, como de costumbre, sus tablas de sincronización, lo cual implica que el fuego avanza cierto número de metros a determinada hora, prescindiendo de si los infantes británicos siguen el horario establecido o no.<sup>185</sup> De este modo, la barrera de artillería rodante que debía precederles no tarda en perderse a lo lejos, dejando solas en su avance a las tropas de choque, tropas que entonces corren derecho contra la barrera de fuego alemana<sup>186</sup> y contra sus propias filas; en medio del humo y la confusión, dos batallones británicos comienzan a combatirse mutuamente. Los que pese a todo esto consiguen hacer presión hacia delante quedan atrapados en el fuego cruzado de las ametralladoras alemanas ocultas en el orificio de un muro situado delante del pueblo.

Algunos grupos aislados alcanzan las trincheras alemanas en el extrarradio de lo que un día había sido Guillemont. Ahí tiene lugar una caótica lucha cuerpo a cuerpo.

Al mediodía del día 8 de agosto Kresten Andresen todavía vive.



Por la tarde unidades alemanas realizan un contraataque. Conocen bien el terreno y no tardan en recobrar los metros perdidos de trinchera y en reducir a los asaltantes británicos. (Diez oficiales y 374 soldados son hechos prisioneros.) En una trinchera hallan a un herido perteneciente a la compañía de Andresen. Al caer el soldado se escondió en un refugio, ya que había oído que los británicos solían matar a los heridos a bayonetazos. Él, en cambio, había visto a los ingleses guiar a prisioneros alemanes de vuelta a sus propias líneas.

Cuando pasan revista a la 1.<sup>a</sup> Compañía hay 29 hombres que no aparecen entre los vivos ni entre los muertos. Kresten Andresen es uno de ellos.

Nunca más se sabrá de él.

Su destino es desconocido.[187](#)

*Domingo, 13 de agosto de 1916*

## FLORENCE FARMBOROUGH CONTEMPLA UN CAMPO DE BATALLA A ORILLAS DEL DNIÉSTER

El paisaje que se abre ante sus ojos es de una belleza abrumadora. A ambos lados se extienden prolongadas y serpenteantes colinas cubiertas de bosque; ante ellos una ondulante llanura, enmarcada a lo lejos por las altas y dramáticas cimas de los Cárpatos. Cuando la columna se aproxima y alcanza lo que ayer fue un campo de batalla, la bucólica escena se hace añicos. Pasan frente a baterías recién abandonadas; avanzan a través de aldeas tan destrozadas por las granadas y tan rajadas por la maraña de trincheras que solo quedan montones de astillas y piedras; pasan de largo campos de cráteres negros sembrados de hoyos profundos y espinosos. El tamaño de un cráter depende del calibre de la granada: una granada de artillería de campaña corriente, de entre 7 y 8 cm, abre un embudo de menos de un metro, las cavidades que horadan las piezas más brutales, de 42 cm, son unas doce veces mayores.

En lo alto de una loma hacen un alto. Ayer esta elevación era uno de los puntos mejor fortificados de la línea defensiva austrohúngara. Hoy no es más que un desorden de alambre enmarañado y de trincheras medio derrumbadas. Los enemigos caídos todavía yacen en el sitio. Son muertos tan recientes que, pese al calor estival, todavía no muestran signo alguno de descomposición, por el contrario, casi se diría que viven. En una trinchera Farmborough ve tres cuerpos tendidos, uno apretujado contra el otro, y solo son las forzadas posturas de sus miembros las que confirman que de veras estas personas están muertas. En otro lugar observa a un soldado enemigo que yace tendido en el fondo de una trinchera destrozada por el bombardeo. El rostro del hombre está intacto, su cutis aún tiene la claridad de los vivos. Ante las manifestaciones menos dramáticas de la muerte Farmborough, como tantos otros, piensa: «Daba la impresión de que estaba descansando».

Suben a sus carretas y continúan su camino. Pronto comprenden la envergadura de la batalla que les condujo a la gran brecha. La forma singular de campo de batalla pasa al plural, y llegan a lugares donde no ha habido tiempo de recoger siquiera a los caídos del bando ruso:

*Los muertos todavía yacían esparcidos, en posturas extrañas, antinaturales, tendidos en el mismo lugar donde cayeron: acurrucados, doblegados, estirados, de bruces, con el rostro aplastado contra el suelo. Austríacos y rusos yacían hombro con hombro. Allí se veían cuerpos rotos, destrozados, tumbados sobre la tierra teñida de oscuro. Había allí un austríaco al que le faltaba una pierna y cuyo rostro estaba negro e hinchado, a otro le habían volado la cara, algo horrible de ver, un soldado ruso colgaba sobre la alambrada de espino con las piernas doblegadas. Y sobre muchas de las heridas abiertas se veían enjambres de moscas, y había allí también otras cosas parecidas a hilos que reptaban. Me alegré de que Anna y Ekaterina me acompañasen. Ellas también —al igual que yo— callaban. También ellas estaban profundamente conmovidas. Estos*

*«montones» eran hasta hace un momento seres humanos; hombres jóvenes, fuertes y llenos de vigor. Ahora yacían quietos, sin vida, torpes figuras que un día fueron de carne y hueso. ¡Qué frágil y quebradiza es la vida humana!*

Estos cuerpos mutilados, hechos jirones, son una realidad en sí misma, pero también una metáfora de lo que la guerra está haciendo con las ideas y las esperanzas de los hombres, con todo el viejo orden, en definitiva. En parte, la guerra comenzó como un intento de conservar Europa tal y como era, de mantener el *statu quo*, y en cambio, está transformando el continente de un modo más radical de lo que cualquiera hubiera podido imaginar ni en sus peores pesadillas. Una vez más, se hace patente la antigua verdad según la cual, tarde o temprano, toda guerra se vuelve incontrolable y contraproducente porque los hombres y las sociedades, en su ciego afán de vencer, tienden a sacrificarlo todo. Esto raras veces ha sido más cierto que ahora, cuando los dirigentes, involuntariamente y sin ningún plan, han liberado fuerzas del todo incontrolables: nacionalismo extremo, revolución social, odio religioso. (Y no hablemos del grotesco endeudamiento que mina la salud económica de todos los estados involucrados.) Consternada, Farmborough echa mano de la fe: *«No hay más remedio que creer y confiar en la divina providencia, sino estas atroces visiones devastarían nuestro cerebro, y sumido en la desesperación el corazón sucumbiría»*.

Cuando más tarde se detienen y levantan el campamento todavía están rodeados de cadáveres. Han pasado ya varias horas y los inexorables mecanismos de la putrefacción se han puesto en marcha. En el aire se percibe su desagradable tufo agridulce, así como el zumbido de los gordos moscardones. A los hombres de la unidad los cuerpos no les preocupan, o fingen que no les preocupan, más que como un problema puramente higiénico. En cambio, Farmborough y las demás enfermeras se sienten muy turbadas cuando llega la hora de cenar. Justo detrás de su tienda de campaña yace un caído medio sepultado por la tierra levantada al explotar una granada. Su cabeza es perfectamente visible. Una de las enfermeras se aproxima a él y cubre con un trapo el rostro del muerto. Más tarde, Farmborough cobra ánimos y saca su cámara fotográfica para retratar a los numerosos austríacos caídos. Solo tiene tiempo de tomar dos fotografías antes de que le sobrevenga una sensación de vergüenza. ¿Con qué derecho turba la paz de estos difuntos? ¡Y pensar que ella una vez se tomó molestias para poder ver un muerto! ¡Pensar que hace no mucho sentía curiosidad por la muerte!

Luego el día sigue transcurriendo bajo el signo de la muerte.

Más tarde, a la espera de una ocupación o de la orden de partir, desafía sus impulsos e inicia una nueva exploración. Atraviesa un pueblo completamente demolido por el fuego artillero ruso («¡Que Dios ampare a sus habitantes!»), pasa de largo una pestilente fosa común, todavía sin tapar, y acaba llegando a la consecuencia lógica de todo el proceso, es decir, a un pequeño y bonito cementerio de guerra que no tendrá más de un año de antigüedad. Sabe desde hace tiempo que el ejército austrohúngaro se esmera en el cuidado de sus sepulturas y que incluso los enemigos caídos son tratados con mucho respeto. La pequeña parcela está diligentemente vallada. La entrada consta de un bello portal tallado al que corona una cruz de madera y una inscripción en alemán: AQUÍ REPOSAN HÉROES CAÍDOS POR SU PATRIA. Con *héroes* se entienden los caídos de todas las nacionalidades; junto a los soldados austrohúngaros también están enterrados rusos y alemanes. Y los restos de un guerrero judío no precisan reposar bajo una cruz; su tumba está marcada con una estrella de David.

Durante la cena las buenas noticias llegan sin parar. Si bien saben que las operaciones en el norte están topando con graves problemas, también es verdad que aquí en el sur han visto con sus propios ojos el avance de la gran ofensiva; para su gran regocijo hasta les comunican que, tras la última brecha, sus adversarios austrohúngaros se están retirando a marchas tan forzadas que se han perdido de vista. El enemigo parece estar al borde de un colapso total. Las numerosas expectativas se reavivan. Sin el Imperio Austrohúngaro a Alemania le resultará difícil proseguir, y el ejército italiano tendrá el campo libre para completar su invasión de la doble monarquía sin que le opongan resistencia.<sup>188</sup> Farmborough presta oídos a otra pequeña noticia que la alegra a ella en especial. Uno de los Estados que se han visto arrastrados a tomar parte en la guerra es Persia. Sucedió hace menos de un año, cuando invadieron el país tanto tropas británicas como rusas.<sup>189</sup> Desde entonces se están librando combates. Durante esta velada a Farmborough le explican que uno de los que más han contribuido a reinstaurar el llamado orden en Persia es un general de brigada llamado sir Percy Sykes.<sup>190</sup> Como británica Farmborough no puede evitar sentir orgullo por ello.

De este modo el día acaba, después de todo, con sonrisas. El sol se pone y el viento nocturno arrastra al interior de las tiendas el olor cada vez más denso de los miles de héroes que se están descomponiendo.

El mismo día Angus Buchanan se halla junto a la corriente de su río con la columna a la que pertenece, yendo rumbo al sudoeste y pisando la retaguardia de un enemigo que se retira a toda velocidad derribando todos los puentes a su paso. Así dice:

*Llegamos entonces a la tierra baja, pantanosa e insalubre donde el aire es espeso y está cargado de humedad y de insectos. Durante lo que quedaba del día y en los dos siguientes, algunos grupos corríamos de aquí para allá como frenéticas hormigas construyendo un puente de estacas que tendimos entre las elevadas orillas del río. A finales del tercer día me vino fiebre, y esta hizo que apenas tuviera energía para completar la tarea.*

*Martes, 29 de agosto de 1916*

## ANDREJ LOBANOV-ROSTOVSKI CASI PARTICIPA EN LA OFENSIVA BRUSILOV

Lo que puso su vida en peligro y le proporcionó la que quizá fuera su peor experiencia en todos los años que estuvo en el frente comenzó a lo tonto, como un juego. El lunes les había llegado la noticia de que Rumanía —tras años de ladinas vacilaciones— se unía a la Entente declarando la guerra a las Potencias Centrales. Parecían buenas noticias,<sup>191</sup> y algunos miembros de la compañía que Lobanov-Rostovski había enviado a apoyar idearon el modo de restregar estos meados en las narices de sus enemigos alemanes. Así pues, alzaron una gran pancarta donde anunciaban, en alemán, a sus contrincantes de la trinchera de enfrente la nueva de la anexión.

De entrada los alemanes no parecen darse por aludidos. Cuando Lobanov-Rostovski, a última hora de la tarde del martes, vuelve a su puesto en primera línea todo está en calma. La verdad es que reina una calma anormal. No se oye ni el tableteo de una ametralladora y, para variar, el firmamento nocturno no está rayado por las chispeantes cascadas verdes, rojas y blancas de los cohetes de señalización.

Pese a la calma (o tal vez por eso) él se pone nervioso. Coge el teléfono de campaña y llama al puesto de mando. Pregunta que hora es. La respuesta: «23 horas 55 minutos».

Cinco minutos más tarde empieza todo. Puntualidad alemana.

Esa calma no es, en realidad, ninguna ilusión. Él y el resto de la división de guardias se hallan a orillas del río Stokhod, donde la línea del frente se ha estabilizado tras la en extremo victoriosa ofensiva de verano (ahora bautizada con el nombre de la figura que la planeó y la dirigió, el inteligente y poco ortodoxo Alexei Brusilov). La ofensiva comenzó a principios de junio y ha venido librándose por etapas durante todo el verano. El resultado ha sido espectacular. Las fuerzas rusas no solo han ganado terreno en una medida nunca vista desde el otoño de 1914 (algunas unidades están de nuevo en los Cárpatos y en condiciones de amenazar directamente a Hungría), sino que también han causado al ejército austrohúngaro bajas tan cuantiosas como para que en estos momentos se esté tambaleando al borde del hundimiento.

En realidad, debería ser imposible eso que Brusilov y su grupo militar del sur acaban de llevar a cabo, es decir, sin ninguna supremacía numeraria, ni en piezas ni en efectivos, ser capaz de realizar una ofensiva rápida y con éxito contra un adversario bien atrincherado.<sup>192</sup> El hecho de que los ataques por lo general fracasen y que los frentes se estanquen con tanta frecuencia se basa en dos paradojas. La primera: para realizar un ataque con éxito se requieren minuciosos preparativos y el elemento sorpresa. Sin embargo, lo uno excluye lo otro. Si un atacante realiza los preparativos que se consideran necesarios, indefectiblemente, éstos acaban por descubrirse. El elemento sorpresa queda en nada. Si por el contrario se da prioridad a la sorpresa, hay que despedirse de preparativos minuciosos. Segunda paradoja: para realizar un ataque logrado se requieren peso y movilidad. El peso —sobre todo disponer de miles de piezas, muchas de ellas pesadas, algunas extremadamente

pesadas— se requiere para volar y romper las líneas de defensa enemigas. La movilidad para poder aprovechar las brechas conseguidas antes de que el defensor tenga tiempo de reaccionar y salve la situación con reemplazos y nuevas trincheras excavadas a toda velocidad.

Pero también en este punto solo se consigue lo uno al precio de lo otro. Porque si un ejército dispone de todos los cañones, obuses, lanzaminas y piezas de este tipo, que se suponen necesarios para abrir una brecha, se vuelve tan lento que no tiene tiempo material de sacarle jugo a la brecha más que para sembrar de embudos y cadáveres un saliente de unos cuantos kilómetros. Después los reemplazos del adversario han tenido tiempo de ocupar sus puestos, y todo está a punto para volver a empezar. Si, por el contrario, un ejército intenta moverse con la agilidad suficiente como para aprovechar esa brecha, carecerá del peso necesario para abrir la brecha en primer lugar. De modo que esta es, y no la especial torpeza de los generales, la principal causa de la prolongada guerra de posiciones.<sup>193</sup>

De hecho, el modelo de Brusilov es de una simplicidad genial. Para empezar se fundamentaba en la sorpresa, que se consiguió sobre todo evitando la masiva acumulación de fuerzas y de material. Tal acumulación tampoco era necesaria ya que él, en segundo lugar, no concentró su supremacía en una única y reducida sección —como en la última ofensiva en Everts del mes de marzo—, sino que, por el contrario, atacó una numerosa serie de puntos a lo largo de todo el frente meridional. Esto implicó, en tercer lugar, que los generales alemanes y austrohúngaros no supieran adónde enviar sus tropas de reemplazo y a que la tortuga atacante, por una vez, ganase sobre la liebre defensora.<sup>194</sup>

Pero justamente allí donde se encuentra ahora Lobanov-Rostovski, a orillas del río Stokhod, ha acabado por quedarse sin aliento la locomotora de la ofensiva Brusilov y, entre convulsas toses, se ha detenido. Las causas se deben a masivos refuerzos alemanes y a ídem de bajas rusas. Y a problemas de mantenimiento, claro, siguiendo el patrón habitual: como siempre, automáticamente el atacante se aleja de sus propias líneas de ferrocarril, mientras que el defensor, con el mismo automatismo, se aproxima a las suyas. Se han estado llevando a cabo varias series de ataques y contraataques en la zona. Las líneas del frente se han desplazado adelante y atrás, pero ahora reina desde hace un tiempo cierta calma alrededor del Stokhod. A ninguno de los bandos le quedan fuerzas para más. En oriente, como en occidente, el verano de 1916 ha supuesto una cantidad de sangre derramada muy superior a la que nadie habría sido capaz de imaginar.

Para Lobanov-Rostovski los últimos meses han sido bastante tranquilos. Su escasa inclinación por lo militar vuelve a entereverse en el hecho de que lo han trasladado de una unidad de zapadores a un destino todavía menos combativo: es jefe de una columna de constructores de puentes, compuesta de 80 hombres y 60 caballos, amén de una serie de aparatosos pontones. Las marchas las han realizado siempre en la retaguardia, junto con la artillería. Pero incluso desde esa posición ha podido notar dos cosas. La primera: que el ejército ruso se ha vuelto mucho más capaz, especialmente el de Brusilov. Por ejemplo, sus propias trincheras están mucho mejor construidas comparados con las que vio en Polonia hace tan solo un año; el camuflaje también es magistral. La segunda: muchas de sus unidades están en óptimas condiciones. Los ha visto en marcha «cantando y en perfecto orden». Al mismo tiempo toma nota de que si bien es cierto que no faltan efectivos, todos son nuevos, que los oficiales son imberbes, cadetes recién salidos de la Academia nada más. La mayoría de los veteranos de 1914 ya no están: han caído o están desaparecidos, hospitalizados o licenciados por invalidez.

Esta vez, para variar, a Lobanov-Rostovski le han destinado al frente. Está temporalmente al mando

de dos focos de iluminación cuyo anterior jefe, tras seis semanas en primera línea, ha sufrido una depresión nerviosa. Ahora estos focos, junto con sus generadores eléctricos, están enterrados delante de todo. La idea es que sean encendidos en caso de que los alemanes efectúen por sorpresa un ataque nocturno, procedimiento que los infantes que él tiene la misión de apoyar consideran absurdo. Se lo dicen sin ambages: no le quieren allí, ni a él ni a sus trastos. Los focos atraen el fuego. Pero una orden es una orden.

No ha habido necesidad de utilizarlos. Por tanto, fiel a sus costumbres, Lobanov-Rostovski ha podido destinar la mayoría del tiempo de que dispone a los libros. Al modo algo enternecedor de toda persona leída que siempre quiere comprender las enormidades o incongruencias que se abaten sobre él o sobre ella *leyendo*, Lobanov-Rostovski ha dedicado abundantes horas a estudiar a diversos teóricos militares e historiadores de la guerra alemanes, como Theodor von Bernhardt y Colmar von der Goltz, sin descontar, por supuesto, al gran nigromante en persona: Carl von Clausewitz.

En fin. Esa infantil pancarta que en tono triunfal proclamaba la entrada de Rumanía en la guerra del bando de la Entente —lo que, por otro lado, era una consecuencia directa de los grandes e inesperados éxitos de la ofensiva Brusilov— ha desencadenado una reacción igual de infantil por parte de los alemanes.<sup>195</sup> A las doce en punto de la noche disparan una furiosa barrera de artillería contra la trinchera en la que se clavó la pancarta. La artillería alemana hace sonar todos los instrumentos a su abasto y lo hace con la exacta y desagradable concordancia de que solo ella es capaz: los falsetes de la artillería de campo ligera, los bajos de los obuses y los barítonos de los lanzaminas.

El término técnico es «fuego nutrido» (En alemán *Trummelfeur*, fuego de tambor).

En medio de estos tempestuosos remolinos de acero, polvo y gases explosivos se halla Andrei Lobanov-Rostovski. Él y unos cuantos soldados más se guarecen en un improvisado refugio. Con mano agarrotada sostiene todavía el auricular del teléfono de campaña contra la oreja. Se produce una breve pausa entre los estampidos. Escucha fragmentos de una conversación: «Informa la 9.<sup>a</sup> Compañía. De momento, 15 muertos. Por lo demás, todo en orden». Entonces estalla una nueva salva, esta vez muy cerca. Temblores. Polvareda. Truenos. El teléfono enmudece. Por una grieta recién abierta en el techo se filtra la luz. Estar bajo fuego nutrido es una novedad para él:

*Es imposible captar en palabras esa experiencia, pero todo aquel que la ha vivido sabe a lo que me refiero. Tal vez la mejor manera de describirla sea decir que es como un terremoto prolongado y violento, mezclado con rayos y truenos, al mismo tiempo que un estúpido gigante se divierte disparando cientos de fogonazos. Yo yacía en mi agujero en medio de todo ese fragor y estruendo, me atormentaba intentando pensar y hacer lo que se esperaba de mí.*

Acaba de adquirir una experiencia por la que ya han pasado millones de soldados al realizar su verdadero bautismo de fuego en las trincheras: mientras el mundo visual se reduce —no se ve casi nada—, el mundo olfativo y acústico se expande de forma drástica. Lo más abrumador son los ruidos, ensordecedores. Dos pensamientos alumbran la tenebrosa confusión que reina en su cerebro.

Primero: «Si algo me pasa ahora, es una lástima que nunca vaya a tener tiempo de acabar ese libro de Von Clausewitz». Después: «Mis soldados me observan, tengo que disimular mi pánico».

Al cabo de un rato de estar sumido en este hirviente caos, Lobanov-Rostovski pierde toda noción del tiempo. En una ocasión siente —no es que oiga ni vea— sino que siente como *algo* se avecina, y antes de que sus sentidos alcancen a registrar otra cosa una salva de granadas de 15 cm se abate en círculo a su alrededor. Cuando recobra el sentido está cubierto de tierra, pero ileso. Uno de los suboficiales se encuentra tendido a su lado comunicándole que uno de los focos ha recibido un impacto y está hecho trizas. Las granadas continúan lloviendo sin tregua del cielo ennegrecido.

De pronto oscuridad, calma.

Se hace el silencio «de forma tan abrupta que el cambio fue casi físicamente doloroso».

Son las tres en punto. Puntualidad alemana.

Ahora, cuando ya todo ha pasado, Lobanov-Rostovski empieza a temblar con mucha violencia. Tiembla hasta que su cuerpo acaba empapado en sudor.

Después, esa noche, no sucede nada más.



*Sábado, 16 de septiembre de 1916*

## MICHEL CORDAY TRABAJA HASTA TARDE EN LA OFICINA DE SU MINISTERIO EN PARÍS

Comienzos de otoño. Cielos altos y claros. Los periódicos le irritan como de costumbre. Dominan las portadas titulares en negrita que proclaman nuevas victorias aliadas. No encuentra una mala noticia hasta la tercera página. Allí se menciona en tres líneas que el ejército rumano continúa replegándose.

Aparte de esto nada, ni rastro. Corday acaba de leer una carta escrita por un coronel, quien narra un terrible suceso ocurrido hace poco en Verdún, donde la batalla *todavía* se está librando, si bien con menguada intensidad. (Hace una semana tropas francesas realizaron un ataque en Douamont y tomaron algunas trincheras. Hace dos días contraatacaron unidades alemanas. Simultáneamente la batalla del Somme, tras un periodo de hibernación, se ha reavivado. Justo en ese frente se utilizó ayer por primera vez en la historia una nueva máquina de guerra; se trata de un vehículo motorizado de combate, armado de cañones y ametralladoras, escudado por una coraza de acero que avanza rodando sobre llantas de oruga.) Hacía tiempo que las tropas venían utilizando un túnel ferroviario abandonado en Tavannes como refugio, cuartel y almacén de municiones. El túnel cegado siempre estaba rebosante de personal, ya fueran soldados extraviados que se habían alejado de sus unidades u otros que simplemente buscaban guarecerse del fuego constante. La noche del 5 de septiembre se produjo una explosión en un almacén de municiones, y en el incendio resultante murieron entre quinientos y setecientos soldados. Sobre esto no se ha escrito ni una palabra en la prensa. (Del suceso ni siquiera se ha informado a los dirigentes políticos.)

La censura es férrea y su reglamento extenso, intrincado y poco inteligible.<sup>196</sup> En los periódicos se observan con frecuencia secciones en blanco a causa de los artículos retirados en el último momento. Otras manifestaciones de la censura consisten en manipulaciones puramente semánticas, algunas de ellas más bien ridículas. A los columnistas que emplean la expresión «tras la paz» se les exhorta a escribir «periodo posbélico». Un colega conocido suyo, quien trabaja en un ministerio contiguo, acaba de convencer a los periódicos de que dejen de emplear el término «carreras de caballos» y utilicen en su lugar «pruebas de selección ecuestre». «¡Estamos salvados!», refunfuña Corday.

Pero, en realidad, no es la censura ni el reglamento lingüístico lo que más indigna a Corday, sino el hecho de que los periodistas estén tan dispuestos a cumplir sumisamente la función de megáfonos de políticos nacionalistas y militares miopes. En su diario Corday escribe:

*La prensa francesa nunca ha revelado la verdad, ni siquiera la verdad que es posible desvelar pese a la censura. Por el contrario, se nos ha sometido al bombardeo pesado de la palabrería elocuente, del optimismo desenfrenado, de la sistemática difamación del enemigo, de una férrea determinación de ocultar los horrores y desgracias de la*

*guerra, ¡y después lo han tapado todo bajo una máscara de idealismo moralizante!*

El lenguaje es una de las materias primas más estratégicas de la guerra.

Por la tarde Corday da un paseo hasta su oficina del ministerio. A lo largo del bulevar se va cruzando con hileras de oficiales de permiso, todos heridos y condecorados. «Parece que vengan especialmente aquí a cobrar su recompensa en forma de miradas de admiración.» Ve colas frente a tiendas de ultramarinos. Hasta el momento ese ha sido uno de los argumentos de peso de la propaganda, es decir, que los alemanes sufren carestía de todo mientras que en Francia, por el contrario, no falta de nada. Ahora, sin embargo, la carestía se ha empezado a notar también aquí. Cuesta mucho conseguir azúcar, la mantequilla solo se vende por hectogramos y las tiendas ya no tienen naranjas. Al mismo tiempo, ha aparecido en el paisaje urbano un elemento reciente, los nuevos ricos; o como a veces se les llama, los NR. Se trata de estraperlistas, de logrereros que han sabido lucrarse con la guerra y de otros que han amasado fortunas mediante contratos con los militares o gracias a la escasez de mercancías o a actividades por el estilo. Los NR son una nota constante en todos los restaurantes, donde suelen comer lo más caro y beber lo más exclusivo. Nunca antes hicieron los joyeros tan buenos negocios. La moda femenina es lujosa y extravagante. Al mismo tiempo se habla menos que nunca de la guerra. Al menos entre las clases bajas.

Esta noche Michel Corday trabaja hasta muy tarde. Él y un colega del Ministerio de Educación se pasan horas y horas redactando un informe dirigido al comité de inventos. No lo terminarán hasta las dos de la noche.

*Un día de finales de septiembre de 1916*

PÁL KELEMEN VISITA LA CANTINA DE LA ESTACIÓN DE SÁTORALJAUJHELY

Más o menos curado de su malaria y descansado tras una larga convalecencia —que ha comprendido desde misas a borracheras con los amigos—, le han vuelto a asignar un destino relajado. Hoy está de vuelta del frente de los Cárpatos, donde acaba de entregar un envío de caballos de carga en las proximidades de Uzok. Allí un discreto capitán de infantería le concedió —a cambio de un par de bellísimas botas de montar de cuero marrón ocre— su primer permiso de verdad en un año y medio. Su destinación es Budapest. Kelemen está de excelentísimo humor.

En Sátoraljaujhely tiene que hacer un trasbordo, y mata el tiempo de la espera en la cantina de la estación. Hay allí montones de pasajeros, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, civiles y militares, «en desasosegada confusión en torno a unas mesas cubiertas por manteles descoloridos». Su mirada recae sobre un alférez condecorado, es joven y tiene el rostro de un niño:

*Está sentado a la cabecera de una de las mesas degustando tranquilamente un trozo de tarta recubierta de un glas amarillo que yace volcado en el plato. Sus ojos no paran de recorrer el local, pero la mirada parece vacía y cansada y siempre vuelve al trozo de tarta, que come con muy evidente fruición. Viste un andrajoso uniforme de campaña del tipo más corriente, con medallas de plata grandes y pequeñas colgadas en el pecho. Seguramente ha estado en casa de permiso y ahora va de vuelta a las trincheras.*

*En la cantina nada permanece quieto, la escena se transforma constantemente. En cambio, él está ahí sentado contra la pared, como si el desorden que le rodea no existiese, absorto en sus propios y contenidos pensamientos y con el segundo trozo de tarta encogiendo a toda velocidad en el plato.*

*Bebe un trago de agua y él mismo se sirve un trozo de tarta con forma de cuña de la tartera de cristal con pie alto donde reposa tentadora una tarta ricamente glaseada, cortada ya en porciones listas para comer. Ahora ya no es por gusto: de cara a los duros tiempos que le esperan intenta almacenar en su interior los deliciosos sabores que asocia a su tierra natal.*

*Miércoles, 20 de septiembre de 1916*

## HERBERT SULZBACH SE LO PASA BIEN EN BRUSELAS

Tienen prisa, porque su permiso dura solo dos días, pero en St. Quentin el tren se detiene. Sulzbach y su amigo el teniente Shellenberg no tienen más remedio que esperar allí dos horas. Tanto las líneas de ferrocarril como las carreteras están atestadas de tropas que van o vuelven del campo de batalla del Somme. (Acaban de iniciarse contraataques alemanes entorno a Combles.) Amplias columnas de marcha se desplazan parsimoniosamente por las estrechas calles.

Es fácil distinguir unos de otros. Los que vuelven de la primera línea de fuego tienen los uniformes rotos y mugrientos y el cansancio y la abulia escritos en el semblante. Los que se dirigen allí van limpios y descansados, y sus gestos y palabras dejan traslucir que no saben muy bien lo que les espera.

Luego prosigue el viaje. Le Cateau, Maubeuge, Mons, Braine-le-Comte, Bruselas. Anochece ya cuando se inscriben en el elegante hotel donde tienen habitaciones reservadas. Habitaciones, sí. A Sulzbach la suya se le antoja irreal, un espejismo en comparación con el sucio y angosto refugio donde suele dormir. Por no hablar de la cama: mullida, con sábanas impecablemente blancas. No tardan en ocupar una mesa abajo en el restaurante, con la música de una orquestina de calidad sonando en sus oídos, sentados ante un plato de alta cocina y rodeados de mujeres elegantemente vestidas. Después recorren una tras otra las salas de baile.

Sulzbach ha sopesado muchas veces el contraste entre la oscura y espantosa realidad de la guerra y el mundo más bien paradisíaco con el que se encuentra todo aquel que sale del frente. Es un contraste que no deja de fascinarle. Allí muerte, aquí vida; como cuando regresaba de permiso a casa de sus padres en Fráncfort del Meno. Aquí vida, allí muerte. Bueno, de hecho, no solo allí. Incluso en el frente es posible experimentar momentos de belleza en medio de los pesares, o una súbita paz en medio de la angustia, máxime para una persona como Sulzbach, con su altamente desarrollado sentido de la naturaleza.

Pese a que a Sulzbach estos contrastes le parecen chocantes, en ocasiones hasta escandalosos, no consiguen indignarle. En cierto modo se alegra de que existan, de que en verdad existan paraísos en donde refugiarse, que todavía sea posible hospedarse en hoteles de lujo y dormir en camas limpias y recién hechas, que todavía sea posible comer bien y beber mucho, que todavía sea posible salir a bailar y cortejar a las chicas. Tampoco siente ninguna necesidad de justificarse ante sus camaradas del frente: ellos lo comprenden muy bien. En todo caso le preocupa que su familia no entienda esta... en fin, esta frivolidad suya, a él, que es uno de los luchadores de este combate histórico que se está librando en el mundo. En su diario escribe: «No deberían tomarse a mal que hagamos esto, del mismo modo que yo no me tomo a mal que sigan habiendo sitios donde divertirse cuando estás de permiso, porque ¿quién sabe si podremos volver a vivirlo otra vez?». <sup>197</sup>

Durante la noche se sienta casualmente junto a un teniente con bigote de su misma edad. Colgando del cuello el joven luce la medalla más codiciada de todas, Pour le Mérite, o la Max Azul, como

también se la llama. Sulzbach le reconoce enseguida. Es el as de la aviación Wilhelm Frankl, quien, al igual que Sulzbach, es de Fráncfort del Meno, y cuya familia, también como la de él, es de origen judío. A Sulzbach le interesan sobremanera los pilotos de combate alemanes, se alegra de sus victorias, se conduele con sus derrotas (que por lo general son sinónimo de muerte) y, al igual que muchos otros, lleva una meticulosa cuenta de sus victorias como si de los resultados de una competición deportiva se tratara. Y es que los ases de la aviación son tan famosos como las estrellas del deporte, pero se les ensalza aún más. En Alemania, el culto al héroe ha dado origen a una pequeña industria comercial: cualquiera puede comprar bustos, impresiones al óleo, escritos o cromos que de un modo u otro rinden homenaje a los distintos aviadores. Sulzbach tiene planes bastante avanzados de convertirse en piloto de combate.

Cuando su permiso se acaba y es hora de partir de Bruselas, Sulzbach está muy contento. Se siente nuevo, más animado. Tras él deja una nueva amistad. Se llama Berthe.

También en el viaje de vuelta el tren se detiene para dar paso a columnas de infantería y de artillería que van o vienen del Somme. La visión de estos últimos turba levemente su recién conquistada serenidad: los que vuelven de la batalla dan la impresión de estar hechos polvo. Además, es inconcebible la cantidad de porquería que llevan encima.

¿Cuándo le tocará el turno a Sulzbach de que le echen a esa hirviente caldera?

Sábado, 23 de septiembre de 1916<sup>198</sup>

## PAOLO MONELLI CONVERSA CON UN MUERTO EN EL MONTE CAURIOL

A estas alturas han subido ya muchas montañas, pero cabría preguntarse si esta no es la peor de todas. Hace aproximadamente un mes asaltaron y conquistaron el monte Cauriol, lo cual puede considerarse una hazaña, ya que la montaña era alta y la posición austrohúngara fuerte. Después pasó lo que suele pasar: tras el esfuerzo y las bajas no quedaron fuerzas para continuar. Los oponentes, en cambio, sacaron frescas tropas de reemplazo e iniciaron un contraataque, porque ahora el punto, de hecho totalmente insignificante, había empezado a ser nombrado en comunicados y noticias de diarios convirtiéndose debido a ello en un trofeo que defender o que ganar.

La compañía de Monelli ha rechazado varios contraataques enemigos. En las alambradas de espino cuelga más de un austríaco muerto. También las bajas de su propio bando son muy elevadas. Desde las montañas circundantes les disparan y bombardean casi sin parar. Monelli toma nota de que casi no queda nadie del pelotón original. Continuamente les envuelve la pestilencia de cuerpos descompuestos. En una sima muy próxima yacen una veintena de caídos en estado de putrefacción. Uno de ellos es un oficial de un cuerpo sanitario austríaco. El cuerpo yace de modo que Monelli puede seguir su lenta transformación. Ayer se le reventó la nariz, y empezó a salir una especie de líquido verde. Curiosamente los ojos del muerto están casi intactos, y a Monelli le da la impresión de que le acusan con la mirada. En su diario escribe:

*No fui yo quien te mató, además, ¿por qué, siendo médico, tuviste que salir a tomar parte del asalto nocturno? Tenías una novia cariñosa que te escribía cartas, engañosas tal vez, pero llenas de consuelo, y tú las guardabas en tu cartera. Rech te la quitó la noche en que te mataron. También hemos visto su retrato (un bombón, aunque alguien soltó comentarios indecentes) y fotos de tu palacete y de todo el lujo de pacotilla que había allí dentro y que te gustaba tanto; todo lo reunimos en un montoncito en el suelo alrededor del cual hicimos un corro, apretujados en nuestro refugio, contentos de haber rechazado el asalto, con una botella de vino como recompensa por nuestro arduo trabajo. No hace mucho que te moriste. Y ya no eres nada, nada más que una masa gris desplomada contra el acantilado, predestinado a heder, y nosotros tan vivos y coleando, alférez, tan inhumanamente vivos que en vano busqué un ramalazo de arrepentimiento en el fondo de nuestras conciencias. ¿De qué te sirve a ti el haber contemplado el mundo con tanta avidez, el haber sostenido el cuerpo joven de ella en tus brazos, el haber partido a la guerra como si fuera una vocación? ¿Tal vez hasta a ti te embriagó la elevada misión y tu posición en la vanguardia y la idea de que tal vez tu destino fuera el sacrificio? Muerto, ¿por quién? Los vivos que tanta prisa tienen, los vivos que se han acostumbrado a la guerra como quien se acostumbra a un ritmo de vida ajetreado, los vivos que no creen que ellos vayan a tener que morir, esos ya no se acuerdan de ti. Es*

*como si tu muerte no solo hubiese dado por terminada tu vida, sino que también la hubiese anulado. Por un tiempo, muy poco, aún permanecerás en la lista del furriel como el patético objeto de un discurso necrológico, pero tú, el hombre, ya no existes, y es como si nunca hubieses existido. Lo que está allí abajo no es más que carbono y sulfito de hidrógeno, tapado por los harapos de un uniforme; a eso es a lo que llamamos muertos.*

*El hedor de los muertos en el fondo de la sima, no obstante, se ha vuelto más y más molesto. Al caer la noche se les encomienda a cuatro soldados la tarea de retirar los cadáveres. A cada uno le adjudican una máscara antigás contra el olor y un vaso de coñac.*

*Martes, 26 de septiembre de 1916*

## VINCENZO D'AQUILA RECIBE EL ALTA DEL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO DE SIENA

Son las doce en punto. Cuando llega la conferencia telefónica se halla abajo en el patio con algunos de los otros pacientes. Uno de los cuidadores le hace señas de que se aproxime y le comunica que tiene que personarse en el despacho del director del hospital, y añade: «Diles adiós a tus amigos, cabo, hoy nos dejas». D'Aquila llama a sus hermanos de infortunio. Se intercambian despedidas y buenos deseos, y a él súbitamente le invaden sentimientos contradictorios: «Tristeza por tener que separarme de los compañeros; dicha de poder volver respirar aire libre». Después de vestirse de uniforme y de recoger sus pertenencias se dirige al edificio administrativo, busca la puerta del despacho del director y llama.

Es en Siena donde D'Aquila empieza a volver en sí. Todavía considera que es necesario detener la guerra y que esta es un error y una injusticia, pero ha comprendido que es muy difícil encomendarse a tal colosal misión tras los barrotes de un hospital psiquiátrico. Ha trabajado en la lavandería del hospital, tendiendo sábanas y doblando infinitas cantidades de fundas de almohada. Ha querido que le soltaran y le declararan cuerdo; de hecho, ni siquiera ha querido reconocer haber estado loco. Los médicos argumentan que si no admite haber estado loco ahora no pueden declararle cuerdo. Respondiendo a una pregunta directa D'Aquila ha afirmado que no tiene ninguna intención de regresar al frente jamás.

Algunos médicos han sospechado que D'Aquila simulaba su enfermedad mental, por lo que se han hecho intentos de desenmascararle como fingidor. Lo cierto es que distinguir a los que se escaquean de los enfermos de verdad constituye una de las tareas principales del personal. Aunque no todos cumplen su cometido con el mismo celo, pues D'Aquila sabe de primera mano que hay cuidadores que ayudan a los pacientes a simular sus síntomas; les avisan cuando están a punto de llegar los médicos, y a los que oficialmente rehúsan comer les pasan comida a escondidas. El mismo D'Aquila es de la opinión que gran parte de los pacientes mentales que ha conocido no son más que unos simuladores que intentan escaquearse, y sin preocuparle la posibilidad de incurrir en una contradicción, los mira con un escepticismo rayano al desprecio. Porque la cuestión es que existen sospechas de que él sea uno de ellos. También se le atribuye haber dicho cosas como que «mientras dure la guerra más vale un hospital psiquiátrico que una trinchera». Cuando no se ha dedicado a doblar fundas de almohada o a pasearse por el patio ha buscado la compañía de los otros internos, y con ellos ha leído periódicos y gacetas, jugado a las cartas y al dominó, y discutido, con una seriedad mucho mayor que sus conocimientos sobre el tema, la situación actual de la guerra y lo que cabe esperar a continuación.

En el mes de agosto D'Aquila llevó a cabo una breve huelga de hambre en protesta contra la monotonía del menú, donde, entre otras cosas, la sopa de arroz era uno de los platos permanentes. Eso le valió una amenazadora reprimenda por parte del director, además de tres días de incomunicación en una celda de paredes acolchadas. Desde entonces el director está convencido de que D'Aquila finge. Probablemente, el alta del joven soldado no es solo un modo de deshacerse de



un alborotador, sino también una forma de castigarle, ya que entonces D'Aquila tendrá que volver a entrar en servicio. Y si se niega, se convierte *de facto* en un desertor.

La puerta se abre. Quien recibe a D'Aquila no es el director del hospital sino uno de los médicos, un catedrático bajito de nombre Grassi. Este estrecha su mano y le felicita por el alta.

Ese mismo día D'Aquila abandona Siena y viaja en dirección a Roma. Hace trasbordo en Florencia, donde tiene que matar unas horas en espera de su tren. Decide dar un paseo por la ciudad pero se queda de piedra —y furioso— en la bella Piazza della Signoria. Sus diversos mundos intersectan con un tremendo chirrido. No hay allí ni rastro de las preguntas ni cuestiones que con tanta intensidad han ocupado su mente durante el último año y que, literalmente, le han hecho perder la razón. No hay allí ni siquiera algo que indique lo más mínimo que están en guerra. La gente toma café, come helados y flirtea. En un rincón hay una orquestina tocando valeses de Viena.

*Domingo, 15 de octubre de 1916*

## ALFRED POLLARD HALLA RASTROS DE LOS COMBATES DEL VERANO PASADO EN EL SOMME

Noche otoñal. Frío. Humedad. Luna llena. Una vez más esta noche Alfred Pollard va de exploración por tierra de nadie. El lugar es el Somme. Con el rostro ennegrecido por un corcho carbonizado y un revólver listo para disparar en la mano se arrastra por lo que parece ser una hilera infinita de embudos de granada:

*No había avanzado demasiado trecho cuando sentí que algo se hundía con un crujido debajo de mí. Era un esqueleto cuyos huesos habían roído hasta la blancura el ejército de ratas que rebuscaba comida por los campos de batalla.<sup>199</sup> Los jirones de la guerrera militar aún ocultaban su desnudez. Rebusqué en sus bolsillos intentando localizar algo que pudiera servir de identificación, pero estaban vacíos: alguien había llegado allí antes que yo. Más adelante encontré otro esqueleto, después otro y otro más. El suelo estaba atestado de ellos. Eran los cuerpos de los que murieron en los terribles combates de principios de julio. Todos eran británicos.*

Ese mismo día Angus Buchanan anota en su diario:

*Esta noche siete askaris alemanes se han entregado prisioneros. Hablan de la escasez de alimentos, y también de que muchos nativos intentan desertar y van hacia el oeste atravesando el monte bajo con la intención de regresar a sus casas. También cuentan cosas que ya habíamos oído antes: que los porteadores alemanes están parcialmente atados en el campamento, a fin de que no puedan escapar durante la noche si se les ocurriera hacerlo.*

*Mediados de octubre de 1916*

FLORENCE FARBOROUGH PIERDE TODO SU CABELLO

Una noche de hace unas cuantas semanas, cuando tenía la fiebre más alta que nunca, le pareció que su rostro se desdoblaba en tres: uno era el suyo, otro era el de una de sus hermanas y el tercero pertenecía a un soldado herido. De cada uno de los rostros goteaba el sudor y había que humedecerlos con un paño sin cesar. Si dejaban de hacerlo sabía que moriría. Intentó entonces llamar a una enfermera solo para descubrir que se había quedado sin voz. Ahora Farmborough se recupera en una Crimea caldeada por el sol otoñal. El hospital en el que la atienden es un sanatorio para enfermos de tuberculosis pero ella está allí de todos modos. Fuera en la naturaleza todavía domina el verde, y ella se está recuperando con inesperada rapidez. En su diario escribe:

*Mi cabello estaba en muy mal estado, y se me caía a grandes mechones. Hasta que un día vino el barbero a mi sala y no solo me cortó al cero sino que ¡además me afeitó la cabeza! Me aseguraron que no me arrepentiría y que el cabello pronto volvería a salir, más fuerte y espeso de lo que era antes. Desde ese día llevo el velo de enfermera liado a la cabeza y nadie —menos algunos que están al corriente— podría sospechar que bajo el velo se oculta un cráneo completamente pelado, ¡donde no asoma ni un solo pelo!*

Durante el mismo periodo Michel Corday anota en su diario:

*Albert J., ahora de permiso, menciona el odio que los soldados sienten por Poincaré, un odio fundamentado en la idea de que fue él quien empezó la guerra. Señala que lo que hace que los hombres se lancen al ataque es el terror de parecer cobardes ante los demás en caso contrario. También dice, riéndose, que piensa casarse; eso le dará derecho a cuatro días de permiso, además de tres días más cuando nazca el niño, y espera obtener el certificado de exención del servicio militar cuando haya producido seis criaturas.*

*Jueves, 19 de octubre de 1916*

## ANGUS BUCHANAN CAE ENFERMO EN KISAKI

La yacija sobre la que reposa se ha hecho con hierba, y aunque ahora se sienta mejor que los días anteriores todavía está muy débil. Disentería. Todos conocen los síntomas: dolor de barriga, fiebre, diarreas dolorosas y sangrantes. Durante mucho tiempo Buchanan se ha contado entre los sanos, pero que a la larga también él cayera enfermo era inevitable.

Porque la campaña y las peripecias han continuado. En lo que cada vez más ha adoptado el carácter de una pura guerra de guerrillas, sus contrincantes han sido impelidos a abandonar el río Pangani y a adentrarse en las zonas interiores del África del Este alemana. Y Buchanan y los demás los han perseguido, a través del monte bajo, en dirección al sur. En ocasiones han pasado por regiones pobladas, y entonces su manutención ha mejorado provisionalmente, ya que eso les ha permitido dedicarse al trueque con los lugareños.<sup>200</sup>

Con todo, algunos éxitos sí han tenido. A finales de junio lograron por una vez organizar una auténtica batalla junto al río Lukigura con las unidades alemanas, normalmente tan esquivas. Pese a estar agotados, los de la 25th Royal Fusiliers destacaron una vez más, primero gracias a una rápida marcha de flanco, después obligando a los adversarios a huir mediante un intrépido ataque con bayonetas. La importante ciudad de Morogoro —situada junto al ferrocarril central— fue tomada a finales de agosto, si bien tras costosos combates y arduas y en ocasiones del todo infructuosas marchas a través de un paisaje de difícil acceso que ora se ondulaba, ora era pantanoso y parecido a un cenagal. Dar es-Salaam, el mayor y más importante puerto de la colonia, está en manos de Gran Bretaña desde comienzos de septiembre. Cuando la división a la que pertenece Buchanan siguió adelante rumbo al sur, los alemanes continuaron su retirada, paso a paso y bajo constantes escaramuzas.

A finales de septiembre, tras nuevas, costosas y fracasadas intentonas de atrapar al escurridizo enemigo, todo se paró. Las líneas de suministros habían dado demasiado de sí, las reservas estaban demasiado vacías, los hombres demasiado exhaustos. La compañía de Buchanan ofrece un aspecto lamentable. La mayoría están flacos, muchos van con el torso desnudo o sin calcetines bajo sus botas de marcha. Rara vez reciben noticias, y hasta ha sucedido que las cartas de sus familias no les han llegado hasta al cabo de medio año. Su noción de lo que sucede en la guerra es muy vaga.

Buchanan estuvo enfermo de malaria a comienzos de otoño pero se recobró; ahora, como decíamos, padece disentería. Le hace compañía aquella gallina de penacho blanco con la que se hizo a principios de julio mediante un trueque y que decidió conservar. La gallina se ha vuelto muy dócil, un verdadero animal de compañía. Durante las marchas viaja dentro de un cubo, transportada por un sirviente africano. Cuando acampan la sueltan y ella se va por ahí a escarbar comida y de algún modo curioso siempre se las apaña para regresar hasta él, superando el hervidero de cascos y pies. Cada día la gallina le pone un huevo. Un día la vio matar y comerse una pequeña víbora. Por las noches duerme junto a él.

Buchanan yace en su lecho de hierba y escribe en su diario. Está enfermo y deprimido, sobre todo debido a la falta de éxitos palpables:

*Hoy me siento mejor y más animado. Pero habiéndome agotado la paciencia desearía que hubiésemos dado por terminado este asunto de una vez por todas, con lo cual nos libraríamos de África un rato. Albergo el ferviente deseo de que se nos conceda cambiar, aunque solo sea brevemente, los colores y la naturaleza de este tan conocido escenario,<sup>201</sup> cuyas extrañas características son ya imborrables. Mucho me temo que a veces me siento como en una cárcel y que anhelo la libertad que hay más allá de los muros de esta prisión. Es en momentos así cuando mi mente viaja y surgen viejos recuerdos, entrañables y familiares escenas del pasado que ahora invoco con una estimación profunda e inquebrantable. ¡Desearía que permaneciesen [los recuerdos]; desearía que pudiesen, con toda su fuerza, levantar mi cuerpo y trasladarlo por encima de la enorme distancia para ponerme en tierra en algún hermoso y pacífico país!*

El mismo día Paolo Monelli oye angustiado el fragor de la preparación artillera italiana que repica en lo alto del monte Cauriol, donde continúan los combates. En su diario anota:

*El cielo encapotado, gris y bajo. Del valle sube la niebla, aislando ambas cimas, la nuestra y la que tenemos que asaltar. Si morimos, lo haremos aislados del mundo, con la sensación de que a nadie le importa en realidad. Una vez que te has resignado a la idea de tu propio sacrificio al menos quisieras que ocurriese ante un público. Caer bajo el sol, con el cielo despejado, en el gran escenario abierto del mundo, eso es lo que uno asocia con la idea de morir por la patria, pero así, te sientes más bien como un condenado a morir estrangulado y en secreto.*

*Domingo, 29 de octubre de 1916*

RICHARD STUMPF SE SIENTE AGOBIADO POR LA MONOTONÍA A BORDO DEL SMS  
*HELGOLAND*

A saber qué es peor, si la constante bruma producida por las virutas de humo azul del tabaco que inundan el acantonamiento debajo de cubierta o la eterna carbonilla «que se filtra hasta tus entrañas sin parar». Stumpf está tan lúgubre como el día mismo. Recuerda la ilusión que le embargaba cuando llegó recién reclutado en octubre de hace cuatro años, y el contraste con la actualidad le atormenta. La euforia que sucedió a la gran batalla de Skagerack se ha ido extinguendo. Todo ha vuelto a la vieja rutina, tan gris como los buques de guerra mismos: breves patrullas sin incidentes a lo largo del litoral que se alternan con largos periodos en los muelles. De ser posible la flota de alta mar actúa con todavía más timidez y cautela que antes. Su «cárcel de hierro», el vapor *Helgoland*, vuelve a estar amarrado, ahora para reparar un cilindro roto en el motor de babor.

Por enésima vez el humo del tabaco hace subir a Stumpf a cubierta: «¡Malditas pipas apestosas! Me marean y me quitan el apetito. Por eso cada vez que oigo que han subido el precio del tabaco en la cantina me alegro».<sup>202</sup> Le atormenta el humo del tabaco y le atormenta la monotonía. No tiene muchos amigos a bordo. Los otros marineros lo encuentran un tipo raro, tanto por sus intereses intelectuales como porque siempre está escribiendo. Las energías de Stumpf, tanto físicas como mentales, no encuentran canales de salida. En estos momentos no tiene libros que leer, pero ha encargado unos cuantos a Berlín.

Para Richard Stumpf el 29 de octubre se presenta como un día desperdiciado más. Por la tarde, sin embargo, la tripulación entera es convocada a cubierta. Tienen que dar la bienvenida a un submarino que ha regresado a casa. Stumpf observa que las tripulaciones de algunos buques cercanos empiezan a vitorear y lanzar sus gorras al aire. Ahí: el casco ligero de un submarino, número *U-53*. Toda la tripulación del submarino forma alineada en cubierta. «Llevaban impermeables de hule y sus caras resplandecían de felicidad.»<sup>203</sup>

Stumpf siente envidia de los radiantes marineros del submarino, desearía ser uno de ellos. Al mismo tiempo desea de todo corazón que la guerra termine pronto. Como siempre se siente dividido:

*¿Eran nuestras vidas realmente tan buenas cuando todavía había paz? Aunque ahora nos pueda parecer que sí, entonces, en nuestro interior, no había paz. Recuerdo que muchos de nosotros teníamos la esperanza de que estallara la guerra para prosperar. Siempre que recuerdo el modo en que nos preocupábamos por cómo encontrar trabajo, por litigios salariales, por las largas jornadas laborales, la idea de la paz se vuelve menos atractiva. Con todo, ahora se nos antoja un paraíso, porque entonces podíamos comprar todo el pan y las salchichas y la ropa que nos diera la gana. ¡Pero de qué les valía eso a todos los pobres diablos que no tenían dinero para comprar nada! ¿Acaso la*

*verdadera crisis se produzca cuando vuelva felizmente la paz?*

*Sábado, 16 de diciembre de 1916*

## ANGUS BUCHANAN VE LLEGAR REFUERZOS A KISAKI

Son tiempos de recuperación, para todos. Angus Buchanan se ha recuperado de la disentería, y el batallón, lo que todavía queda de él, ha superado las dificultades del otoño. Y ambos han desarrollado, en muy poco tiempo, un asombroso nivel de energía. Buchanan, por su parte, ha seguido coleccionando pájaros, ha efectuado una misión de exploración en la orilla opuesta del río Mgeta y —pese a una recaída de malaria— ha abatido su primer elefante, un macho joven, y acto seguido una gran hembra. Simultáneamente, las tropas han trabajado duro preparando el terreno con miras a continuar avanzando a través de territorio enemigo. Se han derribado montones de árboles y se han construido varios puentes sobre el río Mgeta. También se ha abierto una ancha carretera a través de la selva virgen en Kirengwe.

Hoy los ánimos se elevan aún más al aparecer una columna con unos 150 soldados, bienvenidos refuerzos para el diezmado batallón. A la cabeza va un hombre tocado con un gran sombrero flexible y equipado con un rifle de caza. Es el antiguo jefe de la compañía de Buchanan, Frederick Courtney Selous. Ha alcanzado la edad de 65 años y hace pocos meses estaba tan enfermo que lo enviaron de vuelta a Gran Bretaña. Nadie contaba con volver a verle, y ahora tiene todo el aspecto de encontrarse en excelentes condiciones. Buchanan y los demás se sienten tan contentos como impresionados. «¡Vaya ejemplo de lealtad que mostró al volver al frente, a su avanzada edad, para tomar parte en los combates de su país!» Selous es doblemente bien recibido ya que también puede contarles cómo están las cosas en Gran Bretaña y sobre la situación global de la guerra.

Más tarde, mientras el día refresca y las sombras se alargan, charlan de esto y de lo de más allá. Selous le habla de su gran colección de mariposas que se llevó a Gran Bretaña; Buchanan le habla de su cacería de elefantes. Entre tanto los portadores negros del pelotón de ametralladoras de Buchanan construyen una choza de hierba para el hombre a quien denominan Bwana M'Kubwa: el gran jefe. Dentro de unos días todos se dirigirán hacia el sudeste y el río Rufiji, donde dicen que se ha refugiado el enemigo. Flotan en el aire nuevas esperanzas.



*Domingo, 24 de diciembre de 1916*

## HERBERT SULZBACH CELEBRA LA NAVIDAD EN EL SOMME

Así por fin, les tocó el turno a ellos. Desde el 18 de noviembre la batería de Sulzbach se halla en el frente del Somme. Aunque haya presenciado muchas cosas durante sus años en campaña, nunca antes ha visto tanta destrucción. «Los trozos de las casas yacen manga por hombro, como trozos muertos, por las calles; lo que era una calle no es más que un lodoso campo de cráteres; apenas puedes caminar por ella, tropiezas.»

No es infrecuente que las baterías de artillería estén tan hacinadas que los pares de ruedas se toquen. Además, se las somete a un casi constante fuego de granadas, de las cuales bastantes son de gruesos calibres, 22 y 28 cm, y esto sin que se esté librando asalto alguno allá en el frente. Un día corriente ellos mismos gastan unas mil granadas. Simple rutina.

Hay lodo por todas partes. Ningún árbol, solo tocones resquebrajados, de escasos centímetros de altura. Por encima del invernal horizonte gris flotan suspendidos en hilera los globos de observación del enemigo. Sulzbach ha continuado ascendiendo de categoría: ahora es alférez, cosa que le enorgullece. La iniciativa alemana de paz, que se presentó hace apenas catorce días, le llena de esperanza. Y esa esperanza es la primera señal de que Sulzbach, pese a demostrar a menudo una fe ciega en la causa y en las armas alemanas, de hecho empieza a sentirse hastiado de la guerra.

Otra Navidad de campaña.

Sus orígenes judíos no le han impedido, en años anteriores, entregarse a las celebraciones, y este año tampoco. Sin embargo, aquí en el frente del Somme la paz navideña rehúsa hacer acto de presencia. A Sulzbach le indigna bastante que el enemigo de enfrente no respete esta, «la más alta y hermosa de las fiestas», sino que, por el contrario, continúe presionando. Tocaban las siete de la tarde y siguen ocupados disparando una barrera de fuego defensiva frente a las propias líneas.

Hasta avanzada la noche el fuego no disminuye lo suficiente como para que Sulzbach, en calidad de oficial, pueda recorrer la batería y, yendo de pieza en pieza, les desee feliz Navidad a los hombres y charle un rato con ellos. También visita todos los profundos refugios subterráneos que los soldados se han dedicado a decorar con adornos navideños. Ve que hay regalos preparados, listos para ser abiertos. (El correo llegó hace poco, junto con los hombres del relevo.) Oye a los soldados cantar *Noche de paz*. Uno pensaría que el lugar y las circunstancias convertirían la Navidad en una parodia, pero sucede más bien lo contrario: «Aunque todas las Navidades anteriores hayan despertado nuestros profundos y casi sagrados sentimientos, esta vez, involucrados en esta gran batalla, nos sentimos particularmente conmovidos».

Más tarde se sienta junto al teléfono de campaña. Con su habitual don de gentes empieza a llamar a las baterías y compañías vecinas para desearles una feliz Navidad. Con sorpresa constata agradecido que todos los hilos telefónicos aún siguen intactos.

*Sábado, 30 de diciembre de 1916*

### ALFRED POLLARD LE ESCRIBE UNA CARTA A SU MADRE

Ha sido un buen año para el sargento Alfred Pollard, DCM. El victorioso combate en torno al cráter de Sanctuary Wood de finales de septiembre del año pasado ha resultado en la *Distinguished Conduct Medal* (medalla por una conducta destacada), de la cual está muy satisfecho, aunque muy en el fondo se sienta algo decepcionado, pues tenía la secreta esperanza de recibir la más alta distinción de todas, la Cruz Victoria.

Tras recibir atención médica en Inglaterra y a la espera de ser declarado apto para el servicio, ocupó el tiempo yendo al teatro y a las revistas (espectáculos gratuitos para combatientes heridos), ir de juerga, entrenarse en el lanzamiento de granadas en el jardín de su madre y escribir una solicitud para ser admitido como oficial, lo cual se le ha concedido. Desde el mes de mayo está de vuelta en Francia, donde le han nombrado responsable de la instrucción del batallón en lanzamiento de granadas en combate. Ha retomado su vieja costumbre de realizar excursiones nocturnas en tierra de nadie.

Lo único que ha conseguido perturbar ligeramente a Pollard fue la notificación que le llegó a finales de verano de que su hermano mayor había caído en combate. En ese momento sopesó la posibilidad de solicitar un destino menos expuesto por consideración a su madre, a quien ahora solo le queda un hijo. Pero enseguida se lo quitó de la cabeza. Por el contrario, quiere vengar a su hermano y desde ese día su ambición es «esforzarme al máximo para matar a cuantos más [alemanes] mejor». Ha celebrado las Navidades en una mansión francesa de la retaguardia, donde nuevamente ha instruido a los soldados en el dónde, el cómo y el cuándo se utilizan las granadas de mano. Tiene ahora un nuevo apodo, Bombo.

Este día le escribe una carta a su madre:

*Queridísima madre,*

*Me han dicho que no te has encontrado del todo bien. Espero que ya estés restablecida. El correo no ha funcionado como debiera últimamente, sin duda debido a las celebraciones navideñas, pero he recibido mi equipo de fútbol y el bizcocho que ha hecho Perk, todo en un estado muy satisfactorio. En estos momentos estoy en ese cursillo de formación del que te hablé, y tengo la intención de quedarme. Pero para ser del todo sincero, madre, en mi fuero interno siento que tendré que seguir al batallón cuando este reciba las órdenes de regresar al frente. Imagino que eso no sucederá hasta finales de enero, así que no empieces a preocuparte. Sin embargo, realmente siento que debo ir con ellos. He solicitado ya la baja pero es posible que me retengan aquí hasta el final del cursillo. Sea como fuere, mejor que dejes de enviar correo a la dirección del campamento de instrucción y vuelvas a enviarlo al batallón. Lo lamento por ti, madre,*

*aunque sé que me comprendes. Últimamente he podido dedicarme a montar con verdadero placer. Ayer por la tarde fui a una ciudad situada a unas siete millas de aquí. A la vuelta galopamos tres millas sin una sola pausa. ¡Qué maravilla! A lo largo del camino hay dos hileras de árboles, y la tierra entre medio es blanda.*

*Dos semanas más tarde su batallón marcha de regreso al frente. Pollard se cuenta entre sus filas. ¿Habrá un elemento de autodestrucción en ello? Probablemente no. En su bolsillo lleva un nuevo amuleto, una figurilla de porcelana con una cinta violeta anudada al talle y una expresión angelical en el rostro pintado; es un obsequio de la hermana de esa mujer que lo rechazó con tanta vehemencia. Pollard ha bautizado a la muñequita con el nombre de Billiken. A partir de este momento siempre la llevará consigo.*



Columna de mantenimiento austrohúngara en las proximidades de Santa Lucia, octubre de 1917: «La trinchera en sí está en la primera línea, con vistas al cónico monte Santa Lucia junto al río Isonzo. Un valle profundo de empinadas vertientes separa las líneas italianas de las posiciones austriacas.» Fragmento 61 (Fuente: Bundesarchiv)



Cazadores de montaña italianos en su elemento, 1915: «La experiencia de Monelli como montañista le ha facilitado la entrada en la unidad de los *Alpini*, o cazadores de montaña, la infantería de elite italiana. Se alistó en junio, en Belluno.» Fragmento 75 (Fuente: Getty)



Cazadores de montaña austrohúngaros tantean la situación en los Alpes, 1915: «Un ramalazo de frío, el corazón se inquieta. La primera bala de la guerra: una advertencia que significa que la maquinaria se ha puesto en marcha y te arrastra de forma inexorable. Ahora estás dentro. Nunca más podrás salir.» Fragmento 75 Fuente (IWM)



Cima Undici, 1916: «El batallón de cazadores de montaña al que pertenece Paolo Monelli se halla desde hace unos días en una montaña de la meseta del Asiago. De vez en cuando les han disparado con artillería.» Fragmento 100 (Fuente: Museo Storico di Trentino)



Monte Cauriol, 1916: «A estas alturas han subido ya muchas montañas, pero cabría preguntarse si ésta no es la peor de todas. Hace aproximadamente un mes asaltaron y conquistaron el monte Cauriol, lo cual puede considerarse una hazaña.» Fragmento 121 (Fuente: Museo Storico di Rovereto)



Un hospital militar austrohúngaro en el Ortigara, 1915: «Durante unos catorce días han visto cómo un batallón tras otro era conducido hasta la cima del Ortigara, y en cada ocasión han podido apreciar el mismo resultado: primero vuelven los camilleros con los heridos y las mulas cargadas con los muertos, transcurrido un tiempo pasa de largo lo que queda del batallón.» Fragmento 157 (Fuente: Museo Storico di Trentino)



Prisioneros de guerra italianos y algunos de los soldados alemanes que los han derrotado, en Udine, octubre de 1917: «A Monelli no le llegan ni periódicos ni comunicados; está, como si dijéramos, en las nubes de la ignorancia, y allí lo único que se les ofrece son rumores [...]. Como, por ejemplo, que los alemanes han tomado Údine. Como que 200.000 italianos se han entregado prisioneros.» Fragmento 173 (Fuente: Museo Storico di Rovereto)





Depósitos, heridos y bañistas aglomerados en la Cueva Anzac, 1915: «Dawkins y los suyos se han equivocado al desembarcar, están a más de un kilómetro al norte del punto predeterminado. Esto, en cierto modo, es una suerte, ya que donde desembarcaron las defensas otomanas eran anormalmente débiles.» Fragmento 42 (Fuente: AWM)



V Beach en la punta sur de Galípoli, 1915: «En realidad, los aliados sólo han conseguido establecer firmes cabezas de puente en dos lugares. Uno es el vértice del extremo sur de la península —y el otro aquí, en el lado oeste de Galípoli, en Gaba Tepe.» Fragmento 42 (Fuente: Ullstein)



Columna de mantenimiento austrohúngara en Serbia, octubre-noviembre de 1915: «La invasión de Serbia por las Potencias Centrales transcurre conforme al plan, a nivel nacional la opinión pública opina que ya va siendo hora. El año pasado el ejército Austrohúngaro fue al ataque tres veces contra el país vecino y tres veces fue repudiado.» Fragmento 64 (Fuente: Ullstein)



Soldados serbios hechos prisioneros a punto de entregar las armas en Montenegro, febrero de 1916: «Ahora las derrotadas tropas serbias se baten en retirada intentando eludir el inminente cerco. Y no sólo las tropas: enormes cantidades de civiles les acompañan en la incierta huida hacia el sur.» Fragmento 64 (Fuente: Ullstein)



Un aeroplano alemán se aleja en una misión de combate, y la población civil observa, Macedonia, 1915: «Los verdaderos combates sólo se libran arriba en Macedonia. Haciendo un juego de palabras los soldados británicos apodan al país “Muckedonia” (muck significa estiércol o porquería en inglés) debido a gran la cantidad de fango y suciedad.» Fragmento 111 (Fuente: Ullstein)



Campamento militar británico a las afueras de Salónica, abril de 1916: «El ejército de Oriente de Sarrail permanece todavía en Salónica, en absoluto desacuerdo con la neutralidad griega y pese a que muy poco o nada parece ya poder ganarse con la empresa.» Fragmento 111 (Fuente: IWM)



Salónica poco después del gran incendio, agosto de 1917: «Los años de ocupación occidental y el consiguiente flujo de tropas procedentes de casi todos los rincones del mundo intensificaron sus ya de por sí vivos contrastes y su aire cosmopolita.» Fragmento 164

Observando los rostros de estos hombres a quienes yo conocía comprendí y sentí que habían cambiado. Parecían gastados, consumidos y sus semblantes me desolaron. [...] Al mirar en derredor todos me parecieron una especie de caricaturas de sí mismos: descompuestos, mutados a algo que me puso en alerta. ¿En qué se estaban transformando? ¿Hasta dónde iba a conducirnos esto, en realidad?

# Cronología

31/1 Alemania anuncia el inicio de la guerra de submarinos sin restricciones. 3/2 Estados Unidos rompe relaciones diplomáticas con Alemania. 21/2 Retirada planificada de los alemanes en Francia hasta la denominada línea Siegfried. 24/2 Fuerzas británicas reconquistan Kut al-Amara en Mesopotamia. 9/3 Los disturbios por la escasez de comida en Petrogrado crecen hasta convertirse en revolución. 11/3 Fuerzas británicas entran en Bagdad. 26/3 La primera batalla de Gaza. Los defensores otomanos rechazan a los británicos. 6/4 Estados Unidos declara la guerra a Alemania. 9/4 Ofensiva británica en Arras. Ciertos éxitos. 16/4 Se inicia una ofensiva francesa a gran escala en Le Chemin des Dames. Éxitos poco importantes. 19/4 La segunda batalla de Gaza. Los defensores otomanos rechazan de nuevo a los británicos. 29/4 Amotinamientos dentro del ejército francés. Se propagan, se vuelven generales y se prolongan hasta principios de junio. 12/5 Inicio de la décima ofensiva italiana en el Isonzo. Algunos éxitos. 1/7 Ofensiva rusa en el Este que se descalabra hacia finales del mes. 31/7 Ofensiva británica a gran escala en los alrededores de Ypres, en Flandes. Se prolongará hasta noviembre. 3/8 Renovada ofensiva aliada en África del Este. 5/8 Ofensiva germano-austríaca en Rumanía. 19/8 Inicio de la undécima ofensiva italiana en el Isonzo. Ciertos éxitos. 21/8 Ofensiva alemana en torno a Riga. Logros considerables. 24/10 Inicio de la batalla del Caporetto. Grandes logros. Retirada general de los italianos. 31/10 Batalla de Beersheba en Palestina. Los británicos abren una brecha. 6/11 Passchendaele, a las afueras de Ypres, es tomada por tropas canadienses. La ofensiva se interrumpe. 7/11 Los bolcheviques dan un golpe y toman el poder en Petrogrado. 9/11 El ejército italiano instauro una nueva línea defensiva a lo largo del río Piave. 1/12 Las últimas fuerzas alemanas se retiran fuera de África del Este y entran en Mozambique. 2/12 Se inician negociaciones de paz entre Alemania y el nuevo gobierno bolchevique ruso. 9/12 Tropas aliadas entran en Jerusalén.

*Jueves, 4 de enero de 1917*

## ANGUS BUCHANAN ASISTE AL ENTIERRO DE SU JEFE DE COMPAÑÍA EN BEHOBEHO

Al principio da la impresión de ser una nueva operación con táctica de tenaza fallida. Ya antes del alba estaban levantados los 25th Royal Fusiliers, o mejor dicho, los apenas 200 hombres que quedan de los 1.200 que eran originariamente. Se han ganado la reputación de ser una de las unidades británicas más ágiles y fiables, y por eso, una vez más, les envían por delante para realizar un movimiento envolvente. El objetivo, tanto por su parte como por parte de la fuerza principal, es la aldea de Behobeho. Mientras las restantes unidades se aproximan al pueblo desde el este, Buchanan y sus compañeros deberán dar la vuelta sigilosamente, entrar desde el oeste e impedir que la unidad alemana que se sabe ocupa la aldea se escabulla como de costumbre. Rayos de sol. El cielo está al rojo vivo. El aire huele a vegetación caliente.

Tras dos horas de cautelosa marcha a través del monte bajo alcanzan finalmente el lugar donde han decidido esperar a los adversarios en retirada. Ante sí ven un estrecho camino que conduce a la aldea. En el aire cálido flota el sonido de un persistente tiroteo. La fuerza principal ha iniciado el asalto. Los hombres de la 25th Royal Fusiliers se despliegan en una larga y prolongada línea de tiro, después se echan cuerpo a tierra bajo las frescas y oscilantes sombras de los árboles. Y a esperar. El lejano estruendo del combate no da señales de remitir. Pasado un tiempo se extiende cierta impaciencia entre los hombres apostados. ¿Acaso también esta empresa se malogrará?

Las operaciones en el África del Este alemana han proseguido, obviamente. Las columnas británicas se desplazan de valle en valle en parsimoniosos avances, ejerciendo una lenta presión sobre las ágiles y escurridizas compañías de *Schutztruppen* (tropas de asalto) hacia el sur. Ahora falta poco para que alcancen el río Rufiji.

Sobre el papel el asunto parece todo un éxito: la mayor parte de la colonia alemana ha pasado a manos aliadas. Pero el coste en sufrimiento y recursos ha sido elevadísimo. La guerra también ha afectado esta zona de África como ningún otro conflicto. Antes de que todo acabe solo los británicos habrán reclutado un millón de portadores negros (prácticamente todos los suministros son transportados, en algún tramo del trayecto al menos, sobre lomos africanos), y de ese millón uno de cada cinco hombres morirá.

Lo que los altos mandos de la Entente —con Smuts a la cabeza— no entienden es que a su adversario, el duro, inteligente y cínico Von Lettow-Vorbeck, en realidad no le importa nada la colonia. Desde un comienzo, este consumado maestro en la guerra de guerrillas ha tenido claro que su misión consistía en atraer al mayor número posible de fuerzas enemigas. Porque cada soldado, cada cañón y cada cartucho que se manda en los barcos a África del Este supone un soldado, un cañón y un cartucho menos en el frente occidental. Y esto el alemán lo ha conseguido en un grado mucho mayor de lo esperado. Smuts dispone en estos momentos de cinco veces más efectivos que Von Lettow-Vorbeck, pero, en cambio, está muy lejos de vencer al alemán.

Bajo el tórrido calor llegan corriendo unos exploradores muy excitados. Han divisado al enemigo

avanzando por el camino. Se dan órdenes; la línea de hombres tumbados se levanta y descende con las armas en alto hacia el camino. Buchanan está al mando de dos pesadas ametralladoras Vicker y consigue colocarlas en posición de fuego. Efectivamente. Por el fondo ve venir *askaris* alemanes que acaban de abandonar la aldea. Buchanan explica:

*Contra estos enseguida abrimos fuego de ametralladoras y fusiles, al cogernos por sorpresa ocasionamos muchas bajas. Pese a lo cual, en un principio, respondieron a nuestro fuego, cosa impresionante, aunque no tardamos en machacarlos, y los que quedaron interrumpieron el tiroteo y huyeron por el monte.*

Gran parte de la moderna técnica militar ha sido difícil de implementar en el terreno y el clima africanos. Los vehículos motorizados suelen quedar parados, la artillería pesada se encalla, la aviación raramente divisa sus objetivos a través de la espesa vegetación. La efectividad de la ametralladora, en cambio, ha demostrado ser igual de letal aquí que en los demás escenarios bélicos. (Cosa que, por otro lado, la gente con experiencia en guerras coloniales anteriores ya sabía.) En combate en la selva y el monte bajo el fuego de fusil, por algún motivo, tiende a pegar demasiado alto. Las pesadas ametralladoras, por el contrario, tienen el efecto de verdaderas guadañas que a unos metros de distancia siegan la espesa vegetación de una punta a la otra y abaten todo lo que se esconda ahí dentro, y esto gracias a que disponen de un volante para apuntar y a que fácilmente se pueden instalar en posiciones de fuego fijas.

Buchanan y los demás continúan hacia Behobeho pasando de largo junto a caídos y heridos. Se instalan en un cerro en las inmediaciones del pueblo. Desde ahí se inicia un prolongado fuego cruzado con los soldados negros de la aldea. Hace un sol ardiente.

Lo que sigue son horas de mucho malestar.

El cerro en el que se han instalado está cubierto de deslumbrantes guijarros blancos, y los rayos del sol se reflejan de un modo que, visto desde lejos, podría tildarse de hermoso, pero que en los que se ven obligados a estar tumbados sobre ellos produce un calor casi insufrible. A todos les salen dolorosas ampollas, incluso a aquellos bendecidos con una tez morena, curtida como el cuero tras años de exposición al sol africano. Los soldados de la aldea, por el contrario, están a la sombra. Además, pueden utilizar los árboles para encaramarse a ellos y disparar certeramente contra los hombres tumbados en lo alto de la ardiente loma de guijarros.

Prosigue el tiroteo. Aumentan las bajas entre los hombres de la 25th Royal Fusiliers. Uno de los heridos es Buchanan, a quien una bala le ha atravesado el brazo izquierdo. Pasado un tiempo corre la voz a lo largo de la línea. Su jefe de compañía, el capitán Selous, está muerto. (Había avanzado una cincuentena de metros para intentar averiguar la posición de unos francotiradores particularmente molestos y apenas tuvo tiempo de llevarse los prismáticos a los ojos cuando una bala le dio en el costado. Entonces se dio la vuelta, sin duda para regresar a su propia línea de tiro, pero durante el giro recibió el impacto de otra bala, esta vez en un lado de la cabeza, y cayó muerto.) Reaccionan con horror ante la noticia, porque todos «le apreciaban extraordinariamente, como mando y como una especie de figura paterna, hombre magnífico e intrépido». Quien más afectado se ve por lo ocurrido es Ramazani, el sirviente africano de Selous, un hombre que antes de la guerra le acompañó en



numerosas cacerías y que por aquel entonces le servía portando sus fusiles. Loco de pena y embriagado por la sed de venganza, se lanza al tiroteo sin considerar en absoluto las balas certeras que disparan los tiradores ocultos en la aldea.

Hacia las cuatro los adversarios de los británicos se escabullen una vez más y se pierden por el monte. Buchanan y los demás proceden a entrar en la aldea vacía.

Al anochecer entierran a Frederick Courtney Selous y a los demás caídos a la sombra de un baobab.[204](#)

*Sábado, 13 de enero de 1917*

## SOPHIE BOCHARSKI CELEBRA EL AÑO NUEVO ORTODOXO EN UN BÚNKER

El arranque es prometedor y romántico como una postal navideña: se deslizan en trineo a través de un bosque nevado, la crujiente nieve es casi azul bajo el claro de luna. Después llegan al lugar de la fiesta, que resulta ser un gran búnker situado detrás de la primera línea. En el techo unas grandes ramas de pino con bujías incrustadas en las piñas cumplen la función de arañas de cristal. Hay puesta una gran mesa en forma de T con todo tipo de manjares y muchos litros de vodka. Los camareros están dispuestos. Un gramófono de manivela llena el aire de una música hueca y rasposa. El local está ya abarrotado de gente.

La mayoría son mandos de la división, no pocas son mujeres. Algunas, como Bocharski, son enfermeras o algo equivalente, otras son esposas o novias de los oficiales; el ejército imperial no es demasiado estricto en lo que a la presencia de familiares se refiere.

Bocharski toma nota de que el nivel de embriaguez va subiendo rápida y abruptamente, y hasta sospecha que un oficial ha tomado drogas, probablemente cocaína.<sup>205</sup> La concurrencia charla, flirtea, baila. La atmósfera es una extravagante mezcla de euforia y resignación. El jefe de división ya se ha hecho famoso por su comportamiento más bien fatalista en las trincheras, donde, pese al riesgo, a menudo saca la cabeza por el parapeto, e incluso hace volar un pañuelo blanco. Y también en esta división se ha difundido la costumbre entre los oficiales de «jugar a la golondrina», es decir, de cargar un revólver con una sola bala, hacer girar el tambor y después apretar el gatillo.<sup>206</sup> En un momento de la fiesta un oficial le cuenta a Bocharski que durante un asalto que ha dirigido recientemente ni un solo soldado le siguió cuando él echó a correr hacia delante. Un coronel completamente beodo le cuenta que ha dejado de usar soldados rasos en los ataques y que solo realiza incursiones simbólicas con los únicos con los que todavía se puede contar: los oficiales. «Recibo órdenes del cuartel general: “¡Toma esa colina!”. ¿Y de qué serviría tomar esa colina? Eso no lo saben ni ellos.»

A ojos de Bocharski la fiesta degenera en un banquete fantasmagórico, no solo porque ella y muchos otros, en esos instantes de camaradería, indefectiblemente piensan en todos los que faltan, en los desaparecidos, en los caídos en combate (uno de ellos su primo Vladimir); sino también porque resulta evidente que algo se ha perdido también en el fondo de ellos mismos:

*Observando los rostros de estos hombres a quienes yo conocía, comprendí y sentí que habían cambiado. Parecían gastados, consumidos y sus expresiones me desolaron. [...] Al mirar en derredor todos me parecieron una especie de caricaturas de sí mismos: descompuestos, mutados en algo que me puso en alerta. ¿En qué se estaban transformando? ¿Hasta dónde iba a conducirnos esto, en realidad?*

Al sonar las doce los alemanes inician un bombardeo artillero, pero la fiesta prosigue con tranquilidad. La gente continúa bailando, solo alzan un poco más las voces para que no las ahoguen los estampidos. Al abrir la puerta para dejar pasar aire fresco alguien grita: «¡Huele a gas!».

Y aunque la abundante nieve mitigue el efecto de las granadas de gas, tanto hombres como mujeres se ven obligados a ponerse unas máscaras de goma. A la fiesta asisten ahora seres que a ojos de Bocharski más bien parecen «animales grotescos». Algunos intentan seguir bailando, pero las máscaras les resultan demasiado pesadas. La fiesta se va aguando. Ya nadie bebe; ya nadie oye lo que dicen los demás. Solo queda esperar. Cara a cara en un rincón, dos hombres con máscaras antigás juegan al ajedrez.

*Martes, 16 de enero de 1917*

## MICHEL CORDAY VALORA LA IMAGEN QUE TENDRÁ LA POSTERIDAD

Algo pasa, algo en el ambiente está cambiando. Parte de ello se manifiesta en un decreciente interés por la guerra o, mejor dicho, en un acentuado escapismo. Las románticas narraciones de soldados y actos heroicos que llenaban la mayoría de los periódicos durante los primeros años están desapareciendo, sustituidas por relatos policíacos, historias de detectives y demás géneros de evasión. Parte de ello se expresa en un rechazo declarado y explícito hacia la guerra. No obstante, siguen siendo los chovinistas, los nacionalistas, los oportunistas y los charlatanes quienes mediante sus artículos y discursos marcan el tono de la opinión llamada pública.

Todavía no es difícil encontrar, entre lo que se denomina gente común, fieles vestigios de este modo de expresarse y de pensar. Durante largo tiempo se ha considerado tabú abogar por la paz, de hecho, ni siquiera era posible hablar de la paz. Esta ha sido una palabra *non grata* que exudaba un vago hedor a derrotismo, germanofilia y transigente falta de carácter. El simple hecho de mencionarla suscitaba protestas, maldiciones y que algunos pusieran los ojos en blanco; sí, incluso ha sido objeto de censura. El único concepto admitido ha sido «victoria»: completa, sin restricciones, total. Al igual que en los otros estados beligerantes, los sufrimientos y las bajas no han comportado una actitud más transigente, al contrario: la mentalidad se ha vuelto aún más rígida, aún más reacia a aceptar todo lo que no fuera «la victoria». Porque entonces el sufrimiento y las bajas no habrían servido de nada, ¿no es verdad? Además, ¿por qué llegar a un compromiso cuando, de todos modos, no hay quien te venza?

Sin embargo, algo sucede. Se ha producido un cambio en las reglas del lenguaje. De momento solo se nota en la calle, de hombre a hombre.

No cuesta ahora oír a gente mencionar que anhela justamente eso, «la paz». Hace unos días Corday, mientras se pelaba de frío en una parada de tranvía, escuchó la conversación entre una mujer y un sacerdote castrense que acababa de regresar del Somme y de Verdún. El capellán dijo: «Tenemos demasiadas madres de luto. Esperemos que todo acabe pronto». Y hace muy poco, en el mismo tranvía, oyó a una mujer de clase alta, bien arropada en sus pieles, que a voz en cuello le decía a un soldado: «Después de 30 meses tú no estarías donde estás de no ser por los miles de cretinos y canallas que votaron por los partidos belicistas». Muchos de los que escuchaban se removieron incómodos en sus asientos, alguno sonrió socarronamente, pero una obrera sentada cerca de Corday refunfuñó: «Tiene toda la razón».

No son solo el hastío y el agotamiento los que encuentran vías de expresión. En parte, el cambio de actitud probablemente sea una reacción a las iniciativas de paz que se presentaron el mes pasado, primero desde Alemania y su canciller Bethmann Hollweg,<sup>207</sup> después (solo unos cuantos días más tarde) desde Estados Unidos y su presidente Wilson. Los dirigentes de los países aliados desestimaron la primera propuesta, así sin más, de un carpetazo, y correspondieron a la segunda con tal lista de objeciones, exigencias y turbias demandas que a todos les ha quedado claro que la paz, de

haberla, no será inminente.

Con todo, la palabra ha resucitado. Paz.

La propaganda en favor de la propuesta de paz alemana incluye la publicación de una carta del emperador alemán al canciller en la que Guillermo II, entre otras cosas, escribe: «Presentar una propuesta de paz es realizar el acto moral que se requiere para liberar al mundo —incluso a los neutrales— de la carga que en estos momentos lo está aplastando». Este día todos los periódicos franceses polemizan contra esa carta, tratando sobre todo de poner en tela de juicio su autenticidad. La recepción de la propuesta americana también ha sido fría, casi burlona: «¡Quimeras! ¡Ilusiones! ¡Delirios de grandeza!». Corday ha oído a alguien acusar rabiosamente al presidente americano de ser «más alemán que los alemanes».

¿Cómo podría nadie formarse una idea justa de las posibilidades de la paz y de los problemas de la guerra en un mundo en el que el único medio accesible a las masas, la prensa, está duramente censurado y en manos de propagandistas, gallitos de pelea e ideólogos? Michel Corday no encuentra ningún consuelo en la idea de que la posteridad vaya a saber desenredar la maraña de tempestades emocionales, ideas fijas, exageraciones, verdades a medias, ilusiones, juegos de palabras, mentiras y engaños de los que se compone esta guerra. Bien es verdad que su pensamiento a menudo recalca en la pregunta de qué fue lo que sucedió, *en realidad*, cuando la gran convulsión empezó a dar sus primeros coletazos a finales del verano de hace dos años y medio, y que también se dedica a recopilar frenéticamente todos los pequeños vestigios fácticos del proceso que pueda haber aquí o allá, diseminados como las huellas encontradas en el lugar de un crimen ya muy enfriado. La cuestión, sin embargo, es saber qué resulta *posible* averiguar posteriormente.

Sabe desde hace tiempo que la imagen de la guerra y de la opinión pública que transmite la prensa se tergiversa de un modo rayano en el embuste. En abril de 1915 escribe en su diario: «El temor a la censura y la necesidad de halagar sus [de los ciudadanos] más bajos instintos no le deja [a la prensa] pasar nada que no sean odio y ofensas». Los políticos y generales que en 1914 se dedicaron a excitar a la opinión pública en favor de la guerra se han vuelto prisioneros de esos argumentos del odio: han hecho impensable la idea de una paz negociada; incluso ciertas retiradas que estarían motivadas tácticamente se han vuelto imposibles ya que, a los ojos de la prensa y la gente común, enseguida se transformarían en derrotas simbólicas, como fue el caso en Verdún.<sup>208</sup> Pero puede que algo esté cambiando, de todos modos.

Desde luego, que los periódicos son cualquier cosa menos una fuente fiable para los historiadores del futuro salta a la vista. Pero ¿y las cartas privadas? También ahí duda Corday. «Las cartas del frente transmiten una idea falsa de la guerra. El que escribe sabe que la carta puede ser leída. Además, su objetivo principal es impresionar a futuros lectores.» ¿Y qué hay de las fotografías? ¿Acaso se podría recurrir a ellas para averiguar cómo era *en realidad* el frente nacional, por ejemplo? No, concluye Corday. En su diario escribe:

*O bien la vanidad o bien la vergüenza impiden que ciertos aspectos de la vida diaria sean reflejados en nuestras gacetas ilustradas. Así que la posteridad encontrará grandes huecos en la documentación fotográfica de la guerra. Por ejemplo: no nos muestran el interior de las casas, que están prácticamente a oscuras debido a las*

*restricciones de luz, ni las calles lóbregamente oscurecidas donde las verdulerías se iluminan con bujías, ni los cubos de basura tirados por las aceras hasta las tres de la tarde a causa de la falta de mano de obra, ni las colas de más de 3.000 personas que esperan frente a las mayores tiendas de ultramarinos para obtener sus raciones de azúcar. Y, viceversa, tampoco enseñan las grandes multitudes que abarrotan los restaurantes, los salones de té, los teatros, las revistas de variedades y los cinematógrafos.*

*Un día de enero de 1917*

### PAOLO MONELLI APRENDE A LIBRARSE DE VISITANTES CURIOSOS

Tanto las tormentas de nieve como el fuego artillero han menguado. Además, los serpenteantes senderos de mulas empiezan a ser transitables. Es en estas situaciones cuando suelen presentarse los visitantes, picados de curiosidad por la famosa cima, ansiosos de poder decir: «¡Yo estuve allí!».

No son bienvenidos.

Si son de rango inferior se les bombardea de lejos con bolas de nieve y trozos de hielo, y cuando al cabo de un rato los visitantes, jadeando y cubiertos de nieve, llegan arriba los otros fingen no saber nada. Si son de rango superior se requieren métodos más sutiles. A un trecho del búnker se han instalado unas cuantas cargas explosivas, y cuando les avisan por teléfono de que abajo en el valle algún pez gordo se está poniendo la camisa blanca de camuflaje, detonan unas cuantas. Una cascada de piedras y nieve rueda entonces dando tumbos montaña abajo, a lo que la posición austrohúngara de la cima de enfrente indefectiblemente responde descargando media docena de granadas. («¡Zeem choom zeem choom!»)

Por lo general el jefe del batallón se lamenta y dice que no entiende cómo ha ocurrido. «Si hasta ahora allá arriba estaba todo la mar de tranquilo.» Entonces al visitante de alto rango de abajo «le sobreviene una repentina nostalgia del valle» y se va.

Por estas fechas Herbert Sulzbach y su batería siguen acantonados en el Somme. En su diario observa:

*¡Qué maravillosa camaradería impera entre nosotros desde el primer momento! Cada uno ayuda a alguien, cada uno intenta complacer a alguien, cada uno le da a alguien algo de comer. Sí, son tantísimos los pequeños detalles y actitudes, que no se pueden poner por escrito, pero todos culminan en una hermosa palabra: camaradería.*

*Jueves, 1 de febrero de 1917*

## EDWARD MOUSLEY VE CAER LA NIEVE SOBRE KASTAMONU

Sobrevivió a la marcha. Alcanzó el punto terminal del ferrocarril en Ras al-'Ayn. Él y los otros que aguantaron los dos meses de travesía por el desierto desde Bagdad pudieron viajar hacia el noroeste en vagones de ganado. Sobre ruedas pasaron de largo una sucesión de lugares: el Éufrates, Osmaniye, la cordillera Antitauro —donde el Mediterráneo es una cinta de plata en la lejanía—, Gülek Boğazi, los montes Tauro, Pozanti, Afyonkarahisar, Eskişehir, Ankara. Después de Ankara otra vez a pie, en dirección norte, cuesta arriba, con cada vez más frío, a través de montañas cubiertas de bosques de coníferas, hasta Kastamonu, situada a unos 70 kilómetros del mar Negro. Allí, en el periférico barrio cristiano de la ciudad, medio vacío después de los ataques perpetrados contra los armenios, los prisioneros han sido acantonados en un par de casonas.

En Kastamonu las condiciones son buenas, muy buenas si se comparan con lo que soportaron durante los meses siguientes a la capitulación. Los tratan bien. Mousley y los demás empiezan a intuir que las atrocidades vividas durante la marcha no se debieron a un plan sino, fundamentalmente, a la habitual mezcla de insensibilidad cruel e incompetencia. Aparte de esto, él y los demás que están en Kastamonu han tenido la ventaja de ser oficiales; las condiciones para la tropa prisionera y los suboficiales continúan siendo extremadamente duras. Mientras Mousley y los otros ahora solo tienen que luchar contra el hastío, las pesadillas y las secuelas de la marcha y de las distintas enfermedades, los soldados rasos que han sobrevivido al transporte están realizando trabajos forzados en otras poblaciones.<sup>209</sup>

En Kastamonu, una vez a la semana, a Mousley se le permite visitar las tiendas y la casa de baños de la ciudad seguido de lejos de un vigilante no demasiado celoso. A los prisioneros también les es posible ir a la iglesia y enviar y recibir correo, especialmente paquetes de sus familiares. Juegan al ajedrez, al bridge y al rugby, y en ocasiones se les permite dar largos paseos por las altas colinas circundantes. Existen planes de organizar una orquestina. Mousley ha tenido una recaída de malaria y se ha visto obligado a acudir a un dentista griego para que le arregle la dentadura —muy deteriorada tras la nada variada dieta de los meses del asedio—, pero también ha aumentado considerablemente de peso. Él y muchos con él intentan aferrarse a ciertas costumbres, como mudarse de ropa para cenar, aunque eso solo implique quitarse una camisa rota para ponerse otra igual de rota. Tienen terminantemente prohibido confraternizar con la población local. En ocasiones se emborrachan.

Desde que empezó el invierno pasa mucho frío. Hay poca leña, y la que consigue a menudo está mojada: cuando la mete en la pequeña estufa más que arder humea. Pero lo peor son el tedio y la monotonía. Mousley está casi siempre metido en el cuarto que comparte con otro oficial. Duerme mucho, fuma. Ahora hace tiempo que no escribía en su diario.

Cuando esta mañana mira por la ventana la luz es más fría, más mate. Nieva. Su mundo ha sufrido una completa transformación. El hormiguero de tejados de un marrón oxidado que se ha acostumbrado a contemplar se ha vuelto blanco, y de pronto la ciudad le parece pintoresca, de una



belleza casi digna de ser pintada. Las calles se ven desiertas. Las únicas señales de vida consisten en las melodiosas llamadas de los muecines desde los minaretes. La visión de esta repentina transformación —llevada a cabo por la nieve, «este elemento pulcro y divino, misterioso y callado»— hace algo con él, le llena de una extraña energía que altera su abulia, renueva sus esperanzas, le incita a querer recordar otra vez.

Saca su diario y anota la primera entrada desde comienzos de octubre: «1 de febrero de 1917. Han pasado cuatro meses. Cuando escribo esto los pies de la nieve han teñido el mundo de blanco». Más tarde él y unos cuantos oficiales británicos más van a una colina situada a un kilómetro y medio de distancia. Allí se deslizan en trineo, «jugamos a que volvemos a ser colegiales». De vuelta se enzarzan en una guerra de bolas de nieve.

*Viernes, 2 de febrero de 1917*

## RICHARD STUMPF RECUPERA SUS ESPERANZAS EN WILHEMSHAVEN

El barómetro sigue subiendo. Por la mañana, los que han acabado su guardia pueden ir a hacer una marcha, o mejor dicho, una pequeña excursión, a Mariensiel. Las formas son sencillas y desenfadadas. A la cabeza va la banda del buque tocando. La capa de hielo destella, todavía muy gruesa. Stumpf se queda impresionado por la belleza y la fuerza del hielo, aunque después cae en la cuenta de que no tardará en resquebrajarse y luego se fundirá sin dejar ni rastro. De regreso marchan por el centro de Wilhemshaven.

Al *SMS Helgoland* lo están sometiendo a nuevas reparaciones y modificaciones. Esta vez son los cañones de 8,8 cm del buque los que están siendo desmontados. La batalla de Skagerack ha demostrado que su alcance es insuficiente y que las piezas, por tanto, son inefectivas. «Una opinión —anota Stumpf en su diario—, que hace dos años habría llevado a quien la manifestara al paredón por traidor.» Desde dichos cañones no se ha disparado ni una sola bola. Todos aquellos que los han servido, como Richard Stumpf, lo han hecho completamente en balde. Él se consuela pensando que las piezas son de más utilidad en tierra.<sup>210</sup> Por otro lado, Stumpf también tiene la impresión de que se están preparando grandes acontecimientos. Ha recuperado su fe en el futuro: «El mundo entero contiene la respiración mientras Alemania se concentra para asestar el último golpe, duro y devastador».

De vuelta a la nave almuerzan. Después llega el mando de guardia sosteniendo un papel: «maravillosas noticias». «Escuchad, tropa, un telegrama de Berlín: “A partir de hoy vamos a emprender una guerra de submarinos sin restricciones”.» A todos les «alegra sumamente» la notificación. Pronto, a bordo, no se habla de otra cosa. La mayoría parece ser de la opinión de que Gran Bretaña morderá el polvo, sólo es una cuestión de tiempo. Esto es «la pena de muerte para Inglaterra». De hecho, esto no es más que la versión alemana, llevada a la práctica, de la lucha «hasta el amargo final» que los políticos franceses llevan tiempo proclamando.

Stumpf pertenece al grupo de los escépticos. Con todo, está dispuesto a darle a la empresa cuatro meses; para entonces la situación se habrá clarificado. Además, lo ve como un modo de responder a la hambruna provocada por el bloqueo británico, esa que hace que en Alemania estén pasando este helado y miserable «invierno de colinabos». Porque eso es lo que se come allí ahora: colinabos de diversas clases y guisados de muy diversos modos. (Las variaciones son tan ingeniosas como monótono es el ingrediente básico; está el pudín de colinabos y las albóndigas de colinabo, el puré de colinabos y la mermelada de colinabos, la sopa de colinabos y la ensalada de colinabos. Hay quien denomina al colinabo «piña prusiana».) Con frecuencia los colinabos se preparan con una roñosa porción de grasa ligeramente rancia; la vaga pestilencia se disimula cociéndolos mezclados con manzanas y cebolla. La carencia de lípidos ha conllevado un aumento de las enfermedades intestinales, y la escasa variación de la dieta hace que muchos padezcan edemas. En Alemania la población ha perdido un veinte por ciento de su peso de media, y, efectivamente, la mayoría de los

marineros del acorazado han adelgazado de veras. Stumpf, por su parte, solo ha perdido cinco kilos, pero es que a él sus padres le envían paquetes con comida desde Baviera.

¿Guerra de submarinos sin restricciones? Por qué no. Quien al cielo escupe... «Espero que los ingleses sientan la misma hambre feroz que nuestro pueblo en Sajonia y Westfalia.»

*Miércoles, 7 de febrero de 1917*

## ALFRED POLLARD ENCUENTRA UNA TRINCHERA LLENA DE MUERTOS EN LAS AFUERAS DE GRANDCOURT

Por una vez vacila ante una misión. Primero porque acaba de regresar de una; bueno, ni siquiera eso. El coronel le está esperando impaciente junto al borde del parapeto, y Pollard no alcanza ni a descender cuando el anciano señor ya le está diciendo que tiene que volver a salir. Son entonces alrededor de la una de la noche. La orden consiste en guiar a una patrulla al pueblo de Grandcourt, «cueste lo que cueste». Dos veces repite el coronel la ominosa frase «cueste lo que cueste». Así, Pollard comprende que el asunto es importante. La fuerza aérea ha informado de que los alemanes han abandonado la posición, y el coronel quiere que su regimiento sea el primero en tomar el pueblo desierto. (Una cuestión de prestigio.) En segundo lugar, Pollard vacila porque no sabe cómo llegar hasta allí. Entre su posición y Grandcourt se extienden las aguas del Ancre. Le pregunta al coronel cómo ha pensado que deben cruzar el río; por toda respuesta obtiene un escueto: «Eso se lo dejo a usted, Pollard».

Hay luna llena, hace frío. El suelo está cubierto de nieve. Pollard y los cuatro hombres de la patrulla descienden por una cuesta. Llegan a una trinchera abandonada. Abandonada, sí; vacía, no. Resulta estar llena de los cuerpos de los soldados británicos de otra división, y al ver los cadáveres rígidos, salpicados de nieve de sus compatriotas, le viene a la mente que alguien le contó algo sobre un pelotón de una posición avanzada que hace muy poco se vio sorprendido por una incursión nocturna alemana y fue aniquilado con bayoneta. Hasta el último hombre. Sí, lo oyó contar pero después lo olvidó. Corren tantas historias sobre unidades aniquiladas y pelotones desaparecidos...

Cuando poco después siguen avanzando en dirección al río Pollard recuerda la primera vez que vio una trinchera llena de muertos. Fue durante su primer asalto, ese día caluroso de junio de 1915 en Hooge. Por aquel entonces

...yo no era más que un niño que contemplaba la vida con esperanzado optimismo y veía la guerra como una aventura interesante. Cuando ese día descubrí los cuerpos de los hunos muertos por el fuego de nuestras granadas me invadió la compasión por esos hombres cuyas vidas habían sido segadas en el momento de su máximo vigor. En cambio, ahora yo era un hombre y sabía que pasarían años antes de que terminara la guerra. Y miraba una trinchera llena de cuerpos sin sentir nada en absoluto. Ni lástima ni temor a que yo también pudiera estar muerto pronto; ni siquiera rabia contra los hombres que los habían matado. Realmente no sentía nada. Yo tan solo era una máquina que intentaba cumplir con su deber lo mejor posible.

En la blancura de la nieve Pollard descubre las huellas de la tropa alemana que asaltó a los hombres de la trinchera. Resulta ser un golpe de suerte porque le conducen hasta la orilla del río por un cenagal helado. Ahí encuentran un pequeño y desvencijado puente. Revólver en mano se desliza al otro lado, él el primero, como siempre. Reina el silencio. Les hace una señal al resto de la patrulla. Paso a paso se adentran con sigilo en el pueblo nevado. No se oye nada. Los informes son correctos.

Los alemanes lo han abandonado.

Ni Pollard ni nadie del bando aliado lo saben todavía, pero esta retirada forma parte de una serie planificada de repliegues por parte de los alemanes cuyo fin es rectificar la línea del frente. Nuevas y bien fortificadas posiciones esperan más allá.

*Viernes, 9 de febrero de 1917*

## OLIVE KING REPARA UN AUTOMÓVIL EN SALÓNICA

Sopla un viento cortante. El aire huele a nieve. Un nuevo invierno en Salónica. Un nuevo invierno en esta ciudad, superpoblada, fortificada hasta los dientes, más campamento militar que ciudad, donde el ejército está gravemente desocupado. Las calles son un carnaval de uniformes: el gris azulado de los franceses, el caqui de los ingleses, el pardo de los serbios, el verde pardo de los rusos, el gris verdoso de los italianos. El políglota hervidero se completa con tropas coloniales de la India, Indochina y el norte de África. Durante el otoño se han realizado intentos de empujar a los búlgaros aún más al norte, pero el frente apenas se ha movido. Ahora todo está estancado una vez más. El tiempo, como siempre, es variable: ora caluroso y soleado, ora frío y ventoso. Hace dos días que nieva, pero la nieve no ha conseguido quitarle frialdad al aire. Olive King está aterida allí en el suelo bajo su ambulancia.

En realidad King había pensado pasar la mañana en uno de los baños termales que hay abajo en el puerto, pero su coche no se lo ha permitido. Tiene que arreglarlo. Por eso está ahora tumbada de espaldas en un garaje sin calentar desmontando la caja de cambios. Lo hace con dedos torpes, azulados por el frío. Fuera el viento sopla con fuerza.

Actualmente Olive King forma parte del ejército serbio, ella y sus dos vehículos. (Además de su vieja *Ella* se ha comprado otra ambulancia más ligera y rápida de la marca Ford, que es la que está reparando en estos momentos.) Y como los serbios perdieron casi todos sus vehículos durante la retirada general, ha estado muy ocupada. Se acabaron las interminables patrullas de lámpara en lámpara, se acabó el manejar sacos de ropa harapienta. Sí, en su lugar le encomiendan realizar largos y azarosos itinerarios por estrechos y peligrosos caminos de montaña, caminos que apenas se habrían considerado dignos de ese nombre en Europa occidental, senderos, tal vez, pistas forestales llenas de barro. Justamente esta época es la peor. Si las temperaturas están sobre cero todo se convierte en un lodazal. Si descienden, lo que hay es una pista de hielo.

King está más cerca de la guerra, y la guerra está más cerca de ella. Mrs. Harley, aquella con quien había trabajado desde esos días en que iban a la caza del mueble por la campiña francesa y que a una edad «en que la mayoría de las damas ancianas se contentan con estar en casa haciendo ganchillo» soportaba los apuros que habrían tumbado a mujeres la mitad de viejas, murió hace un mes, herida mortalmente por los balines de una *shrapnel* que disparó la artillería enemiga —¿búlgara?, ¿austríaca?— mientras asistía a unos refugiados arriba en Monastir. De sus viajes al frente septentrional King no solo se ha traído como recuerdo dos mochilas búlgaras llenas de *souvenirs* adquiridos en el campo de batalla —cascos de cartuchos, fragmentos de granadas—, sino también imágenes visuales de un campo de batalla donde no faltan los cadáveres semienterrados. Además, por primera vez, ha visto cara a cara al *abominable enemigo*, encarnado en unos prisioneros de guerra búlgaros.

Además, se ha enamorado. Lo cual no es ninguna paradoja. Hay algo en la atmósfera, en la

situación en sí, en la obligación de vivir día a día con la incertidumbre, que hace que los temores y convenciones corrientes que normalmente supondrían un obstáculo, de repente, se atenúen. Todo induce a creer que este enamoramiento es lo más importante para ella ahora, no la guerra. A estas alturas la guerra se ha convertido en telón de fondo, en comparsa, en la monotonía de la vida diaria, a veces absurda o extraña, en ocasiones peligrosa o atroz, a menudo solo irritante. Como cuando el anhelo de darse un buen baño de agua caliente se ve frustrado por el pedal de un freno que marcha mal.

El objeto de su amor es un oficial de enlace serbio, el capitán Milan Jovičić, personaje encantador, a quien llaman Jovi, un hombre de su misma edad, alegre, rubio y antojadizo. El asunto ha ido madurando a través de cenas y pequeñas fiestas —aquí se adivinan los rasposos acordes de *La paloma*, repetidos una y otra vez—, pero también bajo la presión del riesgo compartido. Cuando ella en septiembre del año pasado guardaba cama en su primer ataque de malaria, él la visitaba un mínimo de dos veces al día y con frecuencia se quedaba a su lado durante horas. Sus sentimientos parecen ser correspondidos. No tienen más remedio que quererse a escondidas, pero aun así se chismorrea mucho acerca de ellos dos, cosa que a ella le irrita.

En absoluto se trata de un mero romance. Esos ya los ha tenido antes. Esto es mucho más.

King es consciente de que estos años han obrado cambios en ella. Y eso la asusta; o tal vez es que no sabe cómo reaccionarán los demás a esos cambios. En una carta a su padre, redactada poco después de alistarse en el ejército serbio, entre otras cosas, escribe lo siguiente:

*Bendito seas, querido papá, te quiero muchísimo, nunca sabrás cuánto. Me pregunto si te parecerá que he cambiado mucho. Sé que la guerra me ha hecho bastante egoísta, y sé que ahora soy aún más insoportablemente independiente de lo que he sido jamás.*

No menciona el enamoramiento para nada. Jovi es calificado de simple «amigo», cosa, por otro lado, bastante radical si se compara con lo que se estilaba antes de la guerra. A estas alturas a muy pocos les preocupa si entre hombres y mujeres solteros existe control, hay carabinas o se guardan las formas. Al menos, no aquí ni ahora.

Hacia el mediodía Olive King interrumpe el trabajo en el garaje helado y camina sobre el manto de nieve hasta el pequeño apartamento que comparte con otras dos conductoras. Nada más entrar enciende la pequeña estufa de queroseno, única fuente de calefacción del cuarto, que en esta época del año tiene que estar en marcha sin interrupción cuando ellas están en casa. Le preocupa el precio del queroseno, que parece no dejar de subir. Una garrafa cuesta 19 francos y solo dura unos días. «Si América se apunta [a la contienda], deberían vendérselo a precio rebajado.»

King decide quedarse en el cuarto hasta nuevo aviso. Por hoy ya ha cumplido. Que el otro mecánico termine el trabajo. Le vienen a la mente las deliciosas manzanas de Tasmania. ¿Acaso todavía es temporada de esas manzanas allá en Australia? ¿Acaso su padre podría enviarle una caja?

*Un día de febrero de 1917*

## FLORENCE FARMBOROUGH REFLEXIONA SOBRE EL INVIERNO EN TROSTIANITSE

Ha sido un mal invierno en todos los sentidos, en el más amplio y en el más privado y particular. En diciembre le llegó la noticia de que su padre, a la edad de 84 años, falleció, y el mes pasado murió el padre de la familia rusa que la acogió, el famoso cirujano especializado en cardiología. En cuanto al frente, vuelve a estar estancado. En esta parte del frente oriental todas las operaciones militares de mayor envergadura se han paralizado debido a la nieve y las bajas temperaturas, así que a la unidad sanitaria a la que pertenece Farmborough solo llegan pacientes con cuentagotas. De vez en cuando entran un par de heridos, otro día un par de enfermos. En general, el personal no tiene nada que hacer.

Como de costumbre, la escasez de alimentos empeora durante los meses fríos, pero este año no podía pintar peor. Tanto en Moscú como en Petrogrado se han producido alborotos callejeros exigiendo pan. El cansancio de la guerra se agudiza por momentos, y el creciente descontento se manifiesta de forma inusitadamente abierta. Corren muchísimos rumores acerca de agitaciones, sabotajes y huelgas. Antes de 1914 hubo una serie de entendidos en materia económica que sostenían que, de tener lugar una guerra, esta debía ser corta, ya que una guerra prolongada supondría una catástrofe para la economía. Al final han tenido razón: en todos y cada uno de los países beligerantes el dinero, el dinero de verdad, se ha acabado, y desde hace un tiempo la guerra, en ambos bandos, se financia bien a fuerza de créditos, bien a fuerza de imprimir billetes de banco. La falta de comida en Rusia se debe, por tanto, no solo al riguroso invierno y a la pura carestía; es también el resultado de una creciente inflación. Por añadidura, el júbilo que siguió a las numerosas victorias del verano ha desembocado en desilusión y mutado su opuesto al quedar claro que el alto índice de víctimas no condujo a ningún punto de inflexión permanente, que nunca condujo a nada decisivo.

Del hastío general que provoca el conflicto bélico han surgido unas voces críticas cada vez más estridentes que se alzan contra la plana mayor que dirige la guerra e incluso el zar. Los rumores acerca de lo que ha sucedido o, tal vez, incluso esté sucediendo en la corte circulan con especial intensidad. El asesinato del notorio monje Rasputín, ocurrido hace mes y medio, solo parece confirmar la idea de una corrupción que se ha propagado hasta la cúspide.<sup>211</sup> A Farmborough, absorta como ha estado en las dos defunciones de su entorno particular, mucho de todo esto le ha pasado desapercibido. Sin embargo, siente bastante lástima por el zar, quien, en el mejor de los casos, es definido como un regente incompetente aunque de buenas intenciones.

En fin, que ha sido un mal invierno. Cuando a la desocupación general se le añade un desasosiego general la suma resultante son nervios tensos, irritabilidad y constantes riñas entre el personal del hospital móvil. Florence Farmborough también acusa esa irritación:

*Todos damos la impresión de estar esperando que suceda algo. No podemos seguir*



*como hasta ahora. Se plantean muchas preguntas pero no hay quién las responda. ¿Continuará la guerra? ¿Se producirá una paz por separado entre Alemania y Rusia? ¿Qué harán nuestros aliados en tal situación?*

*Es «un invierno triste, lleno de aflicciones —anota ella en su diario—. El frío y las heladas hacen todo lo posible para embotar nuestras mentes y paralizar nuestros movimientos».*

*Domingo, 25 de febrero de 1917*

## LA ABUELA DE ELFRIEDE KUHR SE DESMAYA FRENTE A LA CARNICERÍA CABALLAR DE SCHNEIDEMÜHL

En la calle donde vive Elfriede hay un carnicero que vende carne de caballo. Se apellida Johr, y es judío. Elfriede es muy consciente de que hay personas a quienes no les gustan los judíos, pero ella no se cuenta entre ellas. Una vez hasta se peleó con un chico que había llamado a una de sus amigas «cerda judía». En la región viven muchos judíos y también polacos, pero a los ojos de Elfriede todos son alemanes, aunque de distintos tipos.

Hoy la abuela de Elfriede ha tenido la mala suerte de desmayarse, en la calle, con el frío que hace, frente a la carnicería del señor Johr. Unas personas la meten en la tienda y, al poco tiempo, tendida sobre un sofá en la sala de estar del señor Johr, recupera el sentido. Pero las piernas le tiemblan tanto que el señor Johr se ve obligado a llevarla a casa en su carreta. Elfriede y su hermano se asustan al ver cómo llevan en brazos a su abuela hasta la cama, al ver su rostro pálido y glacial. Por suerte una de las vecinas está de visita, y le prepara a la abuela una buena taza de café. Bueno, lo que se dice café ya no hay, sino solo sucedáneos, como cereal tostado, pero la vecina lo arregla echándole a la taza azúcar de verdad en lugar del edulcorante artificial de costumbre. La abuela de Elfriede se lo toma, y al cabo de un rato está más animada: «Ya estoy entrando en calor, hijos».

¿Por qué se desmayó? ¿Se debe a que ella, al igual que tantos otros, trabaja demasiado? ¿O más bien ocurre que ella, al igual que tantos otros, come demasiado poco?

La inquietud no acaba de abandonar a Elfriede, y cuando llega el momento de hacer sus deberes de física se traslada al dormitorio para poder vigilar a su abuela mientras tanto. La escuela probablemente no sea lo que más le importa en estos momentos. Hace menos de una semana fue junto con una amiga a un prado inundado y helado a orillas del río para patinar. El prado convertido en pista de hielo estaba lleno de gente que daba vueltas y más vueltas al rasposo son de un gramófono de manivela. Fue allí donde se encontró una vez más con Werner Waldecker, el joven teniente a quien conoció en mitad de una escalera en la fiesta que daba la hermana mayor de su compañera de clase, y con quien volvió a entablar conversación un día en que se cruzaron en la calle por azar; ese encuentro desembocó en que él le besó la mano y dijo que esperaba volver a verla. Y eso es lo que ocurrió hace cinco días, en ese prado cubierto de hielo. Luego, mientras caía la noche, él la llevó a la confitería Fliegner. Ya no quedaban pasteles alargados rellenos de crema, conocidos por su nombre francés, *éclair*, pero tomaron ponche y comieron rosquillas de azúcar, y ella se sintió muy feliz. Después, el teniente Waldecker la acompañó a su casa e intentó besarla en el portal. Ella lo esquivó escabulléndose en el interior del edificio. Más tarde se ha arrepentido.

En ese mapa de la contienda que hay colgado en el aula, por el momento, no sucede gran cosa. En África y en Asia no ha acontecido nada digno de mención desde hace varias semanas —aunque, por desgracia, ayer 289 hombres capitularon en Likuju en el África del Este alemana, y unas trincheras turcas fueron tomadas por los británicos en Mesopotamia, al sudoeste de Kut al-Amara; nada más—.

También en Italia y en los Balcanes todo está tranquilo. Tampoco en el frente occidental hay novedad, aparte de alguna incursión aislada. En estos momentos solo el frente oriental provee a la prensa de otra cosa que esporádicas notas, e incluso ahí y desde hace meses, casi toda la actividad bélica se concentra en una única zona: Rumanía.

Esa parte del mapa está ahora manchada por múltiples banderitas de franjas negras, blancas y rojas, pero sería bueno que pronto llegara una gran victoria. La última fue la del 6 de diciembre. Ese día cayó Bucarest, y los niños no tuvieron que ir a la escuela. Elfriede aprovechó su inesperada vacación para salir a pasear.

*Domingo, 18 de marzo de 1917*

## ALEXEI LOBANOV-ROSTOVSKI INTENTA HOSPEDARSE EN EL HOTEL ASTORIA DE PETROGRADO

«No tiene más que seguir la corriente.» Son las dos de la madrugada. Hace un frío que corta el aliento. Lobanov-Rostovski deja su equipaje a cargo de Anton, su asistente, y se dirige solo hacia el hotel. Pero frente a la estación de ferrocarril, cosa extraña, no hay ni taxis ni coches de punto, así que se ve obligado a ir a pie. Algo no cuadra. En las tenebrosas calles se cruza con patrullas armadas que «le miran con suspicacia». Pasa frente a una comisaría de policía incendiada. En la elegante avenida comercial Morskaya observa evidentes vestigios de los altercados: los cristales de los escaparates están rotos, las tiendas saqueadas y en las fachadas se ven orificios de bala.

Lobanov-Rostovski sabía de los altercados que se desataron el 8 de marzo, claro, cuando una multitud de mujeres salieron a la calle para protestar contra la escasez de pan.<sup>212</sup> También en la estación de ferrocarril de Kiev vio sus efectos. Allí una muchedumbre irrumpió en el comedor de primera clase y, en medio de sonoros gruñidos y mucho alboroto, descolgó de la pared el retrato del zar. Ahora hace tres días de la abdicación de Nicolás II. Eso ya lo había oído Lobanov-Rostovski el jueves cuando salió del hospital. Un oficial se le aproximó y le comunicó discretamente, en francés, la sensacional noticia. En su diario Lobanov-Rostovski saluda la buena nueva con optimismo: «Un nuevo emperador o un regente más enérgico e inteligente, y la victoria estará asegurada».

¿No serán eso esperanzas forzadas? Desde comienzos de año Lobanov-Rostovski ha guardado cama enfermo de malaria. El 15 de marzo —el día de la abdicación del zar— le dieron el alta. Cuando se presentó en su regimiento le comunicaron que iban a mandarle al batallón de reserva de Petrogrado. La notificación le consternó, pues había oído decir que allí las tropas salían a las calles y disparaban contra los manifestantes y los huelguistas. Vio a un médico que intentó tranquilizarle y que le preguntó si acaso le rondaba por la cabeza la idea de quitarse la vida. Entonces Lobanov-Rostovski reveló sus dudas: «Es la estupidez del gobierno la que provoca esta revolución. La culpa no es del pueblo, pero aun así me envían a Petrogrado para disparar contra el pueblo». El médico le consoló y le dio un consejo que le gustó: «No tiene más que seguir la corriente y ya verá como todo se arregla».

Lobanov-Rostovski llega pues al hotel Astoria, donde se hospedan provisionalmente su tío y tía paternos. También ahí se ven indicios de los disturbios o, más bien, de los combates callejeros. Las paredes están picadas de balas. Tapan rudimentariamente los ventanales de la planta baja, en vez de los destrozados cristales, unos tablones de madera. El vestíbulo está completamente a oscuras; las puertas rotatorias cerradas con llave. Nadie acude cuando él las aporrea. Qué extraño. Da la vuelta a la fachada hasta una puerta lateral, llama con los nudillos y no tarda en verse rodeado por un grupo de marineros armados y agresivos. Le apuntan al pecho con sus fusiles y le acribillan a preguntas hostiles: «¿Dónde tiene el pasaporte? ¿Por qué lleva revólver?». Llega un joven teniente de la Marina y, con mucho tiento, consigue que los armados suelten a Lobanov-Rostovski: «¡Camaradas,

dejad que este hombre se vaya! Acaba de llegar y no sabía que se ha producido una revolución».

De nuevo en la calle Lobanov-Rostovski se apresura a volver a la estación para tomarse un té y esperar el amanecer.

Hacia las ocho lo intenta de nuevo. Las sirenas de las fábricas suenan a lo lejos. Del cielo gris de la mañana caen copos. Las temperaturas han subido, las calles se enlodan con la nieve medio derretida. Descontando las huellas de los combates, en apariencia casi todo es normal. La gente pasa de largo camino de sus trabajos, como de costumbre. No obstante, hay una cosa que difiere, tanto por lo que respecta a las personas como a los edificios: por todas partes, se mire donde se mire, hay manchas rojas. Los transeúntes llevan todos alguna prenda de ese color; tal vez un lazo o una flor de papel o un pedazo de tela metido en el ojal. Hasta automóviles y elegantes carruajes tirados por caballos lucen adornos rojos, las fachadas y las ventanas también. A la débil luz matutina los trozos de tela que penden de las casas adquieren una tonalidad casi negra.

Esta vez a Lobanov-Rostovski sí se le permite entrar en el hotel. El vestíbulo ofrece un panorama desolador: cristales rotos por doquier y muebles hechos añicos. Las mullidas alfombras rojas de los suelos están cubiertas de charcos de agua helada. La gente entra y sale. En un rincón una muchedumbre excitada se agrupa alrededor de una mesa en la que se recluta a gente para algún tipo de agrupación de oficiales radicales. La calefacción ha dejado de funcionar. La temperatura en el interior es la misma que en la calle. De sus parientes no halla ni rastro. «Todo parecía en estado de disolución, y nadie sabía nada.»

En esos momentos él no podía saberlo, pero algunos de los enfrentamientos más sanguinarios de toda la revolución tuvieron lugar precisamente dentro y enfrente del lujoso hotel Astoria. Se alojaban allí muchos altos oficiales con sus familias, y a alguno o algunos de ellos se les ocurrió disparar contra unos manifestantes que pasaban de largo. Éstos respondieron con fuego de ametralladoras, tras lo cual unos hombres armados asaltaron el vestíbulo donde, entre arañas de cristal y paredes cubiertas de espejos, se libró una encarnizada batalla. Muchos oficiales murieron a tiros o a bayonetazos. La bodega del hotel fue saqueada. (Como solía ocurrir en estos días en Petrogrado, sinceros actos de indignación y protesta se mezclaron con actos de vandalismo y simple criminalidad.)<sup>213</sup>

Lobanov-Rostovski recorre una vez más las calles enlodadas de aguanieve de Petrogrado. Hacia el atardecer lo que sabe sigue siendo menos que nada, aunque sí es verdad que ha dado con sus tíos. Durante los altercados huyeron del Astoria a otro lugar donde también se libraron duros combates, el Almirantazgo. En cuanto a la unidad que estaba pensado que él debía incorporarse, el batallón de reserva del regimiento de la guardia, los datos que le llegan son de lo más contradictorios. La unidad se había

...negado a tomar parte en la revolución y la habían aniquilado por completo. Fue una de las primeras en tomar el partido de la revolución y la tropa mató a todos los oficiales. Todos los oficiales se salvaron. Y así sucesivamente.

De todos modos, decide, no sin inquietud, tomar un taxi a la mañana siguiente para presentarse en el cuartel y entrar en servicio. «Siga la corriente y ya verá como todo se arregla.»

*Sábado, 24 de marzo de 1917*

## ALEXEI LOBANOV-ROSTOVSKI ES ELEGIDO OFICIAL POR EL CONSEJO DE SOLDADOS

Por todas partes signos de disolución. Los soldados visten descuidadamente, no hacen el saludo militar, no muestran ningún respeto. En la práctica ha estado prisionero en el cuartel, a la espera de la decisión del consejo del batallón. ¿Le aprobarán?

Este día llega la resolución. Sí, han decidido permitirle ejercer como oficial, pero eso no significa que vaya a tener el mismo cargo que antes. O en palabras del jefe del batallón: los oficiales son como monarcas constitucionales, se les otorga una responsabilidad formal pero carecen de verdadero poder. Aun así Lobanov-Rostovski se siente aliviado, porque de no aprobarle le podrían haber enviado a prisión. O hacer con él algo peor. Así escribe:

*Parece ser que el voto decisivo lo emitió un sargento que había estado a mi mando y que le explicó al comité lo que pasó en Rejitsa el año 1916, cuando yo, asumiendo toda la responsabilidad y contraviniendo las órdenes del jefe del regimiento, les di a mis hombres permiso para irse a casa. Al poco rato me visitaron dos miembros del comité, quienes me informaron de la decisión tomada y muy cortésmente me pidieron si podría hacerles el honor de quedarme en el batallón. La misma noche nos contaron de cinco oficiales del regimiento de Moscú que ayer fueron elegidos por sus soldados pero que durante la noche pasada fueron asesinados a manos de los mismos.*

*Lunes, 26 de marzo de 1917*

## RAFAEL DE NOGALES PARTICIPA EN LA PRIMERA BATALLA DE GAZA

Durante las últimas treinta y seis horas Rafael de Nogales no ha pegado ojo, y está agotado. Vuelve de una expedición muy por detrás de las líneas enemigas, donde iba a la cabeza de una patrulla que tenía órdenes de localizar y volar el conducto de agua potable que los británicos han construido desde el Canal de Suez, pasando por el Sinaí, hasta el frente situado ante la antigua ciudad marítima de Gaza. En treinta y seis horas han recorrido unos ciento cincuenta o ciento sesenta kilómetros, siempre a través del desierto. La misión ha sido un lamentable fracaso. Ni siquiera encontraron el conducto. Cuando ya de noche él y el resto del grupo entran a caballo en el campamento, su intención es la de acostarse sin demora.

Sin embargo, ahí cunde de todo menos la calma. Han llegado informes de que importantes fuerzas británicas están cruzando el gran *wadi* <sup>214</sup> que discurre frente a la línea defensiva de Gaza, y ahora todas las unidades disponibles se están preparando para el combate. La visión de todo esto basta para insuflar nueva vida en De Nogales: «Y si bien mi fatiga era grande, no por eso dejé de tomar también parte en aquel avance general». Sin más, cambia de caballo y se marcha al galope, listo para nuevas misiones.

De Nogales recibe primero órdenes de guiar la gran impedimenta —con sus numerosos camellos, carruajes y caballerías— a seguro en la retaguardia. Lo único que dejan atrás son las tiendas de campaña blancas para, a ser posible, disimular la gran reagrupación de sus fuerzas. Después regresa para unirse a lo que queda de la caballería turca, la cual tiene la misión de cubrir un punto importante del gran *wadi*, un punto que sus adversarios, sin duda, atacarán ya que es el flanco izquierdo de la línea de defensa otomana, el cual está, prácticamente, suspendido en el aire. Si el enemigo consigue abrirse paso por aquí fácilmente podrá llegar a las regiones posteriores y, entre otras cosas, amenazar el cuartel general otomano de Tel el-Sharia.

Esta gran ofensiva británica es una indicación más de que la fortuna bélica está cambiando de signo en Oriente Medio. Desde que la segunda intentona otomana de cortar el canal de Suez fracasara el verano anterior los británicos han iniciado un contraataque. Sus esfuerzos se caracterizan por el tipo de sistematización que solo puede ser resultado de la amarga experiencia. La más externa y, en cierto sentido, más efectiva línea defensiva de Palestina, el desierto, ha sido perforada mediante la construcción de un ferrocarril de vía estrecha, además de por el impresionante conducto de agua potable que De Nogales no logró encontrar y, menos aún, volar en pedazos.

La noche es fría y brumosa.

Al amanecer se oye el fragor de artillería pesada proveniente de la zona de Gaza. Al cabo de un rato el estruendo aumenta con el tableteo y los restallidos de ametralladoras y fusiles. Se ha iniciado el ataque.

Les llega un primer informe: mediante unos puentes colocados a toda prisa los británicos han

cruzado el *wadi* con inesperada rapidez. Carros blindados seguidos de la infantería han empezado a disparar contra Gaza a la vez que la caballería ha rodeado la ciudad y ahora amenaza con incomunicarla por detrás. Un oficial alemán con quien De Nogales ha hablado se muestra pesimista. La situación de la ciudad es completamente desesperada; ¿quizás incluso ya haya caído? Al clarear divisan a lo lejos las rodantes nubes de humo de las explosiones e incendios que circundan Gaza.

Los regimientos de caballería otomana continúan esperando el ataque británico. Pero nada sucede. En su lugar reciben órdenes de montar y avanzar resiguiendo el *wadi* hasta Gaza. En esta situación recae sobre De Nogales la responsabilidad de llevar los carros de municiones a resguardo, pero abandona la misión a fin de localizar una unidad extraviada. Después acompaña al combate, con entusiasmo, a la unidad localizada cuando, conjuntamente con otras compañías, se lanzan sobre Gaza y contra las unidades británicas que rodean la ciudad. De Nogales afirma que a él, como a los demás, pese a su fatiga, le impulsa la mezcla de entusiasmo y «tensión nerviosa que forzosamente había de producir, hasta entre los más despreocupados, el alarido de las primeras granadas y el chasquido seco que producían las *shrapnel* al estallar sobre nuestras cabezas».

Aviones de combate británicos les sobrevuelan lanzando bombas. Pronto le es posible contemplar «un panorama magnífico», a saber, el campo de batalla que rodea Gaza, el cual, en una extensión de 30 kilómetros, está envuelto en una espesa humareda sobre la que se elevan continuamente llamaradas rojas y explosiones de granadas.

No es hasta más tarde que De Nogales recuerda su misión original. Abandona entonces el combate y cabalga junto con su asistente en busca de la columna de carros de municiones. Sus caballos están cansados, los cuerpos de los animales chorrean sudor. Ambos hombres encuentran el convoy justo en el momento en que es bombardeado por error, pero «con una certeza y rapidez tan admirables» a manos de una de las baterías alemanas que hay en Palestina para apoyar al ejército otomano. Tras sufrir un considerable índice de bajas, máxime entre los animales de carga, son salvados de nuevos bombardeos por un piloto de combate alemán que ha observado lo ocurrido y que consigue hacer señales de alto el fuego a la batería.

En la menguante luz del atardecer De Nogales conduce la columna hasta el cuartel general de Tel el-Sharia. Ahí se encuentra con el comandante del Frente de Gaza, el general alemán Von Kressenstein. El alemán está nervioso y muy ocupado enviando telegramas de aquí para allá. Resulta que está del todo convencido de que la batalla está perdida. Incluso a De Nogales parece haberle cruzado la mente esa idea, porque todo lo domina la confusión. Por eso no es poco su asombro cuando en el mismo momento en que se dispone a montar para regresar al campo de batalla le dicen que los británicos, por algún insondable motivo, están retrocediendo.

La batalla ha concluido. Ambos bandos se consideran vencidos; aunque lo cierto es que los británicos han sido los primeros en retirarse.

Esa misma noche De Nogales entra a caballo en una Gaza en ruinas bajo el claro de luna:

*Por doquiera imperando hallábase el silencio de la muerte. Y en medio de las calles, entremezclados con vigas carbonizadas y carruajes destrozados, yacían por centenares los cadáveres aventados y en parte chamuscados de hombres y de bestias, al paso que sobre los muros ennegrecidos de edificios humeantes y amenazando ruina se*



*destacaban, como claveles rojos, cual claveles de sangre, manchas purpúreas... señalando el sitio donde los heridos y los moribundos habían apoyado sus frentes y pechos ensangrentados antes de desplomarse para siempre.*

*Y cuando el último vestigio de un crepúsculo de sangre y de oro acabó de apagarse en el azul [sic] profundo del firmamento [sic], oyóse desde lo alto de los minaretes el canto gemebundo de los muecines, anunciando a los fieles creyentes del Profeta que el silencioso Ángel de la Muerte había extendido sus alas sobre los desiertos en que, por millares, los soldados cristianos dormían el sueño eterno y de la gloria bajo el cielo estrellado de Palestina.*

*Cabalga de nuevo al campamento, donde su montura por poco revienta de extenuación. De Nogales se envuelve en su capote y se acuesta en el suelo apoyando la cabeza contra el flanco del animal. Se duerme casi enseguida.*

*Domingo, 1 de abril 1917*

## SOPHIE BOCHARSKI VISITA LA DUMA DE PETROGRADO

Al entrar en la sala de las Columnas Blancas Bocharski comprende cuánto han cambiado las cosas. Fue precisamente en la magnífica sala de Catalina la Grande del palacio de Táuride donde su unidad sanitaria celebró la ceremonia de despedida antes de que, rebotante de entusiasmo, determinación y grandes expectativas, partiera rumbo al frente en 1914. Ese día estuvieron allí de pie, entre las columnas de mármol, bajo las enormes arañas de cristal, mientras el metropolitano les bendecía, un político les deseaba suerte y un coro eclesiástico «llenaba el espacio de contenida emoción».

Ahora apenas reconoce la sala:

*Las hermosas columnas estaban cubiertas de carteles con consignas escritas en colores chillones. El suelo de parquet estaba rayado y cubierto por periódicos viejos. Colillas y peladuras de pipas recién escupidas se veían asquerosamente tiradas por ahí. Los soldados hacían corrillos, se paseaban o comían sentados en el suelo. Los civiles iban persistentemente de un grupo a otro, hablando con la lengua muy suelta acerca de que los alemanes eran los mejores amigos del soldado y proclamando que ya se había derramado demasiada sangre. Cerca de mí un hombre les hablaba a una media docena de soldados, y le oí decir que solo los terratenientes y los capitalistas ganaban algo con la guerra y que los soldados podían dejar de luchar cuando quisieran.*

Los grupos de soldados entran y salen por las escaleras y pasillos del palacio; se ondean banderas. Una banda militar toca en la sala contigua.

La revolución apenas tiene un mes de vida. Los reveses, las decepciones, la corrupción, las privaciones, la miseria, la falta de comida y la lenta pero segura devaluación de la fe en las antiguas autoridades han cobrado su tributo. Un gobierno provisional ha tomado el poder, o lo que queda de él. La situación se caracteriza por una gran confusión y por un nuevo tipo de esperanza. La de la renovación: del espíritu, de la democracia, de la fuerza. Muchos de aquellos que se felicitaron por la caída del zar quieren continuar la guerra.

Para Sophie Bocharski eso es incuestionable. El motivo por el cual ha venido a Petrogrado es que quiere advertir a la Duma de la orden que ha recibido su unidad y que ella y demás miembros consideran un acto de alta traición. Supuestamente, la ha emitido el Consejo de Trabajadores y Soldados de Petrogrado y dictamina que todas las unidades formen comités elegidos por la tropa y que estos comités después tomen el control de todas las armas. ¿Quiénes están detrás de esa orden? ¿Los alemanes? El ancestral antisemitismo se hace notar, como de costumbre. ¿Acaso no fue un judío el que fue visto distribuyéndola? Que sea precisamente Bocharski quien ha sido enviada a Petrogrado

se debe a que tiene contactos con el liberal Partido de Cadetes.

Después de deambular un buen rato por los atestados pasillos da finalmente con un miembro de la Duma que está dispuesto a escucharla. Al oír de dónde viene, su interés crece al instante. Le pregunta: «¿Cuál es el clima entre los soldados?». Luego saca papel y lápiz para tomar apuntes. En este instante Bocharski se desanima: «Si un miembro de la Duma dependía de la inesperada visita de una joven enfermera para estar al corriente de lo que sucedía en el frente, sin duda todos nos hundiríamos en el caos». El hombre está en condición de confirmarle que la orden *es* auténtica. El Consejo de Trabajadores y Soldados de Petrogrado se encuentra también aquí en el palacio. El hombre dice que aquí se es consciente de la orden emitida por el Consejo pero, en tono de conspiración, añade que pronto los pondrán en la calle.

Bocharski regresa a la bulliciosa sala de Catalina la Grande. De repente le sobrevienen infinitas dudas a cerca de la capacidad de los cadetes de mantener a raya a los revolucionarios más duros y un gran desprecio por los soldados que la rodean, quienes a sus ojos son ignorantes, toscos y muy manipulables.

En la tribuna los oradores se van relevando. Primero escucha al presidente del Consejo de Trabajadores y Soldados, el menchevique Tjcheidze, un hombre bajito de brazos muy largos. Alguien del público grita que parece un mono. Tjcheidze tiene «una voz aguda y estridente con acento de Georgia, pero consigue captar la atención. “¡Camaradas! —grita—. ¡Clavad vuestra bayonetas en el suelo! Vuestros oficiales os han reprimido ya lo suficiente”». Acusaciones y amenazas cruzan el aire. Después sube a la tribuna el mismo hombre que en esta sala, precisamente, les deseó suerte a Bocharski y a sus compañeros en 1914, el presidente de la Duma, Rodzianko, muy digno y tremendamente obeso; por otra parte, una de las personas implicadas en la abdicación del zar. Les explica que él mismo tiene dos hijos de uniforme, y argumenta a favor de proseguir la guerra. Hay aclamaciones y una banda militar se pone a tocar. Bocharski oye a un soldado preguntar desconcertado a sus compañeros: «No hacen más que hablar del presidente esto y el presidente lo otro, pero ¿quién va a ser el próximo zar?».

*Un día de abril de 1917*

## PÁL KELEMEN SE EJERCITA EN EL MANEJO DE AMETRALLADORAS A LAS AFUERAS DE KOLOZSVÁR

Al final los tiempos modernos acaban por atrapar al ejército austrohúngaro. El arma de caballería, su orgullo, su elemento más bien uniformado, la joya de su militar corona, va a ser desmantelada. Ya no cumple ninguna función razonable, apenas nunca entra en combate. Se intentó, con el resultado de que una sola ametralladora abatió a regimientos enteros. En general, la caballería se ha limitado a custodiar a prisioneros de guerra, patrullar detrás de las líneas y a lucirse en vistosos desfiles. Por otro lado, los animales requieren ingentes cantidades de vituallas, sobre todo forraje, de lo cual en la actualidad, como de la mayoría de las cosas, hay escasez.<sup>215</sup>

Así que de nada sirve que la caballería austrohúngara sea considerada dueña de los uniformes más hermosos del continente, y con diferencia. Con ella desaparece ahora un pedazo más de la vieja Europa, ahora que los antiguos militares montados tienen que decir *adieu* para siempre a sus guerreras azules con ribetes de piel, a sus pantalones rojos con bordados y a sus cascos de cuero adornados con crestas, a sus penachos, hebillas, cordones y botones dorados y a sus arreos y botas altas de cuero pulido de color marrón ocre; ahora que, en lugar de todo eso, tienen que adoptar el triste, práctico, barato y anónimo *hechtgrau* de la infantería. También el regimiento de Kelemen va a ser eliminado y sus miembros convertidos en infantes, idea que él detesta, seguramente no solo porque el servicio en infantería es más peligroso y pesado: salta a la vista que a la parte esnob y esteta de su personalidad le produce repelús. Cuando se presentó al cursillo de tirador de ametralladoras que lo convertirá en comandante de infantería, el capitán que lo recibió —un hombre «más que maduro, sin afeitar, con la guerrera del uniforme arrugada»— reparó enseguida en que Kelemen todavía llevaba sus charreteras doradas, típicas de la caballería, y le dijo muy seco: «Eso va fuera». Kelemen, sin embargo, se ha permitido el placer de una pequeña rebelión privada, y no se las ha quitado.

El cursillo es insoportablemente aburrido, así como la ciudad en la que están acantonados y los demás participantes. Todo es tedioso. Esta tarde parten en carretas tiradas por caballos hasta el alejado campo de tiro para entrenarse con munición cargada. Pasan un pueblo. Las desiertas llanuras del paisaje húngaro se extienden hasta el horizonte. Acaba de llover, y unas plomizas nubes tapan el sol. Después llegan a su destino. Kelemen anota en su diario:

*Detrás tenemos la aguja de la iglesia del pueblo. A la derecha una valla contra el viento cubierta de paja constituye el elemento central del campo de tiro de la sección de ametralladoras. Las siluetas de los blancos parecen extravagantes espantapájaros clavados en el suelo lleno de fango, y en una trinchera recién excavada despuntan dos ametralladoras listas para ser empleadas.*

*Empiezan a hablar su lenguaje. Las balas salen silbando a enorme velocidad hacia las figuras de los blancos. Después del silencio casi infinito el constante tableteo provoca dolor de oídos. Me alejo todo lo posible de las ametralladoras y me vuelvo hacia el firmamento cada vez más oscuro; por el oeste unas franjas tiznadas anuncian la llegada del anochecer. En el sur flotan unas nubes de colores, y en los muros blancos de una granja lejana se reflejan los últimos rayos del sol. Todo el gigantesco campo de tiro retruena con el eco del ladrido de las balas.*

*Yo creía que los únicos testimonios de nuestro entrenamiento con estas máquinas asesinas serían soldados. Pero de uno de los pozos mecánicos se eleva de repente una manada de gansos salvajes batiendo rápidamente las alas y volando indecisos en giros por el aire. Una de las armas apunta en su dirección. Varios pájaros caen a tierra. Mañana nos espera una buena cena.*

*Viernes, 20 de abril de 1917*

## RAFAEL DE NOGALES Y LA FASE FINAL DE LA SEGUNDA BATALLA DE GAZA

Se hallan a un buen trecho de la primera línea y están convencidos de que lo peor ya ha pasado. La batalla culminó el día anterior: De Nogales arremetió con su montura dos veces. La primera vez que les hicieron ir a la carga tuvo la sensación de recibir «una orden de ejecución». La caballería otomana contra las ametralladoras británicas. Con todo, y por extraño que parezca, lo consiguieron. Bien es verdad que le hirieron en el muslo, pero su guardaespaldas Tasim detuvo la hemorragia con un pedazo de mascadura, «que escocía un poco pero que funcionó muy bien».

Hace menos de un mes, por tanto, que se libró la primera batalla de Gaza, una confusa escaramuza con muchas bajas que ambos bandos creían haber perdido pero que, al final, acabó como una victoria otomana ya que los británicos —en parte debido a la falta de agua— abandonaron el territorio ganado. La segunda batalla de Gaza es, en gran medida, la consecuencia de los informes excesivamente optimistas y parcialmente erróneos que el mando británico de la región envió a Londres tras la batalla y que han despertado en los dirigentes de la capital renovadas esperanzas de que una gran victoria *está* al caer: lo único que se precisa son unos cuantos efectivos más, unas cuantas piezas más, un ataque más, etcétera.

Animados por los refuerzos que les han enviado a toda prisa (entre otras cosas ocho carros de combate y 4.000 granadas de gas) y por la promesa de obtener más en caso de lograr abrir una vía hasta Jerusalén, los británicos iniciaron ayer una nueva ofensiva a gran escala. La empresa está degenerando en una versión calcada, y requemada por un sol abrasador, de los fracasos en el frente occidental, con ataques aéreos, bombardeos artilleros masivos pero sin objetivo, carros de combate averiados y asaltos de soldados de infantería aniquilados frente a un bien desarrollado sistema de trincheras.

La división de caballería a la que pertenece De Nogales ha contribuido al éxito inquietando el flanco británico. Al alba él y los otros oficiales reciben la visita de un mensajero del comandante de Gaza, el coronel Von Kressenstein, quien les agradece y felicita por su conducta. La segunda batalla de Gaza puede darse, prácticamente, por terminada. Los británicos no han conseguido abrir brecha.

Un cuarto de hora más tarde la división completa marcha a la luz del amanecer en dirección a Abu Hureira, una región pantanosa situada en la retaguardia. Ahí buscarán agua para abreviar a los caballos y descanso para sí mismos. La gran cantidad de jinetes remueve enormes cantidades de polvo, que luego flotan tras ellos en el aire cada vez más tórrido como una inmensa cola. De Nogales se inquieta, porque está claro que los británicos pueden divisar esa nube y comprender que la produce el desplazamiento de un importante destacamento. El jefe de división, sin embargo, se sonríe de sus aprehensiones. Y cuando llegan a la ciénaga hace alinear los regimientos en formación cerrada.

Apenas desmontan ocurre.

*Primero solo oyen el zumbido de unos motores. Al instante aparecen cinco, seis aviones británicos. Las bombas explotan unas tras otras en medio de los compactos rectángulos formados por caballerías y hombres, bombas que en medio minuto causan más bajas que las que sufrieron durante toda la jornada anterior:*

Cerca de doscientos caballos yacían agonizantes en el suelo o huían enloquecidos, chorreando sangre o con los intestinos fuera, en todas direcciones arrastrando de los estribos a sus jinetes o pasando por encima de aquellos que trataban de detenerlos.

A Rafael de Nogales le impresiona la actuación de los aviadores, considera que han ejecutado un «ataque en extremo brillante».

Una batería antiaérea alemana próxima consigue, sin embargo, darles a dos de los aviones. Uno de ellos va a caer más allá del horizonte; el otro se estrella en picado, con el morro por delante. De Nogales sigue el aeroplano con la vista, lo ve tocar el suelo en medio de una nube de humo. Al instante monta en su caballo y, seguido de una patrulla de lanceros, cabalga a toda velocidad hacia la lejana nube de humo. Debe de haber unos cinco kilómetros hasta allí.

Pretende salvar la vida del piloto. O, como mínimo, su cuerpo. Pues él sabe que las fuerzas irregulares árabes que momentáneamente luchan con el ejército otomano matan, mutilan y saquean a todo enemigo herido que se cruza en su camino. De noche y en repetidas ocasiones, De Nogales ha tropezado con el cuerpo desnudo y mutilado de algún soldado británico. Y una vez se encontró con un guía que tiraba de una montura cargada hasta los topes de fusiles, uniformes manchados de sangre, botas, cinturones y otros objetos; pertenencias robadas a los caídos. El hombre también le mostró una cosa pálida y alargada que a la luz de una linterna resultó ser un brazo humano, un brazo que aquel hombre segó por encima del codo a fin de quedárselo, debido a los hermosos tatuajes que lo adornaban. Asqueado, De Nogales compró el brazo y se encargó de que lo enterraran.

Llegan al lugar del impacto, pero ya es demasiado tarde.

El piloto yace muerto bajo los restos de lo que hasta hace un momento era su avión. El cuerpo está desnudo. Los pies cortados, sin duda para ahorrarles tiempo a los saqueadores que se han llevado sus botas:

*De cabellos entre rojo y rubio y bigote recortado, era dicho oficial joven todavía y la única herida que ostentaba era la de un fragmento de granada que le había penetrado por el pecho e interesado el pulmón.*

*Sus ojos azules o zarcos habían saltado fuera de sus órbitas a causa del choque sufrido por el cuerpo al caer de una altura de tal vez más de mil quinientos metros.*

Por encima de ellos zumba, buscando venganza, uno de los compañeros del piloto caído.

Algo sucede en De Nogales. Tal vez se deba a la hermosura del fallecido o simplemente, a que

(como sostiene el mismo De Nogales) siente respeto ante un enemigo tan digno y temerario, un oficial cristiano como él mismo; la cuestión es que no puede abandonar el cadáver a merced de los chacales del desierto. Revólver en mano, obliga a un hombre a cargar el muerto en su dromedario y llevarlo a Abu Hureira.

Allí De Nogales se asegura de que el piloto reciba un entierro decente. Debido a las prisas no es posible dar con un ataúd, así que envuelve al caído en su propio capote. A continuación se quita la pequeña cruz de oro que ha llevado colgando del cuello desde que era niño y la sujeta, cual una medalla, en el pecho del muerto.



*Miércoles, 25 de abril de 1917*

### ALFRED POLLARD ESCRIBE UNA CARTA A SU MADRE

Lo que le mantiene a él es la misma esperanza que también induce a muchos de los generales a perseverar en sus planes y ofensivas, a saber, la idea de que si bien es verdad que el propio bando sufre lo indecible, sin duda el bando contrario lo está pasando peor. Por eso todo se reduce a una cuestión de tiempo, a aguantar un poco, un poco más. Al final el frente del enemigo se derrumbará y la guerra estará decidida, ganada, terminada. (El empleo del término *push* [«empujón» en inglés] para denominar un gran ataque proviene de esta mentalidad. Todo lo que se requiere para que los alemanes muerdan el polvo es un buen empujón.) La retirada planificada de Alemania en Francia se interpreta —y no del todo mal— como un signo de debilidad.

La unidad de Pollard es una de las que han ido siguiendo el rastro de los alemanes. En una ocasión él condujo a su compañía a lo alto de una colina, y por primera vez en casi tres años pudo contemplar un paisaje de un verdor primaveral casi intacto por la guerra. Creyó entonces sinceramente que el final estaba a la vuelta de la esquina, que era cuestión de presionar un poco, un poco más. Así que cuando le notificaron que su compañía iba a ser relevada, justo entonces, teniendo el final tan cerca, se sintió muy frustrado. «Pero las órdenes son órdenes y tienen que ser obedecidas.» La compañía, reducida ahora a solo 35 hombres, marchó de vuelta por unos caminos llenos de barro. El sol de primavera calentaba tanto que hasta se quitaron los capotes.

Cuando el ejército británico a principios de abril inició una nueva ofensiva, esta vez en Arras, Pollard se hallaba en un campamento base recuperándose de una lesión de naturaleza banal: al dar un tropezón en la oscuridad se había hecho un esguince bastante feo. Sin embargo, no quería perderse el ataque por nada del mundo, así que se desplazó rápidamente a la sección del frente en la que su batallón aguardaba el momento de entrar en combate. Y una vez más le utilizaron para guiar patrullas de exploración en tierra de nadie.

Este día le escribe a su madre acerca de sus últimas hazañas:

*El otro día, en una de las trincheras de los hunos, tuve una experiencia de lo más emocionante. Tras cortar un boquete en sus alambradas me metí en su trinchera, en la creencia de que estaba vacía. Pero no tardé en descubrir que estaba llena de hunos, razón por la que enseguida me batí en retirada. Por suerte logré salir de una pieza. Circula un rumor según el cual el jefe de brigada, tras este pequeño incidente, me ha recomendado para una nueva distinción, de modo que si mantienes los ojos pegados al periódico puede que pronto veas mencionarse mi nombre. No vayas a pensar que he tomado riesgos innecesarios, porque no es así. Solo he hecho lo que otros me dijeron que hiciera.*

Bueno, querida y venerable señora, aunque hayamos salido del frente seguimos estando muy lejos de la civilización. Por cierto, me ha llegado otra caja llena de discos que no podré poner en el maldito gramófono mientras no tenga muelles nuevos. Así que date prisa en enviármelos, por favor.

Estoy de excelente humor y me encuentro muy bien. Además, he matado a otro alemán. ¡Hurra!

*Domingo, 29 de abril de 1917*

## ALFRED POLLARD DETIENE UN ATAQUE ALEMÁN EN GAVRELLE

La intensa barrera de fuego de la primera línea no consigue estorbar su sueño. Quien le despierta es, en cambio, un enlace. Consigo el hombre lleva una escueta orden para Pollard: tiene que proteger el flanco *en el acto*. Pollard sale disparado de su búnker: «No había tiempo para hacer preguntas sobre lo ocurrido. Obviamente, algo había salido mal. Tenía que actuar de inmediato».

Lo extraño es que cuando sale a la cegadora luz del día todo está en silencio. No se oyen explosiones de granadas, ni siquiera fuego de fusilería. Pero la aparente calma solo consigue inquietarle aún más. Pollard nota que su corazón se desboca. «Mi instinto me decía que nos hallábamos en peligro de muerte.» Empieza a otear en dirección a las trincheras de la primera línea. A la derecha todo parece estar en orden; mira hacia la izquierda. De repente lo ve. Ahí, a kilómetro y medio de distancia: un contraataque alemán. Como suele ser el caso, no se ven soldados en movimiento, sin embargo, oye el característico sonido de las granadas de mano —«¡Bang! ¡Bang! ¡Zunc! ¡Zunc!»— y distingue el rastro de las pequeñas nubes de humo gris que dejan las granadas tras de sí.

Esto prosigue durante cinco minutos.

Luego sucede algo completamente inesperado.

La posición atacada da la impresión de aguantar, pero algunos de los soldados británicos que mantienen la trinchera contigua empiezan a correr hacia atrás. Rápidamente cunde el pánico. Grupos compactos de hombres se desparraman por el campo.

Después Pollard ve que el contraataque alemán sigue avanzando: a través del hueco surgido, por el ramal de aproximación, hacia la trinchera de apoyo, derecho hacia el punto donde él mismo se encuentra. En esos instantes, cuando solo faltaban unos minutos para que las tropas de asalto alemanas alcanzasen la posición, una persona valiente pero más normal que Pollard probablemente se habría contentado con intentar organizar una defensa a toda prisa y después aguardar el ineludible choque. La fuerza alemana es grande, como mínimo una compañía, tal vez todo un batallón.

Pero no así Pollard.

Primero siente que la conmoción casi hace que se le dobleguen las rodillas. Tiene que sujetarse al borde del parapeto para no caer al suelo.

Después me invadió otra vez esa extraña sensación que he descrito antes de que ya no actúo por fuerza propia. Algún poder superior a mí mismo se adueñó de mí. E impulsado por esta misteriosa fuerza me lancé hacia delante.

Primero consigue que algunos de los que corren presas del pánico se detengan, luego los coloca en distintos embudos de granadas con órdenes de disparar. No importa si los tiros no son certeros ni si apuntan siquiera. Después saca su revólver. Con él en alto y seguido por tres hombres —equipados

con un total de seis granadas de mano— se prepara para correr al encuentro de los alemanes en el ramal de aproximación. Todo ello sin importarle lo más mínimo que la fuerza a la que se enfrenta es unas cien veces mayor.

Instruye brevemente a los tres soldados. Pollard va a ir a la cabeza; los otros tres le seguirán con sendas granadas de mano con el seguro quitado. Cuando le oigan hacer fuego con su revólver deberán lanzar una de las granadas de modo que aterrice aproximadamente quince metros delante de él, pasado el siguiente meandro del ramal de aproximación.

Luego se ponen en marcha.

Corren hacia delante.

Durante los primeros 100 metros no ven a nadie. Está desierta. Van deprisa. Se topan con un soldado británico que va solo. «Se convirtió en el cuarto miembro de mi pequeño ejército.» Continúan hacia delante por el desierto ramal de aproximación.

Tras otros 100 metros más Pollard dobla por un nuevo meandro. Divisa a un soldado alemán doblando por el siguiente meandro con la bayoneta calada. Pollard dispara. Ve al alemán soltar su fusil y desplomarse, sujetándose el vientre con las manos. Dos granadas de mano vuelan por encima de la cabeza de Pollard, en dirección al siguiente meandro. Aparece otro alemán, Pollard vuelve a disparar. También este soldado cae, de bruces. Las granadas hacen explosión. Ve a un alemán que da media vuelta. Ve a unos cuantos alemanes más que empujan hacia delante. Vuelve a disparar. Más granadas se deslizan por el aire y detonan: «¡Bang! ¡Zunc!» Los alemanes que quedan se retiran.

En este momento, cuando contra todo pronóstico acaban de rechazar el ataque alemán, una persona valiente pero más normal que Pollard se habría conformado, máxime considerando que ha gastado todas sus granadas.

Pero no así Pollard.

«Me hervía la sangre. La excitación que sentía solo se puede comparar a la que se tiene cuando en un partido de rugby abres una brecha en la línea de defensa para meter un gol.» Se lanza en pos de los alemanes que huyen por el ramal de aproximación. Vislumbra figuras que visten el uniforme gris de campaña. Dispara, falla. Al final, se serena y comienza a organizar una defensa. Su especialidad son las granadas de mano, y a su alrededor y para gran alegría suya encuentra montones de dichas granadas abandonadas por los alemanes. Pollard tiene predilección por estas granadas de mano; en parte porque pueden lanzarse más lejos, en parte porque debido a que su carga explosiva es mayor, el estruendo que hacen al detonar es considerablemente más fuerte que el del equivalente británico, y desde el punto de vista psicológico el sonido es de suma importancia.

Tras apenas diez minutos los alemanes han organizado un contraataque. El combate adopta la forma de un duelo de granadas de mano, y estas vuelan en estrechos arcos por el aire. Los estampidos se suceden. En el aire flota polvo y un humo gris. Pollard empieza por quitarse el casco para facilitar el tiro. Al cabo de un rato se arranca también la funda de la máscara antigás. «¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!» Las granadas de mano alemanas que aterrizan entre sus piernas son recogidas en el acto y tiradas por el borde del parapeto. Obviamente, los conmocionados y desprevenidos alemanes no tienen la menor idea de que se hallan únicamente frente a cuatro hombres aislados. Y es que desde el mismo ramal de aproximación es difícil descubrirlo, porque es tan estrecho que solo de tres a cuatro hombres pueden combatir al mismo tiempo. Si los adversarios de Pollard, en vez de quedarse dentro, hubiesen

trepado y avanzado por el suelo llano que discurre junto a la zanja, la escuadra de Pollard habría sido reducida en unos instantes.

La reserva de granadas de mano que han ido reuniendo disminuye rápidamente. Uno de los soldados de Pollard señala este hecho y pregunta si no es preciso empezar a retirarse. Pollard se niega: «No voy a dar ni un paso atrás».

De pronto, el silencio.

«El contraataque alemán terminó tan súbitamente como había comenzado.» Cuentan sus granadas de mano: solo les quedan seis. Cuando él y algunos de los soldados regresan por el ramal de aproximación para recoger más granadas de mano abandonadas, se cruzan con hombres de la compañía de Pollard, que avanzan para darles apoyo. Con su ayuda rechazan sin mayores esfuerzos el siguiente contraataque alemán.

De nuevo, se hace el silencio.

Hacia el anochecer llega el relevo. Para entonces Pollard está completamente agotado. Al marchar hacia la retaguardia atraviesan una franja donde flota gas de combate, pero le faltan fuerzas para ponerse la máscara antigás. Cuando alcanzan los carros de la cocina rodante se siente gravemente enfermo. Pero una taza de té caliente basta para que se le pasen las náuseas casi del todo.

*Martes, 1 de mayo de 1917*

## EL VUELO DE CUATRO MINUTOS Y MEDIO DE WILLY COPPENS SOBRE HOUTHULST

Sin duda se trata de una sobreestimación de su propia persona. Pese a que al aeroplano todavía no le han montado la ametralladora frontal y a que, por tanto, depende completamente del arma del observador, Coppens se ha decidido. En el día de hoy piensa realizar una profunda incursión en territorio enemigo. Una vez allí localizará algún contrincante al cual abatir. Así lo expresa el mismo Coppens: este día se siente prácticamente «invulnerable». En parte se debe a la confianza en sus propias aptitudes. A estas alturas es un piloto hábil, si bien su experiencia de combate sea limitada. Y en parte se debe también a la confianza en su avión: un Sopwith 1½ Strutter, el caza más veloz y moderno de todos cuantos ha pilotado Coppens.<sup>216</sup>

Sobrevuelan la línea del frente por Ypres. Para variar, en estos momentos reina la calma en el devastado arco que rodea la devastada ciudad. Algo más al sur se está librando la ofensiva inglesa en Arras, y en la muy lejana Aisne causa estragos otra batalla, en torno a Le Chemin des Dames.<sup>217</sup>

Vuelan rumbo al nordeste. A una altura de poco más de 3.000 metros sobrevuelan Langemarck y lo que fue un campo de batalla en 1914. Es sobre el gran bosque de Houthulst donde Coppens encuentra lo que anda buscando. Por debajo de él divisa cuatro monoplazas alemanes que han iniciado un ascenso hacia ellos. Los mantiene bajo una atenta observación (él tiene la intención de colocarse en posición de ataque), tan atento está que no ve otros cuatro cazas enemigos que se han aproximado inadvertidamente desde el lado opuesto.

Es el clásico error del principiante.

Coppens no se percata de nada hasta que recibe el crujiente impacto de la primera ráfaga.

Durante esta guerra los pilotos de combate siempre tienen los cálculos de probabilidad en su contra. Los aviones se inflaman fácilmente, son de construcción frágil, los motores precarios, la protección inexistente, el armamento nada fiable. Paracaídas todavía no hay, y cuando después los haya la mayoría de las fuerzas aéreas prohibirán a sus hombres usarlos, ya que se considera que su mera existencia induce a los pilotos de combate a abandonar innecesariamente sus naves.<sup>218</sup> El hecho de que los motores se pongan en marcha manualmente en tierra y de que los aeroplanos carezcan de motor de arranque implica que un paro en el aire no tiene solución. (El combate aéreo habitual tiene lugar a una altura de entre 3.000 a 6.000 metros. A ese nivel siempre hace frío, lo cual supone un constante tormento para los pilotos en sus carlingas descubiertas y conlleva, además, que los motores con frecuencia sufran fallos técnicos debido a problemas de congelación y lubricación.) No es solo el súbito silencio que sobreviene a un siniestro el que da dentera a Coppens; el súbito silencio que sigue al paro del motor en pleno vuelo es casi igual de ominoso.

Cabe preguntarse si hubo otros que se enfrentaron a unos pronósticos tan nefastos como los aviadores aliados que combatieron en la primavera de 1917. Posteriormente, el término «abril sangriento» será mencionado con pavor. Ayudados por unos aparatos técnicamente superiores, una

mejor formación de los pilotos y el desarrollo de nuevas tácticas, poco a poco la fuerza aérea alemana fue ganando ventaja. Esta ventaja alcanza su punto culminante en estos momentos, durante la ofensiva de Arras. Los franceses han retirado ya muchos de sus machacados escuadrones para reconstruirlos, pero los británicos han decidido proseguir el combate con la vana esperanza de que la supremacía numérica<sup>219</sup> compense la falta de técnica y pericia.

El resultado ha sido una masacre. Durante el mes anterior Gran Bretaña ha perdido una tercera parte de todos sus cazas. El promedio de horas de vuelo que alcanza a realizar un piloto de combate británico antes de ser abatido es de 17 horas y 30 minutos.

Willy Coppens está a punto de formar parte de esas estadísticas. La ráfaga proveniente del aeroplano alemán crepita sobre su avión. El fragmento de una bala que ha rebotado contra una travesa le golpea con violencia el lado izquierdo de la cabeza, pero sin dejar ninguna herida. No obstante, el impacto lo lanza hacia la derecha y ese movimiento involuntario es seguido por la palanca de mando y por todo el aeroplano, lo cual es un golpe de suerte. Ha hecho que la ráfaga incidiera oblicuamente a lo largo del fuselaje en vez de alcanzarlo de frente.

Coppens tiene la sensación de «recibir una ducha de plomo fundido». Más tarde admitirá: «Que te disparen no es bueno para el sistema nervioso».

Pese al pánico que siente es capaz de recordar un consejo que hace poco le dio un aviador francés. Si un avión biplaza es atacado por un monoplaza de menor envergadura, solo cabe hacer una cosa: virar continuamente, ¡virar hacia delante y hacia atrás! La cuestión es brindarle al caza cuantas menos oportunidades posibles de acertar el tiro.

Eso es lo que Coppens hace: virar, bascular, dar bandazos, rizar el rizo, oscilar. Se desplazan continuamente hacia abajo, en entrecortadas espirales. Su avión no se encuentra en posición horizontal más de algún escaso segundo. En cuanto a Coppens, apenas distingue a sus contrincantes, de vez en cuando vislumbra uno de los monoplazas con las grandes cruces negras pintadas que descende a tumba abierta hacia ellos o que, por el contrario, escala para adoptar una nueva posición de ataque. Pero oírlos sí los oye, y también oye que su observador a intervalos fijos dispara cortas ráfagas de ametralladora contra los atacantes.

Cuando Coppens regresa a sus propias líneas, los cuatro cazas enemigos interrumpen su persecución y dan media vuelta. El tiempo transcurrido es de cuatro minutos y medio. A Coppens le han parecido una «eternidad». Durante el breve combate han perdido 1.200 metros de altura.

Tras tomar tierra, él y el observador inspeccionan los daños. Llegan a contar 32 orificios de bala, veintinueve de los cuales se hallan tan cerca de la carlinga del piloto que Coppens puede tocarlos sin levantarse del asiento. Una bala ha atravesado el espacio entre sus rodillas para después pasar rozando la mano derecha que tenía posada en la palanca de mando. Descontando el fragmento de bala que ha hallado incrustado en el cuero de su casco, ha conseguido eludir todos los disparos. Él mismo lo califica de «milagro». ¿Invulnerable, dijo?

Este mismo día Edward Mousley escribe en su diario desde una primaveral y lozana Kastamonu:

*La banda ha hecho grandes progresos. Soy ahora el primer violín y el director de «la orquesta». Aparte de un tambor, dos clarinetes, flauta y banjo tenemos cinco violines,*

*dos chelos y dos contrabajos. Y el «ganchillo humano»<sup>220</sup> ha avanzado de forma admirable en la tarea de compaginar las notas de distintas cosillas que nos han llegado por correo, unos solos de piano y las piezas que hemos anotado de memoria. Actuamos cada sábado por la noche, alternando las dos casas. ¡A veces hasta sonamos como esas orquestinas que se escuchan en los lugares de veraneo de Inglaterra! Añoro los conciertos que escuchaba en el viejo Queen's Hall.*

Por lo demás, Mousley mata el tiempo escribiendo para el *Smoke*, un periódico copiado a mano que se distribuye clandestinamente entre los prisioneros británicos de Kastamonu. Y también esbozando un proyecto sobre Derecho Internacional y sobre la posibilidad de crear un órgano supranacional cuando termine la guerra, una especie de... Naciones Unidas. Añora su hogar. Le ronda la cabeza la idea de fugarse.



*Martes, 8 de mayo de 1917*

## HERBERT SULZBACH CABALGA POR UN BOSQUE A LAS AFUERAS DE BRODY

Más escarpados contrastes. No solo hay una guerra, sino diez, cien, mil guerras. El regimiento de Sulzbach ha sido trasladado al frente oriental, a Galitzia para ser exactos, al frente de Brody para ser más exactos aún. Allí hay tranquilidad. Todo el mundo espera que se firme algún tipo de paz o de armisticio con los rusos. No hay hostilidades. Por el contrario, los soldados de los distintos ejércitos se reúnen en tierra de nadie para intercambiar mercancías y noticias. Sulzbach ve primulas y anémonas del bosque. Ve vastas pinedas. Ve caballos de tiro sueltos por el lugar de asentamiento de la batería, paciando junto a las calladas piezas; una escena completamente impensable en el frente occidental. Oye el canto de los pájaros. Oye la música que sale de un gramófono. Pero no oye disparos. Qué extraño. Podría ser la paz. ¿Acaso lo es?

La primavera ha sido relativamente tranquila en su caso. Sulzbach ha pasado gran parte del tiempo hospitalizado, aunque no sufriera nada más grave que una persistente faringitis. Ha podido ir a su casa de permiso, donde para su gran sorpresa y sincera alegría coincidió con su amigo Kurt. Ha estado leyendo mucho, principalmente autores escandinavos. Y ha tenido tiempo para pensar, sobre todo en la guerra: «Iba a ser una especie de intermedio en nuestras vidas, y ahora dura casi tres años, y hay veces en que todo parece una pesadilla, pero una que se nos fuerza a soñar durante años y años».

A Sulzbach le ha sobrevenido una especie de tristeza. Es una sensación nueva, rara para él, normalmente tan franco y abierto. Solo cuando bebe recupera el desenfado de su antigua personalidad.

Sin embargo, el encuentro con el silencio en las afueras de Brody le ha sentado bien. Este día cabalga por la retaguardia. El camino que elige atraviesa un bosque primaveral de belleza casi romántica: «Todo es de un verde joven, las flores se abren, los pájaros cantan, el cielo es azul. Fabuloso».

Al día siguiente, cuando regresa a la batería tras un apacible día en las trincheras, le comunican que debe regresar al frente occidental inmediatamente. Hace tres semanas los franceses emprendieron allí una gran ofensiva. Se necesitan tropas de reemplazo.

*Lunes, 21 de mayo de 1917*

## HARVEY CUSHING VE RESTOS DE UN NAUFRAGIO EN EL ATLÁNTICO

Es su décimo día a bordo y, para variar, el tiempo es bueno. Brilla el sol, la mar está en calma. El buque se llama *SS Saxonía*, y en él viajan Harvey Cushing y demás personal del Base Hospital N.º 5. Constituyen una de las primeras unidades americanas enviadas al conflicto bélico en Europa. Solo hace poco más de un mes que Estados Unidos se declaró en guerra, «para asegurar la democracia en el mundo». Lo que sí es cierto es que su intervención ha salvado a Gran Bretaña, a su economía. Porque también los británicos hacían la guerra a crédito, crédito que estuvo a punto de cancelarse a finales del año anterior. Algunos personajes del gobierno británico hasta anunciaron, muy sombríos, el riesgo inminente de un hundimiento económico. Ahora, en el último minuto, Gran Bretaña ha conseguido apuntalar su economía con dinero americano y, sobre todo, gracias a la baratísima materia prima estadounidense.

Hasta el momento, la travesía ha carecido de dramatismo pero no ha sido nada tranquila. El *SS Saxonía* ha navegado por su propia cuenta —todavía no se ha introducido del todo todavía el sistema de convoyes— zigzagueando sin parar contra las olas del Atlántico y oteando sin cesar el horizonte a fin de detectar la posible presencia del periscopio de algún submarino. Cada cual lleva siempre puesto el chaleco salvavidas, las veinticuatro horas del día. Continuamente tienen que montar en los botes salvavidas a modo de ensayo. Al atardecer todo se tiñe de los distintos matices del gris azulado: el barco, la mar, las nubes.

Las formas militares han empezado a impregnar con su peso de plomo también esta unidad, que en el fondo no es militar. Ahora hay guardias armados en todos los rincones del buque, y en cubierta se hacen ejercicios de instrucción. Las botas se ven bien lustradas. Cuando los oficiales practican su gimnasia diaria se aseguran de que los soldados rasos y los suboficiales no puedan mirar a fin de que no se deteriore el respeto por sus superiores. A Cushing le cuesta bastante acostumbrarse. No sin asombro recibió hace poco unas espuelas —en realidad, un mero atributo de su condición de oficial ya que el Base Hospital No. 5 no dispone de caballos—, junto con una pistola automática del modelo M 1911 («grasienta y de aspecto maligno»). Raras veces la llevará encima, y no la usará jamás.

No es que Cushing tenga dudas acerca de la guerra. Hace ya mucho tiempo que se convenció de que Estados Unidos tarde o temprano se vería involucrado, o más bien, tendría que involucrarse. Él mismo ha dedicado mucho tiempo y esfuerzos a preparar a sus colegas de Boston para ello. Aquel mes que pasó como una especie de observador médico durante la primavera de 1915 contribuyó a aumentar su repugnancia por el fenómeno de la guerra, pero, al mismo tiempo, hizo mermar el temor que le provocaban sus hechos. Las ocasiones en que vio la línea del frente Cushing raras veces tuvo miedo. Porque, tal y como escribió en su diario esa primavera, «cuanto más te alejas de tu hogar y más próximo está el escenario de la guerra, menos oyes hablar de ella y menos pavorosa se te antoja». Desde entonces, y en su condición de neurólogo, ha estado muy interesado en el fenómeno de la «neurosis de guerra». De modo que los incentivos puramente profesionales siguen siendo reales. Sin embargo, a esos, con el tiempo, se les han sumado otros factores mucho más potentes.

Por aquel *entonces* él era un observador neutral que escuchaba con escepticismo los constantes relatos referentes a los atropellos cometidos por los alemanes. Su fría reserva, sin embargo, vendría a alterarse. El momento decisivo tuvo lugar el 8 de mayo de 1915. Iba de regreso a Estados Unidos cuando, frente a la costa de Irlanda, el barco en el que viajaba fue a parar entre los restos del *SS Lusitania*, hundido el día anterior por un submarino alemán, debido a lo cual 1.198 hombres, mujeres y niños se ahogaron. De ellos 124 eran ciudadanos americanos. Cushing navegó por entre los restos del naufragio durante una hora completa. Conmocionado, vio flotando en el agua varias hamacas de la cubierta, remos, cajas y, junto a un bote salvavidas plegable, los cuerpos de una mujer y un niño. Un pesquero de arrastre iba dando vueltas a lo lejos rescatando cadáveres al precio de una libra por cabeza.

Como es natural, son estos recuerdos los que le asaltan *ahora*, este día de mayo de 1917, cuando divisa los restos de otro naufragio. Esta vez, en cambio, Cushing no ve ningún cuerpo. Solo una escotilla, algo de basura, un chaleco salvavidas. Esa misma tarde llega para escoltarles un obsoleto destructor con el número 29 pintado en el estrave. El destructor se mantiene a cerca de medio kilómetro detrás de ellos. Ellos lo saludan y aclaman. El alivio es general. Cushing piensa que esta noche más gente se atreverá a dormir bajo cubierta.

Esa misma tarde, en la cubierta superior practican técnicas de trasladar camillas. La falta de experiencia es notable. Las enseñanzas se imparten por medio de un libro. En la proa sus baúles militares se apilan ya listos. Si todo prosigue según los planes, el *SS Saxonía* arribará al puerto de Falmouth a las seis de la mañana siguiente.

*Martes, 29 de mayo de 1917*

## ANGUS BUCHANAN CONTEMPLA LA CÁNDIDA PLAYA DE LINDI

A veces, tres meses transcurren deprisa. Ese es el tiempo que la unidad de Buchanan ha pasado en Ciudad del Cabo. Esa fue la duración de su estancia en «un país bello y pacífico», un verdadero paraíso. Este periodo de reposo era inevitable. Seguramente, sin él los hombres de la 25th Royal Fusiliers no habrían aguantado más. Durante los últimos tiempos en África del Este tanto entre los mandos como entre la tropa reinaba un clima de depresión y apatía.

De todos modos, en el periodo húmedo del año poco se puede hacer. Atrás, manteniendo las posiciones bajo unas lluvias torrenciales, han quedado batallones compuestos de soldados negros de Nigeria, Ghana, Kenia y las Indias Occidentales.

Ahora, tras el reparador descanso las unidades van de regreso a África del Este, y lo hacen en barco, para, restauradas sus fuerzas, terminar la faena, según dicen de una vez por todas. Bien es verdad que las fuerzas de Lettow-Vorbeck están arrinconadas en la esquina sudeste de la colonia, pero vencidas todavía no lo están. El nuevo comandante aliado, Van Deventer, por otro lado, es más dado a los combates directos que a las ingeniosas, pero a menudo vanas, tácticas de tenaza. («*Hard hitting*» [mano dura] es su método.) Aunque las serpenteantes marchas a través del monte bajo y la selva pretendían reducir el número de caídos en combate y, en su lugar, marginar por medio de estratagemas al adversario, una y otra vez el resultado fue que las líneas de enlace se estiraron hasta el límite de lo posible. La opinión generalizada es que las vidas que el anterior comandante, Smuts, ahorra en el campo de batalla con frecuencia se perdían en los hospitales. De los 20.000 soldados sudafricanos que han sido enviados a África del Este la mitad serán transportados de vuelta a sus hogares gravemente enfermos. Y muchos de los que, al igual que Buchanan, fueron evacuados a Sudáfrica para reponer fuerzas, se hallaban en tal estado de desnutrición y desgaste que han provocado la indignación pública. Son muchos los que nunca antes han visto hombres blancos en tal estado. Negros sí, ¡pero blancos!

El convoy, que transporta tropas en vistas a la inminente ofensiva, consta de cinco buques. Han echado anclas a menos de dos kilómetros de una playa de arena blanca, donde está pensado que desembarquen los soldados. Un poco más allá se halla la ciudad de Lindi, que ya ha pasado a manos de los británicos. Buchanan:

*Contemplamos la costa con sentimientos contradictorios: todavía nos atraía la aventura, pero esta tierra, con todo su inmenso contenido, paraliza la imaginación inquieta. Así que contemplamos la costa en un estado considerablemente más sobrio que antes. Porque ahí frente a nosotros se extendía de nuevo el monte bajo, imperturbable como siempre, una tenebrosa presencia que, en realidad, no hay persona en el mundo capaz de desentrañar.*

*Un pequeño barco de vapor se arrima al crucero. Los hombres agarran su bagaje, su equipo y sus fusiles y descienden a él. El vapor lleva al grupo hasta una lancha que les aguarda para transportarles el último trecho, de agua muy poco profunda. Finalmente son depositados sobre la arena blanca, con su calzado seco gracias a los remeros negros que los cargan a cuestras.*

*Jueves, 31 de mayo de 1917*

RICHARD STUMPF DESCRIBE LA ENTREGA DE VEINTE CRUCES DE HIERRO EN EL SMS  
*HELGOLAND*

A falta de victorias recientes, buenas son las viejas. El día del primer aniversario de la batalla de Skagerack se celebra con énfasis en toda la Flota de Alta Mar. El capitán del *SMS Helgoland* pronuncia un discurso «con los ojos ardientes». Cuanto más discurre su altisonante oratoria, más estridente y polémica se vuelve:

*Nuestros enemigos trabajan afanosamente por alcanzar una meta determinada, es decir, la ruptura de los lazos que unen a nuestro caudillo supremo con su flota y su ejército. Una vez derrocada la casa Hohenzollern nos impondrán un régimen parlamentario semejante al de Francia e Inglaterra. Entonces nosotros, al igual que ellos, seremos gobernados por comerciantes, abogados y periodistas. En su mundo, si se cansan de un general o de un jefe militar se le despide sin más. Pero nosotros necesitaremos un ejército aún más fuerte y una flota aún mayor cuando termine esta guerra. Tenéis que obstaculizar la labor de todos aquellos que pretenden imponer un régimen parlamentario en Alemania, y no olvidéis jamás que la grandeza de Alemania empieza y acaba con su dinastía imperial, con su ejército y con su joven flota. Y recordad una cosa: los socialdemócratas de todos los países con los que estamos en guerra nos quieren exterminar.*

El remate final consiste en tres vítores en honor de «Su Majestad, nuestro caudillo supremo». A continuación se reparten veinte Cruces de Hierro de un modo más o menos arbitrario entre los que tomaron parte en la batalla hace exactamente un año.

Como es habitual en él, Stumpf se siente escindido, desconcertado y furioso. La energía del orador y la fuerza de sus palabras le han conmovido y, más que pensar, siente que parte de lo dicho tal vez sea cierto. Pero si sus emociones le arrastran hacia un lado, su razón tira de él hacia el lado opuesto. Pues no se le escapa en absoluto por qué el capitán alberga semejantes opiniones; tal vez también él pensaría de ese modo de ser oficial. Pero al no ser más que un simple marinero raso, un «proletario sin propiedad», utilizando sus propias palabras, le resulta imposible apoyar «un incremento del poder autocrático del káiser, el ejército y la armada». Sí, «es fácil hablar de asuntos siempre y cuando no seas tú quien los paga». A Stumpf no le asusta el sistema parlamentario. Considera que entre los dirigentes del enemigo hay muchos hombres buenos. La verdad es que, en estos momentos, prefiere «ser un esclavo inglés a un marinero alemán».

El desasosiego, la irritación y el desengaño acumulados en Stumpf a través de los años transcurridos desde el estallido de la guerra se basan, solo en parte, en la frustración producida por

la férrea disciplina y por el monumental hastío al que conduce la inactividad de la flota. En él anida, además, una ira dirigida contra la actual realidad de Alemania, en particular contra lo que Stumpf considera el quid, el núcleo y la miga de su estructura: el sistema de clases. Esa es, en última instancia, la cuestión que ha transformado al exaltado patriotero de 1914 en el indeciso pero airado radical de 1917.

A todos los niveles la guerra se ha convertido en algo que pocos vaticinaron y aún menos desearon. Entre otras cosas ha desenmascarado el sistema de clases; un solo par de años de guerra han bastado para conseguir lo que lustros de propaganda anarquista y socialista no consiguieron; es decir, revelar las falacias, la hipocresía y las paradojas de la antigua estructura. Y en pocos lugares la imprevista exposición de los disparates de Europa ha llegado más lejos que en la Flota de Alta Mar alemana.

La tropa y los oficiales conviven en un mismo espacio, teóricamente; reman, como suele decirse, en la misma galera. Sin embargo, sus circunstancias son grotescamente desiguales. La iniquidad comprende desde la comida que ingieren y el espacio que habitan (los camarotes de los oficiales están decorados a la usanza de los hogares de la clase alta, con alfombras orientales, acolchados sillones de cuero y obras de arte) a sus condiciones de trabajo y de descanso (mientras que a los marineros apenas nunca se les concede un permiso hay oficiales que disfrutan de excedencias de varios meses seguidos; y cuando permanecen amarrados en un puerto los oficiales a menudo pernoctan en sus casas). La proximidad que resulta inevitable a bordo de un barco ha sacado a la luz las desigualdades de un modo inusitado. Simultáneamente, la falta de actividad, de combates, de victorias —en resumidas cuentas, de sangre—, ha hecho posible poner en tela de juicio esas diferencias.

Dentro del ejército la situación es diferente. También ahí la desigualdad de condiciones salta a la vista, pero por razones prácticas, nunca adopta formas tan llamativas. Además, en cierta medida, en el ejército es lícito achacarlas a las exigencias y sacrificios del servicio. Pues nada hay más peligroso en esta guerra que ser un oficial de Infantería de bajo rango.<sup>221</sup> En cambio aquí, en la por lo general inactiva Flota de Alta Mar, las exigencias que se les imponen a los oficiales son mínimas y sus sacrificios menores aún. Así pues, ¿qué puede motivar sus privilegios sino es el hecho de que provienen de una clase privilegiada? ¿Y acaso no es posible que toda esa altisonante oratoria sobre el honor, el deber y el sacrificio acabe perdiendo su fuerza y se revele como un mero pretexto, utilizado para mantener a las masas en su sitio?

Incluso en esa celebración del primer aniversario distingue Stumpf el modo en que se manifiesta el sistema de clases. La oficialidad, cómo no, enseguida se encierra en su opulenta cámara de oficiales y organiza una bacanal que dura hasta las cuatro de la madrugada. A los marineros no se les brinda nada más que «un par de barriles de cerveza aguada», y su fiesta tiene lugar en la cubierta. Lo que molesta a Stumpf, sin embargo, no es tanto la sobreabundancia de la que disfrutan los oficiales a la vez que la tropa no disfruta de nada. Lo que esta noche le indigna particularmente es que todavía haya tantos marineros dispuestos a humillarse ante sus señores (quienes les dedican sonrisas condescendientes) con la única finalidad de obtener una palabra de aprecio o alguna migaja de su mesa:

*La cámara de oficiales parecía un manicomio. Pero más escandaloso aún era ver cómo los marineros mendigaban cerveza, cigarrillos y aguardiente de aquella pandilla*

*de borrachos. Al ver su modo de rebajarse me entraron ganas de chillar. Algunos habían perdido por completo el autodomínio y aseguraban a los oficiales que eran buenos marineros y buenos prusianos. Como recompensa los otros les daban una jarra extra de cerveza. Al final, llegaron hasta a vitorear a ciertos oficiales por su generosidad.*



*Miércoles, 6 de junio de 1917*

PAOLO MONELLI MARCHA HASTA LA LÍNEA DEL FRENTE DE LA CIMA DELLA CALDIERA

Anochece. Van marchando cuesta arriba. La larga columna del batallón se mueve siempre hacia arriba a la luz del crepúsculo. Todos saben adónde lleva el camino. Y los que ya estuvieron aquí durante los combates del año pasado señalan los lugares que reconocen, mencionan los nombres de los hombres que cayeron. «Una vía dolorosa.» Inicialmente, mirar hacia abajo, hacia el valle bañado por el claro de luna, provoca en Monelli una sublime sensación de vértigo; pero el creciente cansancio acaba por hacerle perder el interés por todo lo que le rodea. Al final, solo queda el sonido de sus pisadas y el cansancio mismo.

Cruzan la meseta al abrigo de la noche, percibiendo la vaga pero fría radiación de la nieve que todavía cubre el suelo. Ve grandes fogatas. Ve hombres dormidos; esta es la unidad que mañana realizará el asalto. Piensa: «Pobres diablos». Después piensa:

*La suerte de cada uno de ellos se me antoja más miserable que la mía propia. El no estar destinado a formar parte de la primera oleada me hace sentir muy afortunado, y me asombra que estos hombres puedan dormir tan tranquilos, los mismos que mañana al salir de la trinchera soltarán todo lo que protege sus vidas. Temo por ellos. (No difiere mucho de las veces en que me ha sobrevenido un ataque de vértigo cuando, desde una peña, veía a un hombre aferrándose a la pared de un abrupto acantilado, solo para al día siguiente seguir sus pasos sin la menor preocupación.)*

*Al amanecer alcanzan su destino. Acampan. Ve peñascos, nieve y algún que otro pino desperdigado.*

*Lunes, 11 de junio de 1917*

## AGNUS BUCHANAN Y EL COMBATE JUNTO AL ZIWANI

¿Dónde está el enemigo? ¿Dónde están los suyos? Son las preguntas corrientes que surgen durante las operaciones nocturnas. Hacia la medianoche, al abrigo de la oscuridad, el cuerpo de los 25th Royal Fusiliers de Buchanan, junto con uno de los batallones de negros que cada vez es más habitual, desembarcan en un punto río arriba del Lukule, a unos doce kilómetros de Lindi y del litoral. La idea no es mala. De este modo —y aunándose a otra fuerza que avanza desde el norte— rodearán por el flanco las firmes posiciones alemanas próximas a la costa.

El problema es que una marcha que ya sería fatigosa a la luz del día raya la pesadilla en la selva a oscuras. Para variar, se ha pensado en esta circunstancia. La idea es que durante la marcha el batallón de Buchanan vaya resiguiendo un ferrocarril de vía estrecha que se sabe discurre desde el río hacia Mkwaya. Y en efecto, así es. Gracias a eso, su unidad se mueve relativamente deprisa por el monte llano. Durante el desembarco en la fangosa ribera del río todos se mojaron y cogieron frío, pero con la marcha ya han entrado en calor. La cuestión es: ¿dónde está el enemigo, y dónde está el resto de los suyos? El batallón de los negros avanzará por algún lugar de su izquierda, siguiendo lo que ojalá sea un curso paralelo.

Buchanan oye el canto, nítido y estridente, de un gallo solitario. Comprende dos cosas: que se aproximan a una zona poblada y que es la hora del alba. Distingue una suave claridad que rompe por el horizonte. Oye a lo lejos los primeros y mitigados estampidos de la artillería; se trata de uno de sus propios barcos cañoneros que ha sido descubierto y que ahora responde al fuego. Pronto no tarda en captar también el sonido de aviones británicos que han salido para explorar el terreno en busca del adversario, quien hasta el momento se ha mantenido bien oculto entre los oscuros y aromáticos setos del monte bajo.

A la débil luz del amanecer pasan por Mkwaya. Ahí la columna se desvía hacia el oeste, en dirección a Mozambique. Dos horas más tarde ya es de día. Al encaramarse en Ziwani a lo alto de una loma divisan por primera vez lo que estaban buscando desde la medianoche: al enemigo. Al otro lado del valle, a unos 1.500 metros de distancia, se mueven apresuradamente grandes grupos de *askaris* alemanes. Buchanan también ve las bocanadas de humo de la artillería enemiga: piezas de 10,5 cm que los alemanes, con su habitual talento para la improvisación, han remolcado del aniquilado acorazado *SMS Königsberg*. Cuando Buchanan y el resto descienden al valle para aproximarse a sus adversarios resulta que estos ya están allí. Casi de inmediato se topan con fuertes patrullas alemanas. Se produce un confuso tiroteo. Los británicos se retiran de nuevo hacia la cima de la cresta. No tarda en quedar claro que también el batallón que avanzaba paralelo a ellos por su izquierda está sometido al fuego, y los hombres del 25th Royal Fusiliers reciben órdenes de enterrarse en la cima de la cresta hasta nuevo aviso.

Las excavaciones ocupan el resto de la mañana y continúan hasta después del almuerzo.

Pero a las dos sucede algo.

Desde una distancia de menos de treinta metros los *askaris* abren un fuego repentino y ensordecedor, tanto de fusiles como de ametralladoras. Sin ser vistos han reptado hasta allí a resguardo de las matas y la hierba alta. Buchanan describe ese ruido como parecido al estampido de un fuerte trueno.

Cuando más tarde intenta describir lo ocurrido le cuesta dar una visión clara de los hechos; porque una vez iniciado el intenso combate cuerpo a cuerpo

se perdía toda noción del tiempo, la noción de todo, a excepción de que algo importante estaba sucediendo, algo cargado de una energía viva y que actuaba con una celeridad febril.

Por suerte para los británicos sus atacantes cometen un error que se da con frecuencia en los combates librados en medio de vegetación densa. Instintivamente se apunta demasiado alto, y por ello la mayoría de las balas pasan por encima de los cráneos de los defensores. No obstante, esta ventaja tiene una pega: varios de los racimos de balas derriban los nidos de abejas que cuelgan de los árboles, y los enfurecidos insectos se lanzan al ataque de lo primero que encuentran. Las picaduras de estas abejas son singularmente dolorosas, y cuando Buchanan, por lo general siempre tan comedido, dice que el dolor de las picaduras «casi nos volvía locos» no exagera. Cosas así han ocurrido con anterioridad y varias veces durante la guerra en África del Este. En una ocasión vio a un hombre tan acosado por los insectos que lo atacaban que literalmente perdió la razón.

Hacia el anochecer cesa el combate. Los atacantes se retiran. Los hombres del 25th Royal Fusiliers permanecen en la cresta. Todos y cada uno de los soldados británicos tiene la piel cubierta de bultos amarillentos, y los rostros de algunos de ellos están tan hinchados que apenas ven nada. A la mañana siguiente iniciarán el regreso a Lindi.

*Jueves, 14 de junio de 1917*

## MICHEL CORDAY SE PASEA A LA LUZ DEL CREPÚSCULO POR UN BULEVAR DE PARÍS

Se trata de algo más que una variación; es un tema nuevo que se superpone al viejo. Y, evidentemente, está relacionado con el hecho de que los norteamericanos se han sumado a la guerra. Michel Corday se halla en la Cámara de los Diputados escuchando el discurso de René Viviani. Este no es santo de su devoción, y eso no solo se debe a que el hombre sea un político sin fuerza al que acosan rumores de ser drogadicto, sino sobre todo a lo que hizo, o mejor dicho, dejó de hacer en 1914. Viviani, un hombre de izquierdas, era primer ministro en Francia cuando estalló la guerra, pero no hizo nada para evitar la catástrofe sino que, por el contrario, impuso la resolución de solicitar créditos de guerra.

Los días de Viviani como *hombre en el poder* están más o menos contados. No obstante, todavía puede hacer buen uso de su talento como orador, el cual, sin duda, es importante. Viviani es un experto en soltar frases retóricas elegantes e instigadoras. Y como es habitual en dichos contextos, la manera de expresar una idea puede ser igual o más relevante que la idea expresada. Su discurso es, en efecto, «un triunfo de la oratoria». Por lo general suele decir las mismas cosas que los demás políticos, y también esta vez coloca la aguja sobre el viejo disco rayado que proclama aquello de que hay que combatir «hasta el amargo final». Sin embargo ha añadido algo nuevo, algo que hace que Corday dé un respingo. La guerra ha adquirido un nuevo objetivo, un nuevo sentido, un nuevo... pretexto. Sostiene ahora que su verdadera finalidad es que «los hijos de nuestros hijos no tengan que perder la vida en conflictos similares». ¡Ah! Así que esta es una guerra que acabará con todas las guerras. Qué original. Bonita idea. Bonito lema.

Hacia las siete de la tarde Corday pasea por uno de los bulevares a la cálida luz del sol poniente. La muchedumbre que puebla las calles es variopinta y, en más de un sentido, un reflejo de la guerra. Hay allí

... prostitutas con sombreros grandes como parasoles, faldas cortas hasta las rodillas, los senos al aire, medias transparentes y mejillas maquilladas; jóvenes oficiales con los cuellos de las guerreras desabrochados y ostentosas cintas de medallas; soldados aliados, los británicos, tan musculosos, los belgas, tan inofensivos, los infelices portugueses, los rusos con sus impresionantes botas de marcha; hombres jóvenes vistiendo guerreras que les quedan estrechas.

Corday se cruza también con un representante de un fenómeno reciente: el soldado mendigo. Nunca visto en años anteriores, ahora, en cambio, es frecuente toparse con él en restaurantes y cafés. No es raro que luzca medallas en el pecho, de las prestigiosas, como la Croix de Guerre, otorgadas por heroísmo en el combate. Suele vender postales o cantar canciones patrióticas para reunir algún dinero.

Al soldado mendigo con el que Corday se cruza en la acera le falta un brazo. Además, está bebido. Se va abriendo paso por entre el flujo de gente, pidiéndole ora a uno ora a otro que le de un par de monedas de cobre, o, al menos, un cigarrillo. Y todo el rato va repitiendo la misma palabra: «Paz...

paz...».

Más tarde Corday charla con un conocido que le cuenta que todavía se producen amotinamientos dentro del ejército francés. Y que hasta la fecha se ha fusilado a más de cuatrocientos sediciosos.<sup>222</sup> Su amigo le explica también la anécdota de un amotinado quien, bajo la amenaza de sufrir ese destino, dijo: «Si me fusilan, al menos sabré por qué muero».

*Miércoles, 20 de junio de 1917*

## FLORENCE FARMBOROUGH REGRESA AL FRENTE EN LOSHCHINO

Un sol tórrido. Calor sofocante. Tormenta en el aire. Farmborough ve las tiendas de campaña cubiertas con ramas en lo alto de la colina. Ve caballos que se apelotonan bajo los contados árboles para disfrutar de la sombra. Ve figuras que se bañan en las aguas turbias del río. Se alegra de estar de vuelta. De momento reina la calma, pero corren rumores de que dentro de unos días el ejército ruso iniciará un nuevo ataque. En ese caso volverán a estar muy ocupados.

Farmborough solo ha estado fuera unos días, visitando a las enfermeras británicas de otra unidad, pero han bastado para hacerla sensible a cosas que antes formaban parte de lo cotidiano. Como la comida. Ante el plato de gachas del rancho vacila; los grumos de grasa le dan asco. Y la sopa de pescado está demasiado salada. Pese a estar hambrienta no prueba otra cosa que pan negro regado con té. Halla la conversación deprimente; dominan las actitudes pendencieras.

Tras la cena, Sofía y yo caminamos hasta la cima de nuestra colina. A lo lejos los altos picos de las montañas flotaban sobre una suave bruma de color azul cobalto. Las pequeñas aldeas de Saranchuki, Kosovo y Rybniki yacían a nuestros pies en los distintos valles. Podíamos ver que las granjas estaban destruidas y abandonadas. Las trincheras enemigas eran completamente visibles; parecían encontrarse peligrosamente cerca de las líneas rusas, a solo 20 metros, había oído decir Sofía. Los campos circundantes están sembrados de las manchas rojizas de las amapolas, también hay margaritas y algún que otro anciano. Cuánto consuelo se encuentra en un campo de amapolas, su encanto tiene algo de acogedor y casero.

Este mismo día Elfriede Kuhr anota en su diario:

*Esta guerra es un harapiento fantasma gris, una calavera de la que salen gusanos. Desde hace varios meses se están librando nuevos combates en el frente occidental. Tenemos batallas en Le Chemin des Dames, en Aisne y en la Champaña. Toda la región no es más que un campo de ruinas, hay sangre y barro por todas partes. Los ingleses han introducido un arma nueva y terrible, un vehículo acorazado sobre rodillos que puede aplastar cualquier tipo de obstáculo. A estos vehículos acorazados les llaman «tanques».<sup>223</sup> Nadie está a salvo de ellos; ruedan por encima de cualquier batería de artillería, de cualquier trinchera, de cualquier posición, y las allanan, por no decir lo que hace con los soldados. Todo aquel que intenta salvarse en el embudo de una granada ahora lo tiene muy negro. Después está el endemoniado gas tóxico. Los ingleses y los gabachos todavía no han desarrollado (a diferencia de los soldados alemanes) máscaras antigás seguras, con provisión de oxígeno. También hay un gas venenoso que traspasa la ropa. ¡Qué manera de morir!*



Lunes, 25 de junio de 1917

## EL BATALLÓN DE PAOLO MONELLI ENTRA EN COMBATE EN EL ORTIGARA

Ahora les toca a ellos. Han estado esperando este momento. Durante unos catorce días han visto cómo un batallón tras otro era conducido hasta la cima del Ortigara, y en cada ocasión han podido apreciar el mismo resultado: primero vuelven los camilleros con los heridos y las mulas cargadas con los muertos, transcurrido un tiempo —algunas horas o algunos días— pasa de largo lo que queda del batallón. Así funciona, esa es la mecánica. Se envía a los batallones contra la muela del fuego artillero que los tritura hasta que han perdido la parte del león de sus hombres. Entonces son relevados por nuevos batallones a los que la artillería tritura hasta que pierden la parte del león de sus hombres. Entonces son reemplazados por nuevos batallones que son triturados hasta que han perdido la parte del león de sus hombres. Y así sucesivamente.

El nombre técnico es «guerra de material». Muy de vez en cuando, alguno de los bandos realiza un ataque durante el que hay que recorrer hondonadas sembradas de cráteres todavía calientes por los impactos de las granadas y remontar alguna cima o escalar una cresta rocosa. Pero, por lo general, la infantería no tiene otra misión que aferrarse a algún punto, un punto que a los soldados puede darles la impresión de haber sido elegido al azar pero que, en la realidad cartográfica de los estados mayores y en el mundo ilusorio de los triunfales comunicados de guerra, tiene su significado. A menudo se trata de lugares que, o bien Dios o bien los topógrafos, han dotado de una cifra que indica la altura y de la que, por alguna casualidad, ha quedado constancia en los planos, como 2.003 o 2.101 o 2.105, cifras que más tarde son metamorfoseadas en «cotas» que hay que defender o conquistar.<sup>224</sup>

La situación no pinta bien esta mañana. Cuando al alba Monelli se despierta, el fragor del fuego artillero es más fuerte que nunca. Se desprende de su saco de dormir y sale para ver qué sucede. Al cabo de un rato el batallón recibe órdenes de formar. Luego se ponen en marcha. Una larga hilera de hombres taciturnos y pesadamente cargados avanza hacia arriba, siempre hacia arriba, por un angosto camino que discurre paralelo a la abrupta y elevada pared del acantilado. El sol ya alto ha iniciado su travesía por un cielo azul. Parece que el día será caluroso.

Los rostros de los soldados irradian algo que Monelli denomina «una calmada resignación ante lo inevitable». Por su parte, y en la medida de lo posible, intenta no pensar. Procura ensimismarse en detalles, cosas prácticas, con cierto éxito. Al dar una orden a uno de sus subalternos nota con satisfacción que su voz suena estricta y contenida. Rebusca entre sus sentimientos. ¿Tiene alguna premonición? No. Pero en su mente se ha encallado un verso del premio Nobel Giosuè Carducci: «*Venne il dì nostro, e vincere bisogna*» (Llegó nuestra hora, y es preciso vencer). Y Monelli tiene la impresión de que se ha convertido en un instrumento, un instrumento apto y fuerte que es dirigido por un poder elevado muy por encima de su propio cuerpo. Ve una columna de mulas alejándose. Ve las nubes de humo teñidas de negro y naranja que han dejado unas *shrapnel*.

Al cabo de un rato llegan a una gruta que desemboca en la línea de fuego. Cuando la abandonen se



hallarán bajo el fuego directo. En la desembocadura de la gruta se apretuja mucha gente. Telefonistas y artilleros se arriman a las frías paredes de la cueva para dejarles paso, mirando a Monelli y al resto de cazadores alpinos con miradas largas y solicitantes; a Monelli esas miradas le cogen desprevenido e intenta apartarlas de su mente. Pero su significado tiene tiempo de arraigar: «Dios mío, ¿tan mal está la cosa?».

El capitán pronuncia una sola palabra: «*Andiamo!*» (¡Vamos!).

Después toman carrerilla y, uno tras otro, se lanzan al aire libre en una compacta formación, como si fueran bañistas a punto de dar el salto desde el nivel más alto de un trampolín. Las ametralladoras austríacas del otro lado empiezan a tabletear. Monelli corre hacia delante, cuesta abajo. Ve a un hombre recibir el impacto de un gran fragmento de metralla en la cabeza. Ve que el suelo está horadado por pequeños embudos de granadas. Ve cuerpos, en algunos lugares apilados en montones, y registra lo siguiente: ahí hay más peligro, ahí hay que ir con cuidado. Se guarece tras unas rocas, recobrando el aliento en vistas al siguiente tramo. «Toda tu vida pasa de largo en un solo instante de arrepentimiento, te asalta una premonición y la desechas con horror.» Luego toma impulso, se lanza hacia delante, las balas silban —«ziu, ziu»— y consigue salvar la distancia. Pero ve que el capitán yace en el sitio.

Les advierten de que hay gas, y se coloca la máscara antigás, pero al cabo de solo cinco minutos se la quita de un tirón. Es imposible correr con la máscara puesta. Continúan bajando por la siguiente hondonada. Está atestada de muertos, hay cadáveres antiguos de los combates del año anterior, se han deshecho y son poco más que esqueletos revestidos de harapos, y hay cadáveres frescos, todavía calientes, todavía sangrantes; a todos les une el mismo estado atemporal. Monelli alcanza otro pasaje peligroso. Más allá, una ametralladora austríaca está lista para abrir fuego contra todo aquel que se atreva a pasar. Acaba de abatir a unos seis o siete hombres. Ve a un soldado que titubea; su camarada acaba de ser alcanzado. El hombre dice algo de dar media vuelta, pero el regreso es igual de peligroso. Ve al hombre santiguarse antes de lanzarse cuesta abajo por la rocosa pendiente. La ametralladora dispara. El hombre se salva y corre, salta, tropieza cuesta abajo. Lo mismo hace Monelli.

Es mediodía. Brilla el sol. Hace calor.

Ahora vuelven a ir cuesta arriba. Atraviesan la cresta de una loma. Y allí, allí alcanza Monelli la posición de la compañía. Qué digo posición: se trata de una simple hilera de rocas ennegrecidas y grandes montones de guijarros en un rellano tras el cual se apretujan los hombres, inmóviles, mudos, con los ojos desorbitados, completamente inactivos bajo el intenso fuego de granadas, aguardando, pasivos, reconcentrados. Un joven soldado ve a Monelli, le advierte, se alza, le hace señales para que vaya a su abrigo, pero en el mismo momento un proyectil le da en medio del pecho y el joven soldado se desploma.

Más tarde Monelli y el jefe de su batallón intentan localizar el puesto de mando de la brigada. Al final lo hallan en una cavidad de la montaña. La entrada de la gruta está tapada con sacos de arena y, como siempre, atestada de gente que se guarece del constante fuego artillero. Son tantos los que allí se apretujan que Monelli y su jefe pisan sin querer brazos, piernas, torsos; pero nadie reacciona. La plana mayor se ha instalado en el fondo de la cueva. Reinan allí la oscuridad y un silencio total. Si Monelli y su superior esperaban que la noticia de que habían llegado dos batallones de refuerzo iba a ser recibida con agradecimiento y hasta puede que júbilo, quedan defraudados. Los oficiales al

mando no han oído hablar del asunto y les saludan «sin ningún entusiasmo». Los ánimos en el interior de la tenebrosa y fresca gruta son lúgubres, de hecho, más que lúgubres, están marcados por la humillación y la resignación, por la sensación de estar a merced de algo inexorable. El jefe de brigada dice en un tono resignado: «Como pueden apreciar, estamos rodeados por el enemigo, que puede hacer con nosotros lo que quiera».

Pese a ello salen de allí con una orden de ataque, improvisada al tuntún por el jefe de la brigada. Monelli se dice que alguien en las más altas esferas —¿el comandante en jefe del cuerpo, acaso?— debe de estar perdiendo la cabeza, porque las instrucciones que les llegan son cada vez más incongruentes y contradictorias. *Si* es que les llegan, porque el constante fuego artillero corta los hilos telefónicos cada cinco minutos, aproximadamente. Por tanto, hay que enviar a gente a que en medio del fragor, el humo y los cascos de metralla que remolinean por el aire, localicen la rotura y la reparen. El cargo más arriesgado en lo alto del Ortigara es el de telefonista.

Pero no solo los telefonistas son víctimas de una de las muchas paradojas de esta guerra, en este caso, del hecho de que la capacidad de destrucción de los ejércitos ha sobrepasado con creces la capacidad de los generales de controlar y dirigir esos ejércitos. Durante las grandes batallas las comunicaciones casi siempre se rompen, y los combates se convierten en un arremeter a ciegas en medio de la humareda de las explosiones.<sup>225</sup>

Cae la noche. Tres olores ocupan el aire: el humo acre de los explosivos detonados, el tufo dulzón de la putrefacción y el agrio hedor de los excrementos humanos. Todos hacen sus necesidades ahí donde estén, agachados o tumbados, a la vista de los demás, se bajan los pantalones y ya está. Sería estúpido hacerlo de otro modo. Acre, dulce, agrio.

Esa noche una de las compañías asalta la cota 2.003. La toma.

Tres días más tarde los austríacos la reconquistan.

*Sábado, 30 de junio de 1917*

### PAOLO MONELLI RETORNA DEL ORTIGARA

Ha sobrevivido cinco días allá arriba. A ratos les han bombardeado desde los cuatro puntos cardinales simultáneamente. Ha ocurrido que la montaña daba la impresión de ser traspasada por fuertes corrientes eléctricas; el suelo temblaba, daba saltos, chisporroteaba, crepitaba. Han vivido con los muertos, de los muertos: utilizando sus municiones, comiendo su comida, tomándose el agua de sus cantimploras, amontonando los cuerpos como escudo antibalas en el parapeto de la trinchera, poniéndose encima de ellos para aislar sus pies del frío. Al tercer día ya habían perdido uno de cada dos hombres, o bien caído en combate, o bien herido o con neurosis de guerra. Monelli cree que tal vez uno de cada diez saldrá ileso, y alberga la loca esperanza de pertenecer a esa categoría. Cuando la artillería enemiga les ha dado una tregua busca presagios en los versos de las páginas abiertas al azar de su Dante de bolsillo.

Y ha sobrevivido.

Escribe en su diario:

*Mudo asombro ante este renacimiento, ante la posibilidad de poder captar nuevas impresiones sentado al sol en la entrada de mi tienda. La vida es un bocado delicioso que masticas en silencio con buenas muelas. Los muertos son camaradas impacientes que partieron con prisa para cumplir misiones desconocidas; en cambio, nosotros sentimos la cálida caricia de la vida al saborear algún entrañable recuerdo de familia: el alivio de poder comunicar una vez más a los pobres padres de allá abajo el retorno del hijo pródigo, cosa en la que no tenías valor para pensar el día de la partida.*

*Jueves, 19 de julio de 1917*

## RENÉ ARNAUD PRESENCIA EL ABUCHEO DE MARIE DELNA EN NOYON

¿Cómo que no va a terminarse la función según la tradición, con *La Marsellesa*? El jefe de división está pasmado y no poco indignado. El director del teatro le explica, seguramente con algo de embarazo y temor, que «por amarga experiencia sabemos que cuando la moral de combate es tan baja como hoy lo mejor es evitar cantarles el himno nacional a los soldados».

Hace ya tres meses que se desataron los motines en el ejército francés, el cual solo ahora vuelve a considerarse apto para el combate. Pero a duras penas. Las tensiones siguen ahí, a flor de piel.

Las sediciones dentro del ejército de finales de abril podrían describirse como la implosión de las ilusiones. Los generales y los políticos echan la culpa a los agitadores socialistas, a la propaganda pacifista, al contagio de la epidemia revolucionaria procedente de Rusia y a cosas por el estilo. En general, la primavera ha sido muy agitada en Francia. Sin duda, se trata del mismo hastío de la guerra que se da en Rusia. Hastío que, en parte, ha adoptado la misma vía de expresión: desobediencia, huelgas, manifestaciones. No obstante, los motines dentro del ejército nunca han formado parte de un movimiento organizado y, tal vez, la mejor manera de describirlos sea llamarlos huelgas. Tampoco son sueños visionarios de futuro los que los han impulsado sino las pesadillas del presente. Lo que subyace es una descomunal desilusión.

La gran ofensiva francesa del mes de abril se inició al son de la misma retórica inflada de clarines y exageraciones que la gran ofensiva de la Champaña en el otoño de 1915: que si los preparativos eran impecables, que si los alemanes estaban hundidos, que si la brecha asegurada, que si había sonado el momento decisivo, que si la victoria estaba ganada y etcétera. Espléndidas promesas de que la guerra se decidiría durante las siguientes 48 horas consiguieron que hasta los más cansados de la guerra realizaran un último esfuerzo. *Allons enfants de la Patrie/ Le jour de gloire est arrivé!* Cuando, a pesar de todo, las posiciones volvieron a estancarse, obteniendo éxitos mínimos y un máximo índice de bajas, la situación ya no dio más de sí.<sup>226</sup>

El batallón de Arnaud no se ha visto afectado por los motines; por algo es de la Vendée, una región que dista mucho de tener tradiciones revolucionarias. No obstante, percibió sus efectos una noche en la que, tras diez días de servicio en el frente, y cuando iban a abandonar la primera línea, les comunicaron que su relevo se posponía 24 horas. El batallón que tenía que reemplazarles se negaba a ir a las trincheras a menos que les fueran concedidas una serie de exigencias minuciosamente especificadas.

Probablemente se debe a que sus tropas se han mantenido tan firmes durante los amotinamientos que el jefe de división insiste en que se cante *La Marsellesa* al final de la función. El director del teatro cede, pero a regañadientes. La representación teatral de este día debe interpretarse como una expresión de la nueva solicitud hacia las tropas que los mandos militares se han visto obligados a adoptar a raíz de los motines. Tiene lugar al aire libre a fin de que puedan asistir el mayor número posible de espectadores, lo cual no supone ningún problema ya que están en pleno verano.

Hacia el final, la estrella de la función sale al improvisado escenario. Se trata, nada menos, que de Marie Delna, probablemente la mejor contralto que pueda escucharse en Europa por esta época, con un lustro de triunfos en su haber: en la Ópera de París, claro, pero también en La Scala de Milán, en el Covent Garden de Londres y en el Metropolitan de Nueva York. Dicho de otro modo, una estrella grandiosa. También en lo que respecta al tamaño, como constatan Arnaud y el resto del público. De la quebradiza sílfide que conocían por los carteles y las fotografías ha surgido una mujer inmensamente gorda. Su canto, no obstante, ahí donde la ven, enfundada en una especie de túnica blanca en medio del escenario y sosteniendo la tricolor en una mano, es igual de hermoso que antes. *Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons! Marchons, marchons!* Pero claro que esto de exhortar al respetable a tomar las armas, formar batallones y marchar al frente resulta bastante provocativo en el momento actual, porque algunos no quieren hacer ni lo primero ni lo segundo y, menos aún, lo tercero.

Una vez cantadas las últimas estrofas los aplausos de la gran cantidad de soldados que hay entre el público se mezclan con silbidos. Al jefe de división le viene un mareo de lo enfadado que está y da órdenes de que se identifique a los que silban. Pero será en vano.

*Sábado, 21 de julio de 1917*

## ALFRED POLLARD RECIBE LA CRUZ VICTORIA EN EL PALACIO DE BUCKINGHAM

Son 24 las Cruces Victoria que se van a repartir, pero en la zona acordonada del palacio de Buckingham solo hay alineados 18 hombres. Las seis restantes se otorgarán póstumamente. Algo apartadas, esperan unas personas vestidas de paisano; son los familiares que recibirán la medalla en nombre de sus caídos. Suena una banda militar, un guardia de honor forma con las banderas en alto. Tras la alta y dorada verja que rodea el palacio se vislumbran multitud de espectadores.

Tan pronto se supo que a Pollard iban a condecorarle con la Cruz Victoria comenzaron las celebraciones en su honor, aunque eso no fue nada comparado con lo que le esperaba cuando, junto con otro ganador de la Cruz Victoria, se fue de permiso a su casa por un mes. Desde entonces su existencia es un constante asistir a fiestas, teatros y banquetes en medio de vítores y efusivas palmadas en la espalda. Hay veces en que se siente incómodo, pero eso no quita que esté contento. Siempre que los dos condecorados intentan pagar sus consumiciones se adelanta alguien que insiste en invitarles. Cuando acuden a algún restaurante de categoría enseguida les reconocen, les obligan a saltarse la cola y les dan la mejor mesa disponible. Pollard es famoso. Su imagen sale en los periódicos.

Por si fuera poco, Pollard se ha prometido. Con Mary Ainsley, la mujer que le había desdeñado con tanto énfasis. Él sospecha que uno de los motivos por los que le rechazó era que él, *por aquel entonces*, era un mero soldado raso desconocido, un don nadie; en cambio, *ahora*, ¡ahora! Ahora es oficial y van a otorgarle la más alta y prestigiosa distinción que se conoce en el Imperio Británico. Como la guerra ha obrado milagros con su autoestima, él una noche la rodeó con sus brazos y la acribilló con «frases medio incongruentes» sobre lo mucho que la amaba y la deseaba, etcétera. A la mañana siguiente, durante un paseo, Mary dijo que seguía sin estar enamorada de él, pero ya que él la amaba tanto estaría mal por su parte defraudarle, y que el amor es algo que puede nacer con el tiempo. El anillo de compromiso es de platino, adornado con diamantes y una perla negra. Los últimos días los han pasado en un hotel de la costa en compañía de unos conocidos, se han bañado, hecho excursiones en barco, dado paseos, ido a conciertos, disfrutado espléndidas cenas, amén de protagonizar su primera riña.

En estos momentos él y 17 hombres más aguardan a las puertas del Palacio de Buckingham. Del pecho uniformado de cada hombre sobresale un gancho especial que le facilitará al rey la labor de colgarles su medalla. En esas sucede algo. Choque de talones, se presentan armas. La orquesta interrumpe la pieza que tocaba y la sustituye por el himno *God Save the King*. El guardia de honor baja las banderas. El rey hace acto de presencia. ¡El rey!, seguido de un montón de edecanes. Los 18 hombres, muy rígidos, se ponen firmes. La música se extingue. «¡Descansen!»

Uno a uno los van llamando. El nombre de Pollard es invocado en sexto lugar. Al igual que los demás, él da diez pasos al frente y se pone firme ante el monarca. Un coronel lee la justificación oficial, cuya introducción reza: «Por un coraje y una determinación singularmente excepcionales».

Cuando se han leído las últimas palabras de la justificación —«su manera de ignorar el peligro infundía valor a todo aquel que le veía»— el rey cuelga la medalla con la cinta púrpura en el gancho de su pecho y pronuncia algunas palabras de elogio. A continuación, el monarca estrecha la mano del ganador de la Cruz Victoria, con fuerza, tan fuerte que el corte sin cicatrizar que Pollard se hizo durante sus vacaciones en el mar se le abre de nuevo. El recién condecorado joven de 25 años da un paso atrás, hace el saludo militar.

Para Pollard este es el punto culminante de la guerra, de hecho, el punto culminante de su vida.

Gracias a esto, él, empleado londinense de una compañía de seguros, predestinado a una tediosa e irrelevante vida, ha alcanzado todo cuanto soñara, se ha convertido en quien durante tantísimo tiempo pensó que era. Y aquello que lo ha hecho posible es la guerra.

Tras la ceremonia les aguarda un nutrido programa de festejos y homenajes. Mañana regresa al continente. Corren rumores de que se prepara una ofensiva británica a gran escala en algún lugar de Flandes. Un sentimiento nuevo, inusual, se desvela en él. Por primera vez en su vida no arde en deseos de entrar en combate.

El mismo día Willy Coppens tripula por vez primera un avión monoplaza en misión de combate:

*Sobre Schoore me topé con un avión biplaza que volaba en círculos a una altura de 3.200 metros. Lo atacé con determinación pero sin el menor efecto. Los tripulantes del biplaza me dispararon a su vez pero también sin resultado. Mi aeroplano no presentaba signo alguno de haber sido alcanzado. A 500 metros de altura dejé escapar a mi presa, la cual desapareció, y yo maldije mi falta de habilidad.*

*Un día de julio de 1917*

## PAOLO MONELLI PRESENCIA LA EJECUCIÓN DE DOS DESERTORES

Al alba. La compañía en pleno aguarda de pie en un pequeño claro del bosque. También están ahí el pelotón de fusilamiento. Y el médico. Y el sacerdote, quien tiembla de pavor por lo que está a punto de suceder. Luego llega el primero de los prisioneros.

He ahí el primer condenado. Un llanto sin lágrimas, un estertor de la garganta oprimida. Ni una palabra. Ojos que ya no expresan nada. En el rostro sólo se percibe el vago terror de la bestia que va al matadero. Llevado hasta un abeto no se tiene en pie, se desploma. Hay que atarlo al tronco con un cable telefónico. El capellán, lívido, le abraza. Mientras tanto el pelotón forma dos filas. Son los de la primera fila los que van a disparar. El edecán del regimiento ya ha dado las explicaciones: «Yo hago una señal con la mano. A continuación fuego».

Ambos son soldados de su propia unidad. Durante los atroces combates en el Ortigara los enviaron un día al valle para realizar fajinas, y con tres jornadas de lucha en la primera línea tuvieron suficiente, así que no volvieron. Un tribunal militar en Enego los condenó a muerte por deserción. La disciplina en el ejército italiano es severa rayando en draconiana.<sup>227</sup> Tras la sentencia fueron devueltos a su compañía, la cual debe llevar a cabo la ejecución (a la vista de todos, para que sirva de escarmiento), escoltados por dos policías militares que no tuvieron corazón de contarles lo que les esperaba. Encerrados en una pequeña choza ambos gritaban, llamaban, lloraban, suplicaban e intentaban negociar: «Prometemos salir a patrullar todas las noches, señor teniente». En vano. Dejaron de gritar, llamar, suplicar e intentar negociar. Al final, lo único que se oía proveniente de la choza cerrada con llave era llanto. Ambos son soldados experimentados, que han servido desde el comienzo de la guerra. Todos los ejércitos funcionan por una combinación de imposición externa y consentimiento (espontáneo u orquestado); de hecho, toda esta guerra ha surgido por la conjunción de estos dos factores. Cuanto más se tambalea el consentimiento, más estricta se vuelve la imposición, pero solo hasta cierto punto. En el momento en que tan solo queda imposición no queda nada, y entonces todo se viene abajo.

El edecán levanta la mano, da su última señal.

No ocurre nada.

Los soldados miran al oficial, miran al hombre atado con la venda en los ojos. Entre los soldados del pelotón de fusilamiento hay compañeros de armas del reo de muerte, camaradas, «puede que hasta parientes suyos».

Una nueva señal.

No ocurre nada.

El edecán da una palmada nerviosa. Como si fuera preciso un sonido para convencer a los soldados de que les toca disparar.



Estalla una salva de disparos.

El reo de muerte se desploma hacia delante pero es detenido en su caída por el cable con el que le ataron, por lo que se desliza un poco tronco abajo. Ese corto trayecto basta para obrar la transformación de persona a cuerpo, de sujeto a objeto, de ser vivo a cosa, de un él a un eso. El médico se acerca y, tras un examen breve y simbólico, declara su muerte, aunque nadie duda de que se hubiese producido. Monelli observa que le han volado la mitad de la cabeza.

Luego conducen al segundo reo hasta allí.

A diferencia de su camarada está completamente tranquilo y en los labios ostenta algo parecido a una sonrisa. En un tono extraño, casi extático, les dice a los hombres del pelotón de ejecución: «Esto es justo. Lo único que pido es que no falléis el tiro, ¡y que no hagáis lo que yo hice!». Se extiende el desconcierto entre las filas del pelotón. Algunos quieren escabullirse, dicen que ya han disparado una vez. Discusión. El edecán maldice y profiere amenazas hasta que consigue restablecer el orden.

Estalla una salva de disparos. El reo se desploma. Ahora también ese está muerto.

Se disuelve el pelotón de ejecución y los hombres se alejan despacio del lugar. Monelli observa lo turbados que están, ve traslucirse horror y pesar en todas las caras. El resto del día no se habla de otra cosa. Hablan en voz baja, por la vergüenza o la conmoción. Monelli:

*Las dudas y preguntas surgen con desgana en nuestras mentes, y las rechazamos con horror ya que mancillan los elevados principios: esos principios que nosotros aceptamos con los ojos cerrados como si fuesen una creencia, por temor a que, de lo contrario, se nos hiciese demasiado difícil cumplir con nuestro deber como soldados. Patria, necesidad, disciplina; una de las frases del manual de instrucciones, conceptos cuyo significado, en realidad, no conocemos sino que, para nosotros, son meros sonidos. Muerte por fusilamiento, ahí sí las palabras se vuelven claras e inteligibles para nuestra mente abatida. Sin embargo, aquellos señores de Enego no se dignaron venir hasta aquí para ver cómo se convertían en realidad las palabras de su sentencia.*

*Jueves, 2 de agosto de 1917*

## ANGUS BUCHANAN TOMA PARTE EN EL ASALTO DE LA LOMA DE TANDAMUTI

Una nueva marcha nocturna, un nuevo asalto. La árida loma se alza ante su vista, elevándose por encima de la espesa vegetación como el espinazo de un prehistórico animal ahogado. En la cresta puede distinguirse una vasta arboleda. En ella se oculta un fuerte. Esa fortificación es el objetivo de su ataque.

A las 9.00 horas se inicia el asalto principal. El ruido del persistente tableteo de las ametralladoras y de los huecos estampidos de los lanzagranadas se propaga por el monte bajo. La primera oleada está compuesta por un batallón de negros, el  $\frac{3}{4}$  King's African Rifles. Sufren cuantiosas bajas, y su ataque queda frenado en la pelada ladera. Convocan ahora a la segunda oleada. Se trata de la unidad de Buchanan, la 25th Royal Fusiliers. Sus hombres han comenzado a sentir respeto por los soldados negros y hasta han llegado a desarrollar una especie de compañerismo con algunas de las compañías africanas más experimentadas, algo impensable antes de la guerra. Buchanan es jefe del pelotón que sirve a las ametralladoras, y él y sus hombres siguen a la cadena de tiradores, enfilando la ladera sembrada de cuerpos de la loma, escalando hacia la cima. El tiroteo crece hasta convertirse en fragor.

A medida que las fuerzas alemanas se han visto acorraladas en un rincón cada vez menor de la colonia y que han empezado a ofrecer resistencia desde diversas posiciones fortificadas, los combates se han vuelto cada vez más intensos y costosos. Aunque la cantidad total de soldados involucrados es considerablemente menor que durante anteriores campañas, el índice de caídos en combate es tres veces mayor.

El grado de desesperación en ambos bandos también ha aumentado. Por parte de los alemanes debido a que este es, como ya se ha dicho, el último pedazo de territorio que les queda en el continente. Entre los mandos británicos porque desde Londres les llegan proposiciones cada vez más duras referentes a que hay que poner fin a la campaña, y cuanto antes. No solo son los créditos de guerra los que están a punto de acabarse; sino también la flota de la marina mercante. Desde que los alemanes iniciaran su guerra submarina sin restricciones, hundien más barcos de los que los aliados alcanzan a construir,<sup>228</sup> y en un contexto en el que uno de cada cuatro navíos no llega a destino y en el que el abastecimiento de las islas británicas se ve directamente amenazado, los convoyes a África del Este se contemplan como una especie de lujo.

Tras haberse retirado de aquel valle del Mohambika los alemanes se han hecho fuertes en la loma de Tandamuti. Aquí los ataques y contraataques se han ido alternando desde mediados de junio. Así pues, ha llegado la hora de uno más.

Las dos compañías de los 25th Royal Fusiliers continúan avanzando rápidamente hacia el grupo de árboles hasta que les corta el paso una *boma*, es decir, una ancha valla de espinos trenzados, obstáculo no menos efectivo que una alambrada. Al rebotar contra ella reculan hacia la izquierda. Entre tanto Buchanan, sin embargo, ha conseguido colocar en posición sus ametralladoras, a menos

de 50 metros de la barrera de espinos. Se produce un violento fuego cruzado. En poco tiempo caen cuatro de sus «más competentes e inestimables tiradores de ametralladora». No obstante, Buchanan persevera. El fuego crepitante de sus ametralladoras barre de un lado a otro la posición enemiga mientras las granadas de los lanzagranadas situados a sus espaldas sisean casi imperceptiblemente por encima de sus cabezas y explotan entre llamaradas y humo en medio de los árboles.<sup>229</sup>

Buchanan observa que el fuego con el que les responden desde el interior del fuerte mengua paulatinamente; de hecho, hasta le parece oír que tras la loma suenan cornetas alemanas llamando a retirada. Con la victoria al alcance de la mano le llega, no obstante, la orden de replegarse. Los alemanes han iniciado un contraataque más lejos. Dicho de otro modo, corren el riesgo de que se les aisle. Cuando Buchanan y los otros se retiran de la loma, les alcanza el sonido lejano de un intenso tiroteo. Todos los porteadores han desaparecido. Por el sendero se encuentran sus sacos, cajas de embalaje y baúles tirados de cualquier manera. Y apenas alcanzan a constatar que, obviamente, los *askaris* acaban de atravesar su impedimenta y que ellos mismos se convierten en el blanco de disparos hechos a corta distancia.

Más tarde llegan al hospital de sangre. Las tropas alemanas lo han saqueado, aunque con una sorprendente corrección formal. Los mandos de la unidad enemiga

...hasta tuvieron la desfachatez de ordenar a los sirvientes nativos que les sirvieran té a los alemanes blancos, el cual se tomaron mientras cogían la quinina y demás medicinas que necesitaban. Sin embargo, esos mismos blancos habían tratado a los heridos con consideración y, pistola en mano, habían impedido que sus propios negros, frenéticamente excitados, molestaran a los pacientes.

Mientras la guerra en todos los demás frentes se caracteriza por una creciente brutalidad, los combatientes blancos en África del Este se muestran a menudo curiosamente caballerosos los unos para con los otros. Dicha camaradería no es únicamente un vestigio de la antigua idea de los años anteriores a 1914, según la cual las colonias debían mantenerse al margen de los conflictos, sino también una expresión del hecho de que todos, cual una gota blanca en medio del océano negro del continente, comparten una especie de destino colonial común.<sup>230</sup> En general, a los prisioneros blancos se les trata muy bien, y su rancho es mejor que el de los propios soldados. En una ocasión durante esta campaña un médico alemán atraviesa las líneas británicas para exigir que le devuelvan una maleta con equipo médico que se han dejado olvidada por descuido; no solo se la devuelven sino que le permiten regresar con los suyos. Cuando a Von Lettow-Vorbeck durante los combates le otorgan la medalla Pour le Mérite, la más alta distinción alemana, el general que es su adversario le hace llegar una cortés carta de felicitación.

Buchanan y el resto del batallón —los que todavía se tienen en pie— alcanzan el campamento de Ziwani hacia las once de la noche. Están completamente exhaustos. Durante las últimas 22 horas no han hecho otra cosa que marchar o combatir.

Dentro de una semana asaltarán la misma loma una vez más.

Este mismo día Harvey Cushing anota en su diario:

*La lluvia estuvo cayendo a raudales todo el día, y también a raudales entraban heridos tiritando por la hipotermia, cubiertos de barro y sangre. Varios casos de*

*GSW<sup>231</sup> en la cabeza, que al retirar el barro resultaban ser menudencias, y otros que eran mucho más graves de lo que en un principio suponíamos. Las salas de examen siguen llenas hasta los topes, es imposible dar abasto y la falta de método de la organización es para volverse loco. También las noticias son pésimas. La mayor batalla de la historia se ha hundido hasta la cintura en un cenagal, y los cañones se hunden aún más.*

*Miércoles, 8 de agosto de 1917*

## FLORENCE FARMBOROUGH CRUZA LA FRONTERA CON RUMANÍA

Ya a las seis de la mañana inician la marcha. Ha llovido y los caminos están embarrados. Pero el paisaje abierto, ondulado, con tonos y siluetas matizados por la suave luz matinal, le gusta. Cruzan el Prut por un puente en el que trabajan prisioneros austríacos. Farmborough observa que las tiendas de campaña de los prisioneros están empapadas por la lluvia. Algunos de los prisioneros están ahí plantados, inmóviles, mientras esperan que el sol naciente les seque la ropa mojada.

Cuando los carros, después de traquetear por las tablas de madera del puente, salen rodando por la ribera opuesta se encuentran ya en Rumanía. ¿De dónde sacan sus esperanzas? Ayer, cuando les anunciaron que debían dirigirse al país vecino del sur, el personal de la unidad sanitaria recibió la orden con alegría. En parte se trata de una huida, aunque no solo de los alemanes que avanzan, sino sobre todo de las escenas de decadencia, desmoralización y retirada que han dominado la última semana.

A estas alturas la «ofensiva de la Libertad»,<sup>232</sup> el último esfuerzo del nuevo gobierno de seguir adelante con la guerra, se ha venido abajo. La unidad de Farmborough pertenece al 8.º Ejército, el cual en un principio realmente consiguió romper las líneas enemigas al sur del Dniéster, pero que tras un avance de solo unos 30 kilómetros escasos quedó frenado a causa de la falta de suministros para llenar los depósitos y de la falta de entusiasmo entre los soldados. Estos últimos han organizado reuniones, planteado preguntas, discutido condiciones, elegido comités y exigido que fueran ellos mismos quienes nombraran a sus oficiales. Las desertiones han aumentado considerablemente y se producen ahora a la luz del día. Divisiones enteras se han negado a ir al ataque. Sorprendida y molesta, Farmborough ha podido constatar que gran parte de los soldados verdaderamente no quieren luchar más. La aversión que muestran hacia sus propios oficiales ha encontrado, además, un nuevo blanco en la figura de las enfermeras. ¿Se debe a que son voluntarias, o a que son mujeres o a ambas cosas a la vez? Las acosan con frases despectivas, maldiciones y obscenidades; por primera vez Farmborough teme a sus propios soldados y tiene que esconderse de ellos.

A lo mejor al otro lado de la frontera evitarán tener que presenciar la progresiva disolución del ejército ruso. Además, al otro lado de la frontera unidades rumanas y rusas han iniciado una pequeña filial de la ofensiva de la Libertad. Y la última vez que recibieron noticias parecía que progresaba, no sin éxito. En fin, que los del hospital móvil han celebrado esta marcha con júbilo, no ya porque fuera a llevarles lejos de la guerra, sino porque iba a conducirles a un lugar donde podrían realmente contribuir con su aportación.

Se detienen en un campo a comer el rancho: unas gachas espesas con trozos de carne, pescado y verduras. El sol ocupa el centro de un cielo azul y hace mucho calor. Farmborough oye voces que riñen. De política, cómo no. Después capta algunos detalles: por lo visto, el jefe del gobierno piensa despedir a Brusilov, su héroe, como responsable de la fracasada ofensiva. Se suman más voces airadas. También Farmborough se indigna. Sin embargo, en vez de dejarse arrastrar a la discusión se

aleja con una de sus camaradas para refrescarse en el río dándose un baño. Por desgracia, no encuentran ningún tramo que esté lo suficientemente apartado; por todas partes encuentran soldados. Así que vuelven a la columna que está emplazada en medio del campo. Se meten bajo uno de los grandes carros buscando sombra. Tendrá tiempo de escribir unas cartas antes de que les ordenen partir. Son alrededor de las cuatro de la tarde.

Posteriormente llegan a una pendiente larga y escarpada. Ahí deberán esperar su turno, ya que los caballos necesitan ayuda para tirar de los cargados carros cuesta arriba. En su diario escribe:

*Un montón de jóvenes soldados de confianza ayudaron a cada uno de los tiros a llegar hasta la cima. Allí arriba hubo muchos gritos y latigazos innecesarios. Esas pobres bestias amedrentadas ya sabían lo que se esperaba de ellas y hacían lo que podían, pero sus profundos, convulsivos jadeos y el sudor espumoso de sus cuerpos revelaban el tremendo esfuerzo que cada movimiento les suponía.*

*Después de esto continúan adelante por malos caminos, subiendo y bajando por el ondulado paisaje, atravesando aldeas de pulcras casitas de madera cuyas ventanas adornan cortinas, pasando de largo junto a mujeres y niños ataviados con trajes exóticos de hermosos bordados. Florence Farmborough oye a una anciana soltar un grito de espanto ante la visión de tanta gente uniformada, y a ella las palabras le suenan a italiano. Así que esto es Rumanía. Hacen un alto en una pequeña ciudad y les compran manzanas a los comerciantes judíos con rublos. Huevos no hay; unos soldados ya los han comprado todos. El tórrido calor estival afloja un poco cuando se meten en una hermosa y sombría pineda.*

*Al atardecer levantan el campamento en la pendiente de las afueras de una aldea. El calor les hace evitar las tiendas y despliegan sus catres al aire libre. Su jefe ha conseguido dar con un periódico que tan solo tiene tres días y, alrededor del fuego de campamento, lo lee en voz alta. La mayoría de las noticias versan sobre lo de siempre: el caos político que reina en la capital rusa, cosa que no despierta demasiado interés en Farmborough. Una historia, en cambio, la emociona tanto a ella como a varias de las demás enfermeras. Y es la notificación de que, en el actual estado de crisis, se han creado batallones de infantería compuestos enteramente por mujeres.*

Ella sabía ya con anterioridad que hay mujeres soldado en el ejército ruso. Incluso ha conocido a varias de ellas, en calidad de heridas. Recuerda especialmente a una que estuvo atendiendo en Galitzia, una chica de 20 años con una herida muy fea en una de las sienes producida por una bala que le pasó rozando. La muchacha quería volver enseguida a la línea de fuego. Los batallones nuevos, enteramente compuestos de mujeres, se han creado por iniciativa de una tal María Bashkarova, una siberiana de extracción humilde que empezó luchando junto a su marido y que, tras caer él en combate, se quedó en el ejército. La han herido y condecorado en repetidas ocasiones y ha ascendido al grado de sargento. En el periódico hay una cita suya: «¡Si los hombres se niegan a luchar por su país, nosotras les enseñaremos lo que hay que hacer!». Ya se ha utilizado un batallón femenino en combate, precisamente durante la malograda ofensiva de la Libertad, donde las

destinaron a mantener una trinchera que había sido abandonada por tropas de desertores. A Farmborough y a las demás enfermeras le parecen noticias maravillosas.

La noche es cálida. En lo alto del cielo estrellado brilla suspendida una gran luna.

*Viernes, 17 de agosto de 1917*

## OLIVE KING CONDUCE POR UNA SALÓNICA EN LLAMAS

Ya por la tarde ha visto que un aparatoso incendio se ha declarado en el centro de la ciudad y le urge poder observarlo de cerca, así que cuando se emite un llamamiento para reclutar vehículos que puedan colaborar a salvar los depósitos de la intendencia serbia, por descontado King lo atiende. Pero no es hasta que conduce su ambulancia por la calle Venizelos que se da cuenta de la gravedad de la situación. Lo que comenzó como un simple incendio involuntario se ha activado hasta adquirir enormes proporciones. La totalidad del barrio turco parece estar bajo las llamas:

*Es imposible describir el caos que cundía por las calles, el hervidero de personas presas del pánico que intentaban rescatar sus pertenencias en carretas tiradas por bueyes o sobre sus propias espaldas, en pequeñas calesas o en esas largas y desvencijadas carretas griegas que dificultan tanto el tránsito por aquí. Las llamas rugían sin parar, a cada instante se oía el estruendo de un edificio derrumbándose entre millones de chispas. Del río Vardar soplaban un sofocante viento de tormenta que hacía caer sobre nosotros una lluvia constante de pavesas y restos candentes. Aún no anocheaba y, sin embargo, todo estaba iluminado por un resplandor rojizo y dorado como el de una maravillosa puesta de sol.*

Hasta este día Salónica era una ciudad desconcertante, pintoresca y, parcialmente, muy hermosa, donde los siglos de gobierno otomano habían dejado una clara impronta. Posee varios minaretes, una majestuosa muralla y un bazar bien surtido. Quien se paseara por el laberinto de calles angostas y callejuelas medievales podía andar convencido de que, geográficamente hablando, aquello era Europa, pero le resultaría difícil ignorar que, al mismo tiempo, el lugar tenía todo el aspecto, el aire, el olor y los sonidos de Oriente. (Por algo la ciudad, hasta hace menos de cinco años, ha estado supeditada al dominio otomano.) Constatar esa impronta oriental, lejos de considerarse un defecto sería, más bien, una corroboración del principal fundamento en que se basaba el atractivo de la ciudad. Los años de ocupación occidental y el consiguiente flujo de tropas procedentes de casi todos los rincones del mundo intensificaron sus ya de por sí vivos contrastes y su aire cosmopolita. Aquí se mezclan mezquitas musulmanas, catedrales bizantinas y basílicas ortodoxas con los tranvías y los cinematógrafos, los teatros de variedades y los bares, las tiendas exclusivas, los restaurantes de categoría y los hoteles de lujo. Para algunos Salónica es una Babel no solo en cuanto a su políglota desorden —King y muchas de sus amigas hablan un *pidgin* muy peculiar, en el que la base es el inglés pero que contiene muchos elementos del francés y el serbio—, sino también por sus pecados.

Si esta es su verdadera identidad, parece que ha llegado la hora de impartir un castigo ejemplar. El vendaval propaga el fuego con una inesperada rapidez.



King efectúa varios viajes al interior de la creciente marea de fuego, salvando provisiones o efectos personales. Cuando se detiene tiene que dar varias vueltas alrededor de la más pequeña de sus ambulancias, la Ford, para apagar las chispas que le caen revoloteando por encima. Y al conducir tiene que tocar la bocina sin parar a fin de atravesar los compactos grupos de personas, algunas histéricas y presas del pánico, otras desoladas y al borde de la apatía. Observa que los dos objetos más frecuentes que la gente intenta salvar de sus hogares son grandes espejos y cabeceros de bronce. Cuando las llamas finalmente alcanzan el puerto y el mar, se da cuenta de que un muro de fuego de cinco kilómetros de largo la separa ahora del garaje. Aun así sigue adelante. Cuando se queda sin gasolina continúa a pie y acaba consiguiendo más carburante.

En esa confusión iluminada por las llamas se disuelve gran parte de la disciplina militar. Como de costumbre, la filantropía y la heroicidad se entremezclan con la cobardía y la codicia. Se inicia una oleada de saqueos. A causa de la elevada temperatura revientan unos grandes barriles de vino. El líquido se derrama por la calle «como sangre», burbujeando por la alcantarilla en chorros de un centímetro de grosor. Tanto soldados como civiles se tiran al suelo para beber el sucio brebaje. Cuando al cabo de un rato King vuelve a pasar por el apestoso lugar, ve tiradas por doquier a personas aturcidas por el alcohol o manchadas por sus propios vómitos. Un depósito de granadas explota con un tremendo estampido. Aquí y allá se producen tiroteos.

La noche es larga y cuando por fin amanece, el cielo está tan tapado por el humo que no acaba de hacerse de día. King conduce por el puerto, esquivando los cables eléctricos de los tranvías que cuelgan medio fundidos sobre la calzada, viendo cómo civiles y soldados hurgan en las ruinas todavía humeantes en busca de botín.

Ha estado al volante durante más de 20 horas. Cuando extenuada y hambrienta regresa a su cuarto para echarse a dormir se encuentra en el pasillo a una mujer sin techo con nueve hijos. Las llamas han consumido casi la mitad de la ciudad, y 80.000 personas han perdido sus hogares. Habrán de pasar casi dos semanas para que el fuego se dé totalmente por apagado. Durante el resto de la guerra la ciudad será un tiznado y yermo campo de ruinas. La Salónica que existía antes del incendio nunca resucitará.

*Domingo, 26 de agosto de 1917*

## HARVEY CUSHING CONSIGUE VER EL MAPA TRIDIMENSIONAL

El frente está tranquilo, pero la calma es provisional. Eso lo sabe todo el mundo. Gran parte de la mañana se ocupa en cambiar las vendas de los heridos. Cushing tiene la impresión de que muchos de los que operó días atrás se están recuperando, o tal vez ello solo se debe a que, gracias a que ha podido dormir dos noches seguidas, está de mejor humor.

De momento, el número de unidades norteamericanas combatientes es prácticamente nulo, así que Cushing y su unidad sanitaria han sido trasladados al norte, al frente de Flandes. Desde finales de julio se está librando una nueva ofensiva británica, la mayor de todas. El acontecimiento ya tiene nombre: tercera batalla de Ypres.

Ya son cuatro las ofensivas a gran escala que se han realizado. La lluvia ha dominado casi siempre. El campo de batalla se ha convertido en un mar de lodo. Hasta el día de hoy los éxitos han sido proporcionalmente inversos al cuantioso índice de bajas, pero es difícil saber algo al respecto. Son muy pocos los que gozan de una perspectiva de conjunto: la censura es severa y los comunicados oficiales no dicen nada. Sin embargo, Cushing se ha vuelto bastante ducho en adivinar lo que sucede mediante el estudio del flujo de hombres rotos y sangrantes que les llegan en la interminable hilera de ambulancias salpicadas de barro. ¿Cuántos son los heridos? ¿De qué humor están? ¿Cuánto tiempo han tardado en llegar al puesto de socorro? Por lo general, los heridos están tan enfangados que el proceso de desprenderles de la ropa, la suciedad y encontrar las heridas dura mucho más de lo normal. A los que les han puesto la vacuna antitetánica les escriben una T en la frente con un rotulador de anilina. Junto al hospital hay un cementerio que aumenta constantemente de tamaño. Las tumbas las cavan trabajadores chinos que visten unas túnicas azules.

La especialidad de Cushing son las lesiones craneales graves. Su ambición es poder realizar ocho operaciones diarias. Las intervenciones las realiza en una tienda de campaña, equipado con un grueso delantal de goma y botas de marcha. Una de sus especialidades es extirpar con gran cuidado fragmentos de metralla del encéfalo de los heridos mediante un potente imán. Los casos de una simple herida de bala en el cuerpo son contados, y las lesiones por bayoneta verdaderas rarezas. Casi todos sus pacientes han sido abatidos por granadas, y la inmensa mayoría sufre más de una lesión. Cushing se ha convertido en una especie de experto en heridas, entre otras cosas ha aprendido que la lesión más peligrosa a menudo se oculta tras el orificio de entrada más insignificante. El horizonte aparece ribeteado de globos cautivos. De vez en cuando caen bombas en las proximidades. Cuando disponen de algún tiempo libre juegan al tenis en una cancha anexa.

Después del almuerzo Cushing y un colega visitan las otras unidades sanitarias de los alrededores, donde tienen amigos. Para variar, el tiempo es seco y bueno. El sonido de un fuego artillero poco nutrido flota en el aire estival. El camino desde Mont des Cats hasta Rémy pasa por una alta loma donde la vista es estupenda. Por el norte se intuye la línea del frente de Ypres como una franja de fagonazos.

Un coronel canadiense le permite a Cushing ver algo que desde hace tiempo despierta su curiosidad: uno de los grandes mapas tridimensionales de la batalla, hechos con arena y a escala 1:50, que son utilizados al prepararse una nueva ofensiva. Todo está minuciosamente señalado: cada bosque, cada casa, cada cota. Las trincheras propias están señaladas con cinta azul, las alemanas con cinta roja. Cushing lee los nombres que están expuestos en unos pequeños letreros: Inverness Copse, Clapham Junction, Sanctuary Wood, Polygon Wood. No es que Cushing se aclare demasiado, pero a juzgar por el mapa, la próxima ofensiva seguramente se dirigirá contra Glencourse Wood, un bosque que destaca en forma de un arco rojo en medio de todas las verticales azules.

No solo ellos estudian el mapa. También hay varios oficiales y suboficiales que intentan aprenderse el terreno. Mañana serán estos hombres quienes «salten por el parapeto».

Cushing y su colega regresan justo a tiempo para la cena.

Posteriormente el jefe de la unidad se marcha con el ejemplar del *Times* de ayer que pertenece a Cushing y que él aún no ha leído. A la pregunta de Cushing, el oficial de alta graduación — escondiendo el periódico tras la espalda— le remite a un boletín del ejército que está clavado en la puerta de la cantina de los oficiales. Al mosqueado Cushing el documento criptografiado, con sus coordenadas y sus claves, le resulta completamente ininteligible:

Informe matinal aaa YAWL informa S.O.S. enviado

hacia las 5 a.m. esta mañana a

la izquierda del CABLE y a la derecha de LUCKS

frente J.14.A.5.8 a la derecha hacia las 5a.m.

Los puestos en J.14.A.7.4. fueron hundidos los puestos

En J.14.A.8.8. se mantienen todavía aaa...

Hacia la medianoche Cushing se halla en su tienda de campaña escuchando el pesado bombardeo preliminar que retumba a lo lejos. Poco después la lluvia vuelve a tamborilear sobre la lona de la tienda.

Al día siguiente alguien le cuenta a Cushing que entre el 23 de julio y el 3 de agosto se derivaron 17.299 casos de los tres hospitales de sangre de esta localidad a otras localidades, bien para recibir nuevos tratamientos bien tras ser dados de alta. (Los muertos no se incluyen en esta cifra, claro está.) El 5.º Ejército dispone de otros 12 hospitales de campaña iguales.

*Un día a finales de agosto de 1917*

## HERBERT SULZBACH HACE UNA GUARDIA NOCTURNA EN LE CHEMIN DES DAMES

Desde el punto de vista erótico ha sido un buen año para Herbert Sulzbach. Siendo tan sociable ha notado que es mucho más fácil relacionarse con mujeres ahora que antes de la guerra. También su uniforme de oficial ayuda. Actualmente tiene relaciones con dos chicas al mismo tiempo: una en Bonn, a la que conoció durante un viaje en tren, y otra en Fráncfort del Meno. Pero por otro lado, eso sea probablemente lo único de veras bueno que le haya deparado 1917.

Su amigo Kurt Reinhardt ha ingresado en la aviación, lo cual refuerza los sueños de convertirse en piloto del propio Sulzbach. A ambos les gusta imaginar que un día les destinarán a la misma unidad.

Su verano ha transcurrido principalmente en Le Chemin des Dames, cerca de uno de los lugares de peor fama, una loma desierta del todo y asolada por las bombas que los soldados alemanes llaman Winterberg (Montaña de Invierno). Su servicio ha sido desagradable y, como siempre, peligroso, aunque soportable. Tras los virulentos ataques iniciales de los meses de abril y mayo los franceses se han mantenido extrañamente tranquilos. Sin embargo, los duelos de la artillería han continuado igual, por lo general sin que ninguno de los bandos salga de sus líneas. Sería lícito preguntarse a qué se debe. Es como si el bombardear se hubiese convertido en un reflejo, en una mala costumbre.

Cuando Sulzbach se dirige a su puesto de observación suele pasar delante de los restos calcinados de unos carros de combate, reliquias del intento francés de abrir una brecha en el mes de abril. Los carros están cubiertos de pintadas hechas con tiza. Aunque ahora solo sean carcasas vacías y oxidadas a Sulzbach le atemorizan bastante. Se ha dedicado a fotografiarlas con su pequeña cámara fotográfica. Les han dado cascos de acero, lo cual está bien, ya que el fuego artillero enemigo con frecuencia es más intenso sobre los sectores que se extienden entre las trincheras y las posiciones frontales de la artillería de campaña.

Con frecuencia le toca hacer el turno de noche. Él lo agradece. Entonces todo está más tranquilo. Solo se oyen explosiones puntuales, o el zumbido de algún aeroplano que, de vez en cuando, cruza la bóveda sembrada de estrellas. Además, se da un contraste. Porque aunque el inmóvil y silencioso paisaje bañado por la luna que él barre con la vista dé la impresión de estar desierto, sabe que esconde miles de cañones, cientos de miles de soldados, y en momentos como ese ya no consigue comprender cuál es el sentido de todo aquello. Sulzbach escribe en su diario:

*Llevo ya más de tres años en campaña, y a veces mi necesidad de guerrear está ya saciada. Para un hombre joven la vida no empieza hasta los 20 años, y lo que empezó para nosotros a esa edad fue la guerra, la cual nos ha transformado como personas; hay veces en que tienes la impresión de que nunca serás capaz de reír de nuevo.*

*Martes, 4 de septiembre de 1917*

## EDWARD MOUSLEY VIAJA EN UN COCHE DE CABALLOS HACIA ANKARA

El desayuno es excelente: salchichas, pastas, té y confitura. Mousley acaba de recibir un paquete de su familia. Los que les vigilan comen pan, aceitunas, melón y cebolla. Después todos parten de la pequeña posada infestada de chinches. Al comienzo a él y al otro prisionero —un británico con una fractura del brazo muy inflamada— se les permite ir sentados en la carreta tirada por caballos, pero cuando el camino se enfila por la montaña tienen que apearse y caminar al lado; los animales de tiro, sencillamente, están muy flojos. Cubren la ladera unos pinos altos. Los prisioneros están rodeados por un gran número de gendarmes montados cuya misión consiste, por una parte, en que no se escapen y, por otra, en proteger al grupo de los asaltadores de caminos. Pasan junto a una cascada.

En realidad Mousley había pensado fugarse, y el verano pasado formaba parte de un grupo de prisioneros de guerra que durante meses estuvo preparando una audaz fuga de Kastamonu. El plan era llegar por un sendero de montaña hasta el mar Negro, donde una barca enterrada en la arena, sin velas pero con remos, les estaría esperando. Mousley hasta tuvo tiempo de realizar —disfrazado de turco— varios ensayos de fuga para comprobar cuál era el mejor modo de eludir a los celadores. En una de estas ocasiones estuvo a punto de ser capturado, y a partir de entonces le vigilaron muy de cerca. Parte del grupo se fugó de todos modos pero (probablemente) les capturaron debido a un (probable) chivatazo o bien (lo más probable) les descubrieron en mitad de un torpe intento de hacerse pasar por alemanes.

Aun así, Mousley está saliendo de su encierro en Kastamanou. Aún padece las secuelas del asedio en Kut al-Amara. Su dolencia más grave es una fea contusión en la columna originada por un fragmento de granada. Algunas de las vértebras resultaron dañadas, y hay muchas noches en que el dolor le mantiene despierto. Sin embargo, son sus ojos los que han conseguido que en estos momentos vaya de camino a Ankara para recibir el tratamiento de un especialista. La gran cantidad de polvo y basura que se le metió en ellos por la detonación provocaron un estado inflamatorio casi permanente que, de momento, es más irritante que peligroso, pero que puede volverse muy grave. Tras recibir correspondencia de unos conocidos en el Ministerio de Asuntos Exteriores ha logrado asustar al comandante haciéndole creer que Londres vigila atentamente su caso, por lo que el oficial turco ha organizado su traslado a Ankara. El mismo Mousley insiste en que se le atienda en Constantinopla. Va con una segunda intención: piensa que será mucho más fácil fugarse desde allí.

El trayecto montaña arriba ocupa gran parte de la mañana. Hacia las tres de la tarde llegan al desfiladero. El pico está a un tiro de piedra y envuelto en niebla. Aquí hacen un alto para comer y después continúan cuesta abajo. Allí, el oficial que está al mando del pequeño transporte, le cae francamente mal a Mousley. Allí es un hombre colérico, ávido de poder, agresivo y cobarde, pero intentan mantenerle de buen humor invitándole constantemente a cigarrillos. Quien en cambio sí le gusta, y mucho, es Mustafá, el soldado raso que les vigila y con quien han establecido buenas relaciones, le impresiona sobremanera el hecho de que pese a que —«este simple campesino turco»— padece mucho por la malaria, cumple su cometido fielmente y sin soltar un quejido.

La temperatura aumenta. Aunque ahora Mousley y el otro británico puedan ir sentados no resulta un viaje placentero. Hace calor y el coche da muchas sacudidas, los caballos están flojos y se desploman una y otra vez y hay que levantarlos, los arneses se rompen y hay que repararlos, y en un momento dado por poco se salen del escarpado camino. Aunque las molestias de sus ojos aumenten por momentos, Mousley está de un buen humor extraordinario. En su diario escribe: «Estos han sido unos días maravillosos llenos de movimiento, un periplo en el que redescubrir el mundo, un viaje de la somnolencia a un paisaje de ensueño, de la muerte a la vida».

También reconoce detalles de la vez en que los condujeron al confinamiento que les aguardaba en Kastamonu: *allí* la cabaña, *allí* aquel molino, *ahí* la casa armenia saqueada. La noche la pasan en una más de esas pequeñas posadas. Tras fumarse unos cigarrillos se disponen a dormir en el tejado. Dentro tal vez haya demasiadas chinches o puede que solo haga demasiado calor.

El mismo día Angus Buchanan abandona otro de esos agobiantes e insalubres campamentos en la selva, denominado C23. Escribe:

*El 4 de septiembre el batallón abandonó el C23 y avanzó hasta los campamentos situados enfrente y a la izquierda de Narunyu con la finalidad de mantener la línea del frente y relevar al 8th South African Infantry, cuyos soldados apenas se sostenían en pie debido a la enfermedad y ya no estaban en condiciones de seguir sirviendo en la primera línea. Aquí fue donde la total extenuación física y la fiebre que he padecido comenzaron a minar lentamente mi resistencia.*

*Lunes 10 de septiembre de 1917*

## ELFRIEDE KUHR PREPARA EN SCHNEIDEMÜHL UNA TORTILLA PAISANA

Todo el mundo habla de comida, de almacenar reservas. Nadie quiere tener que volver a pasar un invierno como el anterior, «el invierno de los colinabos». Por fortuna, en el sótano de la Alte Bahnhofstrasse 17 no faltan patatas (le compraron todo un camión al señor Kenzler), y también hay nabos. De pan y grasa no les queda casi nada. Su dieta es, sin duda, gris y monótona.<sup>233</sup>

Con todo, a Elfriede se le da muy bien la tortilla paisana, un plato que, tanto a ella como a su hermano les encanta. Primero frota la sartén con un trozo de tocino rancio. Después echa sal y coloca las rebanadas de patata, que fríe con cuidado para que no se quemem. Después coge un huevo y lo bate mezclado con agua, harina, sal y pimienta, lo echa todo en la sartén junto con un poco de cebolla o ajetes, si es que hay. El truco está en echar la cantidad adecuada de agua, la suficiente como para cubrir la patata pero sin que se pierda el aroma del huevo.

Hace dos días ella y su amiga Trude dieron un largo paseo con los tenientes Leverenz y Waldecker. Hacía un calor todavía estival, y recorrieron a pie todo el camino hasta Königsblick. El teniente Waldecker caminó siempre a su lado, la escuchó, abrazó, se rió de sus anécdotas, la miró de un modo extraño pero cariñoso, le besó las yemas de los dedos, la punta de la nariz, la frente. En un momento dado, el teniente Leverenz levantó el índice contra su colega diciendo en tono burlón: «¡Ojo, que es una menor!». Luego el teniente Leverenz y Trude se besaron sin parar. El teniente Waldecker, en cambio, se contentó con coger la mano de Elfriede y apretar la cabeza de ella contra su hombro. No regresaron hasta el atardecer, y al despedirse en la escalera del inmueble de la Alte Bahnhof-strasse él le susurró al oído que la amaba. Él, el teniente Waldecker, con su bonito uniforme de aviador, su gorra de oficial ladeada, sus guantes de cuero, su Cruz de Hierro, sus ojos azules y su pelo rubio. Ella se aturdió, se puso alegre y contenta.

Con todo, o tal vez por eso, Elfriede sigue jugando a sus habituales juegos con Gretel Wagner. Lo que más le gusta es ser el teniente Von Yellenic y que Gretel sea la enfermera Martha. Sus juegos han dado un nuevo giro: por lo general el teniente Von Yellenic está tremendamente enamorado o bien de alguna inventada dama ausente, o bien de la enfermera Martha. Por desgracia, el objeto de sus sentimientos es la esposa de un comandante, con lo cual su amor nunca podrá ser otra cosa que un enamoramiento platónico a distancia.

Estas son las cosas que más la ocupan actualmente. Sucede que ella, como antaño, baja a la estación para ayudar a su abuela en la cantina de la Cruz Roja o simplemente para mirar los transportes de tropas o los trenes-hospital. Pero cada vez con menos frecuencia. Aquellas líneas de banderitas negras-blancas-rojas del mapa bélico que cuelga en el aula ya no le interesan. En la escuela ya casi nunca comentan lo que sucede en los distintos frentes, solamente, y no es seguro, si un pariente o un conocido de alguno de los alumnos ha resultado muerto. Hace ya mucho tiempo que no les dan fiesta para celebrar alguna victoria. La guerra, escribe Elfriede en su diario, ha durado ya tanto que casi

...se ha normalizado; resulta difícil recordar cómo era la vida en tiempos de paz. Ya apenas pensamos en la guerra.



*Viernes, 28 de septiembre de 1917*

## MICHEL CORDAY VISITA A ANATOLE FRANCE EN TOURS

Es la hora del almuerzo cuando el tren se detiene en la estación de Tours. De pie en el andén está él, Anatole France, un caballero mayor, corpulento, de barba blanca y corta, tocado con un bonete rojo sobre la coronilla. Les lleva en su automóvil hasta La Béchellerie, la casa solariega del escritor que está hermosamente emplazada en lo alto de una pequeña colina a dos kilómetros de Tours.

La guerra ha sido una dura prueba para el anciano señor. No es que le haya afectado directamente; carece de parientes en el frente, y aquí, en la cuenca de un afluente del Loire, ha podido vivir en calma desde agosto de 1914, año en que, al igual que muchos otros, se trasladó hacia el sur eludiendo las que parecían imparable tropas alemanas. No, de lo que se trata, más bien, es de que la guerra, desde un primer momento, supuso la amarga y descorazonadora derrota de todo aquello en lo que una vez creyó.

Es lógico que a este hombre viejo el dolor le resultase particularmente difícil de soportar, acostumbrado como estaba al balsámico y armonioso son de los coros que siempre le homenajeaban y que luego, de repente, empezaron a avasallarle con sandeces y amenazas. Y eso solo porque en 1914 se mantuvo muy firme en sus creencias y rehusó dejarse arrastrar por la oleada belicista que estaba en su máximo apogeo. Desconcertado, dolido y asustado el viejo caballero, a la edad de 71 años, se presentó voluntario, gesto que únicamente despertó burlas. En estos momentos a France se le ignora más que se le persigue. Deprimido y retraído, tiene alguna que otra salida, pero las encubren. Corday opina que France ha perdido por completo la fe en la humanidad. Aun así, el gran escritor no puede dejar de cavilar sobre lo que sucede en estos días. Le ha comentado a Corday que a veces se imagina que la guerra durará para siempre y que esa idea casi le hace perder la razón.<sup>234</sup>

Al llegar a La Béchellerie les invitan a almorzar. Se trata de un bello edificio de piedra maciza del siglo XVII rebosante de objetos que el coleccionista compulsivo que es France ha ido recopilando a través de los años. Otra persona que también visitó la casa por esta época la comparó con «una tienda de antigüedades». En medio del salón destaca un torso de Venus dorado. Asisten al almuerzo otros invitados, entre ellos, un comerciante en telas de la ciudad. Al igual que France, este hombre también es muy pesimista en lo que respecta al futuro:

*Una abrumadora mayoría de los ciudadanos de Tours quieren de verdad que la guerra continúe, debido a los elevados salarios que les ha proporcionado a los trabajadores y al aumento de los beneficios que ha supuesto para los comerciantes. La burguesía, que se nutre mentalmente de los periódicos reaccionarios, está enteramente subyugada por la idea de la guerra sin fin. En resumidas cuentas, declara, solo en el frente hay pacifistas.*

Pasan la tarde en la biblioteca, la cual está situada en el interior de un pequeño edificio fuera en el jardín. Inevitablemente la conversación gravita hacia la guerra, esa llaga en la que ninguno de los presentes puede o quiere dejar de hurgar. Discuten las iniciativas de paz del último año; la alemana, la americana y, por supuesto, la que el mes pasado presentó el papa de Roma.<sup>235</sup>

Es fácil imaginar la especial atmósfera: un grupo de gente refinada reunida en una estancia que se diría fortificada a base de libros, personas como France y Corday, es decir, sensibles, cultas, humanistas radicales que viven como si fueran forasteros en su propio tiempo, a quienes indignan y desconciertan unos acontecimientos que no son capaces de entender y unas fuerzas que no pueden sojuzgar. ¿Será verdad que ahora todos los caminos de la paz están cerrados? Se aferran a unos finísimos y frágiles clavos ardiendo: ¿Y si la traducción de la respuesta del presidente Wilson fuera incorrecta? ¿Y si el memorando alemán que acompañaba la respuesta al papa fuera una falsificación? ¿Y si los negociadores tuvieran una agenda oculta? Si, tal vez, ojalá. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Palabras e ideas van y vienen por el acogedor salón y las horas se arrastran tras ellas. No tarda en anochecer. Sale una gran luna que pinta de blanco y plata el paisaje otoñal.

*Sábado, 13 de octubre de 1917*

## HARVEY CUSHING HACE UNA LISTA DE LOS CASOS DEL DÍA

Continúa el mal tiempo. Lluve casi sin parar y el viento es fuerte, rayando en huracanado. También este día lo pasa Cushing junto a la mesa de operaciones. A las 5.25 h. se inició un nuevo ataque en Ypres, pese al temporal, pese al nivel creciente del agua, pese al lodo sin fondo y a la débil visibilidad. Los supervivientes que Cushing atiende le hablan de heridos que se han ahogado en embudos de granadas.

Comienza el día repasando los casos que le aguardan:

*Winter, E. 860.594. 7.º Borderers, 17.ª División. —penetrante cerebelosa. Estaba sentado. Con casco. Voló por los aires. Inconsciente un tiempo, no sabe cuánto. Se arrastró hasta una trinchera —piernas inestables, mareos, etc.*

*Robinson, H. 14.295. 1.º Sudafricano. Inf., 9.ª División. —penetrante temporal der. Fue herido ayer 18 horas aprox. Cayó sin perder la conciencia. Casco penetrado. Caminó 20 metros escasos. Mareos, vómitos, hormigueos brazo izq., etc. No lo transportaron hasta esta mañana debido al lodo.*

*Matthew R. 202.037. 8.º Black Watch —penetración parietal der.; hernia cerebri. Supone que le hirieron hace tres días, etc. Un escocés grandote muy majo.*

*Hartley, J. 26 M.G.C., 8.ª Div. Herido a las 11 horas de anoche, sin perder la conciencia. Fue hasta el puesto de socorro. Cree que alcanzaron el objetivo, etc.*

*Bogus. 3.ª Brigada de tiradores N.Z., 1.ª Anzac. Herida frontal alargada superficial. Estuvo en primera línea dos noches antes de que rompiera el fuego. Terribles circunstancias. Tras resultar herido había seguido avanzando 900 metros, etc.*

*Beattie. 7.º Seaforths, 9.ª División. Camillero, herido mientras iba a recoger a su tercer hombre —van cuatro por camilla— a 300 metros escasos de la primera línea. Penetración occipital (¿?).*

*Medgurck. 11.ª Royal Scots, 9.ª Div. Múltiples heridas, incluyendo en la cabeza, etc.*

*Dobbie. Household Batt'n., 4.ª Div. Herido en las proximidades de Poelcapelle en algún momento del día de ayer. Ingresado aquí a las 19 horas. En la UVI desde entonces. Grave. A rayos X, etc.*

Hacia el final del día Cushing se siente bastante satisfecho. Las operaciones han ido bien. Entre otras cosas ha conseguido utilizar su aparato magnético especial para extraer fragmentos de metralla

del encéfalo de tres de los mencionados hombres.

Cushing deduce que la ofensiva no ha ido demasiado bien, pues los heridos no cesan de llegar. Sin embargo, nadie ha visto ni diarios ni comunicados oficiales. Es imposible saber lo que ha ocurrido en realidad.

Dos días más tarde vuelve a reinar la calma en Ypres. El tiempo mejora. Corren rumores de que tres divisiones británicas han salido tan mal paradas que ahora hay que retirarlas del combate, y que están de camino refuerzos del 2.º Ejército. Por la tarde Cushing ve bandadas de miles y miles de aves migratorias concentrándose en torbellinos junto a una arboleda en las cercanías del hospital de sangre. Alguien dice que son estorninos.

*Miércoles, 24 de octubre de 1917*

## MICHEL CORDAY ESCUCHA CONVERSACIONES CALLEJERAS EN PARÍS

Se avecina un cuarto invierno de guerra, y el desánimo que se respira en París es mayor que hace un año. Aun así, hay menos escasez. Si tienes dinero puedes comprar de todo. Los estraperlistas también son ahora más numerosos, más ricos y más desvergonzados a la hora de actuar. Muchos de los mejores restaurantes han empleado a mutilados de guerra y veteranos cargados de condecoraciones en calidad de porteros, y Corday se pregunta qué pensarán esos hombres al estar ahí de pie y tener que abrirles la puerta a individuos que no son más que «un apetito voluminosamente encarnado que corre hacia su comedora». Corday anota en su diario:

*Por las calles se oyen los pequeños proyectos que planifica la gente. A menudo dicen «cuando acabe la guerra, yo...» en el mismo tono tranquilo en el que dicen «después de ducharme, yo...». Clasifican este devastador acontecimiento mundial bajo la misma categoría que las catástrofes naturales. Sin sospechar por un momento que ellos mismos podrían ponerle fin, que la parasitaria pervivencia de la guerra se fundamenta en su consentimiento.*

*Domingo, 28 de octubre de 1917*

## HARVEY CUSHING PRESENCIA LA PREPARACIÓN DE LOS CANADIENSES FRENTE A ZONNEBEKE

Neblina. Un sol brumoso. Nubes finas. Frío en el aire. En realidad, no hay nada en él que acepte la guerra, al contrario. Su quehacer diario consiste en intentar remendar las piltrafas humanas que la guerra crea y que entran en su hospital de campaña como a oleadas. La experiencia le ha hecho vivamente consciente de los costes. Casi no pasa un día en que no tenga que lavar con agua la sangre y la sustancia gris que se le pega en las manos. Oriundo de la privilegiada vida de la alta burguesía de Boston, hay muchas cosas que le resultan de lo más incómodas: la humedad constante, la poca variedad del rancho, el frío que en ocasiones le impide dormir bajo las delgadas lonas de las tiendas. Ha traído consigo una bañera plegable.

Los costes, decíamos. A Cushing también le escandaliza el despilfarro, prácticamente ilimitado, de bienes materiales. Hay refugios en los que el suelo se ha aislado mediante la colocación de una capa tras otra de latas de conserva sin abrir. También se han encontrado 250 pantalones de goma nuevos, destinados para ser usados en las trincheras más inundadas, que alguna compañía ha desechado tras un solo uso. Los soldados tiran todo lo que les parece superfluo o pesado, máxime antes de salir al campo de batalla, sabiendo que, si sobreviven, podrán declarar lo abandonado como perdido en combate y, sin más preguntas, obtener un equipo nuevo. Se ven fusiles tirados por doquier, utilizados como indicadores o como puntales en las trincheras, o simplemente se los come el óxido. Durante cinco minutos de fuego en un sector reducido de terreno se disparan municiones por valor de 80.000 libras esterlinas.

Además, ha visto y oído demasiadas cosas para no ser crítico en lo que respecta a la manera de llevar la guerra de los británicos aquí en Ypres. Por poner un ejemplo, el del que oyó anteayer en boca de uno de sus pacientes, un suboficial de la 50.<sup>a</sup> División. El joven yacía tiritando en su cama, fingiendo que fumaba un cigarrillo. Su batallón se había extraviado bajo la lluvia y la oscuridad, por lo que intentaron cavarse un abrigo. Pero a su alrededor todo era fango y lo único que consiguieron fue levantar pequeños montículos de tierra lodosa y tenderse en medio de los charcos que quedaban detrás. Después de recibir en dos ocasiones la orden de avanzar a tientas llegó, finalmente, la orden de atacar, y de veras que hicieron lo posible por seguir el fuego de cobertura. Lo posible, sí, pero la barrera artillera se desplazaba demasiado deprisa. Hasta que de repente se hallaron frente a una hilera de búnkeres rectangulares de hormigón alemanes. «En fin, no sobrevivió casi nadie.»

No hay manera de que Cushing entienda por qué razón no se puede cancelar una ofensiva si, por ejemplo, el tiempo lo exige. Ya antes ha planteado la pregunta a un oficial de alto rango británico y la respuesta ha sido que, lamentablemente, no se puede. No con tan poca antelación. Para eso la organización es demasiado grande, la planificación demasiado complicada. Demasiado grande, demasiado complicado; dicho de otro modo, está fuera del control humano. Podría ser una descripción de la guerra misma.

Este domingo, no obstante, reina una relativa tranquilidad. Solo llega algún que otro herido. La batalla, sin embargo, no se ha dado por terminada: se preparan nuevos asaltos. Un contacto que Cushing tiene en el 2.º Ejército le ha prometido acompañarle al frente, y hoy parece un buen momento para semejante excursión. Ambos se inscriben en uno de los numerosos puntos de control, cambian su vehículo por una ambulancia y conducen hasta Ypres pasando por Poperinghe. El tráfico se densifica a medida que se acercan a la ciudad. Avanzan en zigzag por la lodosa carretera, sorteando soldados en marcha y las motocicletas de los ordenanzas, columnas de camiones y piezas de artillería tiradas por caballos. Atraviesan un hervidero de ruinas grisáceas. Después de salir por la denominada puerta de Menin, rajada por la metralla —de hecho una abertura en el terraplén que rodea la ciudad—, continúan adelante hasta Potitje, donde aparcan el vehículo y prosiguen a pie. Por si acaso. La primera línea está a solo unos pocos kilómetros de allí.

Cushing se queda estupefacto. No es solo la cantidad de basura que yace diseminada por entre las pegajosas miasmas del fango —«caballos muertos, carros de combate hechos trizas, aviones estrellados y estrujados, cubos de cordita, granadas, lanzagranadas, bombas, carros rotos o abandonados, trozos de alambrada»—, sino también por el hecho de que el lugar, en cierto modo, se corresponda tanto con sus expectativas. Es todo igual que en las fotografías.

Subiendo por la carretera hacia Zonnebeke se apretujan enfangados soldados canadienses entre camiones, cañones y asnos cargados de munición. En la cuneta hay tropas que aguardan su turno para seguir adelante. Congestionan el aire los distintos tonos del fragor provocado por incontables piezas de artillería; el estruendo crece y decrece, decrece y crece, pero nunca cesa. Arriba, en la calima que envuelve el sol, vuelan en círculos aeroplanos rodeados de las fugaces y diluidas nubecillas de humo del fuego antiaéreo. Cushing ve el impacto de una granada alemana que estalla a solo 200 metros de distancia. Ve tierra ennegrecida volando por los aires «como un géiser». Luego ve el impacto de otra granada, más cerca aún. Su propia reacción le sorprende:

*Y el salvaje que llevas dentro hace que aquello, pese a toda la miseria, el despilfarro, los peligros, el desgaste y el maravilloso estruendo, te encante. Sientes que, mal que te pese, los hombres están destinados a esto, y no para arrellanarse en un cómodo sillón con un cigarrillo, un whisky y la prensa amarilla o una novela de éxito, mientras fingen que ese barniz es civilización y que tras la almidonada y hasta el cuello abotonada pechera de sus camisas no se oculta un bárbaro.*

Él, que tan bien conoce los pesares y el sufrimiento que originan las batallas, de repente y a desgana, en un vertiginoso instante en el que se ha asomado al borde del abismo, cree también percibir su magnificencia y su belleza, o al menos, las tenebrosas y turbadoras energías de las que nace la tragedia. Pero por el momento, tiene bastante. Dan media vuelta y regresan a Ypres. Cushing ve el sol poniéndose tras las puntiagudas ruinas del mercado de paños medieval. Los últimos resplandores rojizos del sol los capta un globo cautivo del que están tirando para que pase la noche en tierra.

El mismo día Florence Farmborough anota en su diario:

*A última hora de la tarde trajeron a un hombre herido por una bala alemana. No tardó en saber que él era el único soldado de la sala cuya herida había sido causada por el enemigo. Se estuvo pavoneando de un lado para el otro creyéndose un auténtico héroe entre todos aquellos que, o bien se habían autolesionado, o bien habían sido heridos como resultado de un accidente.*



*Martes, 30 de octubre de 1917*

### PAOLO MONELLI BEBE COÑAC Y ESPERA NOTICIAS

Desde hace apenas una semana algo gordo está ocurriendo en el Isonzo. El enemigo, con una sola ofensiva, ha conseguido lo que el ejército italiano no consiguió en once, o sea, abrir una brecha. Y están avanzando. Qué ha pasado en realidad y qué es, exactamente, lo que pasa, no lo saben Monelli ni el resto de las tropas del frente septentrional. La posición que mantienen es buena y fuerte y hasta hace unos días se sentían bien preparados para recibir el invierno en sus recién construidas chozas. En las elevadas alturas en las que se encuentran ya hay nieve en abundancia.

Pero no, no saben nada. No les llegan periódicos ni comunicados; están, como si dijéramos, en las nubes de la ignorancia, y allí lo único que se les ofrece son rumores, desconcertantes, contradictorios, fantásticos, como siempre suelen ser los rumores. Como, por ejemplo, que los alemanes han tomado Údine. Como que 200.000 italianos se han entregado prisioneros, ¿o eran 300.000? El ambiente es de lo más lúgubre. En la cantina de oficiales el silencio es total. Monelli toma coñac para mantener a raya las peores cornadas de la desesperación.

Nos llegan trágicas noticias del frente oriental. El enemigo pisa la tierra patria, los soldados tiran sus armas. Y aquí nada. La espera se agrava con estupideces burocráticas, con las firmas y las circulares, las pedanterías de mandos nerviosos, las bromas de superiores a los que no respetamos.

*Jueves, 1 de noviembre de 1917*

## PÁL KELEMEN VE UN BATALLÓN DE INFANTERÍA REGRESAR DE LA PRIMERA LÍNEA EN EL ISONZO

De un cielo gris cae una lluvia silenciosa y pertinaz sobre una montaña también gris. Es la última hora de la tarde y un batallón de infantería austrohúngaro se está replegando tras un nuevo periodo en primera línea. Pál Kelemen está allí, viéndoles descender con paso vacilante por el sendero que les alejará de la meseta donde estaban atrincherados.

De hecho, la finalidad de la ofensiva de Caporetto<sup>236</sup> era únicamente otorgar un respiro a las muy presionadas unidades austrohúngaras en el frente del Isonzo en vistas a la amenaza de una nueva gran ofensiva italiana. Pero algo —la niebla, el gas, la sorpresa, las estúpidas disposiciones italianas, las experimentadas unidades alemanas adiestradas en una nueva táctica móvil—<sup>237</sup> hizo que la brecha abierta fuera mucho mayor y más profunda de lo que nadie había osado esperar. Luego una cosa llevó a la otra. Bajo la amenaza de ser envuelto por los flancos, la totalidad del ejército italiano en el frente del Isonzo ha iniciado una desordenada retirada hacia el río Tagliamento. Se trata de un enorme triunfo para la doble monarquía.<sup>238</sup>

El batallón con el que se cruza Kelemen no ha participado en la ofensiva en sí pero, de todos modos, lleva su marca. Él anota en su diario:

*Tanto si los soldados siguen descendiendo como si se detienen, frenados por los que caminan delante o si se echan al lado del camino, parece imposible pensar que sea con sus aportaciones en el campo de batalla como los hombres de Estado y los generales defiendan la monarquía. Pensar que este grupo de hombres rotos, devastados, con sus hirsutas barbas, sus uniformes arrugados, mugrientos, mojados, sus botas gastadas y sus rostros exhaustos sea lo que llamamos «nuestra valerosa infantería».*

Ahora hacen un alto. El batallón entero se deja caer en la ladera. Algunos de los soldados sacan latas de conserva de sus mochilas y ayudándose de las largas hojas de sus navajas pescan trozos de comida que se meten cruda en la boca. Tienen las manos entumecidas, callosas y tiznadas por la roña. Al masticar, los pliegues de sus rostros se expanden y se contraen. Están sentados sobre rocas mojadas mirando con ojos inexpresivos y fijos las latas abiertas.

Sus uniformes se han confeccionado con un paño de peor calidad que la estipulada. Las suelas de sus botas son de papel, creadas para proporcionar beneficios al proveedor del ejército, quien está exento del servicio militar.

Simultáneamente, en casa, en edificios intactos por la guerra, se está poniendo la mesa para la

cena. Resplandecen las lámparas eléctricas. Las servilletas blancas, las finas copas de cristal, los cuchillos y tenedores de plata lanzan destellos bajo su luz. Hombres pulcramente vestidos de paisano conducen a las damas a la mesa; tal vez incluso haya una orquestina tocando en un rincón. Centellean las bebidas. Con una leve sonrisa en los labios se charla de bagatelas, porque en una compañía mixta la conversación debe ser agradable y ligera.

¿En algún momento de la noche piensan en los andrajosos soldados que con su sobrehumana carga hacen posible que tantas cosas allá en casa se conserven como eran? ¿Conservarse como eran, digo? Son muchos los que incluso han prosperado.

*Domingo, 11 de noviembre de 1917*

## FLORENCE FARMBOROUGH OYE RUMORES ACERCA DE UN GOLPE DE ESTADO

Es apuesto, casi guapo, el teniente de 20 años que les llegó ayer. Ya mientras le llevaban adentro se fijó que tenía «las facciones regulares, clásicas, características de los rusos meridionales, el cabello largo y rizado, y los ojos de un gris claro enmarcados por espesas pestañas largas y oscuras». También ha observado que posee un cuerpo bien formado. Su nombre es Sergei y un asistente le acompaña. Este le ha explicado que el joven teniente es el mayor de siete hermanos, que se alistó voluntario a los 17 años y que le seleccionaron para los cursos de formación de mandos.

El joven teniente es un paciente molesto. Sufre ansiedad, dolores, tiene miedos y es mandón — exige, contra la expresa opinión de los médicos, que le levanten de la cama—, grita órdenes, ruge contra el pobre asistente que, a todas luces, siente afecto por él y que torpemente intenta ayudarlo en todos los sentidos. El pronóstico del teniente es malo. Padece una grave lesión abdominal: la vejiga urinaria está destrozada y los intestinos agujereados en varios sitios. Los cirujanos, no obstante, han hecho lo que han podido, y ahora solo cabe esperar lo mejor. El teniente de 20 años brama contra su asistente: «¡A las trincheras, granuja! ¡En primera línea te quiero yo a ti!». Farmborough observa al hombrecillo mientras este se escabulle al pabellón contiguo para esperar allí que a su amo se le pase el enfado. Por algún motivo, a Farmborough el teniente la llama Zina. ¿Habrán empezado ya a delirar?

Siguen sumergidos en el relativo aislamiento del frente rumano, pero este día les llegan noticias bastante sensacionales de Rusia. Hace tres días, en Petrogrado, tuvo lugar un golpe de Estado organizado por una de las facciones revolucionarias, los bolcheviques. A partir de entonces los desórdenes se han extendido. El panorama es aún confuso y contradictorio, y gran parte de la información consiste en meros rumores; sin embargo, parece que los bolcheviques dominan Petrogrado, mientras que el gobierno de Kerenski todavía se mantiene en Moscú. «Nuestros temores eran fundados: en la Rusia libre está a punto de estallar una guerra civil.»

A primera hora de la tarde alguien realiza un descubrimiento terrible aunque no inesperado: el abdomen del teniente ha empezado a mudar de color. Gangrena. Su muerte es ahora solo cuestión de horas.

Durante toda la noche ella no se mueve de su lado, dejando que los asistentes se encarguen de los heridos que llegan. El teniente no tarda en hundirse en la inconsciencia que conduce a la muerte. En un par de ocasiones llama a su madre. Lo único que Farmborough puede hacer es anestesiarlo mediante grandes dosis de morfina.

Muere a las cinco y media de la madrugada, y su cuerpo es retirado a un pequeño cuarto. Farmborough ve al teniente allí tendido, o mejor dicho, ve el cuerpo allí tendido, con los ojos cerrados y las manos cruzadas. El asistente está sentado a su lado, con el semblante rígido y pálido. El fragor de la artillería suena muy próximo, pero el muchacho, en cambio, no parece darse cuenta.

Más tarde Florence Farmborough escribe en su diario:

*No sé si me quedan fuerzas para aguantar mucho más. Siempre he albergado la esperanza de que mis experiencias bélicas, pese a las desgracias y a la amargura, estimularan mi vida espiritual, que elevaran mi capacidad de sentir compasión, que «reforzaran mi alma en su voluntad de hacer el bien». Pero ahora quiero hallar un lugar donde gobierne la paz.*

Ese mismo día Willy Coppens está de fiesta con una unidad de aviadores británica en Uxem. Le han invitado por intervenir en el combate aéreo que se disputaba entre dos aviones británicos y siete alemanes, pues con su inesperada acción consiguió que los pilotos alemanes abortaran el ataque. Él mismo explica:

*La cena se animó mucho. Las muestras de agradecimiento de los aviadores que había salvado al desviar la atención del escuadrón alemán fueron creciendo a medida que progresaba nuestra copiosa ingestión de bebidas. Yo mismo fui convenciéndome más y más de que, realmente, era un héroe; secundaban la idea las aseveraciones de los demás y la combinación de mezclas etílicas diversas.*

Cuando al cabo de las horas finalmente vuelve en motocicleta a su base Coppens está extraordinariamente borracho y no deja de repetir en voz alta, al aire frío de la noche, aquello de que es un héroe. Posteriormente, sus camaradas barrean con clavos la puerta de su habitación de modo que, a la mañana siguiente, no tiene más remedio que salir por la ventana.

*Miércoles, 14 de noviembre de 1917*

## HARVEY CUSHING VA EN TREN DE PARÍS A BOULOGNE-SUR-MER

Cada vez es más fastidioso ir en tren. Si uno quiere estar seguro de conseguir una plaza debe personarse en la estación con una hora de antelación. A bordo reina la ley del más fuerte, al menos, en lo que a asientos se refiere. Harvey Cushing ha hecho uno de sus numerosos viajes a París, donde participa en comités que se dedican a mejorar la atención sanitaria militar y a difundir conocimientos sobre nuevos métodos de tratamiento. Así, todavía vive la faceta pragmática y profesional de su personalidad que un día lejano le incitó a venir a Francia. Pero a duras penas.

Son otras las cosas que este día, mientras se mece en el vaivén del tren que le llevará de vuelta a Boulogne-sur-Mer y al hospital en el que desde hace muy poco está trabajando, ocupan la mente de Cushing. El reloj acaba de marcar las diez de la mañana.

La diversidad de los pasajeros que han coincidido en el compartimento de Cushing permite entrever lo compleja y vasta que se ha hecho esta guerra. Hay allí una pareja de franceses maduros, ella envuelta en su mantilla de viaje y él embebido en su diario. Hay allí algunos militares rusos, uno de los cuales ostenta unas colosales patillas blancas. Hay allí unos soldados belgas, fácilmente reconocibles por los pompones que cuelgan de sus gorras y que a Cushing le parecen «ridículos». Hay allí un oficial portugués, que está de pie en el pasillo con cara agria (Cushing sospecha que es a ese hombre a quien él le ha cogido el asiento). Hay allí un piloto vestido de uniforme azul marino, leyendo la atrevida publicación *La Vie Parisienne*, famosa por sus dibujos de mujeres ligeras de ropa —que a menudo son arrancados de la revista para reaparecer clavados en las paredes de trincheras y cuarteles—, amén de por sus ingentes cantidades de anuncios de contactos de mujeres que buscan un (nuevo) marido y, sobre todo, de soldados que solicitan «una madrina», expresión que la mayoría sabe que es utilizada, o teme que lo sea, como tapadera de relaciones sexuales esporádicas; los militares americanos han recibido advertencias, provenientes de las más altas esferas, donde se les exhorta a *abstenerse* de comprar dicha escandalosa publicación francesa.<sup>239</sup>

Cushing ya ha empezado a reprimir el recuerdo de las cruentas y prolongadas batallas de los alrededores de Ypres, las cuales no concluyeron hasta hace poco más de una semana, cuando tropas canadienses finalmente tomaron el montón de grava al que quedó reducida la aldea que le ha dado su nombre a la batalla: Passchendaele. Es evidente que el Estado Mayor británico permitió que se sucedieran los insensatos ataques únicamente por razones de prestigio, y que la campaña no se interrumpió hasta que fue posible declarar que se había alcanzado el «objetivo».

El objetivo, sí. Cushing está hoy sombrío y pesimista. «Hay veces en que uno se pregunta de qué va todo esto —escribe en su diario— y por qué estamos aquí, en realidad.» Fundamentalmente, su lúgubre estado de ánimo es una reacción a las inquietantes noticias que llegan de Rusia e Italia. Los bolcheviques, con su eslogan «¡Paz ya!», se han apoderado del poder en el este, mientras que el pequeño y vapuleado ejército italiano se ha ido retirando de un río a otro. ¿Acaso podrán mantener la nueva línea defensiva del Piave? (La razón por la cual la compañía de Cushing ha tenido que hacerse

cargo del hospital de Boulogne-sur-Mer sin previo aviso es que la fuerza británica que hasta entonces estaba a su mando había recibido órdenes de dirigirse a Italia con la mayor presteza posible.) Personalmente, él es de la opinión de que la Entente no ha estado en tan graves apuros desde la batalla del Marne en 1914.

Como siempre, este estado de crisis da pie a reproches. Cushing mira con mal ojo a los belgas y a los rusos del compartimento. Seguro que aquellos, escribe, llevan esos pompones de majadero «siguiendo el mismo principio que se aplica al sacudir un puñado de paja ante el hocico de una mula tozuda». Y en cuanto a los rusos, que comen mucho pero que no hacen nada, «la tropa se niega a luchar y, lo que es peor, se niega a trabajar». Entre los miembros de la Entente no hay cohesión; los reveses se han venido sucediendo uno tras otro. Y entre tanto, «los alemanes planean abrir una brecha en el frente occidental para la primavera». Desde luego, Cushing no se siente nada optimista, además, tiene la sensación —al igual que decenas de millones de otras personas— de que el control de su vida ha pasado a depender de fuerzas muy remotas, fuerzas que ya nadie maneja. «Un nuevo giro del caleidoscopio puede cambiar nuestros destinos en cualquier instante.»

El piloto ha guardado *La Vie Parisienne*. En su lugar se ha puesto a leer una novela titulada *Ma P'tite Femme*. El tren oscila y traquetea.

*Jueves, 15 de noviembre de 1917*

## PAOLO MONELLI TOMA PARTE EN LA DEFENSA DEL MONTE TONDARECAR

Nieve mojada y lodo. Arriba en la cresta de la montaña los soldados ingenieros han tendido alambradas. Será aquí donde detengan al enemigo. No es la primera vez que escuchan esas palabras, al contrario. Durante el último mes se lo han venido repitiendo sin parar, aun así la retirada de las tropas italianas continúa, desplazándose a marchas forzadas de una cima a otra o de un río a otro: del Isonzo al Tagliamento, del Tagliamento al Piave. En el norte, en la meseta del Asiago, la línea todavía aguanta, aunque también allí están retrocediendo despacio. Si alguno de los frentes cede, automáticamente el otro se verá en grandes apuros, por no decir en una situación desesperada.

La posición que deben defender en lo alto del monte Tondarecar es cualquier cosa menos ideal. Los campos de tiro son pésimos, y la línea que Monelli y su compañía deben defender, desmesuradamente larga. Los hombres de que dispone son de unos ocho cada cien metros. Por su parte, Monelli, tras la conmoción que han supuesto las retiradas y la amenaza de una derrota italiana —y no únicamente en lo que respecta a la batalla sino a toda la guerra—, se halla sereno y lleno de determinación. Se ha hecho el propósito de luchar a brazo partido, por nefastos que sean la posición y el pronóstico. La última entrada que anotó en su diario es de hace dos días. Ahí hablaba de lo triste que era que aquellas montañas hubieran sido tomadas por el enemigo. «Sin embargo —finalizaba—, cuando se enfrenten a nuestro dolor y a nuestro odio no pasarán.»

Después se inicia el ataque que han estado esperando.

Tropas de asalto enemigas se lanzan a la carga. Gritos y voces. Monelli vislumbra un hervidero de uniformes grises moviéndose con rapidez. Atacan en grupos compactos, inusitadamente compactos para ser el año 1917. Los asaltantes son sus equivalentes en el ejército enemigo: *Alpenjäger* (cazadores de montaña) austríacos. Gritos, voces y estampidos. Las armas rompen fuego. Las ametralladoras tabletean. Las balas pasan silbando. Monelli ve a algunos de sus soldados: De Fanti, Romanin, Tromboni, De Riva. Barbudos, cansados, pero, a todas luces, tan firmemente decididos como él a ofrecer resistencia. Sus semblantes transmiten una extraña calma. Gritos, voces y estampidos. La oleada gris se ralentiza, se detiene, recula. Uno de los otros oficiales, ebrio de triunfalismo, salta por el borde del parapeto y grita improperios contra el enemigo en retirada. Los fugitivos se hunden en sus propias trincheras. Tras ellos queda un irregular pastiche de figuras tumbadas que ya no se mueven. Voces. En la delgada valla de alambrada cuelgan con pesadez algunos cuerpos. Así de cerca llegaron.

Esto se repite dos veces. Después se produce una calma relativa. Un comandante de artillería echa un cauteloso vistazo por el borde del parapeto y constata con expresión de asombro que la línea defensiva, por lo visto, aguanta. Dice algunas palabras de elogio y luego se marcha.

Terminada la batalla Monelli saca su diario. Bajo la fecha de este día escribe tres palabras: *Non è passato*. (No ha pasado.) Nada más. <sup>240</sup>



*Lunes, 3 de diciembre de 1917*

ELFRIEDE KUHR VE PARTIR DE SCHNEIDEMÜHL EL ATAÚD CON EL CUERPO DEL  
TENIENTE WALDECKER

El día es rigurosamente frío, y ella está ahí de pie, esperando. Durante dos interminables horas ha estado esperando. En la mano sostiene una rosa que ha comprado con sus ahorros. Por fin, hacia las tres y media, se oye el primer redoble de tambor. Después van añadiéndose más sonidos: primero el de unas botas marchando perfectamente acompasadas, después el de unos instrumentos de viento, después canto de voces. Luego ve llegar el cortejo: primero la orquesta con sus uniformes de campaña grises, después el sacerdote castrense, después el coche fúnebre, después los allegados del difunto, después una guardia de honor compuesta de soldados con cascos de acero y fusiles.

¿Los allegados? Ella debería estar entre ellos, ya que es una de ellos. El teniente Werner Waldecker ha muerto. Perdió la vida cuando su avión se estrelló hace dos días. Elfriede se enteró al llegar a la escuela en el día de ayer. En su mente se abrió como «un agujero negro», y los movimientos de su cuerpo se hicieron puramente mecánicos. Después, fueron taponando el agujero dos pensamientos. El primero: ¿Qué aspecto tendrá ahora? ¿Estará el cráneo partido, roto en pedazos? El segundo: ¿Cómo voy a ocultar mis sentimientos a la gente?

El coche fúnebre viene rodando hacia ella. Ve el ataúd. Es marrón con una tapa plana. Encima hay una corona de flores. Cuando el coche llega a su altura ella da unos pasos adelante y lanza la rosa sobre el ataúd. La rosa resbala y cae al pavimento.

El coche se interna entre la verja abierta de la sección de mercancías de la estación. Al difunto lo van a facturar. En la vía aguarda un vagón de mercancías de color óxido. Levantan el ataúd. Ahí, entre pilas de cajas de embalaje, recita el sacerdote algunas frases de un librito negro. Se descubren la cabeza. Al unísono, los presentes rezan un padrenuestro. La guardia de honor levanta los fusiles y dispara tres salvas muy seguidas. A continuación se hace el silencio. Elfriede percibe el olor a humo de pólvora. Trasladan el ataúd al vagón que le espera, así como la corona, después de lo cual unos ferroviarios enfundados en ropas de trabajo tiznadas de hollín corren con un golpetazo la puerta del vagón.

Elfriede sale de nuevo a la calle. Ve su rosa tirada en el suelo. La recoge. La flor está intacta. Se la acerca a la nariz y se aleja de allí corriendo cabizbaja. A sus espaldas suena todavía la música militar.

*Martes, 4 de diciembre de 1917*

## ANDREI LOBANOV-ROSTOVSKI ESPERA EN LA CIMA DE UNA DE LAS MONTAÑAS DEL PASO DE PISODERI

El comienzo es bastante bueno. Al alba salen del campamento situado a los pies de la montaña e inician el largo ascenso. Si bien es estrecho, el camino, serpenteando en abruptos meandros hacia el paso, está bien construido. También el tiempo es benigno, y las vistas magníficas. Se mire a donde se mire, despuntan las altas y dramáticas cimas de los montes albaneses. Transcurridos unos diez kilómetros de marcha, sin embargo, empiezan las dificultades.

Andrei Lobanov-Rostovski se halla en los Balcanes, muy lejos de su país y de su casa. Se encuentra allí en calidad de voluntario en una compañía de refuerzo enviada para apoyar al contingente ruso en Salónica. Su decisión de alistarse voluntario no se debe en absoluto a su sed de aventuras, todo lo contrario. Forma parte de un plan meticulosamente elaborado con la finalidad de poder salir de Rusia, donde una revolución política está a punto de convertirse en una ídem social. «Nos espera mucho derramamiento de sangre y tal vez incluso el terror.»

Como es habitual en él, ha intentado comprender la situación leyendo. Durante los últimos seis meses ha leído de corrido obras históricas, libros sobre distintas revoluciones (sobre la francesa, claro, pero también sobre la de 1848), sobre la pugna por el poder entre Marius y Sulla en la antigua Roma y otros textos por el estilo. Mientras él leía con un lápiz en la mano, tomando notas, cavilando, a su alrededor Rusia se desmoronaba en pedazos. Y cree haber encontrado un paralelo evidente en las distintas fases de la Revolución Francesa. ¿Qué habría hecho una persona sensata en la Francia de esa época? Pues él o ella habría abandonado el país mucho antes de que se iniciara el imperio del terror y no habría vuelto hasta después de la caída de Robespierre. De ese modo, la persona en cuestión se habría saltado la fase destructiva de la Revolución para reaparecer cuando las cosas empezaran a normalizarse. Eso mismo es lo que espera conseguir él. Ese es el motivo por el que se ha alistado voluntario a este frente. El uniforme es su asilo.

Salónica, sin embargo, ha resultado ser una sorpresa desagradable. Por un lado la visión de la ciudad calcinada: «Nunca había visto destrucción a tamaña escala». Kilómetros y kilómetros de casas quemadas. Los civiles —griegos, turcos, judíos, albaneses— viven «miserablemente en tiendas o chozas de madera entre las ruinas de sus casas arrasadas por las llamas». Por otro, el clima reinante entre las unidades aliadas: no tardó en tener claro que la moral estaba por los suelos y que «todos odiaban aquel frente». Combates hay pocos, pero las enfermedades, en cambio, principalmente la malaria, se llevan millares de vidas. En los buenos restaurantes, junto con el salero y el pimentero, te ponen automáticamente un cuenco con pastillas de quinina. Con frecuencia, soldados de permiso organizan disturbios, y en las cantinas de los oficiales se producen continuas peleas entre los mandos de los distintos ejércitos. Sobre todo esto último ha sido muy chocante para Lobanov-Rostovski; nunca antes había visto algo parecido. Por regla general siempre son las mismas nacionalidades que hacen piña unos contra otros: británicos, serbios y rusos se enfrentan a franceses, italianos y griegos. En algún remoto lugar de las montañas un coronel francés medio chiflado ha

instaurado una pequeña república independiente y ha acuñado su propia moneda y sus propios sellos.

Tampoco sus cálculos están demostrando ser exactos, puesto que las sacudidas de la revolución llegan hasta los Balcanes. Desde que les alcanzó la noticia de que los bolcheviques se han hecho con el poder y ayer empezaron a negociar un armisticio con los alemanes en Brest-Litovsk, la agitación en el batallón ha ido creciendo por momentos. Soldados y suboficiales gruñen, refunfuñan, contradicen, se muestran reticentes a obedecer órdenes o llegan tarde a la formación. Los centinelas duermen en sus puestos de vigilancia. Los oficiales dudan en entregar municiones a sus tropas. Y el mismo Lobanov-Rostovski se ha visto expuesto a disparos. Por ese motivo lo han trasladado y destinado como jefe de una compañía de señalización.

Dicha compañía es la que ahora él está conduciendo por las montañas hasta la división rusa situada en el elevado lago Presba. Y el único camino hasta allí discurre por el paso de Pisoderi, a 1.800 metros de altura. Como decíamos, el comienzo fue fácil, pero a más altura queda nieve, y el angosto y serpenteante camino está cubierto de hielo. Lobanov-Rostovski oye gritos detrás de él, y al volverse ve que uno de los tiros se desliza por el borde y se despeña. Cuando alcanzan el carro siniestrado uno de los caballos ya está muerto; al otro tiene que matarlo. Al cabo de un rato la pendiente es tan escarpada que los extenuados caballos no consiguen aferrarse a la calzada, de modo que los soldados se ven obligados a empujar los carruajes, metro a metro, hasta el paso. Las 70 mulas que cargan ellas solas con el equipo telegráfico se las apañan mejor. Pero no están entrenadas para dicha tarea y dos de ellas caen al abismo. Pasan las horas, y la compañía es una estirada, hirsuta cadena de hombres, carros y tiros que se arrastran montaña arriba con la máxima parsimonia.

Por la tarde empieza a nevar. Todavía no han cruzado el paso. Lobanov-Rostovski, sobre su montura, patrulla de arriba abajo la columna cada vez más distendida. Hacia las seis alcanzan la cima. Empieza a oscurecer. En un campo cubierto de nieve situado junto al camino distingue a un soldado que intenta hacer caminar a una mula. Pese a sus esfuerzos el recalcitrante animal no se mueve del sitio. Lobanov-Rostovski le dice que él se quedará junto a la mula si el soldado, entre tanto, se encarga de ir a buscar ayuda.

Lobanov-Rostovski espera y espera, pero nadie acude. ¿Qué ha ocurrido? ¿Es que no piensan molestarse en ir a por él? ¿O acaso es que, con tanta nieve y oscuridad, no le encuentran? No sabe a qué atenerse. Ha sido un año de desilusiones y reveses para Lobanov-Rostovski, pero ahora siente que está tocando fondo:

*Pocas veces durante toda la guerra me he sentido tan miserable. Soplaban un viento cortante. Bajó la niebla e hizo imposible ver las cumbres de alrededor. Oscurecía por momentos, y ahí estaba yo, solo en la cima de una montaña, aguantando una mula.*

*Al final oye voces en la oscuridad y llama. Se trata de unos rezagados con carro y caballos de tiro. Le ayudan con la mula. Hacia las dos de la noche cruza el paso el último carro.*

*Miércoles, 5 de diciembre de 1717*

## PAOLO MONELLI ES HECHO PRISIONERO EN CASTELGOMBERTO

Ya ayer presintió que se acercaba el final. ¿El final, en singular y con artículo determinado? Claro que esta batalla podría tener más de un desenlace, pero las probabilidades de que sea uno feliz disminuyen cada hora que pasa. Tras una intensa preparación artillera, tras ser bombardeados con gas de combate, tras la amenaza de ser rodeados, tras fallidos contraataques, tras confusos combates cuerpo a cuerpo, Monelli y su compañía se han retirado para tomar una posición más abajo, en un bosque a las afueras de Castelgomberto. Pero cuando salga el sol las tropas de asalto austríacas atacarán también este lugar. «Ha sonado la hora. La hora que vaticiné, involuntariamente, desde mi primer día en esta guerra. Es como si todo lo que el pasado ha traído consigo de lucha, de sufrimiento y esfuerzo se hubiera concentrado con enorme potencia en un único y decisivo instante.»

Hace frío, nieva, todo está oscuro. Monelli y sus soldados tienen frío, hambre y sed. La retirada de ayer fue tan precipitada que no hubo tiempo de comerse la cena que ya estaba dispuesta, ni de llevársela siquiera. El miedo y la incertidumbre son magníficos. No saben exactamente dónde se encuentra el enemigo. Monelli envía una patrulla para establecer contacto con las tropas amigas que han de/deberían/pudieran estar a su izquierda, pero la patrulla no regresa. Dormir tampoco pueden. Llevan consigo un lanzagranadas con el que disparan a tientas a la noche. Tienen diez cajas de granadas y les gustaría gastarlas antes de que se produzca el próximo asalto. Además: ¿por qué habría de disfrutar el enemigo allá fuera del sueño reparador que a ellos se les niega?

Amanece. Tan pronto clarea lo suficiente como para poder disparar, las ametralladoras austríacas comienzan a barrer su posición. A continuación granadas. El refugio se llena de humo. Les escuecen los ojos y los oídos. La situación se está volviendo desesperada. La situación *es* desesperada. La compañía está disuelta, hambrienta y prácticamente desprovista de munición.

Se rinden. Soldados austríacos les rodean.

Monelli saca su revólver, lo tira, lo ve rodar por una pendiente. En este instante le invade la amargura: 30 meses de guerra para acabar en esto. Ve llorar a varios de sus soldados veteranos. Oye exclamar a un hombre: «¡Pero qué va a decir mi madre!».

*Viernes, 7 de diciembre de 1917*

## WILLY COPPENS SE DIVIERTE EN DE PANNE

Acaban de almorzar y ya han tomado asiento en los automóviles, están listos para partir; en esas llega la llamada telefónica. Un avión alemán está atacando, en ese mismo instante, algunas de las trincheras de la primera línea. ¿Podrían enviar un par de cazas para ahuyentarlo? El piloto alemán ha desafiado el mal tiempo que durante dos días ha mantenido en tierra firme al escuadrón en pleno y que ahora les había inducido a interrumpir la tediosa espera en los barracones del aeródromo para ir a divertirse a De Panne.

Resulta que en el teatro del hospital de dicha localidad actúan Libeau y su famosa *troupe* de artistas. La compañía va de gira por el frente con sus representaciones de música y teatro, y suele convocar un público de mil personas o más, en su mayoría militares franceses o belgas, muchos de ellos convalecientes, todos ávidos de diversión o de un cambio de aires. Dos de los hombres bajan de los coches, van corriendo a cambiarse. Los demás prosiguen hacia el teatro del hospital de De Panne, recorriendo la carretera, a estas alturas ya tan familiar, bordeada de abedules. Pero tienen tiempo de ver elevarse el primer aeroplano hacia el firmamento gris. Es Verhoustraeten; Coppens le reconoce por el modo tan especial que tiene de probar sus ametralladoras. Ahora suena casi como un saludo. Tal vez lo sea.

A última hora de la tarde, en medio de una pausa en sus diversiones, les alcanza un conciso mensaje telefónico: Verhoustraeten ha muerto alcanzado por la bala de una ametralladora disparada desde tierra. El avión se ha estrellado contra las propias líneas. Se produce un breve silencio entre los jóvenes uniformados, pero después la charla continúa «como si nada». La muerte es tan corriente, tan inminente y próxima que, simplemente, no pueden malgastar tiempo en ella. Al menos no si quieren continuar con lo que hacen.<sup>241</sup>

La capacidad de negación tiene, no obstante, sus límites:

*Pero más tarde, después de abandonar la cantina de oficiales con un alegre «¡Buenas noches, caballeros!» pasé por delante del cuarto de Verhoustraeten, contiguo al mío y ahora sumido en la oscuridad. Allí, en el umbral de la habitación a oscuras, me quedé parado, conmocionado, porque de repente, me di cuenta cabal del drama de su desaparición. Hasta ese momento no había comprendido la magnitud de la tragedia. Empecé a preguntarme si ese sacrificio realmente había sido necesario, y la duda se abatió sobre mí.*

*Jueves, 20 de diciembre de 1917*

## PÁL KELEMEN QUEDA IMPRESIONADO POR UN BATALLÓN DE BOSNIOS EN PADERNO

La gran batalla de Caporetto ha concluido. El invierno está aquí, y las implacables divisiones alemanas se han marchado para implementar sus tácticas de infiltración<sup>242</sup> contra otras víctimas. Al tiempo han llegado refuerzos franceses y británicos para arropar a los vacilantes italianos. El frente se ha estancado a lo largo del río Piave.

Este día Pál Kelemen se cruza con un batallón de bosnios musulmanes. Al igual que las tropas coloniales musulmanas al servicio de Francia, han alcanzado el estatus de tropas de élite, y con frecuencia entran en acción en situaciones particularmente difíciles. El refinado y urbano Kelemen se siente perplejo ante estos seres extraños en más de un sentido. Su inexplicable ardor bélico le asusta. ¿Qué esperan ganar con esta guerra? Bosnia fue anexionada por Austria-Hungría en fecha tan reciente como 1908. Kelemen piensa que parte de los soldados bosnios mayores que ahora ve, por aquel entonces debieron de «resistirse contra el poder de cuyos tenaces y leales servidores se han vuelto». Pero aun así no puede evitar que le impresionen:

*Guerreros altos, flacos, fuertes que recuerdan a una rara clase de cedro que está en vías de extinción. Van un poco encorvados, como si les avergonzara haber crecido tanto y ser tan imperturbables. Al caminar encogen la cabeza entre los hombros, y sus ojos pequeños y muy hundidos lanzan penetrantes miradas que relampaguean a diestro y siniestro. Al sentarse cruzan las piernas, se echan el fez hacia atrás y fuman sus largas pipas de madera con tanta calma que uno diría que han regresado a su país de cuento lleno de esbeltos y maravillosos minarettes. Casi todos son hombres maduros. Unas barbas puntiagudas enmarcan sus rostros bronceados por el sol. Ahora hacen un alto para comer. Las inmundas latas de conserva con el rancho desentonan entre sus dedos arqueados y huesudos. Mastican la extraña comida con mucho cuidado y, claramente, sin mayor placer.*

Este mismo día llega Paolo Monelli a su destino final, un antiguo castillo en Salzburgo reconvertido en campo de prisioneros. Durante casi dos semanas ha marchado apretujado entre las hileras de una columna de prisioneros exhaustos y desmoralizados, de cuyos uniformes rotos se han arrancado las medallas y los distintivos de rango. A veces se han peleado por comida, a veces se han producido altercados porque algunos soldados, aprovechando que el cautiverio ha disuelto la antes tan estricta disciplina, se han metido con sus oficiales. Muchos se alegran de que para ellos la guerra haya terminado y no dudan en demostrarlo. Pero Monelli también ha visto que el adversario, en medio de su triunfo, tiene graves problemas: de entre los soldados austrohúngaros que, apostados en la cuneta, con tanta satisfacción han estado observando la columna de prisioneros, muchos estaban

flacos y desnutridos. (El enemigo debe, además, de estar desesperadamente falto de efectivos, porque él ha visto varios jorobados en sus filas y hasta un enano.) Si bien hoy es el día en que él y los demás empiezan su vida en el campo de prisioneros, Monelli ya ha comprendido que, en el futuro más próximo, su existencia oscilará constantemente entre dos estados: el hambre y el hastío. En su diario escribe:

*El 20 de diciembre llegamos a la fortaleza de Salzburgo: un lúgubre cuartel de murallas escarpadas y gruesas situado en lo alto de una cumbre inexpugnable, sin sol, tiritando de frío en las salas vacías. En este invierno nórdico, envueltos de niebla y nieve, pensar en la tradicional celebración navideña resulta una tortura. Al compás de este tedio, que el hambre vuelve más amargo aún, no hay nada dulce que llame a las puertas de un alma encerrada ya en su propio odio.*

*Viernes, 21 de diciembre de 1917*

## HERBERT SULZBACH VE LA NIEVE CUBRIENDO LE CHEMIN DES DAMES

Ocho grados bajo cero. Una espesa capa de nieve cubre el suelo, tapando la explanada de la batería y las piezas. El frente está en calma. Esporádicamente cae alguna que otra granada, por azar, muy de vez en cuando. Es lo que hay en estos momentos. Rutina. Como casi todo. «Somos una muralla viviente, al igual que los del otro bando también lo son, una fortaleza de miles de kilómetros, en la cual cada uno de nosotros desempeña su servicio militar calladamente, dando por sentado su trabajo.» Un día se suma a otro, una semana a otra, un mes a otro mes.

Parte de esas rutinas son las visitas de su *Feldwebel* (sargento primero). Este llega un par de veces por semana en su montura procedente del campamento de la retaguardia para entregar la paga o para hacerse cargo de alguna tarea administrativa. El sargento es uno de los veteranos que quedan de 1914, un hombre de confianza y buen corazón que se ha ganado la estima de Sulzbach. En general, éste aprecia mucho a sus soldados. Ocurre que a veces los espía, que los observa sigilosamente mientras ellos, sentados en los mal iluminados refugios, leen o conversan, juegan a los naipes o tocan la armónica. Esas visiones suelen reconfortar su espíritu y él se va de allí sintiendo que sus hombres son buenas personas en quienes se puede confiar plenamente.

Hoy es uno de esos días en que su *Feldwebel* llega a caballo. Las diversas formalidades se zanján en un santiamén. Sulzbach y el sargento se despiden. El hombre está de excelente humor cuando se aleja por la nieve camino del campamento.

Al cabo de diez minutos suena el teléfono de campaña. La llamada proviene de una unidad situada detrás de ellos. El sargento primero ha muerto a causa del impacto directo de una granada. Es fácil imaginarse la escena, el contraste de los colores.

También en torno a las defunciones existen elaboradas rutinas que se siguen de forma automática. El hecho de que alguien caiga ya no provoca muchos comentarios. La reacción del propio Sulzbach rezuma resignación: «Acabo de perder a uno de mis más valientes». Los soldados, en cambio, están muy afectados; otro de los veteranos que desaparece. Solo durante el último año han muerto varios de los amigos personales de Sulzbach: Becker, en St. Quentin, donde se lo habían pasado tan bien juntos; Lenne, el abogado, fallecido a causa de atroces heridas; Von Maurig, su antiguo compañero de clase, abatido mientras pilotaba su aeroplano; Zimmer, a quien conoció en mayo; y Peter, el bajito, siempre tan contento, caído también en combate. El padre de Kurt Reinhardt también ha caído.

Ocho grados bajo cero. Una espesa capa de nieve cubre el suelo, tapando la explanada de la batería y las piezas. El frente está en calma. Esporádicamente cae alguna que otra granada, por azar, muy de vez en cuando.



*Lunes, 31 de diciembre de 1917, Nochevieja*

## ALFRED POLLARD LES GASTA UNA BROMA A UNOS AMERICANOS EN LE TOQUET

Tal vez sea cierto infantilismo por su parte lo que sale a la luz, o quizás la creciente irritación que siente por los americanos. Seguramente se trata de ambas cosas.

Es noche avanzada, y Pollard entra de puntillas en el alargado barracón donde están acantonados los oficiales americanos. Con él van tres camaradas. No hay luces encendidas. El claro de luna se filtra por los ventanales. Lo único que se percibe es el sonido de hombres durmiendo profundamente, bien envueltos en sus sacos y mantas.

Los americanos, sí. Pollard, como la inmensa mayoría, sabe que realmente hacen falta. El ejército francés todavía no se ha recuperado de la enorme cantidad de bajas del último año, ni de los amotinamientos de la primavera; el británico aún se resiente de su larga y fallida ofensiva en los alrededores de Ypres; el italiano sigue vacilando debilitado tras el repentino colapso de finales de otoño en Caporetto. Y en cuanto al frente oriental, todos los indicios apuntan a que Rusia está en vías de salir de la guerra. Los bolcheviques han tomado el poder en Petrogrado, han propagado consignas de paz y han firmado un armisticio con los alemanes, armisticio que tiene poco más de catorce días de vida. Todas las divisiones alemanas que hasta ahora estaban ocupadas en el este serán trasladadas, sin duda alguna, al oeste. Así pues, los americanos son necesarios, o lo que es lo mismo: sus soldados, su dinero, su industria.

Lástima que estén tan, tan... seguros de sí mismos.

Pollard había creído que los americanos aceptarían de buen grado sus consejos, que se alegrarían de poder compartir las experiencias por las que el ejército británico ha tenido que pagar tan caro. Pero de eso nada. Muchos de los oficiales americanos que conoce son o bien de una ingenuidad asombrosa o bien de una arrogancia sorprendente, y consideran que no tienen nada que aprender de sus aliados. Por algo también ellos están en guerra desde hace más de un año. (Bueno, al menos, una especie de guerra, porque, ¿qué otra cosa se puede llamar a las reiteradas escaramuzas que han venido librando con los bandidos mexicanos?)<sup>243</sup> Los recién llegados son muy diestros en hacer la instrucción en el patio del cuartel y sus reclutas irradian entusiasmo, tienen una buena constitución y están bien alimentados, eso Pollard no puede negarlo. Pero a los americanos, por su parte, los métodos de ataque británicos, a estas alturas complicados, ingeniosos y que, de hecho, obtienen cada vez mejores resultados —con todo lo que implican de exacta coordinación entre las distintas armas, la barrera de fuego rodante y las subdivisiones móviles y bien armadas— les parecen innecesarios, artificiosos y exagerados.

Hay veces en que al oír hablar a los americanos los británicos tienen la impresión de que los primeros salen al campo de batalla como si el almanaque todavía mostrara la página de agosto de 1914, es decir, yendo a la carga en líneas compactas y con las bayonetas caladas. Pollard suele sacudir la cabeza cuando lo piensa. Ya les enseñará el tiempo a los americanos, y su aprendizaje lo pagarán con moneda de sangre.

Pero eso no es todo. Al Pollard parrandero le fastidia la ley seca que rige en el ejército americano y la hipocresía que conlleva: a solas no hay prácticamente ningún oficial americano que no saque una botella del fondo de algún baúl donde la tenía escondida. Incluso esta noche —¡por el amor de Dios, pero si es Nochevieja!— los diecinueve americanos del cursillo se han excusado de tomar parte en fiesta alguna. ¡Todos se han ido a la cama a las diez! A Pollard esos americanos tan tranquilos del curso, más que verdaderos soldados, le parecen empleados de banca.

Estos días Pollard se halla en Le Toquet, donde él y otros oficiales de distintas nacionalidades aprenden a manejar la ametralladora ligera modelo Lewis. Ha pasado un verano tranquilo, y el otoño también lo ha sido. Distintos destinos en la retaguardia se han venido sucediendo; entre otros su batallón ha vigilado el cuartel general del Cuerpo Expedicionario en Montreuil, y en septiembre contribuyó a aplastar la única revuelta que ha dado a luz este año de revueltas entre las fuerzas británicas.<sup>244</sup> Pollard, sin embargo, se siente escindido. Por un lado, la falta de actividad bélica le consume, le desasosiega y le aburre. Por otro, se ha dado cuenta de que es cierto eso que otros le habían dicho con anterioridad pero que él siempre había rechazado como una falacia, a saber, que «los que tienen una chica que les espera en casa son menos propensos a correr riesgos que los que carecen por completo de dichos vínculos». En verdad, todos esos destinos en la retaguardia no le parecen mal. Con tal de no perderse el final de la guerra, le basta.

Los cuatro ingleses se acercan de puntillas a las primeras camas, van dos hombres por cama.

Entonces, a la de tres, levantan las camas y vuelcan al suelo las crisálidas con sus durmientes contenidos, acto seguido corren hasta las próximas dos camas, las vuelcan, y luego las dos siguientes, y así sucesivamente. Gritos con sordina y sonoras protestas reverberan por las paredes. Algunos de los aturdidos americanos golpean salvajemente a su alrededor, pero solo consiguen alcanzar a sus compañeros de infortunio, quienes, por supuesto, devuelven los golpes. Se libran confusas peleas en la oscuridad. Antes de que alguien tenga tiempo de darle al interruptor de la luz, Pollard y sus compinches, encantados y sin ser vistos, ya se han largado del barracón para perderse en la noche.

El año 1918 acaba de empezar.



La guerra ha llegado a África, 1914: «Alrededor de unos 10.000 hombres armados se buscan mutuamente en un área cuya superficie se corresponde con la mitad oeste de Europa [...]. Lo más difícil no es vencer al enemigo, lo más difícil es llegar hasta él.» Fragmento 56 (Fuente: Bundesarchiv)



Soldados nativos del Ejército alemán en combate en algún lugar de África del Este: «Los mandos de esas pequeñas unidades son alemanes, dotados de los habituales atributos del colonizador; [...] los soldados, en cambio, son todos *askaris*, guerreros profesionales nativos, que reciben la misma instrucción y armamento y disfrutan de la misma confianza que los soldados blancos.» Fragmento 56 (Fuente: Bundesarchiv)



El río Pangani en África del Este alemana: «Las unidades alemanas que ellos persiguen por todo tipo de escenarios, el clima y las enfermedades parecen no afectarles, considerando que la tropa se

compone de negros que están acostumbrados a lo primero y son resistentes a lo segundo.» Fragmento 103 (Fuente: Bundesarchiv)



La unidad de soldados nativos del Ejército británico King's African Rifles desfila en Lindi, septiembre de 1916: «Manteniendo las posiciones bajo unas lluvias torrenciales, han quedado batallones compuestos de soldados negros de Nigeria, Ghana, Kenia y las Indias Occidentales.» Fragmento 151 (Fuente: Ullstein)



Los restos del buque *Königsberg* en el delta del Rufiji, en el verano de 1915: «Buchanan también ve las bocanadas de humo de la artillería enemiga: piezas de 10.5 cm que los alemanes, con su habitual talento para la improvisación, han remolcado del aniquilado acorazado *SMS Königsberg*.» Fragmento 154 (Fuente: Bundesarchiv)



Servidores de ametralladoras negros bajo el mando de los alemanes en África del Este: «Tras haberse retirado de aquel valle del Mohambika los alemanes se han hecho fuertes en la loma de Tandamuti. Aquí los ataques y contraataques se han ido alternando desde mediados de junio.»  
Fragmento 162 (Fuente: Bundesarchiv)

# 1918

Este será nuestro mal. O nuestro bien; en cualquier caso, es irremediable: estaremos ligados a nuestros recuerdos para siempre.

# Cronología

28/1 Estalla la guerra civil en Finlandia. 18/2 Tras un armisticio, las tropas alemanas en Rusia avanzan de nuevo. 3/3 Se firma la paz de Brest-Litovsk entre Rusia y las Potencias Centrales. 9/3 Continúa la ofensiva aliada en Mesopotamia. 21/3 Se inicia una gran ofensiva alemana en el oeste. Éxitos muy importantes. 29/3 Contraataques franceses en el oeste. Detenida temporalmente la ofensiva alemana. 3-4 Fuerzas alemanas desembarcan en Finlandia en apoyo de la facción blanca. 4/4 Se reinicia la ofensiva alemana en el noroeste de Francia. Logros considerables. 9/4 Se inicia una ofensiva alemana en Flandes. Logros considerables. 1/5 Entran en acción las primeras tropas americanas en el frente occidental. 7/5 Fuerzas británicas toman Kirkuk en Mesopotamia. 24/5 Fuerzas británicas desembarcan en Murmansk. 29/5 Inicio de la ofensiva alemana en torno a Aisne. Grandes logros. Pronto alcanzarán el Marne. 15/6 Gran ofensiva austrohúngara en el Piave, Italia. Logros poco considerables. 15/7 Inicio de una gran ofensiva alemana en el Marne. Algunos logros. 18/7 Enérgicos contraataques aliados. Las fuerzas alemanas tienen que replegarse. 8/8 Se inicia una gran ofensiva aliada en Amiens. Éxitos muy importantes. 3/9 Se inicia el retroceso de las fuerzas alemanas hasta la línea Hindenburg. 15/9 Ofensiva aliada en Macedonia. El ejército búlgaro es impelido a una retirada general. 19/9 Se inicia una gran ofensiva aliada en Palestina. Éxitos importantes. 26/9 Inicio de una ofensiva americana en Argonne. Éxitos considerables. 28/9 Inicio de una gran ofensiva aliada en Flandes. Éxitos importantes. 30/9 Bulgaria capitula. 10/10 Tras enérgicos ataques se consigue romper toda la línea Hindenburg. 24/10 Ofensiva aliada en el Piave. Éxitos muy importantes. 30/10 Capitulación del ejército otomano en Mesopotamia. 31/10 Revolución en Viena. 1/11 El ejército serbio libera Belgrado. 3/11 Inicio en Kiel de un amotinamiento dentro de la Armada alemana. 4/11 Armisticio entre la Entente y Austria-Hungría. 9/11 El káiser abdica. Revolución en Berlín. 11/11 Armisticio. A las once horas de la mañana se suspenden todas las hostilidades.

*Un día de comienzos de enero de 1918*

## PÁL KELEMEN SIGUE UN COMBATE AÉREO SOBRE CASTELLERIO

Un transparente y soleado día de invierno. Aunque los frentes estén en calma, como es el caso aquí en Italia, la guerra aérea sigue arrasando. Un gran bombardero italiano, el pesado *Caproni*, zumba en lo alto de la bóveda azul claro. La defensa antiaérea austrohúngara dispara sobre él un fuego intenso. Racimos de nubecillas blancas se propagan por el cielo, pero es en vano.<sup>245</sup> El humo de las detonaciones se disipa lentamente con la brisa. Aparece un monoplano austríaco en vuelo solitario y comienza la persecución del parsimonioso bombardero multimotor. Pál Kelemen anota en su diario:

*Nuestro aviador se va acercando al biplano, que maniobra con torpeza, y la tos constante de sus ametralladoras se percibe claramente desde el suelo. De repente, el avión italiano vira hacia abajo. Nuestro avión le sobrevuela un breve instante y después se dirige rumbo al norte, mientras el Caproni cae en barrena, con el motor parado y las alas oscilando, hasta estrellarse contra el suelo.*

*Cuando finalmente llego al lugar del siniestro, el cuerpo de un capitán de aviación italiano, muerto por la bala de una ametralladora, yace ya sobre la hierba junto a su avión. Una de las alas de esa gigantesca ave bélica, retorcida y rota, se ha clavado en la tierra, y el combustible gotea del motor perforado.*

*El oficial italiano viste un mono de cuero, y solo el modo en que la gorra se ha incrustado en su rostro recién afeitado estorba su impecable elegancia. En su muñeca suena el tictac de un reloj de plata, completamente intacto, y su cuerpo entero reposa tumbado con tanta calma que podría decirse que solo está dormido.*

*Registramos sus bolsillos; alguien me da una billetera de gran tamaño. Aparte de cartas, billetes y hojas de papel, hay allí una tarjeta doblada de tapas duras y negras: «Pase de temporada para el circo de Verona».*

*Aquí, en este campo desolado lleno de cráteres, el circo es meramente un nombre impreso en un pedazo de cartón. Las resplandecientes candilejas situadas bajo los palcos, la rasgada alfombra de serrín, los chasquidos del látigo del director del circo, la princesa montada con su vestido de tul y sus bisuterías deslumbrantes, en fin, todas las incontables diversiones de la juventud, todas, este joven ser las ha dejado atrás para siempre. Esta noche, los otros oficiales de siluetas esbeltas y costumbres disolutas esperarán inútilmente en el palco. Pero la orquesta del circo volverá a redoblar sus tambores, y el payaso, con su rostro blanco de harina y el buen humor de su profesión, realizará saltos mortales sobre un retal de terciopelo desplegado sobre la arena. Y las señoras coquetearán a distancia, como si él estuviera allí, como si él, al igual que ayer, solo fuera a llegar un poco tarde.*



*Me gustaría volver a meter la tarjeta bajo su camisa manchada de sangre porque si, al igual que en tiempos paganos, cuando a un héroe todo aquello que le fue útil en vida le acompañaba a la tumba, esa pertenencia suya fuese borrada de la faz de la tierra, quedaría, al menos, consagrado a su memoria un vacío en el circo de Verona.*

El mismo día Willy Coppens escribe en su diario:

*Durante una patrulla por la zona sur de nuestro sector, en dirección a Ypres, entro en una ventisca y me desoriento por completo. Las brújulas de nuestros aviones son malas, y están situadas en el suelo, donde no son de mucha utilidad; primero noto que estoy frente a la montaña Kemmel y después en Dunkerque, desde donde me resulta fácil encontrar el camino de vuelta a mi unidad.*

*Lunes, 7 de enero de 1918*

## FLORENCE FARBOROUGH LLEGA A MOSCÚ

El tren oscila y traquetea, oscila y traquetea a través de un paisaje blanco de invierno al que ilumina un débil sol matinal. Al cabo de un rato las zonas pobladas se vuelven más densas. Poco después del mediodía entran en la estación de Moscú. El viaje desde Odesa le ha llevado una semana entera; tal es el desorden imperante en Rusia. Y no solo ha sido largo, también ha sido de lo más incómodo. Varias veces ha temido por su seguridad.

El tren iba repleto de soldados de todas clases y en todos los estados emocionales: alegres, agresivos, borrachos, solícitos, desconsiderados, eufóricos, iracundos. En algunas etapas hasta había gente sentada en los techos. En algunas estaciones había quienes subían al tren rompiendo los cristales y trepando por las ventanas. Al igual que Florence Farmborough, los soldados acababan de salir del frente y de la guerra y querían llegar a casa lo antes posible. En realidad, estaba pensando que todos los miembros de su unidad sanitaria, actualmente desmantelada, viajaban juntos. Resultó ser algo imposible porque, entre el gentío y la confusión, no tardaron en perder el contacto unos con otros. Farmborough también perdió su preciado asiento en el momento en que se levantó para ayudar a una mujer embarazada que se puso enferma, así que gran parte del trayecto lo tuvo que hacer de pie, con la frente apoyada contra el frío cristal del pasillo para aliviar su dolor de cabeza. Al cambiar de tren en Kiev y conseguir, por fin, un nuevo asiento, no se atrevió a moverse del sitio en 36 horas por temor a que se lo cogieran, y eso que no tenía nada que comer y muy poco que beber, y pese al tremendo bullicio y los malos olores de todos esos soldados que fumaban, bebían y armaban jaleo. A esas alturas le habían robado ya todo su equipaje.

No han pasado ni dos meses desde que estuvo en Moscú por última vez, y aun así, la ciudad acusa un notable cambio. Por las calles sin iluminación patrullan soldados prepotentes de gatillo fácil ostentando brazales rojos. (Muchos de sus conocidos se visten con harapos a propósito para no llamar la atención de dichas patrullas.) De noche con frecuencia se oyen tiroteos, y en donde vive, sus anfitriones duermen vestidos para poder salir corriendo si es preciso. La escasez de alimentos ha empeorado degenerando en hambruna. La ración diaria garantizada consiste en cincuenta gramos de pan o dos patatas; ni siquiera un producto básico como la sal puede comprarse ya. Todavía hay restaurantes abiertos. Pero los precios son astronómicos y la carne suele ser de caballo. El clima reinante es de incertidumbre y terror.

Por su parte, Florence Farmborough se siente abatida y confusa cuando, con su uniforme raído y sucio, se apea del tren:

*Volvía como una vagabunda, desprovista de todo lo que una vez amé. Mis días en la Cruz Roja se habían terminado. Mi deambular en tiempos de guerra había tocado a su fin. En mi corazón y mi mente se abría un vacío profundamente doloroso. Mi vida*

*parecía haber desembocado en un callejón sin salida. Resultaba imposible predecir lo que el futuro llevaba en su seno. En general, todo parecía demasiado lúgubre y vacío.*

*Domingo, 27 de enero de 1918*

## MICHEL CORDAY SOPESA EL FUTURO

El riguroso frío está remitiendo: hace tan solo un par de semanas las temperaturas descendieron a 18 grados bajo cero. Las autoridades han prohibido la venta de absenta y les han prohibido a los soldados llevar bufanda. Se han suprimido las tartas (en los salones de té ahora sólo se sirven pasteles), y la ración de pan no tardará en restringirse un paso más, a trescientos gramos por día y persona. Circulan rumores acerca de inminentes altercados en los distritos obreros, de inminentes bombardeos enemigos sobre París y de una inminente ofensiva alemana en el frente occidental. También se dice que ha sido desenmascarado un grupo de espías constituido exclusivamente por mujeres pertenecientes a la farándula parisina.

Corday escribe en su diario:

*El 31 de enero los trabajadores de los astilleros de Clyde emprenderán una huelga «si antes de esa fecha no se han iniciado negociaciones de paz». Vemos aquí, sin duda, un nuevo desafío en la lucha entablada entre los pueblos y sus dirigentes: los pueblos exigen saber por qué los dirigentes les obligan a combatir. Se han necesitado cuatro años para que este legítimo deseo pudiese emerger a la superficie. En Rusia ya ha alcanzado su objetivo. En Inglaterra está haciéndose oír. Irrumpe ahora en Austria. No sabemos nada de lo fuerte que pueda ser en Alemania o Francia. Pero la guerra ha entrado en una nueva fase: la lucha entre los rebaños y sus pastores.*

*Martes, 29 de enero de 1918*

## RICHARD STUMPF LEE UNA CONVOCATORIA DE HUELGA GENERAL A BORDO DEL *SMS HELGOLAND*

Desde hace dos meses el *SMS Helgoland* vuelve a estar en dique seco. Las obras han comportado que el barco esté muy sucio: «No se puede tocar apenas nada sin que se te manchen las manos». Stumpf se ha resignado. Entre la gente corriente cunde el descontento. Y aunque si bien es cierto que se habla mucho de política a bordo, los marineros como grupo están demasiado desunidos, son demasiado ingenuos, demasiado gandules, demasiado *tontos* para poder influir en el actual estado de cosas.

En su lugar, Stumpf se ha retirado a su mundo particular. Ha descubierto un nuevo modo de canalizar sus energías. Se dedica a trenzar una especie de alpargatas de cáñamo que después vende entre sus camaradas. El negocio va viento en popa. A fin de eludir las miradas fisgonas de los oficiales, ha instalado su improvisada zapatería en la panadería del barco. El almanaque dice que es invierno; el tiempo, en cambio, que primavera.

Esta mañana, sin embargo, ocurre algo que parece destinado a rebatir el misantrópico pesimismo de Stumpf: corre el rumor de que han aparecido octavillas socialistas a bordo. En cuestión de minutos toda la tripulación se ha enterado. Los marineros hacen corrillos y los panfletos van de mano en mano. Stumpf lee un ejemplar y constata que la octavilla, cómo no, carece tanto de firma como de lugar de impresión, y que algunas de las afirmaciones son ciertas, pero otras simples «perogrulladas estúpidas y frases bonitas». El lema principal reza: «Si no quieres que Alemania sea gobernada por el sable, prepárate para una huelga general».

Los temblores que este día alcanzan el puerto de Wilhemshaven tienen su epicentro a cientos de kilómetros de aquí, en Viena. A mediados de este mes se inició allí una oleada de huelgas en las fábricas de armamento, en protesta contra las reducidas raciones de pan y la prolongación de la guerra. La situación se volvió pronto tan amenazadora que la familia real austríaca tuvo que huir de la capital bajo la protección de una escolta armada. Después, la oleada de huelgas se propagó con rapidez, entre otros lugares, a Budapest y a la base naval de Cattaro, donde los marineros arrestaron a sus oficiales e izaron banderas rojas. Por el momento, la agitación en Austria-Hungría se ha aplacado, pero, en cambio, ayer se iniciaron grandes huelgas entre los obreros metalúrgicos y los de las fábricas de municiones de Berlín. También en Alemania el descontento se debe a la escasez de comida y a que los dirigentes militares permiten que la guerra continúe. La verdad es que Alemania, desde el punto de vista económico, se está consumiendo. La chispa que prendió la mecha fue la noticia de que las negociaciones de paz con Rusia en Brest-Litovsk se habían obstruido.<sup>246</sup> Los huelguistas exigen paz, una paz en la que nadie tenga que sufrir anexiones ni indemnizaciones de guerra, una paz fundamentada en el derecho de los pueblos a la autodeterminación.

Este día la huelga se extiende por toda Alemania. Más de un millón de personas en Múnich, Breslau, Colonia, Leipzig y Hamburgo paran el trabajo.

Hacia el mediodía los marineros reciben la orden de formar en cubierta, por divisiones. Los oficiales arengan a sus hombres. Por un lado, expresan su agradecimiento por la rapidez con la que informaron al capitán de los panfletos agitadores, exhortándoles a hacer lo mismo en el futuro. Por otro, se les advierte severamente de no participar en huelgas ni manifestaciones políticas.

A Stumpf le cuesta prever los acontecimientos. Sabe perfectamente que el descontento, es general: «Sólo con que alguien canalizase el descontento el estallido sería prácticamente inevitable». Bien es verdad que marineros y obreros causan alborotos cada dos por tres, pero a las protestas les falta perseverancia y enfoque. Al poco rato las energías liberadas suelen desvanecerse en el aire; ésa es su experiencia. Y, en efecto, al examinar a los trabajadores de los astilleros que están a bordo todo parece normal. No dan muestra alguna de querer deponer sus herramientas, de hecho, ni siquiera parecen estar cubriendo el expediente.

Pero cuando Stumpf se aproxima a uno de los obreros oye que dice: «A partir de mañana detendremos todo este martilleo». Stumpf interpreta que con el «martilleo» se refiere a la guerra.

Al día siguiente les anuncian que todos los permisos a tierra firme han sido cancelados debido al clima de intranquilidad que hay en el país. A la hora del almuerzo casi todos los trabajadores de los astilleros que están a bordo deponen sus herramientas y abandonan rápidamente el buque de guerra. Algunos marineros les gritan palabras de ánimo, les aconsejan «no volver nunca más». Brilla el sol y el aire es de una calidez primaveral.

El mismo día, en Wimereux, Harvey Cushing asiste al entierro de su colega canadiense, el médico John McCrae. Lo que ha dado fama a McCrae no es su jefatura sobre el n.º 3 Canadian General Hospital sino un poema. El poema se titula «In Flanders Fields» («En los campos de Flandes»), y son contados los que no han leído sus célebres versos iniciales:<sup>247</sup>

*In Flanders fields the poppies blow  
Between the crosses, row on row,  
That mark our place; and in the sky  
The larks, still bravely singing, fly  
Scarce heard amid the guns below.*

Desde que el poema se publicara en la revista *Punch* en diciembre de 1915 se ha convertido en uno de los textos más extendidos, recitados y utilizados. De los versos, con su intransigente incitación a continuar el combate, se hizo uso, entre otras ocasiones, durante la campaña que tenía como finalidad hacer que Estados Unidos entrara en la guerra:

*We are the dead. Short days ago  
We lived, felt dawn, saw sunset glow,  
Loved, and were loved, and now we lie*

*In Flanders fields.*

*Take up our quarrel with the foe:*

*To you from failing hands we throw*

*The torch; be yours to hold it high.*

*If ye break faith with us who die*

*We shall not sleep, though poppies grow*

*In Flanders fields.* [248](#)

McCrae murió en el día de ayer de algo tan banal como una pulmonía. Cushing escribe en su diario:

*Nos reunimos junto al Hospital General n.º 14 —en una estupenda tarde soleada— y recorrimos a pie el kilómetro y medio que hay hasta el cementerio. Una compañía de North Staffords y numeroso personal de ambulancia y enfermeras canadienses iban a la cabeza del cortejo, les seguía Bonfire,<sup>[249](#)</sup> guiado por dos mozos de cuadra y equipado con las cintas blancas reglamentarias y las botas de montar de su amo colgadas boca abajo de la silla, y finalmente el resto de nosotros. Seis sargentos llevaron el féretro desde la verja y, al depositarlo en la sepultura, sonó el lejano retumbo de unos cañones, como si los hubieran invocado expresamente para la ocasión.*

*Viernes, 1 de febrero de 1918*

## EL HERMANO DE ELFRIEDE KUHR RECIBE EL LLAMAMIENTO A FILAS

No da la impresión de haber sido una experiencia nada agradable. Indignado, Willi, el hermano de Elfriede, explica que les hicieron alinearse completamente desnudos en la sala sin calentar de un barracón. Hasta el momento, Willi ha estado exento del servicio militar por razones de salud: agua en las rodillas y un corazón débil «debido a la escarlatina». Sin embargo, ahora han revisado su caso. Como el resto de ejércitos beligerantes europeos, también el alemán padece una aguda falta de efectivos. Un médico le palpó a Willi la barriga, auscultó sus pulmones y declaró: «Está usted como un roble».

Willi, que echa chispas, escupe: «Menudo pelele. ¡Lo único que quiere es conseguir más carne de cañón para el káiser Guillermo!». Elfriede y el buen amigo de Willi, Hans Androwski, le toman el pelo y ríen. «¡Menudo espectáculo debiste de ofrecer tú desnudo! ¡Un verdadero modelo de joven divinidad olímpica!» Después la conversación cambia de tono y empiezan a pensar en qué podría hacer Willi. Androwski, a quien le han dado un certificado de exención del servicio militar debido a su mala vista, dice que, pase lo que pase, Willi tiene que evitar la infantería. Lo mejor es aviación, no manejando las palancas de un aeroplano, por supuesto, sino trabajando de oficinista de algún tipo. «¡Di que tienes una caligrafía maravillosa!» Willi sigue rechazando propuestas, empieza a verlo todo negro. «Servicio militar prusiano. Ahora sí que la hemos cagado.» Elfriede dice que qué diría su madre si le oyera. La madre todavía cree en la guerra, y cuando Willi caiga en combate, suelta Elfriede irónica, la madre le considerará un *héroe*.

Después pasan al tema de la guerra. Elfriede plantea la misma pregunta que se hacen tantas personas: ¿Por qué? ¿Por qué ha tenido que morir toda esa enorme cantidad de gente? «Millones de muertos absolutamente para nada.» Androwski no está de acuerdo. No ha sido en balde. Con su muerte, los rusos caídos han propiciado la gran transformación de su país. Elfriede se enfada. «¿Con su muerte? ¡Si ese es el precio, no quiero más revoluciones!» Willi no dice nada, solo se muerde las uñas en silencio.



*Viernes, 8 de febrero de 1918*

## OLIVE KING LE DA VUELTAS A SU FALTA DE CEJAS

Es invierno pero hace más calor de lo normal. Corren rumores de que algunos oficiales italianos ya se han dado el primer baño. Olive King ya no vive en aquella casita a las afueras de la calcinada Salónica. En su lugar se ha instalado en una choza hecha con una enorme caja de embalaje de madera que había contenido un aeroplano.

¿Un baño? Tal vez sea a falta de una mejor ocupación. Sin novedad en Salónica. Pese a los refuerzos del Ejército de Oriente no ha sucedido casi nada. Los críticos de la operación —actualmente son muchos— llaman a la ciudad fortificada «el mayor campo de internamiento de Alemania». Se hicieron intentos de romper las líneas búlgaras en el norte durante el año 1917, pero los logros fueron vergonzosamente modestos. (En efecto, Sarrail fue destituido hace unos meses.) Las muy extendidas epidemias son parte de la explicación. Nominalmente, el Ejército de Oriente cuenta con 600.000 efectivos, pero una vez que la malaria y el dengue y otras enfermedades se han cobrado su tributo solo quedan unos 100.000 hombres plenamente capacitados para el servicio. Los hospitales están abarrotados.

A Olive King, sin embargo, no le ha faltado en qué ocuparse. Durante los últimos meses ha realizado repetidos viajes a Corfú, o mejor dicho, a Santi Quaranta o Sarandë, la ciudad situada enfrente de la gran isla. La Cruz Roja americana donó 29 ambulancias a los servicios de asistencia médica militar serbios, y ella ha sido una de las que han estado recorriendo los más de trescientos kilómetros<sup>250</sup> que hay hasta Salónica al volante de los nuevos vehículos. De modo que a estas alturas King conoce perfectamente el camino. El viaje de ida y vuelta dura entre ocho y diez días.

Los itinerarios por las estrechas y empinadas carreteras de montaña suelen comportar muchas molestias, a veces peligros. King ha soportado desde ventiscas a averías. Sin embargo, se ha dado cuenta de que con frecuencia ha sabido sobrellevar las peripecias mejor que los conductores de sexo masculino, «quienes odian las incomodidades, la lluvia, el lodo y el frío». Ella, por su parte, dice que le encanta «la vida de gitana». Su salud es excelente, descontando un reiterado dolor de muelas. King siempre cura sus resfriados tomando un mejunje hecho a base de agua hirviendo, ron y montones de azúcar.

No obstante, salta a la vista que se ha dedicado a su trabajo con la entrega de alguien que necesita distracción. Su relación amorosa con Jovi, el capitán serbio, finalizó con un gran chasco. La última vez que se vieron fue en octubre —a ella Serbia le acababa de conceder la medalla de plata al valor por su actuación durante el gran incendio—, cuando Olive fue a su encuentro en Corfú. (Él iba de camino a Londres en misión oficial.) Disfrutaron de unos días juntos, y luego se despidieron en el muelle de donde zarpan los barcos hacia tierra firme. Ella derramó algunas lágrimas, aunque, en realidad, habría querido tirarse al suelo en algún sitio y llorar a mares. Después vino un periodo de soledad y abatimiento, un abatimiento que se volvió agudo al recibir una carta de Jovi en la que le contaba que había conocido a otra.

Así que ahora está en su choza de madera escribiendo una de sus muchas cartas a su padre. Él le ha estado pidiendo que le envíe una foto suya, cosa que ella le ha prometido hacer, pero más adelante. No es que carezca de los medios prácticos para ello: hay gran número de fotógrafos callejeros en la ciudad y les sobran los clientes. «Siempre se ve algún que otro soldado posando de pie con una sonrisa mitad avergonzada mitad desafiante, al que rodea un corro de amigos que le critican y se burlan.» Es más bien por razones estéticas por lo que hay que esperar. Un día que su calefactor no se ponía en marcha ella le echó un chorrito de gasolina y «zas, por segunda vez este año, me quedé sin cejas, pestañas ni flequillo». King no quiere que la retraten hasta que le hayan vuelto a crecer. Ya en una carta anterior le comunica a su padre que es muy probable que ella jamás pueda volver a llevar una vida familiar normal. «Ay, papá», escribe:

*A menudo me pregunto qué pensarás cuando volvamos a vernos tras estos cinco largos años. Me consta que me he vuelto terriblemente tosca y ruda por el trato continuo con hombres, y ya no soy en absoluto dulce, bonita ni atractiva.*

El lunes vuelve a partir rumbo a Santi Quaranta. Arriba en el frente, como de costumbre, no pasa nada de nada.

*Lunes, 18 de febrero de 1918*

## WILLY COPPENS SOBREVUELA UNA BRUSELAS OCUPADA

Coppens ha hecho todo lo que podía hacerse: ha probado el nuevo motor, ha comprobado que los tanques de combustible estén llenos hasta los topes, ha conseguido un pequeño mapa, ha guardado en el macuto una pistola automática y una caja de fósforos de tormenta (para pegarle fuego al avión en caso de tener que aterrizar tras las líneas enemigas), además de su mejor gorra de uniforme, para ponérsela en caso de ser hecho prisionero, ocasión en que no se puede ir vestido de cualquier manera. Es una hermosa mañana de invierno, con un cielo azul límpido y despejado.

A las 08.35 horas despegua en su avión. El objetivo es Bruselas. La ciudad se halla en lo más profundo del territorio ocupado por Alemania, a más de cien kilómetros de distancia.

¿Cuál es el motivo del vuelo? En realidad no hay ninguno. Los generales belgas ya han llegado a esa conclusión, razón por la que han prohibido esa clase de vuelos largos. El término técnico que define lo que Coppens está haciendo es insumisión y el asunto podría muy bien acabar en consejo de guerra. Sin embargo, él está dispuesto a correr no solamente ese riesgo, sino también el evidente peligro que implica adentrarse tanto en territorio enemigo. En parte se trata de simple virtuosismo, estimulado por la tentación de realizar una acción a un tiempo peligrosa y notable. Anoche la idea de este viaje le hacía temblar, literalmente, de emoción. Con todo, este vuelo no es una simple diversión ni un gesto vacío. Mostrar los colores belgas sobre una ciudad que ha estado ocupada durante tres años y medio es también un modo de expresar rebeldía y la voluntad de vencer, algo necesario en un momento en que el hastío, la incertidumbre y la duda son más fuertes que nunca.

¿Porque cómo va a acabar esta guerra? Muy pocos apostarían por una victoria aliada. Incluso los más optimistas calculan fríamente que la guerra va a continuar hasta entrado el año 1919. El ejército francés todavía no se ha recuperado plenamente de los motines del año pasado, ni el británico de la carnicería de Paschendaele, ni el italiano de la catástrofe de Caporetto. Y si bien es verdad que los americanos están de camino, de momento su número es todavía menos que insuficiente. En cuanto a Rusia, bueno, Rusia está sumida en un caos revolucionario y, en la práctica, eliminada. Sea como fuere, corren rumores de que se van a producir masivos traslados de tropas alemanas, de la guerra cada vez más estancada del frente oriental al occidental. ¿Cuándo estallará esa tormenta?

En Bruselas hay, además, otro factor: la familia de Coppens. Claro está que se comunican por correo, a través de Holanda, y sabe por eso que viven, pero no les ha visto desde 1914. Simplemente, quiere volver a su ciudad natal.

Poco después de las nueve atraviesa la línea del frente por Diksmuide, a una altura de 5.400 metros. Bajo él divisa dos SPAD franceses que vuelan en sentido contrario. Tiene suerte: los aviadores galos atraen la atención de la defensa antiaérea alemana. Coppens ve las nubes de humo de las granadas detonadas rodeando a los aeroplanos. Así puede, sin molestias y sin ser visto, seguir adelante. Al no ser un navegante experto, su intención es atenerse al procedimiento habitual y volar siguiendo puntos de referencias terrestres bien conocidos y distinguibles. Por eso no vuela

directamente hacia Bruselas, sino que se desvía hacia Brujas, cuya multitud de tejados rojos divisa a lo lejos. Desde Brujas sigue luego la vía férrea que, pasando por Gante, llega hasta la capital. Al sobrevolar un punto algo al sur de Gante reprime el impulso de lanzarse sobre un biplaza alemán que, inesperadamente, aparece por su derecha.

Sufre ahora la primera conmoción. Al mirar atrás ya no distingue las propias líneas, y al cabo de un rato tampoco ve Yser, ni siquiera Diksmuide. Está completamente solo. Como el intrépido navegante del poema de Geijer, no tiene más remedio que seguir adelante.<sup>251</sup> La sensación de aislamiento que se abate sobre él es tan fuerte que deja de mirar atrás para fijar la vista en el horizonte pese a que ello, obviamente, aumenta el riesgo de recibir sorpresas desagradables.

Sobre Aalst atisba por primera vez Bruselas. Al inclinarse hacia delante y entornar los ojos distingue la cúpula del gran Palacio de Justicia, cuya colosal linterna despunta entre la multitud de casas de la zona meridional de la ciudad. Contento, aunque aturdido, empieza a cantar, y muy alto. Pero aun así las palabras se ahogan en el ruido del motor.

Coppens sobrevuela un tren que traquetea por el paisaje; una primera señal de vida.

A las 09.52 horas entra en el espacio aéreo de la ciudad.

En la Gare de Midi desciende en picado y avanza en vuelo rasante sobre los tejados. A esa altura y a esa velocidad el vuelo se fragmenta en una serie de relampagueantes impresiones. Ahí, en la Avenue Louise, dos tranvías que se cruzan frente a unas casas pintadas de un color claro. Ahí, en el mercado de la Place Saint Croix, unos vendedores entusiasmados que lanzan un par de verduras al aire. Ahí, los árboles del Parc Solvay y el espejo tornasolado de la represa de agua. Ahí, la casa de sus padres, una casa alta y blanca de tejado rojizo. ¡Su hogar! Coppens vira a la derecha dándole una aguda inclinación al ala. En una ventana vislumbra las siluetas de dos mujeres y saca la instantánea conclusión de que una de ellas *tiene que ser* su madre. En la parte trasera ve la ventana de su cuarto infantil. A través del brillo de los cristales entrevé las cortinas rojas, y sin saber por qué, le viene a la mente la maqueta de un aeroplano que colgó del techo hace unos ocho años y que, probablemente, todavía cuelgue allí, en el interior de las sombras.

Tras 13 minutos de vuelo, atravesando de un extremo al otro la ciudad, Coppens cambia el curso para salir del laberinto de tejados y callejones, palacios y avenidas de Bruselas. Pone rumbo a Gante y de Gante directamente a Diksmuide y al frente. A lo lejos el mar del Norte cabrillea bajo el sol. Cae en la cuenta de que es muy posible que logre regresar y siente alivio. Lamentablemente, la sensación es fugaz:

*Pero cuando pensé en lo que acababa de vivir y en mis padres me invadió una súbita desesperación, y fue como si me encogiera por dentro. Nunca he vuelto a sentir tanto dolor en el alma, era casi imposible de soportar.*

A las 10.45 horas Willy Coppens se desliza por la pista de aterrizaje del aeródromo de Les Moëres. Ve los estrechos barracones, los hangares de toldo verde. Para entonces su «sentimiento de depresión había dado paso a uno de triunfo», y al saltar de la carlinga estalla en una risa casi histérica. Luego acaricia la tapa recalentada del motor y se aleja de allí cantando.



*Un día de febrero de 1918*

## PÁL KELEMEN ES TESTIGO DE UN ACCIDENTE EN EL DESFILADERO DE CALDONAZZO

Todavía se encuentra en el frente alpino septentrional de Italia con vistas sobre la llana planicie de Friuli. Cuando el cielo está muy despejado se vislumbra a lo lejos una franja brillante que es el Mediterráneo. Circulan rumores de una renovada ofensiva austrohúngara, pero ¿de dónde van a sacarse las fuerzas para eso? La escasez de alimentos y municiones es mayor que nunca, y la mayoría de las unidades se hallan muy por debajo de su potencia nominal. Las temperaturas han empezado a subir.

En el sector del altiplano donde se halla Kelemen los suministros llegan en camiones. Se requiere una gran habilidad para maniobrar los vehículos, pesados y difíciles de manejar, por los caminos que serpentean por los escarpados barrancos. Pál Kelemen anota en su diario:

*Con el buen tiempo y el sol, aparece en su automóvil un general para inspeccionar las fortificaciones. A su lado el ineludible edecán: un oficial arrogante del Estado Mayor Central. Su coche zumba por el camino sin ningún tipo de consideración, entre ininterrumpidos toques de bocina para, ya de lejos, avisar a los pesados camiones del avituallamiento que se echen a un lado. Uno se aparta lo máximo posible, pero aun así no hay lugar suficiente para que pueda pasar el automóvil, grande y reluciente.*

*El oficial del Estado Mayor Central saca el torso por la ventana y grita enojado: «¡Apártate, cabrón!». Y ese pobre cabrón se aparta tanto que su camión vuelca y, con una vuelta de campana, se precipita al abismo.*

*Lunes, 11 de marzo de 1918*

## MICHEL CORDAY VE UNA OBRA DE TEATRO EN LA COMÉDIE-FRANÇAISE

Es el estreno de *La boda de Corinto*, drama en verso de Anatole France, en la Comédie-Française de París. Michel Corday y su esposa han acudido, claro. En mitad del segundo acto se interrumpe la función. Uno de los actores sale al proscenio diciendo que ha sonado la alarma aérea y que, una vez más, bombarderos alemanes se aproximan a París. Del patio de butacas se oyen voces: «¡Que continúe!».

Los actores reanudan la representación, pese a que aproximadamente una quinta parte del público se ha marchado. Corday está intranquilo. Habría preferido salir del teatro, pero le da vergüenza reconocerlo ante los muchos conocidos de los palcos, así que él y su esposa se quedan. Resulta una experiencia singular. Entre los altisonantes diálogos de los actores despuntan los aullidos de las sirenas, y a las 21.25 escuchan las detonaciones de las primeras bombas; suenan como lentos y apagados golpes de tambor.

París ha sido bombardeada varias veces desde comienzos de año, la última fue hace tres noches. Los bombarderos —grandes engendros bimotores del tipo Gotha<sup>252</sup> o aún más grandes, monstruos de cuatro motores como el Zeppelin Staaken— siempre efectúan sus incursiones de noche. El cielo nocturno se ilumina entonces por los haces de los focos, las explosiones de las granadas de la defensa antiaérea y las rayas plateadas de los cohetes de señalización.

París es actualmente una ciudad que está a oscuras. A partir del momento en que se pone el sol la gente camina por las calles con linternas en las manos. (Los delincuentes no se han demorado en aprovecharlo; el número de atracos va en aumento.) En los tranvías y en el metro las bombillas están ahora pintadas de azul, y a Corday se le antoja que, bajo esa luz, los rostros demasiado maquillados de las busconas callejeras adquieren el color de los «cadáveres putrefactos». Edificios y monumentos importantes han sido envueltos en una capa protectora de sacos de arena, y en los escaparates de las tiendas las tiras de papel que se han pegado a los cristales para disminuir el riesgo de que se rompan llegan a formar diseños estéticamente interesantes. Tras la incursión del 30 de enero, en unos árboles frente a una casa bombardeada de la Avenue de la Grande-Armée, Corday vio pedazos ondeantes de cortinas y papel de las paredes, además de una media de señora rosada. Todos los cristales de las casas circundantes se habían roto por la explosión. Los criados iban por la calle barriendo los fragmentos de vidrio y colocando remiendos provisionales hechos de papel de periódico.

Debido a la oscuridad y a la elevada altura desde la cual se sueltan las bombas —en general, por encima de los 4.000 metros— a los aviones les resulta imposible elegir un blanco en particular. Los bombardeos son actos de puro terrorismo, aunque sea a escala reducida. Y en cierto modo, las incursiones han surtido efecto: la población ha empezado a huir de París. También las fuerzas aéreas británicas y francesas realizan este tipo de *raids*, dirigiéndolos a las ciudades alemanas que están a su alcance como Stuttgart, Mainz, Metz, Mannheim, Karlsruhe, Friburgo y Fráncfort.<sup>253</sup> Sin embargo,

la ciudad más bombardeada de toda Europa, exceptuando Dover, es Londres. Primero la bombardearon flotillas de zepelines alemanes, después, cuando estos hacia 1916 demostraron no estar a la altura de las circunstancias,<sup>254</sup> bombarderos pesados. Tampoco allí el número de víctimas ha sido muy elevado; como máximo 162 muertos en una incursión a plena luz del día el 13 de junio de 1917.<sup>255</sup> Pero de todos modos estos bombardeos significan que se ha trasgredido otro importante tabú. Los ataques no tienen ningún otro objetivo que la población civil desarmada del adversario. Corday opina que ese comportamiento es... de bárbaros.

En el intermedio entre el segundo y tercer acto Corday y su esposa salen al tenebroso vestíbulo. Está vacío a excepción de una estatua de Voltaire, oculta tras una pirámide de sacos de arena. El entreacto es más largo de lo normal. Se ha entablado una discusión con el director del teatro acerca de si hay que interrumpir la representación. Lo que se decide es que continúe pese a que el bombardeo dista mucho de haber terminado. «¡Cómo no!», comenta Corday con acidez. Cree saber que, en realidad, todos habrían preferido irse a sus casas pero que se quedaron «por miedo a las críticas de los otros, quienes compartían un mismo deseo. ¡El orgullo pesó más que la muerte!».

Así que todos vuelven a la sala, y comienza el tercer acto. Al caer el telón resulta que fuera aún prosigue el bombardeo. Los actores le ofrecen al público la posibilidad de refugiarse en el sótano del teatro. Corday y su esposa siguen el flujo de personas en traje de noche que descienden a las enormes bóvedas donde, cubiertos por toldos, se alinean los bustos de mármol que antes decoraban el edificio. Corday ve a un hombre de uniforme que coloca su gorra sobre la cabeza de Molière. Los que aguardan en el sótano están bajos de ánimo y apáticos pese a que una de las actrices intenta distraerles recitando poesía.

Hacia la medianoche alguien proclama que ya no caen bombas. Cuando salen del teatro una densa niebla se extiende por las calles. Los puntos de luz de algunas linternas giran espasmódicamente por la bruma.

A la mañana siguiente Corday y su mujer dan un paseo primaveral. A lo largo del Boulevard Saint-Germain ven seis cráteres. Y en la Rue de Lille ha caído una bomba justo delante de lo que antes era la embajada alemana; la puerta principal se ha desplomado. Van de visita a casa de Anatole France, quien también asistió ayer al estreno.

Resulta que uno de los motivos por los que el intermedio del tercer acto fue tan largo es que entonces estuvieron tachando frases en la obra a fin de poder bajar antes el telón. Que también las personas que pisaban el escenario estaban ansiosas por marcharse se notaba en su modo de actuar. «Por primera vez —dice France— pronunciaron sus diálogos de la misma forma acelerada que en los teatros corrientes.»

Todo el mundo habla de la inminente gran ofensiva alemana.



*Martes, 12 de marzo de 1918*

## RAFAEL DE NOGALES OYE A LO LEJOS EL FRAGOR DE LOS CAÑONES DEL JORDÁN

El cuartel general está alojado en un gran convento franciscano. Hay tensión en el ambiente. ¿Aguantará el frente situado al este del Jordán? A lo lejos se percibe mitigado el estruendo de la barrera de fuego británica. La situación se ha vuelto tan crítica que todos los oficiales y demás personal que no desempeñen funciones consideradas vitales reciben órdenes de recoger sus armas y apuntarse para el combate. Unos camiones se los llevan en dirección hacia donde retumban los cañones.

Probablemente no sea el mejor momento para una visita de cortesía. Sin duda, Rafael de Nogales tiene esa sensación al entrar en el convento y dirigirse al encuentro del comandante de la plaza. Pero ¿cómo podría evitar hacerla? El hombre a quien quiere presentar sus respetos es uno de aquellos que, más que famoso, se ha convertido en una especie de icono del heroísmo: Otto Liman von Sanders. General prusiano, mariscal de campo otomano, hijo de un judío alemán converso. Antes del estallido de la guerra era inspector general del ejército turco.<sup>256</sup> Tras este, cuando los aliados desembarcaron en Galípoli, él estuvo en el lugar adecuado en el momento oportuno y, como jefe del Quinto ejército, contribuyó a detener algo que podría haberse desembocado en una rápida catástrofe para las Potencias Centrales pero que, por el contrario, se trocó en una catástrofe con efecto retardado para los aliados. Alguien que conoció al carismático Liman von Sanders lo define como «un militar muy preparado, de energía arrolladora, actividad incansable y tan severo consigo mismo como con los demás». A diferencia de muchos otros militares alemanes enviados a Oriente Medio en calidad de consejeros y comandantes, él no tiene mayores problemas a la hora de colaborar con los generales otomanos.<sup>257</sup> Desde hace un mes Liman von Sanders está destinado en Palestina para poner en práctica su célebre magia una vez más.

Y buena falta que hace. En noviembre del año pasado cayó Gaza y en diciembre Jerusalén; lo primero fue un importante revés militar, lo último, desde el punto de vista del prestigio y de la política, una catástrofe. Ahora el frente discurre desde Jaffa en el oeste al Jordán en el este. Este día de marzo los británicos prosiguen con sus intentos de abrirse camino desde la cabeza de puente situada al norte del mar Muerto.

Durante la tarde aumenta el distante fragor de la batalla. Rafael de Nogales comprende que quizá también él deba acudir al sector amenazado. O como él mismo escribe: «Empecé a prepararme para aportar mi grano de arena».

La expresión «grano de arena» no está exenta de interés. Indica que también De Nogales ha acabado sucumbiendo a la misma sensación que ya lleva desilusionando a millones de personas, o sea, la conciencia de que el individuo, anónimo y reemplazable, es reducido prácticamente a la nada, que es una mera mancha, una gota, una pizca, una partícula, un objeto de infinita insignificancia absorbido por un Algo inconmensurable; y que mientras el individuo se ve obligado a apostar todo absolutamente todo, ese sacrificio no afecta de ninguna manera, ni detectable ni medible, a los

acontecimientos. Ese es el motivo por el que son tan importantes los héroes condecorados y los generales famosos: representan la esperanza de lo contrario.

Los días que siguieron a la segunda batalla de Gaza, De Nogales los pasó lejos del frente, primero en Jerusalén, donde estuvo recibiendo tratamiento por una enfermedad del oído, después en Constantinopla, en visita puramente de recreo. Allí, una noche, sentado a una buena mesa, entre personas alegres y bajo magnolias en flor, le atrapó «ese extraño desasosiego que *la vie en salon* a menudo despierta en aquellos que llevan un sable y calzado con espuelas doradas. Y sin que supiera por qué, mis pensamientos empezaron a alejarse allende los mares, hacia mi patria lejana».

Justo en el momento en que De Nogales se dispone a ir al frente llega la inesperada noticia: los ingleses han suspendido la ofensiva y se están replegando.

Magia. O, lo más probable, las causas habituales: malentendidos, agotamiento.

*Domingo, 17 de marzo de 1918*

## WILLY COPPENS ES TESTIGO DE LA METAMORFOSIS DE UN INSECTO EN PERSONA

No han visto pasar nada importante. Las dos patrullas, compuestas de tres aviones cada una, se concentran para regresar conjuntamente al aeródromo. Entonces Coppens observa cómo uno de los pilotos, De Meulemeester, de repente se lanza a tumba abierta. Él inmediatamente le va a la zaga.

Entonces lo ve. Un parsimonioso biplaza alemán.

De Meulemeester lo alcanza primero; siguiendo a rajatabla el manual, no dispara hasta el último momento. El belga se acopla luego a los movimientos del aeroplano alemán mientras suelta ráfaga tras ráfaga sobre su presa. Coppens le sigue. Ve salir a borbotones una cola de vapor azul de la nave enemiga. Ve que las balas siguen dando en el blanco. Ve que el avión alemán da un violento bandazo y luego se parte. Lo único que queda es una nube de fragmentos y pedacitos.

De esta nube de restos volantes se desprenden dos objetos. Uno es el fuselaje, que chorreando un humo negro cae rápidamente en picado. El otro es el observador, todavía vivo, que cae boca abajo hacia el suelo. Lenta, muy lentamente, el hombre gira en el aire con los brazos en cruz, como un Cristo. Coppens no puede dejar de seguir la caída con los ojos, incluso cuando el que cae se transforma en un punto, una mota. Una y otra vez se dice que ahora, ahora se estrellará contra el suelo, pero, en cambio, la caída no hace más que prolongarse y prolongarse durante lo que parece una eternidad, hasta que de pronto el punto se detiene.

Coppens está conmocionado:

*¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre! Por primera vez había visto a la persona y ya no podía seguir aferrándome a la acostumbrada sensación de que aquello a lo que yo me enfrentaba era una especie de insecto gigante.*

Cuando Coppens hace virar su avión pasa de largo los restos de la nave enemiga que, muy despacio, todavía descienden. Un mapa que revolotea por el aire se queda algún segundo prendido en la punta de un ala.

Para sacudirse de encima la terrible visión y los pensamientos que está creando necesita «algún tipo de reacción violenta». De modo que empieza a hacer *loopings* con su avión, uno tras otro. Los demás hacen lo mismo.

*Jueves, 21 de marzo de 1918*

### ALFRED POLLARD OYE HABLAR DE LA BRECHA ALEMANA EN EL SOMME

Esta mañana se inicia la gran ofensiva alemana de primavera. Pese a que se sabía que los alemanes han estado pasando cantidades ingentes de tropas y material del este al oeste, y pese a que hace tiempo que todo el mundo se esperaba algún tipo de ataque, la sorpresa que causa es grande; más que nada, lo sorprendente del ataque alemán es que haya tenido tanto éxito.

La opinión generalizada era que se repetiría la suerte de las ofensivas aliadas, es decir, un prolongado desgaste, con cuantiosas bajas y, a la larga, ningún resultado, contra una líneas defensivas prácticamente impenetrables. Gracias a la conjunción de unos bien guardados secretos, la extraordinaria acumulación de artillería y la nueva táctica de infiltración puesta a prueba en el este y en Italia, el ejército alemán ha conseguido realizar un significativo e inesperado avance.

Alfred Pollard escribe:

*La primera señal de lo ocurrido que notamos fue una orden urgente de recoger nuestros pertrechos y prepararnos para la marcha en el plazo de media hora. Fue muy interesante ver el efecto de esa orden en los distintos hombres del batallón. Los que nunca antes habían estado en primera línea se pusieron contentos; los demás se podían dividir en grupos: algunos se deprimieron, la mayoría se mostraba indiferente, algunos pocos, como un servidor, nos alegramos de verdad. A mí, sin duda, me llenó de gozo. Después de soportar unos meses mortalmente aburridos, la idea de un poco de guerra resultaba de lo más estimulante.*

El mismo día, el 21 de marzo, Herbert Sulzbach escribe en su diario:

*Los artilleros están en mangas de camisa y el sudor les chorrea. Lanzas granada tras granada contra la brecha, disparan salva tras salva, y ya no hace falta dar las órdenes de fuego, están tan entusiasmados y sirven el fuego graneado a un ritmo tal que no es necesaria la menor palabra de mando. De todos modos, comunicarse con los artilleros solo es posible mediante un silbato. A las 9.40 abrimos la barrera artillera rodante, a cubierto de la cual los miles y miles, decenas de miles de soldados, salen de las trincheras, dando comienzo al asalto de la infantería: y ahora el asalto de la infantería es ya un éxito.*

*Domingo, 24 de marzo de 1918*

## A HARVEY CUSHING LE CUESTA DISFRUTAR DE LA PRIMAVERA EN BOULOGNE-SUR-MER

Anoche cayeron bombas. Ahora la mañana es cálida y soleada y Cushing acompaña a un general que quiere examinar los daños causados por el bombardeo nocturno. En efecto, una bomba le ha dado de pleno al almacén del hospital de sangre, y entre los escombros yacen tubos de rayos X, probetas y demás equipo de laboratorio todo hecho añicos y revuelto con sustancias químicas. Sus pisadas crujen mientras van y vienen de un lado a otro. El tejado ha saltado por los aires, pero daños personales no ha habido, por lo menos no en el hospital. Un trecho más allá se ven unas casas humildes derrumbadas por otro impacto de bomba, y por lo visto, ahí sí hay personas atrapadas bajo los detritos.

Luego parten rumbo a un campo de prisioneros de guerra cercano —el n.º 94 P.O.W Camp— que el meticuloso general también desea inspeccionar. Cushing le acompaña lleno de curiosidad. Cuando llegan al sitio los prisioneros alemanes forman alineados fuera de la alambrada, en sendos grupos de 500 hombres. Se les trata bien, viven en barracones rigurosamente pulcros y se les permite recibir paquetes de sus familiares. A algunos de los suboficiales alemanes les han llegado uniformes nuevos, los cuales se ponen los domingos, incluidas sus condecoraciones. También, pese al cautiverio, guardan las formas en lo que respecta al reglamento militar. El sonido de talones que chocan se oye durante toda la visita. Con todo, Cushing no queda demasiado impresionado. Porque aunque salta a la vista que la alimentación de los prisioneros es buena, encuentra que son bajos de estatura, incluso más bajos que los soldados británicos, quienes por lo general, no miden mucho; y también que «se cuentan pocas caras inteligentes entre ellos».

También el general británico guarda rigurosamente las formas. Inspecciona ambos grupos, yendo de hombre en hombre. El general repara en que algunos de los alemanes llevan grandes y muy holgadas chaquetas de pana y acomete a un prisionero que ha osado remendar su pantalón con un parche *azul*. Después se dedica a fisgonear por todas partes en busca de más cosas que objetar. Entre el montón de basuras encuentra unas peladuras de patata que podrían haberse comido y un hueso con carne que debería haberse echado a un caldo. Una vez pasada la revista los prisioneros desfilan frente al general británico en columnas de a cuatro, con las piernas rectas y levantadas, al estilo clásico prusiano.

Por la tarde Cushing está ya de vuelta en el chalet de la playa donde ahora se alojan. A través de la ventana abierta entra a raudales el cálido aire primaveral. Su vista se extiende por el canal de la Mancha. Ve tres destructores navegando rumbo al sur. Ve algunos «barcos de transporte absurdamente camuflados» amarrados más cerca del muelle. Ve hileras de barcos de pesca aguardando que se levante el viento. La marea está baja. En la playa desecada a los pies de la casa la gente se pasea, disfruta del calor del sol, busca mejillones.

Cushing está desasosegado, inquieto. La gran ofensiva alemana prosigue su avance. Y arremete en

primer lugar contra el 5.º Ejército británico, el cual todavía no se ha rehecho de las bajas sufridas durante la tercera batalla de Ypres del pasado otoño. Como de costumbre, los partes son contradictorios, la censura férrea y los rumores muchos. Al parecer, los británicos retroceden. El hospital prácticamente no ha acogido ningún herido; es una mala señal: resulta evidente que el avance de los alemanes es tan rápido que los británicos no alcanzan a evacuar a sus heridos. También se han comenzado a lanzar, desde alguna clase de gigantesco cañón, granadas contra París. Sin embargo, ni Cushing ni los demás han recibido nuevas instrucciones. Lo único que cabe hacer es «tomar el sol, caminar por la playa y esperar. Eso es lo más difícil». Mira por la ventana, baja la vista al paseo marítimo. Ve unos oficiales sentados en un banco que juegan con un niño.

*Miércoles, 27 de marzo de 1918*

## EDWARD MOUSLEY CELEBRA SU CUMPLEAÑOS EN UNA CÁRCEL DE CONSTANTINOPLA

Los últimos meses han sido variados. Después de ser trasladado a Constantinopla, Mousley llevó a cabo un intento de fuga el día de Navidad. Empezó bien. Gracias a una mezcla de fanfarronería y elaborados preparativos, él y sus compinches lograron huir por una bien estudiada vía de escape hasta el puente de Gálata y echarse al mar de Mármara en una barca que se habían agenciado por medio de un cómplice. La barca iba repleta de huevos, traídos como provisiones, pero, en cambio, carecía de importantes utensilios, entre otras cosas un achicador. Además, soplaban un viento recio, había mar alta y fuertes corrientes. La vela se estropeó, y pronto el intento de huida se trocó en parodia. Embadurnados de huevo de pies a cabeza fueron arrastrados a la orilla en aquella barca que hacía aguas. No tuvieron más remedio que regresar sigilosamente al edificio donde les retenían prisioneros, consiguiendo asimismo escalar hasta el interior, empapados y oliendo a huevo.

Después les depararon una agradable sorpresa, es decir, un traslado al plácido balneario Bursa, conocido por sus baños de agua sulfurosa. Todo ocurrió por orden del doctor König, su oculista, quien anteriormente había ostentado el cargo de médico a bordo del *Goeben*, uno de los dos cruceros que en 1914 tuvieron parte de culpa de que el Imperio Otomano interviniese en la guerra. En Bursa se hallaban retenidos los generales británicos de más alto rango,<sup>258</sup> así que, durante un tiempo, Mousley pudo disfrutar de sus mismos privilegios en lo que respecta a cosas como una buena y abundante comida, periódicos relativamente recientes y una considerable libertad de movimientos. También jugó mucho al ajedrez.

Después llegó la orden de que le enviaran de vuelta a Constantinopla.

Por su parte, él esperaba que eso significase un intercambio y el viaje de vuelta a casa, pero, por el contrario, ayer lo trasladaron a una cárcel de mala fama. Allí le acaban de comunicar que su intento de fuga le va a costar un consejo de guerra. Lo han encerrado en una celda angosta y oscura junto con un árabe, un turco y un egipcio. Cuando mira por la ventana de barrotes lo que ve es un pasillo largo, un retrete y un celador corpulento que se pasea de arriba abajo.

Hoy es su cumpleaños. Mousley no se encuentra bien y tiene mucha hambre. Pide comida, pero a nadie parece importarle. Consigue un periódico, pero su lectura no mejora su humor en absoluto. La ofensiva alemana en Francia prosigue, por lo visto es imposible de contener. En su diario él escribe:

*Mis guardianes y compañeros de celda se divirtieron mostrándome, de un modo literal, cómo los alemanes pisoteaban a los franceses y a nosotros. Yo, por el contrario, tenía fe en nuestro contraataque, si es que no estamos ya demasiado hundidos, o aunque así fuera, en el momento en que el avance alemán tenga que detenerse debido a que [haya agotado] el complicado sistema de comunicaciones que se requiere para que las*

*grandes masas de efectivos y material de la guerra moderna pueda ser transportada hacia delante. Fue un cumpleaños verdaderamente nefasto.*

Lo único positivo del día tiene lugar hacia el atardecer. Dos de sus compañeros de celda empiezan a pelearse, y Mousley aprovecha la confusión para escabullirse un momento y entregarle un mensaje a un oficial de la RAF que sabe se halla prisionero en la celda contigua.

El mismo día, el 27 de marzo, Herbert Sulzbach anota en su diario:

*Seguimos avanzando a una velocidad frenética, pegados a los talones de la infantería en la medida de lo posible. La infantería toma Laboissière y el enemigo solo se detiene pasado Etelfay. Han caído muchos prisioneros en nuestras manos, y el campo de batalla ofrece el panorama de una huida muy apresurada. Nos vemos obligados a pasar por encima de los cuerpos de muchos franceses e ingleses. En comparación, nuestras bajas son insignificantes.*



*Sábado, 6 de abril de 1918*

## ANDREI LOBANOV-ROSTOVSKI SACA SU REVÓLVER EN LAVAL

Es probable que en toda la guerra no haya estado tan cerca de pegarle un tiro a alguien, y lo irónico del caso es que los que se dispone a matar son compatriotas. La odisea de Andrei Lobanov-Rostovski ha continuado, un periplo que más que llevarle lejos de la seguridad de su hogar (aunque esa haya sido la consecuencia) había de alejarle de las amenazas de la Revolución.

Resultó que Salónica no era ningún asilo donde refugiarse de las turbulencias de su país. Las sacudidas de la Revolución se propagan hasta las tropas rusas allá donde estén, especialmente después de que los bolcheviques tomaran el poder. ¿Para qué luchar ahora? De modo que Lobanov-Rostovski ha reanudado la huida. Esta vez a Francia, en calidad de jefe de compañía de un batallón compuesto por rusos que quieren seguir combatiendo y visten el uniforme ruso pero que, formalmente, están al servicio de Francia. (Una aplastante mayoría de los soldados rusos acantonados en Salónica se negó a alistarse formando en su lugar comités revolucionarios a la par que ondeaban banderas rojas y cantaban *La Internacional*, y luego fueron transportados —bajo la estricta vigilancia de la caballería marroquí— a las colonias francesas del Norte de África, donde les esperaban trabajos forzados.)

Sin embargo, la Revolución Rusa se nota incluso en Francia. O mejor dicho la Revolución, ya que ese es el clima dominante por toda una Europa que se tambalea, gris, agotada, enflaquecida, desangrada y desilusionada después de casi cuatro años de guerra, cuatro largos años durante los que todas las promesas de una victoria rápida y todas las embriagadoras ansias de renovación se han trocado en su opuesto. Lobanov-Rostovski no lleva mucho tiempo en el gran campamento de Laval donde se hallan concentradas las tropas rusas del frente occidental, pero aun así ya distingue las señales: «El alma del batallón se estaba contagiando».

En realidad no es extraño. Para empezar, Rusia ya no es uno de los países beligerantes: hace casi exactamente un mes se firmaron las durísimas condiciones de paz del tratado de Brest-Litovsk entre los presionados bolcheviques y los victoriosos alemanes.<sup>259</sup> Así, por el momento no existen motivos por los que arriesgar la vida. Cuando el batallón llegó procedente de Salónica el campamento ya estaba desbordado por tropas rusas desmoralizadas y rebeldes, parte del cuerpo de ejército ruso que desde antes estaba estacionado en Francia. No ha sido posible evitar que el encuentro con esas tropas influyera en los recién llegados. Por añadidura, París está cerca, y a las tropas les alcanza fácilmente la agitación promovida por los numerosos grupos de emigrantes radicales de la ciudad.

Las señales de alarma han sido varias. Durante un desfile alguien lanzó un perno pesado contra el general que está al mando de todas las tropas rusas en Francia. Pelotones enteros han iniciado huelgas repentinas. Y al igual que en Salónica, la oficialidad recibe anónimas amenazas de muerte.

Hoy el problema se agudiza. El batallón va a salir para el frente por primera vez. Cuando Lobanov-Rostovski esta mañana llega a la plaza de armas la encuentra desierta. Se entera de que los soldados acaban de llevar a cabo una reunión en la que han decidido negarse a abandonar el campamento.

Lobanov-Rostovski, muy inquieto, está al borde de un ataque de nervios. Comprende, sin embargo, «que si no me decidía por algo drástico todo estaría perdido». Aunque no sabe qué hacer, da orden de hacer salir a sus 200 soldados de los barracones. Se demoran un buen rato, pero al final están todos allí.

Lobanov-Rostovski dirige una improvisada arenga a los hombres de su compañía. Les dice que a él, en realidad, no le importa la política, pero que formalmente, ahora pertenecen al ejército francés y que han jurado luchar entre sus filas hasta que termine la guerra. Y que es su deber encargarse de que la compañía llegue al frente. A continuación les pregunta si están dispuestos a iniciar la marcha. La respuesta es proclamada al unísono: «¡No!».

No sabe a qué atenerse, así que espera unos minutos y vuelve a hacer la misma pregunta. La respuesta es un no rotundo. «Entre tanto mi cerebro trabajaba a un ritmo febril, y la escena entera se me antojaba un sueño.» Con desesperación, Lobanov-Rostovski cae en la cuenta de que su propia estrategia le ha colocado en una posición sumamente crítica; a la desesperada, más que fruto del cálculo, saca su revólver, un gesto «bastante teatral» como admitirá más tarde. Y acto seguido pronuncia las siguientes palabras: «Esta es la tercera y última vez que lo pregunto. Aquellos que se nieguen incondicionalmente que den un paso al frente. Pero les advierto que dispararé contra el primero que lo haga».

Se hace un silencio total.

Lobanov-Rostovski se espera lo peor. Si alguien da un paso al frente, ¿está verdaderamente dispuesto a disparar? Sí, no le queda otro remedio, no después de haber pronunciado la amenaza. Sin embargo, el riesgo de que los soldados se le echen encima, todos a una, y le linchen es inminente. No sería la primera vez. En ese caso dirigirá el revólver cargado contra sí mismo. «Los segundos de silencio que siguieron los recuerdo como una especie de alucinación. Los pensamientos giraban en remolinos por mi mente. ¿Cuál sería el siguiente paso?»

Los segundos se alargan. Por cada instante de inactividad, por cada segundo de duda entre los soldados, avanza él un trecho hacia su propia victoria. También los soldados lo van sintiendo así, a medida que el silencio pasa de transmitir rebeldía a sumisión. Alguien exclama desde las filas: «No tenemos nada contra usted personalmente, capitán». Lobanov-Rostovski, todavía con el revólver en la mano, responde haciendo referencia a aún más deberes y principios. Sigue reinando el silencio. Finalmente, se hace un recuento de brazos en alto. La compañía se declara dispuesta a servir en el frente. Sintiendo un alivio infinito, Lobanov-Rostovski les da permiso a los soldados para el resto del día: partirán mañana temprano.

Al marcharse de allí Lobanov-Rostovski se mueve como un borracho; el pavimento da vueltas bajo sus pies. Se cruza con uno de los oficiales colega suyo, que le mira perplejo: «Pero ¿qué te ocurre? Tienes la cara verde y púrpura».

*Lunes, 15 de abril de 1918*

## FLORENCE FARMBOROUGH LLEGA A VLADIVOSTOK

El tren entra poco a poco en Vladivostok a primera hora de la mañana. A través de la ventana del vagón ve el puerto, donde hay amarrados cuatro grandes buques de guerra. En uno de ellos ondea la bandera británica. El alivio que Florence Farmborough siente al ver la *Union Jack* es inmenso. Es como si toda la tensión, todas las fatigas y lúgubres preocupaciones de repente se hubiesen disuelto y escurrido tan solo con mirar ese pedazo de tela. Apenas puede contener sus emociones:

*¡Alegría! ¡Alivio! ¡Seguridad! ¡Salvación! ¿Quién podrá entender jamás lo que esa maravillosa bandera simbolizaba para nosotros, unos refugiados sucios y cansados tras el largo viaje? ¡Era como si hubiésemos escuchado una voz querida y familiar que nos daba la bienvenida a casa!*

Hace 27 días que salieron de Moscú. 27 días de resoplidos y chirriar de ruedas metida en un tren de mercancías junto con gente desconocida, mayoritariamente extranjeros que huyen hacia el este, dentro de un vagón mugriento e incómodo destinado al transporte de prisioneros. Y aunque el frío ha sido riguroso y aunque a intervalos han escaseado la comida y la bebida —un tiempo dispusieron de tan poca agua que a nadie se le permitió lavarse las manos siquiera— ella lo ha pasado mucho peor. Y su documentación extranjera, repleta de sellos y completamente en orden, le ha permitido franquear tanto las suspicacias de los guardias rojos como la prepotencia de algunos ferroviarios.

En cierto modo, la decisión de partir fue inevitable. Se quedó desocupada al tiempo que la situación en Rusia y en Moscú, un territorio sin ley, amenazado por la hambruna y una inminente guerra civil, comenzaba a hacerse insostenible. Con todo, la decisión no fue fácil de tomar, y antes de hacerlo le sobrevino una especie de depresión. Un día una de sus amigas la sorprendió sentada llorando, sin que ella pudiese explicar el porqué, ni siquiera ante sí misma, ya que no habían respuestas simples. Había hojeado las anotaciones de sus diarios y revivido con estremecimientos o asco algunas escenas desagradables preguntándose: «¿Era yo, realmente yo quien vio todo eso? ¿Fui yo, realmente yo quien hizo eso?». Y pensó en todos los muertos que había visto, desde el primero de todos, aquel joven mozo de cuadra que ni siquiera fue una verdadera víctima de guerra, sino que murió en Moscú a causa de un tumor cerebral, preguntándose: «¿Serán recordados? ¿Quién puede acordarse de tantos miles y miles?». Cuando hace 27 días se despidió en Moscú de sus amigos y de su familia de acogida se sentía embotada y fría, las palabras se le antojaron inútiles.

Abandonan el vagón y se van abriendo paso por la ciudad. En sus calles ella observa una políglota mezcla de nacionalidades y uniformes. Hay allí chinos, mongoles, tártaros e hindúes, rusos (por supuesto), británicos, rumanos y americanos, franceses, italianos, belgas y japoneses. (Dos de los dos grandes buques de guerra anclados en el muelle son nipones.) La intervención extranjera en

Rusia se ha iniciado, y lo que comenzó como un intento de mantener a Rusia involucrada en la guerra está a punto de convertirse en un posicionamiento contra los bolcheviques de Moscú. Los mercados y tiendas están bien surtidos; incluso se puede comprar mantequilla. Una vez llegada al consulado la atiende un funcionario amable y servicial que le hace entrega de 20 libras mandadas por su hermano desde Inglaterra. Se espera que pronto salga un transporte de Vladivostok por vía marítima, pero él no sabría decirle exactamente cuándo.

Ella disfruta enormemente de poder volver a saborear el pan blanco y la mermelada de fresa.

El mismo día Harvey Cushing escribe en su diario:

*Hace un frío inusual para la época, con un fuerte viento del norte. Algún que otro aeroplano se le enfrenta, pero son pocos. Pasarse el día esperando sin nada que hacer es de lo más terrible. A todos nos afecta, porque sabemos que en otras partes hay equipos de cirujanos que tienen que cargar con una desbordante cantidad de trabajo.*

*Jueves, 18 de abril de 1918*

## MICHEL CORDAY ESCUCHA A UNOS JUGADORES DE CARTAS EN PARÍS

Otro día nublado. Ha ganado cierta calma, pero solo un poquito. La gran ofensiva de primavera de los alemanes dura desde hace ya casi un mes. Es verdad que el avance hacia el sur, hacia París, parece haberse detenido, pero en su lugar se han iniciado una serie de nuevos ataques por el norte, en Flandes, al tiempo que los alemanes también están atacando por Oise y Mosa.

En París el gran tema de conversación es, sin duda, el supercañón. Desde el 23 de marzo la capital francesa se ve expuesta casi a diario al bombardeo de una pieza especial de artillería que, desde un punto bien camuflado tras las líneas alemanas, lanza sus proyectiles a una distancia de 130 kilómetros; tan sensacional es su alcance que en un comienzo los expertos dudaron de su verosimilitud.<sup>260</sup> La noticia del rápido avance alemán aunada a los aleatorios impactos de estas granadas (ora aquí, ora allá, con una cadencia máxima de dos granadas por hora) en un primer momento, sin duda, casi hizo cundir el pánico en la capital francesa.

Al principio, el angustioso clima recordaba los días de agosto de 1914, escribe Corday en su diario. Cada conversación comenzaba con la misma pregunta: «¿Has oído algo?». Las estaciones estaban atestadas de gente que intentaba encontrar plaza en algún tren. Las colas llegaban hasta la calle y se prolongaban un buen trecho. Simultáneamente, los bancos estaban atestados de gente que quería sacar su dinero por temor a perderlo todo cuando los alemanes marcharan sobre la ciudad. A estas alturas, aproximadamente un millón de personas han abandonado París trasladándose a ciudades como Orleans, que de golpe ha visto triplicada la cifra de sus habitantes. El comercio ha disminuido de forma notable. Las firmas que negocian con artículos de lujo son las más afectadas y han tenido que despedir a gente.

Corday ha observado que la mayoría de los que abandonan la ciudad no quieren ser tomados por cobardes sino que dan muchos otros motivos para disculpar su huida. Un chiste que va de boca en boca: «No, *nosotros* no nos vamos por las mismas razones que todos los demás. Nosotros nos vamos porque tenemos miedo». A Corday le parece ver una gran doblez no solo en los pretextos aducidos para justificar por qué se huye sino también en quiénes son los que huyen. Muchos de los que ahora abandonan París son, según él, personas que anteriormente se han destacado por ser vociferantes partidarios de la guerra y que solían proclamar: «¡Hay que combatir hasta el amargo final!». Hasta ahora no se habían visto personalmente expuestas a un verdadero peligro, momento en que enseguida ponen los pies en polvorosa. (Corday también tiene la impresión de que son sobre todo miembros de la alta burguesía y la clase media los que huyen. Porque poseen los recursos necesarios para ello y los contactos que facilitan la huida.)

Por otro lado, la misma inseguridad atiza el miedo. Porque ¿qué es lo que está pasando, en realidad? La férrea censura —que también comprende cartas y postales— incrementa la sensación de suspensión en una zona intermedia entre lo sólido y lo líquido, una zona de claroscuros donde ya no es posible fiarse de lo que afirma la prensa ni de lo que sostienen los comunicados oficiales. Además

estos dos factores, en muchos aspectos, se han fundido en uno solo. Actualmente está prohibido imprimir cualquier aseveración que contradiga lo expresado en una notificación militar, y también lo que se dice en privado puede ser penado por la ley. De modo que si en una conversación alguien sostiene que los alemanes están más cerca de lo que afirman las autoridades, o si dice que los recursos del enemigo son mayores de lo que se declara oficialmente, a ese alguien se le puede condenar por «alarmismo». Verbigracia, está prohibido revelar los lugares donde impactan las granadas del supercañón, así como los daños que causan; la pena puede ascender a 14 días de cárcel.<sup>261</sup>

La mayor parte de los casos que llegan a los tribunales se deben a puras y simples delaciones. Se ha formado un somatén de voluntarios que escuchan a escondidas las conversaciones de la calle y que alertan a la policía cuando se ha expresado algo inadecuado. También los teléfonos están intervenidos. Este día Corday toma nota de algunas advertencias que acaban de hacerse en su Ministerio:

*Tal y tal día, a tal y tal hora, alguien de la oficina de Usted llamó al prefecto de Amiens, quien respondió que la situación era grave y que los británicos, como siempre, se estaban dando a la fuga. Una conversación verdaderamente reprochable.*

O:

*La extensión tal y cual de la oficina de Usted llamó a cierta señora, con número tal y cual, y le preguntó cómo andaba la situación. En la conversación se emplearon expresiones inadecuadas que no deberán volver a utilizarse.*

Desde que comenzó el bombardeo de París, Corday, una vez más, ha podido constatar dos cosas: la fuerza con que el hombre aspira a la normalidad y lo ambivalente que es el talento humano para crear realidades cotidianas en las circunstancias más extremas. Cuando empiezan a caer granadas, agentes de policía dan la alarma por todo París a golpes de silbato y de un pequeño tambor. Su aparición despierta, no obstante, más hilaridad que inquietud (eso de soplar un silbato y darle al tambor al mismo tiempo es más difícil de lo que se cree), y los niños callejeros, las amas de casa y los soldados que pasan de largo se ríen con ganas de ellos. Posteriormente llega el lejano rumor de los estampidos. Corday, que nunca antes ha oído la explosión de las granadas, lo describe en su diario como un ruido «hueco, duro y reverberante». Cuenta que una mañana, tras caer un proyectil, la gente continuó sacudiendo sus alfombras y que el sonido de las sacudidas ahogó el eco del estampido. Uno de sus amigos ni siquiera oyó los impactos, ya que los argelinos que desde hace poco se hacen cargo de la limpieza de la capital metían demasiado ruido al vaciar los cubos de la basura.

Como de costumbre, Corday se horroriza ante esa reacción: «A 50 metros de la catástrofe la gente se dedica a comprar y a vender, a comer a beber, a trabajar y hacer el amor». El Viernes Santo, en medio de la misa, una granada dio de pleno en la iglesia de la Place Saint-Gervais, rebosante de

feligreses que rezaban por los numerosos caídos en los duros combates de las semanas anteriores. 65 personas perdieron la vida al desplomarse la cubierta. (Generalmente, los aleatorios impactos de las granadas cosechan muchas menos víctimas. Bastantes explotan sin que resulte herida persona alguna.)<sup>262</sup> En el momento del suceso Corday se hallaba en el metro, y cuando salió por la estación de La Madeleine una mujer desconocida le explicó lo que acababa de ocurrir. «Varios jóvenes, que estaban sentados en la balastrada de las escaleras de acceso a la estación, bromeaban a grandes voces.»

Este día Corday se encuentra en un café. Cuatro hombres están sentados a una mesa echando una partida de naipes, mientras juegan comentan los bombardeos de los últimos días:

*Yo tiro tréboles... 14 muertos dice que fueron. Yo echo un triunfo... Y 40 heridos. ¡Corazones!... Incluidas mujeres... ¡Un triunfo, otro triunfo y una de picas!*

*Domingo, 19 de mayo de 1918*

## HERBERT SULZBACH RECIBE EN LEMÉ LA NOTIFICACIÓN DE UN FALLECIMIENTO

Otra ofensiva a gran escala en ciernes. ¿Será esta vez, por fin, la decisiva?

Herbert Sulzbach ha sido ascendido a ayudante del batallón y está muy ocupado planificando, pues la nueva manera de atacar exige elaboradísimos preparativos, y en ningún otro sitio son esos preparativos tan complejos y extensos como en los regimientos de artillería. Todo debe cuadrar exactamente, hasta el último decimal, desde los suministros, las vías de marcha, las estructuras de comunicación y los asentamientos de las baterías hasta los inventarios de objetivos, los planes de fuego, los cálculos de municiones y los cronometrajes. Las fórmulas y las abreviaciones se han convertido en una jerga casi impenetrable: Ika, Ika a, Ika b, Ika bII, Aka, Feka, Deckzeit, Klarzeit, X+12, X+24, X+37, X+95 bis X+115, Rohrverbrauch, z-linie, w-linie, X-linie, y-linie, y-linie. (Un detalle interesante: el código que se utiliza como tapadera para ocultar distintos grupos de artillería consiste en nombres propios judíos: Judith, Nathanael, Moisés, Caín, Abel.)

Sulzbach disfruta con su trabajo. Las semanas anteriores han sido bastante tranquilas, por lo que ha tenido tiempo de ponerse al corriente de su nueva ocupación. Pero que haya reinado la calma no significa que hayan estado ociosos. Se han realizado ambiciosos entrenamientos de coordinación con la infantería, los oficiales se han ejercitado en los últimos métodos de tiro y la tropa se ha entrenado corriendo. La moral de combate es buena. Por lo que respecta a Sulzbach, al estar convencido de que tienen la victoria al alcance de la mano, su humor es excelente. La confianza que deposita en el gran diseñador de la ofensiva, Ludendorff,<sup>263</sup> es más bien ilimitada.

Hacia el atardecer aparece un suboficial. Ha estado de permiso en su casa y trae consigo una carta para Sulzbach.

Él la abre.

El contenido le deja de piedra.

Kurt Reinhardt ha muerto. Iba de artillero en un avión de exploración el 9 de mayo cuando le dispararon mortalmente durante una misión en las proximidades de Dunkerque. En los últimos años Sulzbach ha recibido muchas notificaciones de muerte, pero esta es, sin lugar a dudas, la que más le afecta. ¿Kurt muerto? Kurt es... era... su viejo amigo, de entre todos sus amigos el mejor, una verdadera alma gemela. Incluso después de que Kurt abandonara la batería supieron mantenerse en contacto a través de los años, y se veían siempre que podían. ¿Kurt muerto?

Sulzbach llora.

Es la primera vez que llora en toda la guerra. Ni siquiera cuando su cuñado se fue a pique a bordo del *Ariadne* durante la batalla de Heligoland lloró, y eso que sucedió en agosto de 1914, cuando la muerte todavía no se había convertido en algo cotidiano.

Desolado y triste Sulzbach echa a andar en la noche de mayo. Los pensamientos martillean su



cabeza. Piensa en la madre de Kurt, que ahora ha perdido en la guerra tanto a su marido como a su único hijo. Piensa en la última carta que Kurt le escribió, en la que con orgullo le contaba que había recibido la Cruz de Hierro tras haber abatido un caza inglés durante un combate sobre Flandes, al tiempo que, con la bondad que le caracterizaba, casi pedía disculpas por el hecho de haber segado, probablemente, una vida humana. Sulzbach vaga en la hermosa noche de mayo pensando que Kurt nunca más volverá a vivir hermosas noches de mayo. Y también piensa que Kurt nunca vivirá la victoria final. Esa que está tan cerca.

Después regresa a su cuartel en Lemé. Allí saca todas las cartas de Kurt, y empieza a leerlas.

*Domingo, 19 de mayo de 1918*

### WILLY COPPENS ABATE SU QUINTO GLOBO CAUTIVO

Hace buen tiempo. Willy Coppens vuela rumbo a Houthulst, donde sabe que hay un globo cautivo alemán que tiene la intención de abatir. Conseguirlo supondría su quinta victoria aérea, y cinco victorias aéreas es lo que exige la Aviación Militar belga para ser considerado un as de la aviación. Coppens no va solo; le acompañan un puñado de aviones del escuadrón que ha de protegerlo de los cazas alemanes. (El ataque a un globo se distingue de muy lejos. El cielo se llena de las detonaciones de las baterías de artillería antiaérea que lo arrojan, y no suelen tardar en llegar en su auxilio aviones enemigos.)

Cruzan la línea del frente por Diksmuide y allí observan una patrulla enemiga que vuela con rumbo sur. Coppens y su escolta viran en dirección a ellos, pero los aviones alemanes no parecen interesados en combatir, sino que siguen adelante. Él divisa el globo. Las nubes de humo de la artillería antiaérea van estallando por el cielo.

A las 09.45 horas Coppens desciende contra el globo y lo tirotea hasta incendiarlo.

Tras aterrizar enseguida es rodeado por los demás pilotos, que quieren felicitarle. Y no solo ellos, por cierto: el barullo convoca también a algunos de los numerosos canes del escuadrón, entre otros, al foxterrier *Biquet*, al pastor alemán *Malines* y al cockerspaniel *Topsy*. Más tarde, ese mismo día, él y otro de los pilotos del escuadrón son reclamados en el cuartel general de Houthem, donde el jefe de la Aviación Militar belga en persona le congratula oficialmente por haber conquistado el título de as aéreo. Una vez de vuelta, hacia las seis y media, Coppens participa en una nueva incursión al otro lado de las líneas del frente.

Esa noche su nombre es mencionado por primera vez en el comunicado oficial de prensa belga. Coppens está muy orgulloso y excitado, porque sabe que este comunicado de prensa se anuncia por toda la retaguardia y se publica en la prensa tanto nacional como internacional. Va en coche a La Panne, donde se reúne con los que hacen corro frente al último comunicado. Él mismo cuenta «el placer infantil» que le produjo oír a los soldados leer en voz alta el texto impreso y pronunciar su nombre, ¡*el suyo!* «Pero eso fue al principio, antes de quedar hastiado y antes de hacerme famoso.»

Ese mismo día Richard Stumpf ve un buque de guerra decorado en celebración de Pentecostés. En su diario anota:

*La pequeña nave Germania, que pertenece al depósito de municiones, echó anclas cerca de nosotros. El palo mayor estaba decorado con una gran mata de ramitas de abedul. También habían amarrado ramas reverdecidas y recién cortadas a lo largo de toda la borda y en la superestructura. Me dije para mis adentros que estas personas, tras cuatro años de guerra, todavía no habían perdido su sentido de la belleza. Si no, ¿por qué iba alguien a jugarse la vida trepando a lo alto del palo mayor?*



*Jueves, 23 de mayo de 1918*

## HARVEY CUSHING COMPRA AZÚCAR EN LONDRES

El hospital está situado en el número 10 de Carlton House Terrace, tocando a Pall Mall, con vistas a St. James's Park. La elegante dirección revela que se trata de una de las tantas clínicas privadas destinadas exclusivamente a oficiales heridos, fundadas por alguna dama de la clase alta inglesa, en este caso concreto por lady Ridley.<sup>264</sup> Cushing ha venido para visitar a un conocido suyo, el aviador Micky Bell-Irving, quien está ingresado en el hospital.

Cushing se encuentra en Londres en misión oficial. Va a entrevistarse con una serie de altos cargos de la sanidad militar británica para discutir la próxima coordinación de los recursos para atención neurológica. No es que le entristeciera tener que irse de Boulogne-sur-Mer. Aunque la segunda ofensiva de primavera de los alemanes, que afectó a Flandes, se ha sofocado y una calma intranquila domina el frente, los ataques aéreos alemanes continúan igual de intensos; la noche antes de que Cushing partiera hacia Inglaterra había un cielo despejado con un luminoso claro de luna, y Boulogne-sur-Mer fue sometida a un implacable bombardeo.

Londres ha supuesto una experiencia desconcertante para Cushing.

Pese a que falta poco para que finalice mayo, la ciudad ofrece un aspecto gris y deprimente. Se ven inválidos por todas partes. La mayoría parece ansiar que llegue la paz. Una opinión generalizada parece ser la de que si no fuera porque Estados Unidos se involucró en la guerra, esta ya habría terminado. Al mismo tiempo, la gente se ha vuelto mucho más abierta. La tan cacareada reserva británica no existe. Por las calles o en el metro ha sucedido una y otra vez que alguna persona se ha aproximado a Cushing, sin duda atraída por su uniforme americano, y le ha ofrecido ayuda amablemente o ha empezado a explicarle cosas que, en realidad, no necesitaban explicación.

Existe cierta escasez de alimentos en Londres; principalmente azúcar y mantequilla. Eso Cushing lo ha podido constatar. Cuando esta mañana desayunaba en el hotel le sirvieron el pan blanco francés junto con dos cucharaditas de algún tipo muy poco apetitoso de margarina que se desmenuzaba, y no había azúcar para el café. Al mismo tiempo, en un economato reservado a militares americanos ha podido adquirir un kilo de azúcar por un par de peniques. Le entregaron la mercancía discretamente metida en una caja que contuvo Fatima's Cigarretes, y él no tardó en regalársela a un inglés conocido suyo. Se puede comprar de todo, basta con tener dinero y los contactos adecuados. Por otro lado, Cushing no detecta que el nivel de la salud pública haya disminuido. La gente come menos y anda más, y está «seguro que a sus cerebros eso les va mejor».

Cushing entra en la sala donde yace el aviador. Micky no resultó herido en combate, sino mientras practicaba acrobacias con su avión. Había efectuado varios *loops* y toneles cuando de repente un ala se quebró, y acto seguido el aeroplano cayó en barrena desde una altura de unos 1.500 metros. Él, de puro milagro, sobrevivió, pero resultó gravemente herido. Una de sus piernas quedó tan destrozada que los médicos se la tuvieron que amputar.

Micky se incorpora en la cama y se sujeta el muñón de la pierna. Padece terribles dolores fantasma en el miembro amputado y está muy drogado. Aun así, saluda a su visitante con el encanto y la cortesía habituales. Por esa razón el americano tarda un rato en entender que el hombre anestesiado que está en la cama no acaba de reconocerle del todo. Más tarde, desolado, Cushing escribe en su diario: «Ahora no es más que una piltrafa humana. Habría sido preferible que muriera».

*Jueves, 30 de mayo de 1918*

## RENÉ ARNAUD LOCALIZA A SU REGIMIENTO EN VILLERS-COTTERETS

Hace cuatro días concluyó el permiso de Arnaud, así que salió de París para incorporarse a su regimiento y a su compañía, a la que actualmente dirige en calidad de recién nombrado capitán. Del dicho al hecho, sin embargo, hay un tramo, porque el regimiento se ha trasladado hacia el este, en dirección a la nueva brecha que han abierto los alemanes. Hace unos días estos emprendieron la tercera fase de su ofensiva de primavera, esta vez lanzando ataques masivos sobre los antiguos y devastados campos de batalla entorno a Le Chemin des Dames. Una vez más, los alemanes han contabilizado grandes éxitos. Han capturado unos 50.000 prisioneros y 800 cañones, y ahora avanzan a una inquietante velocidad hacia el Marne, a solo 90 kilómetros de París.

Por tres días consecutivos Arnaud ha tenido que seguir el mismo procedimiento. Por la mañana sale de París y toma el tren con destino a la última localidad donde se sabe que ha estado acantonado el regimiento solo para enterarse de que la unidad ya se ha ido a otro lugar, así que por la tarde está de vuelta en París sin haber conseguido nada. A él le resulta evidente que el alto mando del ejército no sabe exactamente lo que ocurre y que mediante los repetidos traslados de tropas lo que intenta es reunir reservas para un contraataque.<sup>265</sup>

Cuando este día Arnaud alcanza su destino le comunican que el regimiento sigue allí, en Villers-Cotterets. Un camión con carne le lleva el último trecho. A Arnaud no le cuesta nada ver la ironía que encierra eso.

*Lunes, 3 de junio de 1918*

## RENÉ ARNAUD CAPITANEA UN ATAQUE EN MASLOY

Se despierta con un sobresalto. A su alrededor árboles, a su lado Robin, su teniente. «Nos bombardean.» Granadas alemanas de 7,7 cm caen por los cuatro costados. Estampidos breves, agudos. Él y el resto de la compañía abandonan a toda prisa la arboleda donde han pernoctado. Corren hacia unas casas situadas a menos de cien metros de distancia. Por suerte para ellos, muchos de los proyectiles del enemigo caen sin estallar, fenómeno que se está volviendo cada vez más frecuente.

En un sótano encuentra al jefe del batallón que mantiene este sector. En realidad, Arnaud y su compañía tienen la misión de relevar una compañía de otro batallón, de hecho, de otra división distinta. Pero durante la noche se extraviaron, y ahora no saben exactamente qué hacer. Una vez más, son combates defensivos lo que tienen por delante.

A él le da la impresión de que el ejército francés da señales «curiosamente mezcladas de estar a punto de perder el control y de recuperarlo». Las señales de la crisis son varias. Por los caminos es corriente encontrar soldados que «han perdido su regimiento», frase que él, a estas alturas, ha oído hasta la saciedad. Una aguda falta de peones ha conllevado que unidades de caballería hayan tenido que convertirse en infantes de un día para otro; esto es algo que entre los soldados despierta un mal disimulado y malicioso regocijo, ya que los integrantes de estas unidades de caballería,<sup>266</sup> hasta el momento, habían podido disfrutar de una plácida vida en la retaguardia, esperando tranquilamente a que se abriese la esperada brecha francesa, tan prometida pero nunca llevada a la práctica. Por otro lado, el clima de conmoción y anonadamiento que reinaba hace una semana está empezando a calmarse. Actualmente el ejército francés se está preparando para un contraataque. El pánico, no obstante, está casi a flor de piel.

Abajo, en el sótano, Arnaud le explica la situación al comandante: que se han extraviado y que por ese motivo pone su compañía a su disposición. El comandante se lo agradece. La conversación se interrumpe cuando un brigada bastante gordo baja corriendo las escaleras del sótano:

—*Mi comandante, los alemanes nos atacan con carros de combate.*

—*¡Mierda!* —*exclamó el comandante*—. *Hay que largarse enseguida.*

Y con un gesto veloz, en absoluto heroico pero muy natural, agarró su cinturón y su revólver, que estaban tirados en la mesa, hasta que de pronto se acordó de mí:

—Capitán, ya que está usted aquí, ¡organice un contraataque!

—Pero... ¿en qué dirección, mi comandante?

—¡Un contraataque, cargue al frente de sus narices!

—Sí, mi comandante.

En cuestión de minutos la compañía de Arnaud está formando en dos líneas con un intervalo de veinte metros. Luego se ponen en marcha. Durante todo el invierno ha estado instruyendo a sus soldados. No ha sido fácil, ya que muchos de ellos son mayores, medrosos, inexpertos y están faltos de entrenamiento; gente que ha pasado gran parte de la guerra en destinos resguardados muy detrás de las líneas y que tal vez podría haberse quedado allí de no ser por esa urgente falta de efectivos. Arnaud observa avanzar sus hombres en perfecto orden de batalla y se siente satisfecho. Es casi como en el campo de instrucciones.

La compañía se lanza hacia delante, todos se ponen a cubierto, esperan, siguen avanzando, vuelven a tirarse al suelo. A la tercera acometida ve dos hombres en el extremo izquierdo que no se levantan, sino que siguen en el sitio. Eso quiere decir que les están disparando. «¡Cuerpo a tierra, a tierra!» Todos se detienen. Arnaud otea al frente. Se hallan en la cima de una larga vertiente desde la cual se divisa todo el terreno hasta el río. No hay ni rastro del enemigo. Bueno, sí: más lejos, bajo un árbol, distingue la forma cúbica de un carro de combate alemán. Sin embargo, no hace ningún amago de moverse. Arnaud decide que ya es suficiente:

*Es probable que un oficial inexperto recién llegado al frente, con la cabeza inflada de las teorías del reglamento, supusiera que su deber era continuar avanzando y de ese modo conseguir que matasen a la mayor parte de sus hombres para nada. Pero en 1918 teníamos ya suficiente experiencia de las realidades del campo de batalla como para detenernos a tiempo. Los americanos, que acababan de salir a la línea de combate de las inmediaciones, en Château-Thierry, por razones obvias, carecían de esa experiencia, y todos sabemos cuán enorme fue la cantidad de bajas que sufrieron durante los pocos meses que estuvieron en servicio activo.*

Arnaud entrega el mando a uno de sus alféreces —al teniente Robin le han herido en un brazo— y regresa para dar parte. La orden está cumplida.

Al atardecer llega su relevo y ellos se incorporan a su regimiento.

Más tarde Arnaud se entera de que le espera una nueva misión: lo van a poner al frente del batallón. El comandante que antes estaba al mando ha resultado herido. Un enlace le cuenta: «A ese maldito montón de mierda se le clavó un trocito de metralla en la mano y le ha faltado tiempo para largarse. El muy cabrón, esa herida no habría impedido ni que mi hijo fuera al colegio».



*Domingo, 23 de junio de 1918*

## OLIVE KING ES CONDECORADA EN SALÓNICA

Es un día lleno de decepciones. King sabe que la van a condecorar nuevamente —esta vez con la Medalla de Oro al Abnegado Servicio de Serbia— y que la ceremonia tendrá lugar hacia las diez de la mañana. Partiendo del razonable cálculo de que tiene tiempo de sobras si se levanta a las nueve, ha estado despierta hasta las tres de la madrugada redactando un informe. (Está volcada en el proyecto de abrir una cantina en beneficio de los conductores serbios, mal pagados y a menudo mal alimentados, que trabajan con ella.) Sin embargo, ya a las seis la despiertan unos fuertes golpes en la puerta. Una carita mira por la ventana y le comunica que la esperan en el garaje. Ella se da un baño rápido para despejarse y después se pone en marcha.

En efecto, la ceremonia tiene lugar a las diez. Un coronel pronuncia un largo discurso durante el que alaba sus acciones, acto seguido sujeta de su busto la redonda y dorada medalla. King ve un pequeño estuche al lado del primero y por un instante piensa que le van a entregar otra distinción. Pues no. Decepción. Hacia las once y media se lleva la siguiente. Artsa, uno de los conductores serbios, ha prometido ayudarla a explicar los planos de la futura cantina a los soldados ingenieros serbios que la van a construir. Pues no. No viene tal y como convinieron. Hambrienta, ya que con las prisas de la mañana no ha tenido tiempo de tomar su desayuno, decide irse a almorzar. Pues tampoco. La mujer que le mantiene limpia la cabaña aparece sin previo aviso para realizar la limpieza semanal. King no tiene más remedio que quedarse. La tarde se presenta mejor, y cuando llega el correo espera recibir una carta de su padre. Pero nada.

Decepciones, en general y en particular. Descontando unos combates de menor importancia, todavía no ha ocurrido nada en el frente de Salónica. Romper el punto muerto no es una opción, máxime cuando 20.000 soldados franceses y británicos acaban de ser embarcados rumbo a Francia para repeler la renovada ofensiva alemana que se ha lanzado allí. (Corren rumores de que, en cambio, los búlgaros preparan un ataque. Unos tráfugas así lo dijeron.)

Olive King está exhausta, de mal humor e irritable. Añora su hogar. Lleva ya 33 meses de servicio seguido sin ningún permiso. Sin embargo, no es solo la monotonía de Salónica ni los triviales reveses de la vida diaria lo que la agotan. Otro amor se ha ido al garete. En su tristeza por Jovi ha buscado el consuelo en otro de los serbios con quien trabaja, el antes mencionado Artsa. Su romance fue a más, y él le pidió su mano. El padre de King, sin embargo, le ha prohibido que se case con el joven serbio. Ella se ha doblegado, parece ser que sin mayor amargura.

Es como si algo se hubiera secado en ella. Así, cuando en una carta anterior, contradiciendo sus viejas costumbres, de repente adopta una postura ideologizada y, con un inusitado tembleque en la voz, empieza a predicar verdades geopolíticas y la finalidad de la guerra, cabe intuir que, en última instancia, el sermón va dirigido a sí misma. Que es un intento de taponar la fuga energética de su alma:

*Por lo visto sigue habiendo millones de personas que todavía no saben por qué Alemania declaró la guerra. Tienen la vaga noción de que el país necesitaba un acceso al mar, por lo que entraron en Bélgica por la vía rápida. Los alemanes quieren apoderarse de Bélgica y también de Holanda, pero no tanto como quieren tomar Serbia, es decir, para poder unirse a Turquía. El único modo de salvar el Imperio Británico es apoyando el sueño yugoslavo de unificación y colocando un Estado fuerte y benevolente que se alce como un obstáculo permanente contra este avance hacia el este.*

Ha anochecido, y Olive King está en su cabañita de madera con todas las puertas y ventanas abiertas. Hace un calor bochornoso. El viento que refrescaba el ambiente los dos últimos días ha amainado de golpe. En estos momentos está «harta y hastiada de todo». Se echa unas gotas de agua de colonia en los pies, luego sopla y percibe cómo el líquido se evapora con un breve toque de frío.

*Domingo, 30 de junio de 1918*

## HARVEY CUSHING DISCUTE SOBRE EL FUTURO EN PARÍS

En el exterior un día de verano, caluroso y radiante. Dentro muy sombrío. Es el hombre que ambos tienen delante quien emite tanta oscuridad. Su nombre es Édouard Estaunié, un escritor de 56 años de edad que justo antes de la guerra había cosechado cierto éxito con sus novelas psicológicas y de moralización social. (Pertenece a la misma generación que Marcel Proust y en ocasiones se le nombra en la misma frase que a Anatole France y Louis Bertrand.)<sup>267</sup> La casa está vacía y silenciosa. Estaunié ha mandado a su familia fuera de París, a salvo de los casi diarios ataques de los bombarderos nocturnos alemanes y de aquel cañón de tan largo alcance.

También Cushing ha reparado en los bombardeos nocturnos. Cuando él y un colega llegaron aquí hace un par de noches tuvieron que interrumpir el trayecto en metro debido a una alarma aérea. Después pudieron seguir el ataque llenos de curiosidad desde un balcón del hotel Continental, con vistas sobre las Tullerías: «Aeroplanos Gotha, luz, granadas *shrapnel*, de vez en cuando la explosión y el fogonazo de una bomba, un pequeño incendio, una París oscura como boca de lobo.» Y han pasado por la Place Vendôme, donde las aceras estaban alfombradas de cristales rotos y las fachadas de las casas marcadas por fragmentos de metralla. Pero no son estos ataques que ya duran varios meses lo que ha abatido tanto a Estaunié, sentado como está, ahí tras su escritorio, aunque, por supuesto, también hayan influido. No, se trata, más bien, de la situación de la guerra en general.

Hace poco más de un mes los alemanes emprendieron su tercera ofensiva desde finales de marzo, esta vez al nordeste de París. Nuevamente los alemanes demostraron que podían romper la línea aliada por donde quisieran. En esta ocasión su avance fue más arrollador que nunca. Hace algo más de dos semanas los alemanes hicieron un alto. Ahora se hallan a tan solo 70 u 80 kilómetros de París. Nadie duda de que el avance se reanudará pronto. La capital francesa será su próximo objetivo.

Es un colega, un hombre llamado Cummings,<sup>268</sup> quien conoce a Estaunié y le ha traído a Cushing de visita. Los tres hombres no pueden dejar de hablar de la guerra. Estaunié está horrorizado y deprimido por la devastación que durante los últimos meses se ha extendido por varias ciudades, importantes y hermosas, de Francia: «Primero Reims, luego Amiens, ahora Soissons, pronto París». Sí, Estaunié cree que la caída de París es inminente. Y está convencido de que lo único que queda por hacer es librar una última y heroica batalla final: «Mejor emprender la lucha contra el enemigo y perder 40.000 hombres que perderlos en una retirada semejante a la última». Cushing y Cummings intentan ofrecer resistencia. Hay que conservar el ejército a toda costa y continuar combatiendo. «No —responde Estaunié—, miren cómo les ha ido a los belgas o a los serbios; han mantenido sus ejércitos, pero sus países han dejado de existir. Francia también sucumbirá, pero sucumbirá luchando hasta el último hombre. *C'est effroyable.*»

Los dos americanos persisten en buscar objeciones y encuentran un buen argumento en sí mismos. Las fuerzas del ejército americano en Francia crecen de forma constante. Cushing ha oído que ya han desembarcado unas 50 divisiones, 750.000 hombres. Con la ayuda de tales refuerzos debería ser

posible rechazar la invasión alemana, ¿no? Y esa gripe letal que se está propagando por Flandes, ¿acaso no ha causado estragos entre los ejércitos enemigos? No obstante, cuesta mucho alterar la desesperación del francés. Estaunié se pone a filosofar: históricamente, la lucha entre el derecho y la barbarie siempre ha resultado en el triunfo de la barbarie.

Tristes, con las pesimistas profecías del francés resonando en sus oídos, Cushing y su colega salen al abrasante sol estival. Se hallan a dos pasos de la torre Eiffel, del arco del Triunfo y de los demás monumentos famosos. Durante toda la tarde se pasean por el centro de París, ansiosos por ver cuanto más mejor, se diría que ansiosos de restregar lo que ven en su memoria. Ambos tienen el presentimiento de que tal vez contemplen todo aquello por última vez.

*Lunes, 15 de julio de 1918*

## HERBERT SULZBACH PARTICIPA EN EL ARRANQUE DE LA GRAN OFENSIVA DEL MARNE

El reloj marca diez minutos pasada la medianoche, exactos. Resquebrajan la compacta oscuridad de la noche de verano unos fogonazos, tan numerosos que parecen fundirse en una única aureola de luz, como una llamarada que surge de repente y que desaparece con la misma rapidez. Después, en una milésima de segundo, el fragor de los millares de disparos, rugiendo como un único trueno. A continuación los deshilachados, amortiguados relámpagos de las deflagraciones lejanas, que se desparraman y mezclan con el tableteo, sordo y prolongado, de los impactos.

Arranca una *tercera* ofensiva alemana. Esta vez entorno al Marne. El ataque va dirigido a Reims. ¿Acaso este *sí* será, por fin, el decisivo?

A estas alturas Herbert Sulzbach conoce los sonidos, las rutinas, las señales. La división a la que pertenece su batallón, la 9.<sup>a</sup>, se considera una de las denominadas *Eingreifdivision* (División de Intervención), una unidad de élite experimentada y de confianza, equipada y entrenada precisamente para realizar este tipo de operaciones de ruptura de las líneas enemigas. Sulzbach se siente sumamente orgulloso de ello, y orgulloso de haber participado primero en la muy lograda ofensiva de marzo y, más tarde, en su secuela del mes de mayo en los alrededores de Aisne, donde, siguiendo la misma estrategia, abrieron una brecha por Le Chemin des Dames.

Como de costumbre, los preparativos han implicado una colosal cantidad de trabajo, también para él. Madrugando mucho y acostándose a menudo a las dos y media o las tres de la noche. Está cansado, todos lo están. Aunque no hayan entrado en combate desde mediados de junio la mayor parte del tiempo se ha ido en el entrenamiento, la instrucción, los preludios del próximo ataque. Es decir, que no se ha tratado de un descanso propiamente dicho. Por otro lado, no se puede negar que han sufrido muchas bajas. Desde que se iniciaron los ataques en marzo han caído 31 oficiales del batallón. (Por añadidura, la gripe sigue arrasando.)

No obstante, Sulzbach sigue siendo el personaje optimista de siempre. (Aunque su optimismo haya empezado a tener rasgos de oportunismo, en el sentido de que siempre consigue interpretar los acontecimientos de un modo favorable.) Está muy seguro de sí mismo, del batallón, del ejército, de lo que les aguarda. Primero el bombardeo preliminar, a un tiempo preciso y abrumador. A continuación el asalto de las tropas de choque, todo según los principios de la táctica de infiltración. Y finalmente, ¡la victoria! Se dice que el káiser está presente, para seguir personalmente de cerca este decisivo ataque.

Su campamento se halla en un bosque de coníferas. El suelo es blanco como la cal. Hace calor. Sulzbach piensa a menudo en Kurt.

Desde la 1.40 hasta las 4.49 la artillería alemana de todos los tipos y calibres bate las trincheras y ramales de aproximación franceses, los asentamientos de sus baterías, sus nidos de ametralladoras y

depósitos de municiones, sus cuarteles generales, las barreras de alambrada y los puestos de observación, las encrucijadas, los puentes y los tramos vitales de carretera, todo según un minucioso plan calculado matemáticamente. Las granadas caen a raudales. El prolongado bombardeo usual en años anteriores ha sido substituido por un modelo nuevo, basado en conseguir un máximo de virulencia en un periodo relativamente breve y siempre durante las horas nocturnas. El efecto perseguido es tanto psicológico como material. Aunque falte poco para el amanecer la visibilidad sigue siendo mala debido al humo. A las 4.50 arranca la siguiente fase: la barrera artillera rodante. (Aunque no sin antes haber puesto en práctica una última estratagema bélica: cesa temporalmente el fuego que bate las trincheras enemigas y las propias tropas de choque estallan en violentos vítores con el fin de inducir a los defensores franceses a abandonar sus abrigos; acto seguido, se lanza un sorpresivo fuego de granadas.) Eso significa que la infantería está abandonando sus refugios —sin vítores esta vez— y que ahora avanza hacia delante en dirección a las trincheras enemigas.

Lo que en 1916 era una bella pero gris teoría, a estas alturas se ha practicado a la perfección. Ante la propia infantería y a medida que avanza, se despliegan dos fuegos de cobertura. El primero de proyectiles de gas, una mezcla de cloro y gas lacrimógeno. El segundo de granadas explosivas y de fragmentación. Cada minuto se varían las coordenadas de tiro de las piezas, de forma que los proyectiles aterricen con 50 metros de anticipación. Al cabo de un minuto se añaden 50 metros más. Y enseguida 50 metros más y así sucesivamente.

El batallón de artillería se ve expuesto al fuego con que responden los franceses, una mezcla de *shrapnel* y granadas de gas. Es necesario llevar máscaras antigás todo el tiempo. (Por lo demás, ahora también existen máscaras antigás para caballos.)

Sulzbach sabe lo que va a suceder a continuación. Ha aprendido el procedimiento en ataques anteriores. Pronto llegará la orden de enganchar los arzones a las cureñas de las piezas para seguir a la infantería en su avance.

Pero pasan las horas sin que llegue la orden de enganchar los arzones. Es imposible esclarecer lo que sucede ahí enfrente, con todo ese humo y el estruendo. Hacia el mediodía Sulzbach pierde la paciencia y cabalga todo recto hacia adelante, a Dailly-Ferme. Se cruza con grupos de prisioneros franceses. La 5.<sup>a</sup> batería ha sufrido graves bajas. La 3.<sup>a</sup> Batería ha perdido a tres de sus oficiales.

Llega la tarde.

Llega la última hora de la tarde.

Ninguna orden de enganchar los arzones.

Al anochecer, por fin, llegan instrucciones. Pero no son en absoluto las que Sulzbach esperaba. La 9.<sup>a</sup> División al completo tiene que... ¡replegarse! Eso solo puede significar que ha sucedido lo impensable. Sulzbach escribe en su diario: «Estamos verdaderamente deprimidos, porque si una gigantesca ofensiva como esta no ha tenido un éxito inmediato, entonces todo está perdido».

*Martes, 16 de julio de 1918*

EDWARD MOUSLEY ESCRIBE UN SONETO EN UNA CUMBRE SOBRE BURSA

Es como si dos personas distintas se apretujaran en su mente. O puede que sea el usual conflicto entre el sentimiento y la razón.

Una parte de él presiente que la guerra ha alcanzado un punto de inflexión. Parece que los alemanes se han encallado en Francia, y los aliados de Alemania (austriacos y búlgaros, sin olvidar los turcos, cómo no) dan muestras de un muy avanzado estado de fatiga bélica. En cuanto a Mousley, no lo pasa demasiado mal. El tribunal militar otomano lo absolvió de la acusación de intento de fuga presentada contra él. Sus estudios de Derecho, con Derecho Internacional como especialidad y su táctica de contraatacar de modo agresivo en situaciones de apuro le ayudaron. Está de vuelta entre los oficiales de alto rango que se hallan prisioneros en el balneario de Bursa, donde él, bajo rigurosa vigilancia, por supuesto, puede dedicarse tanto a la pesca como a mirar partidos de fútbol.

Una parte de él se desespera, viendo con lúgubre desazón cómo se escurren en el cautiverio algunos de los mejores años de su vida.

Este día, una vez más, Mousley va de camino a darse un baño en aguas medicinales. Como de costumbre le acompaña un guardia armado. Hace un tórrido calor. Mousley se siente enfermo y cansado. Suben hasta una de las cimas que rodean Bursa. Las vistas son magníficas, sobre todo las que dan a la alta montaña de Kesis. Al cabo de un rato Mousley se da cuenta de que no llegará a tiempo para darse el baño. Así que se sienta en la cuneta. Allí escribe un soneto:

*One day I sought a tree beside the road  
Sad, dusty road, well known of captive feet  
My mind obedient but my heart with heat  
Rebelled pulsating 'gainst the captor's goad.  
So my tired eyes closed on the "foreign field"  
That reached around me to the starlight's verge,  
One brief respite from weary years to urge  
Me to forget —and see some good concealed.  
But skyward then scarred deep with ages long  
I saw Olympus<sup>269</sup> and his shoulders strong  
Rise o'er the patterned destinies of all the years*

*Marked with God's finger by the will of Heaven —*

*Tracks men shall tread, with only Time for leaven —*

*That we might see with eyes keen after tears.*<sup>[270](#)</sup>

«Pero —reconoce él cuando luego sopesa el valor de este arrebató lírico— los instantes como estos eran pocos.» Luego añade en su inglés algo *pidgin* que ha ido adquiriendo durante sus años de cautiverio: «Las exigencias de la supervivencia y la *shikar* (caza) de comida y dinero y la *bandobasta* (organización) general de intrigas y planes y esto y lo otro y lo de más allá, absorbía gran parte de nuestra atención».<sup>[271](#)</sup>

El mismo día, el 16 de julio, Herbert Sulzbach anota en su diario:

*Nuestro estado de ánimo es espantoso, ¡no tenemos la menor noción de lo que está pasando, solo intuimos que esta gran ofensiva no ha funcionado! Lo que se dice descanso propiamente dicho no lo hemos tenido desde Soissons.*



*Viernes, 26 de julio de 1918*

## MICHEL CORDAY OBSERVA A LAS MUJERES DE UNA CALLE VENTOSA DE PARÍS

Corday pasa la mañana en el tren de París. Fiel a sus costumbres escucha las conversaciones de los demás pasajeros del compartimento. Alguien dice: «¡Avanzamos por todas partes!». Un teniente francés enseña el diario del día a un militar americano (una persona a quien no conoce y que seguramente tampoco sabe francés) y señalando los titulares en negrita dice: «¡Formidable!».

Un caballero de civil gorjea de entusiasmo por los éxitos militares recientes. A mediados de mes los alemanes emprendieron una nueva ofensiva, esta vez en el Marne, pero a estas alturas ya ha sido repelida por los duros contraataques aliados. Así que ahora, por lo tanto, el enemigo ha interrumpido sus asaltos y se ha replegado al otro lado del famoso río. El temerario intento de los alemanes de ganar la guerra en un solo y mortífero golpe se ha malogrado. El fracaso resulta evidente para todo el mundo, pero sobre todo para los estrategas de salón vestidos de civil en traje de paseo. El resultado de la arriesgada empresa alemana se ha reducido a una serie de curvaturas en la línea defensiva aliada, impresionantes en los planos pero muy vulnerables en la práctica. Corday escucha al entusiasta caballero explicarle a un capitán bastante incrédulo la nueva e inesperada situación en el frente:

*«Se lo digo yo, son ochocientos mil efectivos los que están yendo para allá» El capitán objeta vacilante: «¿Está usted seguro?». El otro responde: «ochocientos mil, se lo juro. Ni uno menos. ¡Y los haremos prisioneros a todos!». El caballero se reclina en el asiento dejando que su dedo siga la operación en el mapa que hay en la primera página del diario: «¡Mire! ¡Así... y aquí... y allí!». El capitán queda convencido y dice: «¡Verdaderamente están derrotados en toda la línea! ¡Debe de ser una sensación detestable! Imagínese usted estar en su pellejo...».*

Este mismo día Michel Corday oye hablar de una mujer que a comienzos de la guerra se quedó aislada en Lille, tras las líneas alemanas, pero que más tarde logró reunirse con su marido. En una ocasión el marido la escuchó «alabar a los oficiales alemanes por su caballeroso comportamiento». La asesinó allí mismo con una navaja de afeitar. Ahora le han absuelto.

Más tarde Corday y un amigo suyo caminan por una calle de París. Sopla un viento racheado. El amigo está de un excelente humor ya que esa misma mañana ha recibido noticias de su hijo, que es alférez en el ejército. Y el humor del amigo, al ver que el viento juega con las faldas de las transeúntes, no es que se amargue, precisamente. La guerra lo ha cambiado todo, incluso la moda femenina. Motivos ideológicos pero sobre todo pragmáticos han comportado que durante los últimos años los colores se volvieran más apagados, las telas más sencillas, los cortes más prácticos, más adaptados a una vida de actividad y trabajo. Y la transformación abarca toda la línea, de dentro

afuera. La complicada y ornamentada ropa interior de antes de la guerra ha desaparecido, dando paso a modelos más pequeños y simples, diseñados para la actividad; el gusto más bien fanático por las curvas, que era una herencia del siglo XIX y que exigía envarados y paralizantes corsés, ha pasado de moda. Las líneas se han vuelto cada vez más rectas. Y nunca antes han sido las faldas tan cortas; nunca se han hecho de un material tan volátil y ligero. Las señoras que caminan por la calle tienen que esforzarse por mantener a raya sus faldas contra los golpes del viento. Delante de Corday y de su amigo camina una muchacha joven. Una súbita racha de viento le levanta la falda hasta la cintura, y el amigo sonrío con placer.

*Un día de verano de 1918*

PAOLO MONELLI SOBRE LA VIDA TRAS LAS ALAMBRADAS EN HART

Dos veces se ha fugado; la primera solo unos diez días después de llegar a ese castillo de Salzburgo. Las dos veces le capturaron.

Algunos se han adaptado al cautiverio, firmemente resueltos a esperar allí el final de la guerra. En cambio, a Monelli las mezquindades y la melancólica grisura le consumen. Se siente encerrado en un presente infinito, invariable y horrendo. Monelli tiene 26 años de edad, y se diría que su juventud se está echando a perder. ¿Acaso ya ha ocurrido? Sueña mucho despierto, recuerda mucho, añora mucho, invoca imágenes de la vida en tiempos de paz, de cosas simples y ordinarias, ahora imposibles, increíbles más bien, como pasear por una acera con los zapatos recién bruñidos, como tomar el té con unas amistades femeninas. Piensa mucho en mujeres. El nivel de frustración sexual entre los prisioneros es elevado. La comida mala y frugal. El hambre siempre acecha peligrosamente cercano.<sup>272</sup>

Ahora se halla en Hart. Es su tercer campo. Viven en unos alargados barracones, agobiantes e infestados de moscas bajo el tórrido sol estival. Al otro lado de la alambrada vislumbran un idílico cuadro campestre con olor a paja recién recolectada, y en algún lugar más allá del horizonte, tras las montañas de un verde azulado, está Italia. Monelli escribe:

*Y hoy es como ayer. Nada cambia. Hoy como ayer, igual que mañana. Diana de madrugada en los lúgubres dormitorios, la inspección nocturna para comprobar que todo está apagado. Encerrados en el paréntesis de una existencia sin sentido en la que has dejado de pensar en el futuro porque no te atreves a explorarlo, una vida que se balancea con monotonía, prendida de algunos recuerdos inmutables y frustrantes.*

Pateos y pisadas por los interminables pasillos que unen los barracones, donde la luz entra por unos tragaluces del techo, y en donde a veces se tiene la pesadilla de creer que ya estamos muertos y enterrados, que solo somos cadáveres sin sosiego que han salido de sus tumbas para charlar un rato en el patio con los demás difuntos. El odio que sientes contra los camaradas de quienes los austríacos te obligan a ser amigo íntimo, las emanaciones humanas, la terrible pestilencia de 500 hombres prisioneros, un rebaño famélico y egoísta, cuerpos de 20 años condenados a la ociosidad y el onanismo. Tampoco es que me crea mejor que ellos, aunque de vez en cuando suelte algún grano de sabiduría, y aunque una animada conversación entre amigos sobre pasadas batallas todavía ofrezca luz y consuelo en las humillaciones presentes.

También yo he aprendido a jugar al ajedrez; también yo a veces aprieto el cuerpo contra los alambres cuadriculados de la valla para expresar mi deseo por las mujeres que pasan; también yo

contribuyo con mi kilo de arroz a la comida común a regañadientes, como si fuera una aportación obligatoria. Y quién sabe si también yo acabaré rebajándome a pedirle prestado aquel libro pornográfico a mi camarada.

*Domingo, 28 de julio de 1918*

## ELFRIEDE KUHR TRABAJA EN EL HOSPITAL INFANTIL DE SCHNEIDEMÜHL

Hacen lo que pueden. Cuando no hay leche para los niños de pecho se les da arroz hervido o gachas de avena, o solo té. Y cuando los pañales de verdad no llegan para todos, y casi nunca llegan, utilizan un nuevo tipo de pañal de papel, poco conveniente. El papel se engancha a la piel de los niños, y al arrancarlo les duele.

*Ersatz* por doquier. Sucedáneo de café, falso aluminio, caucho de imitación, vendas de papel, botones de madera. Aunque la capacidad de invención sea impresionante no se puede decir lo mismo de los resultados: tela hecha de fibra de ortigas y celulosa, pan hecho de cereales mezclados con patatas, alubias, guisantes, alforfón y castañas de Indias que no se vuelve plenamente comestible hasta pasados unos días después de horneado, cacao hecho de guisantes tostados y centeno con aditivos químicos que dan sabor, carne hecha de arroz prensado y cocido en sebo de cordero (todo rematado con un falso hueso de madera que sobresale), tabaco hecho de raíces secas y de peladuras de patata, suelas de zapatos hechas de madera. Existen 837 sucedáneos de carne autorizados para la confección de salchichas, 511 sucedáneos de café registrados. Las monedas de níquel han sido sustituidas por monedas de hierro, las sartenes de hierro han sido sustituidas por sartenes de hojalata, los tejados de cobre han sido sustituidos por tejados de chapa, y el mundo de 1914 ha sido sustituido por el de 1918, donde todo es un poco más delgado, más hueco, más flojo. *Ersatz*: productos de mentira para un mundo de mentira.

Elfriede Kuhr trabaja en un hospital infantil de Schneidemühl. Le tomó su tiempo acostumbrarse a las tareas que debía realizar allí, tiempo para aprender a reprimir los sentimientos de asco ante la visión de la sangre o del pus o de las úlceras de decúbito o de las costras de tiña en los cráneos. Casi todos los niños padecen desnutrición o alguna enfermedad derivada de ella. (La desnutrición es una consecuencia del exitoso bloqueo británico de Alemania por un lado, y de que tanto la agricultura de Alemania como su sistema de transportes se desgasta a causa del desaforado esfuerzo bélico; donde hay comida no hay trenes para transportarla.) En cierto modo estos niños son tan víctimas de la guerra como los caídos en combate. O como los niños que se hundieron con el *Lusitania*. Durante los últimos años la mortalidad infantil en Alemania se ha duplicado.<sup>273</sup>

Muchos de los pequeños han sido ingresados por jóvenes e indecisas esposas de soldados. Elfriede escribe:

*¡Oh, estos niños de pecho! Son solo pellejo y huesos. Cuerpecitos que se consumen de inanición. ¡Y qué ojos tan grandes! Cuando lloran solo se oye un débil gemido. Hay un niño que con toda seguridad morirá pronto. Tiene la cara deshidratada como la de una momia; el médico le da inyecciones de solución salina. Cuando me inclino sobre su cuna el pequeñín me mira con unos ojos grandes que parecen los de un hombre viejo y*

*sabio, y sin embargo solo tiene seis meses de edad. No cabe duda de que hay una pregunta en sus ojos, más bien un reproche.*

A la que tiene ocasión roba pañales de tela para que el niño se libre de llevar esas horribles cosas de papel.

Elfriede se levanta a las seis de la mañana, una hora más tarde empieza a trabajar y después no para hasta las seis de la tarde. Su hermano Willi ha sido llamado a filas como soldado raso en las Fuerzas Aéreas. Todavía está en periodo de formación. Cuando le vio recién incorporado le dio la impresión de que el uniforme y la extraña gorra de charol le sentaban fatal; lo peor, sin embargo, fue verlo firme, rígido, completamente inmóvil, con las manos apretando las costuras del pantalón, la mirada fija en una distante lejanía. Exactamente igual que cuando ella jugaba a ser el teniente Von Yellenic, pero de verdad mucho mejor, y mucho, mucho peor. La última vez que Elfriede vio a Willi fue hace 14 días, en su cumpleaños. Ese día él le dijo dos veces: «Todo está a punto de reventar».<sup>274</sup>

*Martes, 6 de agosto de 1918*

## PÁL KELEMEN SE CRUZA CON UNOS PRISIONEROS DE GUERRA AMERICANOS EN ARLON

Vive confortablemente en un ala de un edificio de dos plantas y dispone de su propio dormitorio, su propia sala de estar y su propia entrada. Casi parece un apartamento construido para ser alquilado. Pero ¿quién iría a esta zona de Bélgica de vacaciones? Como un gesto simbólico de cooperación y agradecimiento<sup>275</sup> el ejército austrohúngaro ha enviado cuatro divisiones —además de unos cuantos de sus famosos morteros de 30.5 cm— al frente occidental. Y en una de ellas se encuentra, por tanto, Pál Kelemen. El viaje en tren desde Friulia, cruzando los horribles y desolados campos de batalla del Isonzo, subiendo por Austria («ciudades, cultura, mujeres, pero sobre todo múltiples signos de fatiga bélica»), atravesando Alemania (donde contempla Metz, implacablemente bombardeada y presa del pánico), pasando por Luxemburgo y traspasando la frontera belga, hasta la pequeña ciudad de Arlon. Cuando el tren entró en la estación de ferrocarril la localidad estaba siendo bombardeada por un pesado fuego artillero. Él se asustó.

Arlon lleva ya cuatro años ocupada. Los ocupantes alemanes han hecho lo posible por imponer a la ciudad una especie de normalidad, pero ha sido en vano. Aunque tiendas, restaurantes y hoteles estén abiertos como antaño resulta evidente que aquí la vida es cualquier cosa menos normal. Incluso prescindiendo de lo más obvio: las bombas de los bombarderos y las granadas disparadas por cañones de largo alcance que caen una y otra vez y matan a alemanes y belgas sin distinción. Para empezar, la ciudad queda muerta a las ocho en punto cada tarde. El toque de queda se mantiene con precisión prusiana, y el apagón general de la ciudad se efectúa a conciencia; más lejos de la despreocupación austríaca, tan encantadora e ineficiente, no se puede llegar. Desde luego, aquí la disciplina es férrea. En segundo lugar, prácticamente no hay hombres, exceptuando los muy ancianos o los muy jóvenes y los omnipresentes prisioneros de guerra rusos que son utilizados como mano de obra. Los demás están bien en el ejército belga, bien realizando trabajos forzados en Alemania u otros lugares. Los alemanes procuran sacar el máximo provecho económico de esta como de otras regiones ocupadas. Por todas partes se ven mujeres.

Esta circunstancia debería ser del gusto de Kelemen, tan atractivo para las féminas; sin embargo, no ha tardado en comprender que entre él y la población belga se alza una muralla inexpugnable. Los civiles no muestran ningún respeto por sus ocupantes; si pueden evitarlo ni siquiera se dignan mirarlos. Y cuando por algún motivo se les somete a preguntas u exhortaciones, los belgas fingen no entender nada, al tiempo que sus miradas y gestos se vuelven despectivos y desafiantes. Con no poca zalamería Kelemen ha intentado explicarle a la dueña de la casa en la que vive que él es húngaro, no alemán, y que los húngaros han luchado contra los alemanes en numerosas ocasiones a través de la historia. Pero la mujer, simplemente, se comportó como si... no le hubiese entendido. En el centro de Arlon ya ha tenido tiempo de fijarse en «una joven encantadora», y cuando hace unos días la vio asomada a una ventana enseguida guio su montura hasta allí y empezó a darle conversación en francés. Pero a los pocos instantes de iniciar el galanteo apareció una mujer madura que apartó a la

muchacha de la ventana. La joven resultó ser hija del jefe de policía de la ciudad, a quien los alemanes han encarcelado.

La cuarta ofensiva alemana desde marzo se lanzó a mediados del mes pasado, en esta ocasión en el Marne, pero por lo visto ha corrido la misma suerte que las anteriores: primero éxitos significativos y rápidos, amén de importantes bajas para la Entente (que la propaganda alemana presenta en negrita y al son triunfal de campanas), luego el ritmo de los avances decrece progresivamente debido a problemas de suministros y a un endurecimiento de la resistencia que ofrecen los reemplazos aliados enviados al lugar a toda prisa. En la actualidad también la presencia de unidades americanas se ha hecho notar. Porque si bien los recién llegados pelean desatendiendo de forma más bien descabellada los conocimientos sobre táctica militar adquiridos durante los últimos años, cosa que ha conllevado un gran número de bajas —en realidad, completamente innecesarias—, su mera masa numérica decanta la balanza, máxime cuando el objetivo de las ofensivas alemanas era alcanzar una resolución antes de que los americanos se involucraran seriamente en la guerra. Desde hace tres días las unidades alemanas han retrocedido más o menos al punto de partida.

Arlon, pues, se halla cerca del sector del frente donde se desarrolló esta última ofensiva; se ha pensado que las unidades austrohúngaras refuercen el frente alemán. Este día Kelemen ve pasar por primera vez una cuadrilla de prisioneros americanos. Para él el encuentro resulta francamente desmoralizante. En su diario anota:

*Su pasmosa condición física, la exquisita calidad de sus uniformes, el cuero tan recio de sus botas, cinturones y demás, sus miradas autosuficientes, pese a ser prisioneros, me hicieron caer en la cuenta de lo que han supuesto cuatro años de guerra para nuestros soldados.*

Este mismo día Harvey Cushing escribe en su diario:

*Es el tercer día que paso en cama con una enfermedad que aún está por diagnosticar, pero que yo considero la gripe española, o la tos de los tres días, o como se la quiera llamar. Tras dos días de dar vueltas por los alrededores de Château-Thierry volví, sin cenar, empapado y con hipotermia, en un coche abierto hacia la una de la madrugada. De repente me sentí muy viejo, y el chófer tuvo que ayudarme a subir las escaleras. Los dientes me castañeteaban y estaba completamente rendido.*



*Sábado, 17 de agosto de 1918*

## ELFRIEDE KUHR CONTEMPLA EN SCHNEIDEMÜHL A UN LACTANTE MUERTO

Una oscura noche de verano. Calor. Ha muerto ya aquel niño de seis meses que era su predilecto. La demacrada criatura falleció ayer, en los brazos de Elfriede: «Simplemente reclinó la cabeza, que parecía demasiado grande para su esquelético cuerpo, contra mi brazo, y murió sin estertores ni suspiros».

Ahora son las tres de la madrugada, y Elfriede va una vez más a mirar el cuerpo. Sigue tendido en la cuna cubierta por una red, cuna que han sacado a un pasillo donde hace más fresco. Junto al escuálido y diminuto cadáver Elfriede ha dejado un ramillete de flores silvestres recién cogidas de un prado; sin embargo, el resultado no tiene el efecto deseado: «Por desgracia, rodeado de las flores parecía un enano muy viejo que llevara muerto más de cien años».

Mientras está ahí de pie contemplando el cadáver, de pronto se eleva del lecho un débil rumor. Suena como un zumbido sordo y apagado que pulsara a veces más fuerte, a veces más flojo, a veces sin sonar nada. Desconcertada, Elfriede se inclina hacia delante. Sí, proviene de... ¿la cuna? No puede ser: mira, escucha y descubre con horror que el sonido proviene del... niño muerto. ¿Y si, de alguna manera, ha vuelto a la vida? El sonido podría provenir de sus pequeños pulmones. Se inclina todavía más, y sí, es como si saliera de sus labios entreabiertos. ¡Intenta respirar!

Se arma de valor, agarra las mandíbulas del niño y las fuerza para que entre aire. Y al instante se echa para atrás.

De la boca del niño sale un enorme moscardón.

Elfriede lo espanta a manotazos, llena de asco.

Después vuelve a ceñir la red alrededor de la cuna, vigilando que quede muy bien ajustada.

*Sábado, 24 de agosto de 1918*

## HARVEY CUSHING ESTUDIA MANOS PETRIFICADAS EN SALINS

Ha llovido casi todo el día. El trayecto de ascenso a la montaña es lento y pesado, pero vale la pena. La vista es arrebatadora, el paisaje también, así tan intacto a pesar de la guerra. Cushing forma parte de una pequeña delegación que va a visitar la Station Neurologique n.º 42, que se aloja en la antigua fortaleza montañesa de Salins, al sur de Besançon.

Cushing se encuentra aquí por razones profesionales. Como bien revela el nombre, se trata de uno de los muchos hospitales de neurología del ejército, especializado en un tipo concreto de lesión neurológica: manos petrificadas y parálisis de pies. El primer tipo le interesa especialmente. Todos los médicos militares conocen el fenómeno: hombres cuyas manos están contraídas en una especie de calambre permanente, con frecuencia retorcidas en imposibles posturas hacia el antebrazo. Un *origami* muscular. No se suele encontrar ninguna lesión propiamente dicha en la extremidad en cuestión; sencillamente parece como si se hubiera congelado en un ángulo que se diría imposible. Cushing se asombra de la gran variedad. Los médicos franceses hasta han desarrollado una tipología: *main d'accoucheur*, *main en bénitier*, *main en coup de poing*, etcétera.

A menudo la dolencia aparece tras un periodo largo de vendaje o estiramiento. Pero se dan, además, casos con otros antecedentes, asimismo bien conocidos. A menudo el defecto afecta a hombres que han sufrido una leve —en ocasiones hasta trivial— lesión en combate, que de forma consciente o inconsciente consideran su herida demasiado anodina y, por añadidura, temen ser devueltos al frente.

El tratamiento se basa solo en psicoterapia, y esta la dirige un capitán apellidado Boisseau, un hombre muy hábil. Cushing tiene la oportunidad de presenciar con asombro cómo Boisseau trata a un «autodeformado» recién llegado y cuidadosamente, con palabras, deshace su paralizada contractura. En una sala se ven expuestas una pequeña colección de bastones y muletas, corsés y férulas utilizadas por antiguos pacientes.

El tratamiento, sin embargo, no es seguro al cien por cien. En la aldea a los pies de la montaña se halla el cuartel adonde envían a los dados de alta. Allí se les clasifica en tres grupos: a) los recuperados del todo que están listos para el servicio en el frente, b) casos sin clarificar y c) enfermos permanentes. Cushing y los demás ven desfilar a los del primer grupo, con su equipo de combate al completo. Entre estos, sin embargo, uno de los neurólogos franceses descubre una recaída. Al hombre lo sacan inmediatamente de la fila y lo envían de vuelta a la Station Neurologique n.º 42, donde le esperan tres días de aislamiento antes de iniciar la terapia de nuevo. «Una psique que lucha por ganar control sobre otra, una psique que, sin embargo, tiene buenos motivos para resistirse.»

Bajo una lluvia torrencial conducen de vuelta a Besançon. Más tarde, uno de los guías les invita a cenar.

*Domingo, 1 de septiembre de 1918*

## WILLY COPPENS ESTÁ EN CAMA CON UN RESFRIADO EN LES KOËRES

El caluroso agosto ha quedado atrás. Ha sido un mes rico en acontecimientos. Coppens ha prolongado su historial de victorias con seis cifras más. Todos los elementos derribados eran globos cautivos alemanes, su especialidad. (Desde comienzos de año el palmarés comprende 27 victorias.) Conoce el peligro; en varias ocasiones ha vuelto con orificios de bala y fragmentos de metralla incrustados en su avión (las rajaduras se arreglan con retales blancos que resaltan contra el intenso azul de su biplano Hanriot), y hace poco más de una semana estuvo a un tris de ser derribado por un avión alemán que se le acercó sorpresivamente.

Con todo, Coppens se halla en un extraño estado de ánimo. La mañana del 10 de agosto abatió tres globos cautivos en el transcurso de una hora y media. «Mientras duró el vuelo», escribe:

*El considerable éxito y la sensación de haber eludido el peligro resultaban excitantes, pero una vez hube aterrizado y estando de nuevo de vuelta entre el grupo del escuadrón, el combate, que hace un momento me provocaba tan alto grado de excitación, perdió gran parte de su sentido. El júbilo se extinguió, y vino a sustituirle el hastío.*

Cuando no están en el aire sus vidas se caracterizan por la inquietud típica de la juventud. Él y los demás pilotos se divierten sin parar, van de juerga, frecuentan restaurantes y teatros, juegan al tenis en la cancha que ellos mismos han construido junto al campo de aviación, además de gastarse infinidad de *practical jokes* (jugarretas). La última que hicieron fue telefonar a otro escuadrón y hacerle creer al que se puso al aparato que el rey iba a hacerles una visita.

Este día Coppens está en cama con un resfriado, cosa inusual. Parece que todas las horas que se pasan al aire libre y a elevadas alturas más bien les protegen de dichas banalidades. Lee una carta de su padre, quien todavía está en la Bruselas ocupada. Coppens escribe:

*La carta estaba formulada con el imaginativo lenguaje que solíamos utilizar para este menester, pero leyendo entre líneas comprendí que había oído hablar de mis últimas victorias contra nuestros detestables enemigos. Sin embargo, en una frase, donde me exhortaba a tener cuidado, percibí su miedo a que yo tentara mi suerte demasiado y a que esta se volviera contra mí. ¿Acaso no tenía ese temor mucho de natural y también algo de profético?*

*Martes, 10 de septiembre de 1918*

ELFRIEDE KUHR LEE UNA CARTA DE SU MADRE

El otoño ya está aquí. La mayoría de las farolas están apagadas debido a la escasez de gas. Ya no hay patatas. La abuela de Elfriede está enferma de la gripe esa y pasa la mayor parte del tiempo acostada en el sofá. Una de las vecinas tiene un hermano a quien le acaban de amputar una pierna. Al hermano de Elfriede le ha tocado un destino como oficinista del ejército, y Elfriede ha hecho perecer a su álter ego de mentirijillas, el teniente Von Yellenic, más que nada porque opina que ya es mayor para tales juegos. (Ella y Gretel organizaron un verdadero funeral. El teniente Von Yellenic yacía de cuerpo presente, condecorado con una Cruz de Hierro de cartón. La ceremonia transcurrió al son de la marcha fúnebre de Chopin e incluyó unas salvas finales disparadas por tres bolsas de papel infladas que Elfriede hizo estallar. Gretel lloraba desconsoladamente.)

Este día Elfriede y su hermano reciben una carta de su madre:

*Hijos, este otoño me deprime. Llueve, llueve a cántaros, hace frío. Y para colmo he perdido mi cartilla de racionamiento del carbón. Lo primero que tengo que hacer mañana es llamar al carbonero. Por suerte me aprecia mucho y no me dejará en la estacada. La monotonía de mi trabajo en la oficina ha empezado a consumir mis fuerzas. Echo de menos la libertad y la música. Pero ¿quién está para estudiar música en estos tiempos que corren? Si no fuera por la fiel señorita Lap, que sigue viniendo por las tardes a tomar lecciones, el piano nunca saldría de su sopor. La visión de las aulas vacías me da escalofríos. En Berlín todo el mundo exige paz. Pero ¿qué clase de paz será? ¿Una paz a la que realmente debemos aspirar? Si nos vencen lo perderemos todo. ¡Nuestros valerosos soldados! Querido Gil, querida Piete,<sup>276</sup> ¡Cruza los dedos por la pobre Alemania! ¡No puede ser que toda esta sangre se haya derramado en vano!*

*Miércoles, 25 de septiembre de 1918*

## HERBERT SULZBACH RIÑE A UN SOLDADO EN FRÁNCFORT DEL MENO

Ha vuelto a ir a su casa de permiso. Algo está sucediendo. Algo ha sucedido ya. Sulzbach encuentra sombría su ciudad natal.

Primero en un sentido concreto. En Fráncfort del Meno hay apagón general para que sus luces no guíen a los aviadores franceses: regularmente la ciudad es sometida a bombardeos. (En una incursión de hace aproximadamente un mes murieron 17 personas.) Pero también en el figurado. Eso pudo notarlo ya cuando estuvo aquí a principios de año. Huelgas, escasez de comida, ansiedad, ansiedad por cómo va a acabar todo. Las noticias que llegan del frente occidental siguen siendo malas. Y se dice que en el frente oriental Bulgaria está a punto de claudicar.

A Sulzbach nunca antes le han recibido con tanta alegría. Es como si su madre y su padre hubieran empezado a perder la esperanza de volver a ver a su hijo con vida.

Sulzbach está cansado, desgastado e irritable tras los duros combates y fracasos de las últimas semanas. Le resulta difícil tolerar el descontento entre la propia gente. Si los soldados aguantan, ¿no debería hacerlo también la población civil? Todos esos derrotistas y protestones le amargan los ánimos. Sin embargo, posee suficiente sentido de la autocrítica para darse cuenta de que sus largos años en el frente le han condicionado hasta tal punto que ya no puede percibir el mundo con otros ojos que los de un militar.

Sulzbach ha visitado a la madre de Kurt, quien le ha regalado la última fotografía que se le tomó a su amigo. Y ha visitado la tumba de este.

El mismo día Sulzbach camina por la calle cuando le adelanta un joven uniformado que no hace el saludo militar. Sulzbach, que luce su Cruz de Hierro, y de primera clase, interpreta la omisión como deliberada. Y no piensa tragar tan flagrante desacato a la disciplina castrense. Él, normalmente de talante tan extrovertido y jovial, que apenas nunca discute con nadie, le suelta al joven soldado una bronca tremenda: «¡Algo hay que hacer cuando estos estúpidos jóvenes aquí en casa ostentan públicamente su indisciplina! ¿Por qué será que, cuando funciona todo tan bien en el frente, tenga que pasarte algo así cuando estás en casa?».

Más tarde ese mismo día aeroplanos franceses vuelven a lanzar bombas sobre la ciudad.

Lunes, 14 de octubre de 1918

## WILLY COPPENS RESULTA HERIDO SOBRE THOUROUT

De saber que formaría parte de la patrulla del alba, sin duda se habría acostado más temprano. Era alrededor de la medianoche cuando Coppens volvió montado en su motocicleta (todo estaba ya apagado y en silencio) y leyó la orden del día a la luz de un fósforo; enseguida comprendió que tendría que levantarse demasiado pronto.

Ahora son las cinco, habrá dormido unas cuatro horas. Coppens sabe por qué tienen que madrugar tanto. Esta mañana también el ejército belga inicia una ofensiva con la finalidad de incrementar la presión sobre los ya muy apurados alemanes. El fin no puede estar muy lejos.

El problema es que hay niebla y el cielo está gris y encapotado. Los aeroplanos han sido sacados de sus hangares de lona verde pero apenas se ven en la penumbra. No hay suficiente luz para volar; todavía no. Así que esperan.

A las 5.30 horas los cañones abren fuego allá por el este. Sus relámpagos se funden con la delgada membrana rojiza del sol saliente. Coppens nunca antes ha oído un fuego de artillería tan intenso en este sector del frente. Se dirige al hombre que tiene a su lado y dice: «¿Será esto el final de la guerra?».

A las 5.35 horas viene uno de los oficiales del Estado Mayor con una llamada de auxilio de las primeras líneas: ¡Destruyan el globo cautivo de Thourout! La artillería belga está expuesta a un contrafuego certero, y seguramente el director de fuego artillero alemán estará a bordo de la *saucisse*, la salchicha (es el mote corriente con que se conoce a estas aeronaves) suspendida en el aire algo detrás de las líneas enemigas. Este tipo de globos —anclados en tierra mediante cables de acero y dotados de unos cestos donde uno o dos oteadores comunican por teléfono sus observaciones al suelo— son utilizados por todos los ejércitos. Constituyen una imagen aborrecida para los soldados de infantería, una apreciada técnica auxiliar para los artilleros y un objetivo gratificante, aunque peligroso, para los aviadores. Las «salchichas» están protegidas por grupos de baterías antiaéreas. Además, incendiar una de esas vejigas infladas de gas hidrógeno es más difícil de lo que se cree; se requieren intrepidez y proyectiles especiales, o bien en forma de municiones incendiarias o bien de cohetes.<sup>277</sup> En ningún caso está claro el desenlace de antemano.

A las 5.40 horas Coppens despega en su Hanriot azul. Su camarada de vuelo es un piloto nuevo, Etienne Hage. La capa de nubes se extiende ininterrumpidamente a una altura de aproximadamente 900 metros. Coppens y Hage se sitúan ambos justo por debajo de ella, a unos 800 metros. El sol ha salido, pero apenas es capaz de atravesar la neblina gris de octubre. Los dos pilotos vuelan hacia el frente a media luz.

Al aproximarse a las líneas atrincheradas Coppens descubre que no se trata de un globo cautivo sino de dos. Uno de ellos, en efecto, está suspendido sobre Thourout, a una altura de unos 500 metros. Simultáneamente, otro se está elevando sobre Praet-Bosch. Ha alcanzado ya los 600 metros

de altura y sigue subiendo.<sup>278</sup> Coppens sabe por experiencia que en tales situaciones siempre hay que comenzar por atacar el globo más bajo. Tan pronto una «salchicha» ha sido agredida, el personal de tierra enseguida empieza a tirar de ella, y como los alemanes, desde hace poco, utilizan tornos a motor, el proceso puede ser bastante rápido. Si un globo cautivo ha descendido mucho, la defensa antiaérea puede alcanzar fácilmente al atacante, con lo cual es prácticamente un suicidio proseguir el ataque. (Los pilotos de combate británicos, por ejemplo, siguen una regla simple según la cual nunca hay que atacar las «salchichas» que se encuentren a 300 metros, o menos, de altura.)

Pero Hage es inexperto y se entusiasma. Coppens pone curso al globo de Thourout, mientras que Hage coloca su avión delante del de Coppens, obligándolo así a atacar al globo sobre Praet-Bosch primero.

A las 6.00 horas Coppens dispara su primera ráfaga, una breve. Se da cuenta de que la cubierta del globo ha prendido fuego y comienza, por tanto, a virar rumbo al globo número dos. Hage, en cambio, no ve que el globo ha empezado a arder, ya que el fuego se propaga lentamente en el aire frío y húmedo, de modo que regresa para un segundo ataque. Coppens vacila. Con el rabillo del ojo detecta que ya han empezado a halar el globo de Thourout, por el otro vislumbra unos aeroplanos que no puede identificar. ¿Serán enemigos? No quiere dejar a Hage solo, así que da media vuelta, justo a tiempo de ver el globo de Praet-Bosch inflamarse y caer al suelo estrujado por las llamas.

Ahora, ambos ponen rumbo al globo de Thourout.

Este está descendiendo hacia el suelo a marchas forzadas. Cuando lo alcanzan ya ha pasado por debajo del peligroso límite de los 300 metros.

Coppens vuela por en medio de una tempestad de explosiones de granadas y de oscilantes estelas de luz dejadas por las balas trazadoras. Ha descendido tanto que puede oír «el malévolo ladrido» de las ametralladoras, sonido que, normalmente, durante un combate aéreo, siempre queda ahogado por el rugido del motor.

Unos segundos más tarde, a las 6.05, está lo suficientemente cerca como para abrir fuego. Un instante después siente un impacto violento contra la pierna izquierda. Una blanca oleada de dolor recorre su cuerpo. La conmoción es tan poderosa que su pierna derecha se estira involuntariamente, apretando el pedal derecho del timón hasta el fondo, con lo cual el avión vira hacia abajo y desciende en barrena. El cielo y la tierra ruedan dando tumbos, una y otra vez, al mismo tiempo que la mano de Coppens se agarrota en el disparador de la palanca de mando. Las balas salen a chorro del aeroplano, que gira dando bandazos.

Los calambres del dolor se atenúan un poco. Con gran esfuerzo Coppens consigue detener la caída en espiral contra el suelo. Su pierna izquierda ya no le obedece, por el contrario, cuelga inerte; siente el bombeo de la sangre saliendo de ella. (Más tarde sabrá que una bala trazadora atravesó el fondo de la carlinga alcanzándole en la parte inferior de la pierna, desgarrando los músculos y cortando tanto la tibia como la arteria.) Sin embargo, con el pie derecho Coppens todavía puede maniobrar los dos pedales conectados del timón.

Ahora solo tiene en mente dos cosas. Una: alcanzar sus propias líneas; *no puede* caer prisionero. Dos: no puede perder el sentido; en ese caso se estrellaría.

Mareado por el dolor y la pérdida de sangre se arranca primero sus gafas de aviador y su casco de cuero —los guarda en el bolsillo de su chaqueta— y luego la bufanda de seda que se ha liado en

torno a la cara para protegerse del frío. Porque eso es precisamente lo que necesita en estos momentos: frío. Para mantenerse despierto.

Lo consigue.

Después de cruzar la línea del frente belga realiza un aterrizaje forzoso en un pequeño campo junto a un camino. Unos soldados se apresuran hasta allí para ayudarlo. En su afán por sacarle de la carlinga bañada de sangre hacen, literalmente, pedazos el aeroplano.

Coppens es transportado en ambulancia hasta el hospital de De Panne junto con dos soldados heridos. Debilitado por la pérdida de sangre y cada vez más mortificado por el dolor, siente que el viaje lleno de baches en la ambulancia no acaba nunca. Conoce el camino. Él y los demás pilotos lo han recorrido incontables veces, yendo o viniendo de distintas diversiones en De Panne. De modo que yace tendido en la zona de carga sin ventanas de la ambulancia intentado calcular dónde se encuentran; cuánto, exactamente, falta para llegar.

A las 10.15 horas el vehículo se detiene frente a la acera del Hôpital de l'Océan. Oye gritar al conductor que el célebre piloto se está muriendo. Coppens es trasladado en camilla. En espera del médico se incorpora y se despoja de la chaqueta de cuero. Es el último recuerdo nítido que tiene.

A partir de aquí la inconsciencia, la fiebre, el éter y el cloroformo se funden dejando tras de sí recuerdos de un carácter fluido y onírico: imágenes de quirófanos y de médicos de blanco, imágenes de una figura alta y delgada que se inclina sobre él para prenderle una medalla en el pecho, imágenes de un hombre que le hace honores con un sable desenvainado y lee un comunicado en voz alta. Y siempre esa sed constante; más tarde comprenderá que es a causa de la pérdida de sangre.

Después recordará con horror «esos días terribles con sus largas noches». Al cabo de una semana todavía no se sabe si sobrevivirá. Le amputan la pierna izquierda.

Mi estado general empeoró, y perdí el ánimo. Ya no tenía fuerzas para oponer resistencia. El hecho de que me anestesiaran en la mesa del quirófano cada día desgastó progresivamente mi sistema y, pese a todos los cuidados que recibí, me dejó con los nervios destrozados.

A veces le sobreviene un abatimiento «demasiado pavoroso para describirlo en palabras». Lo peor son las noches.



*Martes, 15 de octubre de 1918*

## ALFRED POLLARD ENFERMA EN PÉRONNE

Su viaje en tren es desapacible. Pese a tener una manta con la que calentarse no cesa de sentir frío. Además, le estalla la cabeza. Y cuando, a pesar de todo, consigue dar unas breves e intranquilas cabezadas, su consciencia se inunda de «extrañas pesadillas».

Pollard va de camino al frente. Quiere sentir «la emoción del asalto» por última vez; eso es lo que él mismo dice. El ejército alemán ha iniciado una retirada general. El final está cerca. Pero no es solo la excitación de la batalla lo que le seduce: el estar presente en el momento decisivo es para él una cuestión de autoestima.

En lo que va de año se ha visto ocupado en una serie de actividades tras las líneas, últimamente seleccionando soldados activos de entre el número de no combatientes de uniforme que llenan la impedimenta y la retaguardia, dado que por cada hombre que combate en las trincheras hay unos quince que realizan distintos cometidos de soporte, principalmente proveer suministros y municiones a los que están en primera línea. Las bajas del ejército británico han sido tan cuantiosas que la falta de efectivos en la línea de fuego se ha vuelto verdaderamente acuciante. (Francia, por otro lado, se enfrenta al mismo problema. El ejército francés, en su apuro, ha empezado a mordisquear de las futuras promociones de reclutas; ahora ya llaman a filas a chicos de 17 años.) Los seleccionados que Pollard se encarga de instruir no tienen nada de voluntarios; se trata de una variedad de tipos, desde hombres con leves discapacidades a criminales excarcelados con el único fin de mandarlos al frente. Entre sus soldados hay nada menos que once asesinos convictos. Pollard mantiene una disciplina de hierro y es rudo. Lleva un uniforme a medida.

La notificación de que su batallón iba a entrar en servicio nuevamente ha inducido a Pollard a solicitar la baja de su puesto en el campamento de instrucción. En estos momentos viaja en tren en dirección a Péronne, donde espera que alguien del batallón le reciba. Tiritita de frío y sigue mortificado por las pesadillas febriles.

Se apea del tren en Péronne pasados unos minutos de la medianoche. Hace una noche estrellada y fría. Nadie ha venido a recibirle en la estación, así que deja a su asistente allí para que vigile su equipaje. La ciudad está vacía, silenciosa, sumida en la oscuridad; da la impresión de haber sido abandonada. Solo hace poco más de un mes que la reconquistaron tropas australianas. Pollard sale de la ciudad y, guiándose por las estrellas, dirige sus pasos hacia el este. Tarde o temprano tiene que llegar al frente. Allí encontrará a alguien que sepa decirle dónde para su batallón.

Los pasos de Pollard se vuelven cada vez más vacilantes. Cae de bruces, se levanta con gran esfuerzo. Está enfermo, aquejado de la gripe que han contraído tantas personas en Europa, de hecho, en todo el mundo. La afección tiene su origen en Sudáfrica pero se la denomina la «gripe española» o, simplemente, «la española».<sup>279</sup>

La carretera nocturna se vuelve cada vez más estrecha. ¿O acaso son sus piernas las que no le

obedecen del todo? En él se está librando lo que será su última batalla, la entablada entre un cuerpo cada vez más débil y un espíritu que se niega a aceptar los hechos, el mismo espíritu que le ha inducido a arriesgar su vida una y otra vez, pese a las casi nulas expectativas de éxito y arrojando inmensos peligros. Su cerebro ardiente por la fiebre se llena de «extrañas ocurrencias».

En esas que cae de nuevo. Intenta levantarse pero, por el contrario, se hunde «derecho en un abismo»; su último recuerdo es estar cayendo y que la caída no tiene fin.

*Sábado, 26 de octubre de 1918*

## EDWARD MOUSLEY ES TESTIGO DE UN BOMBARDEO SOBRE CONSTANTINOPLA

Hacia las dos de la tarde Mousley oye unas explosiones. Aviones. Él y los otros pacientes del gran hospital salen corriendo para ver mejor. El cielo es azul. Siete veloces aeroplanos sobrevuelan Constantinopla, seguidos de la cola de humo de las granadas detonadas por la defensa antiaérea. Aquí y allá caen bombas. Blancas nubes de humo se elevan por encima del hervidero de tejados, almenas y pináculos. Mousley observa satisfecho que, al parecer, han alcanzado al Ministerio de la Guerra.

Los aviones efectúan un viraje en perfecta formación (le recuerdan una línea de urogallos), doblan cruzando el Cuerno de Oro hacia Beyoglu, dejan caer unas bombas sobre el puente de Gálata y otras cuantas sobre la embajada alemana. A continuación vuelven a dar media vuelta y pasan en vuelo rasante por encima de la gran estación de ferrocarril ubicada junto al hospital. Una ametralladora instalada en un jardín cercano abre fuego, y su estridente crepitar se superpone al ruido sordo de los cañonazos lejanos de la defensa antiaérea. Caen unas cuantas bombas más. Una de ellas alcanza un barracón.

Las bolas de humo de la defensa antiaérea continúan resiguiendo el movimiento de los aviones, pero aún ninguno de ellos ha sido alcanzado. Finalmente, los cañones de la batería antiaérea dejan de ladrar y las bolas de humo se disipan en el viento. Un avión otomano se eleva para atacar a los agresores. Unos turcos que están de pie junto a Mousley señalan al aviador solitario con evidente orgullo. Dos de los siete aviones atacantes rompen la formación y ponen curso a la nave otomana. Las ametralladoras tabletean en lo alto del cielo. Unos instantes después el avión otomano, haciendo eses, se estrella contra el suelo. Los siete aeroplanos desaparecen por el oeste.

Al cabo de unas horas Mousley recibe noticias sobre el resultado de la incursión. En términos materiales los daños son de escasa magnitud. Por lo visto, ha muerto un coronel turco. Los efectos morales, en cambio, son tanto más considerables. Los siete aviones no solo han soltado bombas, sino también octavillas en las que se precisan los logros y reveses de las partes beligerantes. Lo más importante de todo, sin embargo, es que la incursión ha dispersado para siempre la sensación de invulnerable superioridad que durante largo tiempo dominaba en Constantinopla. La ciudad está conmocionada. Mousley escribe en su diario:

*Al comprender ahora lo flojo que debe de haber sido el apoyo de que disponían los gobernantes cuando, a través de muchas crisis, mantenían a Turquía en la guerra, lo indiferente que gran parte de la población tiene que haberse sentido ante la idea de involucrarse en ella en primer lugar, y lo reacio a seguir luchando por Alemania que tiene que haber estado el hombre de la calle, se comprende que los ataques aéreos y la propaganda podrían haber proporcionado mucho antes una idea clara de lo que la*

*guerra suponía en realidad.*

Más tarde le dicen que la ira provocada por el ataque no se dirige contra los que lo han realizado, es decir, los británicos, sino contra Alemania. En Beyoglu han resultado agredidos varios ciudadanos alemanes, mientras que unos oficiales alemanes han sufrido las amenazas, cuchillo en mano, de unas mujeres indignadas.

*Miércoles, 30 de octubre 1918*

## HARVEY CUSHING ESCUCHA LA HISTORIA DE UN JOVEN CAPITÁN EN PRIEZ

Sea lo que sea lo que ha contraído no hay modo de que remita. Hace unos diez días consintió en que lo ingresaran, a regañadientes pese a comprender que estaba muy grave. Llegado a ese punto Cushing tenía mareos, le costaba andar, de hecho hasta tenía dificultades en abrocharse los botones de la ropa. El hospital está en Priez, y ahora se está recuperando. Dedicó su convalecencia a leer novelas, dormir, cazar moscas y tostar pan en la pequeña chimenea.

Pero aunque su cuerpo todavía le traicione, tiene la mente abierta como de costumbre y a su faceta de profesional le cuesta soportar la falta de actividad. Uno de los pacientes de su pabellón es un joven capitán, un compatriota, y Cushing ha aprendido a entender el tartamudeo del joven y a reconocer su paso renqueante, vacilante. El joven capitán parece sufrir algún tipo de variación de la neurosis de guerra. El médico que lleva a Cushing en Priez conoce su interés por este tipo de afecciones. Y ha permitido que Cushing esté presente mientras conversa con dicho paciente.

Este día ambos facultativos realizan una entrevista final con el joven capitán tartamudo, y más tarde Cushing resume el caso en su diario.

El paciente, denominado B, tiene 24 años de edad, es rubio, de cabello bien cortado, estatura media y fisonomía musculosa; ha sido jugador de fútbol americano. B no consume bebidas alcohólicas ni tabaco. Se ha criado en un ambiente acomodado. Ha sido miembro de la Guardia Nacional desde 1911, estuvo estacionado en la frontera sur durante la guerra de México en 1916, sentó plaza en enero de 1917, ascendió a alférez ocho meses más tarde y desembarcó en Francia (con el 47.º Regimiento de Infantería) en mayo de 1918.

B ha llegado a Priez remitido por uno de los hospitales militares más cercanos al frente para recibir tratamiento por sus graves problemas psicosomáticos. Aparte de unas heridas leves —entre otras cosas, unas quemaduras producidas por gas mostaza— estaba físicamente indemne cuando el día 1 de agosto salió de la primera línea, pero padecía graves alteraciones de vista y motricidad. Por su parte, B insistía en que lo único que precisaba era descanso, por lo que se tuvo que hacer uso de la fuerza para que ingresara. Cuando B llegó a Priez estaba ciego y apenas podía caminar.

Como recién llegado a Francia y a fin de observar y adquirir experiencia, B fue destinado a distintas unidades en la línea del frente, lo que significa que no tardó en entrar en combate. En mayo formó parte de la retirada británica del Somme, a comienzos de junio del cuerpo de marines cuando estos recibieron el bautismo de fuego en el bosque de Bellau, y a mediados de julio siguió a una unidad francesa que tuvo que rechazar reiterados avances alemanes.

A finales de julio fue enviado en camión junto con su propio regimiento a un sector del frente situado al oeste de Reims, donde franceses y americanos habían iniciado un contraataque. La idea era que funcionaran como un cuerpo de bomberos que se ponía en servicio en los lugares en que los atacantes se encallaban. La noche del 26 de julio el regimiento atravesó un bosque lleno de gas. Al

amanecer les hicieron bajar de los camiones para participar en un ataque ya iniciado. Como no era más que teniente, B no tenía el menor conocimiento del plan. Este era el primer combate en serio de la unidad, y apenas pusieron los pies en el campo de batalla cayeron bajo un pesado fuego artillero. El teniente coronel y uno de los comandantes resultaron gravemente heridos, y pronto murieron el otro comandante y el capitán de B. Esto implicaba que, de repente, B se había convertido en el oficial de más graduación del batallón.

En medio de este caos apareció «de la nada» un general al que B no conocía, quien le señaló con la mano y dijo: «Tiene usted que cruzar un río que está por allá y tomar una ciudad llamada Sergy». El batallón ya estaba cansado tras la marcha nocturna y trastornado por el pesado fuego artillero, pero B se encargó de que se colocaran en formación de combate. Avanzaron por un trigal donde las espigas llegaban a la cintura, bajo un pesado fuego artillero alemán, cruzando el río (que resultó ser poco más ancho que un arroyo), hasta entrar en Sergy. Hacia las diez de la mañana habían limpiado la ciudad de enemigos. Más tarde les sometieron a un intenso bombardeo preliminar, y luego la infantería alemana emprendió un contraataque.

Y así continuó. A un ataque le sucedía un contraataque. Durante cinco días la pequeña ciudad cambió de amos en nueve ocasiones. Una vez tras otra les hicieron retroceder fuera de la ciudad, hasta el estrecho río y el pequeño molino que B había designado como cuartel general y puesto de socorro combinado. Una vez tras otra se lanzaron al contraataque y reconquistaron Sergy. Entraron en combate con 927 soldados rasos y 23 oficiales. Hacia finales del quinto día quedaban 18 soldados y un oficial; los demás estaban heridos o muertos.<sup>280</sup> Cushing anota:

*B reconoce que, llegado a este punto, la situación le hastiaba. Él era el responsable de la protección antigás, y casi todos sus hombres estaban más o menos heridos por este, muchos de ellos con graves quemaduras.<sup>281</sup> Además, hacía las funciones de oficial de enlace, de una a dos veces por día y de dos a tres veces por noche. Esto era una necesidad, ya que las líneas telefónicas con el 168.º <sup>282</sup> no tardaron en ser cortadas a tiros y no había nadie en el cuartel general que pudiera descifrar señales luminosas. Durante todo el periodo en cuestión no se pudo mantener una comunicación estable con la retaguardia. B era asimismo enfermero, encargado de que los heridos fueran llevados de vuelta al molino, cosa que se llevaba a cabo bajo constante fuego artillero. Él mismo realizó dos amputaciones con un cuchillo de campaña y un viejo serrucho que encontró en el molino. Una noche cargaron 83 hombres en camillas improvisadas y los enviaron a la retaguardia.*

Cuando había la suficiente calma destinaban las noches a buscar comida y municiones entre los caídos propios y los enemigos. Durante un tiempo su munición se redujo a 20 balas por hombre. Durante gran parte del tiempo hicieron uso de fusiles y munición alemana, incluidas granadas de mango,<sup>283</sup> las cuales en un principio provocaron bastantes bajas entre la tropa. Las granadas de mango alemanas tenían un tiempo de ignición de tres a cuatro segundos comparado con los cuatro a cinco de las nuestras. La comida alemana era buena, es decir, la que pudieron encontrar: salchichas, pan y latas de carne argentina.

Los menos extenuados tenían que reunir a los heridos. Se trataba de una ardua tarea. A menudo estos solo podían ser levantados dos o tres pasos a la vez, dependiendo de las circunstancias. Muchos con tres o cuatro heridas continuaban luchando, en la práctica no tenían otro remedio. Con frecuencia los ilesos y los heridos combatían juntos; cuando estos últimos no se tenían en pie les tocaba cargar fusiles de reserva. Los hoyos de las granadas eran su único abrigo.

Fue en estos días cuando B vio por primera vez un caso de neurosis de guerra. Él no entendió nada, sino que creyó que el hombre era un cobarde. Cada vez que caía una granada en las cercanías el hombre corría a buscar refugio, temblando y dando sacudidas. Pero después siempre volvía y reanudaba su cometido. Lo que el hombre no soportaba eran las explosiones. Por otro lado, todos estaban bastante trastornados tras el casi incesante fuego artillero, granadas altamente explosivas mezcladas con gas.

Lo peor de todo, sin embargo, era seguramente el gas lacrimógeno, que olía a peras podridas y les hacía estornudar y a menudo también vomitar en sus máscaras antigás, obligándoles a desprenderse de ellas y que fuera lo que Dios quisiera. Todos estaban más o menos afectados, y el lagrimeo les hacía apuntar mal.

El lunes B quedó muy aturdido cuando un fragmento de metralla de una granada altamente explosiva le dio en el casco. Él lo compara con un golpe en la sien con una pelota de béisbol. La tropa creía a menudo que les habían herido. Podían sentir un golpe en la pierna y ver sangre y un rasguño en el pantalón, pero cuando se los bajaban solo encontraban un morado; la sangre provenía de una herida del soldado que tenían al lado.

El paciente le cuenta a Cushing y a su colega que los relevaron al anochecer del miércoles. Pese a no haber dormido prácticamente nada durante seis días tuvieron que marchar a pie toda la noche. Hasta la hora del almuerzo del día siguiente no pudieron hacer un alto. Entonces les sirvieron comida caliente y un teniente coronel comprensivo obligó a los soldados a irse a dormir.

B por su parte, no pudo descansar, pues descubrió que le faltaba su libro de códigos y tomó prestada una motocicleta para regresar a Sergy. Allí encontró el libro en el bolsillo de su propia guerrera, que él mismo había plegado y colocado como almohada bajo la nuca de un soldado herido. Éste estaba muerto pero el libro de códigos seguía allí. Justo cuando B estaba a punto de marcharse descubrió a un herido que había sido olvidado en la ribera. Intentó vadear la corriente con el hombre en brazos, pero les empezaron a disparar. Al herido lo mataron a balazos, él por su parte recibió un fuerte golpe. Aturdido, encontró su motocicleta y, todavía bajo el fuego, se marchó de allí.

Cuando regresó, los que estaban allí enseguida vieron que algo andaba mal. B tenía temblores y tartamudeaba y le costaba incluso sentarse. Le dieron a beber whisky y le echaron agua helada. Nada surtió efecto. B se sentía muy mal, vomitaba, padecía una terrible cefalea, le zumbaban los oídos, se sentía mareado y una neblina amarillenta le nublabla la vista. No se atrevía a dormir puesto que se le había metido entre ceja y ceja que, de hacerlo, estaría ciego al despertar. A partir de aquí sus recuerdos se vuelven inconexos.

Hacia el final de la entrevista le preguntan al paciente cómo se encuentra en esos momentos:

*Lo peor actualmente son los sueños; no son sueños, de hecho, porque en mitad de una conversación normal y corriente se me puede aparecer con gran claridad la cara de un*

*alemán a quien le clavé la bayoneta, y entonces oigo esas horribles gárgaras y veo su rostro desencajado. Y si no es a él, veo al hombre a quien uno de nuestros muchachos le cortó la cabeza con un cuchillo de labranza;<sup>284</sup> antes de que el hombre se desplomara la sangre salió disparada a chorros por el aire. ¡Y los atroces olores! Si quiere que se lo diga, apenas soporto ver cómo sirven carne en la mesa. Por no hablar del tormento que supone la tienda del carnicero que tenemos precisamente debajo de la ventana. Cada día que pasa intento acostumbrarme.*

El paciente quiere regresar al frente para participar en la gran ofensiva final. Sin embargo, no está en condiciones de hacerlo. Cushing anota el diagnóstico del joven capitán: «Neurosis psíquica surgida en acto de servicio».



*Domingo, 3 de noviembre de 1918*

PÁL KELEMEN OYE DECIR EN ARLON QUE EN HUNGRÍA SE HA ANULADO LA CENSURA

Es una señal como cualquier otra. Está sentado almorzando en la cantina de oficiales cuando un oficial de intendencia irrumpe en la sala con pánico en los ojos. Al parecer, la censura oficial ha sido anulada en Budapest, ¡y ahora los diarios pueden escribir *lo que quieran!* Entre el correo se han encontrado ejemplares de las últimas ediciones, y en primera página unos titulares en negrita exigen que las tropas húngaras vuelvan enseguida a casa: «Hay que poner fin a este derramamiento de sangre en tierra extranjera por una causa extranjera».

De inmediato, el jefe de división da la orden de que se examine todo el correo y se confisquen todos los diarios que se encuentren. Las noticias pueden tener un efecto devastador sobre la ya tambaleante moral de combate. Dicho y hecho. Registran el correo, pero no se encuentran más diarios.

Los oficiales, muy tensos, buscan signos de que a la tropa le haya llegado la noticia, pero durante la tarde solo tienen lugar «algunos incidentes de menor importancia». Al anochecer, sin embargo, sin que nadie sepa cómo ni de dónde, aparecen unos ejemplares de esos periódicos que van pasando de mano en mano por los cuarteles. «Con esfuerzo y a la luz de las bujías, leían en voz alta unos para otros, y soldados y suboficiales no hablaban de otra cosa que de lo que ponía en esos diarios.»

*Lunes, 4 de noviembre de 1918*

## RICHARD STUMPF Y CINCO MOMENTOS CRÍTICOS EN WILHEMSHAVEN

Aire otoñal. Tiempo nublado. En honor de este día se pone el uniforme de gala. Después se une a los demás para ir a la manifestación. La actitud de los oficiales indica que los marineros podrían salir triunfantes. Se percibe un cambio decisivo en el ambiente. La antigua seguridad guillermina se ha volatilizado; ahora, por el contrario, los mandos se comportan de un modo confuso, torpe y laxo. Después de unas débiles protestas más bien simbólicas, se permite que la tropa abandone el barco. «No puedo impedirselo», le dice sumisamente el oficial a Stumpf.

Hace una semana toda la Flota de Alta Mar se preparaba para zarpar y proferir un último, heroico y absurdo grito de guerra, pero entonces estallaron motines en varios de los buques.<sup>285</sup> Richard Stumpf cree saber qué es lo que ha ocurrido: «Largos años de injusticias acumuladas se han convertido en una fuerza peligrosamente explosiva que ahora estalla». La desobediencia está a la orden del día. Hace poco más de una semana Ludendorff, el jefe supremo del ejército, dimitió, y corren rumores de que el emperador pronto seguirá su ejemplo y abandonará el trono. En uno de los buques un teniente fue muerto a golpes.

Una poderosa ola de desencanto, ira y frustración recorre Alemania. Tiene su origen no solo en un no poder más con las injusticias, la guerra, la carestía y la falta de alimentos; también es un resultado de la propia propaganda, que con mucha coherencia y considerable éxito, ha sabido callar las malas noticias, ocultar los problemas e inflar las expectativas.<sup>286</sup> Más larga ha sido la caída, demasiado larga. Esa opinión que tan gustosamente se dejó arrebatarse durante los hermosos días de finales de verano de 1914, opinión que «transformó todas las circunstancias de la vida de forma que estas solo podían expresarse en términos de tragedia heroica, de lucha sobrenatural o, mejor dicho, santa, contra las fuerzas del mal»,<sup>287</sup> y que durante mucho tiempo hizo que cualquier alternativa a la victoria total fuera impensable, ahora, amargada por la decepción, se ha convertido en su oscuro contrario.

Stumpf, como de costumbre, se siente escindido. Le parece una lástima que se haya perdido la guerra, aunque ¿y si ya desde un principio hubiera sido imposible ganarla? Acepta de buena gana que finalmente haya llegado la hora de pasar cuentas, pero al mismo tiempo le molesta que aquellos que antes gritaban más que nadie en apoyo de los hombres fuertes de la guerra sean los mismos que ahora gritan a voz en cuello exigiendo su inmolación. ¿Y si no solo se alegra de los males ajenos sino que le remuerde la conciencia? La situación es muy dramática y empeora día a día; en cambio, él se siente curiosamente impávido. «Lo vivo sin sentir ninguna emoción profunda.»

La multitud de hombres uniformados avanza por el muelle, van en dirección a unas barracas vigiladas por marineros armados con fusiles. ¿Qué va a suceder?

Cuando se aproximan, los que llevan fusiles al hombro los reciben con gritos de júbilo y vitorean tres veces. La gente acude de todos lados, y la masa cada vez más numerosa sigue avanzando. ¿Qué hacer? Periódicamente alguien se alza, intenta detener la procesión, trata de tomar la palabra,

procura que se tome una decisión. La confusión es general. Al final, se ponen de acuerdo en proseguir la marcha hasta el *SMS Baden*, el buque insignia de la Flota de Alta Mar, a fin de convencer a la tripulación de que se adhiera a ellos.

Ahí tiene lugar el primero de los cinco momentos críticos del día:

*El capitán del navío y varios de los portavoces de los manifestantes se batieron en un duelo verbal. La tripulación del Baden, que se había reunido en la cubierta superior, sería el trofeo del vencedor. De haber sido el capitán un orador de talento aceptable, nuestros portavoces habrían tenido que retirarse sin ganar un solo hombre. Pero tanto el lívido oficial como los consejeros de los marineros quedaron muy poco airosos. En consecuencia, una tercera parte de la tripulación se unió a nuestras filas.*

La creciente muchedumbre va dando lentas y titubeantes embestidas hacia delante. Lo que se dice una meta determinada para la marcha no la hay; tampoco nadie en concreto que dirija la manifestación. Stumpf y otros cuantos más van a buscar sus instrumentos. Las notas de unas viejas marchas militares excitan a la masa que empieza a moverse por los muelles con más rapidez, al tiempo que la música va atrayendo a más gente.

El siguiente momento crítico tiene lugar en la Peterstrasse. La calle está interceptada por un pelotón de cuarenta hombres armados al mando de un teniente. Los soldados no hacen amago de querer utilizar sus armas sino que, por el contrario, se pasan a los manifestantes. «Fue muy cómico ver al teniente cuando de repente se dio cuenta de que estaba completamente solo.» La masa prosigue su cabeceo hacia delante, impulsada aún más por el instinto colectivo que por un objetivo claro.

Tras una cancela grande y cerrada con llave un comandante de edad avanzada intenta, en solitario y a punta de pistola, detener el río de gente. Este es el tercer momento crítico. El desenlace, sin embargo, es de esperar: en un visto y no visto la cancela es levantada de sus goznes. Al comandante lo desarman por la fuerza. Algunos intentan asimismo arrancarle las hombreras, después, el oficial se pierde entre la muchedumbre. Stumpf no puede remediar sentir lástima por el anciano militar quien «valerosamente procuraba cumplir con su deber».

Son tal vez ya 10.000 los que ahora están concentrados en la plaza de armas, donde sobre una improvisada plataforma no tardarán en desfilan los oradores. Sus mensajes varían, hay desde exhortaciones al orden y la calma hasta «las exigencias más disparatadas», que, no obstante, son recibidas con ensordecedores aplausos. Stumpf está convencido de que el ambiente es tal que pronto hasta la idea más peregrina podría ser aprobada.

Después la masa se pone en movimiento una vez más. Los ciudadanos permanecen expectantes tras las ventanas cerradas. Las transeúntes que pasan son recibidas con «comentarios groseros y silbidos». Por encima del mar de cabezas y hombros ondea una bandera: una sábana teñida de rojo. Cruzan el puente de Teichbrücke y llegan a la división de barcos torpederos. Este es el cuarto momento crítico. Los marineros aplauden, sin duda, pero no bajan a tierra para unirse a la manifestación. Enseguida explican por qué: «Ahora mismo estamos almorzando». Es verdad, el almuerzo. Muchos empiezan a hablar de comida. «Nerviosamente y sin plan nos apresuramos a seguir

adelante.»

El desenlace se desarrolla a las puertas del cuartel general de la estación naval. Este es el último momento crítico. Ahora se les comunicarán los resultados de las negociaciones con el comandante en jefe local, el almirante Krosigk.

En medio de un compacto silencio, un hombre trepa a lo alto de una gran estatua situada frente al edificio. El almirante Krosigk ha cedido en todos los puntos: «¡Se aceptan las exigencias!».

Ovaciones. Aplausos. Se trata de mejorar las raciones de rancho, de mejores rutinas en cuanto a los permisos, de la creación de comités especiales para la supervisión de los consejos de guerra, de aliviar la disciplina,<sup>288</sup> de la liberación de los que fueron arrestados a principios del amotinamiento. Gritos: «¡Fuera el káiser Guillermo!».

El orador opta por ignorarlos. Un trabajador de los astilleros que, según Stumpf, posee «las facciones clásicas de un malhechor»<sup>289</sup> toma la palabra y exige la creación de una «república soviética». Aplausos. El primer orador exhorta a todo el mundo a volver a sus puestos. Risas.

Después se disuelve la manifestación.

«Todo el mundo se larga rumbo a la cocina más próxima.»

El mismo día, el 4 de noviembre, la división de Herbert Sulzbach es objeto del ataque más implacable y concentrado que ha vivido durante toda la guerra. En su diario escribe:

*Una parte considerable de nuestra división ha caído prisionera, y tenemos que intentar resistir desde aquí. Del 2.º Batallón, 19.º Regimiento de Infantería, solo ha regresado un capitán, el único hombre de todo el batallón. De mi regimiento cinco baterías están en manos del enemigo, pero por el momento mi batallón no ha sufrido baja alguna. ¡Qué providencial!*

*Sábado, 9 de noviembre de 1918*

## HERBERT SULZBACH VE CAER BOMBAS SOBRE BEAUMONT

La retirada continúa. Marchan durante toda la noche, a oscuras y bajo una lluvia torrencial, por una carretera destrozada y llena de barro, atestada de lo que parecen ser interminables columnas de tropas alemanas. No hay posibilidad de detenerse. Por un lado porque eso detendría la sinuosa culebra de soldados, caballos, carros y cañones que les van a la zaga. Por otro porque en algún lugar detrás de todo está el enemigo, que sigue presionando.

A las tres de la madrugada alcanzan una pequeña ciudad. ¿Beaumont? Sí, alguien confirma que esto es Beaumont. Eso significa que han salido de Francia y que ahora están en territorio belga. Es una noticia deprimente, una nueva confirmación de la derrota.

Llega la mañana.

El cielo nublado de los últimos días se abre, y un sol cálido se eleva por el firmamento. En Beaumont hacen un breve alto para descansar un poco, pero ante todo para avituallar. Aquí hay grandes depósitos que el ejército no puede evacuar de ninguna manera, de modo que todas las latas y otras conservas se reparten generosamente entre los soldados. Dos mujeres alemanas que han tenido algún tipo de ocupación administrativa en Beaumont se suman a la columna de Sulzbach.

Aeroplanos enemigos sobrevuelan la ciudad soltando bombas. Las calles están tan abarrotadas de soldados en retirada que las bajas no pueden ser otra cosa que cuantiosas.

El aire va cargado de abundantes rumores. Extenuados, desolados y confusos, viven en un mundo de fantasía en el que nada parece fijo y estable, fuera de lo que pueden palpar con las manos. La flota se ha alzado en rebelión. El káiser ha abdicado. El heredero de la corona ha abdicado. Alemania es ahora una república. Sulzbach observa que los soldados de las etapas parecen dominados por el mismo clima derrotista y subversivo que domina a tanta gente en Alemania, pero no ve signos de que el mal se haya extendido a los soldados del frente. Todavía. Al atardecer llega un enlace montado a caballo. Les confirma que los rumores son ciertos. La flota *se ha sublevado*. El káiser *ha abdicado*. El heredero de la corona *ha abdicado*. Alemania *es* ahora una república.

Sulzbach siente tristeza, rabia, perplejidad, abatimiento, sufre un *shock*.

«No sabes si lo que vives es realidad o si estas soñando. Los hechos se han precipitado a tal velocidad que no puedes atraparlos.»

*Miércoles, 13 de noviembre de 1918*

## PÁL KELEMEN REGRESA DESMOVILIZADO A BUDAPEST

Crepúsculo. Golpetean las juntas de los raíles. El viaje en tren continúa. Empezó hace unos días, cuando el Estado Mayor y los últimos soldados de la división se embarcaron en Arlon, muy entrada la noche, a la luz de unas linternas. Desde entonces han estado rodando, a trompicones y dando bandazos, y haciendo muchas paradas sin explicación. A través de Bélgica, a través de Francia, a través de Alemania, a través de Austria. Los oficiales viajan aparte, a la cabeza del convoy, en un vagón de pasajeros especial; el equipo y la tropa en ordinarios vagones de mercancía.

En Alemania les trataron como «a apestados». Al igual que en los últimos días en el frente occidental, las autoridades alemanas querían evitar a toda costa que los soldados húngaros, rebeldes y ansiosos por volver a sus casas, contagiaran su actitud a los miembros todavía aptos para el combate del ejército alemán. Y la disciplina, que ya anteriormente había dado muestras de ser floja, se ha degradado por completo durante el viaje, fundamentalmente debido al alcohol; la mayoría de los que van a bordo del tren han bebido, vociferan, están eufóricos y son agresivos. De vez en cuando suena un tiro. Son los soldados que debido a la borrachera o a la alegría disparan sus fusiles al aire.

Poco antes de entrar en Austria el tren fue detenido por representantes de las autoridades alemanas, que les exigieron la entrega de todo el material bélico, seguramente para que no fuera a parar en manos de alguno de los grupos revolucionarios austríacos que les esperaban al otro lado de la frontera. Aquí podría haber ocurrido algo desagradable, ya que los achispados y recalcitrantes soldados se negaron en redondo a entregar las armas. Sin embargo, los alemanes neutralizan la situación contentándose con retener únicamente a los caballos, las cocinas rodantes y otros objetos similares. (De modo que al cruzar la frontera y ser recibidos por «civiles con brazales, exaltados, mal vestidos y sin afeitarse» estos no hallaron nada más que llevarse que la máquina de escribir del Estado Mayor de la división.)

Una vez en Austria el ambiente se volvió a la vez más animado y más amenazador. En todas y cada una de las estaciones se apeaban soldados, por lo general con alivio, al tiempo que otros subían al tren, por lo general borrachos. También los disparos han sido más frecuentes durante las últimas veinticuatro horas. El hurto y las amenazas se han producido cada vez más abiertamente. En su viaje a Budapest Kelemen va acompañado de su asistente Feri, su mozo de cuadra Laci y uno de los ordenanzas, Benke, quienes juntos se encargan de protegerle y también de esconder su equipaje en la carbonera de la locomotora.

Cae la noche. Puntos de luz al otro lado de los cristales. Llegan sonidos de tiros y gritos de entusiasmo de los vagones de mercancías posteriores. El tren se detiene en una estación y allí se queda. La impaciencia aumenta entre los soldados. A través de las puertas abiertas de los vagones disparan una ráfaga tras otra. Unos cuantos se agolpan frente al vagón de oficiales, que ahora está semivacío; los llaman, amenazan con el puño en alto, exigen dinero para vino. Suenan disparos. Las ventanas se resquebrajan, y los trozos de cristal tintinean al estrellarse contra el suelo. Antes de que

ocurra algo verdaderamente serio el convoy se pone en marcha con un tirón, y los camorristas se apresuran a subir a bordo.

Después, el paisaje que envuelve los vagones agujereados por las balas se va densificando. Han llegado a los suburbios de Budapest. El tren se detiene unos instantes en uno de los apeaderos de Rákos. Son alrededor de las doce de la noche. Kelemen y sus tres acompañantes aprovechan la ocasión para apearse. El alivio que le produce a Kelemen estar de vuelta en su ciudad natal es fugaz: un ferroviario le advierte de que reina el caos: unas gentes que se autodenominan revolucionarios deambulan por las calles, saquean tiendas y les arrancan a los oficiales que regresan sus distintivos de rango, sus medallas y sus pertenencias.

Con su equipaje escondido bajo los asientos del carruaje, Kelemen y sus acompañantes entran en la ciudad. A las cuatro de la madrugada llegan a la casa paterna. Hace sonar el timbre de la gran cancela. No pasa nada. Vuelve a llamar. Llama una vez más. Al final sale el portero. Temeroso y con actitud expectante, este va cruzando la penumbra del patio interior. Kelemen pronuncia su nombre al tiempo que se echa atrás el abrigo para mostrar sus hombreras con los distintivos de rango. El portero saluda «encantado» al pequeño grupo y da la vuelta a la llave de la pesada cancela para que Kelemen y los demás puedan entrar inadvertidos.

Suben con el montacargas y entran por la puerta de servicio. Como no quiere despertar a sus padres se echa a dormir en el ropero del vestíbulo.



Fortificaciones en Erzerum, 1916: «De vez en cuando se oye el fragor lejano de la artillería rusa. El hueco retumbo reverbera entre las laderas circundantes, y hay veces en que los disparos provocan “albos aludes en las plateadas cumbres del monte Ararat”.» Fragmento 34 (Fuente: Getty)



Vista panorámica de Kut: «El cuerpo del ejército británico ha detenido su retirada hacia el sur en la pequeña ciudad de Kut al-Amara. Aquí esperarán la llegada de tropas de refuerzo o, mejor dicho, de rescate, porque desde hace dos semanas cuatro divisiones otomanas los tienen cercados.» Fragmento 71 (Fuente: Ullstein)



Barcos fluviales con carga pesada en el Tigris, 1916. «Ambos bandos mantienen en el Tigris flotillas de barcos con armamento pesado, principalmente debido a que hay que proteger los propios suministros. Para ambos bandos el río es una arteria vital.» Fragmento 85 (Fuente: IWM)





Las ruinas de Gaza tras su caída en noviembre de 1917: «Por doquiera imperando hallábase el silencio de la muerte. Y en medio de las calles, entremezclados con vigas carbonizadas y carruajes destrozados, yacían por centenares los cadáveres aventados y en parte chamuscados de hombres y de bestias.» Fragmento 142 (Fuente: IWM)



Bajo el fuego en el frente palestino: «Hace menos de un mes, por tanto, que se libró la Primera Batalla de Gaza, una confusa historia con muchas bajas que ambos bandos creían haber perdido pero que, al final, acabó como una victoria otomana ya que los británicos —en parte debido a la falta de agua—, abandonaron el territorio ganado.» Fragmento 145 (Fuente: Getty)



Vista panorámica de Bursa: «En Bursa se hallaban retenidos los generales británicos de más alto rango, así que, durante un tiempo, Mousley pudo disfrutar de sus mismos privilegios en lo que respecta a cosas como una buena y abundante comida, periódicos relativamente frescos y una considerable libertad de movimientos.» Fragmento 198 (Fuente: Ullstein)



Jerusalén ha capitulado y los vencedores son bien recibidos el 1 de diciembre de 1917: «En noviembre del año pasado cayó Gaza y en diciembre Jerusalén —lo primero fue un importante revés militar, lo último, desde el punto de vista del prestigio y la política, una catástrofe.» Fragmento 194 (Fuente: Getty)

# El final

Y finalmente terminó.

Elfriede Kuhr permanecía en el mismo sitio que cuando empezó la guerra cuatro años antes: en Schneidemühl. Por lo menos una escena era exactamente la misma que entonces: la gente se había aglomerado ante la oficina del diario y, al igual que en 1914, la situación evolucionaba con tanta rapidez que las últimas noticias se anunciaban mediante hojas extras redactadas a mano, escritas con lápiz azul sobre papel de periódico. A diferencia de hace cuatro años, sin embargo, ahora la confusión se había vuelto máxima y el consenso reducido al mínimo. Elfriede vio a un niño que lloraba desconsoladamente debido a que había dicho algo inadecuado y alguien de entre la muchedumbre le había dado un bofetón. Los vítores también eran menos numerosos, en cambio, se discutía más y más ruidosamente. Los soldados bajaban por las calles cantando, cogidos del brazo. A un teniente que empezó a gritarles le saltó la gorra de una manotada; pálido, el hombre tuvo que pescarla en la alcantarilla. Unos civiles tildaron a los soldados de traidores. Elfriede se fue corriendo a su casa. No tardó en sonar el timbre de la puerta. Era el amigo de su hermano, Androwski, que se derrumbó en una silla y exclamó: «¡La guerra ha muerto! ¡Viva la guerra!». Al cabo de poco llegó también el hermano. Le faltaban la gorra y el cinturón, el capote de su uniforme estaba roto, los botones arrancados, las charreteras lo mismo, y los parches de cuello le colgaban medio descosidos. Su rostro expresaba conmoción y trastorno. Androwski estalló en carcajadas ante esa visión, luego, tras vacilar unos instantes, también el hermano empezó a sonreír.

Herbert Sulzbach se hallaba entre Beaumont y Saint Eustache, en Bélgica. La orden llegó por la mañana, las hostilidades iban a cesar a las 11 horas. La leyó ante sus tropas con el corazón helado. Muchas veces había soñado con que llegaría este día, y con la paz. En su imaginación siempre constituía el punto culminante de su vida. Ante sí solía verse desfilando por las calles de Fráncfort del Meno, recibiendo las ovaciones de las mismas masas que les vieron partir entre vítores ese día de agosto de hace cuatro años. (¿Cuatro años? ¿De verdad solo han pasado cuatro años? Durante este largo y pesados otoño ha tenido la impresión de que más bien se trataba de 20.) Y en cambio, lo que hay es... ¿esto? La antítesis de su sueño, su negación: «Aquí estamos ahora, humillados, desgarrados por dentro». Al día siguiente continúan la marcha rumbo a la frontera alemana. Hasta transcurridos unos días no cae en la cuenta de que ha cumplido 50 meses de servicio en el frente sin recibir un solo rasguño. Un destello minúsculo, muy minúsculo, de alegría prende de repente en su ánimo, por lo demás, tan sombrío.

Richard Stumpf todavía se encontraba en Wilhemshaven. Lo que empezó como una locura acababa en histerismo. Corrían rumores de que les habían traicionado y de que tropas leales al antiguo régimen estaban de camino: «Las calles parecían un manicomio. Gente armada corría como loca sin ton ni son; hasta se veían algunas mujeres arrastrando cajas de municiones. ¡Cuánta locura! ¿Así es como va acabar todo? Después de cinco años de brutales combates, ¿vamos a apuntar las armas contra nuestros propios compatriotas?». Más tarde se hallaba escribiendo cuando de repente le llegó el sonido de vítores, gritos y correteos, de sirenas aullando y de disparos, tanto de armas cortas como de cañones. En lo alto del cielo crepuscular chisporroteaban los cohetes de señalización en una inagotable combinación de rojo, verde y blanco. Pensó: «Un poco más de dignidad no vendría mal».

Andrei Lobanov-Rostovski se hallaba en un campamento de instrucción en Sables d'Olonne, junto a

la costa atlántica. Él y su compañía de rebeldes nunca entraron a servir en el frente sino que, por el contrario, vivieron una lenta y desmoralizante espera como reservas en la retaguardia, espera seguida de un brote de gripe española. Él mismo estuvo gravemente enfermo, con alucinaciones febriles, pero se recuperó, aunque entonces le informaron de que había sido destituido como jefe de la compañía, cosa que en el fondo le produjo un gran alivio. Por esta época sintió un amor no correspondido por una rusa afincada en Niza. Durante la ociosidad general dominante siguió leyendo ávidamente tratados de historia, y esos estudios reforzaron su convencimiento de que los bolcheviques no iban a durar mucho en el poder. Aunque él, como tantos otros, auguraba que la guerra se abocaba a su fin no podía imaginarse una vida sin ella y sin el uniforme. «Mi personalidad había sido absorbida por el contexto general. Creo que era una reacción adecuada a la mentalidad bélica y algo que, probablemente, afectó a millones de soldados.» Entre sus camaradas oficiales rusos se barajaba la posibilidad de unirse a los blancos y tomar parte de la guerra civil que se cernía sobre Rusia. Lobanov-Rostovski no sabía qué hacer. <sup>290</sup>Esta mañana estaban ejercitándose en el lanzamiento de granadas como de costumbre cuando apareció un oficial francés y muy excitado anunció: «Interrumpa todos los ejercicios. El armisticio está firmado». En el centro de la ciudad se celebraba «un desenfrenado carnaval»; la gente se abrazaba y bailaba por las calles. El jolgorio continuó hasta altas horas de la noche.

La guerra de Florence Farmborough terminó en el momento en que el barco en el que viajaban ella y los demás refugiados zarpó del puerto de Vladivostok. La nave se le antojó un palacio flotante. Subieron a bordo al son de una música, y cuando finalmente entró en su camarote se vio en mitad de un ensueño de sábanas blancas, toallas blancas y visillos blancos. <sup>291</sup> Luego estuvo en cubierta contemplando cómo aquel país llamado Rusia —«al que había amado con tanto sentimiento y servido con tantas ganas»— se desvanecía despacio, muy despacio, hasta que lo único que quedó de él fue una tenue sombra gris en la línea del horizonte. Para entonces una niebla azulada se había levantado sobre el mar impidiéndole ver nada más. Así que bajó a su camarote, y decidió quedarse. La excusa que dio a los demás fue que estaba mareada.

La familia de Kresten Andresen albergó durante mucho tiempo la esperanza de que fuera prisionero de los ingleses, de que tal vez estuviera internado en algún campo lejano, en África, por ejemplo. Nunca más supieron de él, y sus averiguaciones fueron infructuosas. <sup>292</sup>

Michel Corday, para variar, no se hallaba en París, sino en una pequeña ciudad de provincias. Como muchos otros, hacía semanas que preveía que el final estaba al caer. Entre las actitudes de la gente con las que se cruzaba hubo de todo hasta el último momento. La alegría por los éxitos era general, las sonrisas numerosas. Algunos, sin embargo, insistían en que no había que conformarse con lo logrado sino seguir, someter a Alemania al mismo tormento que había sufrido Francia e invadirla. Otros no se atrevían a albergar esperanzas; bastantes decepciones se habían llevado ya. Otros aún seguían en sus trece con la idea de que «paz» era una palabra malsonante y se mantenían a la expectativa. Una frase corriente era decir con incredulidad: «¡Quién lo habría dicho hace cuatro meses!». Corday había visto soldados italianos de camino a sus casas, radiantes de felicidad porque su guerra, en la práctica, ya había terminado. Y a las siete de esta mañana el cuartel general local del ejército recibió una comunicación por radio informando de que el armisticio había sido firmado. Doblaron las campanas, por las calles los soldados bailaron con banderas y ramilletes de flores en las manos. Al mediodía oyeron que el káiser Guillermo había huido a Holanda.

Alfred Pollard se hallaba en el cuartel general del cuerpo expedicionario británico en Montreuil.

Su batallón había sido enviado allí de nuevo para servir como fuerza de vigilancia. A principios de noviembre la unidad estuvo ambulando en calidad de reserva móvil sin tomar parte en ningún combate, circunstancia que Pollard celebró por sus jóvenes e inexpertos soldados pero que habría lamentado de estar él en su lugar; «habría detestado perderme ese espectáculo». A estas alturas Pollard se había restablecido de la gripe española, y cuando algunos minutos después de las once les llegó la noticia del armisticio, todos «se volvieron locos de alegría». El resto del día se destinó a vitorear, cantar e ir de ronda por las distintas cantinas de oficiales, a brindar por la victoria y a pronunciar palabras en conmemoración de los caídos. Cabe creer que estaba bastante achispado cuando por la tarde alguien le invitó a entrar en el cuarto secreto del comando de operaciones para mirar un gran mapa donde estaban indicadas las posiciones de las divisiones del ejército alemán. Pollard constató satisfecho que la más densa concentración de unidades alemanas estaba desplegada frente a las posiciones británicas, mientras que alcanzaba su densidad más baja frente a los ejércitos americano y belga.

William Henry Dawkins fue enterrado en la puesta de sol del mismo día en que cayó en combate, en un cementerio improvisado algo al sur de la cueva de Anzac. Allí reposan sus restos todavía, a menos de 20 metros de la orilla.<sup>293</sup>

Sophie Bocharski estaba dando un paseo por un Moscú frío y nevado en compañía de un grupo de amigos de su época en el ejército. La gran ciudad era un lugar oscuro y deprimente, oscuro también en un sentido literal: tras la mayoría de las ventanas las luces estaban apagadas, y debido a la escasez de gas solo se habían encendido una de cada dos farolas. Muchas tiendas estaban cerradas a cal y canto, algunas con orificios de bala en las paredes. Por las calles no circulaba apenas ni un alma. Un camión con hombres armados pasó de largo: bolcheviques. En una acera vio a dos hombres que quitaban nieve, vestían los viejos uniformes y por las charreteras arrancadas de sus hombros dedujo que se trataba de antiguos oficiales. Luego ella y sus amigos pasaron frente a un anciano que también daba la impresión de pertenecer al grupo de los desclasados, era un hombre «que tenía la testa de un erudito y vendía periódicos con tanta cortesía que nadie le hacía caso». Doblaron por un callejón cubierto de nieve. Entonces vieron avanzar hacia ellos a un grupo de soldados. Bocharski y los demás se pusieron alerta, máxime al descubrir que unos cuantos de ellos cargaban pesadamente con una ametralladora. En el momento en que ambos grupos se cruzaron, Bocharski reconoció de improviso a uno de los soldados, Alexis. Fue un reencuentro alegre pero breve. Él y los demás se habían desmovilizado por cuenta propia. Sin embargo, se les había acabado la comida, y ya apenas circulaban los trenes. Habían decidido llevarse la ametralladora al pueblo, «por si acaso». Ella dijo: «Son tiempos muy lúgubres». Él replicó: «Huelen a sangre».

René Arnaud se encontraba en el frente una vez más, en el fondo de un embudo de granada que provisionalmente cumplía las funciones de cuartel general del batallón. Allí cayó en la cuenta de que acababa de cumplir 25 años y que se le había pasado por alto. De las tinieblas salió un comandante que le dijo que venía a relevarle, a Arnaud se le encomendaba un destino en la retaguardia. Explica:

*Comprendí de golpe que para mí la guerra había terminado, que estaba a salvo, de repente me libraba de la cruel angustia que me había oprimido durante tres años y medio; el espectro de la muerte, que me había invadido como invade a los hombres viejos, ya no me acosaría más.*

Y se lo enseñó todo a su reemplazo, por una vez sin preocuparse del fuego de las ametralladoras ni de las detonaciones de las granadas, porque «estaba rebosante de júbilo y se me había alegrado el corazón, y tenía la impresión de ser invulnerable».

Rafael de Nogales se hallaba en un vapor rumbo al Bósforo. Veía banderas por doquier, banderas del enemigo: italianas, francesas, británicas. Creía saber que la mayoría de ellas ondeaban sobre casas que pertenecían a «armenios, griegos y levantinos».<sup>294</sup> Por la noche acabó en una fiesta organizada por unas damas griegas que querían celebrar el armisticio. Circulaban rumores. Varios de los líderes del Partido de los Jóvenes Turcos habían huido de la ciudad en una lancha torpedera alemana. En Anatolia se fraguaba una rebelión militar en protesta contra «la intervención en los asuntos internos de Turquía» de las potencias vencedoras y, añade De Nogales, este tipo de intervenciones «continuarán creando graves conflictos armados mientras los aliados persistan en dividir Siria, Palestina, Arabia y Mesopotamia en mandatos y protectorados». Una semana más tarde se dirigió al Ministerio de la Guerra y solicitó la baja. Esta vez se la concedieron, y fue incondicional.

Harvey Cushing seguía ingresado en el hospital de Priez. Este día su asistente se presentó con un espejo de afeitar y un cepillo de uñas y se llevó su guerrera para coserle nuevos distintivos de rango. Pues precisamente este día Cushing fue ascendido a coronel. Durante un tiempo y con creciente asombro, Cushing estuvo estudiando los triunfalistas informes de los periódicos —¡quién iba a pensar que iría todo tan rápido!— y mediante unos alfileres y un poco de hilo fue siguiendo el avance de los ejércitos aliados en un mapa. A las cuatro y media de la tarde él, la gobernanta, el capellán del hospital y un médico colega suyo celebraron el armisticio en su habitación. Lo hicieron sin mayor jolgorio. Estaban sentados frente al fuego del hogar, tomando té y hablando de religión y del futuro.

Angus Buchanan se encontraba en un hospital de campaña en Narunyu. Aproximadamente una semana antes él y el resto de la 25th Royal Fusiliers habían relevado una unidad de infantería sudafricana. Los soldados estaban más bien apáticos bajo el insufrible calor. La hilera de soldados y porteadores se reducía por momentos. Uno de aquellos hombres extenuados y enfermos era Buchanan. Durante un par de días, y pese a la fiebre, se debatió por permanecer en su puesto; haciendo un gran esfuerzo conseguía estar presente cuando pasaban revista por las mañanas. Al final ya no tuvo fuerzas para caminar. Buchanan fue trasladado a un hospital: «Sucumbí, estaba irremisiblemente agotado». Se temió por su vida. Yacía en una choza esperando ser evacuado primero a Lindi y después en barco hasta Dar es-Salaam. Aquí la guerra de Angus Buchanan llegó a su fin. Un hombre uniformado penetró en la choza. Era O'Grady, el comandante en jefe de este sector, persona con quien Buchanan había trabajado antes. O'Grady le dijo unas palabras amables para darle ánimos, se lamentó de que le hubiese ido tan mal. Y después, «cuando se hubo marchado, hundí la cabeza en la penumbra de la angosta choza de maleza y me vine abajo como una mujer».

Willy Coppens se encontraba en el hospital de De Panne, donde recibía tratamiento desde que resultó herido a mediados de octubre. Habían surgido complicaciones. La incisión de la amputación permanecía abierta, y su depresión no había remitido. (Bien es verdad que le habían llovido las medallas, concedidas por casi todas las potencias aliadas, incluyendo Serbia y Portugal; pero pese a que siempre le habían interesado las condecoraciones ahora no sirvieron de mucho. Sabía que no podría lucirlas en su uniforme y comprendía, además, que la inminente paz supondría una depreciación sin igual de las medallas.) Al anochecer oyó de repente que el sonido de violentos



gritos, vítores y risas rebotaba en oleadas por las salas, las escaleras y los pasillos. En sus oídos el alborozo se distorsionaba hasta semejar los estertores finales de un moribundo, si bien era un sonido infinitamente más fuerte y deformado. Acababan de anunciar el armisticio. Coppens estaba hecho un lío: «Debería haber experimentado una gran alegría, y en cambio era como si una mano fría me apretase la garganta. Me invadió la angustia ante el futuro. Comprendí que una fase de mi vida tocaba a su fin».

Olive King se hallaba en Salónica, donde acababa de llegar procedente de Inglaterra. (La razón por la cual había viajado a Inglaterra era que precisaba tramitar una serie de permisos oficiales imprescindibles para poder realizar su próximo gran proyecto, es decir, la creación de toda una cadena de cantinas destinadas a aliviar las necesidades de los refugiados y soldados serbios que volvían a casa.) El viaje a Inglaterra había sido una experiencia desconcertante, por no decir otra cosa. De entrada se sintió sola y llena de añoranza, pero con el tiempo el recuerdo de Salónica le producía hastío y la idea de volver allí, aversión. Aunque, de todos modos, eso fue lo que acabó haciendo, y su regreso fue singularmente feliz. Su unidad hacía ya tiempo que se había trasladado al norte yendo en pos del desmoronado ejército búlgaro. (Resulta que en el último minuto de la guerra todos aquellos soldados acantonados en Salónica tuvieron una verdadera misión que cumplir, así que en septiembre obligaron a una Bulgaria muy acosada a capitular. El ejemplo búlgaro no tardó en ser seguido por el Imperio Otomano, culminando esa reacción en cadena con la capitulación de Austria-Hungría.) Sus dos ambulancias desaparecieron junto con las tropas que avanzaban. Su cabaña de madera fue trasladada y vaciada casi por completo; todas sus pertenencias fueron minuciosamente empaquetadas por sus camaradas serbios. De cara al inminente viaje a la liberada Belgrado, King revisó todo cuanto había ido acumulando durante aquellos años. La mayoría de las cosas se le antojaron «simple basura». Entre otros objetos tiró un baúl entero lleno de ropa vieja y pilas de periódicos y boletines. Todo eso había pasado a la historia.

Vicenzo D'Aquila se hallaba en un carguero frente a las Bermudas de camino a Estados Unidos. Es muy probable que fuera su ciudadanía norteamericana, en combinación con el hecho de que formalmente nunca prestara juramento al ejército, lo que le salvó. En vistas a la opinión americana, las autoridades italianas se sentían, sin duda, reacias a convertir a D'Aquila en mártir. De modo que, aunque lo retuvieron en Italia y uniformado, no tuvo que regresar al frente. Por intrincados vericuetos D'Aquila logró al fin obtener el permiso para regresar a Estados Unidos. Tras perder el barco correo de Nueva York encontró plaza en un vapor de carga, el *Carolyn*, que zarpó de Génova en septiembre. En Gibraltar cargaron mena. Debido a la alerta por peligro de ataques de submarinos, el capitán eligió la ruta, bastante más larga pero también bastante más segura, vía Brasil. Navegando en rumbo norte una noche de noviembre vieron algo inusual: un buque que surcaba las aguas nocturnas con todas las luces prendidas. Al alba avistaron otra nave. Le hicieron señales con las banderas: «¿Se ha terminado la guerra?». Desde el punto de vista técnico, la respuesta fue del todo correcta: «No, solo es un armisticio».

La guerra de Edward Mousley acabó cuando subió a bordo del barco que le llevaría de su prisión en Constantinopla a la libertad en Esmirna. «Reinan la excitación y el desorden —escribe en su diario—. Por cada segundo que pasa me desprendo de siglos de cautiverio. Por fuera parezco tranquilo, y estoy demasiado ocupado para ponerme a hacer psicología sobre el fantástico final de esta eternidad terrible.» A bordo del barco había varios prisioneros de guerra recién liberados. Mousley compartió su camarote con un hombre que también había sido artillero en Kut al-Amara y que fingió estar loco para que le pusieran en libertad. Cuando el barco soltó amarras ya había

oscurecido. Los contornos de la ciudad se fundían con la noche. Primero desaparecieron las suaves formas de las mezquitas, por último las afiladas líneas de los altísimos minaretes. Mousley bajó un rato al camarote donde, junto con su amigo, estuvo fumando y escuchando el romper de las olas. Cuando Mousley y su camarada volvieron a subir a cubierta, la ciudad se había desvanecido. Lo único que se distinguía eran los destellos de unas luces lejanas en la estela del barco: «Era Constantinopla, ciudad eterna, tan bella y tan terrible». Ninguno de los dos dijo nada.

Paolo Monelli se hallaba en la estación de ferrocarril de Sigmundsherberg, en el nordeste de Austria. Él y el resto de prisioneros de guerra italianos estaban libres desde hacía varios días tras haber reducido a sus perplejos y desmoralizados centinelas a base de una combinación de argumentos y violencia. Todo estaba patas arriba. Algunos de sus camaradas se fueron a la ciudad para emborracharse y manosear a las mujeres, otros empezaron a planificar una enorme razia contra Viena. Soldados italianos con armas austríacas patrullaban la estación de ferrocarril, contribuyendo a mantener el orden. Convoyes militares cargados de soldados húngaros pasaban de largo de vez en cuando; algunas veces se producían tiroteos. Las telefonistas austríacas trabajaban como de costumbre. Esta mañana Monelli y un reducido grupo de prisioneros escuchaban a un oficial austríaco, conocido por ser un tipo amable, quien frase a frase, como jadeando, les tradujo las condiciones del armisticio. Monelli sentía un enorme alivio por verse libre y porque la guerra hubiera terminado, sin embargo, calaban esos sentimientos ramalazos de amargo pesar. «Este será nuestro mal, o nuestro bien. En cualquier caso, es irremediable: estaremos ligados a nuestros recuerdos, para siempre.»



El 10 de noviembre vino el pastor del hospital para dirigirnos algunas palabras; fue entonces cuando lo supimos todo.

El venerable anciano parecía temblar al comunicarnos que la casa de los Hohenzollern no podía seguir llevando la corona imperial alemana, que la patria se había erigido en «república», y que solo quedaba pedir al Todopoderoso que diese su bendición a esta transformación y que no abandonara a nuestro pueblo en el futuro. Él no podía dejar de, en pocas palabras, recordar a la Casa Imperial: quería rendir homenaje a los servicios de esa casa en Prusia, en Pomerania, en fin, en toda la Patria alemana y, en ese momento, el buen anciano empezó a llorar. En la pequeña sala había un profundo desánimo en todos los corazones y creo que no había quien pudiese contener las lágrimas. Pero cuando él siguió informándonos que nos habíamos visto obligados a dar término a la larga contienda; que nuestra patria, por haber perdido la guerra y estar ahora a la merced del vencedor, quedaba expuesta en el futuro a graves humillaciones; que el armisticio debía ser aceptado confiando en la generosidad de nuestros enemigos de antes, entonces no pude más. Mis ojos se nublaron y a tientas regresé a la sala de enfermos, donde me dejé caer sobre mi lecho, ocultando mi confundida cabeza entre las almohadas. [...]

Lo que siguió fueron días de horrible incertidumbre y noches peores todavía; sabía que todo estaba perdido. Confiar en la generosidad del enemigo podía ser solo cosa de locos o bien de embusteros o criminales. Durante aquellas vigiliass germinó en mí el odio, el odio contra los promotores del desastre. En los días siguientes tuve conciencia de mi Destino. [...]

Guillermo II fue el primer emperador alemán que tendió la mano conciliadora a los dirigentes del marxismo, sin darse cuenta de que los villanos no saben del honor. Mientras en su diestra tenían la mano del emperador con la izquierda buscaban el puñal.

Con los judíos no caben compromisos; para tratar con ellos no hay sino un «sí» o un «no» rotundos.

¡Había decidido dedicarme a la política!

ADOLF HITLER, MI LUCHA, 1925<sup>295</sup>

# Bibliografía

Agajev, M. *Roman med kokain*. Estocolmo, 1999.

Akçam, T. *A Shameful Act — The Armenian Genocide and the Question of Turkish Responsibility*. Nueva York, 2006.

Anderson, R. *The Forgotten Front — The East African Campaign 1914-1918*. Londres, 2004.

Andresen, K. *Kresten breve. Udgivne af Hans Moder*. Copenhague, 1919.

Ångström, T. *Kriget I luften. Med skildringar av flygare I fält*. Estocolmo, 1915.

Anónimo. *Instruction for the Training of Divisions for Offensive Action*. Washington, 1917.

Anónimo. *Instruction provisoire pour les unités de mitrailleuses d'infanterie*. Nancy, 1920.

Anónimo. *Manual of the Chief of Platoon of Infantry*, 1918.

Anónimo. *Notes on the Construction and Equipment of Trenches*. Washington, 1917.

Anónimo. *British Trench Warfare 1917-1918. A Reference Manual*. Londres, fecha desconocida.

Arnaud, A. *La Guerre 1914-1918. Tragédie-Bouffe*. París, 1964.

Barbusse, H. *Elden. En halvtropps dagbok*. Vols. I y II. Estocolmo, 1917. [*El fuego. Diario de una escuadra*. Editorial Montesinos, 2009]

Bertin, F. *14-18. La grande guerre. Armes, uniformes, matériels*. Rennes, 2006.

Bloxham, D. *The Great Game of Genocide. Imperialism, Nationalism and the Destruction of the Ottoman Armenians*. Oxford, 2005.

Botcharsky, S. y Pier, F. *The Kinsmen Know How To Die*. Nueva York, 1931.

Bouveng, G. *Dagbok från ostfronten*. Estocolmo, 1928.

Bradley, C. G. *Western World Costume. An Outline History*. Nueva York, 1954.

Bruce, A. *The Last Crusade. The Palestine Campaign in the First World War*. Londres, 2003.

Buchanan, A. *Three Years of War in East Africa*. Londres, fecha desconocida.

Buffetaut, Y. *Atlas de la Première Guerre mondiale. 1914-1918. La chute des empires européens*. París, 2005.

Buffetaut, Y. *The 1917 Spring Offensives. Arras, Vimy, Le Chemin des Dames*. París, 1997.

Buffetaut, Y. *Verdun. Guide historique & touristique*. Langres, 2002.

Carlswärd, T. *Operationerna på tyska ostfronten med särskild hänsyn till signaltjänsten*. Estocolmo, 1931.

Christiernsson, N. *Med Mackensen till Przemysl*. Estocolmo, 1915.

Coppens, W. *Jours envolés. Mémoires*. París, 1932.

Corday, M. *The Paris Front. An Unpublished Diary 1914-1918*. Nueva York, 1934.

Cox, I. *The larks still singing*. The Times Literary Supplement, 13, Londres, 1998.

Cron, H. *Geschichte des Deutschen Heeres im Weltkriege 1914-1918*. Berlín, 1937.

Curti, P. *Artillerie in der Abwehr. Kriegsgeschichtlich erläutert*. Frauenfeld, 1940.

Cushing, H. *From a Surgeon's Journal 1915-1918*. Toronto, 1936.

D'Aquila, V. *Bodyguard Unseen. A True Autobiography*. Nueva York, 1931.

Dadrian, V N. *The History of the Armenian Genocide. Ethnic Conflict from the Balkans to Anatolia to the Caucasus*. Nueva York, 2003.

Davenport-Hines, R. *Sex, Death and Punishment. Attitudes to Sex and Sexuality in Britain since the Renaissance*. Glasgow, 1991.

Davenport-Hines, R. *The Pursuit of Oblivion. A Global History of Narcotics*. Londres, 2002. [*La búsqueda del olvido. Historia global de las drogas*. Ediciones Turner, 2003]

Dawkins, W H. Cartas y diario en Ingle, J. *From Duntroon to the Dardanelles*. Canberra, 1995.

Defente, D. *Le Chemin des Dames. 1914-1918*. París, 2003.

Delaporte, S. *Les Gueules cassés. Les blessés de la face de la Grande Guerre*. París, 1996.

Erickson, E J. *Ordered to Die. A History of the Ottoman Army in the First World War*. Londres, 2001.

Farmborough, F. *Nurse at the Russian Front. A Diary 1914-1918*. Londres, 1977.

Ferguson, N. *The Pity of War*. Londres, 1999.

Ferro, M. *The Great War 1914-1918*. Londres, 1973. [*La Gran Guerra.1914-1918*. Alianza Editorial, 2002]

Fewster, K. *Gallipoli Correspondent. The Frontline Diary of C.E.W. Bean*. Sydney, 1983.

Figes, O. *A Peoples Tragedy. The Russian Revolution 1891-1924*. Londres, 1997.

[*La revolución rusa. La tragedia de un pueblo*. Edhas, 2001]

Fitzsimons, B. *The Big Guns. Artillery 1914-1918*. Londres, 1973.

Flex, W. *Die russische Frühjahrsoffensive 1916. (Der große Krieg in Einzeldarstellungen. Heft 31)*. Oldenburg, 1919.

Gately, I. *La Diva Nicotina. The Story of How Tobacco Seduced the World*. Nueva York, 2001. [*La diva nicotina. Historia del tabaco*. Ediciones B, 2003]

General de M\*\*\* (pseud.). *Slaget vid Verdun*. Estocolmo, 1916.

Generalstaben, sección de historia militar. *Några erfarenheter från fälttåget I Rumänien 1916-1917*. Estocolmo, 1924.

Generalstaben, sección de formación. *Från fälttåget I Serbien augusti 1914. En strategisktaktisk studie*. Estocolmo, 1935.

Gierow, K R. *1914-1918 in memoriam*. Estocolmo, 1939.

Gilbert, M. *First World War*. Londres, 1994. [*La Primera Guerra Mundial*. La Esfera de los Libros, 2005]

Gleichen, E. *Chronology of the Great War 1914-1918*. Londres, 1988.

Gourko, B. *Minnen och intryck från kriget och revolutionen I Ryssland 1914-1917*. Estocolmo, 1919.

Griffith, P. *Battle Tactics of the Western Front. The British Army's Art of Attack 1916-1918*. Londres, 1994.

Gudmundsson, B I. *Stormtroop Tactics. Innovation in the German Army 1914-1918*. Londres, 1995.

Guéno, J-P & Laplume, Y. *Paroles de Poilus. Lettres et carnets du front 1914-1918*. París, 1998.

Haichen, M. *Helden der Kolonien. Der Weltkrieg in unseren Schutzgebieten*. Berlín, 1938.

Harries, M & S. *Soldiers of the Sun. The Rise and Fall of the Imperial Japanese Army*. Nueva York, 1991.

Hedin, S. *Kriget med Ryssland. Minnen från fronten I öster mars-augusti 1915*. Estocolmo, 1915.

Hedin, S. *Bagdad, Babylon, Ninive*. Estocolmo, 1917.

Heyman, H. *Frankrike I krig*. Estocolmo, 1916.

Hirschfeld, G, Krumreich, G & Renz, I: *Enzyklopädie Erster Weltkrieg*. Paderborn, 2003.

Hirschfeld, M y Gaspar, A: *Sittengeschichte des Ersten Weltkrieges*. Hanau, 1929.

Hitler, A. *Min kamp. En uppgörelse*. Estocolmo, 1934. [*Mi lucha*, traducción autorizada por la Editora central del Partido Nacional Socialista, Franz Eher Nachflg. G.m.b.H. Múnich-Berlín. Segunda edición, Ávila. 1973]

Holmes, R. *Firing Line*. Londres, 1987.

Holmgren, A. *Krigserfarenheter. Särskilt från fyra österrikisk-ungerska fronter*. Estocolmo, 1919.

Horne, J. y Kramer, A. *German Atrocities 1914. A History of Denial*. Yale, 2001.

Johann, E. *Innenansicht eines Krieges. Deutsche Dokumente 1914-1918*. Frankfurt, 1969.

Johansson, K. *K. J. själv*. Estocolmo, 1952.

Johnston, M. A. B. y Yearsley, K. D. *450 Miles to Freedom. The Adventures of Eight British Officers in their Escape from the Turks*. Londres, 1922.

Jünger, E. *Das Antlitz des Weltkrieges. Fronterlebnisse deutscher Soldaten*. Berlín, 1930.

Jünger, E. *In Stahlgewittern*. Stuttgart, 1992. [*Tempestades de acero*, Tusquets Editores, 2008]

Kearsey, A. *A Summary of the Strategy and Tactics of the Egypt and Palestine. Campaign with Details of the 1917-1918. Operations illustrating the Principles of War*. Lugar y fecha desconocidos.

Keegan, J. *The First World War*. Londres, 1998.

- Kelemen, P. *Hussar's Picture Book. From the Diary of a Hungarian Cavalry Officer in World War I*. Bloomington, 1972.
- King, O. *One Woman at War. Letters of Olive King 1915-1920*. Melbourne, 1986.
- Kisch, E E. *Bland pyramider och generaler*. Estocolmo, 1977.
- Klavora, V. *Schritte im Nebel. Die Isonzofront. Karfreit/Kobarid. Tolmein/Tolmin 1915-1917*. Ljubiana, 1995.
- Koerner, P. *Der Erste Weltkrieg in Wort und Bild. Bd I-V*. München, 1968.
- Kolata, G. *Spanska sjukan. Berättelsen om den stora influensaepidemin 1918 och jakten på det virus som skapade den*. Estocolmo, 2000.
- Laffin, J. *Combat Surgeons*. Londres, 1970.
- Lefebvre, J-H. *Verdun. La plus grande bataille de l'Histoire racontée par les survivants*. Fleury-devant-Douaumont, fecha desconocida.
- Lettow-Vorbeck, von, P. *Meine Erinnerungen aus Ostafrika*. Leipzig, 1920.
- Liman von Sanders, O. *Five Years in Turkey*. Londres, 2005.
- Ljunggren, J. *Känslornas krig. Första världskriget och den tyska bildningselitens androgyna manlighet*. Estocolmo, 2004.
- Lobanov-Rostovski, A. *The Grinding Mill. Reminiscences of War and Revolution in Russia. 1913-1920*. Nueva York, 1935.
- Ludendorff, E. *Mina minnen från kriget 1914-1918*. Estocolmo, 1919.
- Malmberg, H. *Infanteriets stridsmedel och krigsorganisation under och efter världskriget*. Estocolmo, 1921.
- Manning, F. *Her Privates We*. Londres, 1943.
- Marén, N G. *Skuggor och dagrar från världskriget. Minnen och stämningar från en studieresa mot ostfronten. Sept. 1915*. Uppsala, 1916.
- Marlow, J. *Women and the Great War*. Londres, 1998.
- McDonald, L. *Somme*. Londres, 1985.
- McDonald, L. *The Roses of No Man's Land*. Londres, 1980.
- McMoran Wilson, C. (Lord Moran). *Modets anatomi*. Estocolmo, 1958.
- Messenger, C. *Trench Fighting 1914-1918*. Nueva York, 1972.
- Meyer, G. *Der Durchbruch am Narew. Juli-August 1915. (Der große Krieg in Einzeldarstellungen. Heft 27/28)*. Oldenburg, 1919.
- Mihaly Jo [pseud. de Elfriede Kuhr]:...*da gibt's ein Wiedersehen! Kriegstagebüch eines Mädchens 1914-1918*. Stuttgart, 1982.
- Miller, H. W. *The Paris Gun*. Londres, 1930.

Moberly, F. J. *The Campaign in Mesopotamia 1914-1918. Bd I-II.*

(Official History of the War). Londres, 1923.

Mollo, A. *Army Uniforms of World War I. European and United States Armies and Aviation Services.* Nueva York, 1978.

Monelli, P. *Le scarpe al sole. Cronaca di gaie e tristi avventure di alpini di muli e di vino.* Milán, 2008.

Morris, J. *The German Air Raids on Great Britain 1914-1918.* Londres, fecha desconocida.

Mousley, E. O. *The Secrets of a Kuttite. An Authentic Story of Kut. Adventures in Captivity and Stamboul Intrigue.* Londres, 1921.

Munson, K. *Stridsflygplan 1914-1919.* Estocolmo, 1970.

Musil, R. *Diaries 1899-1914.* Nueva York, 1998. [Diarios. DeBolsillo, 2004]

Neiberg, M. S. *Fighting the Great War. A Global History.* Londres, 2005. [La Gran Guerra. Una historia global (1914-1918). Paidós, 2006]

Neumann, P. *Luftschiffe. (Volksbücher der Technik).* Leipzig, fecha desconocida.

Nogales, de, R. *Four Years Beneath the Crescent.* Londres, 2003. [Cuatro años bajo la media luna. Caracas, 1936]

Nordensvan, C. O. *Världskriget 1914-1918.* Estocolmo, 1922.

Ousby, I. *Vägen till Verdun. Frankrike och det Första världskriget.* Estocolmo, 2002.

Pitreich, von, M. *Lemberg 1914.* Estocolmo, 1929.

Pollard, A.O. *Fire-Eater. The Memoirs of a VC.* Londres, 1932.

Rachamimov, A. *Pows and the Great War. Captivity on the Eastern Front.* Oxford, 2002.

Razac, O. *Histoire politique du barbelé. La prairie, la tranchée, le camp.* París, 2000.

Reich, Archivo del. *Der Durchbruch am Isonzo. Teil I. Die Schlacht von Tolmein und Flitsch. (Schlachten des Weltkrieges. Bd 12a).* Berlín, 1928.

Reich, Archivo del. *Der Kampf um die Dardanellen 1915. (Schlachten des Weltkrieges. Bd 16).* Berlín, 1927.

Reich, Archivo del. *Die Tragödie von Verdun 1916. Teil III und IV. Die Zermürbungsschlacht. (Schlachten des Weltkrieges. Bd 15).* Berlín, 1929.

Reich, Archivo del. *Flandern 1917. (Schlachten des Weltkrieges. Bd 27).* Berlín, 1928.

Reich, Archivo del. *Gorlice. (Schlachten des Weltkrieges. Bd 30).* Berlín, 1930.

Reich, Archivo del. *Herbstschlacht in Macedonien Cernabogen 1916. (Schlachten des Weltkrieges. Bd 5).* Berlín, 1928.

Reich, Archivo del. *Ildirim. Deutsche Streiter auf heiligem Boden. (Schlachten des Weltkrieges. Bd 4).* Berlín, 1928.

- Reiss, R. A. *Report Upon the Atrocities Committed by the Austro-Hungarian Army During the First Invasion of Serbia*. Londres, 1916.
- Rilke, R.M. Die Aufzeichnungen des Malte Laurids Brigge [*Los apuntes de Malte Laurids Brigge*. Leipzig, 1910 Trad. Francisco Ayala. Alianza Editorial, 1997.]
- Roberts, N. *Whores in History. Prostitution in Western Society*. Londres, 1992.
- Rochat, G. *Les soldats fusillés en Italie. 14-18*. Le Magazin de la Grande Guerre, nº 29.
- Rommel, E. *Infanteri greift an. Erlebnis und Erfahrung*. Potsdam, 1941. [*Memorias*. Ediciones Altaya, 2008]
- Saunders, A. *Dominating the Enemy. The War in the Trenches 1914-1918*. Phenix Mill, 2000.
- Schaumann, W. *Vom Ortler bis zur Adria. Die Südwest-front 1915-1918 in Bildern*. Viena, 1993.
- Schaumann, G. y W. *Unterwegs zwischen Save und Soca. Auf den Spuren der Isonzofront 1915-1917*. Klagenfurt, 2002.
- Schreiner, G. A. *The Iron Ration. Three Years in Warring Central Europe*. Nueva York, 1918.
- Schwarte, M. *Kriegslehren in Beispielen aus dem Weltkrieg*. Berlín, 1925.
- Sibley, J. R. *Tanganyikan guerrilla. East Africa Campaign 1914-1918*. Londres, 1971.
- Simcic', M. *Die Schlachten am Isonzo. 888 Tage Krieg im Karst*. Graz, 2003.
- Slowe, P. y Woods, R. *Fields of Death. Battle Scenes of the First World War*. Londres, 1990.
- Sonderhaus, L. *Franz Conrad von Hötzendorf. Architekt der Apokalypse*. Viena, 2003.
- Stone, N. *The Eastern Front 1914-1917*. Londres, 1998.
- Stone, N. *World War One. A Short History*. Londres, 2007. [*Breve historia de la Primera Guerra Mundial*. Ariel, 2008]
- Strachan, H. *The First World War. Volume 1. To Arms*. Oxford, 2001. [*La Primera Guerra Mundial*. Crítica, 2004]
- Struck, E. *Im Fesselballon*. Berlín, 1918.
- Stumpf, R. *Warum die Flotte zerbrach. Kriegstagebuch eines christlichen Arbeiters*. Berlín, 1927.
- Taylor, A. J. P. *Världskriget 1914-1918*. Estocolmo, 1967.
- Transfeldt. *Dienstunterricht für den Infanteristen des Deutsches Heeres*. Berlín, 1916.
- Turbergue, J. P. *Les 300 Jours de Verdun*. París, 2006.
- Tylden-Wright, D. *Anatole France*. Londres, 1967.
- Wattrang, K. *Det operativa elementet I världskriget*. Estocolmo, 1924.
- Willers, U. *Tysklands sammanbrott 1918*. Estocolmo, 1944.
- Willet, C. y Cunnington, P. *The History of Underclothes*. Londres, 1951.
- Williams, J. F. *Corporal Hitler and the Great War 1914-1918. The List Regiment*. Nueva York, 2005.

Wilson, T. *The Myriad Faces of War. Britain and the Great War. 1914-1918*. Oxford, 1988.

Winter, D. *Death's Men. Soldiers of the Great War*. Londres, 1979.

Winter, J., Parker, G. y Habeck, M. R. *The Great War and the Twentieth Century*. Yale, 2000.

Wirsén, E. af. *Minnen af fred och krig*. Estocolmo, 1942.

Witkopf, P. *Kriegsbriefe gefallener Studenter*. Múnich, 1928.

Zweig, S. *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Trad. J. Fontcuberta y A. Orzeszek. Acantilado, 2002.

## **LA BELLEZA**

## **Y EL DOLOR**

## **DE LA BATALLA**

se acabó de imprimir el

27 de febrero de 2010.

94 años después de que

las tropas rusas se nega-

ran a disparar sobre los

manifestantes durante

la Revolución

rusa.

Título original: *Stridens skönhet och sorg*

Copyright © 2008 Peter Englund

© de la traducción: Caterina Pascual Söderbaum

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Marquès de la Argentera, 17, Pral.

08003 Barcelona

info@rocaeditorial.com

www.rocaeditorial.com

Conversión a libro electrónico: Abogal, S.C.P.

www.abogal.com



ISBN: 978-84-9918-252-0

Generado con: QualityEbook v0.75, XML Copy Editor



---

---

**notes**

# Notas a pie de página

1 Lo cual es enteramente cierto: antes de que acabe el mes dos ejércitos rusos habrán penetrado en territorio alemán.

2 «Estate tranquila Patria querida / firme y leal vigila el centinela del Rin», en traducción libre. Desde mediados del siglo XIX, Die Wacht am Rhein se consideraba el himno nacional no oficial de Alemania.

3 «¡En casa, en casa nos volveremos a ver!»

4 Tsingtao —cuya grafía actual es Qingdao— está situada en una península de la costa de la provincia de Shandong; la herencia alemana se detecta claramente en el hecho de que aquí se produce la mejor cerveza de China. Fue alquilada por Alemania desde finales del siglo XIX como compensación por el asesinato de unos misioneros alemanes. Japón, cuyas desenfrenadas ambiciones imperialistas en el continente asiático ya lo habían conducido a la guerra con Rusia y con China, siguió desarrollando mediante este acto sus planes expansionistas, si bien bajo pretexto de respetar la alianza pactada en 1902 con Gran Bretaña. Desde mediados de agosto, es decir, desde una semana antes de la proclamación del mencionado ultimátum, unidades de combate japonesas estuvieron listas para atacar Tsingtao.

5 Botado en Kiel el año 1909, el SMS Helgoland encarna la carrera armamentística del periodo previo a la guerra: fue construido en respuesta directa al acorazado británico HMS Dreadnought, el mayor y más potente buque de guerra existente, que con sus turbinas a vapor, su blindaje y su pesado armamento hizo época y convirtió de la noche a la mañana en obsoletos los antiguos buques acorazados, consiguiendo que a los estrategas de las armadas de todo el mundo se les disparasen los presupuestos. El armamento del SMS Helgoland está a la altura del HMS Dreadnought y su blindaje llega a ser incluso algo más grueso. (Esto se debe a que los navíos de guerra alemanes no estaban pensados para tener el mismo alcance que los británicos, por lo que lo ahorrado en capacidad de almacenaje de carbón se invertía en protección.) Con sus doce cañones de 305 mm es uno de los acorazados más modernos de la Imperial Flota de Alta Mar alemana, y junto con sus tres buques gemelos Ostfriesland, Thüringen y Oldenburg despertó grandes expectativas entre la población civil y los almirantes, la propia tripulación y el emperador Guillermo II. Todo el mundo sabe que la costosa (y absurda) Flota de Alta Mar fue uno de los proyectos favoritos del káiser. Fue precisamente su construcción la causante de que Alemania estuviera en camino de enfrentarse a Gran Bretaña antes de la guerra.

6 Oh, Alemania mía, qué fuerte debes de ser, / qué honesta hasta en lo más profundo, / para que nadie se haya atrevido contra ti a solas / sino pidiendo ayuda a otros seis. / Alemania, cuán sincero no será tu corazón, / y cuán deslumbrantes y puras tus razones, / para que el más poderoso de los hipócritas te odie / y el inglés empalidezca de rabia.

7 Da muerte al diablo y recoge de su altura celestial / siete coronas de laureles de la humanidad, / siete soles de honor inmortal.

8 Debido a que los frentes del ejército ruso en la práctica son unidades independientes —con reservas, trenes, manutención y objetivos propios—, es imposible imaginar que se produzca un

repentino traslado de recursos, al menos no mientras los envidiosos y pendencieros generales rusos sigan custodiando sus dominios tan meticulosamente delineados.

9 Una especie de ingeniero militar cuyo principal cometido es construir fortificaciones y abrir y también demoler caminos.

10 El turbio y nunca demostrado argumento pretendía que se había provocado el incendio a fin de avisar a los alemanes de la presencia de las tropas rusas.

11 El motivo es de tipo logístico. Todos los ejércitos se mueven siguiendo horarios minuciosamente elaborados e inmensamente complicados, siendo una de las premisas del intricado cálculo de salidas y encuentros la velocidad, que debe ser constante por principio y baja por necesidad. Hay quienes afirman que durante estos transportes a veces era posible coger las flores que crecían en los terraplenes desde el tren en marcha, pero puede que sea una exageración. De lo que sí podemos estar bastante seguros es de que muchos lo intentaron.

12 En esta época Rusia, como parte de su gran programa de modernización militar, había iniciado una reforma de la red de ferrocarriles. Dicha ampliación en la Polonia rusa provocaba auténtica dentera en el Estado Mayor alemán. Cuanto más velozmente pudiera reunirse un ejército y ponerse en marcha, mayor serían sus probabilidades de vencer; ese era el axioma. El plan Schlieffen alemán — que no era tal plan en el actual sentido de la palabra sino una simple Pro Memoria de 1905 que partía de la situación vigente tras la gran derrota de Rusia contra Japón— se basaba en que los rusos no tendrían tiempo de entrar en acción antes de que los franceses fueran eliminados. Los ferrocarriles constituían un factor crucial. En 1910 el ejército ruso solo habría podido disponer de 250 convoyes para su movilización (en comparación, mencionaremos que el tráfico regional en la región de Colonia por esta época era atendido por 700 trenes). En cambio, el programa de modernización significaba que había un número mucho mayor de trenes y que además, estos podían trasladar efectivos más cerca de la frontera alemana.

13 Mediante la eliminación de ese peso extra el barco se hundirá medio metro menos en el agua.

14 Es necesario mencionar que hubo ciertas minorías nacionales que, de hecho, sí aplaudieron la guerra, al considerar que servir con lealtad sería un medio de conseguir un mayor respeto. Esta fue la estrategia que muchos judíos, especialmente los más asimilados, eligieron en países como Alemania y Rusia —con más éxito en el primero que en el segundo, por el simple hecho de que el antisemitismo alemán era mucho menos fuerte que el ruso y que el francés—. En periódicos alemanes se cuentan historias sobre judíos alemanes que al estallar la guerra abandonaron Palestina y realizaron penosos viajes de vuelta a Alemania para alistarse como voluntarios.

15 Los ducados de Schleswig, Holstein y Lauenburgo pasaron, como es sabido, a manos de Prusia tras la guerra germanodanesa de 1864 (en Suecia más conocida como el último suspiro del escandinavismo). Por esta época también vivía en el territorio una importante población de habla alemana.

16 Como muchos otros brotes iniciales de la histeria suscitada por el temor a espías y traidores, también este acabó por remitir, sobre todo una vez comprobado que los ciudadanos de habla danesa —como Andresen— respondían a la llamada de las banderas sin chistar. A los detenidos, incluyendo a su padre, los soltaron. Para una descripción perspicaz y entretenida basada en experiencias propias de la exaltación y la histeria antiespionaje reinantes en Alemania en agosto de 1914 léase el ensayo

de Klara Johanson Krigsfångenskap (Prisioneros de guerra).

17 Una vez más, la firma Hindenburg & Ludendorff ha conseguido realizar uno de esos traslados estratégicos por ferrocarril que el Estado Mayor ruso solo puede aspirar a soñar; los alemanes han trasladado fuerzas de una zona segura (en este caso Prusia Oriental) a una amenazada (aquí el sur de Polonia). Sin embargo, no estamos hablando de una nueva batalla de Tannenberg. Ambos lados se han dedicado a vagar sin objetivo de aquí para allá, o bien por no encontrar al enemigo o por no percibir que estaba allí. Lo que acaba de suceder es que los adversarios, sin quererlo, acaban de toparse de frente, aquí a las puertas de Opatov; los alemanes jugando el papel de entusiastas atacantes y los rusos el del ejército que se retira de mala gana. Para la campaña o para la guerra en total esta batalla no significará nada. Ambos bandos valorarán más tarde lo ocurrido como todo un éxito.

18 Al comienzo de la guerra, la granada de fragmentación, o shrapnel, era, con diferencia, el tipo de proyectil de artillería más utilizado, y eso es válido para todos los ejércitos. Es un ejemplo típico de arma que parece genial sobre el papel. Cada granada contenía varios cientos de balines de plomo endurecido que eran expelidos del cuerpo cilíndrico mediante una pequeña carga de pólvora negra colocada en el fondo del proyectil, lo que hacía que el invento funcionara como una enorme escopeta de perdigones. El efecto deseado suponía que la granada, mediante un temporizador especial, se hacía detonar en el aire justo frente al objetivo prefigurado, operación que no era demasiado simple; si estallaba encima de su cabeza los balines pasaban de largo. Además, exigía que el objetivo estuviese sobre tierra, lo cual motivó que este tipo de munición perdiera gran parte de su protagonismo a la que los combatientes empezaron a guarecerse en las trincheras. La pólvora negra del mixto producía las nubes blancas ligeramente oblicuas tan características de las explosiones de las shrapnels.

19 Kuhr da la fecha del 11 de octubre, pero eso es, a todas luces, un error: primeramente porque la mencionada capitulación se proclamó el 10 de octubre, y en segundo lugar porque el 11 de octubre era domingo y ni siquiera los niños alemanes iban a la escuela los domingos.

20 En esta época el trato que recibieron los prisioneros de guerra en el frente oriental —tal y como Alon Rachamimov ha demostrado— fue mucho mejor que durante la Segunda Guerra Mundial, durante la cual ambos bandos incurrieron en multitud de abusos y en el maltrato sistemático. Durante la Primera Guerra Mundial las condiciones de los presos fueron relativamente humanas, y más del 90 por ciento de los prisioneros capturados pudieron regresar a sus casas después del conflicto. Quienes más sufrieron fueron los prisioneros alemanes y los austrohúngaros en los campos de prisioneros rusos, debido a la falta de alimentos y sobre todo al tifus.

21 A estas alturas nadie sabe con exactitud cuál fue el número exacto de bajas, pero se estima en unos 400.000 hombres. Y en menos de un mes. El historiador Norman Stone escribió: «La pauta de la guerra estaba ya trazada: en el frente occidental punto muerto, en el oriental una casi constante crisis por parte de los austrohúngaros».

22 Es decir, la frontera entre Galitzia y Hungría.

23 La fecha es aproximada. La datación en el diario de Corday de los años 1914-1918 resulta algo excéntrica: las entradas son cronológicas, pero no siempre se puede saber en qué momento una fecha pasa a ser otra. Su visita a la familia en Saint-Amand tuvo lugar entre el 22 y el 26 de octubre, y como los días laborables tenía que atender su trabajo en el Ministerio, es razonable suponer que el

viaje se realizó el fin de semana del 24 al 25 de octubre.

24 Que tomara el nombre supuesto de Corday se debe a que su familia estaba ligeramente emparentada con Charlotte Corday, la mujer que el año 1793 asesinó al dirigente revolucionario Marat, un hecho que, como todos sabemos, fue inmortalizado por Jacques Louis David. Que el republicano convencido de que es Michel Corday eligiese el apellido de la contrarrevolucionaria Charlotte resulta interesante y sugiere un toque de vanidad o, al menos, la necesidad de resaltar sus orígenes.

25 La fecha podría corresponder a un día anterior o incluso a uno posterior.

26 El mando de esta sección esperaba el refuerzo de una unidad de artillería, pero debido a un simple malentendido le enviaron una de infantería, es decir, el batallón de Pollard.

27 Siglas de His Majesty's Australian Transport.

28 Lo cierto es que los primeros disparos de la guerra entre Alemania y Gran Bretaña se intercambiaron en Australia, en el puerto de Sídney, el día 4 de agosto para ser más exactos, cuando un buque mercante alemán intentaba hacerse a la mar sin ser advertido y tuvo que ser disuadido mediante disparos al aire.

29 Se trata de la pronto muy notoria escuadra del Pacífico de Maximilian von Spee, que dejó una estela de pánico y destrucción a su paso hacia el este. A estas alturas la escuadra había alcanzado la costa oeste de Chile, donde inesperadamente, el día 1 de noviembre, venció a una flotilla británica en Coronel. En estos momentos grandes refuerzos británicos van de camino hacia el Atlántico Sur para vengar esa derrota en Coronel y acabar, a cualquier precio, con la escuadra de Von Spee.

30 La formación de nuevos maestros en Australia respondía a un sistema parecido al de aprendices y oficiales según el cual los estudiantes de magisterio recién licenciados («junior teachers») daban clase bajo la tutela de un profesor principal.

31 A estas alturas el Emden ya ha hundido 17 buques mercantes y está rodeado de una aureola romántica, primeramente debido a la astucia que demuestra su oficial al mando, el capitán de fragata Müller, pero también por su alto grado de humanidad, ya que siempre recoge a la tripulación de los barcos que hunde, los trata bien y se encarga de dejarles en tierra cuanto antes. Este caballeroso comportamiento se corresponde con lo que la mayoría de la gente todavía cree que debe ser la guerra.

32 La parte de la tienda que cada soldado portaba fue bautizada por el humor de los soldados como «el ataúd de los héroes», ya que a menudo se utilizaba como sudario de los caídos en los funerales de campaña.

33 Especie de mermelada hecha con una mezcla de manzana y naranja.

34 La huida del ciervo. Popular novela del autor danés Christian Winther (1796-1876).

35 No está claro qué pueda ser esto. Probablemente una novela alemana.

36 Más tarde lleva realmente un banderín danés al campo de batalla, que junto con la novela de Winther reúne, según Andresen, «lo más valioso de Dinamarca». Es decir, que Andresen no era de ningún modo insensible a los latidos del nacionalismo, si bien esos latidos no eran por Alemania.

37 Sobre todo considerando que Sembat ha trabajado junto a Jean Jaurès, el dirigente socialista

que intentó detener el estallido de la guerra organizando una huelga general y fue asesinado el 31 de julio por un joven nacionalista francés. Para colmo, Sembat también es famoso por ser el autor de un célebre y muy divulgado libelo pacifista.

38 Andresen ha podido observar lo mismo que la inmensa mayoría, que el tipo más corriente de munición artillera, las granadas de mortero, tienen un efecto insignificante sobre la tropa atrincherada.

39 La alambrada del tipo que conocemos en la actualidad se inventó en Estados Unidos como un recurso agrícola. Con ella se pudo empezar a criar ganado a una escala impensable hasta entonces. La primera vez que es mencionada en un contexto militar, como barrera antiasalto, es en relación con la guerra francoprusiana de 1870-1871. Durante la Guerra de Cuba de 1898 es sabido que las fuerzas americanas utilizaron alambradas para proteger sus campamentos. Aunque la alambrada se menciona en el reglamento del ejército británico ya en 1888, los ejércitos involucrados en la guerra de 1914 partieron al frente sin ella, pues lo previsto era que el conflicto fuese muy movedizo y de rápida resolución. Cuando se empezaron a excavar las primeras trincheras en otoño de 1914, en el mejor de los casos se podían hallar improvisadas barreras defensivas de alambre espinoso conseguido en los pueblos circundantes. (Pese a ello, el fenómeno fue bastante inusual, como sugiere el hecho de que el término «alambrada» no se adopta de forma unitaria de inmediato. Algunos la llaman, por ejemplo, «valla de alambre espinoso».) Durante este periodo inicial se utilizó el alambre del tipo que fuera, también alambre sin púas. Además, las barreras antiasalto solían ser delgadas y a menudo consistentes en una única hilera de estacas unidas entre sí por tres o cuatro hilos de alambre. Pero pronto se puso en marcha la producción de alambre espinoso para su uso en campaña: el que hasta entonces se había utilizado en agricultura tenía, por lo general, siete pares de púas por metro, mientras que el nuevo alambre espinoso militar tenía, como mínimo, catorce pares de púas por metro. Por otro lado, las alambradas se volvieron más anchas y más densas. Un reglamento francés del año 1915 establecía que la barrera antiasalto mínima tuviera dos filas de estacas colocadas a una distancia entre sí de unos tres metros, mientras que un reglamento británico de 1917 estipulaba que el obstáculo de alambre de púas tuviera una anchura mínima de diez. Además, pronto fueron utilizadas diferentes variantes, algunas de las cuales eran transportables, como «los jinetes españoles», «los cubos», «los erizos», «el grosellero» y «el cuchillero». El reglamento británico arriba mencionado también cataloga una variedad de alambradas fijas, como apron, double apron, fence and apron, trip and loose wire, concertina (también denominado brun wire), trip and crossed diagonals, rapid double fence, low wire, French rapid wire, high and low wire combination (solo de esta última habían seis tipos diferentes). Durante un tiempo se experimentó asimismo con alambradas eléctricas, pero se consideraron poco prácticas. El francés Olivier Razac ha dicho que la alambrada, aunque no pueda decirse nunca que sea una metáfora de la Primera Guerra Mundial, ha jugado un papel importante en los intentos del arte de «representar la monstruosa sublimidad de las fuerzas destructivas desatadas por la guerra moderna».

40 Las onomatopeyas son del propio Andresen.

41 El hecho de que empezaran a decorar sus trincheras con tanto esmero —no tardó en haber refugios con lámparas eléctricas en el techo, alfombras cubriendo el suelo y revestimientos de madera en las paredes— se debe a que el ejército alemán en el oeste ya se había mentalizado para una posición defensiva a largo plazo. Mientras, por motivos puramente ideológicos, el ejército francés en ningún momento quiso dar la impresión de que pensaba quedarse en sus trincheras, así que

durante toda la guerra estas tendrían un cariz altamente improvisado. En el este, cosa poco sorprendente, el ejército austrohúngaro enseguida buscó el máximo confort. Al parecer, hubo casos de refugios con ventanas de cristal, lo cual podría parecer bastante paradójico.

42 El respeto a la jerarquía decidió la cuestión. ¿Cómo iba un teniente a pedir la palabra para plantear peliagudas cuestiones a su jefe supremo, el ministro de la guerra?

43 Egipto se hallaba bajo el control fáctico de Gran Bretaña desde 1882. Por esta época los mandatarios británicos empezaron a incubar planes para fragmentar y disolver el Imperio Otomano, lo cual supondría una expansión aliada en Oriente Medio casi sin precedentes. Entre otras cosas, se le ofreció a Rusia quedarse con Constantinopla.

44 No fue el caso.

45 Eso sí empezó siendo muy prometedor puesto que el submarino alemán U-9 en el mes de septiembre y en el transcurso de una hora escasa consiguió hundir tres cruceros británicos, lo que, aun considerando lo obsoletos que eran esos barcos, tiene su mérito.

46 El escuadrón alemán del Pacífico ganó inesperadamente una batalla en Coronel, el 1 de noviembre de 1914, pero fue aniquilado más tarde, el 8 de diciembre, en una batalla frente a las islas Malvinas.

47 A mediados de diciembre de 1914 unos cruceros alemanes bombardearon Scarborough, Hartlepool y Whitby. Los daños fueron mayores en Scarborough, donde el faro quedó destruido y 19 civiles perdieron la vida.

48 En este contexto una división es una parte determinada de la tripulación de artilleros de un buque de guerra.

49 Si se recuerda a Loti hoy en día es sobre todo por la gran admiración que Proust sentía por él.

50 Cabe decir que este mismo día son ejecutados, en la horca, tres de los hombres que participaron en el atentado de Sarajevo de finales de junio del año anterior. El que con sus propias manos asesinó al archiduque y a su esposa, Gavrilo Princip, se salva de la pena de muerte porque en el momento del asesinato no había cumplido los veinte años. Princip se halla ahora entre rejas en la fortaleza de Theresienstadt, cumpliendo una condena de veinte años de prisión. Allí está hasta el 28 de abril de 1918, día en que fallece de tuberculosis. Siempre y hasta el último momento dio fanáticas muestras de sentirse libre de remordimientos por la que había armado.

51 El ataque otomano por el este no era la única amenaza contra la presencia británica en Egipto. Hacia finales de 1915 una agrupación libanesa inspirada en la secta puritana y nacionalista de los wahabitas —que en el nombre del islam había luchado contra la expansión colonialista tanto de franceses como de italianos en el norte de África—, inició ataques contra la frontera occidental de Egipto, ataques apoyados por unidades otomanas que solo fueron contenidos tras muy considerables esfuerzos por parte del ejército británico. (Hablando de alborotos en el norte de África: en Marruecos los disturbios iniciados cuando la zona pasó a ser un protectorado francés en 1912 seguían produciéndose.)

52 Un viejo conocido de la escuela de cadetes de Duntroon.

53 En su breve diario de este periodo aparece de forma recurrente una palabra: Pontooning.

54 Esto ocurría casi tres meses antes del uso del gas de combate en el oeste, en Ypres, en abril de 1915, que suele señalarse como la primera vez. (El único antídoto que facilitó el ejército ruso fueron botes de amoníaco con los que sanear las trincheras.) Sin embargo, los efectos fueron bastante reducidos debido a que las muy bajas temperaturas impidieron que el gas se propagara en la medida esperada.

55 Durante la Primera Guerra Mundial los colores rojo, verde y blanco eran los colores iconográficos de la noche. Todos los ejércitos utilizan cohetes de estos tonos, los cuales pueden combinarse para formar diferentes mensajes. Normalmente rojo significa «¡El enemigo ataca!» y verde que la propia artillería dispara demasiado corto y tiene que adelantar su fuego.

56 Es verdad que los alemanes han obtenido una serie de victorias locales: también han establecido un auténtico cerco en Augustów, donde todo un cuerpo de ejército ruso fue exterminado, el 20.º de Bulgakov, tras lo cual la prensa alemana, por supuesto, enseguida hizo sonar los tambores de Tannenberg. Las bajas rusas han sido cuantiosas, en ocasiones, atroces. Pero también las alemanas han sido notables y, como decíamos, de poca utilidad.

57 «¿Hemos confiado en nuestra propia fuerza? /Nuestros esfuerzos serían en vano...» (Ein feste Burg ist unser Gott, Martín Lutero, 1529).

58 En esta época los mismos turcos también utilizaban este nombre para su ciudad: Konstantiniye.

59 El término militar «remonta» (en francés remonter) significa «cabalgadura de repuesto, es decir, los caballos que vienen a sustituir a los que han sido heridos o han muerto».

60 Desde principios de año, el ejército austrohúngaro ha perdido 800.000 hombres, entre los que se cuentan los muertos en combate y los heridos, pero, sobre todo, los que han enfermado o perecido congelados. Estas cifras, sin embargo, no saldrán a la luz hasta después de 1918. Todas las naciones guardan celosamente el número de bajas como un secreto de Estado. Cualquier intento de averiguación se considera algo rayano en la alta traición.

61 Ambulance es el término utilizado por esta época en Francia para designar un hospital militar.

62 Ya en esta época Cushing, formado en Yale y en Harvard, se había ganado un nada insignificante renombre entre sus colegas. Como una especie de niño prodigio, a los 32 años ya era catedrático de cirugía en la Universidad John Hopkins. Es un número uno mundial en la investigación relacionada con las áreas cerebrales y sus funciones.

63 En este contexto le explican que los alemanes no toman a los negros como prisioneros, pero él duda de que sea cierto.

64 Metralla; más exactamente un fragmento de granada.

65 A Hunter's Wandering in Africa y Travel and Adventure in South-East Africa. La fama de Selous se vio incrementada por el hecho de que, al igual que muchos descubridores y aventureros, se dedicó a contar sus experiencias dando conferencias por todo el país. Ocupa un lugar en la historia por ser el primero que —en colaboración con el reputado Cecil Rhodes— vio las posibilidades del altiplano de Rhodesia como lugar de asentamiento ideal para que los británicos practicaran la agricultura a gran escala. Irónicamente, más tarde descubriría por sí mismo las grandes dificultades implícitas en esa actividad, dificultades que cualquiera que haya leído los relatos y novelas africanos de Doris Lessing conoce bien y que Selous, en su afán colonialista, subestimó.



66 El jefe del batallón es el mismo hombre que tuvo la iniciativa de crearlo, el coronel Daniel Patrick Driscoll, quien durante la segunda guerra de los Bóers dirigió una reputada fuerza irregular, los Driscoll's Scouts. La idea es que el batallón sea una unidad similar.

67 El término es difícil de traducir, ya que el sentido de la expresión ha variado. Tal vez se comprenda mejor diciendo que es una mezcla de romántica sed de aventuras y expectante solemnidad.

68 Como ha demostrado Niall Ferguson, los políticos británicos tenían grandes dudas sobre si involucrarse o no en esta guerra. ¿Por qué ponerse de parte de la autocrática Rusia contra Alemania si ésta última, en muchos campos, sobre todo en lo referente a legislación social, arte y ciencia, se consideraba ejemplar? Al comienzo, entre los miembros del gobierno eran mayoría los que, sin duda alguna, estaban en contra de la guerra. Otros se consideraban dispuestos a tolerar una limitada transgresión de la neutralidad belga, otros podrían transgredirla ellos mismos en caso de necesidad (algo sobre lo cual más tarde se intentó correr un tupido velo).

69 En Dinant fueron asesinadas 612 personas; en Andenne, 211, y en Tamines, 384: entre las víctimas había también mujeres y niños. En los tres casos los perpetradores eran soldados regulares alemanes presas de la histeria a causa de supuestos actos de la guerrilla local.

70 La noche del 6 al 7 de junio será abatido el primer zepelín (LZ37) por un avión enemigo. Sería erróneo decir que fue derribado, porque lo cierto es que el piloto británico que lo consiguió, R.A.J. Warneford, iba camino de atacar los grandes hangares de dirigibles de Berchem cuando se topó con el LZ37. Warneford sobrevoló la gran aeronave y la bombardeó, acto seguido esta se estrelló. Por ello Warneford fue condecorado con la Cruz Victoria. Diez días más tarde perdió la vida en un accidente banal.

71 Lo más terrorífico de estas naves es, evidentemente, el hecho de que comportan todo un nuevo modo de hacer la guerra. Primeramente que la población civil se vea afectada en tan gran medida. En segundo lugar que la amenaza provenga del aire. En Gran Bretaña provocan gran indignación. Incluso hay quienes exigen la ejecución de los pilotos de los zepelines capturados.

72 La finalidad de toda la mal planeada y presuntuosa operación era abrirse paso, a cañonazos lanzados desde diversos acorazados, primero por el estrecho de los Dardanelos y después a través del Bósforo, primeramente para poder transportar material de guerra a los apurados rusos, pero también a fin de aligerar la presión que estos sufrían en el Cáucaso, donde la que antes fuera una peligrosa ofensiva otomana ya se había detenido debido al frío, la nieve y el caos. Asimismo se albergaban esperanzas de poder eliminar al Imperio Otomano de la guerra. El debate entre los que suelen denominarse westerners (occidentalistas) y easterners (orientalistas) era constante; los primeros, a menudo militares, querían dar prioridad a los intentos de abrirse camino por el frente occidental, mientras que los otros, a menudo políticos, querían que las operaciones se dirigieran contra los flancos débiles de las Potencias Centrales, es decir, sobre todo hacia la zona de los Balcanes y al sur del Mediterráneo. La operación contra el estrecho de los Dardanelos fue en gran medida una invención del joven, manipulador y controvertido ministro de la Marina británico Winston S. Churchill. Ya en 1907 la Armada británica había estudiado el caso llegando a la conclusión de que un ataque únicamente por mar nunca tendría éxito; sin embargo, datos grises como esos no encajaban bien con el carácter aventurero de Churchill.

73 Este es un resumen algo forzado pero no del todo erróneo de lo que se estaba planeando. Las

tropas eran necesarias después de que amargas experiencias demostraran que los acorazados aliados no podrían abrirse camino por los Dardanelos por sí solos. La función principal de las unidades de tierra era eliminar las baterías de artillería costera que habían causado tan graves problemas a las fuerzas navales aliadas, en particular, al disparar certeramente contra los dragaminas que iban a la cabeza de la flota.

74 Dawkins ha dado muestras de una creciente aversión hacia los egipcios: entre otras cosas, los llama «despreciables».

75 Se han cometido masacres de cristianos con anterioridad, y el conflicto entre los armenios y el poder central otomano es antiguo, si bien se ha agudizado durante los últimos decenios. La Gran Guerra ha posibilitado su súbito recrudecimiento, imprevisible y muy inquietante. Muchos turcos sienten una especie de angustia por su amenazada supervivencia. Cuando los potentados de Constantinopla decidieron en octubre de 1914 ponerse del lado de las Potencias Centrales, el Imperio Otomano acababa de perder una guerra (la denominada guerra de los Balcanes de 1912-1913, en la que Serbia, Grecia, Bulgaria y Rumanía salieron triunfantes al aunar sus fuerzas). Esa vez el Imperio perdió parte de los territorios habitados mayoritariamente por cristianos. Ahora, otros de sus miembros, como Egipto y el Líbano, se encuentran en la práctica bajo el gobierno de las Potencias Occidentales. ¿Acaso se van a producir nuevos desmembramientos? A la vieja pócima se le ha añadido un nuevo ingrediente bastante nefasto: el nacionalismo moderno. Ya antes de octubre de 1914 el nacionalismo había sembrado, entre los gobernantes de Constantinopla, la idea de organizar grandes reasentamientos con el fin de crear un Estado étnicamente unitario o que, al menos, liberase las provincias más importantes de los «núcleos tumorales» de población no musulmana. Entre las minorías cada vez más perseguidas, los activistas armenios en particular, el nacionalismo despierta fantasías separatistas, la esperanza de un Estado propio.

76 En plural: porque no es solo la precipitada invasión del Cáucaso la que ha terminado amargamente. A estas alturas, también la entrada de los otomanos en la Persia independiente ha acabado en derrota. El cuerpo de ejército ruso que ahora se halla en el paso de Kotur Tepe saldrá victorioso de las operaciones.

77 De Nogales dejó a estos siete armenios en manos de un alto funcionario local que prometió protegerlos. Más tarde se enteraría de que esa misma noche el funcionario dio órdenes de estrangular a los prisioneros.

78 Más adelante también se utilizarán, con gran efecto pero con riesgo igual de grande para los artilleros, unos morteros de más de quinientos años de antigüedad.

79 Es decir, William Bridges, jefe de la 1.<sup>a</sup> División Australiana, a quien Dawkins conocía bastante bien por ser este general también la máxima autoridad en la academia militar de Duntroon.

80 La infantería otomana que estos días defendía Galípoli era valerosa, inferior en número, iba mal equipada y estaba considerada como pura carne de cañón. Esta última circunstancia se resume mejor en una frase tristemente célebre del por aquel entonces jefe de la 19.<sup>a</sup> División Otomana, quien más tarde sería el tan conocido teniente coronel Mustafá Kemal. Cuando justo este día, en un momento crítico en Ariburnu, este iba a la cabeza de un regimiento al que prácticamente no le quedaba munición, a fin de detener una peligrosa irrupción del Anzac (Australian and New Zealand Army Corps), les gritó a sus soldados: «No os pido que vayáis al ataque, os ordeno que muráis». Y efectivamente, esta unidad, el 57.º Regimiento, quedó completamente aniquilada. Q.E.D.

81 Que los sistemas de trincheras orientales raras veces fueran tan laberínticos y extensos como los del frente occidental depende principalmente de que este, como ya se ha dicho, era más móvil. La distancia entre las líneas enemigas, que en el oeste oscilaba entre un par de cientos de metros y, a menudo, mucho menos, en el este llegaba a alcanzar el par de kilómetros o más.

82 Esta región contiene casi tantos cementerios de guerra como Flandes, lo cual verá quien hoy en día viaje en coche por la carretera 977 desde Tarnów a Gorlice. Muy al contrario de lo que sucede en Flandes, muchos de estos cementerios de guerra se encuentran en un melancólico estado de decadencia, una decadencia que, a veces, resulta romántica pero que a menudo solo es deprimente. En la mayoría de ellos yacen soldados de distintos ejércitos.

83 Cuando todavía estaba en Egipto, Dawkins visitó varias veces al dentista, pero obviamente, ninguna de sus molestias recibió tratamiento. La última vez que solicitó asistencia médica a causa del dolor fue el 10 de mayo, allí en la playa.

84 Hoy en día más conocido como Anzac Cove.

85 El elemento sorpresa está ya descartado: los repetidos ataques navales contra Galípoli durante los meses precedentes habían hecho fijarse a los generales otomanos —bajo el mando de su jefe alemán Liman von Sanders— en el lugar, enviando todos los refuerzos que fueron capaces de reunir.

86 De tratarse de una granada explosiva corriente, Dawkins habría sobrevivido mientras que sus soldados agazapados habrían resultado heridos o muertos. Las granadas de fragmentación, o shrapnel, esparcen sus balines hacia delante en un cono muy alargado, mientras que las granadas explosivas esparcen su metralla casi exclusivamente hacia los lados. A eso se debe que sea posible salir ileso cuando una granada explosiva ha sido detonada a un metro escaso de distancia, siempre y cuando uno no se encuentre en la línea de la trayectoria del proyectil. Si a esto le añadimos el hecho de que la metalurgia estaba relativamente poco desarrollada, de modo que las granadas explosivas a veces estallaban en grandes pero escasos fragmentos, se entiende por qué, a veces, algunas personas sobrevivían pese a hallarse extremadamente cercanas al lugar de la explosión. El hecho dio lugar a una teoría según la cual eran este tipo de experiencias las que originaban el fenómeno, considerado puramente fisiológico, de la neurosis de guerra; se decía que el vacío ocasionado por la explosión de las granadas dañaba el cerebro.

87 Probablemente no fuera su marcada política feminista lo que indujo a Olive King a unirse a esta organización, sino simple pragmatismo: la primera unidad de asistencia sanitaria a la que se incorporó fue inhabilitada por las autoridades nada más desembarcar, sin previo aviso, en Bélgica, y Olive y dos conductoras más fueron arrestadas bajo sospecha de espionaje. Que Mrs. Harley, una de las jefas de The Scottish Women's Hospital, la misma que este día acompaña a Olive en la caza de muebles, sea la hermana de sir John French, comandante en jefe del Cuerpo Expedicionario Británico, sin duda le ha facilitado las cosas a esta unidad a la hora de obtener el permiso para practicar sus actividades.

88 Tras la guerra conducirá a Lwów. Hoy en día conduce a Lviv.

89 El término, que en alemán, sueco e inglés se denomina «fuego de tambor» (Trommelfeuer, trumeld, drumfire) no se debe solamente a que los disparos en este tipo de fuego artillero fueran lo más seguido y rápido posible y sonaran como el tam-tam de los tambores, sino también a que, a veces y por pura casualidad, las detonaciones se sucedían formando verdaderos ritmos.

90 Es decir, en Bolimov en enero de este mismo año. En Ypres, en el mes de abril, se utilizó cloro gaseoso, que es letal. Por lo demás, las nubes de cloro gaseoso son ligeramente verdes.

91 El fabricante es IG Farben, que lo hizo utilizando los restos de un proceso de tinte textil. El gas conduce a una sobreproducción de líquido en los pulmones, y los afectados de más gravedad se asfixian como si se ahogaran en sus propios cuerpos.

92 Ciertas cosas que a los soldados les son distribuidas gratuitamente cuando están en el frente, como el jabón, tienen que pagárselas de su propio bolsillo en el hospital. Esto resulta difícil, ya que el sueldo es escaso y los precios en las contadas y mal surtidas tiendas, astronómicos. Por esta razón, este mes las cartas que ha dirigido a su familia contienen —aparte de expresiones de alegría por haber salido de la línea de fuego— reiteradas peticiones de ayuda material.

93 La categórica prohibición de batirse en retirada no es ninguna novedad; el alto mando del ejército no ha dejado de insistir en ello desde la brecha abierta el 2 de mayo. No obstante, su efecto fue del todo contraproducente, obligando al ya muy presionado Tercer Ejército ruso a defender posiciones indefendibles, lo cual solo conllevó un incremento del ya muy elevado número de bajas.

94 Es cierto que el enemigo consiguió cruzar el San en algunos puntos hacia mediados de mayo con la misma estentórea fuerza y seguridad con que lo hizo en Gorlice, pero ahora da la impresión de que estas incursiones se han estancado y detenido.

95 Florence Farmborough no tiene claro si los cosacos simplemente cumplían órdenes o si este pillaje era más bien una iniciativa propia. Casi todo parece indicar que se trata de lo primero. Cuando el ejército ruso reanudó su retirada volvió a aplicar una vieja especialidad suya: lo que suele denominarse táctica de tierra quemada. Sistemáticamente se apoderaban del mayor número de bienes posible —sobre todo ganado—, además de destruir todo lo que, por distintas razones, no podían llevarse, sin considerar que esto condenaba a la población civil a grandes penurias e incluso al hambre. En estos momentos se encuentran en un territorio perteneciente al Imperio Austrohúngaro, lo cual también explica por qué se llevan a los hombres en edad militar, cosa que ya se había hecho antes durante la invasión de la Prusia Oriental alemana en 1914, aunque no con la misma estudiada planificación. (En esa ocasión, durante la retirada, los rusos entre hombres, mujeres y niños se llevaron a la fuerza a más de 10.000 alemanes.) El pillaje y la quema organizados prosiguieron con igual intensidad una vez traspasada la frontera, de vuelta en territorio ruso, ocasionando indescriptibles sufrimientos a la propia población civil, algo que, obviamente, no fomentó la popularidad de la guerra entre la población rusa.

96 La descripción es del propio Pollard. Quien haya escuchado cómo suena la artillería bélica sabrá que esta aproximación a los distintos tipos de sonidos no está nada mal: el «bang» ligeramente prolongado representa un disparo, el «swisch» se corresponde con las granadas que vuelan por encima de tu cabeza, y ese «crump» más corto y compacto reproduce el sonido de las granadas que estallan bastante cerca.

97 De Nogales utiliza el término «nestoriano» al referirse a los sirios.

98 Las expectativas puestas en Italia tras su incorporación a la guerra no han sido correspondidas. Por un lado, el avance excesivamente optimista del ejército italiano ha sido detenido casi de inmediato, en las infranqueables montañas que bordean las fronteras y cuya existencia parece haber cogido por sorpresa a algunos de los generales italianos más torpes. Por otro, la incursión italiana ha

aportado una nueva motivación a la población eslava del Imperio Austrohúngaro, quienes aquí han hallado —a diferencia de en la guerra contra Rusia y Serbia— una causa por la que sí están dispuestos a morir.

99 «Así está escrito en el plan de Dios, que de quien amamos tenemos que separarnos.»

100 Una aeronave con el depósito lleno puede superar los 300 kilómetros en un solo vuelo y, teóricamente, podría mantenerse varios días en el aire. El alcance de las naves especialmente equipadas se aproxima a la media vuelta al mundo.

101 También podría ser sábado, 14 de agosto.

102 La grandiosa escala de las distancias africanas se insinúa en el hecho de que desde que la unidad de Buchanan zarpara de Plymouth, Inglaterra, tardó cinco días en llegar a África, mientras que les tomó veinte días más navegar a lo largo de la costa africana para llegar a su destino, Mombasa, en el África del Este británica.

103 Un ejemplo de lo que se temía fue la pequeña guerra civil que estalló entre los bóers de Sudáfrica en agosto de 1914: de un bando estaba el gobierno, que —pese a que solo habían transcurrido 12 años desde la guerra contra Gran Bretaña— decidió tomar partido por ellos, y del otro, una minoría militante que quería vengarse de los británicos aliándose con Alemania. Este conflicto interno se resolvió en febrero de 1915, cuando los últimos rebeldes germanófilos fueron vencidos y claudicaron.

104 Arriba en Artois los franceses perdieron más de 100.000 hombres y los británicos alrededor de 26.000 a cambio de beneficios marginales: un par de kilómetros, nada más. El primer ataque británico, el del 9 de mayo en Neuve Chapelle, resultó totalmente fallido, lo que enseguida se achacó a una pésima preparación artillera: duró solo 40 minutos y se realizó casi exclusivamente con piezas ligeras y sin granadas explosivas, lo cual se consideró una grave desventaja. Este fue el inicio del denominado «escándalo de las granadas» en Gran Bretaña, que no solo desembocó en sonoras protestas que exigían la dimisión del gobierno de Asquith, sino también en radicales transformaciones de la producción de municiones y, de hecho, de toda la economía bélica. Solo a causa de esta crisis abrió los ojos la población británica y comprendió los grandes esfuerzos que se requerirían para ganar la guerra.

105 Hay un factor, sin embargo, que no puede solventarse por iniciativa propia: nos referimos al hecho de que los alemanes, a lo largo de casi todo el frente, mantienen posiciones en las crestas de las lomas y en los niveles más altos del terreno. Esto es así porque el frente occidental se estancó en el momento en que los alemanes decidieron interrumpir su repliegue (o su avance). Como es natural, se establecieron allí donde el terreno les resultaba más conveniente. Esta circunstancia otorga a los alemanes la ventaja de una mejor visibilidad; además, en los sitios en que las aguas freáticas están a un nivel alto, como en Flandes principalmente, los alemanes han podido cavar sus trincheras con más esmero y a más profundidad que los aliados, que se hallan atrapados en un terreno más llano. Estos problemas complican las operaciones de la Entente en prácticamente todas sus ofensivas.

106 No se deben achacar tales ilusiones a una mera y singular falta de imaginación, más bien son la consecuencia de experiencias previas. La última guerra acaecida en Europa fue la franco-prusiana de 1870-1871. Sin duda, fue una guerra de desenlace rápido, lo cual demuestra lo engañosos que pueden llegar a ser los paralelos históricos.

107 Las primeras estadísticas ponían de manifiesto que algo más del 13 por ciento de todas las lesiones de combate afectaban a la cabeza y que, de estas, nada menos que el 57 por ciento eran mortales. Por tanto, las lesiones cefálicas eran ahora más frecuentes que en anteriores guerras. Lógicamente, al pasar los soldados la mayoría de su tiempo en las trincheras, la cabeza se convertía en la parte más expuesta de su anatomía. La usanza de cortarles el pelo al cero a los soldados se introdujo durante la Primera Guerra Mundial y no (cosa que a menudo se supone) como una manera de prevenir la aparición de parásitos; sino porque simplificaba y aceleraba la atención de las heridas en la cabeza.

108 El término inglés es bombing platoon.

109 El nombre se originó durante los combates de octubre de 1914, cuando unos soldados británicos que huían se concentraron en ese bosque y un mando local les dio órdenes de permanecer allí hasta nuevo aviso y no volver al combate sin su consentimiento (sanctuary significa también «asilo»). A estas alturas de la guerra el bosque es cualquier cosa menos un refugio, pero el nombre sigue bien arraigado. Cabe mencionar que en la actualidad existe en ese sitio un extravagante café donde por unas monedas te enseñan los restos vallados, y desesperadamente conservados, de unas trincheras, además de una colección increíble y cuantiosa de bric-à-brac lleno de óxido del periodo 1914-1918.

110 El ejército italiano ha perdido 68.000 hombres, 11.000 de los cuales resultaron muertos. Estas cifras, sin embargo, no se harán públicas hasta después de la guerra.

111 Antes del fin de la guerra el 15 por ciento de la población serbia habrá muerto en los desplazamientos. Durante el periodo 1914-1918 ningún otro pueblo llega a padecer tantos sufrimientos como el serbio.

112 Tanto el ejército alemán como el austrohúngaro han creado una cultura propia en lo que a guerrillas, francotiradores, komidatschi, francs-tireurs y demás variantes se refiere; es decir, hombres armados que disparan emboscados y pelean sin uniforme. Su renqueante razonamiento, influido por la experiencia colonial e histórica, es el siguiente: éste es un fenómeno completamente contrario a la civilización; pues en una guerra civilizada solo los hombres uniformados luchan entre sí, los civiles no deben inmiscuirse y, de hacerlo, deberán ser castigados con la máxima dureza: con la muerte. El implacable rigor de esta línea, que teóricamente se sigue en nombre de la civilización, unida a las desmesuradas exageraciones que circulan respecto a supuestos abusos cometidos contra soldados, han llevado a estos dos ejércitos a perpetuar las mayores masacres contra civiles que Europa haya visto en más de un siglo. Lo peor tuvo lugar durante la fase inicial de la guerra, en 1914 en Bélgica, donde más de mil civiles —hombres, mujeres y niños— fueron asesinados por tropas alemanas como represalia por imaginarios atentados guerrilleros, así como en Serbia, donde las tropas austrohúngaras (especialmente las húngaras) en repetidas ocasiones arrasaron salvajemente con todo y contra todos los que se cruzaron en su camino. Ahora la histeria de agosto de 1914 se ha apaciguado, pero ambos ejércitos continúan empleando su durísima línea contra todos aquellos que pelean sin ostentar los atributos del soldado regular. Los guerrilleros deben ser ahorcados.

113 Referencia al motín a bordo del acorazado ruso Potemkin en 1905. No obstante, aquí le falla la memoria a Stumpf. Como sabemos, el Potemkin pertenecía a la flota del mar Negro y no a la del Báltico.

114 Lo que sucedió es lo siguiente: Hacia finales de septiembre llegó en primer lugar la noticia de

la movilización búlgara, clara señal de que el país, tras muchas vacilaciones y aún más zorrerías, al final se decantó por el bando de las Potencias Centrales; fue un suceso que, por supuesto, aterró a los griegos y les hizo poner a su pequeño ejército en marcha e incluso convocar a los aliados, motivo por el cual el cuerpo de ejército de Sarrail desembarcó en la ciudad que hoy en día se denomina Tesalónica. Ya al día siguiente llegó la noticia de que los búlgaros habían atacado a sus viejos enemigos serbios por la espalda invadiendo las regiones meridionales del país, al tiempo que alemanes y austríacos entraban por el norte; a esto le siguieron los relatos de la fría, o más bien hostil acogida que obtuvo el cuerpo de ejército de Sarrail debido a que el primer ministro que los había convocado acababa de ser destituido por el rey, de origen alemán y germanófilo. Acto seguido, Grecia viró el rumbo en política internacional y volvió a declararse neutral. (Desembarcar en Salónica significó por eso, para citar a A.J.P. Taylor, «un acto que a su manera era tan brutal como la invasión alemana de Bélgica»). A continuación sonaron unos breves clarines triunfales anunciando que el ejército de Sarrail estaba avanzando hacia el norte a lo largo del ferrocarril Salónica-Belgrado; fueron breves porque no tardó en llegarles la poco sorprendente noticia de que los serbios, al final, habían sucumbido a la supremacía de las Potencias Centrales y que los restos desperdigados de su ejército se encontraban ahora perdidos en algún lugar de las nevadas montañas albanesas, de camino hacia el sur.

115 Los generales de ambos bandos detestaban este fenómeno. Obsérvese también que ciertos tipos de unidades militares, como las de guardias, eran inmunes al fenómeno, y que lo mismo es válido para ciertas nacionalidades cuando se encontraban, como es el caso de húngaros y serbios.

116 La principal significación del petróleo no era como materia prima de la gasolina que propulsaba los aeroplanos y automóviles —todavía muy poco numerosos—, sino como combustible de la flota británica. El almirantazgo británico acababa de descubrir que el petróleo ofrecía una serie de ventajas en comparación con el carbón: una de ellas, que era mucho más fácil de transportar.

117 Mousley no lo sabe en este momento, pero no volverá a ver estos objetos nunca más.

118 Al día siguiente de que ocurriera esto se inició la evacuación de las fuerzas aliadas en Galípoli, y tuvo lugar la mayor victoria militar del Imperio Otomano en los tiempos modernos.

119 Se hizo famoso antes de la guerra gracias a sus audaces, por no decir suicidas, piruetas en el aire.

120 También es posible que fuera el 16 de diciembre.

121 Un cheroot es una especie de cigarro largo y fino muy popular en la época, sobre todo entre los blancos que habitaban en los trópicos, ya que se creía que proporcionaba cierta protección contra las enfermedades tropicales. Un cheroot birmano solía contener un tabaco que tiraba a rubio. Cabe mencionar que la alternativa al cigarro que domina en nuestros días, el cigarrillo, se popularizó de forma generalizada justamente durante la Primera Guerra Mundial. Tanto el cigarro como el cigarrillo —y esa forma intermedia que es el cheroot— gozaban de evidentes ventajas frente a la pipa, ya que permitían a su consumidor tener las manos libres.

122 Los altos mandos suelen estimular la práctica de este tipo de caza mayor, cuando no la ordenan directamente. Es un modo de mantener la tensión en un sector del frente que, de lo contrario, debido a la calma, se vería amenazado por la natural moderación de los soldados, algo que podría incluso llevar a la pura confraternización con el enemigo.

123 Pocas semanas atrás, más de 400.000 hombres carecían de armas.

124 Además, por esta época, nadie tiene una visión de conjunto en lo que a bajas se refiere, sobre todo debido a que el ejército ruso tiene fama de llevar muy mal las estadísticas de sus propias bajas, defecto que, por otro lado, heredaría el Ejército Rojo.

125 Aquellos que tienen buenos contactos saben también que las Fuerzas Aliadas —Gran Bretaña, Francia, Italia y Rusia— han decidido que en 1916 se comenzarán a realizar operaciones de ataque sincronizadas destinadas a poner trabas a las Potencias Centrales, las cuales gozan de una ventajosa posición geográfica que les permite transportar fácilmente tropas de reemplazo a los lugares amenazados.

126 La palabra inglesa que King utiliza es dagos (derivado del nombre propio español Diego) término despectivo con que se hace referencia a personas procedentes de la región mediterránea, como españoles, griegos e italianos. Hoy en día, el equivalente (en España) podría ser «sudacas», pero eso convertiría a Olive King en una mujer más llena de prejuicios de los que en realidad tenía. Su actitud no se diferencia del común de los parlantes de la época.

127 Además, comprendía —o temía— que le impedirían viajar hacia occidente y Constantinopla si lo intentaba.

128 Una de las primeras medidas que tomó Halil como nuevo comandante en jefe fue ordenar una reagrupación de las fuerzas turcas que debían impedir que el cuerpo británico de rescate llegase hasta los sitiados en Kut. Dicha reagrupación fue pensada con los pies. Ponía al descubierto uno de los flancos de la línea turca, lo cual fue detectado por los británicos, que inmediatamente iniciaron un ataque para aprovecharse del punto vulnerable. El resultado fue la batalla de Hanna del 13 de enero, que seguramente habría supuesto una victoria británica de no ser por una mal efectuada exploración.

129 Halil es tío paterno de Enver Pachá, uno de los líderes del partido de los Jóvenes Turcos, agresivo nacionalista, el gran impulsor de que el Imperio Otomano se incorporase a la guerra en el bando de las Potencias Centrales y que actualmente, en la práctica, rige el Imperio como una especie de dictador militar. La estratagema de Halil tendrá éxito, claro. Los laureles de la victoria serán todos suyos. Y para recalcarlo adoptará una palabra que añadirá a su nombre: Kut. Halil morirá en 1957, honrado como un héroe militar de mal fundada gloria.

130 Cabe decir que corrieron rumores nunca confirmados de que lo envenenaron unos oficiales turcos.

131 Un cuerpo de ejército alemán, que en 1871 solo necesitaba 457 carros para desplazarse, en 1914 necesita 1.168; es decir, hay un aumento de cerca del 255 por ciento. Todos estos carros nuevos necesitan caballos de tiro, y éstos requieren forraje, el cual tiene que ser transportado hasta ellos. Un caballo come en peso aproximadamente diez veces más que una persona, lo cual precisa más carros, más caballos, etcétera. Un cálculo de la época pone de manifiesto que había un caballo para cada tres soldados. Alrededor de ocho millones de caballos murieron en esta guerra, lo que significa que, porcentualmente hablando, los caballos sufrieron más bajas que las personas.

132 Este medicamento patentado, inventado en la India por un médico castrense británico y muy copiado por los competidores, estaba destinado principalmente a aliviar los síntomas del cólera y tenía un efecto analgésico. Chlorodyne, muy popular en esta época, era altamente adictivo e incluso podía provocar la muerte en casos de sobredosis. Con el tiempo se retiró del mercado en su fórmula



original. El cannabis desapareció de la mezcla y los derivados del opio se redujeron, para gran pesar de sus entusiastas consumidores. Chlorodyne es un buen ejemplo de que la belle époque es sin duda el periodo histórico más liberal que ha habido en cuanto a las drogas, aunque sus actores, por supuesto, nunca lo consideraran de ese modo.

133 Son juegos de palabras de difícil traducción: siegy hace referencia al término siege, asedio, mientras que dug-outish juega con el sustantivo dug-out, es decir refugio excavado en la tierra o cueva subterránea.

134 Cattaro era el nombre italiano de la población mencionada; hoy que se llama Kotor y está en Montenegro. Fiume era el nombre italiano de la que; hoy se llama Rijeka y está en Croacia. Ahí se pueden tomar baños de mar. Cabe decir que formalmente Fiume no era territorio austríaco, sino húngaro, y que lo había sido desde el siglo XVII, gozando de una semiindependencia gracias a que era lo que se denomina un corpus separatum.

135 El motivo de la aglomeración hay que buscarlo en parte en las excentricidades en las que se sustentaba el Imperio Austrohúngaro y que al mismo tiempo representaban el talón de Aquiles de la doble monarquía. Varias de las regiones del Imperio disponían de su propia red de ferrocarriles: tanto desde el punto de vista técnico como del aduanero. Ya fueran mercancías o pasajeros los que viajaban, era necesario hacer trasbordo al cruzar alguna de las fronteras entre un sistema u otro. Precisamente, en el caso de Bosna Brod la población vivía en gran parte gracias a que el ancho de las vías en Bosnia, cosa absurda, era diferente del de Austria.

136 Los militares podían escribir gratuitamente a sus casas gracias al servicio especial de correo de campaña, y los destinatarios podían responder sin necesidad de franquear las cartas, siempre y cuando utilizaran los sellos especialmente adjuntos o las susodichas postales. También los paquetes de poco peso estaban exentos de franqueo.

137 La excusa principal que se esgrimió fue la necesidad de destruir la estación de radio de Douala, cuya potente emisora de onda corta podía ser utilizada, entre otras cosas, para coordinar las pequeñas unidades marinas alemanas que por esta época se hallaban diseminadas por todos los mares. En última instancia se trataba de incrementar el propio poder colonial, claro.

138 Apenas hace dos meses que lo que quedaba de la población alemana se instaló en el enclave español Río Muni, donde fue internada. Justo este día, el 4 de marzo de 1916, Camerún es dividida de manera oficial entre franceses y alemanes, después de que el último destacamento alemán, en Mora, haya capitulado en favorables condiciones.

139 «Estate tranquila, patria querida, /que la flota está en el puerto dormida.» La estrofa hace referencia al estribillo del himno Die Wacht am Rhein (El centinela del Rin).

140 Esta actividad es peligrosa. Hace solo cuatro días, el 29 de febrero de 1916, fue hundido en el mar del Norte otro de estos corsarios mercantes, el SMS Greif. Los británicos contaban con el equivalente, los denominados Q-Ships, pequeñas embarcaciones con armamento oculto que desempeñaban la función de señuelo tendiendo emboscadas a los submarinos alemanes.

141 Este consta principalmente de tropas de Sudáfrica, las cuales, tras cierta vacilación, optaron por sumarse al bando del Imperio Británico. (Como de costumbre, es la ambición de futuras ganancias territoriales lo que una vez más ha decidido a una nación tomar partido en el conflicto. La guerra en África, al igual que en Oriente Medio, no deja de ser poco más que una tardía prolongación

de la carrera imperialista por la adquisición de territorio que disputaron las grandes potencias europeas a mediados del siglo XIX.) Por otro lado, muchos de los soldados que ahora marchan hombro con hombro con los británicos son veteranos de la guerra de los bóers, quienes hace algo más de un lustro eran enemigos acérrimos de los primeros. El comandante en jefe de toda la operación es también un antiguo comandante bóer, nada menos que el casi legendario Jan Smuts. Las guerras tienden a crear extrañas alianzas.

142 Antes de finalizar la campaña, la otra gran columna habrá perdido 5.000 de sus 7.000 mulas.

143 Horadar las alambradas de espino ha resultado ser mucho más difícil de lo que se pensaba. Un cálculo ruso muestra que en el peor de los casos se requieren unas 25.000 granadas de calibre ligero para abrir un boquete lo suficientemente grande en una barrera antiasalto sólidamente construida. En cuanto a los suministros, no se trataba únicamente de comida y municiones. Para dar una idea de lo necesario en el sector sanitario: un solo cuerpo de ejército alemán gastaba un promedio mensual de 50 metros cúbicos de yeso y 50 kilómetros de esparadrapo.

144 El bloqueo británico tuvo el paradójico efecto de obligar al Estado alemán a apretarse rigurosamente el cinturón y colocar su economía en un estado de guerra que durante mucho tiempo fue más efectivo que el británico.

145 El fenómeno de militares con graves lesiones faciales se daba en todos los países beligerantes, y a muchos de ellos se los aislaba —normalmente de forma voluntaria— en clínicas cerradas, en las que los peores casos permanecían hasta su muerte. En Francia, tras la guerra, 9.900 de estos hombres con el rostro destrozado se agruparon en una asociación especial de veteranos.

146 Cowley no tardó en ser ejecutado por aquellos que le hicieron prisionero; póstumamente le otorgaron la Cruz Victoria.

147 Infierno, canto XXIV: «Al levantarse en torno de sí mira / por la pasada angustia conturbado». (Traducción al español de Ángel Crespo.) Monelli siempre lleva consigo, como ya se ha mencionado, un volumen de Dante.

148 Monelli continúa diciendo (en una afirmación que este autor, por experiencia propia, está en condiciones de corroborar): «El corresponsal de prensa que visita las trincheras no sabe lo que es [la guerra]; el oficial del Estado Mayor del general que aparece por aquí para asegurarse una medalla junto a nosotros tampoco sabe lo que es. Cuando les entra el hambre o el cansancio o cuando les parece que han terminado su trabajo sacan el reloj y dicen: “Es tarde. Tengo que irme”».

149 De los 330 regimientos de infantería de que dispone el Ejército francés, 259 acabarán sirviendo en Verdún.

150 La suposición es originaria del autor Ian Ousby.

151 Si por azar alguien tiene pensado visitar el campo de batalla diremos que la cresta 321 es el vértice de una elevación que sale de la loma donde en la actualidad se encuentra el osario: el punto mismo se puede localizar recorriendo aproximadamente 400 metros en dirección noroeste desde el aparcamiento, siguiendo el denominado Chemin de l'Étoile. Se recomienda llevar zapatos resistentes y sobre todo no tocar las bombas y proyectiles sin detonar.

152 Y seguirá siendo así: antes de que acabe la guerra habrán muerto más pilotos belgas en siniestros aéreos que en combate.

153 Maurice Farman y Henri Farman eran dos tipos de aeroplanos muy semejantes, con el motor y la hélice situados detrás del piloto.

154 Lili Evrard morirá, sin embargo, durante el verano en otro accidente.

155 Había pilotos que ni siquiera utilizaban gafas protectoras. Al cabo de un rato de vuelo los ojos se acostumbraban al viento y dejaban de lagrimear. La velocidad no era demasiado alta. En algunos aeroplanos con la hélice detrás, como en el caso de los mencionados Farman, era del todo factible volar con la gorra del uniforme sin que el viento se la llevara.

156 Más tarde se efectuarán intentos de transportar mediante zepelines algunos artículos de primera necesidad, como las medicinas, desde Europa hasta los incomunicados defensores alemanes.

157 El término que Arnaud utiliza, entre comillas irónicas, es «descendu».

158 A bastantes los ha matado su propia artillería. En Verdún ambos bandos sufrieron bajas debido a impactos certeros de granadas amigas. Las causas se debían por un lado a simples equivocaciones, errores de cálculo y otros factores de esa índole, por el otro a que las bocas de fuego de ciertas piezas empezaban a estar gastadas por el intenso uso. El desgaste de una pieza de artillería de campo común se producía al cabo de aproximadamente 8.000 disparos.

159 Cabe decir que el material compuesto por estos comunicados oficiales, que, como es de suponer se utilizaron reiteradamente ya por los coetáneos (veáse por ejemplo La batalla de Verdún del seudónimo General M\*\*\*, que se publicó en Suecia ya en 1916), sigue manteniendo a los historiadores interesados. La monumental obra francesa Les 300 Jours de Verdun, que se publicó en 2006 coincidiendo con el octogésimo aniversario de la batalla, fundamenta sus méritos justamente en los comunicados.

160 De los cuales apenas 3.000 eran británicos blancos y el resto, indios.

161 Dentro de Kut al-Amara a los civiles considerados colaboradores de los británicos —por haber hecho de intérpretes, por ejemplo— se les colgaba, en algunos casos tras someterles a tortura.

162 Simultáneamente, los mandos supremos británicos, con el comandante en jefe Townshend a la cabeza, eran tratados con extrema benevolencia. (Mousley escribe cáusticamente que a este último lo trataban en prince, es decir, a cuerpo de rey.) Más o menos por estas fechas el explorador sueco Sven Hedin es invitado a una curiosa cena en la residencia del pachá Halil. El invitado de honor es nada menos que Townshend, con quien Hedin ya había coincidido en uno de sus viajes antes de la guerra. Hedin explica que el inglés parecía tomarse su suerte con serenidad. La atmósfera hasta era alegre; un verdadero festín de hermanamiento. Halil levantó su copa y pronunció un discurso dedicado a su invitado de honor, deseándole un futuro dichoso. Después el general inglés brindó con su copa y dio las gracias por la hospitalidad con que fue recibido en Bagdad. Acto seguido el festín se dio por finalizado, y Townshend se fue a su casa en el automóvil del pachá Halil.

163 Durante la Segunda Guerra Mundial en el ejército japonés se seguían las siguientes reglas simples para determinar cuántos días le quedaban de vida a una persona en curso de morir de inanición: «El que se tiene en pie: 30 días de vida. El que se mantiene sentado: 20 días de vida. El que tiene que orinar tumbado: 3 días de vida. El que ya no puede hablar: 2 días de vida. El que ya no parpadea: muerto al amanecer.»

164 Una primera intentona de detener el avance de las divisiones rusas se tuvo lugar en el Dniester

ya al fallar esta se llevó a cabo otra junto al Prut. En este último río se consiguió abrir una brecha en las posiciones austrohúngaras hace diez días, lo que permitió que el 9.º Ejército tomara Czernowitz y penetrara en la austríaca Bucovina.

165 Desde que se iniciara la ofensiva Brusilov el día 4 de junio, los rusos han tomado casi 200.000 prisioneros y alrededor de 700 piezas de artillería. En la práctica, la defensa austrohúngara en Galitzia ha sufrido una implosión, y el ejército austrohúngaro nunca se recuperará de esta enorme derrota.

166 La notoria sed de todos los soldados heridos está también ligada a la pérdida de sangre.

167 Es el apelativo con el que usualmente se dirigen a las enfermeras: sestritsa.

168 Muchos de ellos pertenecen a los batallones de trabajo que uniforme aunque sin armas, se utilizan, entre otras cosas, para mantener los caminos y cavar trincheras.

169 Al igual que el primer intento este también fracasará.

170 A la pregunta de qué hacía allí exactamente el Ejército de Oriente, el primer ministro francés Clemenceau parece haber espetado: «¡Cavar! Que se les conozca en Francia y en toda Europa como “Los jardineros de Salónica”». Cabe mencionar asimismo que Sarrail invertirá más energía en inmiscuirse en los asuntos políticos de Grecia que en guerrear contra las Potencias Centrales del otro lado de la frontera.

171 Una mezcla de zumo de limón y soda. Otros cócteles de gran popularidad durante esta guerra fueron el combinado de coñac Sidecar y también el muy delicioso pero hoy en día prácticamente olvidado 75, bautizado en honor del cañón de ese calibre.

172 En el Ejército austrohúngaro se castiga a los soldados que por prescindir de los condones han contraído enfermedades venéreas. Se realizan intentos de disminuir el contagio mediante el consabido remedio de controlar a las prostitutas. Una de las primeras medidas que tomaron los alemanes tras ocupar Varsovia en agosto de 1915 fue empezar a fichar y controlar a las mujeres que practicaban la «fornicación remunerada».

173 Este mismo motivo se encuentra tras el repugnante comercio —repugnante es decir poco— de mucosidades expectoradas por personas tuberculosas.

174 También podría ser el 2 de agosto. Las fechas son un poco confusas en esta parte del diario de Sulzbach.

175 Entre otros, el por aquel entonces jefe del ejército, lord Roberts, sostenía que una guerra sería el único antídoto contra «la masiva podredumbre humana que reina en nuestras capitales industriales». Y cabe recordar las bellas esperanzas de Thomas Mann en 1914 en cuanto a que la guerra haría «más libre y mejor» a la cultura alemana. Para más ejemplos de la guerra como expectativa de futuro, promesa y liberación, véase Ljunggren, 2004.

176 Resulta interesante comparar esto con el hecho de que los soldados que sufrían neurosis debido a sus experiencias en el frente muy a menudo eran considerados «histéricos», permitiendo que su comportamiento se interpretara como una «feminización».

177 Un semanario alemán publicó en junio del año anterior el testimonio del dueño de un cinematógrafo que una tarde, en mitad de la pausa, se presentó ante el público advirtiendo de que un

hombre uniformado acababa de llegar al establecimiento con la intención de sorprender a su mujer y al amante de esta, los cuales debían encontrarse en la sala. A fin de evitar un escándalo el dueño del cinematógrafo indicó que a la derecha de la sala había una discreta salida de emergencia. 320 parejas aprovecharon la penumbra para marcharse de inmediato.

178 La fábrica de aviones Albatros ganó fama durante esta guerra especialmente debido a sus cazas Albatros D.III y Albatros D.V.

179 La visión de un biplano siniestrado o en mitad de un aterrizaje forzoso no es infrecuente en la zona, ni siquiera en el casco urbano. Tampoco los siniestros mortales son raros; incluso Elfriede lo sabe. Cada semana ve algún cortejo fúnebre camino bien del cementerio de guerra que hay en el bosque, bien de la estación de ferrocarril, donde se cargan los féretros en vagones de tren.

180 Para citar a Frederic Manning: «In the shuddering revulsion from death one turns instinctively to love as an act which seems to affirm the completeness of being». (En la estremecedora repugnancia que inspira la muerte, uno se inclina instintivamente por el amor como un acto que parece afirmar la plenitud del ser.)

181 Las palabras utilizadas en el diario son «mit von der Partie».

182 Esta monotonía cromática es, precisamente, otro de los puntos en que la guerra no se correspondió con las expectativas que preconizaban algunos sobreexcitados estetas antes de la contienda: la guerra no solo era gris en cuanto a sus rutinas, sino también visualmente.

183 El hecho de que los británicos decidieran atacar en el Somme no se debió al significado estratégico de la zona —ya que era nulo—, sino simplemente a que era allí donde la línea del frente británico confluía con la francesa y a que la ofensiva fue ideada como una cooperación. La principal línea defensiva alemana se hallaba justo en el lugar donde hoy está el Guillemont Road Cemetery, es decir, a las afueras del pueblo reconstruido.

184 Cosa que no es de extrañar, ya que una trinchera de comunicación, a diferencia de una trinchera de posición, no está pensada para el combate, sino para el desplazamiento de efectivos.

185 Los peones llevaban consigo una serie de artefactos que debían ayudar a los directores de tiro artillero situados detrás a distinguir dónde se encontraba la vanguardia del asalto. Entre otras cosas, los infantes británicos llevaban este día pequeños trozos de chapa pulida cosida a sus espaldas. La idea era que las chapas resplandecieran bajo el sol mostrando así su posición. Además, los soldados atacantes estaban equipados con abundantes bengalas de señalización. El problema fue que el 8 de agosto amaneció nublado. Cuando a la niebla se le juntaron los remolinos de humo y polvo de los proyectiles detonados, las posibilidades de ver lo que sucedía durante el asalto resultaron ínfimas.

186 En general la artillería alemana era más mortífera que la de sus adversarios, ya que a diferencia de la británica o la francesa no era utilizada con la vana misión de volar las fortificaciones del enemigo, sino que se empleaba principalmente para bombardear tropas en curso de realizar un asalto y a continuación, una vez iniciado el asalto, para crear barreras de granadas detonantes en tierra de nadie. Henri Barbusse, en un capítulo de su famoso libro *El fuego* describe lo que significa moverse a través de una muralla tal de detonaciones.

187 Aquí, por esta época y en este lugar, puede decirse que se produce el encuentro entre uno de los contendientes de esta guerra que hoy se han olvidado y uno de los más célebres. El 24 de agosto destinan al teniente Ernst Jünger junto con su 73.º Regimiento de Fusileros a Guillemont,

precisamente. Él mismo lo ha descrito en sus brillantes memorias de guerra *In Sthalgewittern* (en español *Tempestades de acero*, traducido del alemán por Andrés Sánchez Pascual). Cuando Jünger llega a Guillemont el pueblo está completamente arrasado; «solo una mancha blancuzca en el campo de embudos señalaba el lugar en que habían quedado reducidas a polvo las piedras gredosas con que estaban contruidos los edificios». El olor a putrefacción es penetrante, zumban millones de gordos moscardones. Hasta Jünger, normalmente tan frío, queda impresionado por lo que ve: «El arañado campo de lucha era espantoso. Los defensores muertos yacían entre los defensores vivos. Al cavar agujeros para protegernos observamos que los muertos yacían unos encima de otros, en capas superpuestas. Una compañía tras otra había perseverado hasta el fin, apretujada, bajo el fuego de tambor; este la había segado y después las masas de tierra lanzadas a lo alto por los proyectiles habían sepultado los cadáveres. Los hombres del relevo habían venido a ocupar el puesto de los caídos».

188 Por cierto, que cuatro días antes el ejército italiano, tras enormes esfuerzos y bajas, tomó la ciudad austríaca de Görz junto al Isonzo y la rebautizó con el nombre de Gorizia. Así se llama aún hoy.

189 Este Estado débil e inestable era ya antes de 1914 un campo de juego para el imperialismo de rusos y británicos, quienes en la práctica se habían repartido el país en zonas de interés. El estallido de la guerra no hizo más que empeorar las cosas. A solo unos meses del inicio del conflicto, tropas británicas ocuparon un centro neurálgico desde el punto de vista de la extracción de petróleo, situado en el litoral persa. Alemania enseguida contraatacó con una intensa actividad de propaganda y espionaje. Cuando después la gendarmería persa, entrenada y dirigida por oficiales suecos, se situó en noviembre del año anterior bajo control alemán, los rusos enseguida enviaron tropas de invasión. Y en cuestión de nada una división rusa alcanzaba Teherán.

190 El militar Percy Sykes no debe ser confundido con el político Mark Sykes, quien anteriormente este mismo año había pactado un acuerdo supersecreto con el diplomático francés François Georges-Picot (el acuerdo Sykes-Picot), según el cual sus respectivos países acordaban que una vez terminada la guerra dividirían el Imperio Otomano y pondrían gran parte de su territorio bajo control directo de Rusia, Gran Bretaña y Francia. Entre otras cosas, Mesopotamia pasaría a manos de los ingleses, Líbano de los franceses y Armenia de los rusos. «A War to End all Wars, Indeed» (Una guerra para acabar con todas las guerras, sin duda). El resultado fue justamente, como por desgracia todos sabemos —y tomando prestado el título de un libro de David Fromkin— *A Peace to End all Peace* (Una paz para acabar con toda paz).

191 No lo serían. La entrada de Rumanía en la guerra se convertiría más bien en una carga para la Entente, en especial para Rusia, que a la larga tuvo que enviar gran número de tropas hacia el sur en un intento costoso y singularmente vano de ayudar a sus recién llegados aliados. La potencia del ejército rumano era impresionante, en teoría. Bien es verdad que se había ganado cierta reputación durante las dos guerras balcánicas que se libraron entre 1912 y 1913, pero esta resultó ser bastante infundada. Su equipamiento era defectuoso u obsoleto. Gran parte de los soldados vestían bonitos y vistosos uniformes de corte decimonónico, y el cuerpo de mando era débil, inexperto y se reconcentraba con frecuencia en asuntos irrelevantes. Una de las primeras medidas que se tomaron dentro del ejército rumano tras la movilización fue emitir una orden según la cual solo los oficiales de rango superior al de comandante tenían derecho a llevar visera en campaña. La entrada de Portugal en la guerra, que ocurrió en marzo de este año, tampoco supuso ningún refuerzo, medible o

notable, para la Entente.

192 En última instancia la operación fue, al igual que la ofensiva británica en el frente del Somme, una respuesta la llamada de socorro de unos aliados en apuros. Los franceses estaban muy acosados en Verdún, los italianos en la meseta de Asiago. Cuando Brusilov aceptó las peticiones de sus superiores y se ofreció, exigiendo un número muy modesto de refuerzos, a poner en marcha una ofensiva general, hubo colegas que sacudieron la cabeza con incredulidad. Menuda locura. Cualquiera sabe que una ofensiva requiere una supremacía masiva de efectivos, ejercer el control del espacio aéreo, millones de granadas, etcétera, etcétera.

193 En realidad, las batallas no eran tanto una competición entre las trincheras y las ametralladoras de los defensores por un lado y las tropas de asalto y la artillería de los atacantes por el otro, como entre las fuerzas de reserva de los defensores. Estas fuerzas debían poder alcanzar rápidamente por la posición amenazada trasladándose por ferrocarril, por las vanguardias de los atacantes, que reptaban lentamente hacia delante, y de su artillería, que iba siempre muy a la zaga, ya que solía tener grandes problemas para desplazarse por el terreno que ella misma y con tanto éxito acababa de volar en pedazos.

194 Por supuesto, también influyó el hecho de que Brusilov atacaba al ejército austrohúngaro, que para aquel entonces estaba sumido en una «apatía e incompetencia semejantes a las de la Casa de Austria española» (para citar a Norman Stone). Y también a que la red ferroviaria estaba mucho menos desarrollada y el volumen de tropas era mucho menor aquí que en el frente occidental. (Lo cual explica en gran parte por qué la guerra en el frente oriental fue, por lo general, mucho más móvil.) En efecto, muchas de las divisiones de las Potencias Centrales pasaron casi todo el tiempo en los trenes, rebotando de una posición amenazada a otra por la indecisión de los mandos —algo que, sin ir más lejos, también Lobanov-Rostovski vivió durante la ofensiva de febrero del año anterior—. Además, muchas de las compañías alemanas o austrohúngaras llegaban agotadas y diezmadas directamente provenientes del hervidero de Verdún o de los duros combates de la meseta de Asiago.

195 Si es que algo de tan mortífero efecto puede calificarse de infantil.

196 Algunos ejemplos tomados precisamente de esta época: Se prohíbe un artículo con el titular «No estamos vencidos», en otro, el dato de que hasta la fecha son 500.000 los franceses caídos en la guerra. Lo mismo ocurre con la insinuación de que los países de la Entente son los que saldrían más favorecidos en caso de prolongarse la guerra, amén del dato sobre la gran cantidad de niños de pecho muertos durante el conflicto bélico en Rumanía. Cualquier aproximación al debate sobre los pacifistas alemanes está prohibida. Únicamente se citan las publicaciones germanas más nacionalistas e intolerantes, con lo cual se difunde la idea de que sus opiniones son las del común de los alemanes. Al filme documental oficial británico sobre la batalla del Somme, que acaba de mostrarse en Francia, se le cortan varias escenas, entre otras la más famosa, en la que se ve un grupo de soldados surgiendo de una trinchera en medio de un asalto y uno de ellos cae de espaldas, muerto. (De paso cabe decir que es muy probable que esa escena estuviera arreglada.)

197 Del tono de disculpa podría inferirse que Sulzbach también alude a relaciones sexuales esporádicas; sin embargo, solo son conjeturas.

198 La fecha es algo incierta. También podría ser un día o dos antes.

199 Este es el principal motivo por el cual los soldados destinados al frente de todas las

nacionalidades sienten una mezcla tan fuerte de asco y odio contra las ratas de las trincheras: dichos roedores viven de los cadáveres, y viven bien: son anormalmente grandes. Existen dos métodos para determinar cuánto tiempo lleva muerto un cuerpo, o bien observando su grado de descomposición o bien cuán roído está por las ratas. Estos dos procesos de desintegración compiten entre sí, y con frecuencia son las ratas las que salen ganando.

200 El dinero no les interesa. De papel moneda alemán que no vale para nada ya tienen en demasía.

201 Es posible que Buchanan se refiera a la situación bélica, o puede que al paisaje. Precisamente este fragmento suyo contiene varios pasajes turbios. Es muy probable que haya sido escrito bajo los efectos de la fiebre.

202 Como bien ha mostrado Iain Gately, antes de la guerra se empezó a ver una progresiva restricción del consumo de tabaco, pero la contienda truncó este incipiente cambio de actitud. Durante los años 1914-1918 se fumó copiosamente, y el tabaco formó parte de las raciones básicas de los soldados desde un principio. En 1914 los soldados británicos recibían unos 50 gramos de tabaco a la semana, mientras que a sus adversarios alemanes les daban dos cigarros o cigarrillos al día. (En la Armada británica la cantidad de tabaco asignada era el doble de la que se distribuía en el ejército. Si lo mismo ocurría en la Marina alemana se explicaría que Stumpf padeciera tantas molestias.) El tabaco en sus diversas formas también se incluía regularmente en los paquetes que enviaban las organizaciones de ayuda humanitaria y los familiares. La causa de la popularidad del consumo de tabaco —que aparte del constante temor a que faltase se expresaba, por ejemplo, en los elogios a su uso que se publicaban periódicamente en la revista del soldado francés *La Baïonnette*— probablemente se deba a una combinación de factores. El efecto ligeramente narcótico del mismo junto con el hecho de que otorga algo con lo que estar ocupado en situaciones apuradas consiguió seguramente reducir el nerviosismo de muchos. Igual de importante, especialmente por parte de aquellos que dirigían los ejércitos, fue que el tabaco también mitiga el hambre. Un tercer factor consistía en que el humo ayudaba a soportar el hedor de la putrefacción; ocurría que unidades destinadas a trincheras en las que había un número anormalmente elevado de cadáveres en descomposición obtenían raciones extra de tabaco.

203 Precisamente, el U-53 ha llegado tan lejos como a Estados Unidos y hasta ha fondeado en Rhode Island. Por esta época Estados Unidos todavía es un país neutral. La idea era que escoltara al gigantesco submarino mercante *Bremen*, que había sido enviado a Estados Unidos para buscar materia prima de valor estratégico, pero al desaparecer aquel durante su travesía atlántica el U-53 no le quedó otra opción que poner rumbo a casa. Durante el viaje de vuelta torpedeó cinco buques. Por otra parte, la Marina alemana disponía de siete enormes submarinos mercantes del tipo *Bremen*, destinados justamente a transportar mercancías importantes. Durante la guerra, a medida que se cayó en la cuenta de la efectividad del submarino como arma, Alemania construye y produce varios tipos de submarinos, aparte de los submarinos de caza corrientes, entre otros los UB, embarcaciones más pequeñas destinadas a servir en zonas costeras, y los UC, pequeñas embarcaciones destinadas principalmente a la colocación de minas.

204 Otro testigo presencial afirma que el árbol era un tamarindo.

205 La cocaína tuvo su periodo de esplendor en Europa precisamente a comienzos del siglo XX, cuando en muchos lugares todavía se podía comprar abiertamente sobre el mostrador, sin necesidad de receta médica ni otras molestias. (También la calidad era buena, ya que la cocaína era producida a



gran escala por diversos colosos de la industria farmacéutica, como Merck.) Además, se podía adquirir en ampollas inyectables o en grageas. El elemento activo también se encontraba en productos específicos como el vino, el té y los refrescos (al menos hasta 1902, año en que Coca-Cola retiró hasta la última pizca de cocaína de su famoso refresco, en parte debido a que se difundió un bulo racista que hizo cundir el pánico sosteniendo que la bebida inducía a los hombres negros a abusar sexualmente de las mujeres blancas). En los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, los problemas derivados del consumo de cocaína se habían hecho tan patentes que las restricciones — por ejemplo, el requisito de una prescripción facultativa— se introdujo en la mayoría de los países. Con todo, durante la guerra la cocaína fue una droga socialmente aceptada. En París se podía comprar de forma más o menos abierta en los cafés, y se cuenta de un club nocturno del Londres de 1916 que algunas noches la cantidad de paquetes de cocaína que se recogía en los servicios era tan grande como para llenar dos cubos. Lo que preocupaba a las autoridades inglesas era que había dos grupos considerados especialmente proclives al consumo de esta droga, a saber, las prostitutas y los soldados. (El hecho de que la producción de cocaína estuviera casi exclusivamente en manos de empresas alemanas se consideró una circunstancia singularmente agravante, insinuándose la existencia de malintencionadas intrigas.) En mayo de 1916 la dirección del ejército británico introdujo nuevas y más duras restricciones para impedir que los militares adquiriesen cocaína (además de morfina, opio, cáñamo y una larga serie de drogas populares). Una obra que describe de forma literaria una tal drogadicción en la Rusia imperial es *Novela con cocaína*, escrita por M. Aguéev, un pseudónimo, que a todas luces se basa en experiencias propias.

206 Hoy más conocido como la ruleta rusa.

207 La propuesta de Bethmann Hollweg, una de las oportunidades desperdiciadas de la guerra, surgió en parte como reconocimiento de que las posibilidades de que el Imperio Alemán saliese victorioso por méritos propios se habían reducido, y esto pese a que, en apariencia, había salido fortalecido tras la victoria sobre Rumanía y la malograda ofensiva británica en el Somme; por otra, hay que considerarla un desesperado intento de poner trabas a la idea favorita de los halcones alemanes y mandos militares, es decir, el plan de una guerra submarina sin restricciones, que según temía el canciller alemán —y otros muchos con él—, arrastraría a Estados Unidos a entrar en el conflicto. La propuesta de Bethmann Hollweg, no obstante, es de una naturaleza vaga; no formula ninguna condición y no promete nada, y aún menos deja salir a Bélgica indemne de la guerra. Tampoco es esta la primera propuesta de paz alemana. Una primera intentona tuvo lugar ya en 1915, dirigida entonces a Rusia. Pero como París y Londres tenían mucho más que ofrecer que Berlín — ¡nada menos que Constantinopla!—, en Petrogrado la propuesta fue recibida con poco más que silencio.

208 También en Alemania existe una opinión ruidosa e influyente que rechaza cualquier posibilidad de llegar a un compromiso y que, entre otras cosas, considera incuestionable que Bélgica, de un modo u otro, continúe siendo alemana. Estas personas también dan por sentada la expansión colonial del Imperio Alemán.

209 De los soldados comunes que cayeron presos tras la capitulación en Kut al-Amara morirá el 70 por ciento, una cifra que se sitúa al mismo nivel que las de los peores campos de trabajo nazis y soviéticos.

210 Una curiosidad histórica: una vez puestos en tierra resultó que estos desechados cañones de 8,8 cm prestaban un excelente servicio en calidad de piezas antiaéreas, y a partir de ellos se

construyeron lo que con el tiempo se convirtió en el cañón más temido de la Segunda Guerra Mundial, el Acht-Acht (ocho-ocho) alemán.

211 El asesinato en sí no ha cambiado nada, aparte del hecho de que gran parte del odio y las amargas críticas que antes recibía la figura del extravagante favorito de la zarina ahora recaen directamente sobre la familia imperial.

212 Los disturbios se debieron al extendido descontento, pero lo que provocó que tuvieran lugar justamente en ese momento fue, en parte, una cuestión de meteorología. Alrededor del 8 de marzo se interrumpió un periodo de frío muy intenso y las temperaturas subieron considerablemente, lo cual propició que mucha gente quisiera echarse a la calle para manifestarse.

213 Como bien ha demostrado Orlando-Figes, lo que se da por llamar «pacífica revolución de marzo» es sobre todo un mito. En realidad, murieron más personas durante esos disturbios que en relación con el famoso y fatídico golpe de los bolcheviques en octubre del mismo año.

214 Es decir, el lecho seco de un río.

215 Un cálculo de la época pone de manifiesto que cuarenta trenes al mes podían abastecer una división de 16.000 infantes, mientras que se requería cuatro veces esa cantidad de trenes para abastecer el mismo número de jinetes. Otra desventaja es que las anchas y largas columnas atascan con facilidad las vitales vías de marcha.

216 Ciertamente, este biplano es un fiable caballo de batalla utilizado por un gran número de fuerzas aéreas, que desempeña además un gran número de funciones en un gran número de escenarios bélicos: desde los frentes occidental y oriental hasta los Balcanes, Italia y Mesopotamia. Su extraño nombre deriva de «las cortas riostras (strut significa «riostra» en inglés) que a ambos lados del fuselaje unen oblicuamente hacia fuera los planos de las alas» (Munson). Fue también el primer avión británico que gracias a un mecanismo de sincronización (copiado de un caza alemán que, desorientado a causa de una espesa niebla, aterrizó en el lado erróneo de la línea del frente) era capaz de hacer fuego a través de la hélice. El Strutter fue decisivo para el dominio aéreo que los británicos ganaron durante el verano de 1916.

217 Esta última no tardará en desatar (debido al índice de bajas que produce y a la frustración que provocan los fracasos) una oleada de amotinamientos dentro del ejército francés. No obstante, de momento, ambas batallas se encuentran en una de esas pausas para recobrar el aliento tan características de este tipo de batallas; reina así una calma relativa mientras los atacantes llenan sus depósitos de municiones y material y hacen rotar a las unidades agotadas y gastadas de la primera línea a fin de que ocupen su lugar nuevos y frescos reemplazos. Los defensores, evidentemente, aprovechan para hacer lo mismo, tras lo cual se reinicia la lucha de desgaste que prácticamente ha retrocedido al punto de partida. Pasado un tiempo el procedimiento se repite, y así ad nauseam.

218 Tampoco hay salvavidas. Algunos pilotos intentan compensar esa carencia utilizando cámaras de neumáticos de automóvil usados que se ponen infladas alrededor de la cintura.

219 Las estadísticas pintan bien: a comienzos de los combates los británicos disponen de 385 cazas contra los 114 de los alemanes. Pero las estadísticas no lo son todo.

220 Apodo de uno de los otros prisioneros, Human Crochet. Sin duda, hace referencia a su aspecto físico.

221 Las probabilidades de sobrevivir a la guerra en el caso de un alférez o un teniente eran considerablemente menores comparadas con las del soldado raso. Hay cálculos que ponen de manifiesto que entre los oficiales de bajo rango el índice de bajas era seis veces mayor que entre otras categorías.

222 La cifra es una burda exageración. En los consejos de guerra que se organizaron tras los amotinamientos fueron sentenciados a diversas penas unos 23.000 hombres, de los cuales algo más de 500 a la pena capital. Sin embargo, confiando en el poder del castigo ejemplar, al final los fusilados fueron menos de 50 que, por lo general, murieron ante sus camaradas. Los relatos en los que unidades enteras son empujadas a tierra de nadie para ser abatidas por la propia artillería son leyendas.

223 El término se creó como un intento de despistar a los curiosos. Y es que el proyecto era un secreto militar, y a los no iniciados que hacían preguntas se les decía que las grandes máquinas eran vehículos para transportar agua a las tropas, water tanks. La última palabra fue la que quedó.

224 En el ejército alemán se habla de «puntos azules». En sus mapas las líneas de trincheras enemigas están indicadas con cifras de color azul.

225 La simple verdad es que no existe ninguna técnica que funcione. Los aparatos de radio sin hilos existen, pero son muy grandes, pesados y poco fiables. La telefonía por hilos funciona bien siempre y cuando se trate de la red permanente o cuando los combates no son demasiado intensos. En caso de serlo, los hilos se rompen nada más comenzar el tiroteo. A estas alturas se ha comenzado a enterrar los conductos a un metro de profundidad, y cuando es posible, a entubarlos, pero tanta meticulosidad solo pueden permitírsela los defensores y solo cuando el frente está estabilizado y relativamente en calma. En cuanto a los distintos tipos de señalización óptica (como bengalas, heliógrafos, lámparas, semáforos y banderas) todos los ejércitos los utilizan pero son métodos que dependen de un factor que, por lo general, queda eliminado en la parte más intensa de los combates, a saber, la buena visibilidad. Otra opción consiste en el transporte físico de las órdenes y los informes. Ambos bandos experimentan con perros mensajeros, los cuales, sin embargo, no dan buenos resultados bajo bombardeo intenso, pues al igual que los caballos enloquecen bajo el fuego artillero muy intenso. Ambos bandos utilizan palomas mensajeras; solo el ejército alemán hizo uso de 300.000. En cierto modo representan el método de comunicación más efectivo. Según un cálculo, nueve de cada diez palomas llegaban a su destino. Se dieron casos de palomas que fueron condecoradas o recompensadas de algún modo u otro, como sucedió con la última paloma que enviaron los sitiados de Fort de Vaux, en Verdún, durante los combates de 1916, que llegó a su destino pero murió de las heridas sufridas. Ahora en el fuerte hay una placa en su memoria. Otra es la célebre paloma Cher Ami, que durante los combates en Argonne en octubre de 1918, pese a tener una bala en el pecho y una pata arrancada, logró llevar un mensaje proveniente de una unidad americana sitiada. Se la condecoró con la Croix de Guerre. (En la actualidad puede verse disecada en el museo Smithsonian de Washington.) Si no se dispone de otros medios se hace uso de seres humanos, los enlaces, por lo general enviados en parejas con la esperanza de que al menos uno de los dos alcance su destino. Como se comprenderá, resulta un cargo sumamente arriesgado. (Adolf Hitler desempeñó a menudo el papel de enlace y fue condecorado en dos ocasiones por ello; la experiencia le procuró conocimientos muy concretos, aunque algo limitados, sobre asuntos militares, los cuales utilizaría más adelante para desbancar a varios generales cuya experiencia venía más bien determinada por el mundo abstracto de los despachos de los Estados Mayores.)

226 En su momento álgido hasta 54 divisiones se vieron afectadas por los motines, con lo cual, en la práctica, gran parte del frente occidental quedó indefenso. (Que al ejército alemán se le pasase por alto y no aprovechara este extendido fenómeno debe considerarse una de las mayores torpezas de los servicios de inteligencia en la Primera Guerra Mundial. Máxime teniendo en cuenta que los alemanes, en cambio, supieron aprovecharse muy hábilmente de su apoyo a los bolcheviques en Rusia a fin de minar el esfuerzo bélico ruso.) Algunos amotinados exigían la paz ya, otros amenazaban con marchar sobre París, mientras que la mayoría se contentaba con negarse a ir al ataque y presentaba listas de exigencias en las que se pedían simples y concretas mejoras en lo referente a cosas como el rancho, la atención sanitaria y los permisos. Como ya hemos mencionado, las ejecuciones que conllevaron fueron pocas, mientras que por el contrario, las mejoras de las condiciones materiales numerosas.

227 Durante la guerra el ejército italiano ejecutó a más de mil de sus propios soldados, lo cual excede con creces el número de ejecutados dentro del ejército británico (361) o del alemán (48). Más de 15.000 soldados italianos fueron condenados a cadena perpetua por delitos cometidos contra la disciplina militar, y muchos de ellos permanecieron encarcelados hasta mucho después del final de la guerra, varios hasta el año 1945. El jefe del ejército italiano, Cadorna, insiste en que se mantenga una «férrea disciplina».

228 Las pérdidas de navíos han aumentado drásticamente. En enero de 1917 los submarinos alemanes hundieron 35 barcos, sumando un total de 109.954 toneladas; en abril la cifra ha escalado hasta los 155 barcos con un total de 516.394 toneladas. Ahora las cifras, sin embargo, van bajando, sobre todo debido a la introducción del sistema de convoyes, pero también por la cada vez más agresiva colocación de minas. También los aviadores se han vuelto más diestros en hundir submarinos. Un peculiar ejemplo ocurrido en el invierno de 1917 es el del hidroavión austrohúngaro que en el mar Adriático hunde un submarino francés de nombre Foucault —tan sugestivo para los intelectuales— y luego corona su hazaña amerizando y rescatando a cada uno de los 29 miembros de la tripulación.

229 Los lanzaminas y lanzagranadas son aborrecidos por muchos soldados ya que sus proyectiles, a diferencia de las granadas de artillería corrientes, al describir su trayectoria por el aire producen un ruido apenas perceptible. Explotan, pues, sin previo aviso. Por otro lado, son bastante lentos y con frecuencia se los divisa mientras se aproximan.

230 Entre los africanos con estudios ha surgido la idea de que la guerra conducirá a la autodestrucción del colonialismo.

231 GSW: Gun Shot Wound, herida de bala.

232 Hoy conocida bajo el nombre de ofensiva Kerenski, en honor del primer ministro del gobierno menchevique provisional que estaba en el poder.

233 El problema no es solo que la importación se vea estrangulada por los barcos del bloqueo naval británico. Desde el año pasado existe una prohibición estatal contra la introducción de productos alimentarios exóticos, como las mandarinas, las pasas, las piñas, el jengibre y la vainilla.

234 Tal reacción no le parece del todo injustificada. En una carta a otro conocido, Anatole France había escrito: «La guerra no solo provoca tremendos sufrimientos; los que no enloquecen se vuelven idiotas».

235 En la práctica, las dos primeras iniciativas están ya descartadas: la americana después de que Estados Unidos entrara en guerra, la alemana después de que su creador, Bethmann Hollweg, perdiese su lucha por el poder contra los halcones de Berlín y dimitiese. En julio del presente año una mayoría se reunió para votar en el Parlamento alemán y consiguió un total de 212 contra 125 a favor de una resolución que exigiera la paz sin ganancias territoriales ni indemnizaciones, lo cual iba totalmente en contra de las ambiciones de los que, en la práctica, han acaparado el poder real en Alemania, es decir, el alto mando militar con el dúo Hindenburg & Ludendorff a la cabeza. Esto significa que la denominada Burgfrieden, tregua parlamentaria, de 1914, se ha roto y que el papel de bisagra de Bethmann Hollweg se ha vuelto insostenible.

236 En realidad, Caporetto es el nombre que se le dio a esta localidad después de la guerra, al quedar dentro de los límites de Italia; en el año 1917 todavía estaba en territorio austríaco, y la pequeña ciudad se llamaba Karfreit. La denominación de la ofensiva desorienta un poco, ya que la verdadera brecha se abrió al norte de Caporetto/Karfreit. Hoy en día la idílica población pertenece a Eslovenia, se llama Kobarid y alberga un pequeño pero bonito museo sobre la batalla.

237 Ya a comienzos de septiembre dichas Sturmtruppen (tropas de asalto) mostraron de lo que eran capaces al romper, sin esfuerzo alguno, el frente ruso en Riga y provocar que el conjunto del 12.º Ejército ruso huyera en estampida hacia el norte. Más tarde, ese mismo mes, en Francia, unidades alemanas instruidas en la nueva táctica (véase la nota 242) lograron rechazar la brecha que, con apoyo de carros de combate, abrieron los británicos en Cambrai.

238 La descripción más reputada del hundimiento de los italianos en Caporetto se incluye en la novela *Adiós a las armas* de Ernest Hemingway; sin embargo, pese a sus méritos literarios, no contiene ningún informe de primera mano. Hemingway no llegó a Italia hasta el año siguiente y nunca pisó el lugar de los hechos bélicos. La mayor parte del libro la escribió en su casa de Kansas City durante el verano de 1928, equipado con numerosos mapas y volúmenes de historia. Otra descripción literaria, no tan famosa pero redactada por un personaje célebre, es la de Erwin Rommel en su *Infanterie greift an*. De un modo muy detallado, con una prosa ligeramente cubista y ayudándose de un abundante material cartográfico, describe las batallas en las que participó en calidad de joven teniente de cazadores de montaña. En Caporetto ganó la más alta distinción alemana, la medalla *Pour le Mérite*.

239 Como además, las fuerzas de Estados Unidos tienen que supeditarse a muy estrictas prohibiciones en lo que a la ingesta de alcohol se refiere, decretos como este contribuyen a reforzar la imagen de bobos puritanos que se tiene de los americanos.

240 El lector despierto se preguntará, sin duda, cómo es posible, en ese caso, hacerse una idea del combate de ese día. La simple respuesta es que, aparte de otro material existente, en el prólogo de la cuarta edición del libro de memorias que Monelli escribió sobre sus experiencias bélicas (redactado en abril de 1928) aparecen detalles de lo ocurrido.

241 Además, por el momento, las cosas van bien. Olvidadas están las masacres de aviadores aliados de la primavera pasada. La batalla en el aire es ahora mucho más igualada, incluso hay indicios de que los alemanes están en apuros. También aquí se está haciendo notar el peso del sistema de producción aliado.

242 Sucintamente: la táctica de infiltración implica que las unidades asaltantes no atacan un frente extenso y continuo con la finalidad de derribar la totalidad de la línea enemiga; sino que se sirven de

reducidas y móviles unidades que intentan aprovechar los puntos débiles de la línea enemiga a la vez que eludir los fuertes. Esas unidades móviles y reducidas procuran infiltrarse lo máximo posible en la retaguardia del adversario y, muy particularmente, alcanzar su artillería, sin la cual los casi inexpugnables puntos de apoyo de la primera línea están perdidos.

243 El año 1916 estalló en México una guerra civil entre el rebelde Pancho Villa y el presidente Carranza, hombre que, entre otras cosas, fue bautizado con el interesante nombre de Venustiano. La propaganda aliada estuvo trabajando enconadamente para convencer a la opinión norteamericana de que Villa era una especie de peligroso pelele dirigido por los alemanes, fama a la que este último no tardó en hacer honor aceptando pequeñas sumas de agentes alemanes y después —furioso por el apoyo que Estados Unidos brindó a su adversario— atacando a ciudadanos norteamericanos en el norte de México para seguidamente, en marzo de 1916, realizar una incursión en Nuevo México durante la que asaltó la pequeña ciudad de Columbus y en la que murieron una veintena de norteamericanos. Estados Unidos respondió inmediatamente con la invasión del norte de México. (No era esta la primera vez que militares americanos traspasaban las fronteras de países más o menos vecinos. En 1898 lucharon contra España, entre 1899 y 1902 libraron una guerra colonial en las Filipinas, en 1912 entraron en Nicaragua, en 1915 enviaron la Marina a Haití y en 1916 a la República Dominicana. La invasión de México era la segunda en poco tiempo: en 1914 se llevó a cabo una intervención militar con la finalidad de derrocar al actual gobierno.) Durante un tiempo las fuerzas norteamericanas estuvieron persiguiendo las nubes de polvo que el siempre escurridizo Villa y sus seguidores dejaban tras de sí, a la vez que continuaron las incursiones de Villa en territorio estadounidense.

244 Se trata del amotinamiento en Étampes del 9 al 12 de septiembre. En Étampes (denominado por los soldados ingleses Eat-apples (come manzanas), junto a la costa, se hallaba un campo de entrenamiento en el que la disciplina era singularmente severa. Todo comenzó cuando un soldado de Nueva Zelanda que se había marchado a la francesa fue arrestado por la muy detestada policía militar acusado de desertión. Los camaradas del soldado y otros descontentos se juntaron exigiendo su liberación y se armó una pelea, seguida de un tiroteo, durante el cual uno de los manifestantes resultó muerto. Se fueron sumando un creciente número de soldados y la policía militar acabó siendo perseguida fuera del campamento. Durante los siguientes días prosiguieron los altercados y las manifestaciones espontáneas. El 12 de septiembre, sin embargo, llegó el batallón de Pollard, armado con bastones de madera, junto con otras dos compañías de confianza y lograron reprimir la rebelión.

245 No es de extrañar. En 1918 la defensa antiaérea austrohúngara tenía que disparar un promedio de 3.000 proyectiles para conseguir alcanzar un avión, número que, según consideraciones de la época, no estaba nada mal.

246 Mayoritariamente son los rusos bolcheviques los responsables de ello. Desde el 9 de enero es Trotski quien dirige la delegación rusa, y lo que practica es un obstruccionismo tan premeditado como obvio. Su estrategia en relación con las Potencias Centrales puede formularse mediante una de las argucias tan típicas suyas: «Ni guerra ni paz». El lema, por descontado, ha enfurecido a los militares alemanes de la parte contraria. Cabe mencionar que, justamente por estos días, estalla una guerra civil en la recién independizada Finlandia. Finlandeses blancos y rojos combaten entre sí, pero la guerra civil también tiene el carácter de ser una excrecencia de la Gran Guerra. Por un lado, es la Gran Guerra la que ha posibilitado la independencia. Por otro, al cabo de un tiempo, serán unidades alemanas quienes presten una importante ayuda a los blancos mientras que unidades rusas

tomarán el partido de los rojos.

247 La extendida noción de que lo escribió en veinte minutos en mayo de 1915, sentado en la parte trasera de una pequeña ambulancia, conmocionado tras haber asistido al entierro de uno de sus amigos, y de que primero lo desechó pero que después un colega se hizo cargo del estrujado papel, por desgracia, no es correcta.

248 En los campos de Flandes / crecen las amapolas. / Fila tras fila / entre las cruces que marcan nuestras tumbas. / Y en el cielo aún vuela y canta la valiente alondra, / su voz apagada por el fragor de los cañones. / Somos los muertos. / Hace pocos días vivíamos, / cantábamos auroras, el rojo del crepúsculo, / amábamos, éramos amados. / Ahora yacemos, en los campos de Flandes. / Contra el enemigo proseguir nuestra lucha. / Tomad la antorcha que os arrojan nuestras manos exangües. / Mantenedla bien en alto. / Si faltáis a la fe de nosotros los muertos, / jamás descansaremos, / aunque florezcan / en los campos de Flandes, / las amapolas. (N. de la E.)

249 El caballo de McCrae.

250 A vuelo de pájaro, nos referimos. Por tierra el recorrido se extendería por lo menos el doble, probablemente más.

251 En el original se hace referencia a unos versos clásicos muy conocidos de la literatura sueca, escritos por Erik Gustaf Geijer en 1838. («Solo en su frágil navío / el navegante temerario se echa al vasto mar, / sobre él flamea la bóveda estrellada, / debajo brama pavorosamente su tumba. / ¡Adelante!, —le conmina su destino, / y en las profundidades, como en el cielo, quien vive es Dios.») (N. de la T.)

252 Los británicos los apodan Wong-Wong debido al ruido característico que producen sus dos motores no sincronizados.

253 Durante toda la guerra mueren alrededor de 2.600 civiles a causa de los bombardeos aliados en Alemania; mientras que la cifra de civiles muertos y heridos por los bombardeos alemanes en Gran Bretaña es de 1.736.

254 Los zepelines abandonaron la escena en 1916, tras el estrepitoso fracaso en la noche en que un gran escuadrón fue enviado a Londres y a algún genio se le ocurrió que debían flotar sigilosamente sobre la ciudad con los motores apagados. Se levantó un viento anormalmente fuerte que los diseminó por media Europa. Una de las aeronaves involucradas fue a parar a Argelia.

255 En esa ocasión Londres solo era uno de los objetivos, y el número de fallecidos incluye también a los que perdieron la vida en otros lugares.

256 El notable aumento de las influencias alemanas en el Imperio Otomano durante los años previos a la guerra fue uno de los factores que puso más nerviosos a los rusos, incitándoles a considerar la alternativa de la vía bélica; fue asimismo un factor de fondo en la creación del programa de modernización del ejército ruso, lo cual, a su vez, provocó el pánico entre los miembros del Estado Mayor Central alemán, que les incitó a valorar la alternativa de la vía bélica. Y así sucesivamente.

257 Eso de ningún modo significa que su poder fuera ilimitado. Como ejemplo, cabe mencionar que se hizo caso omiso de sus intentos de detener el genocidio armenio.

258 A excepción de Townshend, cuya prisión transcurre plácidamente en un chalet para él solo

situado en una de las islas Príncipe, a las afueras de Constantinopla.

259 Un dictado expansionista donde los haya. Rusia cede los siguientes territorios: Ucrania, Bielorrusia, Finlandia, los países bálticos, Polonia y Crimea: la mayoría se convierten en Estados independientes satélites de Alemania. Además, al Imperio Otomano se le concede el Cáucaso. Aparte de esto se obliga a Rusia a entregar a los vencedores —o mejor dicho, al vencedor (en estos momentos los dirigentes de Austria-Hungría y Bulgaria se sienten frustrados y furiosos por el hecho de que los frutos de la victoria caigan casi por completo en manos de Alemania)— enormes cantidades de petróleo y cereales, amén de material de importancia vital para la guerra como locomotoras, piezas de artillería y municiones. Se calcula que Rusia (o mejor dicho, la recién nacida Unión Soviética de los bolcheviques), de este modo pierde el 34 por ciento de su población, el 32 por ciento de su tierra cultivable, el 54 por ciento de su industria y el 89 por ciento de sus minas de carbón. Fuerzas alemanas marchan sobre Georgia con el ojo puesto en sus pozos de petróleo. Entre los generales alemanes ebrios de triunfalismo revolotea la loca idea de transportar submarinos alemanes al mar Caspio y tal vez invadir la India.

260 Gracias a un tubo extremadamente largo las granadas pueden ser lanzadas hasta la estratosfera, donde la resistencia del aire es menor, lo cual implica que los proyectiles vuelan más tiempo. La erosión producida al hacer fuego es tan intensa, sin embargo, que el calibre del tubo se dilata un poco a cada disparo, lo cual implica que cada granada individual necesita tener un calibre un poco más grueso que la anterior y que también las cargas propulsoras tienen que aumentar cada vez. Después, tras aproximadamente 20 cañonazos, es preciso cambiar el tubo. Para entonces el calibre habrá pasado de los 21 cm iniciales a 24 cm. Esta pieza ha requerido enormes cantidades de tiempo y dinero para su construcción y, en el contexto general, carece de eficacia.

261 En lo referente a delitos contra la censura o similares, las penas son mucho más severas si la persona en cuestión lleva uniforme; en este caso el crimen se juzga bajo el código militar.

262 Parte de la explicación de que sean relativamente pocas las víctimas de los bombardeos se halla en que los constructores alemanes, a fin de reducir el peso de las granadas, querían que la carga explosiva fuera bastante pequeña. Soldados experimentados que oyeron las detonaciones opinaron que recordaban al impacto de las granadas de 7,7 cm. En total, París fue bombardeada 44 veces entre el 23 de marzo y el 9 de agosto: 367 granadas cayeron en la ciudad y mataron a 250 personas.

263 Desde hace poco más de catorce días Sulzbach posee un retrato firmado de Ludendorff, que recibió en agradecimiento por haber contribuido a encontrar el cuerpo del amado hijastro del teniente general, quien cayó en acción a comienzos de la ofensiva de marzo. (Desde que lo encontraron Ludendorff ha retenido el cuerpo en el cuartel general, y se dedica a mirarlo con frecuencia, cosa que ha incitado a más de un subalterno a preguntarse con inquietud si su agobiado jefe tal vez padezca de los nervios.) En su desbordante carta de agradecimiento Sulzbach escribe que un soldado de la primera línea no puede anhelar más alta recompensa que el retrato de su comandante firmado de su puño y letra.

264 Por lo demás, prima del antiguo ministro de la Marina Winston S. Churchill.

265 Los constantes y desconcertantes traslados en tren arriba y abajo por toda la línea del frente se convertirían un par de meses más tarde en la suerte de muchos soldados alemanes. Entonces les tocará a ellos ser enviados de un lado para otro en un intento de anticipar las arremetidas del enemigo. Se calcula que, en distintas épocas, aproximadamente un tercio de los efectivos del ejército



alemán se pasó el tiempo montado en lentísimos trenes y desperdigado por las áreas rurales francesa y belga.

266 Para colmo, el cuerpo de oficiales de caballería constituía una especie de reserva de la aristocracia francesa, cosa que no disminuía exactamente la aversión que despertaban los jinetes.

267 Si hoy en día alguien recuerda a Estaunié es porque en 1904 acuñó la palabra «telecomunicación». Era ingeniero titulado y trabajaba para el servicio de Correos y Telégrafos francés.

268 No, no es el poeta e. e. cummings, quien si bien había sido conductor de ambulancias en Francia durante la época (junto con su amigo John Dos Passos), por estos días, después de pasar más de tres meses internado en un campo francés acusado de espionaje (léase, de pacifismo), ya estaba de vuelta en Estados Unidos.

269 Olympus es el nombre griego de la montaña Kesis. El poema está escrito en una época donde todavía vivía una importante minoría griega en esta región de Turquía. La guerra que acabará con su expulsión está a solo unos pocos años de distancia.

270 Un día me senté bajo un árbol del camino / triste y polvoriento camino, que los pies de los presos conocen bien, / mi mente obediente pero mi corazón ardiendo, / rebelándose con sus latidos contra la aguijada del celador. / Así mis cansados ojos se cerraron ante «esta tierra extraña» / que se extendía a mi alrededor hasta el límite del cielo estrellado. / Un breve respiro de los fatigosos años para exhortarme / a olvidar y ver algo bueno oculto en su seno. / Pero en lo alto, contra el cielo y ajado profundamente por los siglos, / vi el Olimpo y sus fuertes espaldas / alzándose sobre destinos modelados por los años, / marcado según la voluntad del cielo por el dedo de Dios. / Los hombres seguirán los caminos y solo el tiempo los formará / para que las lágrimas hagan más aguda nuestra mirada.

271 Mousley lo expresa mucho mejor en el original, mediante un intraducible juego de palabras: «Plots and plans and pots and pans».

272 Esto es válido asimismo en el caso de los celadores. Por esta época la escasez de alimentos es general en toda Austria-Hungría, fundamentalmente debido a la anarquía y a la falta de medios de transporte.

273 La mortalidad entre las mujeres también ha ascendido. El año 1916 aumentó en un 11,5 por ciento y en 1917 en un 30,4 por ciento comparado con la situación previa a la guerra. La mortalidad entre los ancianos es un 33% más alta que en 1914. Algunos cálculos ponen de manifiesto que alrededor de 762.000 civiles alemanes murieron durante la guerra debido a la desnutrición o a enfermedades derivadas de ella. En Viena el peso medio de los niños de nueve años bajó de 30 kilos a 22,8; en esa misma ciudad sólo se consumen 70.000 litros de leche al día, compárese con los 900.000 litros al día que se tomaban antes de la guerra. Muchas instituciones para dementes o ancianos han cerrado debido a que la mayoría de los internos han muerto de hambre. Si se quiere, a estas cifras se les puede añadir la de los nacimientos, que prácticamente se han reducido a la mitad.

274 La expresión exacta en alemán: Es kracht im Gebälk.

275 Tras incontables acciones de socorro por parte de los alemanes en el este, en los Balcanes y en Italia desde fecha tan lejana como 1915.

276 Apodos cariñosos que la madre utiliza con sus hijos.

277 Las batallas entre globos y aeroplanos representan el choque entre dos tecnologías, la del siglo XIX y la del XX. A juzgar por las estadísticas el siglo XX lleva las de ganar. Un globo cautivo suele tener un promedio de vida de quince días aproximadamente. Esa cantidad de días, en cambio, no equivale al promedio de vida de los aeronautas. Desde 1916 la tripulación de los globos aerostáticos va provista de forma reglamentaria de paracaídas, a diferencia (como ya se ha mencionado) de los pilotos. Los paracaídas exigen una altura mínima de 60 metros para a desplegarse.

278 La altura máxima para este tipo de globos es de unos 1.500 metros.

279 Antes de que la epidemia haya remitido habrán muerto un mínimo de 20 millones de personas, es decir, más que a causa de la guerra mundial. Una masacre se suma a la otra. (Cálculos alternativos sostienen que los fallecidos fueron 40 millones; de hecho, se habla de hasta 100 millones.) El primer brote se declaró ya el último verano y causó los mayores estragos en el ejército alemán. En un momento crítico en el que este necesitaba todos sus efectivos para emprender los avances contra París, gran parte de los soldados quedaron fuera de combate debido a la epidemia. Lo que resultaba tan espectacular de esta enfermedad (descontando el hecho de que era anormalmente letal, pues en una gripe corriente mueren un 0,1 por ciento de los que la contraen y en esta murieron un 2,5 por ciento) era que, por motivos aún no esclarecidos, afectaba más gravemente a adultos jóvenes, el grupo de edad que suele salir mejor parado. El proceso era también anormalmente virulento: el que la contraía padecía tremendas cefaleas, fiebre muy alta y una dolorosa tos blanda; en el plazo de tres días la persona en cuestión estaba muerta o recuperada. Esta gripe no era, por tanto, originaria de España. Su nombre lo tomó de la prensa española, que al no estar sometida a censura fue la primera en informar sobre un foco de la epidemia en el propio país, aunque la enfermedad, de hecho, ya había afectado a varios de los estados beligerantes.

280 No sorprenderá pues que Sergy —hoy en día solo un pueblo grande al oeste de Reims, cerca de la E 50— esté a tan solo un par de kilómetros del segundo cementerio de guerra americano más grande de la Primera Guerra Mundial (6.012 enterramientos). Un bello paraje frondoso envuelve el camposanto, que está emplazado casi exactamente donde pasaba la línea del frente en julio y agosto de 1918. «El río» sigue sin ser más que un arroyo.

281 Fueron víctimas de un ataque con gas mostaza, el cual traspasa la ropa con facilidad, incluyendo las suelas del calzado, y penetra en la piel. (Basta con solo rozar un objeto que ha estado en contacto con suelo saturado de gas mostaza para sufrir sus efectos, y puede ser suficiente respirar el vapor de la ropa infectada de gas de otra persona para enfermar.) En un primer momento no se nota nada. Al cabo de aproximadamente dos horas la piel de la zona afectada empieza a enrojecer, y al cabo de ocho o nueve horas a hincharse. Transcurridas unas veinticuatro horas se forman multitud de ampollitas en la hinchazón, ampollas que con el tiempo se funden en una única llaga. Las llagas son singularmente difíciles de curar, siendo los ojos, la nariz y la boca los lugares donde el gas tiene más efecto. En el peor de los casos las llagas conducen a una septicemia y a la muerte, pero por lo general, es posible recuperarse tras seis semanas de atención sanitaria en un hospital.

282 El regimiento que mantenía las posiciones en el sector situado a su derecha.

283 B utiliza la expresión «potato masher hand grenades», ya que su aspecto recuerda ligeramente un prensador de patatas.

284 B dice bolo knife (machete filipino), cuchillo enterizo de hoja larga que tanto por su longitud como por su función recuerda a un machete. Al parecer, la diferencia principal estriba en el peso y en la curvatura de la hoja.

285 En la práctica la operación era una gigantesca misión suicida, concebida enteramente por unos oficiales de escaso talento que, en el último minuto, ansiaban salvar «el honor» de la Armada. El estúpido plan desencadenó una sublevación entre los marineros, convirtiéndose en el prelude de la revolución alemana, lo cual no deja de ser una gran ironía de la historia.

286 A comienzos de este año todavía había alemanes convencidos de que la guerra acabaría con que Bélgica, en la práctica, sería borrada del mapa y que grandes territorios les serían conquistados a Francia y Rusia.

287 Por citar a Frederic Manning.

288 Entre otras cosas, al comunicarse con un oficial solo será preciso mencionar la graduación de éste una vez, al principio de la conversación, y no después de cada frase como hasta el momento.

289 Stumpf utiliza la expresión «wahrhaft klassisches Apachengesicht». (El autor, en el original, traduce el término «apache» del alemán a su sentido contemporáneo y la traductora hace lo mismo, aunque apache exista también en castellano: «Hampón o malhechor de París o de otra gran ciudad». Diccionario del español actual de Manuel Seco.) (N. de la.T.)

290 Su intenso estudio de la historia le ha llevado a la conclusión de que la intervención armada en Rusia, en la que se han involucrado una serie de naciones aliadas, no es una buena idea. Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Japón y demás países participantes carecen de un plan concreto. Originariamente, el motivo de la intervención no era apoyar a los blancos sino hacer que el gran país del este mantuviera su condición de nación beligerante. En un comienzo, sin ir más lejos, hasta eran animados por los bolcheviques. Ahora, en cambio, Lobanov-Rostovski tiene la impresión de que el apoyo popular de los blancos es demasiado débil.

291 Cabe mencionar que una de las primeras pasajeras con la que entabló conversación durante la travesía fue Maria Baschkarova, la sargento que creó los batallones femeninos del ejército ruso y a quien ahora perseguían los bolcheviques. Las unidades de combate femeninas se mantuvieron fieles al régimen de Kerenski hasta el final; así, algunas de las soldados de Maria Baschkarova se encontraban en el palacio de Invierno cuando fue asaltado.

292 Hay un Christian Andresen dado por desaparecido el 10 de agosto de 1916, enterrado en el cementerio de guerra alemán de Wervicq-Sud (bloque 4, tumba 140). Podría tratarse de Kresten, pero no necesariamente. El cementerio está ubicado junto a la frontera belga, más cerca de Ypres que del Somme, y a primera vista no es fácil comprender el motivo por el que el cuerpo de Kresten habría ido a parar tan al norte. Surgen dos posibles explicaciones. Una es que sus restos llegaron allí en conexión con alguno de los numerosos trasvases de cuerpos que tuvieron lugar en Francia tras la guerra, cuando muchos pequeños cementerios fueron evacuados y sus restos humanos trasladados a cementerios mayores. (Por otro lado, este es el motivo por el cual se pueden ver fosas comunes llenas de difuntos identificados con su nombre en muchos cementerios de guerra. Sencillamente, se excavaban camposantos enteros en los que se había inhumado a los caídos en tumbas individuales y luego, sin demasiadas ceremonias, se los arrojaba en una fosa común. El fenómeno es corriente.) La segunda explicación va ligada a la primera, es decir, que el cuerpo fuera trasladado allí en uno de los

mencionados trasvases pero procedente de alguno de los cementerios para prisioneros de guerra que había en la zona aliada del frente, puesto que, realmente, sí los había en esta región. Esto nos daría una pista del destino de Kresten. De ser así, significaría que cayó prisionero el 8 de agosto de 1916 y que lo trasladaron al norte, pero que murió casi enseguida. Tal vez estuviera gravemente herido, lo cual explicaría por qué no apareció en ninguna relación de prisioneros.

293 El cementerio se llama Beach Cemetery y, como ya hemos dicho, está al sur de la cueva Anzac, junto a la carretera entre Kelia y Suvla. Es la tumba 3 de la zona 1, fila H. La tumba está, literalmente, a un tiro de piedra del mar Egeo.

294 De Nogales utiliza este término como sinónimo de «judío».

295 Esta versión de Mi lucha en español es una «traducción autorizada por la Editora Central del Partido Nacional Socialista, Franz Eher Nachflg. G.m.b.H. Múnich-Berlín, Alemania» de 1935.